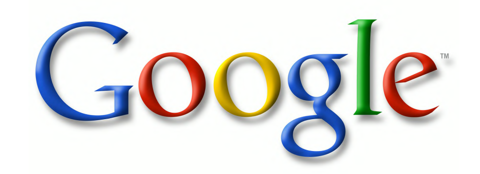
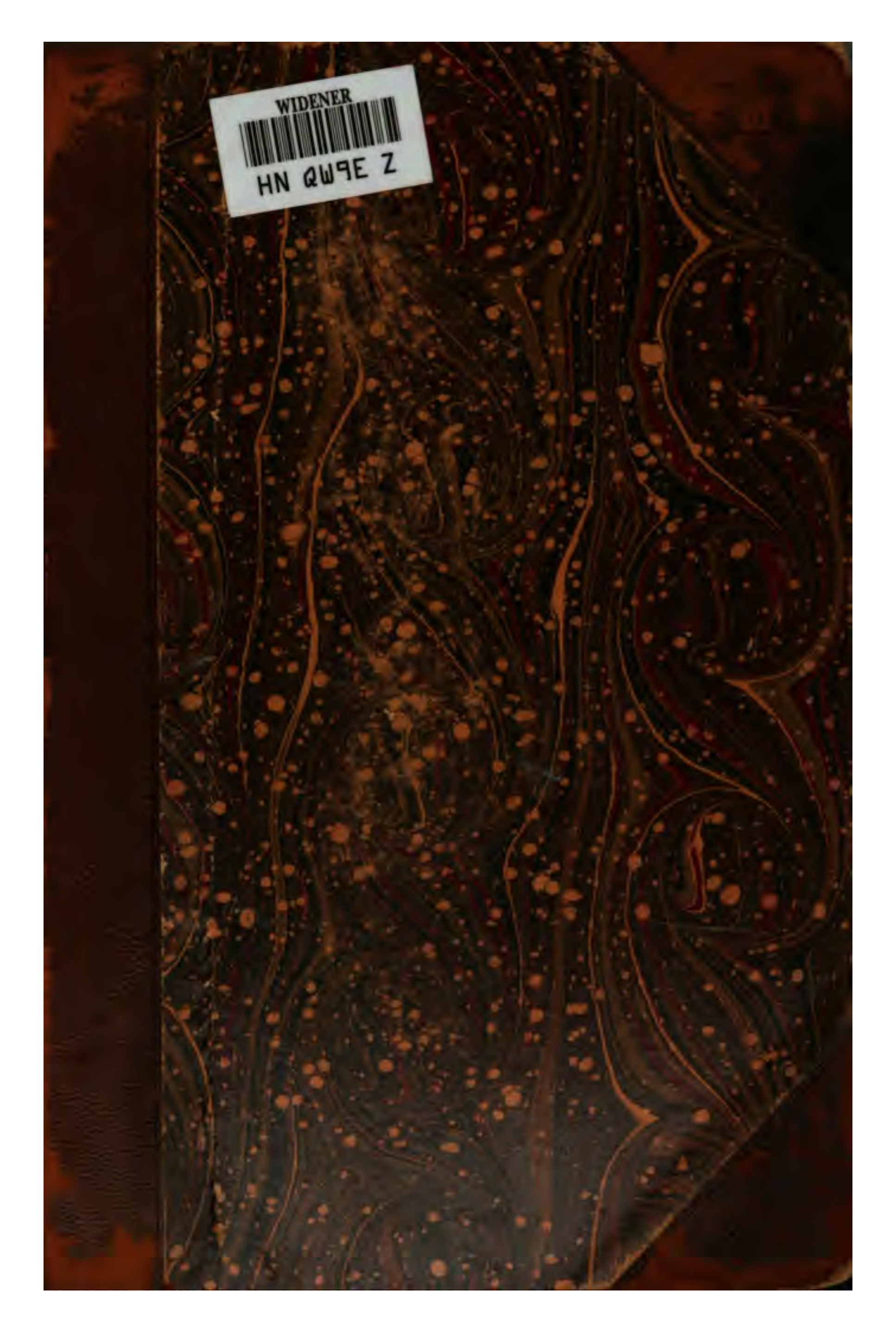



WIDENER
HN QW9E Z

B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

TERCERA SERIE

VERGARA

Décimo millar.



MADRID

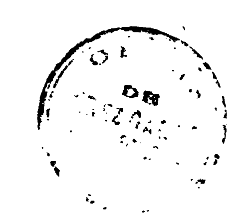
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS

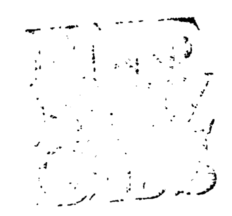
Hortaleza, 132

1899

PISODIOS NACIONALES

VERGARA





B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

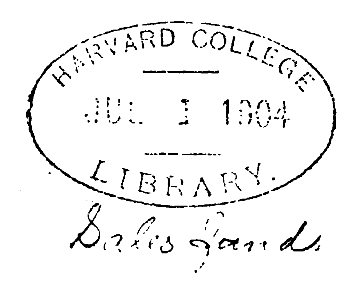
TERCERA SERIE

VERGARA

Décimo millar.



MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
Hortaleza, 132
1899



EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M

C. de San Francisco, 4.

VERGARA

I

De D. Pedro Hillo á los Sres. de Maltrana.

Miranda de Ebro, Octubre de 1837.

Señora y señor de todo mi respeto: Con felicidad, mas no sin estorbos, por causa del sinnúmero de tropas que nos han acompañado en todo el camino, marchando en la propia dirección, llegamos á esta noble villa realenga ayer por la mañana. Soldados á pie y á caballo descendían por las cañadas, ó aparecían por atajos y vericuetos, y engrosando la multitud guerrera en el llano por donde el Ebro corre, nos vimos al fin envueltos en el torbellino de un grande ejército, ó al menos á mí me lo parecía, pues nunca vi tanta tropa reunida. Generales y convoyes pasaban sin cesar á nuestro lado tomándonos la delantera, y ya próximos á Miranda vimos al propio caudillo, Conde de Luchana, seguido de brillante escolta, y á otros afamados jefes y oficiales, que al pun-

to conocieron á Fernando y le saludaron gozosos. Nuestra entrada y acomodamiento en la antigua *Deóbriga* fué, como pueden ustedes suponer, asaz dificultosa. Eramos un brazo que se empeñaba en introducirse en una manga ya ocupada con otro brazo robusto. En ningún albergue público ni privado de los que en toda población existen para personas y caballerías hallamos hueco, ni aun pidiéndolo del tamaño preciso para alfileres; y ya nos resignábamos á la pobreza de acampar en mitad del camino, como mendigos ó gitanos, cuando nos deparó Dios á un sujeto, que no sé si llamar enemigo ó amigo, aunque en tal ocasión y circunstancias bien merece este último nombre, el cual, con demostraciones oficiosas y todo lo urbanas que su rudeza le permitía, nos colocó bajo techo, entre cabos y sargentos de artillería montada, con los correspondientes arreos, armones, sacos, cajas y regular número de cuadrúpedos.

Era el tal D. Víctor Ibraim, capellán castrense, antaño en la Guardia Real, ogaño en un regimiento de artillería, y tengo que calificarle, con perdón, como uno de los más soberbios animales que han comido pan en el mundo, si bien yo creo que á este sujeto, todo lo que come le sabe á cebada y paja, y como tal alimento lo saborea. Cuando yo tenga el gusto de volver á esa noble casa contaré á ustedes los motivos de la santa inquina que profeso á mi colega, el marcial presbítero, andaluz por más señas, y tengo por se-

guro que se han de reir de tan donosa historia. Por hoy conste que perdono al señor Ibraim sus agravios de otros días, y reconozco que nos ha dado á Fernando y á mí una prueba de cordialidad, procurándonos este alojamiento, que si detestable y con enfadosas apreturas, nos permite comer algo caliente y guardar nuestras personas al abrigo de la intemperie. Nuestras bestias campesinas han entrado en gran confianza con los guerreros caballos del regimiento; Sabas y Rufino hacen buenas migas con la tropa, y nosotros anudamos cada hora nuevas y más alegres amistades con oficiales muy simpáticos y con capellanes menos brutos que el desdichado Ibraim. No nos va mal, y Fernando ha tenido el gusto de encontrar amigos queridísimos entre estos campeones de Isabel II: D. Juan Zabala, D. Antonio Ros de Olano y otros cuyos nombres y títulos se me escapan de la memoria.

Antes que se me olvide, señora y caballero: recibí de manos del propio, en Leciñana del Camino, el mensaje reservado, y puedo asegurarles que el pobre chico lo hizo con la discreción que le fué prescrita. No se enteró Fernando, á quien di la carta de su mamá, dejándole que se entregara con avidez al gozo de leerla; y en cuanto yo tuve coyuntura de soledad leí la de ustedes, que me ha causado sorpresa, ira y recelo. ¿Pero qué pretende ese badulaque? ¡Habrá insolencia igual! ¡Atreverse á medir su barbarie con la finura de Fernando, y brindar á éste una concordia

que para nada le hace falta, ó amenazarle con una hostilidad que no puede infundirle ningún temor! En fin, sea lo que quiera, y venga con éstas ó las otras intenciones, yo estaré con muchísimo cuidado, á fin de cortarle el paso si á nuestro caballero quiere aproximarse, ó inutilizar su malicia y audacia, aunque para ello tenga que valerme de nuestras relaciones en el Cuartel General... ¡y qué relaciones, señora y señor míos!

Ya comprenderás que teniendo Fernando tantos amigos en la liberal milicia, y gozando como nadie del don de simpatía, en pocas horas se ha visto obsequiado y traído de una parte á otra. De boca en boca llegó su nombre á oídos del gran Espartero, el cual anoche le mandó llamar por uno de sus ayudantes. Allá se fué; departieron un ratito, casi todo consagrado á comentar el increíble viaje de D. Beltrán al campo del Maestrazgo, y su prisión y nunca vistas desventuras en aquella tierra facciosa. Hoy repitió la visita, regresando al poco rato con la embajada de que fuese yo también á la presencia del de Luchana, pues éste deseaba verme, y tenía que hablarme ¡ay! de mi incumbencia eclesiástico-castrense. Creí que eran bromas del señorito, ó que con mi timidez y cortedad quería divertirse, pues ya sabe él y saben todos que no soy hombre para codearme con señorones y celebridades de tal fuste; pero tanto insistió mi discípulo, que allá nos fuimos, después de dar restregones á mi balandrán para limpiarlo de barros y otras mate-

rias, y tuve la satisfacción de ver de cerca al gran héroe y de platicar mano á mano con él durante unos diez minutos, que me parecieron diez horas; tan sofocado y descompuesto estaba yo por el honor inmenso de aquella entrevista. Díjome que había separado del servicio á tres capellanes, por sospechas de espionaje, y que celebraba y agradecía que el Vicariato pusiese mano en purificar el personal, desechando á todos los individuos del *cuerpo* que por sus antecedentes ó su mala conducta no eran dignos de seguir bajo las banderas gloriosas. Contestéle con trémula voz manifestando un asentimiento incondicional á todo lo que de sus autorizados labios salía... añadí la oferta de mi inutilidad para mejorar el importantísimo servicio castrense... indiqué, divagando, que en el *cuerpo* hay dignísimos sacerdotes; mas otros, aunque en el servicio se muestran puntuales, fuera de él, y en los ratos de ocio, emulan con los oficiales en la desvergüenza de palabras y en la liviandad de la conducta... que se intentaba purgar el *cuerpo* y limpiarlo de todo maleficio para que respondiese á los fines del ministerio militar y religioso... *etcétera*. Serenándome al fin, solté cuatro generalidades pomposas, para disimular mi indiferencia de todo lo que al dichoso *cuerpo* se refiere...

Ya ven los señores que mi conferencia con el insigne caudillo fué luminosa por todo extremo, inspirada en el *bien público* y en *el espíritu del siglo*. No me asombrará

que de ella den cuenta los papeles, pues mis palabras fueron gratas al General, que las apoyó con cabezadas enérgicas. Espero que el día del juicio dará ópimos frutos la inspección que el Vicariato ha encomendado á mi ardoroso celo castrense, á mi...

Obligado me veo á interrumpir ésta, porque del Estado Mayor me llaman para un asunto muy grave... No asustarse, señora y caballero, pues no es cosa nuestra, ni hay en ello relación derecha ó torcida con el Sr. D. Fernando. Sólo á un servidor de ustedes afectan las tristezas del desagradable negocio que me encomienda el Estado Mayor, y en cuanto me desocupe de esta obligación dolorosa tendrá el gusto de referirla puntualmente su obligado servidor, amigo y capellán—*Pedro Hillo.*

II

Del mismo á los mismos. Terminada por D. Fernando.

Miranda 30 *de Octubre.*

Señores míos muy amados: Si no lo sabían, esta carta les informará de que soy el hombre más pusilánime y para poco que ha echado Dios al mundo. ¡Ay de mí! Jamás pensé verme en trance tan aflictivo como el

que hoy ha llenado mi espíritu de turbación y congoja. Ni en pesadilla sentí jamás angustias como éstas: tales fueron, que durante largo rato las tuve por hechura de mi mente febril. Figúrense mi terror cuando el brigadier Sr. Aristizábal me comunica que tengo que auxiliar á no sé cuántos reos de muerte, por no haber en este ejército suficiente personal de capellanes para tan triste servicio. Yo que tal oigo, échome á temblar; los cabellos se me ponen de punta, y no me queda gota de sangre en el mísero cuerpo. Nunca había visto yo la muerte violenta más que en la Plaza de Toros, donde, por tratarse de animales, rarísima vez de personas, nuestra emoción no pasa del grado inferior, y va compensada del entusiasmo y alegría que á los aficionados á ese arte nos comunica el calor del fiero espectáculo.Pero ¡ay, Jesús mío! en ningún tiempo vi matar á mis semejantes, y menos con la fría serenidad aterradora de los actos de justicia. No, no: yo no sirvo para eso, y abomino del ministerio castrense, que somete al mayor de los suplicios mi alma generosa y cristiana. «¿Pero que reos son esos á quienes tengo yo que auxiliar?—me decia yo, vagando como un demente de una parte á otra con las manos en la cabeza.—¿Qué delito han cometido para que se les sacrifique inhumanamente? Antes que conducirles al matadero, iré á ver á mi amigo el de Luchana, y de rodillas le pediré la vida de esos infelices, probablemente condenados por alguna falta de disciplina, la

cual, digan lo que quieran los espadones, no es ley moral ni cosa que lo valga.»

Y cuando esto decía, me ví cogido del brazo por Fernando, el cual me hizo notar que toda la tropa se ponía en movimiento hacia el camino de Vitoria, con vivo estrépito de cajas y clarines. Hermoso era el espectáculo, según él, á mis ojos tristísimo, porque la formación, y los toques militares, y el paso guerrero, y la vista de los gallardos jefes á caballo, y todo aquel tumulto de vocerío y colorines, traía con más vigor á mi mente la idea de la cruel Ordenanza. Llevóme consigo Fernando á los alcances de la tropa, y por el camino me dijo que se preparaba un acto de reparación con toda la pompa y rimbombancia que la justicia militar exige. Espartero quería castigar con mano severa los actos sediciosos de Miranda, Hernani, Vitoria y Pamplona, y á los infames asesinos de Ceballos Escalera y D. Liborio González, de Sarsfield y Mendivil, pues si no se contenía la indisciplina, el ejército se convertiría en horda salvaje; el arma crea la por la Nación para su gloria y defensa sería una herramienta de ignominia... y entre facciosos y jacobinos harían mangas y capirotes de la pobre España, resultando al fin que las naciones extranjeras vendrían á ponernos grilletes y bozales. Declaro que Fernando me convencía y no me convencía; no sé cómo expresarlo. Sus razonamientos eran juiciosos; pero á mí no me entraba en la cabeza que por achaque de marcial honrilla tu-

viese yo que añadir mi autoridad religiosa al acto fúnebre de castigar á los que por matar *sin reglas* deshonraron su oficio de matar. Esta idea me volvía loco. En el principio se dijo: «no matarás». Cristo Nuestro Señor nos ordenó perdonar las ofensas y hacer bien á nuestros enemigos. Al que me compagine esto con las guerras y con la Ordenanza militar, le regalo mi jerarquía vicarial castrense, con el uso de collarín y botones morados, y de añadidura mi encomienda de Isabel la Católica, última gracia que mereci de los superiores, sin que sepa nunca por qué.

De nada me valía mi santa indignación, y allá me fuí casi arrastrado por Fernando, que presenciar quería la hecatombe. Y por Cristo que D. Baldomero había dispuesto con arte la escena, formando toda su hueste en un grandísimo cuadro. Detrás de la infantería del Provincial de Segovia, que era el cuerpo delincuente, vi masas de caballería formidable; á esta otra parte, la artillería, cargada con metralla, según me dijeron; enfrente, los *Guías del General*, la tropa de más confianza; en medio, recorriendo las filas, el de Luchana, en un fogoso caballo que pintado parecía. El gallardo mover de sus remos, la arrogancia de su enarcado cuello, como su espumante boca, mostraban el hervor de su sangre guerrera. Con militar grito, que hacía poner los pelos de punta, Espartero mandó armar bayoneta. El chirrido que á esta operación acompaña recorrió las filas

de un cabo á otro, produciendo en mi pobre piel el mismo efecto que si todas las puntas de aquellos hierros quisieran acariciarla. Siguió un silencio angustioso, en el cual se precipitó de improviso, como los truenos en el seno de la noche, el ruido de todos los tambores redoblando juntos. Cuando callaron, el silencio era más imponente. En mis oídos zumbaba la sangre de mi cerebro, repitiendo la palpitación de los pulsos de todos los hombres que estaban allí. Mirando á las caras más próximas, en ellas veía reflejada mi pavura.

Mandó Espartero á su escolta y ayudantes que se alejasen, y se quedó sólo en medio del cuadro... Accionando con la espada, rompió en voces que parecían truenos... Nunca, ni en el púlpito, ni en los clubs, ni en las Cortes, oí una voz que más hondo penetrara en el oído de los que escuchan. Apliqué mi oreja, haciendo con la mano pabellón, y sin entender bien los conceptos, ello es que me conmovían, no sé por qué. El tono elocuente me llegaba al alma, y si el sentido se quedaba en el aire, yo adivinaba en él no sé qué grande, sublime lección. Al principio apenas cogía palabras sueltas; luego, como si el silencio, á cada instante más profundo, destacase las ideas, llegué á pescar trozos oratorios. Oí éste: *Sangre preciosa tantas veces prodigada en los campos de batalla*... El orador hizo luego una interrogación, á la que contestó todo el ejército con un sí, que me sonaba como el silbido de un huracán.

Después oí algo más, esta frase: *Era la noche... un fúnebre ensueño ocupaba mis sentidos... La feroz discordia que peina serpientes por cabellos...* Por Dios que fué de mi agrado la figura; mas no comprendí á qué venía. Parecióme después que el General se lanzaba á la *idolopeya...* describía la aparición de un espectro, que no podía ser otro que el de Ceballos Escalera... *Sombra ensangrentada*, *despeluznada, yerto el rostro y despedazado su cuerpo...* Pensé yo que en el estilo militar podían perdonarse tantas asonancias... La sombra habla al orador, y le dice: *Mira cómo me dejaste, mira cómo me ves. Repara mi agravio*, *salva á la patria...* En aquel momento, la voz de Espartero no parecía voz humana. Sin poder fijarme en la retórica, yo lloraba. Quería ser crítico, y era un pobre ignorante, fascinado por la ocasión, por el aparato escénico, y, sobre todo, por el acento, por el arranque, por el gesto del orador. Vuelto hacia el paraje donde yo me agazapaba tras de la tropa para oirle, señaló con la espada á la villa, y pude oir claramente estas expresiones: *Allí... allí unos cuantos asesinos*, *pagados por los agentes de D. Carlos, clavaron el alevoso puñal en el corazón de un hijo predilecto de la patria... Allí el trono de la inocente Isabel se conmovió al faltarle una de sus más fuertes columnas... allí os arrebataron un amigo*, *digno de serlo vuestro, porque lo era mío; allí el príncipe rebelde consiguió una brillante victoria con la muerte de un poderoso enemigo, y allí*, *por último*, *los manes*

humeantes de la ilustre víctima claman venganza... Vuelto hacia el otro lado, soltó un hermoso *epifonema,* después una *vituperación,* inmediatamente una *histerología* ó *locución prepóstera,* y luego, señalando al Provincial de Segovia, en cuyas filas se ocultaban los asesinos, gritó: *Que les delaten inmediatamente sus compañeros, ó el regimiento será diezmado en el acto.* La voz y la espada eran rayos... Me retiré con las manos en la cabeza. No podía oir más. ¡Horrible susto!... creí que ya estaban contándolos para matar uno de cada diez.

Después supe que, aterrados y confusos, algunos delataron á los culpables. Eran éstos treinta y tantos... Yo corrí; pero con mala suerte, porque me cogió Fernando, señalándome el camino que había de seguir, el cual á una venta próxima conducía. «¿Y qué tengo yo que hacer en la venta?» le dije... No pude escabullirme, y allá me llevaron, teniendo la desdicha de encontrar por el camino al maldito Ibraim, que me daba prisa, como si fuéramos á una fiesta, ó á apagar un fuego. La tropa se puso en marcha... Ví á los delincuentes escoltados por los Guías... Metiéronles en la venta... Un consejo de guerra, que actuar y sentenciar debía sumariamente, les aguardaba... Cinco capellanes éramos; pocos á mi entender para tantas víctimas. Luego supe que los condenados á morir, ó sea los más criminales, eran sólo diez. Los demás irían á presidio. ¡Diez! También me parecía mucho.

No tuvimos que esperar largo tiempo los ministros espirituales, porque los de la ley humana despacharon en un periquete, dándonos el ejemplo de la brevedad, tan recomendada en cosas militares. Ibraim me pareció satisfecho de contribuir con su capacidad eclesiástico-castrense á la purificación del ejército. Encontraba muy natural la pena, y se condolía de que hubiera tardado tanto su aplicación. Mejores entrañas revelaban los otros tres compañeros, y uno de ellos allá se iba conmigo en aflicción y pusilanimidad. Al entrar y ver el tristísimo grupo de los diez pobres condenados, no pude contener mis lágrimas, y mentalmente les dije: «Pero, hijos míos, ¿á qué habéis hecho esa gran tontería de matar á vuestro General? ¿No sabíais que esas locuras se pagan con la vida...? ¡Vaya, que si vuestras madres os vieran en este trance...! ¿Por qué no os acordásteis de ellas antes de hacer fuego contra el superior...? Sin que me lo digáis, sé yo que todo fué obra de un arrebato, una funesta obcecación. No fuísteis á él, no, con intento de matarle; pero la enredó el demonio, y os perdísteis en un momento. Sin duda habíais bebido más de la cuenta... Ya os veo arrepentidos; lo estábais antes de ser condenados, ¿verdad? No sois vosotros tan malos como el General os cree. ¡Vaya, que os ha dicho unas cosas...! Perdonadle también, y preparaos á gozar de Dios, que os espera...» Casi las mismas expresiones empleé después con los dos que me tocaron, guapos chicos, ¡ay dolor! Y

que estaban de veras arrepentidos. Mataron como por juego, sin mala idea. La guerra les enseña á segar vidas, á hendir con la bayoneta vientres y espaldas, á disparar el fusil contra cráneos y pechos, y acaban por apreciar en poco las vidas de nuestros semejantes. Cierto que su General era su General. ¡Pues estaría bueno que las honrosas armas empuñadas para defender á la Reina, contra un corifeo de la misma augusta señora se volviesen! Hay que matar con reglas, ya que el matar dicen que es necesario. ¡Maldita guerra, escuela de pecados, salvoconducto de los impíos, precipicio á que ruedan las almas, simulacro del infierno!

El segundo que confesé era un chiquillo, que para interesarme y conmoverme más, demostraba un valor sereno, enteramente á la romana. Creía merecer su castigo, lo aceptaba con estóica fiereza y una torva conformidad con tan cruel justicia. La confesión fué breve y me llenó el alma de angustia. Con la ternura más viva le prometí el Cielo, le pinté en breves rasgos las miserias de este mundo, ponderé las delicias de la bienaventuranza con que galardona Dios á los pecadores que llegan á Él purificados por el martirio, limpia la conciencia de todo mal... El pobrecillo me creía... Ví en su rostro un no sé qué de confianza y placidez... Díjome que era vizcaíno, y que por intimar demasiado con camaradas de mala conducta se veía en aquel trance; que si era cierto que podía entrar en la Gloria, moriría pensando

que Dios le franqueaba las puertas de ella, y pediría misericordia con toda su alma. Repetíle mis consuelos, las seguridades de que pasaba á un mundo de perdón y felicidad. Le dí un abrazo apretadísimo... Habría prolongado mis exhortaciones, mis cariños; pero no podía ser: ya todos concluían; las ejecuciones debían seguir al acto religioso con la prontitud que es norma del procedimiento militar. Breve es la misa, breve la confesión, todo rápido y á paso de carga, para tener contento al tiempo, el gran amigo de Marte.

Sacáronles á unas eras cercanas, y les colocaron de rodillas junto á una tapia, nosotros junto á ellos, hasta que con una seña nos mandaran retirar. Ibraim daba fuertes voces á los dos que asistía. Yo, á los míos, no sabía ya qué decirles. Creyérase que me fusilaban también á mí, según estaba de macilento y lívido. Por fin... Yo no había presenciado nunca cosa tan horrible. Sentí un pánico superior á toda mi entereza de varón y de sacerdote; quise huir; tropecé... recogióme en sus forzudos brazos el bruto de Ibraim. Por un instante perdí el conocimiento, y al abrir los ojos ví los diez cuerpos en el suelo entre charcos de sangre. Sonaban los tambores como mil truenos.

Ví al capitán y á dos capellanes que se inclinaban sobre el fúnebre montón, reconociendo entre las víctimas á una que se incorporaba, pataleando. Era el mío, que había quedado vivo, sin ninguna herida mor-

tal. ¡Jesús, qué susto, qué congoja! Alguien habló de rematarle. Sintiendo como si un rayo me traspasara, me arrodillé ante el capitán de Guías y le dije: «Si á éste, que se ha salvado milagrosamente, no se le perdona la vida, que me fusilen también á mí. Así se lo diré á mi amigo el General en jefe.» En tanto, el pobre chico se ponía en pie, ensangrentado, más por la sangre de los demás que por la suya. Le cogí en mis brazos, gritando como un loco: «¡Perdón, perdón!» Los oficiales, para gloria suya lo digo, se pusieron de mi parte, y el capitán corrió á ver á Espartero. Minutos después venía el indulto... Dispénsenme mis buenos amigos: al llegar á este punto me siento tan mal por causa de la extenuación, de las terribles angustias de este crítico día, que me veo precisado á suspender la carta. Mi temblor y debilidad exigen que me recoja. La pluma dejo á Fernando, que rabiando está por quitármela, no sólo por su afán de que yo descanse, sino por el gustazo de escribir á ustedes. El lo hará con menos turbación que éste su atribulado amigo y capellán—*Pedro Hillo.*

Termina D. Fernando.—¡Qué pena, amigos de mi alma, ver á nuestro pobre clérigo en funciones tan impropias de su alma candorosa, de su condición pacífica y dulce! El pobre ha sufrido lo indecible, sacando fuerzas de su flaqueza, y alientos de su cristiana ternura. He quitado de su mano la pluma, pues su estado nervioso y febril me inspiraba inquietud, y obligándole á tomar algún

alimento, le mando á la cama, entendiendo por esto un abrigado espacio entre albardones, mullido con buenas mantas.

Leída su relación, la encuentro tan ajustada á la verdad, que en ella no tengo que añadir ni una tilde. Contará la Historia el terrible escarmiento tal y como nuestro capellán lo ha referido, con la añadidura del milagro del pobre chico ileso, que más bien parecía resucitado. Le corresponde cadena perpetua; pero su juventud puede confiar en los indultos que traiga la política, ó en los sucesivos actos de regia clemencia. Se llama Buenaventura Iturbide, y es natural de Bilbao. Le han metido en la cárcel, donde apenas pueden revolverse los infelices presos por espionaje, deserción y otros delitos. Mis amigos y yo les hemos socorrido para que no perezcan de hambre. Las tristezas del desgobierno de la nación, el espectáculo de los infinitos males y desórdenes que ocasiona la guerra, abruman nuestro espíritu, incitándonos á buscar en un obscuro retiro el olvido y el aislamiento. Deseo con toda mi alma salir de este pueblo, reponerme del fúnebre espectáculo de la justicia militar. Terminada esta carta, escribiré á mi madre con la extensión que ella desea y que es para mí el más grato empleo del tiempo; le contaré todo, le daré razón detallada de mis pensamientos más íntimos, y cumplido este deber, buscaré algún descanso entre albardas, para continuar nuestro viaje mañana tempranito.

En mi cerebro traje y conservo con amor vuestra casa y vuestras personas. Vivís todos en mí: la casa con su placidez, con su blancura; vosotros con la bondad y el cariño que en mí habéis puesto, y á que correspondo queriéndoos como á hermanos. ¿Qué me dicen mis discípulas, qué mis queridos chicuelos? Me considero estampado en su memoria, como ellos están en la mía, donde les veo y les oigo. Nos hemos quedado muy tristes con esta ausencia, ¿verdad? Yo les juro que de buena gana picaría espuelas hacia Villarcayo, si no tuviera el compromiso de acompañar á mi capellán hasta Vitoria. No se conoce la intensidad de los afectos, y la dureza de sus ligaduras, hasta que nos damos un tirón como éste que me ha separado de vosotros. En fin, no digáis que me pongo romántico y sentimental. Más sencillo es deciros llanamente que os quiero con el alma. No os he perdido, no, porque deje de veros. Feliz como ninguno será el día en que os recobre vuestro hermano—*Fernando*.

III

De Pepe Iturbide á su padre Casiano Iturbide, residente en Bilbao.

Miranda de Ebro 1.º de Noviembre.

Señor padre: Sabrá que mi querido hermano Ventura es salvo, no por misericordia del superior, sino por milagro que hizo el Al-

tísimo, no permitiendo que le dieran muerte las balas disparadas sobre él; con lo que queda dicho que le fusilaron, sin que pudiéramos mis compañeros y yo hacer nada para librarle de la pena, por lo que le diré ahora ó después; que tantas cosas desgraciadas nos ocurren, juntamente con la felicidad de ver vivo á Ventura, que no sé por cuál empezar. Trajéronle á la cárcel, donde le están curando las heridas, que no son graves; su condena, por conmutación, es de presidio para toda la vida, y aquí le tenemos, con lo que dicho queda que en esta malditísima cárcel moramos todos, el que suscribe, y Zoilo Arratia, y también el amigo Pertusa, á quien damos la encomienda de escribir por todos, pues ya sabe usted lo torpes que somos Zoilo y yo para la escritura corrida, y lo bien que menea la pluma D. Eustaquio.

La parada que por cosas de Zoilo tuvimos que hacer en Villarcayo nos retrasó, y llegamos aquí más tarde de lo que creíamos. Era mi propósito entregar al General Van-Halen la carta del Sr. de Gaminde, y empezar mis diligencias al objeto de sacar á Ventura del Provincial de Segovia (señalado por indisciplina para un severo castigo), y pasarle á otro cuerpo. Pero la mala suerte ó nuestra tardanza ¡ay de mí! quisieron que aquellos cálculos tan juiciosos salieran fallidos, pues apenas entramos en el pueblo, y cuando nos hallábamos reparando el cuerpo con unas sopas, fuimos detenidos y apaleados, se nos registró de la coronilla á los calcañales,

quitándonos cuanto llevábamos, dinero, armas, cartas y papeles, y para remate de tanta picardía nos encerraron á los tres en el más pestilente calabozo de esta cárcel, donde pedimos á Dios y á la Virgen Santísima que los gruesos muros se vuelvan de cartón para escaparnos, ó que á traernos la preciosa libertad venga una mano bienhechora.

Pero han pasado dos días, y no viene á salvarnos mano de hombre ni providencia de Dios, y estamos ya en el colmo de la desesperación, maldiciendo al cielo y á la tierra. Zoilo es el más inconsolable: se da golpes en la cabeza, se arrastra por el suelo, echa de su boca horrores, muerde los barrotes de la reja, como un ratón cogido entre alambres. Pertusa es el que lleva con más calma nuestra prisión, pues su acendrada fe le da confianza en Dios misericordioso y en el triunfo de la inocencia. Mientras Zoilo blasfema y se da golpes, Eustaquio reza; su religiosidad se me va pegando, aunque no tanto como yo quisiera. Yo lloro; pienso en mi casa y mi familia, y aguardo el instante de la libertad preciosa que nos han robado estos cafres. Desde el calabozo, diré más bien sepulcro, oímos ayer el ruido de la tropa que salió á formar cuadro hacia la parte del camino de Vitoria. Al estruendo de los tiros, temblamos de pavor, redoblando cada cual sus demostraciones: yo mis llantos, Zoilo sus blasfemias, Eustaquio sus Padrenuestros y Avemarías. A poco de esto

vimos por la reja que traían á Ventura vivo, aunque manchadito de sangre; me puse á chillar con fuertes alaridos, y los carceleros se apiadaron de mí, permitiéndole entrar en nuestra mazmorra, para que yo pudiera abrazarle y él contarnos el caso feliz de su fusilamiento milagroso. Dice Eustaquio que ya en esto se ve claramente la mano de Dios, la cual no ha de tardar en venir hacia nosotros, pobrecitos inocentes perseguidos de infame justicia. Luego se llevaron á mi hermano á la enfermería, para curarle sus leves heridas con salmuera y vinagre, y no he vuelto á verle, aunque sé por el calabocero que está bien, comiendo como un descosido y deseando que le destinen á donde ha de cumplir su condena.

Por la declaración que hoy nos han tomado caigo en la cuenta de que nos acusan de espías del faccioso, y á mí, por añadidura, de desertor, lo que si es verdad por un lado, por otro no lo es. Cierto que me escapé del Provincial de Toro; pero yo y otros doce muchachos bilbaínos que fuimos agregados al batallón, no servíamos como tales soldados de la Reina, sino como milicianos auxiliares, y no teníamos obligación de estar en filas más que dentro del terreno de Vizcaya, conforme á fuero, y así consta en papeles que firmaron D. José Arana y el General San Miguel... De los trece, cinco abandonamos el batallón en Guardamino, después de batirnos heróicamente, aunque me esté mal el decirlo. Bilbaínos somos, y pertenecemos á la

sacra Milicia Urbana, que obligada está, ¡vive Dios! á defendernos contra esta picardía de meter en la cárcel á tres hombres de bien, que han derramado su sangre preciosa por la patria, bajo éstas ó las otras banderas.

Haga por librarnos de tan horrendo suplicio, amado padre, poniendo en conocimiento del Sr. Arana, del Sr. Gaminde y de todos los pudientes de esa, la desgracia que nos aflige, para que manifiesten al señor Van-Halen y al invicto General Espartero nuestra honradez y circunstancias.

Cedo la vez á Zoilo, que ahora sale con la tecla de no querer escribir, porque su rabia le corta el dictado y no sabe poner sus ideas en orden, como es conveniente en todo buen discurso. Reniega del género humano, y hasta de las potencias celestiales, llegando á la gran abominación de decir de Dios cosas muy feas por haber consentido este vituperio. Tanto yo como D. Eustaquio, con su bendita mansedumbre, tratamos de traerle á conformidad, y le hablamos de su cara familia para despertar en él sentimientos que no sean la ira loca. Pero no cede á nuestras razones blandas, ¡pobre amigo! y me temo que su furor de independencia y el ver su voluntad entre hierros, le lleven á convertirse de hombre sesudo en bestia feroz. ¡Dios tenga piedad de él y de nosotros, ¡ay! Por su cuenta notifico que no hemos encontrado á *Churi*, y que en ningún punto de los recorridos nos han dado razón del desdichado sordo. Dice D. Eustaquio, y por su cuen-

ta lo pone, que cuando le conoció en el Bocal, iba pegadito á las faldas de una que llaman *Saloma la baturra*, de quien estaba locamente enamorado, en tal extremo de pasión, que era un puro volcán que reventaba con gestos furiosos y expresiones desatinadas. Le tuvo entonces por hombre perdido, abocado á un fin desastroso, el cual teme sea ya un hecho, ó lo que es lo mismo, que ya no se encuentre el pobre *Churi* en el mundo de los vivos. Con todo, si nos devuelven la libertad y Zoilo recobra su sér, indagaremos hasta encontrarle, empezando por tomar lenguas de esa señora baturra, que pertenece á la cuadrilla del llamado *Uva*, cantinero.

Concluyo, mi señor padre, pidiendo á usted la bendición, y mandando los cariños más acendrados á mi amadísima hermana Mercedes, y á mis hermanitos Deogracias y Lucas, á quien repartirá usted cuantos besos sean menester para contentarles á todos, así como buenas memorias á la Encarnación y á Camilo, y á los demás de casa. ¡Cuánto han de llorar, señor padre, usted el primero, cuando sepan la infausta prisión mía! Señor, desde este infierno, lanza un ¡ay! dolorido en demanda de socorro, y con las alas del corazón hacia Bilbao gimiendo vuela, su cautivo amante hijo—*José Iturbide*.

P. D.—Como hasta hoy martes, día de los Fieles Difuntos, no puede salir la carta, le añadimos este parrafito para que sepan que seguimos en la propia miseria y desespera-

ción, ignorantes de cuál será nuestro fin. A mi hermano le oímos cantar anoche en el calabozo donde está con sus compañeros, condenados á pasarse la vida en Ceuta. ¿Qué harán con nosotros? Espartero se ha ido; Van-Halen con él, y estos tres míseros mortales sepultados aquí, esperando que la caridad y la justicia nos abran la puerta. ¿Por dónde andan estas señoras...? ¿Y entre los tantísimos Santos de ayer ¡solemne fiesta! no hay uno, uno siquiera que nos salve? ¡Oh injuria del Cielo, oh negación de la Omnipotencia!... Señor, estamos locos. D. Eustaquio le escribe al Obispo, á la Reina Gobernadora, á D. Pío Pita Pizarro, y creo que también al Papa. Me ha dicho que esta mañana, mientras yo dormía, Zoilo dictó y firmó una carta para el caballero de Villarcayo. Ha trocado el furor por la risa, una risa enferma que da escalofríos. A sus carcajadas acompañan temblores de todo el cuerpo, y cuando D. Eustaquio le habla de Dios, ríe mordiéndose las manos. ¡Señor, Señor, piedad de estos pobres!...

IV

De D. Pedro Hillo á los Sres. de Maltrana.

La Puebla de Arganzón, Noviembre.

Aprovecho, mis caros amigos, un corto descanso en esta villa para darles referencia de nuestra feliz salida de Miranda, ambos con la triste impresión de la tragedia

que muy á pesar nuestro presenciamos. Si Fernando goza de perfecta salud, no puedo decir lo propio de su acompañante, el cual, por el camino, ha sentido que le rondan achaques antiguos. Hállase el tal, es decir, yo, un tanto febril, y no veo las santas horas de llegar á Vitoria para descansar á mis anchas. Creo que el susto de Miranda, que considero el más terrorífico de mi vida, me ha revuelto toda la naturaleza, sacando de los últimos fondos de ésta males viejos, que yo creí dormidos ó arrumbados para siempre. No se asusten, porque ello no será nada, y con reponerme de aquel terror, y con alimentarme y coger un largo sueño, pienso que he de tornar á mi habitual temple.

El tal Zoilo Arratia y sus dos compañeros entraron en Miranda, según mis noticias, el mismo día que nosotros, habiendo hallado alojamiento con rara prontitud, aunque la vivienda que se les dispuso no fuera muy de su agrado. A poco de llegar, se abrieron para los tres las puertas de la cárcel, donde gimen por los graves delitos de deserción y espionaje. De esto se les acusa; falta que sea verdad su delincuencia, y me guardo muy mucho de sentenciar á nadie sin conocimiento, que yo también ¡ay! he sido enchiquerado por conspirador, hallándome tan inocente y puro como los ángeles del cielo. Sean ó no criminales los antedichos sujetos, tienen mi compasión por la pérdida de su libertad, y les deseo un buen juez, *rara avis,* que les redima ó les condene según su merecido.

Creí yo que el bilbaíno, tan oportunamente puesto á la sombra, no nos molestaría; pero no ha sido así. Poco antes de partirnos de Miranda, y cuando nuestro caballero se despedía de sus amigos en el parador cercano, llegó al nuestro una esquela escrita en la prisión por el Arratia, y á Fernando dirigida, en la cual manifiesta sentimientos contradictorios, extraña confusión de arrogancia y miedo, de amenaza y súplica, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda desesperación y delirio tienen su asiento. No viendo que por ahí nos pueda venir peligro, y atento á evitar á Fernando hasta el más leve motivo de disgusto, guardé la carta y nada le dije. Informo á ustedes del suceso, porque es mi deber procurar que nada ignoren; mas no vean en él motivo alguno de intranquilidad, pues para mí no lo hay. Sólo me inquieta mi endeble salud y el deseo de llegar pronto á la gran Vitoria, donde nos alojará mi amigo el Canónigo patrimonial, D. Vicente de Socobio y Zuazo, á quien daríamos el gran berrinche si nos fuéramos á la posada. Cualquiera que sea nuestro albergue, el Sr. de Socobio recibirá las cartas que de Villarcayo, de Madrid ó de otra parte del globo terráqueo se nos dirijan... Ya viene Fernando; ya nos avisan que todo está dispuesto. Oigo el piafar de los briosos corceles. Partamos... Dios nos acompañe. Reciban los vivos afectos del caballero y los dos mozos, así como de este humilde capellán —*Pedro Hillo*.

V

De D. Fernando Calpena á Pilar de Loaysa.

Vitoria, Noviembre.

Querida madre: Ya no puedo ocultar á usted por más tiempo el verdadero motivo de nuestra larga detención en esta ciudad. No había querido hablarle de la penosa dolencia de nuestro buen D. Pedro, esperando á que su estado me permitiese juntar en una sola noticia la enfermedad y su alivio. Por desgracia, no puedo hacerlo así, ni sabe ya contenerse mi aflicción, la cual ha de ser mayor si no la manifiesto á la persona que más quiero en el mundo. Sí, madre querida; nuestro excelente y leal amigo, el que á entrambos nos dió consuelo y ayuda en los tristes días de nuestra separación, se halla gravemente enfermo desde que á Vitoria llegamos, y hasta hoy vanos han sido los cuidados y la solicitud con que le asistimos tanto yo como el Sr. de Socobio y sus angelicales sobrinitas. El mal que le aqueja es de los peores y más dolorosos: una antigua afección á la vejiga, exacerbada en este viaje. Gran quebranto sufrió la flaca naturaleza de nuestro amado presbítero con el espanto de las terribles escenas de Miranda de Ebro; mas aunque le ví profundamente afectado, pensé que con la distracción del viaje y mi compañía, para él siempre la más grata, no

quedarían rastros de aquel trastorno. Ello es que no volví á ver en mi amigo la jovial sonrisa y el temple festivo que constituyen su personalidad. En La Puebla empezaron á molestarle los síntomas primeros de su mal: su tristeza en todo el camino me reveló su padecimiento, aunque se esforzaba en ocultarlo. En cuanto nos apeamos, fué preciso llamar al médico, y el ataque tomó en los días siguientes alarmantes proporciones. Mantúvose una semana en situación estacionaria, sin alivio notorio del sufrimiento ni crisis de mayor gravedad. Pero en la siguiente, ésta se ha manifestado con caracteres inflamatorios que me hacen temer un desenlace funesto. Nada he de decir á usted de la conformidad y paciencia con que este santo varón lleva su terrible mal: ahoga sus quejidos para no causarme pena, y en los trances más dolorosos intenta enmascarar su inmenso padecer con una sonrisa que me destroza el alma. Habla de la muerte sin temor y hasta con regocijo; asegura que no le importa morirse después de ver arreglados nuestros asuntos, y á usted y á mí en libertad y disposición de amarnos. Esta era su aspiración, éste su anhelo. Viéndolo cumplido, no tiene nada que hacer en el mundo. ¡Cuánta abnegación, qué alma tan hermosa!

La asistencia facultativa es excelente, pues el Sr. Busturia, hombre de no común saber, grave y estudioso, pone sus cinco sentidos en mi enfermo. De mi cuidado y vi-

gilancia, velando á su lado noche y día, nada tengo que decir á usted, pues ya comprenderá que no haría más por el hermano más querido... Si ocasiono á usted una gran pena, contándole el malestar de nuestro pobre amigo, me consuela el dar á mi madre una parte de mi tribulación, seguro de que la tomará generosa, por ser mía, y por ser objeto de ella el hombre nobilísimo y desinteresado que con tanta lealtad nos ha servido.

En estas ansiedades que sufro, siento á mi madre conmigo; ella me da aliento; ella redobla mi abnegación; su grande espíritu me conforta. Quiera Dios que en mi próxima carta pueda enviarle mejores noticias su amante hijo—*Fernando*.

VI

Del mismo á la misma.

Vitoria, Diciembre.

Madre querida: Si en mis tres últimas vengo transmitiendo á usted esperanzas con gradación muy lenta, en ésta, que es la cuarta de Diciembre, creo poder darlas con menos miedo de equivocarme. Me dice el médico que cree sorteado el gran peligro, y que el enfermo entra en un período de reparación, si bien es tal su debilidad, que aqué-

lla no puede ser rápida. Ya su estómago admite alimento, y estas noches últimas ha dormido con sosiego algunos ratos. El grave riesgo de la reabsorción parece conjurado totalmente. No obstante, me abstengo de entregarme aún á la alegría del triunfo, pues éste es dudoso. Aprovechando los momentos en que le tenemos despejado, le he leído algunos trozos de las últimas cartas de Madrid, y aquél en que me expresaba usted su anhelo de vernos juntos los tres festejando el restablecimiento de nuestro capellán, le afectó de tal modo, que hube de suspender la lectura porque el llanto le ahogaba.

Por cierto que no sé cómo hemos de pagar á este Sr. de Socobio y á su familia abnegación tan extremada. Llevamos aquí cuarenta días, con las increíbles molestias que ocasiona un enfermo grave, y ni un instante he visto desmentida la bondadosa paciencia de estos señores, ni en ninguna cara muestras de contrariedad ó cansancio. ¿Proceden así por efusión caritativa, ó por un exceso de sociabilidad, en la cual prevalece el culto de los cumplimientos? Creo que de todo hay en un grado superior.

Mucho me complace que ya esté en Villarcayo nuestro ínclito D. Beltrán. Aguardo impaciente su primera carta. Ojalá sea histórica, y que siga el hombre con la vena de comunicarte los sucesos políticos y militares con su gracioso pesimismo. La última que me escribió de Madrid con la reseña biográfica del nuevo Ministerio es deliciosa.

¡Cuánto más dignas de los honores de la letra de molde son esas donosas pinturas, que las infinitas insulseces que *fatigan las prensas* uno y otro día, y que sólo servirán, como dice Bretón, *para envolver los dátiles y el queso!* Y ya que hablamos de notas biográficas, algo tengo que decir á usted de las mías, pues mi pobre historia, aunque parece dormida, no lo está, y cuando menos lo pienso se remueve, causándome tristezas y zozobra. Cuando esté más tranquilo y vea libre de todo peligro á mi caro capellán, le contaré á usted... Pero no, no: se lo contaré ahora mismo, para que no caiga en cavilaciones, que la mortificaran más de lo justo.

Vamos á ello, que tengo toda la noche por mía para darle á la pluma. Hillo duerme y yo velo, platicando con mi adorada madre, que se me figura está detrás de mí, mirando por encima de mi hombro lo que escribo. Esta mañana, hallándose el enfermo muy animado, y, según decía, con ganas de vivir, hablóme así: «Fernando, se librará mi alma de un gran peso si te revelo un secretico.» Total: que Zoilo Arratia se presentó en Villarcayo preguntando por mí el día siguiente al de nuestra salida. No es esto solo. En Miranda, á donde se cree que fué en mi seguimiento, acompañado de otros dos individuos que Hillo desconoce, me libré de tan enojosa visita por la circunstancia de haber sido presos los tres caminantes á poco de su llegada, ingresando en la cárcel. ¡Qué raro es todo esto! ¿verdad, madre mía? Entiende

D. Pedro, por algo que oyó en Miranda, que les detuvieron por espías y desertores. Casi estoy por salir á la defensa de Zoilo Arratia, no creyéndole capaz de tan feos delitos, si bien por otras infames violaciones de la ley moral le juzgue merecedor de condenación eterna. Bueno: sigamos, que aún falta lo mejor del secretico. En su calabozo escribióme el bilbaíno una carta, que recibió D. Pedro mientras estaba yo en la calle despidiéndome de mis amigos. Naturalmente, por no disgustarme, se abstuvo de dármela, y la guardó en la cartera donde lleva sus testimoniales y otros papeles de importancia. «Busca, hijo, busca ese documento y descífralo si puedes, que para mí el que tales desatinos ha escrito, más que en el calabozo de una cárcel, debiera ser aposentado en la jaula de una casa de locos.» No tardé en encontrar la carta, y á la vista la tengo. Escrita con excelente letra española de pendolista, lleva en torcidos garabatos la firma del esposo de Aura. Extracto en forma breve sus conceptos delirantes y su nervioso estilo: «Estoy preso. Juro á usted que soy inocente. Bien puede creerme esto, como creerá que le odio con todo mi corazón. He venido en busca del señor D. Fernando para que celebremos pacto de amistad, matándonos como dos hombres bravos... Sálveme, señor... Usted me aborrece, yo le aborrezco... Decidamos noblemente cuál debe vivir. Si usted estuviera preso, yo le salvaría. Yo carezco de libertad: démela usted; sálveme, que bien puede ha-

cerlo con sus influencias. Seamos uno y otro libres, y al punto se verá cuál de los dos debe vivir y cuál no...»

Vea usted, señora madre, una verdad romántica, salida de la vida real, y rectifique lo que no hace mucho me escribía, asegurando que el romanticismo no tiene existencia más que en los libros y en el irritado numen de los poetas. La tranquilidad espiritual que ahora goza usted le inspira estos juicios. Según vivimos, así pensamos. Las ideas audaces, las antítesis violentas, son el centelleo de las pasiones que nos agitan. La sensatez y el razonar frío nacen de la regularidad, de la satisfacción de los deseos... La intensidad dramática de un conflicto personal, de uno de esos nudos fatales que ofrece la vida, hacen de cualquier hombre vulgar un personaje de Víctor Hugo ó Dumas. Andan por el mundo más Hernanis y más Antonys de lo que ordinariamente se cree... Sea usted benévola con mi pedantería, y no se inquiete por el repentino hallazgo de la carta romántica, que á mí no me ha causado el efecto que su autor, en este caso poeta sin saberlo, ha querido producir en mí. La guardo y espero. Me va muy bien con este clasicismo á que hemos llegado, después de tantas turbaciones y angustias, y no quiero salir de un estado en que gozo la inefable dicha de vivir en comunidad de ideas y sentimientos con mi querida madre. Pongo fin á estas cosillas con un aforismo que acabo de descubrir, y del cual

doy á usted traslado para que se ría ó nos riamos juntos: *La felicidad es clásica.*

Domingo.—No tuve prisa en terminar mi carta, porque el furioso temporal de nieve nos priva de correo, según dicen, en dos ó tres días. El de Villarcayo me trajo ayer carta de Valvanera, con la noticia de estar Pepita afectada de calenturas, aunque leves, alarmantes por la deplorable propensión de esas criaturas á los males de pecho. Afortunadamente había remitido la fiebre, y esperaban una pronta mejoría. Trájome también una donosa epístola de D. Beltrán, de letra de Nicolasita, pues la menguada vista del ilustre señor difícilmente le permite ya, ni aun con cristales de gran fuerza, largas tareas de escritura. Pero su inteligencia y gracia no merman al compás de la vista. Había de leer usted, para gozar de ella como yo, la pintura de las fatigas que está pasando el pobre Conde de Ofalia en la Presidencia de Ministros. Según D. Beltrán, las napolitanas han llevado al Ministerio al noble prócer y diplomático D. Narciso de Heredia, porque en él ven al único arreglador de la intervención extranjera que nos libre de la guerra civil. Créese que esta vez, como las anteriores, Luis Felipe, á pesar de su amistad personal con Ofalia, y de lo mucho que le considera, dirá como el pastor: «Con tu pan hago las migas, que con el viento no se oye.» En cambio, el bondadoso Conde anda como atontado entre el barullo de las Cortes, elegidas antes de su nombramiento,

compuestas de oradores fogosos que á todo trance quieren *ministrar*, aunque sea sólo por un par de semanas, para repartir docena y media de destinitos éntre los hambrones de la familia. Las disensiones del General en jefe con el Gobierno le traen loco; el militarismo crece y todo lo avasalla. ¿Dónde está el hombre de Estado por quien la nación suspira? El festivo historiador Urdaneta cree que el Mesías político que esperamos no es otro que su nieto el Marqués de Sariñán, hace días electo diputado por Tudela, y ya camino de la Corte, *apretándole á ello* la falta que hace en España su presencia, según los agravios que piensa desfacer y tuertos que enderezar. Con estas burlas de su propia estirpe mezcla D. Beltrán gallardamente juicios muy acertados sobre las diversas cuestiones pendientes, como esa zaragata que ahora se traen por restablecer los diezmos en el ser y estado que tenian antes del corte que les dió Mendizábal. La lucha entre el *progreso* y el *retroceso*, como ahora dicen, se parece á la controversia que entablaron los conejos acerca de si era pachón ó podenco el can que les perseguía. Confía D. Beltrán que *Higinio* y *Alejandro*, los héroes de la Granja, habrían de encontrar arbitrios de gobierno más eficaces que los de estos señores, si les pusieran en las poltronas, y les dejaran proceder conforme á su elemental criterio, sin nada de lo mal aprendido en libros ó peor cursado en las aulas parlamentarias. No le oculto á usted que el donaire de nuestro anciano me

hace dichoso, y que no puedo menos de ver en el fondo de él una observación sagaz y un sentido justo. Es el siglo pasado, filósofo y analizador, que se ríe del barullo en que nos hemos metido los del presente, queriendo cambiar de mogollón ideas, formas y costumbres. Si digo un disparate, no me haga usted caso.

Martes.—Continúa el mal tiempo, y los correos empantanados, contratiempos que tengo por insignificantes, junto á la felicidad de ver á mi querido clérigo en franca mejoría. Lo que siento es no poder transmitir á usted por los aires la expresión de mi gozo. Hoy quería D. Pedro escribir á usted un parrafito; pero no se lo he permitido, porque aún está muy débil. Ya lo hará otro día, cuando los buenos caldos de gallina que le administran estas señoras vayan dando á sus sentidos corporales la energía de que hoy carecen. Leo al enfermo lo que escribo, y con esto se entretiene y es feliz. De esta familia de Socobio contaré á usted muchas cosas: aún no es tiempo. Son todos ellos, varones y hembras, un poco arrimados al *retroceso*, lo cual no quita un ápice á la bondad de sus corazones y á la excelencia de su conducta social. Parientes cercanos tienen en la facción, y alguno va y viene que les trae noticias frescas de lo que en ella pasa. Me abstengo por delicadeza de hacer indagaciones sobre estos particulares, y nada les pregunto. Hoy hablaré á usted con preferencia de un conocimiento que hice anoche mismo,

á poco de cenar, por mediación de nuestro bondadoso D. Vicente de Socobio. Hablóme de un joven que ardientemente deseaba conocerme, y abriendo yo al instante las puertas de mi confianza al desconocido sujeto, no tardé en verle llegar á mí. En el comedor trabamos un largo coloquio, del cual vino algo parecido á la amistad, con las naturales reservas, pues el individuo de autos me ha parecido sumamente agudo, de éstos que, revelando extenso saber de cosas, aún dan la impresión de que ocultan mucho más de lo que revelan. Es pájaro de cuenta, según las primeras sensaciones de mi olfato, y no rehuyo las nuevas visitas que me anuncia, pues la de hoy, para hacer boca, ha sido substanciosa y de gran interés para mí, como verá usted por lo que voy á contarle.

D. Eustaquio de la Pertusa, que así se llama, ó dice llamarse, este despabilado mozo, empezó revelándose como uno de los tres individuos presos en la cárcel de Miranda el día mismo de nuestra llegada: sus compañeros de viaje y de infortunio eran Zoilo Arratia y otro bilbaíno nombrado Iturbide. ¿Qué tal? Esto no lo esperaba usted, ni tampoco que mi visitante se declaró autor de la carta de Zoilo en su parte caligráfica y en algunos toques de su extravagante estilo. Vamos de sorpresa en sorpresa, mi querida madre, y no es la menor que el señor de la Pertusa está libre, como atestigua su presencia corporal, y los otros infelices continúan presos. ¿Por qué esta diferencia de

suerte? ¿Será porque se ha demostrado que Iturbide y Arratia son criminales, y D. Eustaquio inocente? No, señora; precisamente ocurre todo lo contrario, y vea usted el giro paradógico de este singular caso, que entra de lleno en la esfera de las creaciones románticas. En un arranque de sinceridad y de confianza, que no sé si me asombra ó me asusta, el Sr. de la Pertusa me ha revelado que sus compañeros se hallan tan limpios del crimen que se les imputa como los ángeles del cielo; él, mi romántico personaje, no podía decir lo mismo. Sin dar tiempo á que yo expresara las observaciones que sobre tan extraña confesión se me hacían, me agració con preciosos datos de su historia. En su agitada vida militar y política había desertado dos veces: la primera, de las filas de los urbanos de Huesca, donde defendió la causa de Isabel; la segunda, de las filas de Cabrera (división de Forcadell), donde combatió por la Causa de D. Carlos. La realidad y la experiencia persuadiéronle de que ambos ejércitos eran cuadrillas de locos, igualmente ominosas ambas banderas, funestos sus caudillos, infernales sus armas; y por éstas y otras razones que no podía revelar, hase afiliado en las banderas de la paz, ó sea en el salvador, en el honrado y noble partido que trabaja por la terminación de la guerra, no con pólvora y balas, sino con perdones y abrazos. Siguió á esto un ardiente encomio de los elementos de inteligencia y fuerza que constituyen el tal parti-

do, al cual pintó como un gran cuerpo invisible dentro y debajo de las multitudes combatientes y en toda la extensión de la masa social española. Clero y milicia, nobleza y estado llano, forman la inmensa hueste de la concordia, y ha de alcanzar ésta provocando lo contrario, ó sea la discordia, en el seno de cada uno de los partidos guerreros. No me parecía mal este plan de campaña de los pacíficos, y al punto lo relacioné con los últimos disturbios en el ejército de la Reina y los síntomas de indisciplina en el de Don Carlos. En buen hora viniese la descomposición si con ella venía la paz; pero ésta no me parecía, y así se lo dije, muy firme y sólida, fundada sobre el cimiento de las energías corruptas.

Oyendo al exaltado joven, que se me iba representando como un pez muy largo y de muchísima trastienda, me asaltó una idea, después otra... Pensé primero en la monstruosidad inconcebible de que siendo culpable D. Eustaquio é inocentes sus compañeros, hubiera recobrado el malo la libertad y los buenos no. Interrogado por mí con vehemencia acerca de este punto, díjome calmoso, clavando en mí sus ojos penetrantes: «Ellos están presos porque no tienen quien les ampare. Yo estoy libre porque cuento con relaciones, y por muy hondo que caiga, no me falta nunca un clavo sólido á que agarrarme. Escribí á un amigo, éste habló con un personaje que no puedo nombrar, y héteme en la calle, sin que se nos dijera por qué salía yo y mis

compañeros se quedaban.» Tanta iniquidad, injusticia tan cínica y desvergonzada, me sublevaron. ¿Pero España es así y ha de ser siempre así? ¿Es en ella mentira la verdad, farsa la justicia, y únicos resortes el favor ó el cohecho? ¿Y sobre ese terreno, más bien charca cenagosa, se quiere fundar cosa tan grande como la paz?

Voy á la otra idea, que sin atormentarme como ésta, también embargaba mi espíritu. «¿Por qué viene D. Eustaquio á contarme á mí todas estas cosas?—me decía yo, observándole sin dejar de oirle.—¿Qué ha visto en mí que pueda inducirle á tales confidencias? ¿Es un conspirador, un temible espía, ó un farsante insubstancial? Si su oficio es el espionaje, ¿por cuenta de quién lo practica?» De pronto surgió rápidamente de estas ideas otra, y sin preparación alguna se la solté en esta forma ruda: «Sr. de la Pertusa, usted es agente de D. Eugenio Aviraneta. No le pregunto por qué ó por quién conspira, ni me importa saberlo. Sólo le digo que pierde usted el tiempo si ha intentado tantearme para que le ayude en sus maquinaciones.» Y él replicó al instante, gozoso, estrechándome la mano: «Sr. D. Fernando, no puedo revelar á usted quién es mi jefe inmediato. Sólo le digo que soy soldado de la paz, algo más que soldado, aunque no es bien que declare por ahora mi graduación. Por la paz trabajo, por la paz sufro persecuciones. He querido conocer y tratar á usted, porque el Sr. Socobio, á quien reverencio como á uno

de los más calificados de la *Causa pacífica*, le designó entre los que creen que para terminar la guerra debemos meter zizaña en ambos ejércitos, desacreditar á sus caudillos, fomentar el cansancio de la tropa, el hastío de los pueblos.» Yo no había sostenido que esto se hiciera y trabajara como se amasa y cuece un pan, sino que era un hecho, un caso real, engendrado por hechos y casos precedentes. Pertusa, que, como todos los conspiradores, declaraba obra suya los fenómenos históricos, producto de la vida colectiva, afirmó que lo que yo llamaba hechos era resultado de la campaña de los *pacíficos*. Despedíle al fin, fatigado de tan larga conferencia; pero él me anunció nueva monserga para el siguiente día, ansioso de comunicarme cosas que á su parecer me interesaban, y á cambio de este servicio me pediría mi cooperación en una forma que no había de comprometerme. Más que mi recelo ha podido mi curiosidad, y aquí me tiene usted con más deseo que temor de que vuelva.

He vacilado, querida madre, en expresar aquí una idea que me asaltó; pero dejando pasar la noche sobre ella, mi voluntad se ha decidido á manifestar á usted todo lo que pienso. He dormido mal, atormentado por esta idea, más bien propósito, que va usted á conocer ahora mismo. La injusticia me irrita, me subleva. No sea el favor instrumento del mal; séalo alguna vez del bien. Tengo amistades valiosas; dispongo de algún fa-

vor. No soy digno de mí si no voy á Miranda y pongo en libertad á los dos inocentes Zoilo Arratia y José Iturbide.

VII

Del mismo á la misma.

Vitoria, Diciembre.

Madre amadísima: Doy y usted me da los parabienes por la mejoría de nuestro capellán, ya bien manifiesta, y la informo de la segunda aparición del tal Pertusa, en el cual veo ya claramente un pájaro muy sutil. Añado que es agradable, de rostro moreno, con vivísimos ojos de ratón, sonrisa de pícaro redomado, mediano de cuerpo, de palabra fácil y graciosa. Un detallito para concluir de pintarle: estudió para cura, hasta recibir las primeras órdenes. Dejando la Iglesia por las armas, recibió en las filas de los urbanos primero, en las de Cabrera después, la última mano de la educación social con borla de doctor en toda humana picardía. En filas le dieron el mote de *El Epístola,* que ostenta como recuerdo glorioso de sus campañas.

Voy á mi asunto. En la de hoy interesante visita (trasposición tenemos), empezó por suplicarme el suministro de cuatro onzas para proseguir su viaje, de que han de resultar notorios beneficios á la *Causa pacífica,*

y antes de saber mi conformidad con este audaz expolio, me doró la píldora, notificándome que en Vitoria se hallaba la cuadrilla de *Uva*, en la cual hay personas que podrán darme informes preciosos de lo que más vivamente me interesa. ¿He dicho algo á usted de la cuadrilla de *Uva*? Creo que sí. En efecto, la banda de cantineras ha entrado en Vitoria con la división de Buerens. Y puedo decirlo por propio conocimiento, pues cuando escribo ésta ya estoy de vuelta de la posada de San Blas, donde, guiado por el amigo Pertusa, he podido ponerme al habla con los apreciables vagabundos que surten de aguardiente á nuestros soldados. El primero que me saltó á la vista, por conocerle de antiguo, fué *Churi*, el endiablado sordo, que se manifestó descontento de verme, y no empleaba, como otras veces, el lenguaje de sus garatusas expresivas. Su estado de ropa y carnes es lastimoso. Me causó mucha pena; díjele como pude que á Bilbao volviese con su familia, y el Sr. *Uva*, un sujeto que afecta gravedad impropia de su condición y oficio, respondióme por él que eso mismo le recomendaba la cuadrilla toda, sin conseguir quitársele de encima. Una mujer á quien llaman *Seda*, huesuda, larguirucha y muy charlatana, pegó la hebra; y como notase en mi no poco agrado de oirla, me llevó aparte, y entre sacos de paja y dornajos, me largó esta página biográfica, que extracto para no cansar á usted.

El tal *Churi*, que padece la enfermedad ó

monomanía del amor, con la contrariedad de que su sordera le imposibilita para satisfacer su espiritual anhelo, se prendó locamente de una hermosa mujer llamada *Saloma la navarra;* rechazado por ésta, y brutalmente apaleado por un tal Galán, al parecer marido, recayó el infeliz en su dolencia, eligiendo para dama de sus pensamientos á otra graciosa mujer, también llamada Saloma, con el aditamento diferencial de *la baturra*, y tanto la persiguió el pobre bilbaíno con sus galantes obsequios, tales muestras le dió de la fineza de su inclinación, que hubo la moza de sentir, si no amor, compasión, accediendo á concederle su cariño. Si éste satisfizo en los primeros días al desgraciado joven, pronto hubo de encontrar que el forzado afecto de *la baturra* no colmaba la ilusión de su alma enamorada, ávida de inefables consuelos. Se advierte que las aspiraciones amorosas de *Churi* son elevadísimas, no contentándose con la fácil conquista de la mujer, sino pretendiendo la suprema comunión, el himeneo ideal...

Ya comprenderá usted, querida madre, que con los datos que me da: la señora *Seda*, en su rudo y deslavazado estilo, compongo yo mi historia, procurando la mayor fidelidad en lo substancial. Sigo, con el recelo de que usted verá en lo que escribo antes la novela que la historia. Lo mismo da: adelante... Pues á las dos semanas, Saloma no podía resistir ni la persona ni las extremadas demostraciones patéticas del pobre *Churi*. No pocos anduvie-

ron en compañía de dos individuos de la cuadrilla de *Galvana*, trayendo y llevando recados á una señora que se apareció medio loca en Orduña, y anduvo desatinada por los caminos, hasta que su familia la recogió en Salinas de Oñoro. Con los enredos que de dicha señora se traían, fueron *Saloma*, ***Churi*** y sus dos compañeros á La Guardia; siguieron hacia la Bastida, y como *la baturra* no se recatase en manifestar su preferencia por uno de los de *Galvana*, guapo mozo, cabal en todos sus sentidos, trabáronse el tal y ***Churi*** en grande pelea, primero á puño limpio, luego con navajas, de la cual porfía resultó la dama más estropeada que los galanes; volvió el sordo lleno de achuchones y puntazos al corral pacífico de *Uva*, y de *Saloma* no se supo más sino que en Miranda terminó su turbada existencia, recibiendo cristiana sepultura en el camposanto de aquella villa.

Madre mía, oigo á usted exclamar: «novela, novela,» y yo digo: «historia, historia.» Pulimentando la forma del texto, por el maldito vicio de corrección á que nos induce la llamada cultura, sé que echo á perder el pintoresco relato de la señora *Seda*. Pero ya no tiene remedio. ¿Cuándo inventarán un daguerreotipo de los sonidos que nos permita sorprender la palabra humana en toda su espontánea belleza...? Pues sigo...

No, no sigo, que estoy cansado. Hasta mañana.

Viernes.—¿Se fijó usted en la muerte de

la baturra? He aquí un enigma descifrado. Yo mismo empiezo á dudar, y digo con usted: «¿novela...?» Adelante. Agregado *Churi* otra vez á esta cuadrilla, no pasó mucho tiempo sin que aparecieran nuevas erupciones del volcán de su pecho. No habiendo por allí hembras del buen ver de las dos Salomas, *navarra* y *baturra*, ofreció su alma á una viuda que vendía tabaco, la cual le doblaba la edad, conservando restos apenas perceptibles de una destruída hermosura, contemporánea de Talavera y Arapiles. Díjome *Seda* con discreción que si no había logrado el sordo poner digno remate á su conquista, no debía de andar muy lejos de ello, á juzgar por ciertas blanduras que notaba en el arisco carácter de la *Pringosa*, que así llamaban al nuevo ídolo. Lleváronme á verles en un corral donde el galán y la dama, con otros de la partida, se ocupaban en los poéticos menesteres de limpiar él los borricos, y ella de remendar los aparejos. Hallé en la dama notoria semejanza con una característica que hemos visto en Madrid mil veces haciendo papeles de patrona ó de Celestina en piececillas y sainetes; pero no puedo recordar cómo se llama. Traté de interrogar á *Churi* para que me aclarase el punto (convengamos en que la verdad se tuerce y descompone en mis pobres manos, convirtiéndose en novela), el punto obscuro, digo, de la señora trastornada, de la señora que vagaba por la Peña de Orduña, de la señora... en suma, de la que habría tenido

un dramático fin, si no la recogiera su familia en Salinas de Oñoro; mas nada pude obtener del desgraciado mozo, que parece ya tan corto de inteligencia como de oído, y es un arca cerrada con las llaves de la imbecilidad. Sus ojos, antes tan vivaces, ya se cuajan atónitos y mortecinos; su boca ha perdido los mohínes que sustituían la palabra; su cuerpo languidece. No hay manera de entenderse con él ni de que pronuncie dos conceptos acordes. Parece que sólo le entiende la *Pringosa*, y que su alma, aislada de todo el Universo, sólo para ella tiene lenguaje y expresión de alma humana. Dejéle al fin, cansado de sacudir golpes en aquella puerta para que se abriese. Está enmohecida, y las ideas que guarda también son roña y podredumbre. ¡Infeliz *Churi!*

Antes que se me olvide: el gran presbítero entra en convalecencia franca. Come y bebe con mediano apetito. Le permito el uso de lápiz y papel para que satisfaga el deseo de escribir á usted participándole su resurrección. Pues sigo: me ha parecido que el servicio del *Epístola*, dándome á conocer la sociedad de los aguardenteros, á quienes debo tan útiles informes, bien merece una recompensa. He puesto en su mano tres onzas, asegurándole que disfrutará de otras tres si cuando regrese de Vizcaya, para donde parte sin dilación, me trae noticias auténticas de todos los individuos de la familia de Arratia.

Sábado.—Me ha turbado toda la noche,

quitándome el sueño, el recelo de que usted no apruebe el encargo que dí al condenado *Epístola*. Lo primero que hoy hice, al levantarme, fué mandarle venir á mi presencia para retirar mis órdenes y deseos de nuevas noticias. Con otra pelucona completo lo que me pidió, y le advierto que no quiero saber nada, que no se acuerde más del santo de mi nombre. Pero mientras corto comunicación con un pasado triste, veo que se adhiere más y más á mi espíritu la idea que ya manifesté. Quiero libertar á Zoilo Arratia, quiero emplear en aquel desgraciado enemigo mío los sentimientos de justicia que llenan mi corazón. Nada haré sin el consentimiento de usted. ¿Cree que me conviene guardar para otra ocasión mi sed de justicia, y que mi cristiana idea no debe tener aplicación por ahora? Dígamelo: que no hay para mí mayor gozo que someter mi criterio al de mi buena madre, y expresar con mi subordinación mi grande amor. ¡Oh, que no fuera mañana mismo el venturoso suceso que usted me anuncia, reunirnos en una casa que comprará en Burgos, Briviesca, ó Medina de Pomar! ¿Dónde? Si usted no me lo dice, me encariñaré con el sitio antes de conocerlo. Puesto que usted aguarda sólo á que calmen los fríos para venir cerca de mí, á mi lado quizás, yo al lado suyo, contaré los días que restan de Diciembre, los del próximo Enero, calculando que al término de ellos comenzará la mayor dicha de mi vida. Y cierro ésta: ya es bastante. El tiempo mejora; la nieve se derrite; el

frío es tolerable. Que pase, que pase pronto. Días asoleados y placenteros, venid, venid. Abrazos mil de su amante hijo—*Fernando.*

VIII

De Pilar de Loaysa á D. Fernando.

Madrid, Enero de 1838.

Hijo mío, niño, sí, sí, cuando pasen los fríos... Pero estos fríos ¿qué hacen que no pasan? Por mí no los temo, á pesar de mi delicada salud; pero me han fijado ese plazo, y es forzoso que yo me someta á la voluntad de quien puede y debe dirigirme... Ya han pasado los Santos Reyes, tan guapos con sus trajes de púrpura, su lucido séquito, sus camellos arrogantes... Ahora estoy esperando al venerable San Antón, con la barba hasta la cintura, su tosco sayal, y el cerdito tan mono; le oigo ya los pasos... Tras él, muy cerquita, viene San Sebastián, y poco falta ya para estar á las puertas de Febrerillo loco. Pronto, niño mío, sí, prontito... ¡qué gusto!

¡Ay, ay, cuánto he llorado con tu última carta! Tu anhelo de justicia, tu sublime rasgo de caridad, salvando al enemigo injustamente condenado, te enaltece á mis ojos; me siento orgullosa de tí. Ríanse otros de la caballería, de ese ideal del bien y la justi-

cia tan arraigado en almas españolas; yo no me río, no puedo reirme de eso. Lo llevo en la masa de la sangre. Caballeros mil tengo entre mis antepasados. En tí se reproduce mi raza generosa, cristiana, grande por el valor, por la abnegación y el heroísmo. Tienes á quien salir.

Te diré con entera franqueza lo que pienso sobre el particular. La catástrofe de tus amores en Bilbao me obligó á imponerte una sumisión absoluta, y con ella te salvé de mayores desastres; pero no he querido, no, decapitar tu voluntad ni matar tu iniciativa. No puedo menos de considerar, al propio tiempo, que al revelarme á tí y descorrer el velo de tu origen, si te he dado el consuelo dulcísimo de poseer una madre, he quitado á tu personalidad en el mundo aquel brillo, aquella dignidad ¿por qué no decirlo? que ostentan personas nacidas de padres menos ilustres, pero en condiciones normales y regulares. Esto es tan delicado que no sé cómo decirlo. Pero tú lo entiendes, mi bien, y me basta. Bueno: pues el conocimiento de tu origen nos trajo, creo yo, la abdicación de tu voluntad. Mi amado hijo me resulta un muñequito, ¡ay, sí! un lindo juguete sin vida para recrear la mía. No, no: esta condición muñequil no puede satisfacerte, ni á mí tampoco me satisface. El vacío de que antes hablé, producido por la irregularidad del origen, no se llena sino con la rehabilitación de la voluntad, para que con ella emprendas altas y nobles acciones. Lo

que te falta, aprecio de tí mismo, conciencia robusta de tu valer, créalo tú con potente audacia, fundando un hombre nuevo sobre las ruinas del pobrecito chasqueado en la Villa heróica; lo que de menos tienes en dignidad por tu origen, búscalo ahora y agrégatelo y complétate... ¿Me entiendes? Creo que sí... Pues bien: tus impulsos de caballería me saben á gloria... Soy muy caballeresca. Te reconozco. Apruebo plenamente que quieras ganar lo perdido. Tus ideas cristianas de suprema hidalguía y virtud son la grandeza que yo quiero para mi hijo. Sí, da libertad á ese hombre.

Pero ¡ay!... aguarda... no... Me dejo arrastrar de mi imaginación... ¿Y si te pasa algo? Ya sale aquí la madre. ¡Oh, sí! la madre tiene que mirar por tu vida, por tu felicidad. ¿Y si todas esas grandezas morales y caballerescas me privan de tu felicidad, de tu vida...? No, Fernando, no hagas caso de ajenas desdichas. Deja á ese hombre que se arregle como pueda... Retiro lo que habrás leído. Habló antes la ricahembra; ahora habla la madre. Súbitamente me vuelvo muy ñoña. No me resigno á que el amor de mi vida afronte los peligros de la ingratitud, de la brutalidad de un hombre que es quizás un malvado... No, no: consérvateme muñequito; desechemos las aventuras, el quijotismo, las sublimidades peligrosas... Ya soy vieja, y quiero mi paz, tu felicidad. Seamos clásicos, muy clásicos...

Permíteme que suspenda esto y que aguar-

de algunas horas para pensarlo mejor...
He pensado, y me decido al fin porque no tomes ninguna resolución, al menos hasta que yo vaya y hablemos. El otro podrá aguardar en la cárcel. ¿Qué le importa un mes más ó menos? Seamos egoístas... digo, clásicos.

No estoy conforme, no. Me tomaré un plazo más largo, toda esta tarde y toda la noche. Mañana, con mi cabeza despejadita y fresca, pronunciaré sentencia definitiva. En tanto, no habiendo para mí otra alegría que escribirte (pues mientras vacío en el papel mis pensamientos, me figuro, como tú, que por encima de mi hombro miras lo que escribo), déjame que garabatee un poco más, hablándote de otros asuntos. Pues sí: le cuento los pasos al buen San Antón, y preparo mis bártulos minuciosamente, apuntando todo lo que he de llevar para que no se me olvide nada. A mi muñequito le llevo mil juguetes. Otros muñequitos como él, que se llaman Víctor Hugo, Dumas, Byron, Walter Scott, á los que he provisto de elegantísima ropa, encuadernación lujosa, con cantos dorados. Esto de los cantos dorados es objeto de mis mayores ansias, y á propósito del brillo y pureza del oro, he tenido terribles agarradas con el sastre de libros, *vulgo* encuadernador. Para tu romántica persona llevo también tapas lujosas, abrigos de pieles, pues me temo que aun después de mi llegada persistan los fríos enojosos. Y para nuestro buen capellán no faltará pro-

visión de magnífica ropa de invierno. Vigilo el arreglo de mi silla de postas y la proveo de todas las comodidades. Y no quiero ocultarte que iré bien preparada también de recursos morales, de hábiles defensas contra las intrigas de Juana Teresa. Por Valvanera he sabido que fué á La Guardia con el único objeto de denigrarme, revelando á los Navarridas secretos que descubrió revolviendo los papeles de D. Beltrán. La impresión producida en aquella gente sencilla y timorata, ha sido de recelo y disgusto, pues *Doña Urraca* supo presentar las cosas por el lado que le favorecía, y llenar de escrúpulos el cerebro de las muchachas y de sus apreciables tíos. La situación, hoy por hoy, es la que á renglón seguido te expreso: Doña María Tirgo, resueltamente en contra nuestra, con terquedad irreductible; D. José María, vacilante, sufre grandes angustias y bascas, pues queriéndote de veras y admirándote, se siente bajo la presión y horrible dominio de los de Cintruénigo. Su mansedumbre y debilidad son un gran peligro, pues me temo que al fin su hermana le arrastre, y le veamos en una actitud marcadamente hostil. Fíjate bien en que D. José María es tutor de las niñas, y que Demetria se halla bajo la autoridad tutelar hasta los veintitrés años, que cumplirá en Mayo del 39. ¿Te vas enterando? Demetria no podrá contraer matrimonio sin licencia de su tutor, y éste, según la ley, no está obligado á dar ninguna explicación de su negativa. Por todo lo

expuesto, mi querido hijo, en conciencia debo aconsejarte que suspendas por ahora tu viaje á La Guardia. Conviene que nos demos un poquito de tono. Nuestra dignidad nos exige no mostrar un interés excesivo, ni las prisas del solicitante importuno. Ello ha de venir por su propia madurez: no nos precipitemos. ¿Estás conforme? Aseguro que sí.

Y va de noticias. Ha llegado á Madrid mi excelso sobrino el Marqués de Sariñán, con la investidura de diputado por Tudela. Pásmate: no ha ido á buscar alojamiento apropiado á su categoría en Genieys ni en las otras dos medianas fondas que aquí tenemos, y se ha metido en casa del amigo Mendizábal, sujetándose á un modesto pupilaje. Viste regularmente; pero sus camisas, obra de la tijera y aguja de *Doña Urraca,* ofrecen un corte de cuellos de extraordinaria novedad. A poco de jurar su cargo, se ha lanzado á la oratoria, haciendo su estreno en la marimorena de los diezmos con un discursito pálido, aprendido de memoria, que ha pasado como un rumor, sin dejar eco más que en el *Diario de las Sesiones.* Forma en las filas del más furioso *retroceso,* con Alejandro Mon, y Castro y Orozco. Dícenme que gestiona la compra de bienes monacales á bajo precio, entendiéndose con los que liquidan y tasan. De esto no respondo. Lo verosímil no siempre es verdadero.

Domingo.—He pensado, he meditado anoche... Vuelvo de misa: en mi espíritu se confirma esta resolución, que sin duda me

inspira Dios. Hijo mío, haz lo que te dicte tu gran corazón. No me determino á limitar tu libertad, la preciosa iniciativa de quien lleva en sus venas sangre de tantos héroes antiguos y modernos. Sé lo que digo, y lo escrito, escrito está. Llena mi alma la convicción de que Dios ha de protegerte, y á mí no me negará el consuelo de verte triunfante. Ansío que tu alma se fortalezca de dignidad, que tu conciencia se recree contemplando la nobleza de tus acciones. Dios está contigo. ¿Cómo no, si ya soy buena, si te idolatro, si eres mi vida? No temo nada. Que á tí y á mí nos gobierne tu magnánimo corazón. Mil besos de tu madre amorosa—*Pilar*.

IX

De D. Beltrán de Urdaneta á Fernando Calpena.

Villarcayo, Enero.

Joven ilustre: En estos regalados ocios, mi ancianidad se repara de sus quebrantos, y heme aquí menos vejestorio, no te rías, de lo que á primera vista represento. Hasta la facultad de ver, que era entre todas las mías la más averiada, parece recobrarse, y aquí me tienes escribiéndote sin auxilio de Nicolasita. Esta y su hermana me encargan que no deje para lo último el ponerte sus

memorias; insisten en que las eche por delante, en los comienzos de la carta. Así lo hago, y relámete, ingratuelo, con los dulces afectos que te envían mis nietas. Toda la descendencia de mis queridos hijos está vendiendo vidas, lo que me regocija en extremo, porque dice Valvanera que yo he traído la salud á su casa. ¡Qué orgullo para mí...! Entre paréntesis, me hiciste mucha falta para las magnas obras del nacimiento que armé á los chiquillos, y para la venida de los Reyes, que representamos en el salón con desusada solemnidad, sin que faltaran camellos corpóreos, negros *de carne*, y la estrella refulgente. ¡Y tú en Vitoria, detenido por la enfermedad del eximio capellán! Gracias sean dadas á Dios por la mejoría de tu amigo. Sólo falta que decrete pronto el restablecimiento y os traiga á los dos para acá.

Ya sé que presenciaste en Miranda un suceso histórico. Fea y horripilante página te tocó, joven ilustre. Pero así se aprende. En mi campaña del Maestrazgo hube de familiarizarme de tal modo con los fusilamientos y el continuo sacrificio de seres humanos, que ya ni un ligero temblor me producían espectáculos tan terribles. ¡Bonita Historia de España están escribiendo unos y otros, mi querido Fernando! En parangón con esos trágicos anales, debemos presentar nosotros los del género festivo, de que te mandé algunos capítulos matritenses, que guardarás como oro en paño. La Providencia se encarga de encariñarme con ésta para mí fácil tarea,

proporcionándome activos corresponsales, que me envían, sin yo pedirlos, preciosos datos. Dime tú: ¿tienes noticia de la toma de Morella por los carlistas? ¿Sabes cómo fué? ¿A que no? Pues yo he recibido hoy mismo carta de un amigo que dejé por allá, Nicasio Pulpis, el cual, como autor principalísimo en aquel lance, me lo describe puntualmente. Antes de referírtelo, déjame filosofar un poco, déjame que sea también algo profeta, que el profetizar es propio de ancianos alumbrados por la experiencia. Pues digo que ahora, con la posesión de aquella plaza en el riñón del Maestrazgo, centro de una imponente masa de baluartes construídos por la Naturaleza, Cabrera, cuyo militar instinto y ciega bravura conozco *de visu*, será dueño de toda la región española que derrama sus aguas en el Mediterráneo. Pronto le verás dominando la plaza de Castellón. Ambas riberas del Ebro, desde Caspe á los Alfaques, serán suyas, y, por fin, Valencia prolífica, con sus codiciados frutos y sus lindas muchachas, caerá en la garra del fiero leopardo. Este se ha de crecer, no sólo por la importancia colosal de las posiciones que posee, sino porque su ejército y territorio se mantienen libres de la discordia y corrupción que reinan en el Norte. Lo que creó Zumalacarregui en Navarra y Guipúzcoa se desmorona por la imbecilidad del partido eclesiástico; en cambio, lo creado por Cabrera en Oriente adquiere cada día más vigor, porque allí no hay partidos, allí no hay más

que la voluntad férrea de un gran soldado. El dualismo destruye la facción en el Norte; la unidad la fortifica en el Este. Verás muy pronto á Cabrera emancipándose de la autoridad de su menguado Rey, y combatiendo por un absolutismo acéfalo, que llamaremos protectorado, dictadura. He aquí, Fernandito, que lo que no han podido las realezas con el apoyo clerical y las defecciones del ejército, lo puede un pelanduscas con algunos puñados de barro popular. Apunta todo esto que te digo, para que si cierro el ojo antes de lo que deseo, veas confirmada en los hechos la profecía del humorístico don Beltrán. Cuando la realeza falla, cuando la milicia es impotente, inepto el clériguicio, incapaz la aristocracia, veamos, hombre, veamos si aparece algo grande y fuerte en medio del surco abierto en la tierra, allí por donde anda la reja del arado. ¿En dónde crees tú que está la energía? ¿En los señoritos, en la nube de palaciegos y empleados, en los de pluma en la oreja, en los de espada al cinto, en los asentistas y contratantes, en los que comen de fonda, en los que andan muy huecos porque han bebido algunas gotas de lo que llaman *el espíritu del siglo*? No sabes contestarme. Miras en derredor tuyo, y no ves la energía. Yo tampoco la veo; pero sé donde está y me lo callo, porque no crean que chocheo, que desvarío. Y como te veo arrugar el ceño, corto aquí mi vena profética y te contaré cómo ganaron los carlistas la plaza de Morella, y el ingente castillo enclavado en

risco inexpugnable. Pues salió de la plaza un aprovechado artillero cristino, más traidor que Judas, y propuso á Cabrera construir una escalerita, cuyas medidas bien tomadas dió, con la cual podían subir al castillo veinte hombres, favorecidos de la obscura y tempestuosa noche. Ello fué un asalto de teatro; vieras allí trepar á los baluartes, franqueando ásperas rocas talladas á pico, á la vil comparsa con el traidor á la cabeza. Sorprenden al centinela y le dejan seco. Apodéranse del depósito de granadas de mano, y la emprenden contra la guarnición, que acude á una defensa tardía. El Gobernador trata de forzar la puerta del castillo, ya en poder del audaz asaltante, y resbala y cae, y se disloca ambos tobillos. La guarnición desmaya, recoge del suelo á su jefe, y adiós Morella. Se largan de la plaza, viendo la imposibilidad de defenderla, una vez perdida la cúspide del fortísimo mogote, que es como un gigante con cabeza de hierro, manos de fuego y patas de granito.

¿Qué te parece de este hecho de armas? Dirás que es vulgar, villano. No, hijo: es la guerra elemental y primitiva. Ahí tienes cómo sin paralelas, ni planos, ni artillería, ni minas, ni nada de ciencia militar, se toma una formidable plaza. ¿Pero qué digo? Fundamento de la militar ciencia es la astucia. Añádele el arrojo, y tienes el perfecto soldado. Ahora irán los sabios á recobrar á Morella, y verás lo que sacan... Te lo repito, sé dónde está la energía; pero me lo callo.

Quiero llevarme á la tumba ese supremo conocimiento.

Y hablemos de otra cosa, ea. Al pobre Don José M. de Navarridas le tenemos loco, de la grande perplejidad en que le ha puesto *Doña Urraca*, pintándote como un monstruo de vilipendio. ¡Horror de los horrores! ¡Vaya, que tú monstruo! ¿Y yo, qué seré...? Lo menos el Anticristo. Nuestra generala Pilar, que ya se dispone á venir á regocijarnos con su presencia divina, nos manda suspender las hostilidades, y á mí me recomienda la prudencia, pues opina, con muy buen juicio, que si tomo partido por vosotros con demasiado coraje, el furor de la *hidra de Cintruénigo* puede precipitar las cosas de un modo desfavorable para tí. No hay duda que el benditísimo Navarridas, á quien tiene trincado por los cabezones la implacable Tirgo, negaría el consentimiento si fuésemos tan simples que pidiéramos á deshora la mano de la niña. No haremos tal. Nos consta que las últimas embestidas para que apechugue con Rodriguito han sido tan infructuosas como las de marras. Se mantiene en sus trece, ¡vaya una hembra! guardando en su alma, con piadoso recogimiento, la devoción del monstruo.

Adiós, hijo mío. Recibe los dulces afectos de esta familia y la bendición de tu anciano amigo y maestro—*D. Beltrán.*

X

Del mismo al mismo.

La Nestosa, Febrero.

Chiquio: Allá te va más historia, y de la palpitante, de la que duele. Henos aquí refugiados en la villa de La Nestosa, donde hemos tenido que replegarnos todos con la familia menuda, batería de cocina y regular impedimenta de provisiones, huyendo del dios Marte, que se metió inopinadamente en nuestro valle de Mena, mandando primero por delante gavillas de facciosos, trayéndonos después dos divisiones del ejército del Norte, que iban al socorro de Balmaseda. Tan feo mohín vimos en la cara y entrecejo del citado dios de la guerra, que acordamos retirarnos por el foro, trasladándonos á la casa de Juan Antonio en La Nestosa, donde hemos esperado el resultado de los brillantes hechos de armas que han despejado aquel territorio, arrancando á Balmaseda *de las garras del retroceso* (así dice el alcalde de esta villa, el cual goza de merecida fama por la finura de su estilo).

A la salida de Villarcayo me encontré á Baldomero, con quien charlé como una media hora, de la cual consagramos algunos minutos á tu persona, pues él me preguntó por tí, y yo le informé de tu feliz situación

presente, agregando los vituperios que me parecieron del caso. También vi al General Fermín Iriarte, á Latre y á Castañeda. Conociendo mi repugnancia de referir hechos militares, que comunmente son cortados por un patrón casi invariable, no me exigirás puntual noticia de los achuchones que en aquellos riscos y barranqueras se dieron unos y otros. Ello es que el caudillo faccioso Cástor Andéchaga recibió un tremendo palizón, y que serán inscritos en el libro de la Historia los nombres de Biérgol, Orrantía y Gordejuela, donde corrieron torrentes de sangre, según dicen, que yo no lo he visto. Uno y otro día, desde el 29 de Enero, escaramuzas y combates se sucedían, llevando la mejor parte los de acá. Pero tanta y tanta fuerza acumularon esos indinos en los montes circundantes de Balmaseda, que el de Luchana tuvo que echar el resto, embistiendo con el brío que suele gastar, y al fin las *huestes del progreso* (sigue hablando mi alcalde) forzaron el paso de Orrantía, con lo que quedó sellada la victoria, y el *servilismo* en desordenada fuga. Veremos lo que duran estas ventajas, pues según observo, en la presente guerra no hay más que un tejer y destejer continuo, y un tomar y dejar territorios. Cruel sangría derrama la vida de la patria en el suelo de ésta, y si no se la cierra pronto, las venas no contendrán más que miseria y podredumbre. Ya me parece un bromazo demasiado cruel la contienda entre el *D. Isidro* y la *angélica,* y hay que pedir

á Dios y al Rey de Francia otros cien mil tataranietos de San Luis, ó de San Felipe, que vengan á poner orden y concierto en esta casa de orates, donde no hay ningún loquero que sepa su obligación.

En fin, hijo mío, que tú has de ver muchas cosas que ojalá no sean tan tristes como las presentes. Aunque todo ha terminado, y Balmaseda y su comarca son de Isabel, y ningún riesgo correríamos en Villarcayo, seguiremos disfrutando del buen tiempo y del sosiego de este lindo valle, y aquí estaremos hasta que recale tu madre en Medina, acontecimiento dichoso que nos anuncia para el próximo Marzo. Valvanera y Juan Antonio te escribirán. Hoy me toca á mí, con el auxilio de Nicolasa (pues la condenada vista se me ha resentido de la jarana de estos días), ponerte al corriente de nuestra fuga, sin que grandes ni chicos hayan sufrido la menor alteración en su salud. Ni una tos infantil hemos oído en el tiempo que aquí llevamos, y fuera de la ansiedad por lo que pudiera ocurrir en la casa de Mena, todo ha sido bienandanzas. Que te veamos pronto, niño, y que tu capellán se recobre, y que tu mamá nos visite, y que nos reunamos todos para general satisfacción, presididos por la venerable persona del viejo—*Urdaneta.*

XI

Agotada la preciosa colección de cartas que un Hado feliz puso en manos del narrador de estas historias (lo que no ha sido flojo alivio de tan rudo trabajo), su afán de proseguirlas, revistiendo de verdad la invención y engalanando lo verdadero, obligale á lanzarse otra vez por valles y montes, ojeando los acontecimientos y las personas, que de unas y otros da pingüe cosecha la España de aquellos días. Favorecido de otro Hado benéfico, de los muchos que andan entre gente de pluma, tuvo la suerte de adquirir en su primera salida conocimientos muy útiles, y allá van del magín al papel, comenzando por la noticia bien comprobada de que hasta principios de Marzo no pudo abandonar Calpena la hospitalaria esclavitud de los señores de Socobio en Vitoria, por no permitir salida más temprana la convalecencia del capellán, que sólo en aquella fecha se presentó segura. En un buen coche, con escolta de los dos criados, bajaron á Miranda, donde sólo se detuvieron algunas horas. Después de celebrar breve plática con D. Leopoldo O'Donnell, que mandaba la fuerza, de repararse de alimentos y dejar en la cárcel un recado verbal, por mediación del presbítero Bonifacio Cebrián, primo de Sabas, partieron para Briviesca, donde estaba concertado

el encuentro con la señora Condesa de Arista, que venía de Madrid. No consta la fecha exacta de la extremada felicidad de la madre y el hijo al verse juntos de hecho, aunque ya por el pensamiento y el amor lo estaban muy estrechamente; pero ello fué algunos días antes de la festividad del glorioso Patriarca San José. Y como el más lerdo puede imaginar, cual si las viera, las ternuras, la hermosa efusión del encuentro de aquellas almas, se omite la descripción prolija del suceso. Fernando reconoció en su madre la dama ilustre, amorosa, inteligente, tal como su viva imaginación la construyera; Pilar le había visto como al escondite, en teatros y sitios públicos, el año de Mendizábal; mas viéndole ya sin miedo, y teniéndole tan seguro en sus brazos, por larguísimo rato le apretó en ellos con rígida fuerza, como si temiera que se le quitaran. En el agraciado rostro de Pilar de Loaysa, la huella de las penas y ansiedades largo tiempo sufridas concordaba las facciones con la edad; pero en el cuerpo y talle salían burlados los años, pues por mucho que se quisiera estirar, los cálculos no podían pasar de los treinta. De la dignidad, nobleza y elegancia de su porte, cuanto se diga sería pálido. Voz y modales declaraban la mujer de alto nacimiento. «¿Recuerdas haberme visto alguna vez?—preguntó á Fernando.

—Sí: una vez, una noche, en el teatro del Príncipe.

—Es verdad. Hacían los *Hijos de Eduardo*. ¿Y tú...?

—No sospeché, no... Recuerdo haber dicho: «¡Qué elegante señora!...» Usted me miró un momento con los gemelos, nada más que un momento... Yo la miré con los míos largo rato. Entró en el palco mi entonces jefe, el gran D. Juan Alvarez...

—¿Por qué no me tuteas?

—Porque, con su permiso, el tutear á las personas mayores me parece irrespetuoso. No todas las modas novísimas me convencen.»

Este breve diálogo y el decir D. Pedro, elevando al cielo las palmas de las manos, que aquél era el día más feliz de su vida, fué una suave transición desde la escena de ternura á la espléndida comida que se les sirvió en el parador de Briviesca. Traía la Condesa cuatro individuos de servidumbre, de los cuales tres pertenecían al sexo fuerte, y un mediano cargamento de baúles y cajas. En lo restante de aquel día y parte de la noche, no dieron D. Fernando y Pilar paz á las lenguas, ávidos de la comunicación verbal, que por primera vez gustaban, y que les resarcía de las reservas y discreciones que impone la escrita. El gesto, el signo, la sonrisa, la expresión de ojos y boca, eran para entrambos nuevo lenguaje que estrenaban con delicia. No se saciaban, no veían el fin de su charla seria, festiva, grave, infantil. Durmieron tranquilamente, y al siguiente día tempranito partieron, por Oña,

á Medina de Pomar, con la buena compañía de un tiempo primaveral que estimulaba el regocijo de sus corazones. Entraron en la ilustre villa al caer de la tarde, ocupando una de las mejores casas del Condestable, Duque de Frías, arrendada por Pilar desde principio de año, y ya con todo esmero provista de cómodos muebles y de cuanto han menester las personas hechas á la vida regalada. Con los criados que desde Febrero estaban allí y los que acompañaron á la Condesa, el caserón tomó prontamente aspecto de señoril morada, sin que nada faltase en ella. Las primeras visitas fueron las de Maltrana y D. Beltrán, que no cabía en su pellejo de alborozado y vanaglorioso. Poco tardó en presentarse Valvanera con sus niñas, y no hay para qué decir que el besuqueo y las ternezas no tenían fin. Quince ó más días duraron aquellas satisfacciones, y tan del gusto de Pilar era la compañía del viejo Urdaneta, que al despedirse los Maltranas, le retuvo en su palaciote, con mucho gusto de él y de D. Fernando. Forzoso era que éste partiese al cumplimiento de obligaciones que se había impuesto, y en las cuales hubo de confirmarse, previo el asentimiento de su buena madre, que una y otra vez le repitió estas memorables expresiones: «Hijo mío, yo te privé de la voluntad en una época de revolución; pero te la he devuelto. En tí resigno toda autoridad; tu corazón grande á tí y á mí nos gobierna. Confío en Dios, que apartará de tu cabeza todo mal.»

Convinieron en que D. Pedro no le acompañaría, por el quebranto, no bien reparado aún, de su salud endeble, y se agregó á la servidumbre de D. Fernando un criado antiguo de la casa de Cardeña, al cual Pilar trajo consigo; hombre muy para el caso, honrado y valiente como buen guipuzcoano, del propio Eibar, fuerte como un oso, leal como un perro, muy corriente en lengua eúskara, y conocedor de la topografía del país, así como de toda Navarra y alta Rioja. Llamábase Juan Urrea, que quiere decir *el oro,* y había servido en los estados aragoneses de Arista y Javierre antes de pasar á la guardería de la Encomienda, famoso coto de la casa ducal cerca de Madrid. Pilar fiaba en sus cualidades, que realmente eran oro puro, y en su poder muscular, semejante á la virtud del acero. Retiróse á Villarcayo el criado de Maltrana, y D. Fernando salió con Urrea y Sabas, dejando en Medina el coche, que más bien les servía de estorbo en los caminos que habían de emprender. Triste se quedó la de Arista en su caserón; pero confiada en la buena estrella de su amado hijo, sobre cuya cabeza veía y sentía la bendición del cielo, juntándose para fortificar esta confianza el amor y la fe. D. Beltrán y D. Pedro extremaban los recursos sociales para distraerla, y á los pocos días le mandó Valvanera, en compañía del mayordomo de la casa y del cura de Medina, á su hija Nicolasita, para mejor asistencia en la soledad de la noble señora.

Llegado que hubo el caballero á Miranda, se personó en el alojamiento de O'Donnell y allí se estuvo dos largas horas; salieron juntos, regresaron con otro señor que parecía como anfibio, entre paisano y militar; la siguiente mañana se la pasó D. Fernando midiendo repetidas veces con sus pasos la distancia entre la cárcel y el Ayuntamiento, y entre éste y la Comandancia militar, acompañado en estas correrías por el diligente padrito Cebrián, pariente de Sabas. Durillo estaba el empeño en que puso toda su energía el Sr. de Calpena; mas tanto pudo al fin su constancia, su abnegación, y en algunos puntos del *via crucis* su largueza, que al fin, á las seis de la tarde del 4 de Abril entró en la cárcel de Miranda, con la orden *á raja tabla* para que el alcaide pusiera en libertad á los presos Zoilo Arratia y José Iturbide. Era un caso, no nuevo, de las corruptelas de la justicia en tiempo y país de guerra; mas el caso suele acontecer aquí en tiempos y territorios de paz. Achaque es éste del favor, forma del *milagro administrativo*, sustituto de la razón así para el mal como para el bien.

La entrada de D. Fernando en el calabozo donde materialmente se pudrían en mísera inanición dos seres humanos, fué por demás patética. «¡Eh!... Iturbide, Arratia—dijo al franquear la puerta, seguido del calabocero y del curita,—están ustedes libres. ¡Al fin!... Más vale tarde que nunca.»

Iturbide saltó del suelo, en que yacía como

un ovillo, y exclamó abriendo los brazos: «¡Jesús, Jesus mio!» Zoilo, tumbado como un tigre moribundo, rugió palabras ininteligibles. No se enteró de lo que oía: su actitud era de estupor soñoliento, casi de idiotismo. Por la reja entraba bastante luz solar para que Calpena pudiera ver la frente y mejillas del bilbaíno despellejadas por sus propias uñas, el desvarío de su mirada, la demacración de sus facciones. Hubo de atender á Iturbide, que atacado de loca alegría se hincó á sus pies besándole las manos.

«¿Es usted... ese D. Fernando? Le esperábamos... Nos dijo el padrico que usted nos sacaría... Zoilo juraba que no... Yo confiaba en Dios... y en usted, D. Fernandó de mi alma.

—Fuerte bromazo, ¿verdad? ¡Cinco meses!

—¡Cinco siglos, señor!...

—¿Y qué ha dicho la ley?

—¡La ley...! Esa puerca indecente, ¿qué ha de decir? Aquí han entrado los ministriles á preguntarnos cosas que no sabíamos, y á enredarnos en mil trampantojos... Tan pronto éramos desertores como ladrones en cuadrilla. Y papeles van, papeles vienen. Preguntar á Bilbao, preguntar á Burgos... Ya ni sabíamos qué declarar; y si mentíamos, malo; si decíamos la verdad, peor. Hemos estado en el infierno antes de morirnos, y bendito sea el ángel de Dios que nos ha sacado, bendito mil veces.

—Díganme... ¿qué ángel sacó al compañero de ustedes, *el Epístola*?

—Un señor militar que no conocemos. Entró y dijo: «Pertusa, ven», y nada más. Nos quedamos solos Arratia y yo.

—¿Y nadie ha mirado por estos dos pobres mártires?

—Por estar padre baldadito, vino un amigo de casa; pero nada pudo conseguir. Llegó, luego D. Sabino, el padre de Zoilo, con un rimero de cartas para generales, clerigones de acá y de allá, y después de andar de Herodes á Pilatos, como un loco, se fué en busca de Van-Halen, que está no sé dónde, y de D. Santos San Miguel, á quien se habrá tragado la tierra. Un mes hace que D. Sabino se despidió de nosotros, hecho un mar de lágrimas, diciendo: «volveré pronto», y ésta es la hora que no le hemos visto. Si usted no nos salva, creo yo que aquí nos habríamos muerto de rabia y miseria.»

Zoilo, en esto, se había puesto en pie con no poca dificultad, arrimándose á la pared, y miraba con espantados ojos á los tres sujetos allí presentes. No creyó D. Fernando que era ocasión de mayores explicaciones dentro de aquel insalubre, odioso recinto, y cogiendo á Zoilo por un brazo, dijo: «Aquí no hacemos nada. Vámonos fuera.» Dejóse llevar el bilbaíno sin proferir palabra. La impresión del aire, la viva luz de la calle, abatiéronle de tal modo, que no pudo tenerse en pie y cayó como cuerpo muerto. Urrea y Sabas, que en la puerta aguardaban, cogiéronle en brazos y le llevaron al alojamiento de su señor, en una de las mejores casas de la

calle principal. Iturbide, ansioso de vivir, animalizado por el hambre, devoró los primeros alimentos que se le presentaron. Zoilo fué colocado en el propio lecho de Calpena, donde no hacía más que dar vueltas, morderse los puños y proferir expresiones obscuras, que ya parecían rencorosas, ya de piedad ó desconsuelo. Gran parte de la noche, su aspecto y actitud fueron de un animal herido. Cayó por fin en profundo sopor. Durmióse D. Fernando en la propia estancia, sobre un duro canapé, y á la madrugada, despertado súbitamente por la torcedura de cuello y los dolores que su angosto lecho le producía, sintió rebullir á Zoilo y creyó que lloraba.

Así era, en efecto. Le observó, acercando á su rostro el candil que había quedado encendido, y en tono campechano, de amistosa reprensión, le dijo: «Sr. Arratia, paréceme que las tres de la madrugada no es la hora más propia para llorar. Más cuenta le tendría comer algo, pues desde que salió de la cárcel no ha entrado en su cuerpo ni un buche de agua... Qué, ¿no me contesta...? Bueno: pues yo me voy á dormir á otro cuarto, y llore usted todo lo que quiera... Mire: sobre aquella mesa hay un buen trozo de cordero asado que, aunque frío, está muy sabroso, y pan y vino superior. Elija entre vaciar de lágrimas el cuerpo, ó echarle el sustento que há menester. Yo no he de ponerme más gordo ni más flaco por lo que usted coma... Qué, ¿no contesta y vuelve la cara...?

Pues le aseguro que no tengo ningún interés en que usted viva... Cada uno hace de su vida lo que le place... Bueno: ahí se queda. Yo me voy...»

Ya salía, cuando Zoilo le cogió por el faldón, deteniéndole suavemente, sin mirarle. De pronto se incorporó, diciendo con voz opaca: «Señor, yo lloro de rabia... de rabia contra mí mismo... Sepa usted que soy hombre de un querer muy fuerte, y cuando quiero una cosa, la quiero tanto... que por la fuerza de mi querer, sucede. ¿Me entiende?

—Explíquese mejor, amigo.

—Pues libre estoy rabioso, como rabioso estuve preso, porque no me ha salido la cuenta. Yo quería la libertad; pero quería que me la diese otro, no usted... y quería que no hiciera caso de la carta que le escribí... Este era mi querer fuerte, fuerte, como todo querer mío... Y luego resultó lo contrario: que no me sacó otro, que me sacó usted, que hizo caso de mi carta, que se olvidó de nuestras ofensas... y por eso estoy furioso, señor, porque no me gusta equivocarme, porque no me he equivocado nunca... y porque ahora me encuentro que, siendo usted mi salvador, tengo que quererle, y no quiero, no quiero...

—¡Oh! eso es mortificarse vanamente, pues á mí me importa poco que usted me quiera ó no. Si le agrada el tenerme rencor, porque así lo siente, téngalo en buen hora; si piensa que busco el agradecimiento, se equivoca. A nada está usted obligado conmigo. Y

libre queda el hombre pára querer quererme, ó para querer lo que más le acomode. Ea, que yo necesito descansar. Ahí se queda usted con sus quereres y sus rabias, y puede elegir, á su libérrimo querer, entre la comida que allí tiene, y el comerse sus propios puños. Abur, amigo, y hasta mañana.»

Sin añadir una palabra ni esperar respuesta, se retiró D. Fernando á otra estancia, donde pudo dar algún descanso á sus molidos huesos.

XII

Trajo el siguiente día la novedad de que la expedición del Conde de Negri había entrado en tierra de Burgos, lo que puso en inquietud á Calpena, por si la guerra turbaba el sosiego de su madre en el apacible retiro de Medina. Mas O'Donnell le tranquilizó, asegurándole que las operaciones contra Negri eran hacia la parte de Belorado y límite de Soria. Desayunándose con su gente en una estancia baja, que sólo porque comían en ella tenía derecho al nombre de comedor, le dijo Iturbide: «A ese bruto de Zoilo hay que dejarle con sus manías, y no pretender meter una razón dentro de aquella cabeza, que es un sillar redondo, señor, un verdadero sillar que no tendría precio para rueda de molino... Ahora está con la tema de que el agradecer es carga muy pesada. Para mí

no es carga, señor, sino más bien alas con que uno vuela.

—¿Y qué tal? ¿Ha comido?

—Todo el cordero que allí había, y otro tanto que le llevé yo después. Come que come, pues una vez en ello no sabe acabar, me decía: «Veré si con el alimento voy entrando en caja y me sale la gratitud. Es un compromiso, Pepe, deberle uno la libertad á ese Don Fernando... Nunca creí que yo pudiera ser esclavo de nadie, y ahora lo soy, pues para mayor pena, hasta nos da de comer. Tengo que ser su amigo, y él podrá despreciarme si quiere, y hacerme más infeliz de lo que soy.»

Creyendo ver Fernando en la franqueza de Iturbide buena ocasión para adquirir los anhelados informes de la familia de Arratia, se le llevó de paseo, y no fué necesario ningún estímulo para que el bilbaíno, siempre locuaz, en aquel caso agradecido, desembuchase cuanto sabía.

«Puedo asegurarle, señor, que Zoilo casó el mismo día ó noche de Luchana, y que sin esperar á la entrada de Espartero, se largó á Bermeo toda la familia, con los recién casados... ¿Qué dice? ¿Que ya esto lo sabe? ¿Sabe también que Aura, por soplos de gentuza, se enteró de que usted vivía y de que fué á Bilbao, trastornándose con la noticia y poniéndose tan perdida de la cabeza que tuvieron que encerrarla? ¿Sabe también que se escapó, y que más de un mes estuvieron sin poder encontrarla, y la dieron

por muerta, y hasta le cantaron el funeral?

—Lo del funeral no lo sabía. Sigue.

—¿Sabe que una vez encontrada, y conducida en coche á Bilbao, ha sufrido unos rarísimos cambios de humor, un quita y pon de razón y locura, pues semanas tenía de querer á su marido y hacerle fiestas, semanas de odiarle y recibirle con las uñas cuando á ella se acercaba?

—De ese tejemaneje de sinrazón y cordura no tenía noticia. Adelante.

—Todas las mujeres son de muy extraña condición; pero esa más que ninguna. ¿Sabe usted que Zoilo estaba dado á los demonios y no vivía y se tiraba de los pelos, y que no quedó médico en Bilbao que á la niña no visitara? ¿Sabe que Zoilo encontró una carta escrita por usted á Doña Aura, y llevada por *Churi*... y que cuando la leyó se puso más loco que su mujer, y quiso pegar á su padre y á su tío y á todo el género humano? Pues fué un paso terrible, del cual se enteró todo Bilbao. El motivo de venir *Lucho* á estas tierras fué como le voy á contar. Quería buscarle á usted y proponerle, por buena composición, que se hiciera otra vez el muerto, para que, con el convencimiento de que el D. Fernando no existía, entrase en razón Doña Aura y pudiese el matrimonio vivir en paz. Si usted á esta figuración de muerte se prestaba, de acuerdo con la familia, serían los dos amigos, Arratia y D. Fernando; si á la farsa saludable no se avenía, no quedaba más remedio que quitarse de en medio uno de los dos,

desafiándose á muerte. Esta era su idea; pero la familia no quería verle en tales trapisondas, y le estorbaba la salida. Muy terco es él, como usted sabe, y cuando se le mete una idea en la cabeza, antes muere que dejársela quitar. Su tío Valentín era el único en la familia que apoyaba el viaje de Zoilo á Castilla, para que recogiese á *Churi* y le llevase atado codo con codo. Esto y el aquél de acompañarme á mí, cuando mi padre me mandó á sacar á mi hermano del Provincial de Segovia, sirvieron de pretexto al amigo Arratia para ponerse en camino... Y sólo me falta decirle que más allá de Balmaseda nos encontramos á Eustaquio de la Pertusa, con quien habíamos hecho amistad en Bilbao, estimándole por su agudeza y buena conformidad. Juntos los tres, *el Epístola* nos sirvió de mucho para franquear los pasos ocupados por facciosos, pues con ellos hace buenas migas. Entre paréntesis, diré á usted que Pertusa reparte papeles impresos con la cantinela de *Paz y fueros netos*, que es la bandera que sacan ahora los que ya están hartos de guerra y de Pretendiente absoluto... Pues sigo: andando los tres, cada cual con su objeto, llegamos á Miranda, donde nos pasó lo que usted sabe; que, á mi cuenta, nuestra prisión y desgracia no tuvieron otro motivo que el haber venido con Pertusa, hombre muy travieso y fino, que se mete por el ojo de una aguja, por lo que le anda siempre buscando las vueltas la policía del General Espartero... Ya conoce el señor el milagro á

que debió mi hermanillo la vida en el fusilamiento del 30 de Octubre, y la conmutación de su pena... De los cinco meses de martirio en la cárcel, nada tengo que decirle, pues anoche le conté cuánto padecimos hasta que se nos apareció el ángel en forma de D. Fernando, que nos dió la libertad y la vida. Bendito sea mil veces, y Dios le prospere y haga dichoso en premio de su grande caridad.

—Ignoraba yo—le dijo Calpena gozoso,—mucho de lo que me has contado, y con ello se disipan las dudas que me atormentaban. Ya empiezo á cobrar tu parte de deuda conmigo por la libertad que te dí. Si quieres completar el pago, habla con ese bruto, persuádele á que sea explícito y franco conmigo, declarándome sin ningún rebozo todo lo que piense y cuantos propósitos respecto á mí le inspire su terquedad. Los tercos en ese grado me hacen gracia; digo mal, me cautivan, me entusiasman; creo que de los tercos indómitos es el reino de la tierra.»

Toda aquella tarde estuvo Iturbide trasteando á su amigo y amansándole el genio, para lo cual, en vista del reparador apetito que se le había despertado, empleó argumentos de comida exquisita y de vinos superiores, y la cabeza de *Lucku* recobraba lentamente su facultad pensante, sin perder nada de su dureza de pedernal. Toda la mañana siguiente estuvo Calpena en la Comandancia recogiendo noticias de la guerra, sin desechar las que de política corrían, las unas

verosímiles, absurdas las otras. Véase la muestra: se había descubierto una conspiración civil y militar para quitar la Regencia á Doña María Cristina y darla... ¿á quién, Señor? al Infante D. Francisco de Paula. Por lo disparatado y extravagante, encontró este noticion fácil acceso en la mayoría de las cabezas. Ello debía de ser, en opinión de muchos, un nuevo delirio masónico. Por otra parte, el moderantismo triunfante, ó *retroceso,* desataba vientos de discordia. En casi toda la Península se había declarado el estado de sitio, sin más objeto que perseguir y encarcelar á los *libres;* la imprenta era toda mordazas; el Ministerio marchaba francamente por la senda del absolutismo, emulando al Príncipe rebelde en la estolidez de sus disposiciones tiránicas, y para colmo de locura, se arrastraba á los pies de Luis Felipe, pidiéndole una intervención humillante para terminar la guerra, sin obtener más que los *desdenes de las Tullerías* (así hablaban los que querían distinguirse por un fino lenguaje). Y en tanto, las dos hermanitas napolitanas habían reñido, y la Gobernadora, que hasta entonces fiara en la espada de Espartero como garantía de su causa, comenzaba á recelar del de Luchana, volviendo sus ojos á Ramón Narváez, como amparador más seguro y arriscado. Para darle la fuerza material de que carecía, se le mandó organizar un ejército llamado de reserva, con cifra de cuarenta mil hombres, y el aparente objeto de perseguir bandidos y facciosos en las provin-

cias manchegas y andaluzas. De todo esto, que á Miranda llegaba desfigurado y con más bulto del que realmente tenía, sacaban los oficiales comidilla y distracción en la tediosa vida del campamento.

De vuelta Fernando en la casona que habitaba, hallóse á Iturbide de gran parola con Arratia en el comedor, frente á un jarro de vino, y con el pasatiempo de una barajilla sebosa. Soltó Zoilo con desdén las cartas al ver á su libertador, y brindándole el asiento más próximo, se arrancó al instante con lo que tenía que decirle, ya muy pensado y medido desde por la mañana: «Señor, dice Pepe que sea yo franco con usted, y yo digo á Pepe que más claro he de ser que el agua, pues la claridad está en mi natural. Con lo que he comido se me ha vuelto á meter la razón en esta parte de la cabeza donde tiene su hueco, y con la razón y la claridad en mí, por muy bruto que yo sea no puedo desconocer que al señor le debo la libertad y la vida, contra lo que yo deseaba. Pero ante lo que es, no valen suposiciones ni falsos quereres... Hasta hace poco tiempo era mi voluntad que usted se muriera, y créame que la noticia de su verídica muerte habría sido mi mayor alegría. Hoy, ya que no puedo desearle la muerte de verdad, sí quiero que lo sea de figuración, para que mi esposa se cure de su mal de recuerdo, y perdida la esperanza, se acaben en ella los arrechuchos lunáticos que son mi desesperación, mi rabia y la mayor desdicha que puede padecer un marido enamorado.

—Pero, hombre—le dijo Calpena con jovialidad,—¿cómo quieres que yo me haga el muerto? Dile á tu mujer que no existo, á ver si te cree. Corres el peligro de que habiéndola engañado la primera vez, no te crea en la segunda... Pero, en fin, ¿cómo hemos de componer esa falsa opinión de mi muerte? Explícalo tú.

—Pues, señor... ó muriéndose de verdad.... ó fingiéndolo, como en una comedia que vi yo en Bilbao, en la cual uno, que no me acuerdo cómo se llamaba, salía en el ataúd, y en el propio panteón le metían, resultando que no estaba sino dormido por la virtud de un brebaje...

—¿Y esas paparruchas de comedia, quieres tú que las llevemos á la vida real? La curación de tu mujer podría costarme cara, y no estoy yo en disposición de prestarme á esos fingimientos ridículos y peligrosos, después de lo que padecí con su deslealtad y tu atrevimiento, pues tú no ignorabas que Aura era mía, y con tu obstinación, ayudada de malas artes, la engañaste y la hiciste tuya. Ya no te la disputo: puedes estar tranquilo; pero no he de ayudarte á devolverle la razón, pues no fuí yo quien se la quitó, sino tú.

—Señor—dijo Zoilo levantándose con movimientos difíciles, como quien sufre desazón y mal gobierno de todos los músculos de un lado,—si me riñe lo aguanto, porque es mi deber aguantarlo... Pero yo no callo nada de lo que siento, y con toda la verdad de mi

corazón declaro que no hay más que dos caminos para mí: ó que usted se muera ó que yo me mate, pues así, créamelo, Zoilo Arratia no puede vivir.

—Yo he cumplido contigo un deber de conciencia, y nada más tengo que hacer. No quiero yo la vida para jugar con ella imitando lances de teatro, y mientras estés en mi compañía no he de consentir que te mates.

—Señor, si mi mujer no cura, yo no vivo.

—Tu mujer curará.

—¿Cuándo? Veinte médicos han dicho que no curará mientras sepa que vive el que me escucha.

—Pues hay otro médico que dirá lo contrario, si le consultas.

—¿Cuál? ¿Dónde está?

—Es el tiempo, bruto.

—¡El tiempo...! Eso dice mi padre. Claro, si viviéramos quinientos años, puede que para entonces...

—El tiempo corre y pasa, y por tanto, cura, más pronto de lo que tú crees... ¿Qué dices, qué piensas?

—Señor—replicó Zoilo tras larga pausa, en la cual parecía querer horadar su frente con el dedo índice,—estoy pensando una cosa... Se me ha ocurrido una idea, una gran idea... ¿Quiere que se la diga? Pues pienso que para el caso nuestro, ya que usted no se muera, al menos, al menos... debía casarse. Todo es matar la esperanza.

—¡Casarme! ¿Y es esa la defunción fingida que me propones?... No te digo que no me

case algún día... ¿Qué estás remusgando ahí? ¿Que ha de ser pronto? ¡Pues, hombre, no pretendes poco!... todo se ha de arreglar á tu satisfacción.

—Siempre quiero las cosas con fuerza, con toda mi alma, y por eso lo que yo quiero es.

—También yo he querido con fuerza, y... nada.

—Porque no quiere como es debido... Porque usted duda, y sabe cosas que le hacen dudar más; porque usted no es un bruto del querer.

—Pues ahora quiero una cosa... Verdad que es fácil. Pero aunque fuera difícil se haría. Mañana nos vamos. ¡Oido! Que todo el mundo se prepare. Os llevaré á Vitoria, donde me has dicho que está tu padre.»

Aseguró Iturbide que, por unos alaveses llegados aquella mañana, se sabía que el señor D. Sabino había salido de Vitoria en busca de su grande amigo el general carlista Guergué. Mandó D. Fernando á Sabas á la Comandancia para que se informase del paradero del tal cabecilla, pues el bien montado espionaje daba diariamente noticia de los movimientos del enemigo, y la respuesta no tardó en venir: Guergue estaba en Peñacerrada. Al pronto no se hizo cargo D. Fernando de la situación de esta villa, cuyo nombre hirió sus oídos como lugar conocido; pero Sabas le sacó de dudas diciendo: «Está entre La Guardia y el condado de Treviño.»

—Pues por esa parte—dijo D. Fernando con nervioso susto, más bien desgana, que

no pudo disimular,—irán ustedes, yo no.

—¿Lo ve, lo ve?—gritó prontamente Zoilo gesticulando con ardor.—No sabe querer... ¡A La Guardia, señor!... lo quiero con toda mi alma. Lo quiero, lo quiero, y como no vayamos todos allí, me estrello la cabeza contra la pared.

—Eres un bárbaro... ¿Y qué fundamento, dímelo, qué razón tienes para ese querer tan vivo...?

—¡A Peñacerrada y La Guardia!

—¿Crees que encontrarás á tu padre...? ¿Y si antes de dar con él, dan con nosotros los carlistas, y nos prenden ó nos matan?

—Usted teme, usted no sabe querer.

—Hombre, es que...

—El que quiere con fuerza no teme.

—Está bien. Pero supongamos...

—El que quiere con fuerza no supone nada: va derecho á su fin... A La Guardia, señor...

—¿Por qué ese empeño en que vayamos á La Guardia?

—Señor, porque allí está su novia.»

XIII

Festivo y locuaz estuvo Calpena el resto de la tarde, tirando de la lengua al bruto de Zoilo para gozar con sus extravagantes teorías del querer fuerte, y reunidos en el llamado comedor, bebieron y jugaron con dis-

creta fraternidad amo y criados y amigos, guardando cada cual su puesto en las alegrías de aquella igualdad temporal. Como llegaran nuevas referencias del paradero de Guergué, dándole por internado en el Condado de Treviño, resurgieron las dudas acerca del punto á donde se dirigirían. Iturbide se mostraba temeroso, Zoilo aferrado á su violento querer, y al fin propuso Fernando que decidiera la suerte, comprometiéndose todos á la obediencia de lo que el misterio de la fatalidad les señalara. El arduo caso fué sometido al fallo de *cara ó cruz*, encargándose Zoilo, como el más inocente de la cuadrilla, de arrojar al aire la moneda, previa designación de La Guardia por la figura y Treviño por la cruz. Salió ésta, y nadie se atrevió á manifestar oposición á tan grave sentencia. Los medrosos y los arrojados ocupáronse con igual ardor en los preparativos para la caminata del siguiente día, que emprendida fué sin tropiezo al despuntar de la aurora, por el camino real de la Puebla.

Buenos caballos adquirió Fernando para los dos bilbaínos; pero Iturbide, que se había pasado la vida, primero en su oficio de fabricar poleas, después en el servicio militar de infantería, no era un prodigio en la equitación, y su impericia daba lugar á cada instante á lances muy graciosos. A Zoilo, regular jinete, no le permitía su debilidad mantenerse en la silla con todo el garbo que él deseara. No habían andado dos leguas, cuando encontraron un destacamento de tro-

pas que salió de Miranda la noche anterior. El capitán que lo mandaba les dijo: «¿Pero están ustedes locos? ¿A dónde demonios van?» De los informes resultó que todo el Condado hervía de facciosos, que las comunicaciones con Vitoria estaban interrumpidas, que en Peñacerrada habían acumulado mucha fuerza, fortificando todas las alturas. Lo mejor que podían hacer los caminantes era volverse á Miranda, ó tirar para Salinas, aunque por este punto también habia peligro.

Pasados los primeros minutos de perplejidad, manifestáronse dos opiniones: en la boca de D. Fernando, valeroso y prudente, la de seguir el juicioso consejo del capitán; en la de Zoilo, que era la temeridad irreflexiva, la de marchar hacia adelante, obedientes al oráculo de la moneda arrojada al aire. Seguramente prevalecería la voluntad del que era señor y amparo de todos, en quien el sentimiento del deber y la responsabilidad de las ajenas vidas se aunaban. Apartándose del camino, echaron pie á tierra para descansar y tomar alimento, al pie de unos álamos que ya se vestían de su hoja nueva, y eran como apacible tienda de sombra y frescura. Allí se repusieron, y no habian concluído de matar el hambre, cuando vieron venir una partida de aldeanos de ambos sexos, en borricos y á pie, como gente presurosa ó fugitiva.

—Paisanos, ¿qué ocurre...?—les preguntó Sabas saliéndoles al encuentro.—¿Hay olor de facciosos por esta parte?

—Olor no, sino peste de ellos—replicó un viejo ladino que montaba el burro delantero. —Somos de Berganzo, y de allí nos ha echado el *asoluto*, después de quemarnos el pueblo. *Asolación* mayor no se ha visto.

—¿Hacia la parte de Samaniego, ocurre algo?

—En Samaniego—chilló una mujer, que con dos niños en brazos montaba el segundo borrico,—no han dejado esos perros ni cántara de vino, ni doncella, ni nada.

—¿Qué sabéis de La Guardia?

—Que anoche, *dende* Toloño, se veían las llamas de la villa, ardiendo por los cuatro costados... En Peñacerrada han metido los *carlinos* sin fin de tropa, y han puesto cañones en el castillo, cañones en Larrea... No es mal hueso el que arman allí. Díganme, señores: ¿vendrá D. Espartero á roerlo? Porque si no viene, y pronto, ¡pobre Rioja alavesa!... Dios nos tenga de su mano. Ea, caballeros, que tenemos prisa para llegar á Miranda, pues de atrás no vendrá cosa buena. Hace un cuarto de hora, al rebasar de Berantevilla, oímos ruido de zalagarda... ¡Hala, que es tarde!... abran calle... Agur, y viva *la Isabel*...»

Apenas se alejó, buscando el camino real, la medrosa caravana, miraron todos el rostro de D. Fernando, que poniendo corto espacio entre la duda y la afirmación, resolvió de plano con firmeza y aplomo. «Amigos—dijo,—avancemos por el rastro de esa pobre gente, y tal vez hallaremos otros fugi-

tivos á quienes podamos prestar socorro.»

Con gallarda confianza respondieron los cuatro á tan airosa determinación, y Zoilo se lanzó delante, gritando: «¿Ve usted, señor, cómo sale lo que yo quería? Mi querer fuerte apuntó para La Guardia, y á La Guardia vamos. ¡Marchen! No puede pasarnos cosa mala.» Media legua más allá encontraron nuevos grupos que confirmaban las alarmantes noticias del primero, con alguna variación, pues el pueblo que desde Toloño se había visto arder no era La Guardia, sino Paganos. Cada cual agregaba nuevos horrores dictados por el miedo. Halló Sabas gente conocida; le daba en la nariz el tufo de su tierra, oliendo á quemado, y el hombre no vivía; habría querido ir de un vuelo, y ver y apreciar la extensión del desastre. Las últimas noticias recogidas á media tarde eran que los *absolutos* habían pasado la sierra de Toloño; que casi todos los habitantes de La Guardia habían huído, pasando el Ebro por el vado de Cenicero, no sin peligro, pues también rondaban partidas por aquella parte; que Peñacerrada era un infierno de fortificaciones; que... en fin, que se acababa el mundo, y que nos encontraríamos todos en el valle de Josafat.

Sin perder sus bríos ante tales demostraciones de pánico, siguieron su marcha, y á la caída de la tarde, Sabas descubrió dos aldeanos de Samaniego, el uno pariente suyo, por quien tuvieron más claros informes de lo que vivamente les interesaba. Aterradas por

el incendio de Paganos, escaparon de La Guardia todas las familias pudientes que no pertenecían á la opinión *servil*. Las niñas de Castro y Doña María Tirgo, formando caravana con las de Alava, no fueron de las últimas en la escapatoria; mas ignoraba el informante si corrían hacia el Ebro, pues algunos que tomaron aquella dirección, habían regresado desde El Ciego, huyendo de una partida. Era lo más probable que hubieran tratado de escabullirse hacia San Vicente de la Sonsierra, para buscar el vado y pasar á Briones... Mientras más embarulladas y contradictorias eran las noticias que recibían, más se confirmaban los cinco expedicionarios en la resolución de ir adelante, movidos simultáneamente de un generoso impulso que no sabían definir. Era la voz del destino que aquella dirección les marcaba, impeliéndoles hacia un fin favorable ó adverso, hacia el cual corrían como las mariposas hacia la luz.

Anduvieron hasta el anochecer en medio de una gran desolación. La tarde estaba serena, el cielo transparente y limpio, como un rostro que quisiera expresar la absoluta indiferencia de toda cosa humana... Hablaban poco; tan pronto iba Zoilo delante, tan pronto á retaguardia, canturriando entre dientes, erguido sobre el caballo, y olfateaba el horizonte, curado ya como por ensalmo de aquel torcedor doloroso de su cuerpo. A sus espaldas se puso el sol, y ellos, picando siempre hacia Levante, que con los reflejos

del sol poniente se tiñó de resplandores opalinos, luego de un gris violáceo muy puro y uniforme en suave gradación. Sobre esta densa cortina se fué destacando un astro rojo: Marte. La noche entró tenebrosa, sin otra claridad que la de las estrellas. Víspera de luna nueva, el disco de la luna había precedido al sol en el ocaso. De pronto, al descender de una loma, vieron los jinetes frente á sí siniestra claridad rojiza que se difundía en el morado intenso del cielo. Era la cabellera de un incendio. Detenidos por un solo impulso, los cinco dijeron á una voz: «Un pueblo que arde.» Conocedor del terreno, Sabas examinó con experta vista el horizonte. «No puedo calcular la distancia del fuego—dijo; —pero si está á dos leguas, no puede ser más que Berganzo; si está más lejos será Peñacerrada.»

Y D. Fernando: «Sea lo que fuere, adelante. El que tenga miedo que se vuelva.»

Nadie pronunció palabra, y Zoilo se puso nuevamente á vanguardia, alejándose buen trecho del grupo principal. El fuego parecía crecer: ráfagas de viento Sur desmelenaban el resplandor hacia el Norte. De pronto vieron los caminantes que Zoilo se detenía: picando para llegar pronto á donde él estaba, oyéronle decir: «Viene gente armada.» Aguzaron todos el oído, imponiendo silencio; pero no percibieron ningún rumor; mas Zoilo insistía en que había sentido algazara de tropa. Afirmó que nadie le ganaba en fineza de tímpano así como en alcance de vista, te-

niendo además la cualidad de ver en las tinieblas, como los gatos. Adelantóse otra vez, y volvió asegurando que estaban próximos á un pueblo, que él veía paredes negras y una torre, y que oía run-run de gente. No supo Sabas determinar qué aldea ó villorrio caía por aquellas soledades, y habló de una gran casa de labor ó alquería del marquesado de Zambrana. Fuera lo que fuese, á los pocos pasos confirmaron todos lo anunciado por Arratia, pues ya se hallaban á medio tiro de fusil de unas tapias altísimas, y no tardaron en oir claramente voces humanas.

«La Santísima Virgen nos ampare—murmuró Iturbide.—Como ésta es noche, hemos caído en una trampa facciosa.»

Detuviéronse los cinco por cesación súbita, pavorosa, del impulso interno que hasta allí les había llevado. Transcurridos algunos segundos, que horas parecieron, dijo D. Fernando: «Si estamos cogidos, sepamos por quién; que no hay suplicio como la incertidumbre.» Y aún no había concluído de decirlo, cuando una robusta voz estalló en la obscuridad, gritando: «¡Quién vive!» Y en el mismo instante se oyeron las voces: «¡Alto, alto!» A la repetición estentórea del *¡quién vive!* respondió D. Fernando con toda la fuerza de sus pulmones: «¡España!» De las tinieblas surgieron varios hombres con los fusiles preparados. Su aspecto no era de tropas regulares, pues vestían con desiguales prendas y arreos, y llevaban gorra de piel los unos, los otros boina blanca ó roja. Ade-

lantóse uno diciendo: «Alto, y se les reconocerá. ¡Viva Isabel II!» A este grito, que ponía fin á la ansiedad de aquel encuentro, los caminantes, gozosos, libres ya de su mortal sobresalto, respondieron con otro ¡viva! en que echaron toda el alma... Breve y satisfactorio fué el primer reconocimiento; pero les mandaron no dar un paso más hasta que llegase el capitán. Salió por fin éste, repitiendo las preguntas de ordenanza; cumplidamente las satisfizo Calpena, que á su vez se permitió interrogar: «¿Qué fuerza es ésta, mi capitán?

—Es la columna que mando yo, Santiago Ibero. Pertenecemos á la división de D. Martín Zurbano.»

Y cuando esto decía, fué reconocido por Sabas, que prorrumpió en exclamaciones de gozo: «¡D. Santiago... Santiago Ibero!

—¿Eres de La Guardia?

—De Paganos, para servirle, y usted también. ¿Pero no conoce á Sabas de Pedro?

—¡Otra! ¿Eres tú...? Adelante, señores... ¿Traen comida? Apéense en este corralón. Entremos y hablemos y comamos...» El júbilo de los expedicionarios por verse entre amigos era tan grande, que no podían expresarlo sino con risas, gritos y exclamaciones patrióticas. Enterados de que la partida andaba mal de víveres, mandó D. Fernando á Urrea que franquease todo el repuesto que llevaban, y la alegría se hizo general. Entraron en un lagar desmantelado, al que seguían cuadras espaciosas, reconociendo Sa-

bas la casa labrantía de Zambrana. Mientras acomodaba las bestias y les daba pienso, Urrea iba distribuyendo pan, queso y vino á la tropa en el corralón. Ibero y D. Fernando, antes de ponerse á comer, departieron largamente, diciendo el primero: «También á usted le reconozco. Es usted D. Fernando, el caballero que trajo de Oñate á las niñas de Castro, y que luego, herido en un pie, pasó una larga temporada en la casa.» Nombrada la familia, no se hartaba Calpena de pedir informes acerca de ella, y el otro los dió con mil amores. La Guardia no había caido en poder de los carlistas; pero se temía que la ocupasen por ser muy débil la guarnición. Las familias ricas habían salido, siendo de las primeras las niñas de Castro con Doña María Tirgo y las de Alava. Bien podía el informante dar fe de la feliz escapatoria, pues él con su gente habíalas acompañado hasta el paso del Ebro, y pudo enterarse de que sin novedad llegaron á Fuenmayor. Doña María Tirgo, muerta de miedo, proponía que no parasen hasta Cintruénigo; pero Demetria opinaba que no debían pasar de Logroño, donde estarían bien seguras.

Era Santiago Ibero un mozo gallardísimo, franco, con toda el alma en los ojos y el corazón en los labios, cetrino, de mirada ardiente. Nacido en Paganos de una familia de labradores acomodados, su genio impetuoso, su ansia de gloria, más potentes que toda razón de conveniencia, habíanle lanzado á la campaña, antes que por querencia de

la profesión militar, por su amor ardentísimo á las ideas representadas en la bandera de Isabel. Quería dar su sangre, su vida por la libertad y el progreso, en los cuales veía fuente inagotable de dichas para la Nación. Con tales beneficios, España saldría de su apocamiento y pobreza, mejorarían las costumbres, nos veríamos tan civilizados como los ingleses y tudescos, y seríamos fuertes, grandes, sabios y ricos. Odiaba el obscurantismo, y veía en la hipocresía farisáica de los partidarios de D. Carlos la causa de todos los males que nos afligen y del atraso en que vivimos. Al exterminio de esta secta nefanda quería consagrar su existencia, todas las energías de su alma honrada y valerosa. Habiendo visto en Martín Zurbano, á quien conoció en Logroño, la más feliz encarnación de aquellas ideas, y admirando en él, además, el coraje, la perseverancia, la militar pericia, se afilió con entusiasmo en su bandera. Con él peleaba, y con él moriría, si necesario fuese, por la santa causa de *los libres*, que era el porvenir glorioso de la Monarquía y de España.

A la media hora de charla, ya eran amigos Ibero y D. Fernando, y éste tuvo conocimiento de la situación de la columna. Los carlistas se habían apoderado de Peñacerrada, que por su posición topográfica en terreno montuoso era una fortaleza natural. Fortificados también otros puntos de la sierra, ocupados pueblos importantes del Condado, quedaba interrumpida la comunica-

ción de Vitoria con las líneas del Ebro. La situación era, pues, gravísima, y si no venía Espartero con fuerza grande á desatar el nudo, sabe Dios lo que sucedería. Según las noticias del capitán, D. Baldomero se preparaba, y en tanto había mandado al General Ribero á la parte de Nanclares, mientras D. Martín, en la Rioja alavesa, molestaba al enemigo todo lo que podía, quitándole raciones y amparando a los pueblos. Con este fin, ordenó á Ibero que con su columna limpiase de facciosos los caseríos de la sierra de Toloño, y en ello se vió el capitán muy comprometido, pues atacado por fuerzas superiores, había tenido que batirse á la desesperada. Intentaba retroceder hacia la Rioja alavesa, para reunirse con su jefe; mas no tenía seguridades de poder conseguirlo. Hallando á su paso en la tarde de aquel día la casa de labor de Zambrana, en ella se hizo fuerte, con el propósito de defenderse bien si alguna partida le atacaba. En caso de gran apuro, y si veía dificultades para retroceder hacia La Bastida, trataría de pasar el Ebro por el vado de Ircio.

En tanto que Ibero y D. Fernando se comunicaban sus planes y pensamientos, Iturbide y Zoilo no se apartaban de los de tropa, comiendo con ellos, contándoles peripecias del sitio de Bilbao, á cambio de las recientes hazañas de los *zurbanistas*, referidas, la verdad sea dicha, con disculpable uso de la hipérbole. Aquella tarde se habían peleado heróicamente con doble número de *serviles*,

matándoles al jefe y cogiéndoles quince prisioneros. Luego tuvieron la desgracia de que en otro encuentro, en la misma tarde, perdieran ellos tres hombres, lo que no sintieron tanto como el que se les escaparan los quince cautivos cuando se disponían á fusilarles, en castigo de su amor al *retroceso*. Aquel segundo combate había quedado indeciso, sin grandes ventajas de una parte y otra, perdiendo el contrario dos burros cargados de cebada, y ellos los prisioneros, que *fué un gran dolor*. Si se les hubiera quitado de en medio en cuanto fueron cogidos, no se habrían ido riendo... Pero, en fin, como hay Providencia, no debía desesperarse de volver á cogerles.

A media noche, unos dormían en grupos tendidos en el suelo, otros hacían guardias en los ángulos exteriores del caserón, y los mejores escuchas de la partida aplicaban la oreja al suelo, en observación de los ruidos lejanos. Ibero y D. Fernando se tumbaron en el sitio que mejor les pareció de la anchurosa cuadra primera; pero el capitán no tenía sosiego, y de rato en rato se levantaba para dar vueltas por el corralón y asomarse á las bardas de éste, sin poder desechar el presentimiento de que antes de amanecer le atacarían, con refuerzos, los que en la funcioncilla última de la tarde habían quedado á media paliza y con ganas de llevársela entera.

Durmióse en las alternativas de estos temores D. Fernando, teniendo junto á sí á

Urrea y á Sabas, y aún era muy incierta la claridad del nuevo día, cuando le despertó un rumor vivo, compuesto de voces corajudas y guerreras. Los facciosos venían, se aproximaban... Silencio, calma, y prepararse todo el mundo.

XIV

Brincando entró Zoilo en la cuadra, y dijo al capitán: «Denos fusiles, jinojo, si los tiene, y si no los tiene, déjenos ir á quitárselos á esos danzantes.» Fusiles había, los quince de los prisioneros fugados, y al punto dispuso Ibero armar á los dos bilbaínos. «A mí también—dijo D. Fernando,—y á mis dos escuderos, que no vamos á estar aquí con las manos cruzadas.» Para todos hubo armas y cartuchos. «Calma, no atropellarse—repetía el valiente Ibero.—Aunque sean más de mil, no nos copan, y aun permitirá Dios que se dejen aquí los dientes. Cerrar todo, amontonando en el portalón del camino las piedras que mandé preparar esta noche, para que no puedan abrirlo. Cerrar también, dejándola sin parapetar, en disposición de ser abierta, la portalada del corralón de la noria, que da al campo por nuestra derecha... Ya saben los de la buena puntería que su puesto es arriba, en las ventanas del pajar que dominan el campo. Fuego sostenido, y mucho ojo, amigos... Ya saben los ligeros dónde han

de situarse: en el corralón de la noria. Si en la entrada por el camino ponemos piedras, en la otra parte pondremos carne, para que esta carne me haga una salidita cuando yo lo ordene. Calma, y fijarse bien en lo que mando... Ahora todo el mundo á su puesto, y apagar luces: hagámonos los dormidos para que vengan confiados y se dejen abrasar como borregos.

—Yo me voy con los ligeros—dijo Zoilo,—si el capitán no me manda otra cosa.

—Y yo con los tiradores—añadió D. Fernando,—pues no es del todo mala mi puntería. Amigo Ibero, ponga usted en el mejor sitio á mi criado Urrea, que es gran cazador: al enemigo á quien éste eche el ojo, pronto le verá usted patas arriba. Sabas, ¿tú qué tal tiras? Vente conmigo.»

Antes de que D. Fernando y los suyos llegaran al ventanucho en que les colocó Ibero, ya empezaban los sitiadores á tirar coces á la puerta. Desde el pajar se les contestó con vivo fuego. Los ligeros, trepando á la noria, disparaban también sin abandonar el cuidado del portalón. Ibero recorría los puestos, y tan pronto estaba en el segundo corral animando á los chicos, como subía para cuidar de que el servicio de cartuchos se hiciera con prontitud. Sereno en medio del combate, á todos infundía su valor y confianza. Arreció el fuego desde fuera contra los huecos del pajar, y el capitán ordenó á los suyos que aprovechasen bien los tiros, afinando la puntería. Los estragos de la de Urrea.

se apreciaban fácilmente viendo cómo se clareaban los grupos enemigos y oyendo sus vociferaciones; D. Fernando afinaba también, y Sabas, que no se creía con bastantes ánimos para afrontar el tiroteo, fué destinado prudentemente al servicio auxiliar de los dos diestros cazadores. Con doble juego de fusiles, Sabas y un viejo de la partida cargaban mientras aquéllos, el fusil en la cara, aseguraban con ojo certero la pieza.

Fiados en su número, los sitiadores, que ninguna ventaja adquirían con el ataque de fusilería, intentaron el asalto, trepando por la parte más accesible de la tapia. Ibero, que les había calado la intención, bajó presuroso, después de dar órdenes arriba para arreciar el fuego, abrasando á los asaltantes todo lo que se pudiera; y sin cuidarse de que diez ó quince penetraran en el patio, dispuso la salida por la portalada del corral de la noria. Ello se hizo con rapidez y bravura. Como unos treinta hombres se lanzaron fuera, y la emprendieron á bayonetazos ó á navaja limpia con los sitiadores, sorprendiéndoles y aterrorizándoles de tal modo en su impetuoso arranque, que con la sola pérdida de tres de los suyos escabecharon cuádruple número de los contrarios, y á los demás les impelieron á la fuga. Obedeciendo como máquinas la orden de Ibero, volviéronse adentro, después de causar el efecto que se proponían, y atrancaron la puerta con piedras y troncos y cuanto hubieron á mano. De los que habían saltado, algunos quedaron den-

tro sin vida, otros lograron salvarse, y á poco se oyó una voz ronca y frenética que gritaba: «Ibero, volveremos...» Levantado el sitio, los de arriba vieron al enemigo retirarse, llevándose sus heridos. Como á cien pasos, dispararon de nuevo en descarga cerrada; mas Ibero mandó que no se les contestase, gritando á los fugitivos: «Animales, gastad cartuchos, gastadlos, que yo reservo los míos para cuando volváis.»

Gozosos celebraban su victoria, y Zoilo parecía demente, del júbilo que le embargaba, no vacilando en relatar él mismo sus hazañas con infantil orgullo. Sin la obligación de acatar al jefe, que había mandado á los ligeros volverse después de la primera embestida, él se habría traído la cabeza de un faccioso, á quien ya tenía cogido en excelente disposición para decapitarlo. Reconocido el campo, encontraron dos heridos graves, que recogieron, y tres muertos propios. Los enemigos eran catorce, que abandonaron sin cuidarse de darles sepultura. Descansando de la refriega, elogió Ibero la destreza inaudita de Urrea y la de D. Fernando. Iturbide se había portado bien entre los ligeros, y Zoilo, al decir de todos, con extraordinaria bizarría y temeridad. Pronto surgió en la mente del jefe de la columna el grave problema de la resolución que debía tomar. ¿Se fortificaban en aquella excelente posición, aguardando tranquilos las embestidas del faccioso, que de seguro no tardaría en recalar con mayor fuerza? La solidez del

edificio y la bravura de su gente, reforzada con cinco números, de los cuales tres por lo menos eran de gran precio, le garantizaban una defensa gloriosa; pero si la situación se prolongaba, como era de temer, ¿de dónde sacaría municiones y víveres?

Dificultosa era la salida; pero con todos sus riesgos les ofrecía menos probabilidades de una perdición segura. Marchando hacia Miranda, era menos probable el encuentro de una considerable fuerza facciosa; marchando hacia el Este, este peligro acrecía, mas lo compensaba la contingencia ventajosa de encontrar el grueso de la división de D. Martín. Encaminarse al Ebro para vadearlo y pasar á la Rioja, le parecía desairado: era el recurso último; era imitar á las mujeres y á los pobres viejos aldeanos que huían de sus hogares. Oir quiso la opinión de Don Fernando, en quien reconocía un juicio claro y sereno de todas las cosas, y el caballero, que tan gallardamente había sabido conquistar su amistad, no titubeó en darle este terminante voto: «Yo que usted, iría en busca de la peor y de la mejor contingencia, que las dos se le ofrecen por el lado de Oriente: batirme á la desesperada con fuerzas superiores, ó encontrar el amparo de la división de mi jefe. ¿Quién le dice á usted que D. Martín, sabedor ó sospechoso del conflicto en que usted se halla, no viene en su socorro?» Esta última razón llevó tal luz á la mente de Ibero, que ya no hubo más dudas. «Nos vamos ahora mismo—dijo,—apar-

tándonos del llano, y metiéndonos en las fragosidades de la sierra de Toloño. Por allí no nos buscarán. Salgamos sin ruido, en secciones, que no han de perderse de vista.»

A la media hora ya estaban en marcha, confiados en su buena estrella, Ibero fortalecido por su fe ciega en el ideal de *los libres*, que creía obra de Dios. Aunque odiaba el fanatismo, era creyente y buen cristiano; y lejos de ver incompatibilidad entre la libertad y el dogma, teníalos por amigos excelentes, y por amparadores de la Causa, á todos los santos de la Corte celestial. Grandes fatigas y trabajos sufrieron en su larga caminata por la falda de la sierra, describiendo curvas extravagantes para huir de los puntos que suponían ocupados por destacamentos carlistas. El tiempo se les torció al segundo día, metiéndose en agua, encharcando la tierra, y convirtiendo en torrentes las cañadas que descendían de los montes; mas no conceptuaron por muy desfavorable el temporal, fuera de las molestias que ocasionaba, porque el continuo llover era como una cortina del cielo que les ocultaba en su marcha sigilosa, y la humedad del suelo, si á ellos les estorbaba, quizás en mayor grado entorpecería los pasos del enemigo. En cuatro días de marcha penosa no tuvieron ningún mal encuentro; al quinto toparon con una partida inferior en número, que batieron sin dificultad, y el peligro de que tras ella vendría mayor fuerza, lo sortearon escabulléndose en

dirección contraria á la que habían seguido los derrotados.

Consumidos los escasos víveres que sacado habían de su fortaleza, empezaron á sufrir terribles hambres. Merodeaban en los abandonados plantíos; algunos cazaban; mas los conejos parecían huir también de la guerra, como su enemigo el hombre. Erizos y otras alimañas encontraron en la espesura del monte; en una aldehuela miserable, sólo habitada por cuatro mujeres y dos vejetes, entraron á saco, arramblando por todo lo que en aquellas pobres viviendas había, algunos panes, cecina y alubias. Dos cabras fueron después gran hallazgo, y mejor aún unas alforjas perdidas, con el tesoro de cuatro quesos y algunas cebollas. Con tales apuros iban viviendo, marchando de noche, ocultos y dispersos de día, hasta que, sabedores por sus avanzadas de que en una paridera próxima á Peciña descansaban veinte facciosos, cayeron sobre ellos de madrugada, y sorprendiéndoles dormidos, á unos mataron, dispersaron á otros, quitándoles todo lo que tenían. El único que entre ellos quedó prisionero, con un brazo roto, les dijo que D. Martín, después de dar un achuchón á los carlistas cerca de Avalos, se había corrido á Leza, internándose después en la Sonsierra. Arrimados á las asperezas del monte, siguieron su camino en busca de Zurbano; y por el afán de avanzar todo lo posible, anduvieron largo trecho en una noche tempestuosa, con horrísono tronar

y golpes de granizo, viendo caer rayos y alumbrarse toda la tierra con siniestros resplandores. Pero sus templados corazones, insensibles al miedo, querían ampararse de los accidentes espantables de la Naturaleza, para recorrer mayor espacio, prefiriendo los senderos escabrosos é inaccesibles. Por último, más arriba de Leza, les deparó Dios una columna cristina de tropas regulares, perteneciente á la división del General Buerens. Estaban salvados.

Provistos de municiones, pues las pocas que llevaban se les habian inutilizado con la humedad; reparados sus míseros cuerpos con alimento sano, aunque no muy abundante, y adquirido informe verdadero de la situación de D. Martín, siguieron en su busca, y al caer de una plácida tarde le hallaron en un desfiladero por donde pasa el camino de herradura entre La Guardia y Pipaón. ¡Feliz encuentro, á los doce días de haber salido de Zambrana, realizando una prodigiosa marcha por país enemigo! Aunque el mérito de ésta no se le ocultaba, Zurbano recibió á Ibero con una fuerte chillería, pues era su condición mostrar rigor y displicencia en todo asunto del servicio, sin duda por hacerse respetar y temer de sus subordinados. Según decía, si hubiera seguido Ibero puntualmente sus instrucciones, no alejándose de La Bastida más que lo preciso para picar la retaguardia á la partida del *Zurdo*, no le habrían pasado tantas desventuras. ¡De buena había escapado! En fin, á olvidar los desas-

tres, y á repararlos sacudiendo al enemigo todo lo que se pudiera.

Era Martín Zurbano (á quien se le despegaba el Don postizo) un hombre tosco y desapacible, de rostro aclerigado, ceño adusto, boca fruncida, de regular estatura y lentitud parsimoniosa en sus movimientos. Usaba boína blanca y chaquetón forrado de pieles sin ninguna insignia; sable y pistolas al cinto. Hablaba incorrectamente y con acento duro erizado de interjecciones, lenguaje del valor de aquel tiempo en la milicia montaraz. A pesar de estas asperezas, y quizás porque en ellas veía la perfecta imagen del Marte español, Ibero sentía por él amor y entusiasmo; y aunque sirviendo á sus órdenes quería imitarle en la rudeza de los modales y en las groseras voces, no siempre lograba el objeto, pues más que su proselitismo podían su nativa delicadeza y buena educación. El felicísimo encuentro con Don Martín no les proporcionó ningún descanso, pues lo mismo fué llegar y juntarse y recibir Ibero la peluca de su jefe, que se pusieron todos en marcha. No era muy satisfactoria la situación de los cinco caminantes agregados á la partida, pues Iturbide iba en estado febril, tendido en un carro; á Sabas le había salido un grano en el muslo; Zoilo tenía el pescuezo torcido de un fuerte tortícolis. Los mejor librados eran Calpena, que padecía extenuación nerviosa por la falta de sueño, y Urrea, que sólo se quejaba de ganas de comer no satisfechas.

La tremenda contrariedad de no poder comunicarse con su madre puso á D. Fernando en gran tristeza. Cogido en la trampa de un ejército en operaciones, tenía que permanecer entre las fuerzas cristinas, pues por una parte y otra el enemigo ocupaba montes, villas y lugares. Arriesgadísimo, por no decir imposible, era volver á Miranda con sus cuatro compañeros, ó pasar el Ebro para refugiarse en Logroño, y no había más remedio que esperar el despejo de la situación y el término feliz ó adverso de aquella campaña. Por todo el camino, en la marcha fatigosa, no cesaba de pensar que Dios no le había sido hasta entonces propicio en su expedición, quizás por haber emprendido ésta sin lógica ni criterio, dejándose llevar de las corazonadas del insensato Zoilo, ó quizás de inexplicables querencias suyas, que él mismo no sabía definir. Y llegado á tal punto de confusión, como el que se pierde en un laberinto sin encontrar salida, no hacía más que interrogarse de este modo: «¿Y yo á dónde voy? ¿Por qué he venido aquí? ¿Volveré á ver á mi madre, á mi querido capellán, á mis entrañables amigos de Villarcayo? ¿Habrá dispuesto Dios que deje yo aquí mis pobres huesos? ¿Tendré que hacer el heroe por fuerza para llegar á serlo de verdad? ¿Es ley constante que las acciones muy estudiadas y previstas resultan siempre bien? ¿Es seguro que los actos de impremeditación y de temeridad, comunmente tenidos por locuras ó necedades, enderezan siempre al mal? ¿Qué

caminos llevan á la vida, qué veredas llevan á la muerte? ¿Toda senda tenebrosa conduce al Infierno? ¿Toda senda iluminada y florida conduce al Cielo?... Si yo tuviese aquí á mi madre para que me ilustrara en estas dudas, mi tristeza no sería tan honda. Ya que no la tengo, traeré su pensamiento al mío, y con esta luz veré lo que solo no veo: la esperanza. Adelante, y sea lo que Dios quiera.»

XV

Llegados, entrada la noche, á media legua de Pipaón, pueblo perteneciente á la Hermandad de Peñacerrada (que *hermandades* y *cuadrillas* son allí las divisiones territoriales), hizo alto la columna al amparo de unas casas destruídas, y D. Fernando descansó junto á su amigo Ibero, el cual le dijo que D. Martín tenia órdenes de destruir, ó molestar por lo menos, á todas las columnas carlistas que llevaran provisiones á Peñacerrada, y por último, de hacer un esfuerzo para ocupar á Baroja, lugar al Norte de dicha plaza, y perteneciente á su hermandad. La tradición designaba aquel territorio con el histórico título de *Tierras del Conde*, por haber pertenecido en tiempos muy antiguos á un D. Gómez Sarmiento, repostero del Rey de Castilla D. Enrique II. Como país montuoso, en los habitantes de la hermandad dominaban

las ideas de *retroceso*, así como en las tierras bajas crecía lozana la planta de la libertad. Trabajillo había de costarle á Espartero la destrucción de aquel baluarte que últimamente habían armado entre peñas los soldados del absolutismo, con la intención bien clara de dominar los pasos del Ebro y amenazar las puertas de Castilla.

En tanto, D. Martín hizo saber á los cinco individuos de la cuadrilla de D. Fernando que si querían continuar agregados á la división, y participar de sus víveres y ampararse de ella, era forzoso que estuviesen á las agrias y á las maduras, afiliándose resueltamente como soldados de Isabel II, á lo que accedió el caballero en nombre de todos, enorgulleciéndose de combatir á las órdenes de Zurbano por la gloriosa causa de la Reina. En los tiradores de caballería encajaron admirablemente D. Fernando y Urrea, buenos jinetes y excelentes escopeteros. Iturbide y Zoilo prefirieron servir como infantes, y Sabas, que aunque valiente no manejaba el fusil con la necesaria destreza, pidió que le agregaran á la ambulancia. He aquí, pues, á los cinco expedicionarios metidos en militar danza por ley de la fatalidad ó de la Providencia, que el nombre no altera el sentido ó filosofía del hecho. Ninguno de ellos sospechaba, al salir de Miranda, que iban á pelear por Isabel agregándose á su ejército. Pero Dios lo había dispuesto así, sin duda porque, deseando terminar la guerra, quería que á esto se llegara echando toda la carne en los

respectivos asadores. La incorporación en las filas fué acogida por D. Fernando sin repugnancia ni entusiasmo, como un deber impuesto por circunstancias ineludibles, y lo mismo puede decirse de Urrea, que en todo reflejaba los sentimientos de su amo. Sabas se resignaba; Iturbide parecía contento, y Zoilo estaba como demente, poseído de un frenesí de militar gloria.

Quince ó más días duraron las operaciones de la brigada y sus veloces marchas en el quebrado país que separa las *Tierras del Conde* del territorio de Campezu, los montes de Isquiz, el valle del Ega, los pueblos de Marquinez y Apellániz. El objeto era interceptar los convoyes que el carlista traía de Estella, y embarazar toda comunicación de Alava con Navarra. Brillante fué aquella página militar, y los prodigios de valor y agilidad que la formaron apenas caben en la historia, que por hallarse bien repleta de tales hazañas ya no tiene hueco para más. Firme en su puesto, y atento á su deber, Calpena no se propuso nunca hacer el héroe, ni señalarse por el desmedido ardor guerrero: cumplía con su deber, y nada más. En cambio, Zoilo era el propio espíritu de Marte; su ambición de brillar y distinguirse nunca se saciaba; hallábase poseído de una loca temeridad; sus hazañas eran, no ya extraordinarias, sino inverosímiles. La envidia hubo de trocarse al fin en general admiración.

Había D. Martín tomado afecto á Calpena,

8

con quien echaba párrafos entretenidos en los cortos ratos de descanso, y hablando de Zoilo le dijo: «¿Pero de dónde ha sacado usten ese diablete? Nunca he visto mejor madera de militar, ni creo que haya en el mundo quien se le iguale. ¡*Maño*! en cuanto vea al General he de proponerle para alférez, y aún me parece poco.» Esto era muy grato á D. Fernando, que sin saber por qué sentía que el bilbaíno ganaba terreno en su corazón. Verdad que Zoilo le mostraba un afecto sincero; contábale con infantil sencillez sus actos de heroísmo, y parecía olvidado de todos los asuntos que les hicieron rivales. Si no hablaba nunca de lo pasado, Calpena hubo de recordárselo en una ocasión que es forzoso referir.

«Ven acá, chiquillo—le dijo haciéndole sentar á su lado la noche antes de incorporarse la brigada al ejército de Espartero.—Quiero darte la buena noticia de que serás pronto teniente, quizás capitán. Pero pues has lucido bastante tus dotes guerreras, en las cuales ya hemos visto que no tienes semejante, debo decirte que no expongas tu vida con tan desmedida bravura... Tiemblo por tí, hijo. Obligado estoy á devolverte á tu familia, por compromiso que contraje con mi conciencia. No me haría ninguna gracia verte espanzurrado el mejor día en el campo de batalla... ¿Y tú no temes morir? ¿No piensas en la pena de los tuyos cuando sepan que has perecido? ¿No te acuerdas ya de tu mujer?»

Nublóse el rostro de Zoilo al oir esto, y la contestación se hizo esperar. «Sí que me acuerdo—dijo al fin.—¡Pues no he de acordarme, si Aura es mi vida, la vida que he dejado allá...!

—Pues tienes que volver á su lado y hacerte dueño de su afecto en absoluto, sin alternativas lunáticas, ¿sabes? Yo haré cuanto deseas, morirme ó casarme... Todo es cortar la esperanza y hacer liquidación de lo pasado.

—Ya ve—declaró Zoilo,—cómo hemos venido á ser amigos usted y yo. Desde que nos metimos en la guerra se me fué del alma el rencor contra usted... Porque yo tengo dos vidas, dos amores: mi mujer y la guerra. Guerreando la quiero más, si más es posible, y se me quitan todos los resquemores. Valgo yo más que nadie, y no se ofenda... Y también le digo que no tenga cuidado por mí, porque no hay bala que me mate, ni enemigo que me venza... Si me hacen capitán de ejército, ya no hay quien me separe de la vida militar. Y si consigo curar á mi mujer y quitarle los malos recuerdos, ¿qué más puedo desear?... Como esas dos cosas quiero, las he de conseguir.

—En cuanto sea posible—dijo Calpena,—hemos de procurar comunicarnos con nuestras respectivas familias. Tú anunciarás á la tuya mi muerte ó acabamiento, y yo á la mía la conquista de tu amistad. Son dos buenas noticias, y cada una hará su efecto. Voy pensando, como tú, que querer es poder. Queramos y podremos.»

Poco más hablaron, porque Zoilo, rendido de cansancio, se caía de sueño. D. Fernando durmió también tranquilamente, y gozoso fué el despertar, porque recibieron orden de marchar á reunirse con Espartero.

El primer amigo que Calpena encontró en el ejército del Conde de Luchana fué Juanito Zabala, ya coronel, que mandaba cuatro escuadrones de una brillantísima caballería, dos de húsares tiradores y dos de lanceros. Mucho se alegraron uno y otro de verse, y no esperó D. Fernando á que Zabala le interrogase para contarle el cómo y cuándo de andar en aquellos trotes. Previo consentimiento de Zurbano, pasaron Fernando y Urrea al cuerpo adventicio que se había formado con paisanos de Rioja y con desertores de la expedición de Negri; pero á Zoilo no quiso D. Martín soltarle, aunque le dieran en oro molido, ó sin moler, lo que aquel endiablado chico pesaba.

Y comenzaron ¡vive Dios! vigorosas operaciones contra Peñacerrada. Una de las divisiones, compuesta de tropas de la Guardia Real, la mandaba el General Ribero; la otra, que era la tercera del Norte, el General Buerens. Entre ambos reunían diez y ocho batallones, distribuídos en tres brigadas por cada división. Mandaba la artillería el Brigadier D. Joaquín de Pont, y la caballería el que ya conocemos. Zurbano se apoderó de Baroja, y Espartero se posesionó de las alturas de Larrea, que al punto fueron atrincheradas. Desde allí podía batir el casti-

llo de Peñacerrada á tiro corto de cañón. Tres días de furiosos combates precedieron al asalto. Los carlistas, mandados por Guergué, se batían con indomable valor, intentando destruir las líneas que Espartero iba formando para emplazar su artillería. Ventajas obtenían los unos, ventajas los otros, disputándose el terreno palmo á palmo. Los batallones alaveses hicieron gallarda salida con un empuje que la caballería de Zabala pudo contener. Y tras aquellos terribles días, otros tres se emplearon en escalar con vigor de gigantes los muros del castillo, ganando ahora un montón de piedras, para después perderlo y volverlo á ganar con horrendo sacrificio de vidas. Incansable, buscando siempre el primer puesto en el peligro, Espartero era el gran soldado, el caudillo que de su magnánimo corazón sacaba la increíble fuerza que á su gente infundía. Creciéndose con las dificultades, cada tropiezo era escalón donde afianzaba el pie para seguir adelante. Quedó por fin bajo la enseña de Isabel el formidable castillo, con sus murallas hechas polvo y sus piedras salpicadas de sangre.

En tan terrible cuanto gloriosa ocasión, D. Fernando, que asistido había con ardor y curiosidad á todas las peripecias del combate, peleando también siempre que funcionaba la caballería contra los alaveses, fué herido en la cabeza y hubo de retirarse. Urrea le llevó á Baroja, donde pasó un día con las facultades turbadas á causa del gol-

pe, y tres ó cuatro en completa inutilidad para la guerra. Su herida no era grave; mas no le permitía volver á las andadas en algún tiempo. Pasó dos días devorado de impaciencia y de sed, asistido del capellán Ibraim y de un físico muy experto, sin formar cabal idea de las sucesivas peripecias militares, pues tomado el castillo, obstináronse los carlistas en defender la plaza á estilo zaragozano, disputando muro por muro y casa por casa, y fué menester echar contra ellos todo el coraje de acá y la inagotable energía del jefe y de su tropa. Oía Calpena el continuo cañoneo, y ansiaba conocer el resultado de tan fiero batallar. Por fin, una noche entró Urrea en el establo donde yacía, y le dijo: «Peñacerrada es nuestra, señor. Hemos cogido el hueso, y allá van corriendo hacia Toloño los perros que lo tenían.» No tardó Zabala en darle las albricias. Todo era júbilo en Baroja, y la línea desde este pueblo á la plaza ganada ardía en entusiasmo.

La inquietud mayor del caballero al abandonar su mísero alojamiento, era no saber de Zoilo ni de Sabas, pues Zurbano había salido en persecución de los fugitivos. Zabala, que también les fué á los alcances, volvió sin satisfacer las dudas de D. Fernando respecto á sus amigos. Si poco temía del arrojo de Sabas, no podía desechar la idea de que el bilbaíno pagaba á la muerte el tributo que su desmedida ambición de gloria le debía. En estas ansiedades le cogió D. Baldomero, que de Larrea, después de la entrada oficial en

Peñacerrada, trasladó su cuartel á Baroja. Mandóle llamar, y mientras tomaba en el Ayuntamiento un frugal tente-en-pié, del cual no participó Calpena por la radical inapetencia que sufría, hablaron de lo humano y lo divino. Enterado el de Luchana de diversos particulares interesantísimos, y hasta cierto punto novelescos, (por revelaciones que le hizo D. Beltrán no lejos de Medina, en Febrero último), se arrancó á felicitar al caballero con la confianza militar que gastar solía, y díjole después: «Pero, amigo mío, ¿en qué estaba usted pensando cuando consintió que su madre se estableciera en Medina de Pomar? Si todo aquel país no ha sido hasta hoy de los más castigados, pronto le veremos arder... No, no; allí no está bien. Debió usted llevarla á Logroño, donde ella y Jacinta se habrían acompañado lindamente. Allá la seguridad es completa. Nuestra casa es grandísima: buenos alimentos, buenas aguas. A Logroño han ido á parar muchas familias de estas hermandades, entre ellas las niñas de Castro, que creo son amigas de usted.»

Dióle el caballero las gracias con efusión, añadiendo que procuraría trasladar á su madre á Logroño, si la guerra duraba...

«¡Que si dura...! Esto no se acaba nunca... esto es un bromazo terrible...—clamó Espartero dando rienda suelta á la franqueza militar y española, que iguala en la indiscreción á pequeños y grandes.—¿Y qué quie-

re usted que pase con el desbarajuste de ese Gobierno?... Yo pregunto: ¿quién aconseja á esa buena señora...? Cada día más *retroceso*, más errores, más desconfianza de la libertad y del pueblo, cuando el pueblo, la masa... en fin, no quiero hablar de esto... Usted fíjese... ¿Ha visto el país una situación más desatinada? Les he dicho cuanto hay que decir... No hacen caso: ellos se lo saben todo... y ahora nos quieren traer mayores enredos y conflictos con esa contrarrevolución que han inventado, la bandera de *Paz y fueros*... ¡Otro disparate, Señor! ¡En qué cabeza cabe...! Creame usted: si el patriotismo no me amarrara á este puesto, si no creyera yo que me debo á mi patria, al pueblo sano y liberal, ya me habría ido á mi casa... ¡Ah, sí...!»

Asintiendo á todo, D. Fernando aprovechó las franquezas del General para pedirle que le facilitara medios de enviar una carta á Medina de Pomar, y tuvo la dicha de que Espartero colmara sin tardanza sus deseos, pues al siguiente día pensaba enviar una comunicación á Castañeda que operaba por allá. Pidió permiso Calpena para retirarse á escribir, y lo hizo con calma y amor. Desde aquella hora todo fué bien, pues á poco de soltar la pluma, en el rincón del establo donde había hecho su vivienda, tuvo razón de *Luchu*, y al siguiente día le vió llegar tan famoso, radiante de orgullo, en toda la gallardía teatral de su heroísmo auténtico, contando sus hazañas sin atenuarlas con modes-

tias anodinas. «Sepa usted, Sr. D. Fernando, que D. Martín me ha dicho: «Animal, eres capitán.»

XVI

Contó luego Zoilo el caso inaudito de Iturbide, que habiéndose portado, el primer día de ataque al castillo, con toda la decencia militar de un buen bilbaino, había ensuciado su reputación y su carrera, pasándose á un batallón alavés. Creyó que los carlistas ganaban; se le aflojaron los calzones... Allá se fué... Siempre le había tirado el servilismo.

«El infeliz—dijo D. Fernando,—ha creído que por los caminos de la facción volvería más pronto á Bilbao.

—Sabe Dios á dónde irá... ¡Otra! Ya me río de pensar que habrá visto á mi padrino Guergué, tal vez á mi padre, y les habrá dicho que estoy aquí, en el ejército de Espartero, y que soy capitán, y que...

—Y que eres mi amigo. No serán pocos motivos de confusión para tu padre.

—Pues hay más. ¡Si parece que esto lo hace Dios, conforme á mi querer, más fuerte que todas las cosas...! Pues la última vez que estuvimos juntos Pepe y yo, el jueves por la mañana, nos dieron la noticia de que usted había caído, en la segunda carga, con una herida mortal en la cabeza. ¡Jinojo, qué

sentimiento! Pasa media hora, y viene Segundo Corral, y nos larga en seco la noticia: «El pobrecito D. Fernando acaba de espirar!» ¡Jesús!

—¿Lo creíste?

—Yo no. No creo en la muerte de los que, según mi querer, deben vivir.

—Pero Iturbide se tragó la bola, y á estas horas se lo habrá contado á D. Sabino, si es que anda todavía con ellos.

—¡Otra! á mi padre le tiene usted ahora más contento que unas pascuas, dando gracias á Dios...

—¿Por mi muerte?

—Caba!... A no ser que crea que yo le maté á usted... Todo es creíble allá... Y en este caso, alegrándose, rezará mucho porque Dios me perdone.

—¡Y tú y yo tan amigos!

—¿Esto qué es?

—Romanticismo, Zoilo. La lógica de las cosas absurdas, la risa del dolor, la tristeza del placer...

—¿Y eso qué quiere decir... poesía?

—Tal vez... Misterios de las almas. Tú dices que querer es poder. Yo digo que mereces ser dichoso y lo serás... Vaya, chico, á tu obligación, que es tarde. Separémonos. Hasta mañana.»

Aquella noche, hecho un ovillo en su pesebre, sintiéndose febril, con honda ansiedad en su espíritu, agobiado el cuerpo por la debilidad, rebelde al sueño, el Sr. de Calpena con esta idea se atormentaba: «¡Si al fin

dispondrá Dios que este loco se salga con la suya!» Efecto de la fatiga y de la pérdida de sangre, complicadas con añoranzas muy tristes, se le insubordinó el estómago, rechazando todo alimento, y los pícaros nervios se declararon en audáz anarquía. En Baroja habría tenido que quedarse, si no le llevaran en un carro, muy bien asistido por Urrea y Sabas, que dejó gustoso las armas por el servicio de su querido amo. Ibero y Zabala le acompañaban todo lo que podían, y Zoilo más de lo que debiera, descuidándose del servicio, sin miedo álas reprimendas de D. Martín. En tal estado, y siempre en seguimiento del Cuartel General, pasó el puerto de Población. Dos días de descanso en Eripán, donde le deparó Zabala un buen alojamiento, fueron el comienzo de su reparación, que había de ser completa dos semanas más tarde en la histórica y por tantos títulos famosa ciudad de Viana.

Resolvió Espartero quitar al enemigo el único punto fortificado que aún conservaba en la región alavesa, la villa de Labraza, cabecera de la hermandad de su nombre en la cuadrilla de Vitoria, guarnecida de viejos muros y de robustas torres, de las cuales hizo el carlista punto de apoyo para remediar en lo posible la pérdida de Peñacerrada, y asegurar sus comunicaciones con Estella. Mientras se disponían los elementos necesarios para la expugnación de Labraza, pasó Espartero á Viana, donde estuvo dos días, y de allí á Logroño, ávido de un breve

descanso en su casa. No le vió Calpena al partir; pero tuvo conocimiento de que el ilustre caudillo no le olvidaba, por un recado amistoso que Zabala le transmitió, con estas palabras que de confusión le llenaron: «El General, además, te ruega que le esperes aquí, á su regreso de Logroño, pues tiene que hablarte.» Por más que se devanaba los sesos, no acertaba D. Fernando en el descubrimiento del negocio que con él quería tratar el Conde de Luchana. «¡Hablarme á mí! ¿De qué...?» Y en esta incertidumbre vivió una semana, aguardando la solución del acertijo, con el gozo de ver restablecida gradualmente su salud, pues las aguas y los alimentos de Viana hicieron entrar en razón á su estómago. A los pocos días de descanso y vida regalona en pueblo tan interesante, pudo montar á caballo y dar buenos paseos con sus amigos por el camino de Logroño, hasta llegar á los cerros de donde se descubre el curso del Ebro caudaloso, la mole de la *Redonda* y el caserío y torres de la capital riojana.

Grata fué la residencia del caballero en aquel pueblo de tanta nombradía en los anales de Navarra y de Castilla; disfrutó lo indecible examinando las señales y vestigios de nobleza en calles viejas y palacios desmantelados, en las antiquísimas iglesias de San Pedro y Santa María. Mucho había que leer en aquellas piedras. Los curas del arciprestazgo y los regidores de la ciudad franqueábanle códices y papeles interesantísi-

mos, donde vió y gozó históricas hazañas, como la defensa que hizo el esforzado Mosén Pierres de Peralta contra las tropas del Rey D. Enrique II, y los horrores de aquel memorable sitio en que las mujeres, así casadas como doncellas, manejaban las *bombardas, trabucos, cortantes y otras diversas artillerías.* Y fué tal el hambre que pasaron los vianeses, que viéronse obligados á comer *caballos é otras fieras inusitadas,* según reza un viejo pergamino. En la guerra de los Beaumonteses, que arrancó á Viana de la corona de Navarra para pasarla á la de Castilla, también había mucho digno de perpetuarse para ejemplo de los presentes. Vió D. Fernando el sepulcro de César Borja, Duque de Valentinois, que allí murió, y los de otros ilustres varones de aquella tierra.

En estos entretenimientos le interrumpió Sabas, manifestándole que pues las queridísimas niñas de Castro-Amézaga se hallaban refugiadas en Logroño, distante sólo dos leguas cortas, él iría, si su amo le daba permiso, á visitarlas por su propia cuenta, como Sabas de Pedro, y á enterarse de si estaban saludables y contentas. Parecióle á D. Fernando muy atinada la idea de su escudero, y le despachó al instante con la misión que se expresa, y la añadidura de un recado muy afectuoso de su parte. Pero ¡ay! al día siguiente volvió Sabas cariacontecido con la triste novedad de que no había encontrado á las niñas, pues la señora Doña María Tirgo, después de una temporadita de residencia fe-

liz en la capital de la Rioja, había logrado arrastrar á sus sobrinas hasta Cintruénigo, donde á la sazón pagaban á los Sres. de Idiáquez la visita que éstos hicieron á La Guardia. ¡Ojo al Cristo!

Muy mal le supo al caballero esta desairada vuelta de Sabas; mas cuidó de disimular la nueva tristeza que á las suyas y á su nostalgia se añadía. Pasaba las noches entretenido con sus amigos, entre los cuales *la fiera inusitada* de Ibraim hacía el gasto de los chistes burdos y sainetescos. Rodaba el tiempo, y todo el afán de Fernando era que volviese pronto Espartero, que allí le había mandado esperar... ¿esperar qué? ¡Oh incertidumbre!... Para mayor aburrimiento, pasó el caudillo una noche por Viana, sin detenerse más que media hora, y Calpena recibió por el ayudante Serrano Bedoya nueva edición del recadito de marras: «Que no se mueva de aquí hasta que yo regrese, ó le avise dónde debe ir á encontrarme.

—Pues, señor, la broma es ya más que pesada—decía Calpena, buscando medio de entretenerse con nuevos estudios de las antigüedades vianesas.—Cuanto más libre me creo y más empeño pongo en disponer de mi persona, más esclavo me encuentro. Mi sino es éste, la esclavitud constante, el arrastrar cadenas... de rosas si se quiere; pero cadenas al fin. ¿Qué habrá en mí para que chicos y grandes me honren con sus afectos más vivos...? Siento no tener á mano al gran Zoilo, el filósofo del querer poten-

te, para que me dé su opinión sobre esto.»

En tanto que D. Baldomero iba contra Labraza, en Viana corrían voces de que la tal operación sería de las más sangrientas. Para sustituir á Guergué, que perdió su valimiento con el desastre de Peñacerrada, Don Carlos había nombrado General de su ejército del Norte á D. Rafael Maroto. Este, cogido el bastón, se metió en Estella, ocupándose en reorganizar los batallones y en proveerlos de lo necesario para una activa campaña. Desde allí mandó recadito á los de Labraza, encargándoles que se defendieran hasta morir, que él iría en su socorro, provocando á Espartero á singular batalla en aquellos campos. Todo anunciaba una brillantísima página histórica; alguien creía próximo el último acto y quizá la escena final del drama de la guerra. Pero así como los dramas suelen flaquear en su desenlace por inhabilidad del poeta que los compone, los lances guerreros también salen fallidos por torpeza ó desidia de estos poetas de la espada. En resumidas cuentas: que el de Luchana apretó el asedio; que Labraza se defendió bien, hasta que no tuvo más remedio que rendirse, sin que de Estella viniese Maroto con todo aquel aparato de fuerzas que anunció. La esperada lucha decisiva quedóse para mejor ocasión, y Espartero, que había ido con terribles ganas de romperse el bautismo de una vez y para siempre con su rival de hoy, ayer compañero de fatigas americanas, volvió grupas, un tanto descorazonado como militar, como

político no descontento de la prudencia de Maroto y de su pereza en sostener el reto.

Llegó por fin la ocasión que tan vivamente deseaba Calpena, y viendo entrar á Don Baldomero en Viana al caer de la tarde de un caluroso día de Julio, no tuvo sosiego para esperar á que el General le llamase, y se fué á la casa de los Tidones, donde se alojaba, y solicitó audiencia, que al instante le fué concedida. Sentábase á la mesa D. Baldomero para cenar con el Arcipreste Don Alonso de Aimar, con el Alguacil mayor ó Merino, D. Lázaro Tidón, tres señoras de la familia de Tidón y Asúa, el General Van-Halen y otros; y convidado Fernando, aceptó gustoso la grata compañía. Hablando de la guerra, dijo el de Luchana con su franca llaneza: «No me la dió Maroto... Ya me había tragado yo que no vendría. Le conozco, es muy ladino, y no quiere comprometer el mando, que deseaba y que no le conviene soltar...» Sin saber cómo, la conversación recayó en cosas muy distintas de los sucesos militares, como la calidad de las judías verdes de Viana comparadas con las de Logroño. Sostenía el vencedor de Peñacerrada, conciliando la justicia con la galantería, que si al carnero de la merindad de Viana *había que quitarle el sombrero*, en judías *de riñón* y en pimientos morrones, *donde estaba* Logroño y su ribera, no había que mentar hortaliza. ¡Y para que se vean los misteriosos engranajes de la palabra humana! ¿Cómo pudo ser que del tratado de las alubias

pasasen aquellos señores á la personalidad de César Borgia? Ello fué así, como también lo es que ninguno de los comensales, incluso el héroe, poseía nociones exactas de la vida y muerte de aquel afamado cardenal y guerrero, teniendo Calpena que desenvainar modestamente su corta erudición para ilustrar al esclarecido senado. No prestó gran atención Espartero á estas historias añejas, que otras más vivas le solicitaban, y aferrado á su idea, no cesaba de repetir: «Es muy ladino, muy ladino...»

No pasó mucho tiempo después de la cena, sin que la expectación de D. Fernando quedase... á medio satisfacer, pues Espartero, al conferenciar con él en su despacho, no hizo más que mostrarle los bordes, digámoslo así, del asunto que tratar quería, reservándose el cuerpo del mismo. Con su consabida franqueza ruda, que en muchos casos le resultaba bien, le dijo: «¿Pero á qué tiene usted esa prisa por volverse á Medina? Un hombre como usted, de sus circunstancias, no puede estar cosido á las faldas de la mamá.

—Mi General, he conocido á mi madre hace poco tiempo.

—Ya, ya sé... vamos al caso. Usted vale mucho, yo sé lo que usted vale. No vengamos ahora con modestias ridículas. ¡Entre nosotros...! En fin, usted es hombre de grandísimo mérito. Lo sé, lo afirmo, y no hay que desmentirme, ¿estamos? Usted quiere que yo le regale el oído repitiéndole que es un mo-

delo de caballerosidad, una inteligencia de primer orden, un joven ilustradísimo... Ea, lo digo yo y basta.

—Pues basta, mi General. ¿Y qué más?

—De sus modales y finura de trato, nada hay que decir, pues bien á la vista están...

—Cuando usted acabe de echarme incienso, respiraré.

—No es incienso, es justicia... Me habló Urdaneta y otros, otros amigos que le conocen á usted bien... Y para que el hombre resulte completo, también somos valientes, ¿eh? Me ha dicho Martín... Pero no trato yo ahora de valentías militares; estimo, sí, que sea usted hombre de corazón, de voluntad bien templada...»

No exageraba D. Baldomero al manifestarse convencido de los méritos del joven, pues en efecto, D. Beltrán le había ponderado, quizás con lujo de hipérbole, la inteligencia, cultura y dotes sociales del hijo *extranjero* de Pilar de Loaysa. Quizás estas cualidades eran agrandadas por el de Luchana en su viva imaginación, que ciertamente la tenía, como soldado de arranques, de momentos heróicos. «Bueno, señor mío—añadió poniendo punto final á los elogios.—Convencido de que usted vale y de que puede prestarme, á mí precisamente no, á la patria, á España, á la libertad, servicios grandes, no dudo en... Decláreme usted ante todo una adhesión incondicional á los principios que represento, digo, que representamos todos los leales, que representa la causa legí-

tima de Isabel II, la causa de la libertad.»

Confirmada por Calpena su profesión de fe política, el de Luchana prosiguió así: «No cuento con usted para cosas de milicia; le quiero para una comisión, misión mejor dicho, misión... que le comunicaré cuando estemos perfectamente de acuerdo en las cuestiones preliminares. Ea, Sr. D. Fernando, yo no le suelto ya. Si se aflige usted por la ausencia de su mamá, la traeremos á la Rioja...

—Mi General, tenga la bondad de explicarme...

—No explico más, ¡caramba! Lo dicho dicho. Le tengo á usted trincado por los cabezones. Escribiremos á la Condesa si es necesario... Yo me voy mañana á Logroño. No le diré que venga conmigo; pero váyase usted pasado mañana, cuando guste, y allí seguiremos hablando. Por hoy, ¿eh? fijarse bien, como si no nos hubiéramos visto... Esto es reservado. Doy de barato que sobre las buenas cualidades que usted tiene domina la que de todas es maestra, la discreción, fijarse, la discreción. Y no digo más. Retírese usted ya... Buenas noches. Descansar. Hasta luego.»

Y se fué el caballero á su hospedaje, sabiendo... que no sabía nada, sospechando, queriendo adivinar... Toda la noche estuvo viendo ante sí, en la obscuridad, los ojos de Espartero, negros, penetrantes, ojos de trastienda y picardía, y su rostro atezado, duro, que parecía de talla, labradito y con buches, el bigote triangular sobre el fino labio, la

mosca, las patillas, demasiado ornamento de pelos cortos para una sola cara. La mirada del guerrero le decía más que sus palabras, y á fuerza de leer en aquélla, creyó descifrar el pensamiento que éstas no querían manifestar. «Una misión—se decía.—¿Acaso...? ¿Qué entiendo yo de misiones y tratos y enredos...? ¿Qué quiere hacer de mí? ¿un diplomático, un polizonte? Me ha escogido porque cree que la discreción está en mi naturaleza... como hijo del secreto que soy... el secreto mismo. No acepto. Me voy con mi madre.»

XVII

Dormido con la resolución de no aceptar, despertó con la contraria idea; que estas mudanzas suele traer el sueño á nuestro espíritu; y ya no se ocupó más que en disponer su traslación á Logroño, buscando antes á Zoilo para saber si pensaba continuar en la columna, ó solicitar licencia y volver al lado de su familia. Este era el anhelo de Fernando, y esto le dijo, al encontrarle de regreso de un reconocimiento practicado por Zurbano en el pueblo de Aras. Alegrándose de verle, expresó el bilbaíno que desde su regreso de Labraza, donde había cumplido como bueno, sentía que se le iba enfriando el entusiasmo militar. Harto de gloria y satisfecha su ambición, renacían en él las querencias de

la familia. Dos días y dos noches llevaba ya con el pensamiento empapado en la memoria de su mujer, á quien dormido y despierto veía en su mente, anhelando verla con los ojos de la cara, para recrearse en su belleza y entregarle el alma y la vida. Si su mujer le quería, y se curaba de aquella maldita enfermedad de recordar á otro y esperarle, él sería más feliz que los ángeles del cielo, y ninguna falta le hacía la gloria militar; que ésta, sabíalo Dios, la buscó por dar á su querer una compensación de aquellas amarguras, y por llenar los vacíos de su corazón. No cesaba de pensar que su mujer le echaba de menos, que indagaba su paradero, que padecía por la ausencia de él soledad y tristeza... «Y de tal modo—proseguía,—se me han clavado en el magín estas ideas, que ya no puedo menos de tenerlas por cosa cierta y fundada; que lo que yo pienso con gana, sucede, sí señor, siempre sucede.

—También yo—dijo Calpena,—de algunos días acá, tengo la corazonada de que tu mujer se ha curado de esa locura de recordar lo muerto y esperar lo imposible. Sin ningún dato en que fundarme, lo siento, lo creo, y en ello me voy afirmando cada día más. Es para tí contrariedad grande el verte ya cogido en las redes de la Ordenanza y no disponer de tu persona para largarte á tu casa cuando te diere la gana.»

Quedóse Zoilo al oir esto muy pensativo, acariciándose la cabeza, sin que en ésta brotase la idea que sin duda buscaba, y al fin,

suspirando fuerte, se consoló de la obscuridad de su entendimiento con estas expresiones: «En fin, con un querer firme todo se arregla... Volveré á mi casa.

—Pero ándate con mucho tiento, chico, y no se te pase por las mientes la idea de la deserción, que podría salirte cara. No juegues con las leyes militares. ¿Gloria quisiste? Tus triunfos te obligan á la obediencia. ¿Quieres ir á tu casa, ver á tu mujer? Pues aquí me tienes á mí para proporcionarte esa satisfacción, á mí, que te saqué de la cárcel y que adquirí con mi conciencia el compromiso de devolverte á los tuyos sano y salvo. Prométeme no hacer ninguna locura, pues al ponerte á mi lado, entraste para siempre en el terreno de la razón. ¿Estamos conformes?

—Conformes, mi General. Así le llamo porque usted manda. Y váyase, váyase pronto á Logroño, y si está allí su novia, como dicen, cásese con ella, antes hoy que mañana, aunque para ello tenga que robarla... Si hace falta un amigo de coraje, avise. A casarse, y así estaremos todos contentos.

—Ni mi novia está en Logroño, ni yo he de robarla, ni ese es el camino, *Zoilucho*.

—¿Pues cuál es el camino, señor?...

—Esperar obedeciendo.

—Pues obedezco esperando, como soldado de filas.»

No hablaron más, y con apretones de manos se despidieron, trasladándose D. Fernando con sus dos criados á Logroño, á don-

de llegó muy entrada la noche. Los oficiales de *Gerona* que iban con él encamináronle al parador del *Camerano*, en la calle del Mercado, no lejos de la *Redonda*, iglesia mayor del pueblo, y halló regular acomodo para sí y su gente; cenó y durmió tranquilo; y como no se le cocía el pan mientras celebrar no pudiera nueva conferencia con el héroe, al siguiente día, en cuanto llegó la hora oportuna para visitas, se personó en el palacio de Su Excelencia, una casona grande y severa, con fachada de sillería y ornamento barroco en balcones y ventanas. En la puerta se encontró á varios oficiales que conocía, y en el primer tramo de la escalera á su amigo Pepe Concha, quien muy contento de verle le introdujo en el billar, espaciosa sala del entresuelo. A la sazón el General despachaba con su secretario: era forzoso que Calpena esperase un rato, el cual resultó breve por la compañía de aquel simpático oficial, jefe de la escolta, y del ayudante Allende Salazar. A la media hora subió Fernando al primer piso, y Espartero le salió al encuentro muy afectuoso. Vestía de paisano, en traje muy ligero por causa del excesivo calor; y aún no habían concluído los saludos, cuando volviéndose hacia una puerta entreabierta, gritó: «¡Jacinta, Jacinta!» Al conjuro de aquella voz, que era la voz del trueno en los campos de batalla, y que allí sonaba tan apacible, apareció una dama de excelsa hermosura, majestuosa en su familiar porte, sin el menor asomo de presunción en la sencillez

casera con que vestía. Al saludo ceremonioso de Calpena contestaron los dos, marido y mujer, con esa confianza de buen gusto, propia de personas de viso que gustan de disimular su superioridad. La dama, más aún que su esposo, poseía un arte magistral para combinar la llaneza con lo que modernamente se llama distinción, la gracia con la autoridad. En pie los tres, Doña Jacinta (la etiqueta de la época obliga á conservarle el *Doña*) dijo festivamente al caballero: «¿Me acierta usted de quién es esta carta?—y al decirlo mostraba una que tenía en su mano muy dobladita.—A ver, á ver... ¿conoce la letra?

—Es de mi madre,—dijo Calpena mirando el papel que la Condesa de Luchana puso ante sus ojos.

—Ya hablaremos, ya hablaremos. Tengo que reñirle á usted... Así me lo encargan. Por cierto que es usted el hombre de la mala suerte en sus viajes. Ayer, ayer mismo pasaron por aquí las niñas de Castro, de vuelta de Cintruénigo... Pero siéntese, D. Fernando. Si tienen ustedes que hablar, me voy.

—No, no; tiempo hay—dijo el héroe sonriendo.—¿Y qué me cuenta usted de ese desastre de Morella?

—¿De Morella? No sé una palabra.

—El pobrecito Oráa se ha visto precisado á levantar el sitio.

—¡Qué dolor!—exclamó la dama suspirando, ya sentados los tres.—Lo he sentido por todos: por la Reina, por el Gobierno, por

los liberales, y principalmente por D. Marcelino... Es un hombre muy bueno, un militar que sabe su obligación, y le quiero de veras.

—Yo también—afirmó el de Luchana.—La empresa no era un grano de anís. ¡Sabe Dios los entorpecimientos con que habrá tenido que luchar el pobre Oráa, la falta de recursos!... Es la mía: el Gobierno quiere acabar la guerra, y nos tiene sin raciones, las tropas descalzas. Crea usted, Calpena, que esos malditos moderados nos llevarán al abismo, si no se les ataja... En fin, este mal paso de Morella, esta retirada ante Cabrera ensoberbecido... nos parte... ¡Qué contratiempo, qué desdicha! Por acá íbamos muy bien; ya usted lo ha visto.

—Crea usted, mi General—indicó Calpena,—que este inmenso litigio de la guerra civil no se ha de sentenciar en el Centro.

—Se sentenciará en el Norte, convenido... pero los sucesos de allá ayudan ó entorpecen, y este resbalón del pobre D. Marcelino... Cuidado que yo le quiero... este resbalón ha de traernos consecuencias funestas. ¡Qué lástima, Señor...!

—Pero, Baldomero—dijo la Condesa con esa familiar lisonja que tan bien cae en labios españoles cuando son de mujeres buenas y amantes,—tú no puedes estar en todas partes.

—¡Yo...!—exclamó el caudillo con modestia, que sin duda no sentía.—¡Sabe Dios si me hubiera pasado lo mismo, ó quizás algo

peor!... La guerra es un azar, un compromiso, y por más que uno ponga de su parte todo lo que tiene dentro, siempre hay algo que no depende más que del Acaso, de...

—Y usted, mi General, ha sabido entenderse con el Acaso.

—¡Oh! no crea usted... También me ha jugado algunas... Pero, la verdad, no hay queja...

—No tenemos queja—repitió Doña Jacinta.—Dios no nos abandona... ¡Ay, qué pena! No puedo apartar de mi pensamiento al pobre D. Marcelino... Pero, en fin, dejemos por ahora las cosas tristes... que á Don Fernando tengo yo que decírselas muy gratas, pero muy gratas.

—Todo lo que usted me diga, señora, me será siempre agradabilísimo.

—¿Está bien seguro de eso?... Bueno; luego hablaremos. Váyase usted preparando.

—Ya lo estoy.

—Y por ahora, dispénseme—dijo levantándose.—Tengo que hacer. No crea usted: todavía no he acabado de leer la carta...»

En pie los dos, el visitante y la señora, cambiaron frases de donosa cortesía: «¡Vaya si hablaremos!... Esta noche hará usted penitencia con nosotros... No, no se admiten excusas. ¡Si usted lo desea!... Está usted rabiando porque le hable yo de cierta persona...

—No digo que no.

—Pues para su tranquilidad, le diré que ayer estuvieron aquí las niñas á despedir-

se. ¡Si viera usted qué guapa está Demetria!

—Lo creo.

—Y Gracia, no digamos...

—También lo creo.

—Pero no creerá que por el lado de Cintruénigo hay nubes...

—¿Y truenos?

—Truenos todavía no... Vaya, no más por ahora. A las siete, D. Fernando.»

Solo con el Conde, manifestó verdadero ardor porque éste acabara de dar solución al acertijo de Viana. «¿Pero qué prisa tiene usted?—le dijo Espartero sonriente.— ¡Si ahora le vamos á tener secuestrado aquí por mucho tiempo! Ya le dirá Jacinta esta noche su plan de traernos aquí á la Condesa...»

La entrada del General Ribero, al que siguió, con minutos de diferencia, la del Brigadier Linaje, cortó la visita, y Calpena creyó discreto retirarse. Acudió al anochecer á la invitación para la cena, que fué gratísima, con asistencia del General Van-Halen, del coronel Zabala, del ayudante Gurrea, y de la lindísima Vicenta Fernández de Luco, hermana de madre de la Condesa, y bastante más joven que ésta. Doña Jacinta apenas pasaba de los treinta, y Vicenta no llegaba á los veintidós. Casó el 41 con Pepe Concha.

Llevó el peso de la conversación el brazo militar, comentando y discutiendo el desastre de Morella. No obstante disponer Oráa de veintitrés batallones, doce escuadrones y veinticinco piezas de artillería, y de contar con los expertos Generales de división Borso,

San Miguel y Pardiñas, no pudo contrarrestar el empuje de Cabrera, amparado de las fragosidades y quebraduras de aquellos montes inaccesibles. Según Van-Halen, que conocía bien el Centro y la clase de guerra que allí se hacía, la culpa del descalabro del buen Oráa era del Gobierno, que en punible abandono tenía los servicios de administración, en atraso las pagas, descuidado el vestuario, así como el suministro de municiones. Debía Cabrera su renombre, más que á sus cualidades de astucia y arrojo, á la incuria de nuestros gobernantes, que no habían sabido poner en manos de los defensores de la Reina armas eficaces para combatirle. De sobremesa, mientras por un lado despotricaban los caudillos sobre éste para ellos sabroso tema, por otro Doña Jacinta y su hermana platicaban con D. Fernando de la admirable resistencia de la niña mayor de Castro, en el asedio que nuevamente le ponían los Idiáquez con ayuda de su fuerte aliada Doña María Tirgo. De buena tinta sabía la Condesa que, desesperados los sitiadores de la constancia de la señorita mayor, habían tratado de entenderse con la menor, creyendo encontrar en ella ambiciones de ceñir corona de marquesa. Pero la vivaracha niña quería imitar á su hermana en la vocación de quedarse para vestir imágenes. De todo ello resultaba que D. Fernando no tenía perdón de Dios si no cambiaba su actitud circunspecta por otra más decidida. Sin mostrarse el galán abiertamente contrario á es-

tas ideas, pues la galantería se lo vedaba, halló medio de rebatirlas aceptándolas y de hacerlas suyas agregándoles cantidad de ingeniosos *peros*, todo con gran derroche de ingenio y picardía graciosa. Así entretuvieron la primer noche, retirándose Calpena muy agradecido á tanta bondad, y ligado ya por cordialísima simpatía á la familia del héroe.

Ningún día dejó de acudir al palacio de la plazoleta de San Agustín. No siempre pasaba al despacho de Espartero, que á menudo tenía visitas, ó tareas urgentes con Linaje ú otro secretario, á las cuales consagraba largas horas, fumando constantemente puros habanos de los mejores. En Doña Jacinta observó Calpena el prototipo de la dama casera, pues no había otra que la igualase en dirigir y conservar en orden perfecto su casa y servidumbre, sin olvidar por esto las obligaciones sociales. Inflexible para exigir á todos cumplimiento, era tan ordenancista en su hogar como D. Baldomero en los campos de batalla. Las comidas se anunciaban á toque de campana, y ¡ay del que dejara de acudir á su puesto! El General mismo no se desdeñaba de dar á conocer su miedo á las severidades de la digna esposa. Era muy sobrio en las comidas, y para él no había mayor suplicio que estar largo tiempo en la mesa. En días de convite ó de extraordinario, se deshacía en impaciencia, anhelando que llegase pronto el momento del café y los puros. Ensalzaba las comidas breves; solía de-

cir que debíamos buscar un medio de ingerir de golpe los alimentos en el estómago, *como se carga un fusil.*

Cuidábase Jacinta de poner coto á la excesiva largueza del héroe en socorrer pobres y dar auxilio á necesitados, pues aunque era caritativa, no gustaba del despilfarro, que aun por generosidad es cosa mala. Espartero fué hombre que no reclamó nunca del Gobierno las pagas atrasadas, ni se cuidó de que la Nación le reintegrara las sumas que anticipó de su bolsillo para dar de comer á los soldados, y así lo hizo más de una vez, porque era fuerte cosa pretender llevarles á la victoria con los estómagos vacíos. Los parientes pobres de Granátula y Almagro habían encontrado en el General una mina inagotable, y los desvalidos de Logroño no padecían hambre. Si le adoraban los soldados por valiente, pródigo de su sangre, no le querían menos los pedigüeños por el arrojo con que vaciaba sus bolsillos. Estos y su corazón estaban siempre abiertos al heroísmo y á la limosna.

Sin contrariarle abiertamente, procuraba Doña Jacinta reducir su magnanimidad á límites razonables; mas no alcanzaba en este terreno, la verdad sea dicha, tantas victorias como él combatiendo á los sectarios del *retroceso.* Gozaba la excelente señora la simpatía y admiración de todo el pueblo, por lo bien que sabía manifestar su superioridad social sin ofender á nadie, porque guardando las etiquetas era cariñosa y accesible.

Adoraba el orden, creía en la eficacia de los puestos personales, y deseaba que cada cual ocupase el suyo y respetase los ajenos. Con los humildes sabía ser cariñosa, con los grandes un poquito encopetada, con todos afable y digna. Su amistad con Pilar de Loaysa databa de cuando ésta se casó y Jacinta era una niña que aún vestía de corto. En Zaragoza se conocieron, ligándose con entrañable ternura, á la que siguió más tarde relación continua por correspondencia cariñosa. Juntáronse años adelante, por muy pocos días, en Pamplona, cuando Jacinta, soltera todavía, galanteada por Espartero, estaba en todo el esplendor de su hermosura, y ya la Duquesa de Cardeña peinaba canas; después no se vieron más. El secreto de su amiga lo supo la Condesa de Luchana por la revelación que á Espartero hizo Don Beltrán; y si antes de conocer á Fernando le estimó, conocido le miraba con afecto fraternal, como de hermana mayor; y cuando la informó Doña María Tirgo de que era hijo de un príncipe, le tuvo en mayor aprecio, y vió más claras sus altas dotes de inteligencia, nobleza y elegancia.

XVIII

No se habría conformado D. Fernando con la ociosidad en aquella tierra hospitalaria, si la frecuente correspondencia con su ma-

dre no vigorizara su espíritu. No cesaba la noble señora de recomendarle que prolongase su permanencia en Logroño, que fuese agradecido á las bondades de Espartero y su familia, pues le convenía ciertamente estar al arrimo de quien, por su autoridad militar, y la política que iba adquiriendo, parecía llamado á ser en breve tiempo el árbitro de los destinos de la Nación. «Doloroso es para mí—le decía,—el verme privada de tu presencia; pero me consuela de mi soledad el saber dónde y con quién estás, el considerar reconocido y apreciado tu mérito, principio quizás de las grandezas que deseo para ti.» Y contestando á la carta en que se le manifestaba el deseo de Doña Jacinta de traerla á Logroño, decía: «La impresión primera ha sido de regocijo; pero después la reflexión me ha hecho conocer que mi presencia podría perjudicarte. Tú no lo creerás así; yo veo las cosas con frialdad, y no puedo desechar la idea de que por algún tiempo debes permanecer sin mí al lado de esos señores. Bien sabe Jacinta cuánto le agradezco sus afectos cariñosos. Pero en su buen juicio comprenderá que á todos nos conviene mi obscuridad, y que ésta es necesaria para que tú brilles.» Contestaba D. Fernando á estas razones que él no quería brillar; que ningún bien social podía compensarle de la ausencia de su querida madre, y que, por tanto, persistía en ir en su busca en cuanto los caminos se hallasen despejados, para mayor seguridad del regreso.

Notó el caballero que constantemente llegaban á Logroño y conferenciaban con el General personas diversas, venidas unas de Madrid, otras de Pamplona, como emisarias del Virrey, General Alaix; otras, de pinta muy extraña, parecían procedentes del Cuartel de D. Carlos. Entre las caras madrileñas, algunas reconoció Fernando como significadas en la patriotería más ardiente. Creyó ver también á D. Antonio González, á Ferraz, á Sancho y á otros partidarios juiciosos del *progreso*. Indudablemente el General apoyaba con decisión la idea que empezó á llamarse *progresista*, declarándose enemigo del bando moderado y disparando contra él bala rasa, sin reparar en las manifiestas concomitancias de este partido con la Gobernadora. Le traía muy inquieto la protección que ésta y su camarilla daban á Ramón Narváez, permitiéndole organizar el ejército de reserva, como un medio indirecto de hacer sombra á Espartero y de levantar frente á él un nuevo ídolo militar. No le gustaban á D. Báldomero estos ídolos secundarios, que podrían ser dioses mayores el día menos pensado, y la influencia política que alcanzado había con su victoria, no se la dejaría arrancar ¡vive Dios! á dos tirones. Un día y otro mandaba á Madrid quejas del abandono del Gobierno; hacía responsables á ciertos y determinados Ministros de las privaciones del ejército; amenazó con su dimisión si no dejaban sus puestos Mon y Castro, y al fin, con este *modo de señalar*, dió cuenta del Ministe-

rio del Conde de Ofalia. Nombrado Presidente el Duque de Frías, poeta y diplomático, Espartero le exigió que desmembrase el ejército de reserva formado por Narváez, agregando dos divisiones al de Castilla la Vieja, para contener las facciones de Merino y Balmaseda; pidióle que, en reemplazo de Oráa, fuese nombrado Van-Halen General del Centro. A regañadientes, cediendo á la presión del que dueño se hacía de todos los resortes, *quia nominor leo*, el buen D. Bernardino, excelente hombre, prócer ilustre, y ante todo poeta insigne, se doblegaba y sucumbía por su propio miedo y por los altos miedos palatinos.

Nunca habló de estas cosas Calpena con el General, quien, en sucesivos coloquios, fué menos reservado respecto á la índole de la comisión que confiarle pensaba. Uno de los primeros días de Septiembre, á punto que el Cuartel General se movía para emprender operaciones de que nadie tenía conocimiento, dijo Espartero á su amigo, en forma que no admitía réplica ni excusa, que á seguirle se preparase. Llevado de la fascinación que el héroe sobre él ejercía, y cediendo además á una extraña querencia del misterio y á ideas de elevada ambición que le rondaban la mente, no vaciló en obedecer. Despidióle la Condesa con afecto maternal, asegurándole que en compañía de su marido no podía correr ningún riesgo; afirmó él gozoso que nada le importaba exponer su vida, con tal de ser grato á su ilustre amigo, y partió en-

tre la comitiva del Cuartel General, llevando á uno solo de sus criados, Urrea.

Por toda la orilla derecha siguieron, sin parar hasta Lodosa, y era general la persuasión de que se preparaba un ataque á Estella. Al anochecer de aquel día, 3 de Septiembre, las avanzadas de Espartero se tirotearon con guerrillas carlistas; pero éstas desaparecieron durante la noche, y el ejército liberal siguió hasta Artajona. Nueva detención, que en este punto fué más larga, porque recibió el General noticia de un descalabro de las tropas de Alaix, Virrey de Navarra, el cual, empeñado en duro combate con los carlistas, en el Perdón, fué rechazado con bastantes pérdidas, resultando heridos el mismo Virrey y su segundo Espeleta. Esto y la noticia de que Cabrera, ensoberbecido con el triunfo de Morella, mandaba una división á engrosar las fuerzas de Navarra, detuvieron á Espartero en su marcha, si es que ésta tenía por objeto atacar á Estella, lo que no se sabe, pues á nadie comunicó su pensamiento. Humor endiablado tenía el General en aquellos días, y su indecisión revelaba la crisis de su ánimo. Dió instrucciones para que D. Diego de León, que operaba en la Solana, ocupase determinados puntos, y para que la división de Hoyos hiciese un reconocimiento hacia Los Arcos, y otras disposiciones tomó, cuyo alcance nadie podía penetrar. Al quinto día llamó á Calpena, y sin encerrarse con él, paseándose juntos en un abandonado huertecillo de

la casa donde el General se alojaba, hablaron. La conversación, oída de lejos, habría podido pasar por insignificante, pues carecía de toda solemnidad y de tonos graves y misteriosos.

—Yo me vuelvo á Logroño á darme otra descansadita—dijo D. Baldomero con jovialidad;—pero usted, amigo D. Fernando, aquí se queda, y por de pronto, se incorpora á las fuerzas de Diego León. Luego hará usted lo que le mandaré ahora mismo en pocas palabras. Oido: Dentro de un rato se va usted á su alojamiento, y no se mueve de allí hasta que reciba un recado mio.

—Bien, mi General.

—Mi recado es lo que menos puede usted figurarse. Consiste en un mazo de puros habanos, y se lo llevará un arriero... No sé si usted le ha visto... Le encontramos en Lodosa con su recua... Todo el ejército le conoce.

—En efecto, le vi, y me dijeron su nombre; pero no me acuerdo.

—Se llama Martín Echaide. Es popular y muy querido en estas tierras. Tanto nosotros como el enemigo le permitimos franquear las lineas, y recorrer libremente el país, porque se ha declarado neutral, y sostiene su neutralidad como un caballero.

—Pero no lo será realmente.

—Me figuro que no—dijo Espartero con acento de marrullería fina.—El objeto de llevarle los cigarros es para que le conozca á usted y se fije en su rostro... ¡Ah! no haya

miedo de que se le despinte. Nada le dirá á usted, ni usted á él tampoco, como no sea el mandarme las gracias por los cigarros.

—Hasta ahora, mi General, la misión que usted quiere encargarme es facilísima.

—Después no lo será tanto. Se queda usted, como digo, con Diego León, y en el momento en que Echaide se le presente y le diga: «D. Fernando, vámonos,» le obedece usted como si yo se lo mandara.

—¿Y para esto, mi General, tendré que disfrazarme de arriero?

—Justo; procurando, naturalmente, la mayor perfección en cara y ropa. Disfrazará usted también á su criado, que me ha parecido de un tipo muy para el caso. Con Echaide va usted á donde él le lleve, que le llevará bien seguro á donde debe ir.

—Faltan ahora las instrucciones fundamentales, mi General, pues presumo que mi misión no es tan sólo arrear las caballerías del Sr. Echaide.

—Ciertamente que no. Ya no es un secreto para usted que este bueno de Echaide me pone en comunicación con una persona del campo enemigo; pero las cosas graves que entre una y otra parte se han de tratar no son para expresadas por Echaide, ni es prudente fiarlas al papel. En estas embajadas, amigo, no se cruzará ningún papel escrito.

—Ya entiendo, mi General: el papel soy yo, mi buena memoria, y mi palabra la escritura.

—Justamente. Con su comprensión rápi-

da de todas las cosas me ahorra usted largas explicaciones. Echaide no es más que el... el...

—El vehículo; la idea soy yo.

—Exacto. Como nada se escribe, como todo ha de ser verbal, he tenido que escoger una persona muy inteligente, instruída, que se penetre bien de mis condiciones, que reciba las del contrario, que las discuta si es preciso, que transmita fielmente lo que uno y otro digan... También he tenido en cuenta su caballerosidad, su conocimiento de la historia y de la política. Para decirlo todo, su falta de ambición me agrada, y su independencia es para mí una garantía de fidelidad. Con que...

—Comprendido todo, mi General. Ahora falta que escriba usted en mi mente su pensamiento con signos bien claros, de modo que yo me penetre bien y no padezca ningún error al transmitirlo.

—Tengo la seguridad de que ni escrito iría con más claridad. Esta noche se viene usted por aquí, y le diré mis condiciones para la paz. Son tan sencillas y tan breves, que caben en un papel de cigarro. Procure el hombre fijarse bien. Mañana vuelve usted. Paseamos un rato en este jardinillo y repetiré las condiciones para que se graben en su memoria. No me escriba usted ni una letra, por los clavos de Cristo... Y por último, nada he de decirle de la reserva, de la absoluta reserva...

—¡Por Dios, mi General...!

—No, no; si estoy bien seguro.

—Pero falta una cosa. Al llegar yo donde está esa persona, ¿cómo acredito mi calidad de embajador?

—Todo está previsto. Las credenciales que usted ha de presentar son una sola palabra. Ya lo hemos convenido él y yo: desde Burdeos me lo propuso.

—¿Una sola palabra?

—El nombre de un pueblo del Perú donde él y yo nos conocimos. Fácilmente lo grabará usted en su memoria. Mañana se lo diré. Cuando llegue usted al punto donde ha de celebrar su primera conferencia, Echaide será su introductor de embajadores. Con que...

—¿Me retiro?

—Sí. Hasta la noche.»

Retiróse Calpena en un grado de excitación indescriptible, la mente pletórica del sin fin de ideas que en ella despertaba el grave asunto en que iba á ser actor, y actor histórico con visos de novelesco. Era un mundo que se le metía en el pensamiento, con imágenes mil fabulosas, con representaciones de actos en que probaría su valor y su inteligencia, con ideas elevadas, con fin nobilísimo como era el de la paz. Adelante: no se avenía con las seguridades que el General le dió de que en su misión no correría peligro. Sí, sí, que los hubiera, pues los peligros y la gloria de vencerlos satisfacían los anhelos de su alma generosa más que una campaña fácil y sin accidentes. Ningún

fin alto y grande se alcanza sin sacrificio, y es forzoso ver en las penalidades la consagración de toda labor benéfica.

Recibió puntualmente los cigarros; repitió las visitas al General por la noche y mañana siguiente. Oyó dos veces las instrucciones, mejor dicho, las condiciones, que estampadas con letras de fuego quedaron en su memoria; tomó el santo y seña, ó mejor, signo de inteligencia; vió partir al caudillo para Logroño; incorporóse al ejército de León, y ya no hizo más que esperar, clavados los ojos en la imagen borrosa de su destino.

El diálogo que se transcribe es exacto en sus ideas y sentido; el arriero Echaide, rigurosamente histórico.

XIX

Muy á gusto se agregó el caballero al ejército de León, y no poco orgullo sentía de hallarse tan cerca del héroe, cuyas fabulosas hazañas parecíanle dignas de un Romancero. El creciente influjo político del de Luchana impuso el nombramiento de Alaix para Ministro de la Guerra, no obstante su reciente descalabro; y vacante el virreinato de Navarra, fué designado León para este puesto, que tan bien ganado tenía. Siguióle Fernando á Pamplona, donde hizo nuevas

amistades, muy gratas: Manuel de la Concha, ya coronel, hermano de Pepe, y que si en la gallarda figura se le asemejaba, no así en el carácter, que era vivísimo, tirando á violento, poseído de la pasión militar en sumo grado, y del anhelo de saber mucho y de practicar lo que aprendía; Domingo Dulce, distinguidísimo oficial de caballería, muy intrépido; Federico Roncali y otros. Con ellos pasó buenos ratos en los ocios de Pamplona, que no fueron largos, porque León, nunca harto de combatir, ni saciado de gloria, salió en busca del enemigo con ansias dementes. Era un hombre febril, hercúleo, que empezaba en un inmenso corazón y acababa en una lanza. Se le podrían aplicar los cuatro enérgicos calificativos de Aquiles: *impiger*, *iracundus*, *inexorabilis*, *acer*.

Encaminóse el héroe á Tafalla, buscando camorra á los carlistas. No era de éstos que aguardan las ocasiones más favorables para trabar batalla. Según él, todas las ocasiones eran buenas. Provisto de víveres para tres días, se lanzó por aquellos campos, como andante caballero, en busca de lo que saliere, y en Obanos, Legarda y Muruzábal encontró carne enemiga en que cebar las picas poderosas de sus terribles lanceros. Admiraba Calpena su gallardía, su varonil rostro, en que relampagueaban los grandes ojos calenturientos. Los bigotes rizosos del General eran los mayores y más bellos que en aquel tiempo se conocían. El chacó, con cimera de plumas ondeando al viento,

agrandaba su figura y hacíala fantástica; su apostura sobre el caballo no tenía semejante. Fascinaba á la tropa, comunicando á todos, hombres y caballos, su ardor y fiereza. No le vió Calpena manejar la lanza. La primera hazaña de Belascoain, había sido algunos meses antes; la segunda, que debía ilustrar su nombre, fué meses después, en Abril del 39. Cuando se dieron las reñidas acciones de Sesma y los Arcos en Diciembre del 38, ya D. Fernando no estaba en el ejército de León, pues un día de Octubre, hallándose meditabundo en Artajona, rumiando su impaciencia, y amargado por las añoranzas, presentóse Martín Echaide y pronunció el conjuro sibilítico: «D. Fernando, vámonos.»

Como asimismo le dijese que uno de sus hombres marchaba á Logroño con dos acémilas de vacío, no quiso desperdiciar Calpena tan buena ocasión de escribir á su madre, y lo hizo despacio y amorosamente, enviando á Doña Jacinta la carta, con súplica de que por el conducto más rápido la remitiese.

Ya en marcha, en una aldea próxima á Mendigorría, emplearon gran parte de la noche en la operación de vestirse de máscara D. Fernando y Urrea, con las ropas que Echaide traía para el caso, agregando á ellas la posible alteración de los rostros, en lo que pusieron todo su esmero y exquisitos primores de arte. Ya D. Fernando había descuidado sus barbas y cabellos, y en éstos aplicó tales refregones de tierra, que pron-

to quedaron incultos y enmarañados á usanza salvaje. Lavándose ambos la cara, si así puede decirse, con polvo del camino, obtuvieron el tono y pátina de una epidermis horriblemente áspera. Cortóse Fernando el bigote, igualándolo con las barbas, para que todo el rostro quedase como no afeitado en dos semanas. Cuidaron asimismo de las manos y uñas, procurando en aquéllas la endurecida costra de suciedad, en éstas el luto riguroso, y con un poco de hollín, diestramente aplicado á las orejas, sienes y carrillos, quedó Calpena hecho un mostrenco tan zafio y bestial, que no había más que pedir. En Urrea no fué tan necesaria la transformación, porque su aspecto proceroso y su cara vulgar le asemejaban á lo que quería ser. Había hecho D. Fernando estudios de lenguaje, asimilándose un castellano burgalés de los más rudos con dejos de baturrismo. Bastábale á Urrea con su sonsonete eúskaro, en lo que poco ó nada tenía que fingir. Quedaron, por añadidura, convenidos los nombres que habían de sustituir á los verdaderos, llamándose D. Fernando, Aquilino Orcha, y más brevemente *Quilino*, natural de Briviesca, y el otro Francisco Muno, de la parte de Aramayona. Suponíase, por lo que pudiera suceder, que Muno había servido cuatro años en la partida de Lucus, y *Quilino* otros tantos en la de Merino, retirándose del servicio por la derrengadura que se le produjo al caer del techo de una ermita en el ataque de Lodosa. Habíale que-

dado un impedimento del costado derecho, y la natural torpeza para mover los remos de aquel lado. Fingía muy bien el caballero la imperfecta andadura, con ligerísima cojera en que no podía verse la menor afectación.

Componíase la cuadrilla de cuatro sujetos: Echaide, los dos noveles, y un cuarto arriero, como de sesenta años, á quien de apodo llamaban *Santo Barato*. Era el arriero jefe cincuentón, de mediana estatura, tan chupado de rostro, que los carrillos se le juntaban por dentro de la boca, formando al exterior dos cavernas velludas; los ojos se le metían hasta el cogote, sin que de ello resultara aspecto de fiereza, sino más bien como de anacoreta, ó como las malas imágenes que representan á los benditísimos padres del yermo. Su sonrisa de beatitud convidaba á la confianza. En el cinto de cuero llevaba el rosario de cuentas negras y pringosas, y un puñal. Era el vestido de los cuatro calzón corto con peales, chaqueta parda y pañizuelo á la cabeza, las camisas del más tosco hilo campesino. En suma: á Urrea le faltaba poco para ladrar; Fernando resplandecía, si asi puede decirse, de obscuro idiotismo y de tosquedad y barbarie. Llevaban cuatro bestias, dos mulos y dos borricos, mejor apañados que las personas, con sus aparejos en buena conformidad, y la carga era de pellejos de aceite, algunos garbanzos, pimentón molido, vinagre y otros artículos de menor cuantía.

Con sus cuerpos y los de sus animales llegaron á Estella al caer de una tarde de Octubre, metiéndose en una posada próxima al Castillo y al paseo de los Llanos. Gran aparato de fortificaciones observó Fernando en todo el contorno de la ciudad. En la escarpa de los picachos de Santo Domingo y en los altos de Santa Bárbara, todo era baluartes y trincheras formidables. Hacia la otra parte, en Porfia y sobre el Puy, vió también cortaduras y reductos. Las puertas de la ciudad por el camino de Puente la Reina, y en la entrada del paseo, y en las cabeceras de los puentes, donde arranca el camino de Viana, eran verdaderas fortalezas. En el centro de la ciudad vió bastante tropa, bandadas de clérigos, corrillos de oficiales en la plaza frente á San Juan, y en la calle Mayor; observó el descuido de policía como signo de bárbara guerra, los pisos desempedrados, formando charcos fétidos; cerrados los comercios, los establecimientos de pelaires, los talleres de carda de lanas, los batanes y tintes, en completa paralización y abandono. Recomendole Echaide que anduviese lo menos posible por la ciudad, manteniéndose en el parador al cuidado de las bestias, lo que le pareció muy bien, y pronto hubo de advertir la sabiduría de este consejo, pues en el parador, y en una próxima tienda de bebidas con algo de comistraje, pudo observar á sus anchas, sin despertar la menor sospecha, el estado de la opinión; sólo con poner su oído en las disputas, vió claros los dos par-

tidos que agitaban el cotarro pretendentil.
En esta parte decían que era de necesidad fusilar á Maroto; en aquélla, que no había decencia si D. Carlos no se limpiaba de las alimañas que se le comían vivo, el cura Echevarría, el capuchino Lárraga, el Obispo de León, Arias Teijeiro y otros tales. Pedían aquí que viniese Cabrera á enderezar el torcido altarejo de la Causa, pues era el único hombre de empuje y circunstancias, y allá que la perdición del Rey estaba en los generales de anteojo y compás, y que los propiamente facciosos que no sabían leer ni escribir le darían la victoria. En ciertos círculos del bodegón no se recataban paisanos y militares de hablar pestes de D. Carlos, que todo lo fiaba de la Virgen, y consultaba sus planes de guerra con las monjas flatulentas, hartas de bazofia. Los más devotos de S. M. llevaban muy á mal que cuando iban las cosas de la guerra tan torcidas, y hallándose el país esquilmado y en la miseria, saliese D. Carlos con la gaita de casarse. ¡Vaya, que tener que aguantar también Reina, sobre tantas cargas como abrumaban á los pobres pueblos! ¡Y que no vendría poco finchada la de Beyra, ni traerían poca fachenda sus damas y gentiles-caballeros, todos con atrasadas ganitas de trono y de parambombas reales, en medio de los desastres y de la inseguridad de la guerra!
Metían su cucharada en los coloquios *Quilinó* y Muno, expresando las opiniones más contrarias á todo buen criterio,

como seres nacidos para discurrir al tenor de los animales; y así pasaron tres días en tranquila sociedad y distracciones de bodegón, dando tiempo á que entregara ó colocara Echaide la carga que llevó, y que tomase otra, consistente en piezas de paño del cuento 24, casimiros y bayetones estrechos, barriles de vino y algunos trebejos de calderería. Nada tenían ya que hacer allí. Dos días antes de la llegada de Echaide había salido Maroto para Alsasua, de donde seguiría hacia Cegama y Oñate. La misma dirección, por caminos y atajos endemoniados, tomó Echaide con su cuadrilla, escalando los desfiladeros de Andia, y en todas las ventas y encrucijadas, así como en los puntos guarnecidos, encontraba el arriero amigotes, con quienes departía del cisco que tan revueltos traía á castellanos y navarros. Ningún entorpecimiento hallaban en su marcha por aquellos vericuetos, porque la solicitud con que Echaide desempeñaba los encargos, y la forma escrupulosa que sabía dar á su neutralidad, le garantizaban contra todo recelo. Por la noche, ya le cogiera ésta en alguna venta, desmantelada choza ó tejavana, echaba mano á su rosario, obligando á los suyos á secundarle en sus extremadas devociones. A los clientes atendía con solicitud, cobrándoles á conciencia, y en el servicio de todos desplegaba tanta honradez como puntualidad. Jamás trajo ni llevó soplos referentes á movimientos de uno y otro ejército, y en ambos tenía protectores y amigos que apre-

ciaban sus raras cualidades de ermitaño trajinero.

Bajando de los puestos de Aralar hacia Cegama, les cogió un temporal de nieve y ventisca, que por algunos días les tuvo prisioneros sin poder ir adelante ni atrás, defendiéndose contra el frío en unas cabañas de pastores. Hasta las soledades inhospitalarias en que se guarecían, llegaba el rumor de la ola revolucionaria que por abajo corría. También allí, viejos que parecían salvajes pedían que descuartizaran á Maroto y lo echaran á los perros, y soldados errantes que iban á unirse con sus cuerpos abogaban porque se ahorcase á Guergué con las tripas de Arias Teijeiro. Con hogueras se defendían los trajinantes del horroroso frío, que recrudeció la cojera de *Quilino*, obligándole á unos andares enteramente grotescos. Aprovechando una clara, avanzaron por la vertiente abajo en busca de mejor abrigo: en una casa en ruínas, donde se agazapaban media docena de soldados que venían de Ormáistegui, y unos leñadores míseros, se trabó disputa tan brava sobre quién ó quiénes habían traído el reino á tanta perdición, que no se pudieron contener en la pendiente de las palabras á los hechos, y algunos palos tocaron á Calpena, que hubo de aguantarlos con cristiana mansedumbre, porque el coraje no delatara su condición, tan bien disfrazada. Entre el tumulto, y mientras se frotaba la parte dolorida, se oyó su voz protestando en esta forma: «Ridiós, si vus digo que razón tenís

más que serafines. Que afusilen á Maroto, sí vedis que no cumple; pero que si cumple, escabecen á los empostólicos que le suerben el seso al soberano Rey... Eso vus digo, y tamién que afusilando, afusilando, al que no ande aderecho, veredes la faición como una balsica de aceite.

—Mía tú, ***Patarrastrando;*** pues que te afusilen, que aderecho no andas.

—¡Otra! que me arrimatis con gana. No paicis amigos, ridiós!...

—Desapártate, bruto, y no rebuznes de pulítica.»

Un tanto repuestos y desentumecidos en Cegama, arrearon para la noble Oñate, y en ella dieron fondo en un día de lluvia torrencial, chapoteando en el lodo, caladitos, y con parte del cargamento averiado. Albergados en un parador de la calle ***Zarra***, advirtieron inquietud grave en el vecindario y en la gente de tropa. La noticia de que habían sido presos y sometidos á un consejo de guerra los Generales Zaratiegui y Simón de la Torre, á paisanos y tropa les traía muy alborotados. En las cuadras del parador vieron á no pocos individuos que se recataban para leer papeles impresos repartidos por los agentes de Muñagorri, el escribano de Berástegui, que alzado había la bandera de ***Paz y fueros***. Al siguiente día, despejado ya el cielo y seco el fango de las calles por un furioso viento, vieron escenas interesantes que revelaban el gran rebullicio de la opinión y el descontento de unos y

otros. Casi á las puertas de la iglesia mayor, un grupo de soldados insultó á dos clérigos que salían de sus devociones, y á la entrada de la calle de Santa María, un grupo alborotaba con amenazas á la Intendencia, por la detestable calidad de los víveres. Corrían voces de que se habían interceptado cartas de Maroto á generales de Isabel, proponiendo condiciones para dar el pasaporte á Don Carlos; mas alguien sostenía con visos de autoridad que la tal correspondencia era falsa, obra pérfida de los fueristas de Muñagorri y de otros intrigantes que hormigueaban en la frontera, protegidos por el Gobierno de Madrid y el Comodoro inglés Lord Jhon Hay, vulgarmente llamado *Lorchón*.

Y como en Oñate nada tenían que hacer, sabedor Martín de que en un punto no lejano podrían realizar el fin oculto dè su viaje, partieron hacia Vergara, y á esta renombrada villa llegaron en ocasión que no se cabía en ella de tanta tropa como entraba por el camino de Durango. Era el ejército de Maroto.

XX

Lo primero que hizo Echaide, después de albergar sus caballerías, rompiendo como pudo por entre la militar turbamulta, fué dirigirse á cumplir sus devociones de costumbre ante el célebre *Cristo* de Montañez

que se venera en la iglesia parroquial de San Pedro de Ariznoa. Largo rato estuvo allí en compañía de *Quilino* (á quien ya más comunmente llamaban *Patarrastrando)*, y cuando acabaron de rezar ante la imagen con extraordinaria edificación, en la misma nave obscura del templo le dió las instrucciones que creía pertinentes.

«*Patarrastrando*, hijo mío, tú te vas al parador, y allí te estás como un santico hasta la hora de la cena. Echate á dormir si te parece; no hables con nadie, que aquí, motivado á estar el Rey, hay soplones y mequetrefes de la policía. No te fíes de nadie, ni aunque sea sacerdote, ó pongo por caso, canónigo. Te duermes; despues que cenemos te diré á dónde tienes que ir, con respeto, hijo, con muchísimo respeto.» Puntual le obedeció D. Fernando, y por la noche, después de cenar, entrególe cuatro botellitas de aguardiente, con encargo de que las llevase á una señora muy principal del pueblo, llamada Doña Tiburcia Esnaola, habitante detrás de la iglesia donde habían venerado al *Cristo*. No tenía pérdida: era un caserón de sillería, con gran escudo cubierto de negros paños, y en el portal había una imagen de Nuestra Señora, alumbrada con dos farolitos. Fué *Patarrastrando* con las botellas, cogidas con muchísimo cuidado para que no se le cayeran en el camino, y hallada fácilmente la casa, entró, y una moza lozana le llevó por la bruñida escalera hasta la estancia donde salió á su encuentro una señora

bien vestida, no joven, aunque de buen ver, la cual le mandó poner las botellas sobre la mesa; y no había acabado de hacerlo, cuando se abrió una puerta, y en el marco de ella apareció gallarda figura de militar cincuentón, con bigotes, rostro pálido, rugoso y grave, puro en la boca, el ceño ligeramente fruncido. El mensajero se acercó pronunciando una singularísima palabra: *Inquisivi*. Dijo el militar: «pase usted», y tras él y *Quilino* se cerró la puerta, quedando todo en silencio, pues la señora se retiró por otro lado. La casa parecía dormir con descuidado y dulce sueño.

Descabezaba Echaide el primero de aquella noche en la cuadra del parador, rodeado de animales y arrieros, ya cerca de las doce, cuando le tiraron de una pata. Revolvióse y dijo: «*Quilino*, ¿eres tú? Túmbate, hijo, y duerme; ó echaremos antes un tercio de rosario si te parece.» Así lo hicieron, y entre los murmullos del rezo perezoso, metían las cláusulas de un coloquio breve: «¿Despachásteis?

—Sí, padre.

—¿Tenemos algo más que hacer aquí?... *ahora y en la hora de nuestra muerte*...

—No, padre.

—Temprano cargamos y salimos, *amén*.»

Y temprano cargaron y salieron, *amén*; que á Echaide no le hizo mucha gracia la marejada que en la villa advirtió, entre ojalateros y marotistas, entre la camarilla *impostólica* y los que llamaban moderados. Ha-

blábase de nuevas prisiones de jefes, de fuertes agarradas entre la Reina y el Obispo Abarca. D. Carlos se había casado en Azcoita, y llevaba consigo á la Reina con séquito palatino muy vistoso, dentro de la modestia que la guerra imponía. Pero el Infante D. Sebastián, hijo de la de Beira, se peleaba con Echevarría; y Arias Teijeiro con Maroto; y éste con toda la turba palaciega; y la Reina se volvía *moderada;* y el Rey quería contentar á todos, y á nadie daba gusto; y con el nombre de su hijo, el llamado Príncipe de Asturias, apuntaba un nuevo cisma fundado en la abdicación; y Villarreal y Elío, famosos caudillos, ponían el grito en el cielo, renegando de los apostólicos; y S. M. frecuentaba los locutorios de las monjas para pedirles consejo y oir sus inspirados vaticinios, haciéndose digno de que se le aplicaran, con más razón que á su hermano, los ridículos versos de Rabadán:

Las pobrecitas vírgenes claustrales
de tratar á su Rey están ansiosas:
don Carlos, con entrañas paternales,
¡ha dado en visitar las religiosas!

Hablando de todo lo observado en Vergara, que era mucho y bueno, partieron hacia Beasain, para tomar la vuelta de Navarra, siguiendo itinerario distinto del que habían traído. Nada les ocurrió digno de ser contado, sino que uno de los burros enfermó en el paso de Lecumberri para bajar á Irurzun, y resultando ineficaces los remedios que le

aplicó Martín, maestro en artes veterinarias, el pobre animal entregó su vida á la inmensidad y su carne á los buitres. Inútiles fueron también las diligencias para sustituirlo, y, al fin, no hubo más remedio que malvender parte de la carga del difunto asno, y llevar á cuestas, repartida entre todos, la restante. Trabajosa fué la expedición en aquellos días de riguroso invierno, y hasta Puente la Reina, donde llegaron á primeros de Diciembre, no tuvieron descanso ni abrigo. Pero la salud no les faltaba, si bien *Patarrastrando* empezó á sentir verdadero el impedimento muscular que había sido fingido, lo que felizmente tuvo compostura con los veterinarios remedios que le aplicó Echaide. En esto, encontraron á León con su ejército, que victorioso volvía de las acciones de Sesma y Los Arcos. Contaban los soldados maravillas de audacia del General y heroísmos de su tropa. Animados por tan feliz suceso, apresuraron los arrieros el paso, para llegar pronto á la tierra baja, pensando que el palizón recibido por Maroto era parte á precipitar la solución que todos deseaban. En dos jornadas se pusieron en Sesma, y al siguiente día pasaron el Ebro por Lodosa, picando hacia Logroño. A media legua de la ciudad, dijo Echaide á Quilino y Urrea que se quedasen á dormir en una venta que allí hay, mientras él avisaba al General del feliz arribo de la embajada: creía complacer á Su Excelencia dándole ocasión de escoger sitio y hora para

recibir á D. Fernando antes de que éste entrara en la ciudad. No iba descaminado el ladino arriero, pues su precaución agradó mucho al de Luchana, y á la mañana siguiente mandó recado con el mismo Echaide para que Quilino le esperase en la Fombera, preciosa finca, propiedad de Doña Jacinta, á corta distancia de la venta que antes se menciona. Allí pasó el día D. Fernando, y se entretuvo recorriendo las huertas de frutales y los variados recreos de tan hermosa posesión, que aun en pleno invierno tenía mucho que admirar. El arbolado de sombra no desmerecía de la rica colección de peros y manzanos; espléndido era el corral, bien poblado de aves; y por fin, un brazo de la Iregua penetraba en la finca, formando en ella como una ría ó lago delicioso, donde su república tenían ánades y patos. Sirvió el guarda á D. Fernando la comida que al objeto mandaron los señores, y por la tarde llegaron Espartero y Doña Jacinta, sin compañía de ayudantes ni de ninguna otra persona, y lo primero fué reir ambos de la pintoresca transfiguración del caballero, jurando que no le habrían conocido si le encontraran fuera de aquel sitio. Diéronle luego noticias muy buenas de Pilar, y con las noticias las cartas que le aguardaban, dejándole que á su gusto se entregase al deleite de leerlas, ó al menos de repasarlas rápidamente. El rostro del caballero mientras leía revelaba su regocijo y satisfacción. Su madre gozaba de excelente salud, y aun-

que desconsolada por la ausencia de su querido hijo, se alegraba de verle campeón de noble empresa, propia de un gran caballero cristiano y español. Enterado de lo que más vivamente le interesaba, se puso el caballero á la disposición del General, que ya impaciente aguardaba una pausa en los afectos filiales. Apartóse la Condesa con la mujer del guarda para pasar revista al ejército de gallinas, y en tanto Espartero y D. Fernando, paseando despacito, hablaron todo lo que quisieron. Desde lejos se podía ver el rostro del héroe expresando ya el asombro, ya la ira; oía muy atento, pronunciando algún monosílabo con vigoroso apretón de quijadas ó arqueo de sus negras cejas.

Imposible transmitir la conversación, que hubo de quedar en vaguedad incierta, como nebulosa de un suceso histórico. Otras conversaciones se relatarán; ésta no. El oído indiscreto, procurando apoderarse de las ideas allí manifiestas, sólo pudo coger algún concepto deshilvanado. «¡Pero ese hombre está loco!—dijo Espartero pisando fuerte.—¡Pretender que se conserven en la persona de D. Carlos los honores de Rey... y que á la de Beira también la declaremos Reina! Pero, dígame usted, joven: ¿cuántas Reinas vamos á tener aquí? La pobre España será el país de las innumerables Reinas... Esto no puede ser.»

Y después se oyó también este cabo suelto: «No puedo conceder más que el reconocimiento de la mitad de los grados adquiri-

dos en el ejército carlista. De Madrid me han venido indicaciones para que reconozcamos la totalidad... pero no puede ser. ¿A dónde vamos á parar? ¿Qué presupuesto resistirá un Estado Mayor semejante? La guerra nos ha hecho pobres y la paz nos hará mendigos... No puede ser...»

Y por último, cuando ya terminaba la conferencia: «De aquí á mañana rectificaré algunas de mis condiciones, á ver si recortando yo y recortando él llegamos á una inteligencia. ¡Qué demonio de hombre! Me había hecho creer que se hallaba en mejor disposición... ¿Pero qué espera? ¿No teme que los apostólicos, sanguinarios, sedientos de venganza, llenos de ira y de veneno, le fusilen el mejor día?» Refirió Fernando lo que en su viaje había observado, la sorda revolución que á modo de volcán mugía en las entrañas del partido carlista, poco antes formidable en su potente unidad guerrera y religiosa; mas nada de lo que dijo fué novedad para el Conde, que por su bien organizado espionaje no ignoraba nada de lo que ocurría entre el Ebro y el Pirineo. Concluyó el General diciéndole que se preparase á volver con nueva embajada, pues una vez iniciado su servicio, no había de renunciar á la gloria que le reportase. Replicó el caballero que no ambicionaba gloria, si por esto se entienden los honores y exterioridades que acompañan á los grandes hechos. Se contentaba con la satisfacción de su conciencia, y si lograba coadyuvar á obra tan hermosa, de su parte

en el triunfo gozaría en la obscuridad en que pensaba encerrar para siempre su vida.

«¡Qué pena, D. Fernando—le dijo la Condesa,—dejarle á usted aquí tan solito! Pero ya que se ha impuesto, por amor de la patria, tantos trabajos y privaciones, habrá hecho buen acopio de paciencia. Ya cuidaremos de que nada le falte aquí.

—Con paciencia dicen que se gana el cielo, y con ella he ganado yo el afecto de ustedes, para mí tan caro.»

Despidiéronse muy afectuosos, y Calpena se quedó solito, dueño de aquel verjel, en cuyas amenas anchuras daba expansión á su espíritu, libertad á sus pensamientos, para que vagasen de la mente á la naturaleza y de la naturaleza otra vez á casa. Exploraba el porvenir, tratando de ver la probable salida de aquel arduo negocio, y ponía en orden todos los datos y conocimientos adquiridos para deducir de ellos la histórica resultante. Recordaba la tenacidad de Maroto en el sostenimiento de sus proposiciones, y no veía fácil que tal dureza se ablandara sin el castigo de la guerra. Al propio tiempo, si sufría una cruel derrota, quedaría imposibilitado para negociar, porque los apostólicos le quitarían el mando y quizás la vida. Veía la situación del General faccioso erizada de peligros y dificultades, y le admiraba por el tesón con que afrontarla sabía. No estaba Maroto, no, exento de moral grandeza, y miraba al interés patrio, tratando de conciliarlo con los restos, que restos eran, ya, del

Estado carlista. Con agrado recordó Calpena el trato franco y ameno del caudillo de las campañas chilenas, del vencido en Chacabuco. Su despejo manifestábase desde las primeras expresiones, y su conocimiento del personal del absolutismo revelaba un observador sagaz. Poco afortunado en los campos de batalla, lo era en la organización, en adestrar hombres y componer muchedumbres para la guerra. Hubiera sido quizás mejor político que militar. Su destino hizo de él uno de esos hombres que, dotados de amplía fuerza intelectual, no aciertan jamás con los caminos derechos, y llegan siempre á donde no querían ir.

Dos días no más permaneció D. Fernando en la deliciosa Fombera, trabando amistad con patos y gallinas, dando migajas á pájaros y peces, hasta que, recibidas del General las nuevas instrucciones que se hizo repetir para grabarlas bien en su memoria, partió con la cuadrilla al alba de un día de Diciembre. Con carga de vino, siguieron todo el curso del Ebro, aguas abajo, para vadearlo por Tronconegro, y tomar allí la dirección de Salvatierra por La Guardia y Peñacerrada. Lo que menos pensaba Calpena era pasar por la patria de las niñas de Castro en tan extraña disposición, y fué para él un rato triste y al propio tiempo placentero recorrer la villa á media noche, ponerse á la sombra del caserón de Castro-Amézaga, cerrado á piedra y barro; reconocer también la casa de Navarridas, la iglesia parroquial y demás

sitios que renovaban en su alma memorias dulces. Contempló largo rato, á la claridad de la luna creciente, el palacio donde había vivido tres meses, cuidado por los ángeles, y miraba una tras otra las ventanas, señalando por ellas las piezas y el interior grandioso, el cuarto donde él dormía, el de las niñas, el comedor, y hasta se fijó en las tejas, por donde pensaba que andarían los mismos gatos de su tiempo. Ningún rumor se sentía, fuera del cantar de gallos en el corral de la casa. Esta dormía con el sueño del justo...

¡Oh, cuánto le embelesó aquella paz, aquel solemne descanso de la vida laboriosa, de las conciencias puras! ¡La paz! Él la quería, la deseaba con toda su alma. Por la paz del Reino trabajaba, y si Dios le concedía también la suya, procuraría, sí, agasajarla dentro de la envoltura más propia de aquel bien supremo, que era la obscuridad junto á seres queridos.

XXI

De su arrobamiento le sacó el amigo Echaide, y salieron arreando para Peñacerrada. Llevaban, en sentido contrario, el mismo camino que habia recorrido con las niñas en el éxodo de Oñate. ¡Cómo recordaba su travesía en el carro, y las escenas de Salvatierra, el encuentro con Serrano, la bata-

lla con el *Jabalí*, la herida, y por fin Aránzazu con sus habitaciones de mendigos y el humilde sepelio del pobre D. Alonso! La vieja historia se le presentaba página por página, como un libro repasado al revés.

En Aránzazu les cogió la Noche Buena, y allí la celebraron entre amigos, que de Echaide lo eran algunos de los leñadores en las ruinas aposentados. Pudo enterarse Calpena del bienestar que todos debían á las generosas niñas, y aunque algo habló de esto con sus huéspedes, no quiso darse á conocer ni repetir la triste historia. Cenaron y bebieron alegremente arrieros y leñadores, y *Santo Barato*, hombre sin semejante para toda fiesta y bullanga, cantó villancicos en castellano y en vascuence, y bailó la jota y el aurresku con mozos y mozas de Aránzazu, en medio de grande algazara. Aun en aquellas alturas apartadas del trajín social, se oía el resoplido de la profunda revolución de la Causa, signo indudable del cansancio del país, y de las ganas que tenía de sacudirse tanto parásito militar, frailesco y político.

La primera parada después de Aránzazu fué en Mondragón, donde Echaide tenía parientes, una prima hermana casada con el sacristán de la parroquia, otro primo albéitar, y muchos y buenos conocimientos. Era el sacristán hombre muy leído, se sabía de memoria las *Gacetas* carlistas, y estaba al tanto de cuanto pasaba en las regias Cortes, empezando por la del *legítimo*. Apostólico furibundo, abominaba, como el Obispo de

León, de los generales de anteojo y compás, y en ellos veía el trastorno y ruina del Reino. Hablaba campanudamente buen castellano, con ínfulas y tonillo de orador, y creía que la única imperfección del régimen absoluto era *no tener Cámaras*. Con buenas y sabias Cámaras, que debían ser presididas por un Obispo, y sujetas al rigor dogmático, podrían los hombres de estudios ilustrar las cuestiones; y el Rey desde su Real tribuna lo oiría todo, conservando la libertad de hacer lo que le diere la Real gana, que para eso era ungido de Dios.

Bueno: pues mientras cenaban Echaide y los suyos en casa de los primos con cierto aparato de limpieza y mejor comida que de costumbre, disfrutando de tenedores y hasta de mantel, se lanzó Videchigorra, que tal era el nombre del sacristán, á unas pomposas peroratas que, con ser enteramente hueras, no cuadraban á la rusticidad de su auditorio. Calpena le oía con afectada admiración, y el orador observaba en el rostro de él, como en un espejo, los efectos de su elocuencia. Entre tanta hojarasca, algo hubo de encontrar Quilino que no le estorbaba para su conocimiento total de las cosas públicas y de la guerra. Era en verdad peregrino que habiendo estado en Logroño tan cerca del hombre que en aquel tiempo movía los hilos del retablo político, no se hubiese enterado de la representación dirigida por él á la Reina, documento que alborotó á España toda. Pero en la soledad de la Fombera, ¿quién había de

informarle de cosas tan graves, como el mismo General no lo hiciese? Sofocado ya del derroche oratorio, mas sin perder su hinchada serenidad, Videchigorra decía: «Si hay revolución en nuestro Reino, no es floja zaragata la que han armado los corifeos de allá. Ahí tenéis al espadón de *los libres* echando á la titulada Gobernadora un memorial sedicioso, irreverente, que no es más que la voz de su enojo contra Narváez, por si le dan ó le quitan el mando de cuarenta mil *pistolos*, los cuales no han cogido el titulado fusil con otro objeto que desbaratar la preponderancia del *rotulado* Conde de Luchana... ¿Qué es esto? Celos y envidias, señores; verdadero furor masónico por la dominación. ¿Qué vemos ahí? El nefando *Progreso,* negación de Dios; el execrable culto de la Libertad, negación de la Virgen... ¿Qué quiere el apócrifo General y Conde de engañifa? Pues quiere la dictadura militar; quiere ser Atila, señores, el azote del género humano, y venirse luego acá con la guillotina, la Convención, el culto de los dioses paganos y la libertad de la imprenta. Espartero, bien lo veis, impone su autoridad á Doña Cristina, y le disputa el gobierno de las facciones de Madrid, las tituladas Cortes, Ministros, Oficinas y Arbitrios. El masonismo quiere tener en una mano las arcas Reales, y en otra los soldados que con engaño y violencia defienden el falso Trono... quiere por medios infernales derribar el Trono verdadero, que se apoya en el lábaro, y traer-

nos el imperio del error y del materialismo... Pues si por el lado político no es floja la revoltura de los idólatras de la Constitución, por el lado militar van de capa caída, y no tardarán en recibir el golpe de gracia. No negaré que hemos tenido algún tropiezo, como el de Los Arcos, que debió ser gran victoria y no lo fué por la ineptitud de un Maroto; pero nosotros al gran triunfo de Morella podemos añadir orgullosos el que ha logrado, no lejos de Caspe, el invicto entre los invictos, el Macabeo de España, D. Ramón Cabrera, neto Conde del Maestrazgo. Supísteis, y si no, ahora lo sabéis, que en los campos de Maella protegió de tal modo el Señor las armas de nuestros leales, que, á éste quiero á éste no quiero, hasta que se hartaron de matar no dieron paz á los sacros fusiles y á las cortantes bayonetas. En la refriega cayó muerto el corifeo que les mandaba, un titulado General Pardiñas, que gozaba fama de temerario, y los prisioneros fueron mil y cuatrocientos. Quedó el campo de Maella empapado en sangre de cristinos y cubierto de cadáveres, en lo que se vió clara la mano del Altísimo y su protección á la divina bandera de D. Carlos. Nuestra Generalísima merece mayores homenajes y devociones más pías que las que le tributamos. Adorémosla, reverenciémosla; no apartemos su imagen de nuestro pensamiento, ni su amor de nuestros corazones. Seamos macabeos, seamos valerosos y píos, hasta dar cuenta de la hidra, señores, de la bestia

masónica y atea. Y pues hemos cenado en paz y gracia de Dios, juntándonos en esta honrada casa, vosotros humildes y sencillos, como los apóstoles, yo más ilustrado que vosotros, yo que os supero en conocimientos, mas no en fidelidad al Rey ni en entereza para defenderle; pues hemos cenado con bendición y hasta con cierto regalo, recemos ahora el Rosario santísimo, para que Dios nos mantenga en su gracia y en la pureza de nuestra fe.

«*Amén*,» dijo Echaide sacando el rosario, y *amén* repitieron *Quilino* y los demás, preparándose al acto religioso, tan favorable á una buena digestión.

No se vieron libres los pobres trajinantes, á la hora del descanso, de un nuevo chaparrón oratorio del Sr. Videchigorra, que furioso les siguió á la cuadra para contarles picardías mil descubiertas por los agentes de la Superintendencia de policía. Astutos emisarios del masonismo se habían introducido en el campo carlista, sembrando la discordia con escritos infames, con falsificadas epístolas, en que se suponían tratos y contubernios de los leales con la rebeldía de Madrid. El diablo andaba suelto y con máscara de paz, que le servía para engañar á muchos incautos. Enmascarados de fueristas venían también los prosélitos de Muñagorri, titulándose *nuncios* de paz. ¡Buena paz nos dé Dios! En su delirio habían concebido el diabólico plan de robar la persona augusta de D. Carlos en Azcoitia, sorprendiéndole

con un centenar de hombres osados que de Fuenterrabía se embarcarían para Guetaria, y de este puerto se precipitarían sobre la residencia Real en la obscuridad y silencio de la noche. ¿Pero qué había de hacer Dios más que desbaratar proyecto tan sacrílego? Bastóle al Señor producir entre los infames regicidas una confusión semejante á la de Babel, de modo que cuando se congregaban en Fuenterrabía para poner en práctica la villana idea, viéronse de súbito imposibilitados de comunicarse sus pensamientos, porque querían decir una cosa y decían otra, y las palabras no salían nunca conforme á la voluntad, sino expresando lo contrario de lo que ésta disponía. Y hombre hubo además que, creyendo hablar vascuence, resultaba expresándose en lengua tudesca ó polaca, cosa en verdad inaudita, prodigio sublime con que el Señor justiciero anonadó á los enemigos de su causa.

«*Amén,*» murmuró Echaide, casi dormido.

Roncaban ya estrepitosamente los demás, con excepción de *Quilino*, que le paró los golpes con una tirada de bostezos, sobre los cuales trazaba la señal de la cruz. Con esto, Videchigorra se retiró, según dijo, á escribir una carta urgente, y allá dentro se le sentía charlando con su mujer. Durmióse el fingido arriero hasta media noche, en que se levantó para dar agua á las bestias y aparejarlas, pues querían salir de madrugada; y hallándose en este trajín, vió que por el

patio adelante, bien iluminado por la luna, avanzaba como fantasma la flexible figura del parlero sacristán. Tembló el pobre mozo. «Pues eres tú—le dijo la fantasma,—el único que está despierto, á ti confío mi encargo. Es una carta, hijo; una carta de grandísimo interés, que entregarás en Durango, en la propia mano del señor á quien va dirigida. ¿Sabes leer? ¿Sí? Pues entérate bien del sobrescrito, y que se te grabe en la memoria el nombre de uno de los más entusiastas defensores de la Religión y del Rey, *D. Eustaquio de la Pertusa.* No será malo que añada para tu gobierno las señas del tal sujeto: talla mediana, color moreno, edad próximamente como la tuya, ojos pequeños y sagaces. Y para satisfacción tuya y mía, agrego que en ese señor verás á uno de los que con más ahinco se consagran á la persecución de intrigantes y al descubrimiento de las perfidias que nos consumen; hombre tan piadoso como valiente y leal, que daría su vida por el Rey, como la daríamos tú y yo si necesario fuese... porque... te diré... óyeme.»

Por quitarse de encima la nube dió Quilino su palabra de entregar la carta en propia mano, y apartóse todo lo que pudo, prefiriendo la sociedad de los burros á la de los oradores. Mas no le valió su esquivez, porque el otro se le fué encima, brincando por sobre dornajos y montones de escombros, y le acometió ferozmente con este metrallazo: «Los que no tengan fe, váyanse con Maroto; los

que duden, pónganse faldas y dedíquense á las faenas mujeriles...»

En esto llegó Echaide, que fué pararrayos de Calpena, porque sobre él descargó la nube, sin que pudiera defenderse con el rosario, por no ser ocasión de ello. Partieron al fin de madrugada, y á la salida, por el camino de Elorrio, fué con ellos el hablador, arreándoles con el látigo de su palabra. Recomendóles que mirasen bien con quién hablaban, y que no se dejasen tentar de ningún intrigante; que no acogiesen papeles impresos, y que si á sus orejas llegaban las *chinchirrimáncharras* de algún *pacífico fuerista neto*, lo pusiesen en conocimiento de la autoridad. No tuvo Echaide más remedio que desenvainar el rosario, y *Santo Barato*, hombre poco sufrido y de malas pulgas, empezó á recoger pedruscos con la idea de abrirle el camino del cielo, por un martirio semejante al de San Esteban.

Dejándole atrás, le vieron hablando con un árbol, hasta que pasaron dos mujeres, y de parola con ellas se volvió á Mondragón. Ya muy adelantados en el camino, Echaide, quedándose atrás con *Quilino*, le dijo: «Nos guardaremos de dar esa carta del primo Videchi, que, como has visto, tiene en la cabeza un molinillo, y no piensa ni dice más que disparates. Conozco á ese Pertusa, que es uno que anda en enredos de los *fueristas netos pacíficos;* otro más agudo y metidillo no lo hay acá. Ha engañado al pobre Videchi haciéndole creer que trabaja por lo *im-*

postólico. Todos esos tunantes hacen juego doble, y se fingen lo que no son para trabajar por lo suyo, que es hacer tabla rasa de estos pequeños reinos y mandar á D. Carlos á tomar aires. La carta de Videchi no es más que una lista de los *netos* de Mondragón, y otra de los *ojalateros*, que allí son pocos, y explicaciones de lo que tiene cada uno y de lo que vale. Debemos, pienso yo, no dar el papel, que nos pondría en el compromiso de hablar con ese Pertusa, mequetrefe muy entrometido que querrá entrar en confianzas para curiosear. Andémonos con tiento, hijo. Nosotros á nuestro trajín, á nuestros burros, á la buena con todos, sin que nadie pueda decir que quitamos ó ponemos. Dame la carta, y yo me encargo de echarla en el buzón de la eternidad.»

Parecióle muy juicioso á Calpena el acuerdo de su amigo y jefe; mas desprendiéndose del encargo, no pudo apartar de su mente en todo aquel día y la siguiente noche la imagen del condenado *Epístola*.

XXII

Como recuerdo espectral, de esos que pintan y entonan la figura y voz de personas ausentes, perseguía D. Eustaquio al caballero, quien no podía menos de admirar la travesura del astuto aragonés. Habríale gus-

tado penetrar el secreto de sus artimañas, sorprender entre sus ágiles dedos los hilos que manejaba; observar la sutil hipocresía con que se infiltraba en la sociedad que quería corromper. La llegada al arrabal de Pinondo, en Durango, donde se albergaron, borró aquellas impresiones, que no revivieron hasta el día siguiente por la tarde, en ocasión de hallarse el caballero rendido de cansancio y un poco febril. Grande había sido el ajetreo de entregar y recoger mercancía; como unas quince veces recorrió cada uno la distancia entre el parador y el centro de la villa, sin que nada de particular les ocurriese. En retirada iban hacia su vivienda Quilino y Muno, atravesando por frente á los arcos de la parroquial de Santa María, cuando vieron salir de ésta una luenga procesión con estandartes y cruces, seguidas de imágenes, y un concurso inmenso de fieles de ambos sexos, sin que faltaran cantores y un lucido clériguicio. Movidos de la curiosidad, aproximáronse los dos arrieros, y confundidos entre la multitud pudieron admirar la devoción que en los rostros y actitudes de todo el gentío se manifestaba, y aun hubieron de sentirse influídos por la masa, que les atraía y les arrastraba sin que de ello se dieran cabal cuenta. En dos filas larguísimas iban con lento paso, á un lado y otro del palio, personas de clases diferentes: señores y pueblo, paisanos y militares, todos con vela encendida, agregando su voz á la salmodia de los curas. Sin fin de mujeres se

agolpaban fluctuando, onda de paño negro y caras compungidas, y metían también sus desentonadas voces chillonas en el coro litúrgico. El acto tenía por objeto impetrar del Altísimo el remedio del mal humano, pidiéndole expresamente que pusiese fin á las discordias que hacían de su elegido Reino un campo de Agramante. Cada cual agregaría quizás de su cuenta las peticiones que creyera más prácticas, como la extinción del *marotismo*, ó la ruína de Muñagorri y su canalla.

Observaba el arriero las caras que iban pasando, graves, mirando al suelo con beata compostura, y de pronto le dejó suspenso la presencia de D. Eustaquio de la Pertusa, que marchaba en la devota fila con vela y escapulario, emulando con los más celosos en devoción y recogimiento. Mas no podía sostener su papel de clavar en tierra las miradas, y las esparcía de rato en rato por la muchedumbre, sin quitar de ellas la expresión santurrona. Vióle D. Fernando pasar cerca de sí, y Pertusa le vió al propio tiempo, clavando en él sorprendidos sus ojos ratoniles... Pasó, y Quilino, cogiendo del brazo á Muno, apartóse de la procesión, abriéndose paso á fuerza de codazos, pues ya todo lo había visto y no le quedaba nada que ver.

Antes de llegar á Pinondo, la fiebrecilla que se le había presentado tomó más fuerza. Intenso escalofrío le corría por todo el cuerpo, y apenas podía tenerse en pie. Arreglado el mejor lecho que fué posible, en la cuadra

donde todos dormian, se acostó el hombre, perseguido por el espectro de Pertusa con escapulario y vela, andando al compás de la procesión con devoto paso y actitud, y echando de soslayo sobre el gentío el rayo de sus sagaces ojuelos. Y si por el órgano de la vista se hallaba el buen caballero bajo la sugestión del *Epístola*, por el oido se le entraban los campanudos discursos de Videchigorra. No podía su voluntad librarse de ambas visitas espectrales: á Pertusa le tuvo en su retina toda la noche, y no cesaba de oir el insufrible moscardón, repitiendo su oratorio zumbido: «¿Qué pretende el corifeo de los *libres*? La dictadura, tras de la cual vendrá el satánico reinado de la diosa Razón... Pueblos engañados por el masonismo, despertad, venid... Carlos os abre sus brazos amantes; Carlos pío, Carlos soberano, á todos perdona. Su Reino es la paz, el dogma, la obediencia.»

Pasó la noche intranquilo, apeteciendo bebidas frescas y azucaradas. Urrea le arropó cuidadoso, dándole de beber á menudo, y se mantuvo á su lado vigilante. Sin descabezar un sueño hallóse al siguiente día más despejado, y durmió algunos ratos, descansando así de la visión de Pertusa como de las retóricas de Videchigorra. Pero al caer de la tarde, hallándose solo en la cuadra, ya invadida por la penumbra, se creyó nuevamente víctima de su delirio... ¿Cómo podía ser esto si los sentidos del enfermo gozaban de suficiente despejo para no confundir las

impresiones mentirosas con las reales? El individuo que vió acercarse á su lecho humilde no era una engañosa imagen, sino el propio *Epístola*, en su natural sér, todo vivacidad, agudeza y travesura.

«No se me esconda, Sr. D. Fernando—le dijo cauteloso, bien seguro de que nadie le veía.—Le conocí en la procesión, á pesar del bien dispuesto disfraz.—Un poco difícil me ha sido después dar con usted; pero guiado por mi olfato finísimo, ya lo ve... he descubierto á mi hombre.»

Creyó Fernando de malísimo augurio semejante encuentro, y habría dado cualquier cosa de valor porque el *Epístola* que veía fuese creación de la fiebre. Sintió impulsos de agarrar el palo que próximo al lecho tenía, y ahuyentar á garrotazo seco la importuna imagen, por desgracia muy real; pero luego estimó peligroso este procedimiento, por el escándalo que ocasionar podría. Dejó pasar un rato; y mientras el entrometido aragonés se despachaba á su gusto con demostraciones de cordial amistad y respeto, discurrió qué resortes emplearía para librarse de él, ó por lo menos para alejarle sin comprometer el incógnito riguroso que quería guardar.

«Mire, D. Eustaquio—le dijo,—si cree usted que yo vengo en esta traza con algún fin de intriga política, se equivoca grandemente; y como me contraríe y me salga con alguna necedad que estorbe mis planes, sepa que no lo sufro, pues no soy hombre que se

deja burlar por el primero que llega. Yo le aseguro que si no me guarda las consideraciones que debe á mi persona y al disfraz que he tomado, por motivos y razones que nada tienen que ver con el carlismo, yo le aseguro, repito, que si no se conduce usted, con respecto á mí, como si no me hubiera visto, le haré entender lo que es discreción y delicadeza, en caso de que me convenza de que no lo sabe.

—¡Pero, D. Fernando, si yo...! No se sulfure, óigame...

—No tengo que oir nada. Usted es quien tiene que andar con tiento, pues al menor descuido le meto una bala en el cráneo y me quedo tan fresco.

—¡Pero, señor, ilustre señor... si no me ha dejado explicarme! ¿Cómo puede suponer que yo me acerco á usted con intenciones que no sean leales, y con todo el respeto que usted se merece? Por Dios, devuélvame su estimación, que en un momento de desvarío parece negarme. Créame, señor: no me ha pasado por el magín que se haya usted puesto en esa facha para fines y enredos políticos; eso se deja para los desdichados que no tienen que comer, como un servidor... En cuanto le vi á usted, mi finísimo olfato y mi penetración, que nunca fallan, me dijeron que el Sr. D. Fernando anda en estas comedias por cuestión de amores. Con esta idea, créalo, hallé fácil explicación á su presencia en Durango... ¡Como que esperaba verle á usted por acá, cambiado de rostro y vestimen-

ta! He aquí la razón de haberle reconocido al primer golpe de vista.

—Pues ya que su penetración por esta vez ha dado en el clavo, pues de amores se trata y por amores vengo, suspendamos aquí la conversación, y váyase por donde ha venido, que yo en mis soledades vivo, y con ellas me basta para lo que me propongo. Sea usted discreto y déjeme.

—¿Está bien seguro, señor, de que no me necesita?

—Segurísimo.

—Piénselo, piénselo, y si en ello se confirma, me retiraré con la promesa y palabra que doy de respetar fielmente su secreto. Pero yo confío en que un poco de reflexión le convencerá de que puedo serle de grande utilidad en su empresa, por no decir aventura.

—Paréceme que no, Sr. D. Eustaquio. Nada puede usted hacer en obsequio mío.

—¿Ni aun allanarle algún camino... decirle lo que ignora, señalarle el punto donde encontrará el cazador la res en cuyo seguimiento viene?»

Los ojuelos penetrantes del *Epístola* turbaron á D. Fernando, que no supo ya en qué actitud ponerse, ni si tomar ó no en serio el orden de ideas á que el astuto aragonés quería llevarle. Picado de la curiosidad, y no queriendo ser menos agudo que su interlocutor, le dijo:

«Agradeciéndole sus buenos deseos de servirme, debo manifestarle que sus infor-

maciones llegan tarde, pues ya sé todo lo que me conviene saber.

—En ese caso, señor mío, nada tengo que añadir, sino que me perdone lo que creerá oficiosidad. Si usted sabe dónde ha de encontrar á la dama, el cómo y cuándo de poder verla y hablarla, resulto, en efecto, inútil... No obstante...

—¿Qué?...»

En el colmo de la confusión, y viéndose en un terreno desconocido, D. Fernando no sabía qué postura tomar. Pertusa, atravesándole con su mirar fino, prosiguió así:

«Permítame que le haga una pregunta: ¿la vió usted ayer tarde en la procesión?»

Afirmándose en el nuevo terreno, que aún no conocía, Calpena respondió con intención capciosa: «Sí, señor, la ví.

—Iba con Doña Prudencia. D. Sabino formaba en la fila, dos cuerpos delante de mí.

—Todo lo observé, sí señor—aseguró Don Fernando haciéndose cargo del nuevo terreno á que su destino le traía, por mediación de aquel diabólico sujeto.—¿Para qué tengo yo los ojos en la cara, Sr. D. Eustaquio?

—Naturalmente: lo que no ven los ojos de un enamorado, no lo ve el mismo sol. ¿Y sabe usted también la residencia de la hermosísima Doña Aura?

—Sí, hombre, sí... ¿Cree usted que yo he venido aquí á perder el tiempo?

—Pues si todo lo sabe, no soy un amigo útil, sino un visitante fastidioso, y con la venia del Sr. D. Fernando me retiro.»

Miráronse un rato en silencio, rivalizando los ojos de uno y otro en penetración y picardía; y como Pertusa repitiese su ademán de retirarse, le agarró Calpena por el faldón, diciéndole: «Aguárdese usted un rato... Deje que me levante... Estoy un poco enfermo; pero no es nada... puedo salir... Hablaremos en la calle... aquí no conviene.» Vistióse presuroso el caballero; dió algunas vueltas por la estancia y las cuadras próximas para cerciorarse de que no le observaban sus compañeros de arriería, y echóse á la calle precedido del aragonés. Ya era de noche.

«Vámonos por estos callejones—dijo el caballero guiando,—que no nos conviene encontrar gente conocida, y hablaremos... Pues, sí, Sr. de la Pertusa, si usted me descubre el nido de ese lindo pájaro, practicará una de las obras de misericordia: enseñar al que no sabe.

—¿No decía yo que podría serle de gran utilidad? Al fin me salí con la mía. Por lo que veo, usted supo que la familia reside en Durango.

—Eso sí... pero ignoraba...

—Su casa... Ahora mismo vamos allá; pero tomémoslo con calma, que es lejos, al otro lado de la población, en el barrio de Curuciaga.

—Aunque sea en el fin del mundo, vamos allá.

—Pues, sí, D. Fernando: cuando le ví á usted, mi primera idea fué suponer que venía con algún intríngulis político. Hoy por

hoy, conspiran aquí hasta las piedras... Después me acordé de haber visto á Doña Aura, y dije: «No, no: éste viene á la querencia antigua... Es natural.»

—¿Y qué sabe usted de Zoilo?

—Que desde lo de Peñacerrada no se tienen de él noticias buenas ni malas. Está loco. ¡Miren que meterse á guerrear en la partida ó división de Zurbano!... No me sorprenderá que venga el mejor día el relato de su muerte.

—¿Se supo por Iturbide que Zoilo se batió en Peñacerrada?

—Sí, señor, por Pepe Iturbide, que se pasó á los alaveses, y con ellos estuvo hasta que su padre y los amigos le cogieron y se le llevaron á Bilbao.

—Muy bien. Dígame otra cosa: ¿trata usted á D. Sabino Arratia?

—¡Anda!... somos amigos. Y pues no debo escatimar á usted mi confianza para merecer la suya, le diré... Sé que hablo con un caballero, y que mis informaciones quedarán entre los dos.

—Hágase usted cuenta de que habla con esa pared.

—Pues D. Sabino es de los que he logrado traer á la devoción de mi Causa...

—*Paz y fueros*...

—Bajito, que aquí cada pedrusco es una oreja. D. Sabino es mío, y no quiere más que el acabamiento de esta estúpida guerra, y que se vaya *Isidro* á que le mantenga el Rey de Francia.

—¿Entra usted en casa de D. Sabino?

—No, señor: nos hemos visto y hablado en casa de un amigo común, también de los de acá.

—¿Qué otras personas de la familia de Arratia, á más de Aura y Prudencia, están aquí?

—Ninguna más. El venirse á Durango es por averiguar el paradero de Zoilo, pues se dijo que había caído prisionero en una acción que se dió el mes pasado en la parte de Campezu ó de Contrasta, no estoy seguro.

—¿Y trajeron acá los prisioneros?

—Algunos... Pero entre ellos no ha parecido Zoilo.»

Interrogado acerca de Ildefonso Negretti, si era difunto ó había sanado de sus trastornos de cabeza, nada pudo contestar D. Eustaquio. En esto, atravesaron todo el pueblo, y pasado un camino campestre entre paredes de piedra seca, franqueando después un llano pantanoso, en el cual vieron dos lóbregos edificios y una iglesia negra, cuya espadaña se recortaba sobre el cielo azul estrellado, llegaron á Curuciaga, barrio compuesto de dos docenas de casas esparcidas entre huertas, prados y arroyos. La noche era serena y fría, y sobre todos los objetos extendía el relente una humedad glacial. Embozado en su manta, D. Fernando sentía calor, y el corazón le palpitaba furiosamente. Parándose, Pertusa le dijo: «¿Ve usted esta tapia con portalón? ¿Ve usted más allá, dentro del espacio cerrado, el cuerpo alto de

una casa grandona? Pues aquí viven, y ahora están cenando. Por esta otra parte se ve la luz del comedor... Allí, allí están... Pero que no se le pase á usted por las mientes llamar ahora, ni... En fin, como ignoro sus intenciones, no sé qué debo aconsejarle... No hemos venido, pienso yo, más que á explorar el terreno, á conocer las posiciones del enemigo, el grado de resistencia de la plaza... ¿No es eso?»

Completamente abstraído, cual si no viviera ya su espíritu en este mundo, D. Fernando no decía nada, y por los dos hablaba el otro. La viveza y locuacidad del aragonés se anticipaban á las ideas del que parecía privado del don de la palabra. Las miradas, el alma toda del caballero, se anegaban en aquel iluminado espacio cuadrangular, ventana de un aposento donde había personas vivientes, pues había luz. Y aquellas personas, que él á una sola redujo, la soberana persona fundamental, ¿qué haría, qué diría, qué pensaría?

XXIII

«Ya voy entendiéndole, señor—dijo Pertusa, cuya grande agudeza sorprendía los pensamientos del caballero.—Lo que usted quiere saber ahora es si podremos hacer un reconocimiento del interior de la casa, de sus entradas y salidas, de los espacios y

rincones de la huerta delantera y del corral; todo ello desde alguna de las casas próximas. Si tal es su deseo, le diré que dejando pasar la noche, podremos observar cuanto nos diere la gana por esta parte de acá... Véngase... deme la mano... saltemos este pedazo de pared destruído... por esta otra parte hay una casita, que también tiene huerta. ¿La ve? Un tejado con abolladuras, y bajo el alero un balcón jorobado y un ventanico tuerto. Pues aquí se albergan dos señoras petisecas que hace treinta años eran poderosas y ahora viven de la caridad... Son amigas mías, furibundas apostólicas, que adoran á D. Carlos y le ponen velas... ¿Pero esto qué importa? Mañana vendremos, y mediante una limosna, nos franquearán su vivienda para hacer de ella la garita ó atalaya más cómoda que se pudiera imaginar... Y ahora, vámonos, Sr. D. Fernando, que el rondar es peligroso en estos tiempos y en estos barrios extraviados. Los espías hormiguean. Todo el suelo que pisamos dentro y fuera de Durango, mejor dicho, todo el territorio de Vizcaya y Guipúzcoa, está minado... hablo figuradamente... y las minas cargadas, no con pólvora, sino con ideas y sentimientos, reventarán pronto. Ya no es fácil encontrar dos carlistas que piensen del mismo modo en las innúmeras cuestiones que agitan la Causa. Quizás, quizás exista la unanimidad en la idea de que *Isidro* no sirve para el caso. Las ilusiones de esta buena gente caen por el suelo. Vámonos de aquí poquito á poco, y por el ca-

mino seguiremos hablando, ya digo, con cautela, que ahora no hay palabra segura, ni sílaba que no comprometa.»

Como se había dejado llevar, dejóse traer Calpena, sin oponer réplica ni comentario á los dichos de su compañero. Andando, miraba á las estrellas, lo que no dejó de ocasionarle algún tropezón, cuyas consecuencias evitaba cuidadosamente el *Epístola* echándole una mano. Llegados al centro, rompió el silencio D. Fernando con estas palabras: «Quedemos, amigo Pertusa, en reunirnos mañana temprano, y fijemos para el caso la hora y sitio más convenientes.

—¿Sitio? El pórtico de Santa María. ¿Hora? La que usted quiera, pues para mí todas son iguales... Ya que entre los dos se establece la confianza, le diré que desde esta tarde ha empezado á faltarme la seguridad que aquí disfrutaba yo, que si antes no inspiraba sospechas, ahora me tienen entre ojos, no por descuido mío, sino por soplos indecentes... Me ha entrado un grandísimo miedo de estos infames polizontes, y no me encuentro con ánimos para volver esta noche á mi casa. Antes de salir en busca de usted di fuego á todos los papeles cuya conservación no creía de importancia, y los que no debo destruir los he dado á guardar á un amigo de toda confianza, veterinario, el cual se avino á prestarme este favor, á condición de que albergaría mis papeles, mas no mi persona... en fin, que no puedo contar con que me deje pasar la noche en su casa. Seamos claros como bue-

nos amigos, y confiémonos el uno al otro sin reparo alguno. Yo pensaba que usted, á cambio del servicio precioso de ojearle á Doña Aura, me concedería el amparo de admitirme en la cuadrilla de arrieros, al menos hasta salir á cuatro leguas de Durango por una parte ú otra, mejor por la parte de Elorrio, Mondragón y Vergara... ¿Qué dice?... ¿Es atrevimiento lo que pido?»

No dió contestación D. Fernando á la propuesta del *Epístola*, porque al punto de oirla vió los gravísimos inconvenientes de acceder á ella. Sin duda Echaide no permitiría que semejante pájaro se les agregara, ni el caballero tampoco habría de consentirlo. Detestable compañía era la de D. Eustaquio, pues si por nada del mundo se le debía dar conocimiento del contrabando que los arrieros llevaban, tampoco á éstos convenía correr la suerte del conspirador *fuerista*, ni exponerse á participar de los palos y encierros con que le amenazaba la Superintendencia. Visto así por D. Fernando con toda claridad, se apresuró á cortarle los vuelos, sin meterse en explicaciones, que verdaderas serían indiscretas, y mentirosas le repugnaban. «Con nosotros no puede usted venir, amigo Pertusa—le dijo,—ni en la posada donde estamos, y cuyo dueño es furibundo apostólico, debo yo albergarle. Lo más prudente es que nos separemos esta noche. Yo me voy á mi casa, y usted se guarecerá donde pueda hasta el amanecer... ¿Qué dice? ¿Por qué suspira? ¿Es que no halla

sitio seguro donde pasar la noche? ¿Tiene usted miedo?...

—Sí señor, un miedo horroroso; no puedo ocultarlo.

—En ese caso, no es hidalgo que yo le abandone, siendo su deudor por el servicio de esta noche y por el que me prestará mañana. Pasaremos juntos las horas que faltan para la salida del sol, y tempranito buscaremos medio de introducirnos en la casa de las señoras vecinas de D. Sabino Arratia.

—Eso haremos, sí señor... ¡Ay! me tranquiliza el verle á usted junto á mí toda la noche. Dígame, señor: ¿lleva por casualidad armas?

—Hombre, no: en el parador dejé las pistolas.

—¿Por ventura lleva dinero?

—Eso sí... alguno llevo.

—¡Ay, qué alivio!—exclamó el *Epístola* recobrándose de su pavura.—Arma formidable es el dinero, y en ocasiones más eficaz para la defensiva que las piezas de á veinticuatro. Puesto que usted posee proyectiles del precioso metal, ya me vuelve el alma al cuerpo: ha de saber que entre mantenerme con miseria y atender á los gastos de mi comisión, se me han ido hace dos días los últimos maravedises. Ahora nos volvemos hacia Curuciaga, y pediremos albergue en un bodegón de las últimas casas de la villa, en el cual suelo comer algunas noches. Los dueños de él son buena gente, y tienen trato con la policía; pero los pajarracos que van

por allí son de esos que venderían á *Isidro* por un pedazo de pan: tal es el hambre á que les tiene reducidos el titulado ministro de Hacienda. En cuanto vean ellos el *in utroque felix*, caen atontados. Bastará con media onza para cada uno en el caso de que se nos presenten... Vámonos por este callejón á salir al campo, que los caminos solitarios son los menos peligrosos.»

Siguióle D. Fernando, y ya en descampado, franqueando cercas y cruzando prados, se le soltó más la lengua al *Epístola*, ya repuesto de sus angustias por la compañía de un señor benévolo y rico, aunque no lo pareciese por el artificio de su plebeya facha. «Somos felices, Sr. D. Fernando — decía, ayudándole á saltar zanjas y á romper zarzales,—y podrá usted, en todo el día de mañana, dar fin á su aventura, que entiendo es de las más bonitas que pueden presentarse á un hombre de su calidad. En la tienda de Zubiri nos recogeremos para pasar la noche, y en cuanto aclare el día nos colamos en la casa que ha de ser atalaya nuestra, vivienda de dos señoras que se alegrará usted de conocer, la una un tanto poetisa y con su poco de latín, la otra muy pagada de su finura y cháchara social, ambas sesentonas, y aún me quedo corto, muy gustosas de recordar sus tiempos de grandeza, que deben de ser los de Maricastaña. Le bastará á usted correrse con media onza, que será para ellas como si en la casa se les metiera el Espíritu Santo. No son vizcaínas, sino nava-

rras, de la parte de Cintruénigo, huérfanas de un general de la guerra del Rosellón, y en su tiempo tuvieron aquí mucha propiedad, que perdieron por mala cabeza del marido de una de ellas, D. Gaspar de Oñabeitia. Aquí se las conoce por *las niñas de Morentín*, nombre que les daban el siglo pasado, y que viene perpetuándose de generación en generación. Hemos de inventar un bonito ardid para darles la media onza, pues como limosna de un desconocido no han de aceptarla, y ello será preciso fingir una carta del propio *Isidro*, ó de Arias Teijeiro, lo que yo puedo hacer muy lindamente, porque *domino* la letra de casi todos los señores de la cámara y camarilla, en la cual carta se les dirá que por premio de su devoción al Soberano y de su lealtad bien probada, se les manda aquel recuerdito, que también podrá ser un *pequeño óbolo* de S. M. la Reina...»

Replicó á esto D. Fernando que pues las señoras niñas eran naturales de Cintruénigo, y en esta villa navarra tendrían lejana parentela y quizás relaciones, no era preciso que D. Eustaquio se molestara en fingir cartas del Rey ni de sus adláteres: más eficaz sería, para el objeto de cohonestar la limosna, un artificio que al caballero le pasaba por las mientes. En ello se convino, y llegados al lugar donde debían pasar la noche, llamó Pertusa, les abrió una mujer gorda, soñolienta, y entraron á ocupar dos camastros en la trastienda, entre pellejos de aceite y de vino, sacos de maíz y haces de hierba.

Descansaron sin que nadie les molestase, y por allí no recaló ningún polizonte ni persona alguna que intimidarles pudiera. Durmió Pertusa, veló el caballero, recalentándose el pensamiento con ideas resucitadas que se peleaban con las novísimas, y al amanecer, el *Epístola*, después de platicar en la tienda con el patrón, fuese á D. Fernando y le dijo gozoso: «Por milagro de Dios nos hemos librado de la canalla, señor mío, y para mayor seguridad, si hemos de pasar el día en estos arrabales, no será malo que demos al bueno de Zubiri una de las medias onzas que destinábamos á los podencos del absolutismo. Untándole así los hocicos á este buen hombre, que, entre paréntesis, me estima, le tendremos á nuestra devoción para negar que hemos pasado aquí la noche, si preciso fuere, y despistar y confundir á la maldita Superintendencia.»

Á todo se prestó Calpena, pues aunque comprendía que las sutilezas de D. Eustaquio no tenían más objeto que tomarle por proveedor de sus necesidades y alivio de sus deudas, quería recompensarle con favores positivos su ayuda en aquella campaña. Además, los ingeniosos arbitrios del aragonés le hacían mucha gracia; daba con gusto la media onza, y bastante más, por verle desplegar tanto donaire y travesura. Acertados anduvieron los que de él habían hecho un instrumento de conspiración, que otro más cortado para el caso no se encontrara en toda la redondez de la tierra. Serían

las ocho de la mañana cuando, previos los informes y advertencias que Pertusa creyó útiles para entenderse fácilmente con *las niñas de Morentín*, á la casa de éstas fueron en derechura, tramando por el camino la fingida historia que debía justificar el soborno y darle apariencias delicadas. Llamó D. Eustaquio al portalón, y abierto éste por la niña mayor, viéronse en un corral poblado de hermosas gallinas. Ambas *niñas* se ocupaban en aquel menester, y mientras la una reconocía con hábil dedo á las aves que debían poner aquel día, la otra les daba la pitanza de berzas cocidas con salvado, y les renovaba el agua, y les arreglaba los nidos.

Eran muy parecidas las dos damas: pequeñas, vivarachas, limpias, con sus pañuelos á la cabeza á estilo bilbaíno, dejando ver sobre las orejas mechones de purísimas canas; vestidas humildemente, chapoteando en el fango del corral, con almadreñas, que hacían un *clo-clo* muy campesino, eco celtíbero sin duda que nos trae los rumores de antaño al través de cientos de siglos. Doña Marta y Doña Rita acogieron á los dos mozos con recelo, sobre todo á Calpena, cuya traza no era en verdad muy tranquilizadora. Mandáronles subir, y soltando las almadreñas fueron ellas por delante, venciendo con ligereza impropia de su edad los gastados peldaños de una escalera que marcaba los pasos con gemidos. Lo primero que vió Don Fernando al entrar en la estancia principal, que bien merecía el nombre de sala, fué un

primoroso altar con multitud de imágenes vestidas y angelitos desnudos, estampas varias, todo ello resguardado de las moscas por tules verdosos, y profusión de flores de trapo con infantil arte dispuestas, y papeles que imitaban el brillo de la plata y el oro, y rizadas velas sin encender. En el centro de la mesa, cubierta de blanco paño con encaje, había un gran vaso lleno de agua en sus dos tercios inferiores, lo demás de aceite. En éste flotaba una cruz de lata con puntas de corcho, y en el centro de la cruz ardía una lucecita modesta, familiar, diminuta, que difundía en torno de sí, con su débil claridad, cierta confianza dulce y plácida, como un ángel doméstico representado en la forma más humilde.

En cuanto abocó en la estancia, dándose de hocicos con el altarito, cayó de hinojos D. Eustaquio, y sus expresivas demostraciones de piedad maravillaron y entontecieron á las dos señoras. Calpena, con menos prisa y devoción no tan ferviente, se arrodilló también, y mientras rezaba entre dientes, observó que en lo más bajo del altar, cubriendo la peana que sostenía la imagen de Cristo, campaba el retrato de Carlos V, mediana estampa de colorines. La graciosa lucecita iluminaba el rostro antipático del Rey, (que si algo expresaba era lo contrario de la inteligencia) y su busto exornado de cruces y bandas. Rezaron también las dos *niñas*, y una de ellas no quitaba los ojos de D. Fernando, como si las facciones de éste

no le fueran desconocidas, ó si algo quisiese deletrear en ellas. Y al verle persignarse y ponerse en pie, se apresuró á decir: «Si no me engaño, el señor es de Cintruénigo.

XXIV

—No soy de Cintruénigo, sino de Ablitas—replicó D. Fernando muy cortés, olvidado del lenguaje baturro que en aquella tierra fingía, y adoptando su natural dicción,—y traigo para las señoras un encargo del señor D. Beltrán de Urdaneta, mi amo.»

Mudas de asombro, las dos damas hicieron intención de santiguarse, y después cruzaron las manos. Entretanto, Calpena pensaba que era muy conveniente abordar sin circunloquios el asunto, para ganar tiempo, para inspirar confianza.

«¡Jesús mío... Beltrán...! ¿Pero es cierto? ¡Acordarse de nosotras Beltrán!—exclamó la una mirando á la otra.

—¡Beltrán, ay!... ¡Si no le hemos visto desde el año 5, cuando...! ¡Qué confusión en mi cabeza!

—Sí, mujer: ¿no te acuerdas? En Noviembre del año 5. Estando nosotras en Tudela, fué á comunicarnos, por encargo de padre, la triste noticia de la muerte de nuestro hermano D. Luis en Trafalgar.

—¡Oh, Beltrán, Beltrán!... Hace cinco años,

á la muerte de Fernando llamado VII, supimos que vivía el primer noble de Aragón, y que andaba un tanto decaído de intereses.

—Pues aún vive y está bueno,—dijo Pertusa, conforme á la lección que su amigo y él llevaban bien aprendida.

—Y su decaimiento de fortuna—añadió Calpena aceptando el asiento que las señoras le señalaron,—se ha trocado ahora en grandeza y abundancia, porque, verán ustedes... ¡qué suerte de hombre! un tal Francisco Luco, que en la guerra del Maestrazgo perdió á sus hijos, dejó á D. Beltrán por heredero de todas sus riquezas, consistentes en cincuenta ó sesenta ollas de dinero... no recuerdo el número... sepultadas en diferentes puntos. Desenterradas lleva ya como unas cuarenta y pico, y el dinero lo vamos transportando á Cintruénigo, donde hay una estancia no más chica que ésta, llena de sacos de onzas y medias onzas...»

Las dos niñas se miraban absortas, y luego se pasaban la mano por la cara como dos gatitos que se relamen limpiándose los hocicos. No acababan de creer lo que oían, maravillas de cuentos infantiles.

«Y como es D. Beltrán caballero muy hidalgo y generoso, hecho á mirar por las desgracias ajenas antes que por las propias, decidió repartir la mitad de aquellos caudales entre familias de su conocimiento que se hallan faltas de recursos. Cuatro criados del Sr. D. Beltrán andamos en este trajín del reparto, y á mí me ha tocado la tierra

de Vizcaya, y todo el señorío pobre que traigo en esta lista...»

Diciendo esto, sacó el papel en que trazado habían una luenga cáfila de nombres y pueblos, y después de mostrarlo á las señoras, que en su aturdimiento y estupor apenas pudieron enterarse de lo que veían, echó mano al cinto y dió á luz una onza. Momentos antes había pensado, generoso, duplicar la cantidad presupuesta, por la profundísima lástima con algo de respeto que la digna pobreza de las *nenas de Morentín* le infundía.

«Esto es lo que corresponde á las señoras, según mi lista. Pero podrá tocarles mayor cantidad, pues el amo me encargó que lo resultante de las partidas fallidas lo repartiese á la vuelta entre los existentes. A muchos no les hallo; otros han muerto, dejando algún acomodo á sus familias...»

Cogió Doña Marta la onza no sin cierto recelo; pasó después la hermosa pelucona á las manos de la Doña Rita; la miraron y remiraron por un lado y otro. De una mano que la sobaba, pasaba á otra que la movía para ver el reflejo. ¿Creyeron las señoras la burda historia tramada por los dos hombres? Si éstos no la inventaron mejor y más fina, fué porque no lo creían necesario. Una de las *niñas*, la que según los informes de Pertusa, hipaba por la poesía y el latinismo, se tragó sin esfuerzo el voluminoso embuste; la otra, más práctica y reflexiva, debió de ponerlo en cuarentena; pero esta divergencia

de impresiones no impidió la unanimidad de aceptar y guardar la onza, expresando gratitud al mensajero y pidiéndole noticias de la familia de Idiáquez. Diólas cumplidísimas D. Fernando, y agregaron las señoras que habían tenido cuatro años antes carta de Doña Juana Teresa, mandándoles regalitos y un delicado socorro en metálico, que agradecieron con toda su alma; escribieron ellas, y hasta la fecha no habían vuelto á tener noticia. Amplió Calpena sus informes con pormenores mil de las familias de Cintruénigo y Villarcayo, edad y referencias de los nietos; y después de oirle atentas y gustosas las dos *nenas*, dijéronle que observaban cierta discordancia entre su traje y su manera de producirse, la cual más bien parecía de caballero bien educado. A esto acudió Pertusa con la manifestación de que el mensajero de D. Beltrán había cursado estudios mayores en Tarazona, continuando, no obstante su mediana ilustración, al servicio de casa y familia tan alcurniada.

Tomó luego la palabra D. Fernando para contar cómo el Sr. de Urdaneta, que había recorrido media España con la expedición Real, al absolutismo pertenecía en cuerpo y alma, y ya se le indicaba para Ministro universal de Carlos V el día no lejano del triunfo y salvación del Reino. Profesando él las mismas ideas que su amo, podía correr libremente por el Señorío de Vizcaya, sin más precaución que la de alterar un poco su facha, y hacerla más grosera y tosca, con el

fin de que nadie le supusiera portador de cantidades relativamente cuantiosas. Al llegar á este punto, parecieron ambas más tocadas de credulidad: á Pertusa le conocían por sectario furibundo de la realeza carlista; el otro, que entonces veían por primera vez, parecióles más fino y apersonado que su compañero, á pesar del pelaje humilde. Recayó suavemente la conversación en los negocios de la facción, mostrándose Calpena tan entusiasta, que su fanatismo daba quince y raya al de los más feroces. Tronó contra Maroto, viendo en su doblez el origen de las desdichas del Reino; ensalzó hasta las nubes á D. Pedro Abarca, Obispo de León, que debía ser canonizado por valiente apóstol de la causa de Dios; igualmente encareció los sublimes talentos de Echevarría, Padre Lárraga y Arias Teijeiro, y terminó sosteniendo que San Fernando, San Luis y San *qué sé yo qué* eran soberanos de alfeñique en parangón de la extraordinaria majestad y grandeza de Carlos V.

Por fin, viendo á las dos *nenas* tan complacidas, amansadas ya y bien dispuestas para la última suerte, acometieron ésta, tomando la iniciativa el ladino Pertusa. Uno y otro amigo se hallaban fatigadísimos de la caminata que habían hecho á pie desde Elorrio, y pedían á las señoras hospitalidad sólo por el día, ofreciendo marcharse á la noche, pues les era forzoso continuar su viaje hacia Bilbao, llevado el uno por comisiones graves de la Real Superintendencia, el otro

por los encargos que de Cintruénigo traía. Al pronto, las dos *nenas* se mostraron recelosas, balbuciendo excusas; pero tan expresivo lenguaje usó el *Epístola* para convencerlas, y con tanta nobleza y franca cordialidad apoyó el otro las demostraciones de su compañero, que hubieron de ceder, siempre con un poquito de escama. Agregada por Pertusa la indicación de que pagarían con largueza el gasto de una modesta comida, dijeron Doña Marta y Doña Rita que muy frugal tenía que ser, pues en su despensa no había más que huevos, algo de pan y alubias. ¡Magnífico! Pedir más era gollería.

«Mi compañero Blas—dijo D. Eustaquio, percatándose de la necesidad de bautizar á su amigo,—está más cansado que yo, y agradecería mucho á las señoras que le permitieran tumbarse en cualquier aposento de los que en la casa tienen para guardar trastos inútiles.» Tanta labia y metimiento desplegó en ello el astuto aragonés, que pasado un rato se hallaba D. Fernando en un cuarto próximo á la sala, con ventanucho que dominaba la huerta de la cercana finca. Era una pieza de techo bajo, atestada de rotos muebles y cachivaches, vestigios luctuosos del antiguo esplendor de las de Morentín, y no fué difícil improvisar en ella sobre un arcón vacío, al que se agregó una silla, cubriéndolo todo con mantas, un camastro de relativa comodidad. Encerrado el caballero en aquel cuchitril, pudo disfrutar á sus anchas del beneficio de la ventana, prin-

cipal objeto de aquella improvisada comedia. El hueco de piedra, como de una vara en cuadro, se dividía en cuatro vanos por gruesos barrotes en cruz. Excelente era el miradero, segura el atalaya, pues desde allí no sólo se veía todo el huerto vecino, sino algo del interior de la casa por las abiertas ventanas de ésta. Avido se asomó el caballero, y un rato permaneció sin ver á nadie.

Siglos le parecieron los minutos: apoyado su pecho en el muro, su corazón rebotaba contra éste, marcando las ansias que transcurrían antes que la curiosidad fuese satisfecha. Por fin vió una criada, que al parecer se ocupaba en la limpieza de habitaciones. Un anciano con almadreñas atravesó la descuidada huerta, en cuyo suelo crecían hierbas lozanas. Entretuvo el caballero su angustiosa expectativa examinando los frutales sin hoja, los añosos perales de rugosos troncos arrimados á la tapia en forma de espaldera, los manzanos escuetos, las higueras derrengadas, la vieja parra de torcida y áspera cepa, agarrándose á la pared de la casa, y enganchando en el balcón sus sarmientos más altos. Junto al muro medianero, entre el corral de Morentín y la huerta de Arratia, debía de existir un pozo que Don Fernando desde su atalaya no podía ver; y junto al pozo había sin duda pila de lavar, porque á los oídos del vigía llegaba rumor de chapoteos en el agua, el golpetazo de la ropa sobre la piedra, y una voz de mujer cantorreando bajito. En estas observaciones

le cogió una súbita sorpresa, que fué como un rayo... En la ventana de la izquierda apareció Aura... D. Fernando ¡caso inaudito! tardó algunos segundos en conocerla, en cerciorarse de que era ella, y más que por el rostro y figura, la reconoció por la voz, cuando dijo á la mujer que lavaba: «María, por Dios, ¡qué calma!... Ven pronto.» Desapareció de la ventana, mientras la mujer hacia la casa corría.

Dudó el caballero si lo que había visto era realidad ó visión engañosa. Y de tal modo quedó estampada en su mente la imagen, que continuaba fijando los ojos en la ventana, no convencido aún de que estaba el marco vacío. ¿Había ganado ó perdido en hermosura la romántica moza? Imposible discernirlo. Sólo era indudable para él que había engrosado sin perder su esbeltez y gallardía. El color había cambiado: era más morena; hasta llegó á parecerle negra. La impresión recibida fué como una serie de impresiones muy rápidas, de centésimas de segundo; la luz vibrante cambiaba el color y las líneas. ¿Había visto una imagen temblorosa en ráfagas del aire?... Pasó algún tiempo, durante el cual introducía el caballero su mirada por las ventanas, como el ladrón que prueba las ganzúas en ojos de llaves. Creyó sentir la incomparable voz; mas no pudo entender si reñía ó lanzaba notas de júbilo... El sol despejó las neblinas, y se presentaba un hermoso día de invierno. Abrigada por sus altas tapias, la huerta debía de tener un temple

muy grato, y la faja meridional, bien asoleada, ofrecía en las callejuelas que separaban los bancales un piso firme y seco. Apareció un gallo pintado con dos gallinas, y escarbaba descubriendo bichos que entre sus damas repartía. Un gato vino después, que se paseó con parsimonia inglesa entre las coles respigadas, buscando ratoncillos campestres; un perro de cuatro ojos, negro y con las patas amarillas, se dirigió hacia el pozo, después hacia la casa, grave y meditabundo, y se tendió al sol junto á la cepa. Pensó Calpena que todas aquellas apariciones de animales anunciaban nueva sorpresa. La primera que sobrevino no fué muy agradable, pues consistió en una mujerona alta y bigotuda, que no podia ser otra que Prudencia, la cual surgió por la derecha dando voces á otra mujer, en tono displicente. Era cosa de tendederos de ropa, de cuerdas quitadas de su sitio para amarrar un burro en la pradera, de palitroques caídos y que debian ser repuestos. Retiróse por el forillo derecho encargando que no faltase leña para la tarde. Su voz desentonada continuó largo rato sonando á la otra parte de la casa, donde sin duda estaban la cocina, el corral y leñera. A poco de esto abrióse la puerta central de la fachada que observaba Calpena, la que á un lado tenia la parra y encima el balcón. Abrióla una mujer que barrió las baldosas del umbral y el empedradillo delantero. El corazón del galán, golpeando furioso contra la piedra del ventanucho en que se apoyaba,

le decía que por aquella puerta saldría pronto la mayor belleza del mundo...

Pasó un siglo... En las medias horas veía el caballero piezas enormes, tiras sin fin de una eternidad que se desarrollaba ante su espíritu. Oyó rumor de cháchara, risas que indudablemente eran de ella. Ningún reir humano podía confundirse con el reir de Aura, y pensándolo así, el caballero apretaba con ira el barrote cruzado de su atalaya, porque era en verdad muy inconveniente que ella estuviese tan regocijada, mientras él se estremecía de dolor, amargado por los recuerdos. ¿Qué motivos tenía para tales esparcimientos del ánimo gozoso? ¿No estaba su marido ausente?... ¿Acaso habían llegado noticias de él? Era muy probable que nada se supiese, y que continuaran en la familia los temores y sobresaltos por la suerte del atrevido mozo. No estaba de más que la esposa, que bien podía ser viuda ya, mostrase un poquito de gravedad y compostura. En estas ideas le cogió un estupor, una emoción inexplicable. No veía nada, y veía un mundo salir por aquella puerta. Más bien temía, sospechaba, por misterioso aviso de su corazón, la presencia de un caso, de un hecho monstruoso y al propio tiempo bello, sublime quizás. «Ya viene,» se dijo; y diciéndolo vió que Aura salía con un niño en brazos.

XXV

Salió con un niño en brazos...

Salió con un niño en brazos. Sólo diciéndolo más de una vez se expresa la tardanza del observador en darse cuenta de aquel caso natural, tan natural que ya en los últimos nimbos de su pensamiento lo había previsto. Pero tardaba en creerlo, y mirándolo, viendo á la madre, como nunca hermosa; viendo al chiquillo, que parecía robusto, alegre, deseoso de vivir; hubo de añadir á la evidencia la confirmación de la palabra, y dijo: «Es ella con su niño, con su niño... porque suyo es... Se le ve que es suyo.»

Venía Doña Aura mal vestida, y un tanto despechugada, señal de haber dado la teta poco antes. No hacía más que saltar al chiquillo, que al sentirse bañado del aire y del sol, empezó á echar unas carcajadas graciosísimas, elevando sus manos rojas. Saltaba en los brazos, y ella le decía mil ternuras, y á estas seguían tantos, tantos besos, que el chico protestaba, prefiriendo los saltitos al refregón pegajoso de los labios de su madre. Avanzó esta hacia el lavadero; pudo verla D. Fernando á una distancia como de seis varas, y reconocer su hermosura, no disminuída, sino antes bien realzada por nuevas bellezas... El color era más moreno; pero en su tez resplandecía la salud; su seno, más

abultado, hacía resaltar la flexibilidad de su talle. El chiquitín parecía de cinco ó seis meses, de notable desarrollo y viveza.... Por un momento se vió D. Fernando sorprendido por la idea de que el niño se le parecía... ¡qué disparate! Era su pena, que al desgajarse en aquella inmensa emoción, fluctuaba entre lo inconsolable y los consuelos comunes, impropios de un criterio sano. Observándole bien, vió que el niño era el retrato de Zoilo; tenía los ojos de su padre, y en ellos la chispa del querer fuerte.

Dió Aura la vuelta por entre las coles, y mostraba á su hijo el gallo y las gallinas, queriendo que entrara en conversación con ellas por el lenguaje de *pipís*... «¡Y ésta es la mujer que hace un año andaba loca por los caminos—pensó D. Fernando,—corriendo tras el problema de su vida! ¡Y al fin la Naturaleza se lo ha resuelto de un modo muy contrario á sus deseos de entonces! ¡Oh Dios, oh grandeza del tiempo y de la realidad! Pensé encontrar una lunática, y me encuentro la razón misma. Creí encontrar una enferma, y me encuentro una madre. Se ha curado dando vida á otro sér. Este caballero de meses, este nuevo Arratia, nos ha conquistado á todos, nos ha devuelto á todos la vida, la calma, la salud, quitándonos de los puestos que habíamos tomado en el terreno antiguo, para ponernos en nuevo terreno. ¡Oh vida, oh naturaleza!... ¡Y nosotros, enfatuados con la idea de buscar la solución en nuestras pasiones, en el juicio nuestro, cuando nues-

tro juicio no es más que un pobre ciego sin lazarillo!... Debo hacerme justicia, diciendo que yo había previsto este caso; sí, lo había previsto...»

Fuera por lo que fuese, ello es que D. Fernando, lastimado por lo mismo que admiraba, apartóse del ventanucho y se sentó, sosteniéndose en las manos la cabeza, que por la gran pesadumbre de sus ideas difícilmente se conservaba erguida. Largo rato permaneció en aquella postura, viendo pasar por la obscuridad de su pensamiento una triste procesión de imágenes, el maravilloso hallazgo de Aurora Negretti en casa de la diamantista; el rostro de ésta, trasunto de María Antonieta guillotinada; las figuras burlescas de Milagro y Maturana, y por fin la persona de Aura en distintos aspectos, siempre hermosa, interesante, espiritual, resplandeciente de ingenio y hechicera gracia... Vió la escena de Bilbao, la horrible decepción, que parecía desenlace trágico-tonto y no lo era, pues el verdadero desenlace lo había traído aquel lindo mocoso, que acababa de tomar el pecho y pronto á tomarlo volvería. Las rebeldías de ella, sus dudas horrorosas causantes de locura, ya no eran más que el recuerdo de una dolencia curada, sin dejar ningún rastro. Nada de aquel trastorno podía volver. El chiquillo era el médico, era también el amo, y su existencia á todos imponía vida nueva y nueva conducta.

Al asomarse de nuevo, Aura estaba sentadita en un banco de piedra frente á la casa,

dando de mamar á la criatura. Veíala de espaldas, frente á Prudencia, que en pie exhibía su figura procerosa á la admiración del observador. Éste la encontró vulgar, antipática. No podía menos de odiarla; á todos perdonaba D. Fernando menos á la tarasca intrigante, autora de tantas desdichas. Y al fin no había manera de negarle el triunfo... ¿Habría sido aquella mujer instrumento de la Providencia?... También se hizo el caballero esta pregunta, y por cierto que no supo qué contestarse. ¡Estaría bueno que la obra de Prudencia fuera la mejor, la más lógica, y que los equivocados fuesen los demás y no ella. ¡Oh tiempo, juez y maestro, definidor augusto, eternamente sabio!...

Ocurrió después que asomadas á su balcón las *niñas* de Morentín, Aura las vió, y ya tapado el pecho y el chico harto, se vino hacia esta parte saludándolas con mucho afecto. «¡Rey!... mira, mira las nenas...» Y las nenas le decían mil ternezas, y á ella otras tantas. «¡Qué guapa está usted!... ¡Ay! cada día más hermosa, rebosando salud... Y el cachorro como una bola de manteca... ¡Hija, qué bien lo cría usted... da gusto verle, qué guapín!... vaya unos ojos asustadicos. Parece que quiere decirnos algo...» Y Aura repetía: «Es un pillo: no saben ustedes lo tunante que es... Pero malo, malo de verdad.» Luego los besos restallaban como cohetes. Fernando se retiró otra vez con el corazón traspasado. Tanto besuqueo le lastimaba.

No tardaron en entrar en el aposento Don

Eustaquio y Doña Marta. «¿Pero qué le pasa á usted?—le dijo ésta.—Parece que ha llorado.

—Sí, señora. Padezco una enfermedad muy rara: ello es cosa antigua en mí. Empiezo con dolor de corazón, y acabo echando un poco de agua por los ojos. Agua, nada más que agua.»

Le compadeció la señora, asegurando que para males de tal naturaleza no había mejor remedio que el comer. Pronta estaba ya la comida, que era de las más elementales: tortilla, y un plato hecho al horno por Pertusa, con pan, huevos, tocino, alubias, queso y castañas. Era D. Eustaquio un gran cocinero, que sabía improvisar manjares exquisitos con las provisiones de la despensa más pobre. A comer, y á dejarse de penas y de echar agua por los ojos.

Comiendo en modestísima mesa, con pobre y muy blanco mantel, vajilla desportillada y cubiertos desiguales, pero todo limpio como el oro, charlaron de diferentes cosas. La conversación se inició con el tema de la familia de Arratia, diciendo las señoras que trataban á Doña Prudencia y su sobrina sin otro motivo que el de la vecindad. De Aura sabían que á poco de casarse padeció una endiablada enfermedad nerviosa, *á consecuencia de un susto;* se le trastornó el sentido tan gravemente que no podían sujetarla, y se lanzó á los caminos, buscando á un príncipe imaginario, héroe de los cuentos infantiles. Recogida por la familia, siguió á

su locura una temporada de sosiego y de armonía matrimonial; y al fin, ya estaba la guapa moza curada del modo más féliz, sólo por la virtud de su alumbramiento, *que le hizo revolución en la naturaleza*, y por el gozo que le daba el verse madre de tan precioso niño. Mas como nunca hay dicha completa, la familia lloraba la ausencia del hijo, sobrino, esposo y padre, el cual era un valentón á lo D. Quijote y una cabeza desclavijada. Quince meses ó más iban transcurridos desde que se lanzó con otro loco bilbaíno en busca de aventuras, y á la fecha no se tenían de él noticias directas. Sabían que estuvo preso en la cárcel de Miranda; que luego le cogieron y embaucaron los cristinos, afiliándole en sus infames ejércitos, infortunio grande, ¡ay! pues más vale la muerte que el pecado y desdoro de pelear contra Dios. Añadieron que las últimas noticias, recogidas de la misma Aura la tarde anterior, eran que el Zoilo vivía y andaba *con ese Zurbano*, luciendo su bravura, y que D. Sabino había salido nuevamente en su busca, para rescatarle del cautiverio cristino y traerle á su familia y á las dulzuras de su hogar. La tal Aurora era una madraza, sin más demencia que el amor de la criatura, y como ésta viviera, no había que temer nuevos arrechuchos. Así lo aseguraba la sabia Prudencia, cuya cabeza reunía la ciencia de veinte doctores. Todo su afán era recobrar á Zoilo, quitándole de la cabeza las locuras guerreras, y cuidándole para padre, pues convenía traer

al mundo tres ó cuatro criaturas más, con lo que se aseguraba la conformidad y curación de la mujer. El matrimonio viviría pacífico y dichoso, y mientras más fecunda fuese Doña Aura, más y más felicidades vendrían sobre la familia.

Oyó estas cosas Calpena cuidando de ocultar el interés que en él despertaban. Por no infundir sospechas no preguntó nada referente á Ildefonso Negretti, y siguió á las niñas en el sesgo político que dieron á la conversación. «No puedo creer—dijo Doña Marta,—lo que ayer oímos: ese fantasmón de Maroto ha separado á trescientos oficiales, sólo porque pertenecen á la *divina intransigencia*, que es el partido de S. M.

—Pues créanlo—dijo el *Epístola*,—que del D. Rafael no hay que esperar cosa buena.

—Y mientras no le quiten de en medio—añadió D. Fernando,—no se enderezará la Causa, que está bastante torcida, como una torre que se quiere caer.

—¡Caer no, Jesús!—exclamó Doña Rita echando lumbre por los ojos,—que aún tiene el Rey á su lado muy firmes puntales. El señor Arias Teijeiro, que en cuanto habla parece inspirado por el Espíritu Santo, ha dicho: «Señor, los *brutos* llevarán á V. M. á Madrid.»

—Y los brutos—agregó Doña Marta,—son los limpios de corazón y al propio tiempo valientes y arrojados; que el arte de las armas es por naturaleza rudo y se da de cachetes con las letras; y el heroísmo no casa con

esas matemáticas que traen acá los militronches de planitos y anteojo.

—Ello es que la Causa, señoras—dijo Calpena suspirando,—anda revuelta, y los que adoramos al Rey vivimos con el alma en un hilo. Y ahora, para afligirnos más, nos salen con que la sacra y católica Reina también se tuerce, queriendo transacción, que es decir *¡viva Maroto!*

—Eso sí que no lo creo aunque me lo aseguren frailes capuchinos—dijo Doña Marta palideciendo.—¡La Reina, la señora Reina... transacción...!

—Es que anda por ahí una nube de pillos —afirmó Pertusa,—pagados por Muñagorri ó por Espartero, que sirven al demonio echando á volar mentiras. A mí me han dicho ayer que Maroto aseguró á S. M. que le aceptarán los liberales, si les concede una chispita de Constitución y unas miajas de libertad de la imprenta.

—Sí, sí: con eso y con que se declarara que no hay Dios, ya estábamos todos iguales. Una de dos: ó Maroto dimite, ó le arrancarán de las manos el bastón. Para esto se necesita un hombre.

—Un faccioso de ley.

—¿Qué hombre hay aquí capaz de colgarle el cascabel al gato?

—Hay uno, sí: Guergué.

—Pues Guergué—dijo Pertusa dándose mucha importancia,—y otros dos espadones de mucho brío que no quiero nombrar... en fin, los nombro; pero bueno es que guarde-

mos reserva... pues Guergué y los Generales D. Francisco García y D. Pablo Sanz le tienen armado el cepo á D. Rafael, y ustedes han de verle pronto cogido por una pata, ya que no por la cabeza...»

Como el que despierta de un sueño, Don Fernando recayó de súbito en la realidad de sus obligaciones, diciendo: «El tiempo vuela... ¿Qué tenemos que hacer aquí?»

Miráronle con asombro las *niñas*, pues más le creían perezoso que impaciente, y una de las dos (no consta cuál) le preguntó si había de distribuir en el propio Durango más partijas del donativo de su señor. Con el tumulto que en su mente habían levantado las recientes emociones, se le fué de la memoria el embuste urdido para justificar su entrada en la casa; y al caer en la cuenta de la torpeza con que contestó á la *niña*, no se cuidó de enmendarla.

«Muy agradecidos estamos á la hospitalidad de las señoras—dijo;—pero tenemos mucho que hacer, y nos retiramos.»

Mirábale Pertusa, queriendo penetrar el motivo de aquella súbita retirada; y por no aparecer desacorde con su compañero, repitió: «Tenemos, sí, mucho que hacer. Es mediodía.» Y las *niñas* desconfiadas, alzando manteles y recogiendo loza, dijeron: «Entendimos que en casa permanecerían hasta la noche... La verdad, pensábamos que querían ocultarse, y ni sabíamos ni pretendemos saber el motivo... Pero pues no hay ocultación, más vale así.

—Bien podemos—dijo D. Eustaquio,—andar por todo el pueblo con nuestras frentes muy altas, pues aquí, que yo sepa, no ha tendido sus redes el *marotismo*... Y si las señoras no lo llevan á mal, volveremos, y nos darán la satisfacción de leernos algunas de las composiciones poéticas, producto del ingenio de mi señora Doña Marta.

—¡Ay, no, no, D. Eustaquio, por Jesús vivo!—exclamó ruborizada la señora, en la puerta de la cocina, secando un plato que acababa de fregar.—El pobre ingenio mío no merece tales honores. Si me entretengo á ratos perdidos en jugar con las musas, hágolo para mí misma, para nosotras, ó para personas sencillas, no para que se rían de mí los ilustrados, porque usted, Pertusa, tiene estudios, y el señor, por bien que lo disimule, no es lo que parece.

—Sea yo lo que fuere—declaró D. Fernando sonriendo,—tendré mucho gusto en oir los versos de la señora. Se me ocurre que si quiere usted dar las gracias á D. Beltrán, lo haga en una linda décima, como es uso y costumbre en las personas agradecidas que saben metrificar.

—¡Oh!... ¡qué compromiso! ¡Por Dios, Blas!... Pues no es floja encomienda la que usted me da.

—Y ello, la verdad, no puede ser más razonable—agregó la otra, ruborizándose también por cuenta de las dotes poéticas de su hermana.—Sí, Marta: compón la decimita, que ha de ser muy grata al Sr. de Urdaneta.

—Y esta tarde—afirmó D. Fernando,—volveremos nosotros á recogerla. Ea, que no perdono la décima. No valen modestias aquí. Y si quiere usted componer otra á la Majestad del augusto Monarca, será miel sobre hojuelas.

—Tema—dijo Pertusa:—Carlos el Grande corta las cabezas de la hidra *marotista* para fundar sobre ellas su trono.

—¡Ay, ay, ay, qué magno asunto!... Eso no es para mí. Señores, no, no... Mi lira es un guitarrillo humilde... Para eso se necesita trompa... y lo que es trompa... no, eso no me ha dado Dios.

—Pues con trompa ó con guitarra—dijo Fernando, ansioso de salir,—las décimas estarán listas para cuando volvamos. Señoras, dispénsennos... Hacemos falta en otra parte.»

Aún quiso D. Eustaquio, bromeando, entretener algunos minutos; pero á Calpena se le caía la casa encima; quería salir pronto, huir, ponerse lejos. Cogió por un brazo á su compañero, y repitiendo las cortesanías se despidió de las señoras, que hasta la salida les acompañaron, insistiendo Doña Marta en empequeñecer sus facultades poéticas, y en ponderar la magnitud del literario compromiso en que sus huéspedes la ponían. Cuando se cerró el portalón dejando dentro las dos caras de gatitas blancas y relamidas, Don Eustaquio preguntó á su compañero si volverían, y la respuesta fué: «Como el humo. Cumplido el objeto que aquí nos trajo, do-

blemos esta hoja; y adiós para siempre las *niñas* de Morentín, adiós su casa... y su vecindad. Historia pasada... mundo concluído.»

XXVI

No menos entrometido que curioso, ardía el aragonés en impaciencia por conocer las intenciones de su amigo y el estado de la que juzgó aventura de amor. «¿Pero qué, señor D. Fernando, no entramos en la casa de Arratia? ¿No hemos venido á sorprender y llevarnos á la hermosa mujer con niño y todo?

—Cállate la boca, simple. Da por terminada la aventura, y no hagas preguntas á que no he de responder. Alejémonos pronto de este barrio, al cual no he de volver en todos los días de mi vida.

—¿De modo que...?

—Chitón.

—¿Y ahora?

—Ahora, yo haré lo que me acomode, y tú callarás. ¿Cómo quieres que te tape la boca: con dos onzas para que acabes de pagar tus deudas, ó con una morrada de las mejores?

—Prefiero la primera de las dos mordazas presupuestas; y aunque en todo caso mi silencio ha de ser profundísimo, mi felicidad será mayor si á las dos onzas agrega vuestra señoría una media más.

—Bueno... Ya sabes que ahora nos separamos, que no has de pensar en seguirme, ni en buscarme, ni menos en hablar á nadie de mí.

—Conforme. No necesita encargarme la discreción, pues soy agradecido, y aunque á veces no lo parezca, *caballero también soy*, como dijo el otro... Si estas razones no bastaran para garantizar mi fidelidad, hay otra, señor, y es que los dos trabajamos por la misma causa.

—¿Tú qué sabes? Mi causa nada tiene que ver con la cosa pública.

—Es deber de usted afirmarlo así, y nada contesto; pero si D. Fernando cumple reservándose, yo cumplo callando lo que mi finísimo olfato me enseña.

—¿Qué?

—Que andamos en hociqueos con Maroto.

—¿Quién, tú?

—Usted... Mis papeles son inferiores; pero á un mismo fin vamos todos. Con que...

—Estás en un error grave.

—Separándonos ahora, yo apostaría... que nos encontraremos en Vergara.

—¿A que no? Yo me voy en busca de Zoilo Arratia, y hasta el fin del mundo no pararé mientras no le encuentre.

—Pues no irá usted al fin del mundo, sino á Campezu, que por allí anda Zurbano.

—Abreviemos, que tengo prisa. ¿En dónde te entrego las dos onzas y media?

—Lleguémonos á la tienda de Zubiri, cuatro pasos de aquí.»

Pasado un rato, alejándose de la tienda, repitió D. Fernando sus amonestaciones, acompañadas de una despedida terminante. «Si quieres ser mi amigo, demuéstrame con hechos que mereces serlo. No me sigas; no me busques; no hables de mí.

—Ni sigo, ni hablo, ni busco; pero sí veo... y callo.

—Es que si no callaras, no habría de faltar quien te cerrara la boca para siempre.

—Comprendido.

—Y vete á donde quieras.

—No hago misterio de ello. Voy á Vergara, donde encontraré no pocos amigos, oficiales de Maroto.

—Andate con tiento.

—Cuide usted de su pelleja.»

Y con un adiós afectuoso y apretones de manos se despidieron, corriendo D. Fernando hacia el parador de Pinondo, en cuya puerta le aguardaba Urrea, loco ya de impaciencia y zozobra, después de pasarse la noche y el día recorriendo las calles del pueblo y todos sus arrabales. No tenía por qué darle el caballero explicaciones de su ausencia, y entrando en busca de Echaide, que también estaba con el alma en un hilo, hubo de soportar resignado la reprimenda que el digno jefe de la cuadrilla se permitió echarle, valido de la confianza y llaneza que con él gastar solía en la dura vida de caminantes. El estupor del buen arriero subió de punto cuando *Quilino* le manifestó severamente su propósito de trasladarse al territorio donde

operaba Martín Zurbano. Halló por fin el otro fácil modo de conciliar todas las obligaciones, pues despachado primero el asunto capital en Vergara ó Tolosa, tomarían la vuelta de Salvatierra, para franquear los montes de Andía y bajar á Campezu, que no era mal camino para Logroño. De acuerdo en esta transacción, preparáronse para la madrugada siguiente. Pasó D. Fernando muy mala noche, con ardores de fiebre, atormentado por la persistencia de las emociones de aquel día. Con más intenso colorido y acentuación más viva que en la realidad, se le reprodujeron las escenas y figuras observadas desde la atalaya; de tal modo se poseían de ello su espíritu y su naturaleza toda, que le dolía la mano derecha de tanto apretar el barrote que partía en cuatro la luz del ventanucho. Y ya de camino, al romper el día, sacando fuerzas de flaqueza para seguir á sus compañeros, continuaba el horroroso dolor de la mano... empuñando la cruz de hierro.

Vergara, donde entraron á media tarde, rebosaba de gente, así militar como paisana. No sólo había llegado Maroto con su ejército, sino D. Carlos con todo el matalotaje de su corte vagabunda. Clérigos y frailes discurrían en grupos, reforzados con señorones administrativos, que vivían sobre el país, justificando su existencia con el consumo de tinta y papel en inútiles escritos. Corrillos de oficiales obstruían los lugares de mayor tránsito: en unos se advertía la intranquili-

dad, en otros la tristeza. Cualquier observador que conociese el personal habría podido advertir que los amigos de toda la vida no se hablaban ya, y se dirigían miradas recelosas. *Quilino* y *Santo Barato* anduvieron por calles y plazas, respirando los aires de discordia que por todas partes corrían. Gran tumulto de gente les atrajo hacia la iglesia de San Pedro. El Rey con su rebaño apostólico salía de Palacio para ofrecer al Cristo sus soberanos respetos, y la multitud á su paso se agolpaba. Bien pudo apreciar Calpena la diferencia entre los entusiasmos cariñosos que había visto en Oñate y la frialdad de Vergara. Aún le respetaban; ya no le querían; y por entre la doble fila de sus vasallos, á quienes congregaba la curiosidad antes que el amor, pasó Carlos V saludando más severo que amable; que así creía representar mejor la majestad del derecho divino. Su rostro no ofrecía ninguna alteración: era un rostro de efigie inexpresiva, de esas que no dicen nada al devoto que las adora. Su mirada resbalaba en la superficie de las cosas, y los vasallos no veían en ella más que un convencimiento tenaz y un fatalismo irreductible. Ni alegría ni tristeza pusieron nunca sus resplandores en aquel rostro apagado, semejante á los rayos de luz fingidos con madera y estofa en los retablos churriguerescos. No iba con él la Reina, que se había quedado en Azpeitia, un tanto aburrida y descorazonada por el mal giro que tomaban las cosas. Arias Teijeiro miraba al suelo, Valdespina

parecía distraído, y el Padre Echevarría desafiaba á la multitud con miradas altaneras. Mediano rato duró el acto piadoso del *Pretendiente* en la capilla del Cristo, y de allí se fué á visitar á las monjas clarisas, cuya priora le fascinaba por el optimismo de sus juicios y por la gravedad de sus sentencias. Esta ilustre señora fué la que le dijo que confiara en los *brutos*, que así como los Apóstoles, sin saber leer ni escribir, habían *sacado triunfante* la Iglesia de Cristo, D. Basilio y Balmaseda y todos los *lerdos* de la Causa pondrían en el trono de Madrid al legítimo Rey.

De vuelta á Palacio, ya cerrada la noche, fué á visitarle Maroto, que entró con su Estado Mayor, apretando los dientes y atusándose los bigotes, movimientos en él habituales. Algunos días después fué del dominio público lo que hablaron D. Carlos y el caudillo. Pretendía éste que el Rey separase de su lado á los más rabiosos intransigentes; que cambiara sus Ministros por otros menos furibundos y destemplados; que llamase al orden á los militares y altos funcionarios que abiertamente conspiraban contra el General Jefe de Estado Mayor (que este era el título de Maroto), y amenazó con sentar la mano á los rebeldes si el Rey no lo hacía. Como siempre, D. Carlos contestó lo que le inspiraban su indecisión y pusilanimidad, que sí y que no, y que *ya se proveería*. Odiaba cordialmente á Maroto, no por mal militar, que no lo era, ni por desafecto á su cau-

sa, sino porque en cierta ocasión de apuro, atravesando la frontera de Portugal, había soltado D. Rafael en los regios oídos la interjección más común en bocas españolas, desacato que el meticuloso Rey no perdonó nunca; pero como le temía tanto como le detestaba, ni tuvo corazón para quitarle el mando, ni agallas para entregarle su camarilla.

Esperó Echaide la hora que le pareció más conveniente para mandar á *Quilino* con el encargo de un barrilito de aceitunas consignado á la señora Doña Tiburcia Esnaola. Las nueve y media serían cuando partió el mozo al desempeño de su comisión; como la primera vez, se le franqueó la puerta, y una criada le introdujo en la estancia donde encontró á la misma señora, sentadita en el propio canapé. No había puesto aún el hombre sobre la mesa, al pie del velón, lo que llevaba, cuando la señora le mostró un papel no más grande que el de un cigarrillo. Con tinta vió escrita la palabra que servía de contraseña: *Inquisioi;* y debajo, con lápiz: *Aquí no puede ser. Váyase á Estella.*

«¿Se ha enterado usted?» dijo la señora; y ante la respuesta afirmativa del mozo, rompió el papel en pedazos muy chiquitos.

Con lo dicho queda explicada la salida presurosa de la expedición arrieril camino de Oñate, para pasar á Salvatierra. Daba prisa D. Fernando, á pesar de sentir muy quebrantada su salud, y era el más diligente en arrear por aquellos caminos, pues se le había metido en la cabeza que siguiendo la ruta

de Campezu ó de Contrasta, le sería fácil encontrar la brigada de Zurbano, objeto por entonces de su más ansioso interés. El tiempo se les puso frío y seco, y en Salvatierra hallaron las aguas cubiertas de hielo durísimo, y los caminos pulimentados por la humedad cristalizada. Con esto se le agravó al pobre Calpena el quebranto de huesos que desde Durango traía, viéndose obligado á pedir fuerzas á su animoso espíritu para continuar el viaje. Faldeando la sierra de Andía, en dirección de Riósteguí, Urrea le llevó á cuestas por un empinado sendero, y al fin determinó Echaide desocupar de carga á uno de los mulos, para transportar al enfermo con relativa comodidad de todos. Renegaba D. Fernando de su naturaleza, que había creído más resistente y á prueba de trabajos, y á Dios pedía las ágiles patas del lobo, ó el vuelo de las águilas, para franquear sin cansancio aquellos vericuetos. En los descansos nocturnos, la fiebre le acometía con furia, y á fuerza de abrigo, verdaderos montes de lana que acumulaban sobre él sus compañeros, se iba defendiendo. Por fin, en Ulibarri se sintió mejorado, y la blandura que sobrevino, derritiendo los hielos, fué un bien para todos, hombres y animales.

Al bajar á Orbizo tuvieron las primeras noticias de Zurbano: días antes, la helada crudísima le obligó á retirarse á la Solana, y por allí andaba, entre los Arcos y Dicastillo, aguardando que abonanzara el tiempo para reanudar las operaciones. Siguieron los

cuatro en el rumbo indicado, y al llegar á Espronceda encontraron una columna de la brigada de D. Martín, que salió poco después de entrar ellos en el pueblo, sin que pudieran adquirir las noticias que deseaban. Para dar reposo á D. Fernando y evacuar con la debida prontitud la diligencia que les desviaba de su itinerario, determinó Echaide dejar al caballero en Espronceda con Urrea, bien acomodados en casa de un amigo, y adelantarse él con *Santo Barato* hasta Muez ó los Arcos, para indagar si Arratia continuaba en la división ó se le habían llevado los demonios. Poco afortunado el primer día, tropezó al segundo con Ibero, por quien supo que en una acción cerca de Nazar, había caído prisionero el capitán bilbaíno con otros diez. Conducidos á Estella, Zurbano había propuesto un canje, sin resultado. Se ignoraba la suerte de los once cautivos, héroes y mártires. Cuando volvió Echaide con nuevas tan tristes, la pesadumbre del caballero fué extremada. Creyó á Zoilo perdido para siempre; vió frustrado el soberbio plan moral que era su ilusión más risueña: devolver á *Luchu* á su familia, y reconstruir ésta sobre bases inconmovibles. La pasmosa suerte del bilbaíno le había hecho al fin traición, y sus teorías del querer firme fallaban por primera vez. Algún dato más, recogido de los labios de Ibero, añadió Echaide, á saber: que dos días antes se presentó el padre de Arratia en la brigada, con salvoconducto en regla y cartas de re-

comendación de Van-Halen y Buerens, y que sabedor del desgraciado caso, había partido para Estella en busca de su amigo Guergué, por cuya mediación esperaba libertar al pobre chico si no le habían quitado la vida. Desorientado en sus ideas, lleno de acerbas dudas, mandó D. Fernando picar hacia Estella sin dilación. Tres nombres giraban en su mente describiendo círculos de fuego: Maroto, Zoilo, D. Sabino.

XXVII

Al pasar por Irache, ya próximos á la ciudad, supieron que Maroto había entrado algunas horas antes, y que alborotados pueblo y milicia, se esperaba una colisión sangrienta entre los dos bandos que se disputaban la opinión y el imperio. Llegados al puente que da ingreso á la ciudad frente á San Pedro, vieron mucha tropa en las inmediaciones del castillo. Hallando cortado el paso para el parador, hubieron de dar un gran rodeo por la ciudad para dirigirse á los Llanos, y al pasar por la plaza vieron muchedumbre de soldados que á paso de carga traían á un clérigo amarrado codo con codo, entre vociferaciones brutales y despiadadas. No tardaron en saber que el tal no era sacerdote, sino el General D. Francisco García, que se había disfrazado con sotana y manteo para escapar. Minutos después vieron

conducido entre bayonetas á un hombre pequeño y rechoncho, de fiera catadura, cabello hirsuto, ojos sanguinolentos, la boca espumante. «Es Guergué—dijo Echaide en voz baja.—¡Mal día para los *impostólicos!...*» Con no poca dificultad, por causa del gentío que azorado corría de una parte á otra, lograron ganar el parador, y allí supieron que los cabecillas apostólicos, ayudados de paisanos y clérigos, tenían preparada una sublevación contra Maroto, habiendo seducido previamente á dos batallones navarros que al aproximarse aquél salieron á tomar posiciones. En la entrada de Estella por los Llanos y por el camino de Puente la Reina, habían comenzado á levantar barricadas; pero Don Rafael anduvo más listo, presentóse como llovido del cielo, y tomó medidas perentorias y radicales en el momento mismo de poner el pie en la ciudad.

¿En qué se fundaron los netos para proceder así contra el General? Se habían interceptado papeles en que Maroto y Espartero concertaban la paz, transigiendo el uno en el reconocimiento de grados, el otro en aceptar un poquito de Constitución con algo de libertad de conciencia. Estos papeles existían y se mostraban de mano en mano; mas eran falsos, obra de los calígrafos del absolutismo, ó de los fueristas de Muñagorri. Ello es que Maroto puso corto espacio entre su llegada y el acto audacísimo de meter mano á sus enemigos, cogiéndoles en sus domicilios, en la calle, ó donde quiera que

se les encontraba. No les dió tiempo á nada, y en un instante se les cambió la festiva tramoya en trágico desenlace, las burlas en veras. Pasando el General por la calle Mayor para dirigirse á la Merced, desde un balcón fué saludado con risas y chacota. Media hora después, en aquella misma casa era preso el Intendente D. Javier de Uriz, rabioso apostólico. A las cuatro horas de la entrada de D. Rafael, ya estaban en el Castillo los Generales Guergué, García y Sanz, el Brigadier Carmona, el Intendente Uriz y el oficial de la Secretaría de Guerra, Don Luis Ibáñez. Cogidas las seis cabezas del motín, no se entretuvo Maroto en futesas de procedimientos jurídicos y militares. Sin consejo de guerra, sin auxilio religioso, sin otro trámite que cargar los fusiles y formar el cuadro, fueron pasados por las armas de dos en dos. Allí quedaron las seis cabezas de la hidra hechas pedazos. El estupor no les dió tiempo ni aun para protestar del bárbaro suplicio. Se enteraron cuando se les mandó ponerse de rodillas. Nadie se cuidó de vendarles los ojos. Guergué gritó: *viva el Rey, viva la religión;* en el rostro del Intendente se mezclaron las lágrimas con la sangre. Los demás gritaron: «¡canallas, traidores!», y todo acabó.

Retenes de tropa recorrían las calles, y aquí y allí continuaban haciendo prisioneros. Mudo, paralizado de terror, el vecindario se refugiaba en sus casas atrancando las puertas. Cerráronse los comercios; no se

veía un clérigo en las calles, y algunas iglesias se incomunicaron con los fieles devotos. Ordenó Echaide á los suyos que no saliesen, y en las cuadras del parador, en el despacho de bebidas y en los comedores próximos, los parroquianos habituales no volvían aún del susto, ni osaban expresarse con la libertad de otros días. Llegada la noche, la ciudad ofrecía un aspecto terrorífico: con sus tinieblas y su silencio parecería una ciudad muerta si los ruidos de tropa no dieran señales de vida, semejantes á una palpitación febril.

Mientras llegaba la ocasión de acudir á la cita que se le había dado en Vergara, Don Fernando no perdía ripio para buscar el rastro al padre de Zoilo, suponiéndole en Estella, y á cuantos guipuzcoanos ó vizcaínos vió en el parador interrogaba, añadiendo que traía un encargo para dicho sujeto. Por fin, después de mil indagaciones inútiles, dió con un vizcainote inválido, buen bebedor y atrozmente sedentario, por obligarle á ello su obesidad y su pierna izquierda, que era de acebuche. Resultó que el tal había visto el día anterior al D. Sabino Arriata, con quien tuvo algún conocimiento en Bermeo y Elorrio, y hablaron un rato breve, lo bastante para enterarse de que venía en seguimiento de uno de sus hijos, prisionero. «Mas ahora caigo—añadió el cojo,—en que no será fácil que le encuentres. Era, según me dijo, amigo y compadre de Guergué, de quien esperaba la salvación del mozo, y

muerto el General de este modo *trágico*, el pobre señor se habrá metido siete estados bajo tierra, ó habrá echado á correr huyendo de la chamusquina. Yo me le encontré saliendo de la parroquia de San Miguel, á punto que él entraba. ¿Sabes? es la iglesia que está en un alto, en el centro del pueblo. Nos conocimos; el hombre se echó á llorar, porque es muy *lagrimero*. Me dijo que si el hijo, que si Guergué, que si tal, y nos despedimos: él entró á rezar... Es aquélla la iglesia que más le gusta, por ser la más recogida... Allí se pasa todo el tiempo que le dejan libre sus diligencias. Como no le cojas en San Miguel, en Estella no le busques.»

Tempranito se fué Calpena á la mencionada iglesia, y el toque de misa que oía, cuando á ella se aproximó, alegraba su corazón. Entró, admirando la severa puerta románica y el interior sombrío, que impresionaban por su riqueza arqueológica y por su ambiente sepulcral, con olor de tierra húmeda y de ataúdes podridos. Sólo dos ancianas oían misa: no había más varones que el cura y monaguillo... Salió D. Fernando, y por aprovechar la mañana dirigióse al Santuario del Puy, al que por larga cuesta se asciende desde el hospital próximo á San Miguel. También en el Puy tocaban á misa; vió que algunas viejas y un mendigo entraban delante de él. Cobró esperanzas, deseó con viveza encontrar lo que buscaba, imitando el querer ardiente de Zoilo, y por

aquella vez no fué ineficaz la efusión grande de su espíritu, porque á poco de entrar en la iglesia, y cuando sus ojos se habituaron á la obscuridad que en ella reinaba, distinguió un bulto, un hombre de rodillas, al cual sin mayor examen tuvo por el propio D. Sabino Arratia. No se movía el pobre señor, que más bien parecía fúnebre estatua, y á ratos se llevaba el pañuelo á los ojos como para limpiarlos de la humedad luctuosa que de ellos afluía. Oyó la misa con suma devoción; oyéronla Calpena y los demás en corto número asistentes al acto, y cuando éste terminó y hubo visitado tres altares el señor desconocido, se le acercó D. Fernando, y á boca de jarro le dijo: «¿Es usted D. Sabino Arratia?

—Yo no... no señor—replicó muy asustado el tal.—¿Qué quiere usted?... ¿qué se le ocurre?

—No se me ocurre más sino que es usted D. Sabino Arratia—añadió Calpena, que en el parecido con *Luchu* le reconocía,—y hace usted mal en negármelo, porque soy su amigo y no le causaré daño alguno.

—Pues sí... yo soy... Ya ve usted... Con estas cosas... ¡Ay de mí!—dijo el bilbaíno sollozando y acudiendo á sus ojos con el pañuelo.—¿Puedo saber quién eres?... ¿quién es usted?... porque aquí estamos todos con el alma en un hilo... y aún dudamos si somos vivos ó muertos.

—Estamos vivos. ¿Y Zoilo...?

—Vivo también.

—¿Dónde?

—Aquí, en el Santo Hospital... ¿Es usted su amigo?... ¿Conoces á *Luchu*?... Salgamos si le parece.

—Salgamos, si señor.

—Somos amigos. Ya comprendo la terrible situación de usted. Vino aquí fiado en la amistad de Guergué, que era su compadre, padrino de Zoilo, y allí donde creía encontrar usted un protector... encuentra un cadáver...

—¡Pero has visto qué crueldad, qué salvajismo! ¡Ay! no comentemos. ¿Puedo saber quién es usted?

—Un amigo de Zoilo, que le sacará del hospital, de la prisión, ó de donde quiera que se halle.

—¡Oh, señor...!—exclamó D. Sabino, que con sus ojos llorantes se quería comer el rostro del caballero.—Prisionero y enfermo está, ¡qué dolor de hijo! Todo por su temeridad... ¡Qué cabeza, Señor!

—¿Le ha visto usted?

—¡Si no me ha dado tiempo ese condenado Maroto fusilándome...! á mí no... á Guergué, el mejor de los hombres, el amigo más cariñoso... Pero dime tú, diga usted, ¿es ésto el mundo criado por Dios, ó es otro que nos han traído del infierno? Yo digo que están condenados cuantos sostienen esta guerra, Reyes y Reinas, archipámpanos y ministriles... ¡Qué dolor! Y todo por un papelito, la Pragmática Sanción... ¿Estamos todos locos, ó somos tontos de remate? En

ello pensaba yo, mientras oía la santa misa... ¿Acaso sabes tú, sabe usted en qué vendrá á parar esto? Aquí tienes á un hombre que se aguantó todo el sitio de Bilbao á pie firme, padeciendo aquellas terribles hambres, hijo, y el continuo caer de bombas. Pues terminado el sitio, y cuando en el pueblo entró la felicidad, para mí y para mi familia empezaron las mayores desdichas que es posible imaginar. No puedo recordarlo sin que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Volvamos á lo presente. ¿Desde cuándo no ve usted á Zoilo?

—Desde que sin mi permiso, y contra la voluntad de toda la familia, se lanzó á *quijotear*, en Octubre del 37, siendo en sus aventuras tan desgraciado, que al intentar la primera, se ganó cinco meseitos de cárcel... Después se me mete con los cristinos. Siempre fué el chico muy guerrerro, con grandísima disposición para las armas, y una valentía y una terquedad que más parecen divinas que humanas... Pues, como digo, me le cogen los cristinos, y ya está loco el hombre... Tan pronto acudo á consolar á la familia, como á perseguir y á rescatar á mi caballero, y en este trajín se me van meses y meses... Parezco yo también un Tío Quijote, buscando lo que no hallo, y recibiendo en todas partes sofiones y descalabraduras... Si á usted le parece, sentémonos en esta piedra, que estoy desfallecido. Pues verás, verá usted... Hasta Julio del año pasado no supimos que estuvo mi hijo en la

acción de Peñacerrada. Yo me hallaba entonces en Vitoria aguardando una ocasión de abocarme con el pobre Guergué... También le digo que si mi Zoilo es más guerrero que el propio Marte, á mí no me ha llamado Dios por ese camino, y nada me turba y descompone tanto como los espectáculos de lucha y muertes. Tiemblo al oir tiros, y si me aproximo á un campo de batalla, éntrame sudor de agonía... Ni con cien salvoconductos me atrevía yo á penetrar entre las *hordas* de Zurbano... Me acercaba, y retrocedía... Mejor me acomodaba entre carlistas, porque siempre me tiró de ese lado mi fervor religioso... la verdad, te digo la verdad... Si mi Zoilo se hubiera metido á guerrear por la Fe, fácil me habría sido cogerle y retirarle de la milicia; pero entre cristinos no me hallo... no respiro... El aire que anda entre ellos me huele á libertad de cultos, libertad de la imprenta y pueblo soberano... No, no... Mil veces pensé abandonar al chico, dándole por perdido para siempre; mil veces me llamó el amor que le tengo, y volví á rondarle, siempre medroso, siempre desconfiado... Dios me decía: «ve por él y sácale de la sentina»... y yo iba á la sentina y me acercaba, y tenía miedo... y... Por fin, desesperado, me aboqué con el General Van-Halen, el cual me agregó á un convoy que llevaba socorros á Zurbano. Vi á este en Dicastillo; me echó muchos *ajos*, me trató con desprecio, ensalzando á mi hijo, y llamándome obscurantista y retro... no sé qué. Pero, en fin,

dióme las noticias que deseaba, y á Estella me vine. Por llegar, mira tú qué suerte, me entero de que Zoilo está en el hospital... «Esta es la mia,» dije para mí; y me fui en busca de Antonio Guergué... de chicos jugábamos en los Cantones de Bilbao... Encontréle muy inquieto... ¡Toma, como que estaba urdiendo el golpe para hundir á Maroto! Con mal cáriz me dijo: «mañana»... ¡Mañana! Aquel mañana de Guergué fué ayer, hijo, y ¡pum! fusilado... y yo muerto de ansiedad, de miedo... lo diré todo, muerto también de hambre... ¡ay dolor!... Si eres caritativo, como parece, y no temes andar por la ciudad, llévame á donde yo tome algún alimento, pues desde ayer por la mañana no ha entrado en mi cuerpo cosa caliente ni fria.»

Compadecido del infortunio, así como de la flojedad de ánimo del pobre señor, D. Fernando le agarró el brazo para llevársele á su posada. Por el camino, á pesar del tranquilo continente del que ya se había constituido en su protector, no se recobraba de su horrible susto el buen Arratia, receloso de cuanto veía, temiendo engaños y traiciones. «Bien comprendo—decía,—que eres, que es usted marotista, y no me pesa. Si me apuran, no creo lo que ayer se decía de tratos nefandos para que D. Carlos nos dé la libertad de conciencia. Y pues Maroto ha venido á ser el amo, tráiganos una paz decente, con la religión sobre todo, y debajo de la religión el Rey ó Reina que nos quieran poner... ¿A dónde me llevas? ¿A tu casa? Si eres mi-

litar, ¿por qué vistes de carbonero, y si eres carbonero, dónde demonios has conocido á Zoilo, y por qué te interesas por él?... Párate un poco, que me canso horriblemente... Ya estamos en la plaza... Por aquí llevaron al pobre Guergué como se lleva un cerdo á la matanza, ¡ay! y al General García vestido de sacerdote... Al verles, creí que de terror me moría... Otra cosa: ¿cómo te llamas?... ¿Cuál es la gracia de usted?... Perdona: con el hambre que tengo, hasta se me olvida la buena educación... Sigamos otro poco. ¿Falta mucho todavía? Ya no puedo tenerme... Pues, sí, hijo mío: venga pronto la paz, sea como quiera, con tal que no toquen á la religión sacratísima, ni al clero, ni á sus bienes raíces, ni nos metan en casa la libertad de pensar... ¡Ay, qué ganas de llorar! Deja que me seque los ojos... Pues tan extenuado me encuentro, que ahora daría yo todos los dogmas por unas sopas de ajo bien calientes, con chorizo... ¿Falta mucho?»

Pronto llegaron, y lo primero que hizo D. Fernando fué ponerle delante cuanta comida encontró, y bebida sin tasa. Gozaba viéndole comer, y el hombre se mostró muy agradecido, y con mayor luz en la mollera para dar á sus pensamientos claridad y fácil expresión... «¡Oh, qué bueno es Dios—exclamaba mirando al techo, por no haber allí cielo que mirar,—y qué excelente cordero es éste!... Cuando más desconsolados vivimos, se nos aparecen las buenas almas. Es usted un ángel, Aquilino, un ángel sin

alas. Repito que no me asusta Maroto, y que bendeciré la paz que nos traiga, si no vienen con ella libertades de pensar... El dogma sobre todo... Vino de ley es este, ¿verdad?»

Satisfecha el hambre, se caía de sueño, como quien pasara la noche anterior al raso, sin atreverse á entrar en su vivienda, que era la misma donde el pobre General García se había disfrazado de cura. Llevóle Calpena á un camastro, donde le dejó bien arropadito, sin cuidarse más de él, porque otras graves obligaciones le llamaban. Echaide y el mozo se miraron, añadiendo pocas palabras á lo que con los ojos se decían. Había llegado la hora. Fuéronse los dos á la residencia de Maroto sin rodeos ni precauciones, que en tal ocasión no se necesitaban; quedóse á la puerta Echaide, y entró *Quilino* con una caja de puros, abierta, dentro de la cual había puesto un papel que en gordos caracteres decía: *Inquisivi*.

XXVIII

Recibió el General á D. Fernando familiarmente en una gran pieza donde tenía su lecho y una mesa de escribir. Habíase levantado poco antes, y aún estaba la cama revuelta. Junto á una de las ventanas veíanse, sobre derrengada mesilla, la navaja y trapos de barba, llenos de jabón, señal de que Su Excelencia acababa de afeitarse. En

la cómoda cercana estaba el servicio de chocolate, el canjilón rebañado, migas de bollos y la servilleta sucia. Vestía D. Rafael levita vieja militar con el cuello desabrochado, dejando ver la camisa de dormir, pantalón azul y unas enormes pantuflas de abrigo que cuadruplicaban las dimensiones de sus pies. A poco de entrar Calpena, y despedido el asistente, se echó un capote por los hombros, y sentóse á la mesa de despacho, donde tenía papeles á medio escribir, picadura esparcida y cigarrillos recién hechos. Sentados frente á frente, el emisario de Espartero expuso las condiciones de éste, que oyó el carlista con atención y sonrisa marrullera, y al terminar se produjo un silencio que á Calpena le pareció larguísimo: el General, recogiendo aquí y allí la picadura, y aprovechándola minuciosamente, tardó en formular la respuesta, que había de ser solemne por tratarse en ella de los destinos de la infeliz España.

«Ya no estamos en la situación de hace dos meses—dijo al fin, mirando al mensajero en las pausas.—Entonces no tenía yo fuerza... me refiero á la fuerza moral... y ahora la tengo. Ya se habrá usted enterado de la justiciada que hice ayer. No había más remedio. Me importa poco que D. Carlos refunfuñe. Al fin me dará la razón, cuando yo consiga, y lo conseguiré, librarle del cautiverio en que le tienen cuatro clerigones y cuatro buscavidas. No descansaré hasta no hacer la limpia total... Pero vamos al caso:

decía que ahora tengo fuerza, y procuraré mejorar todo lo posible, si hacemos la paz, la situación ulterior de ese Rey que tan ingrato es para mí. Puesto que todo puedo decirlo, y lo que á usted diga es como si lo hablara con el propio Baldomero, sepa que la Reina y su hijo D. Sebastián ven las cosas de un modo más razonable que D. Carlos... naturalmente, poseen luces, criterio, que Dios no ha concedido á S. M... y hoy por hoy se contentarían con el reconocimiento de los derechos de D. Cárlos, abdicando éste en su hijo y en Isabel juntamente... ¿Conoce usted la historia de Inglaterra?

—Un poco. El caso es como el de Guillermo y María.

—Justo: sólo que lo que allí hizo el Parlamento, aquí lo haría D. Carlos en nombre de Dios. Pues bien: sepa Espartero que en este punto no cedo ni un ápice, ¡porra! pues así lo he concertado con la de Beira... Claro que el pobre D. Carlos es ajeno á todo; pero ¡qué ha de hacer el buen señor más que conformarse!

—Mi General, desde luego aseguro á usted que esa combinación no ha de aceptarla mi poderdante. De ella resultará una familia Real gravosísima, con toda esa plaga de reyes padres y reyes madres... Y luego, ¿en qué condiciones ejercerían el Poder Real Isabel y Carlitos?

—Como los Reyes Católicos, mancomunadamente, firmando juntos, pues si en aquel matrimonio se casó Aragón con Castilla, en

éste se casan y conciertan dos ramas igualmente legítimas, para bien de la Nación, y para establecer una paz duradera. Creo yo que esto es muy patriótico.

—Será muy patriótico; pero imposible en la práctica. Delo usted por rechazado.

—Muy pronto lo asegura—dijo Maroto dándole un cigarrillo que acababa de liar. —Si Espartero me acepta esto, admito yo sin más discusión lo referente al reconocimiento de grados tal como él lo propone... y hemos concluído... Fíjese usted en que tengo fuerza, y ahora no hemos de estar arma al brazo. Mis soldados anhelan batirse; yo también. Aquí faltaba unidad; yo acabo de hacerla ¡porra!, y sin necesidad de que venga en mi ayuda ese loco de Cabrera, que para nada me hace falta, intentaré bajarle el tupé al amigo Espartero. El vale mucho; hace tiempo le conozco... Pero nuestras discordias le han ensoberbecido; los laureles de Peñacerrada los debió á la ineptitud de Guergué y á lo desordenado que estaba aquel ejército. Batallones hubo allí enteramente á mi devoción; otros padecían la rabia apostólica. Yo he curado esa rabia, ¡porra! y mi ejército es mío; todo él respira con mi aliento... De modo que... En fin, dígame usted algo.

—¿Sobre qué, mi General?

—Sobre estos propósitos míos de aplacarle un poco los humos á su amigo de usted, ¡porra!

—Pues mientras no se llegue á la paz,

ninguna contingencia de la guerra podría causarme asombro, ni sobre ellas tengo por qué anticipar opiniones. Buen militar es usted, y del arrojo de sus soldados nada he de decir, pues reconocido está por todo el mundo. Podrá suceder que alcance usted una victoria con que se olvide el desastre de Peñacerrada; podrá suceder lo contrario... ¿Quién lo sabe? Si se me permite una opinión radical, diré que ya han demostrado unos y otros su valor; que España no desea mayores pruebas de pericia militar y de personal bravura. Hemos llegado á ese punto del duelo en que se impone la cesación de los golpes y el abrazo de los combatientes. Los jueces del terrible lance han visto maravillados la entereza heróica de los dos caballeros; estiman como de igual importancia las terribles heridas que uno y otro se han hecho; el juicio de Dios está cumplido, y la sentencia no puede ser otra que la conservación de las vidas de entrambos. No hay más remedio que envainar los aceros. La paz se impone. ¿Qué quiere usted? ¿convertir á España en sepulcro de dos inmensos cadáveres? Pues España no quiere eso: anhela vivir, y el obstinarse en que muera, en que muramos todos, paréceme una terquedad salvaje... Formule usted de un modo más práctico el artículo referente á la familia Real y á la situación de cada príncipe después del convenio, y la paz, tal creo yo, tardará lo que tardemos en concertar la entrevista final de Maroto y Espartero. Se ha de mirar an-

tes por los fueros de España y de la humanidad que por los intereses de tanto y tanto príncipe, que con sus pretendidos derechos están desangrando á la raza, y nos la dejarán anémica.

—Pues si en los derechos de príncipes, ¡porra! háy que quitar *jierro*, ¡porra! empiecen ustedes por dar carpetazo á los de Isabel.

—Eso no puede ser.

—¡Ah!... ¿Con que no puede ser? Pues lo mismo digo yo de los de D. Carlos... Ya lo ve usted: volvemos al principio, y nos encontramos en Septiembre del 33, ante el cadáver de Fernando VII, que, entre paréntesis, era una mala persona.

—No divaguemos, mi General.

—No divaguemos. Conste que no puedo ceder en la combinación propuesta por mí. Reinarán Isabel y Carlos, ó Carlos é Isabel, *tanto monta*, con iguales derechos, con iguales prerrogativas...

—Anticipo á usted que Espartero rechazará la combinación.

—Pues antes que ceder en ello, cedería yo en lo del reconocimiento de grados, aunque sé que daría un disgusto á muchos personajes de acá, que esperan las paces para saber la paga que han de cobrar...

—No divaguemos. Me voy descorazonado, temeroso de que el de Luchana me acuse de no haber sabido expresar su pensamiento. En nombre suyo rechazo la organización estrambótica y complicada del Poder Real, que

sería lanzarnos á la mayor confusión y desconcierto. Piénselo usted, mi General, y aguardaré hasta mañana.

—Lo he pensado bien—dijo el caudillo dando un puñetazo en la mesa.—No puedo yo, Rafael Maroto, tirar á los pies del caballo de Espartero los derechos de D. Carlos.

—Pues ya verá usted... ya verá, permítame que se lo diga, el pago que le dará Don Carlos por esa transacción á la inglesa, á la protestante. Todo lo que no sea reinar él solo, con poder absoluto, brutal, le parecerá el triunfo de la revolución y de la herejia...

—¡Ah, lo sé!... pero yo cumplo con mi conciencia ¡porra!, y hay otras personas en la familia de S. M. que no se han puesto en esa actitud intransigente, por no estar dominadas por un cleriguicio loco, ni por la cáfila de parásitos... En fin, no puedo ceder en esto. Si él no cede tampoco, sea lo que Dios quiera...

—¿De modo que es cosa cerrada? ¿Puedo retirarme?

—Cerrada es... pero no se vaya usted tan pronto. Quiero obsequiarle con una copita...»

Levantóse Maroto; de una próxima alacena sacó botella y copas, y al dejarlas en la mesa, requiriendo despues su capote, que se le caía, dijo: «Ya sé que no pierde usted ripio, y que aprovecha estas embajadas para distraerse con alguna conquistilla... Cosa muy natural... Crea usted que no se mueve

la hoja en el árbol en todo este país sin que yo lo sepa.

—Ya, ya veo que hay más polizontes que criminales, señal cierta de un estado moribundo. Pero si todo lo que su policía le cuenta es tan verdadero como mis conquistas, está usted muy mal servido, mi General.

—¿De veras? Por eso les digo yo: *et surtout, point de zèle*, ¡porra!... Va usted á probar un vinito que me ha regalado nuestra excelsa Soberana.

—¿Cual? Porque, según la cuenta de usted, el arreglo de Reinas nos ha de resultar muy parecido á las monteras de Sancho: una Reina para cada dedo.

—Ya veremos eso... Convinimos en no discutir más ese punto... Este vino me lo regaló la Princesa de Beira, hoy Reina de Castilla.

—Pues si usted no me riñe, bebo á la salud de Isabel II.

—Yo también, que una cosa es la galantería, y otra la convicción política.»

En el momento en que el General bebía, le vió Calpena tan claro, como si todo su interior gráficamente en signos externos se mostrara. El mirar vivo del carlista y su rostro inteligente se iluminaron, si así puede decirse, con la bebida, y se le transparentó el alma. Recordó D. Fernando la frase que oyó á Espartero en Viana: «es muy ladino, muy ladino», y como tal se le manifestaba en la entrevista de Estella. Estrenando los

puros de la caja traída por Echaide, y divagando los dos, entre humo, sobre asuntos familiares y sin importancia, formuló Calpena de este modo la situación psicológica de D. Rafael Maroto en aquel instante de la historia. «Ya te veo, ya te veo claro. Hace dos días te hallabas en lastimoso estado moral, y te habrías entregado á Espartero sin condiciones. No tenías fuerza; ahora, por virtud del golpe de mano de ayer, la tienes y grande; te has crecido, te sientes capaz de imponerte á D. Carlos y de manejarle como á un títere. Naturalmente, ahora no te conformas con aceptar las condiciones de paz que el otro quiere poner, sino que aspiras á que él acepte las tuyas. El orgullo de tu éxito reciente te trastorna la cabeza; sueñas con obtener una victoria, que te pondría en condiciones excelentes para dictar luego los artículos del convenio de paz. Todo eso que propones referente á las ramas dinásticas y al modo de organizar el Poder Real, no es más que un expediente dilatorio. Conoces, como yo, lo disparatado de semejante idea; pero tu cálculo revela tu agudeza: mientras voy con tu mensaje y vuelvo con la negativa, te preparas, eliges una posición ventajosa, das una batalla, la ganas, destrozas el ejército de la Reina, y ya eres el hombre culminante, único, que tiene en su mano la clave de los destinos de la Nación. Eso piensas, ese es el ensueño forjado por tu travesura, por tu marrullería, que no le va en zaga á la de tu rival...»

De esta meditación le sacó bruscamente D. Rafael, diciéndole con picardía: «Caviloso estáis... No se devane los sesos por adivinarme, ¡porra!... Cuando vea usted á Espartero le dice que, aunque enemigos políticos, le quiero bien, y deseo darle un abrazo. Bueno. Hablemos de otra cosa. Andese usted con cuidado con las mujeres navarras, que todo lo que tienen de bonitas lo tienen de fanáticas. Rara es la que no está afiliada en la policía, mejor dicho, en la masonería apostólica. Le venden á uno con toda la gracia del mundo.

—Descuide usted, mi General... ya he previsto ese peligro... Y si le parece, me retiraré ya.

—Hijo, sí: yo tengo que hacer. ¿Lleva usted bien aprendida la lección?

—Tan bien aprendida que no se me olvidará ni una coma... Y por último, mi General, tengo que abusar de su bondad pidiéndole un favor en asunto completamente extraño á estas embajadas.

—Venga pronto.

—Es cosa sencillísima.

—Aunque fuese oro molido. Venga... ¿De qué se trata? Ya... de poner en libertad á un prisionero. Y yo, si usted no se enfada, le preguntó: «¿quién es ella?»

—Aquí no hay *ella*... En fin, cuento con su benevolencia para una obra de caridad.

—Bien, hombre, bien; me gustan á mí los caballeros caritativos. Pero le advierto que yo lo he sido demasiado, y por ello no estoy

donde me corresponde, ¡porra! Pero, en fin, venga.»

Expuso D. Fernando su pretensión, á la que accedió gustoso el General; extendiendo de su puño y letra una orden *á raja tabla*, de esas que, en nuestro sistema de Gobierno, enteramente personal, tienen más fuerza que la ley. Dióle el caballero las gracias; despidiéronse con vivos afectos, expresando los dos la esperanza de llegar en la próxima entrevista á una concordia lisonjera, y Calpena salió, si pesaroso por no haber obtenido ventaja en el asunto de interés público, contentísimo de su feliz éxito en el privado.

En la calle le esperaba Echaide, que le preguntó: «¿Tienes que volver...? ¿*Acabatis*...? ¿Nos vamos?

—Todavía no: tengo que hacer algo aquí.

—¿Cosa de...? vamos, por el aquél de la paz.

—Sí, hombre, por el aquél de las paces, de las benditas paces.

XXIX

Profundamente dormido halló á D. Sabino en el parador, tumbado boca arriba, rígido, cruzadas las manos, el rostro ceñudo y cadavérico. Creyó por un instante que había pasado á mejor vida el infeliz; pero un suspiro y una voz gutural le convencieron de que vivía y soñaba. Un rato aguardó, por no turbar su descanso; pero al fin, obligado

por la urgencia del asunto, determinóse á despertarle, dándole fuertes sacudidas y voces. «No, no, Antonio Guergué—murmuraba con torpe voz el bilbaíno.—No te conozco ni te he visto en mi vida... Me estás comprometiendo... Yo no me meto en nada.» Fijando los ojos en D. Fernando, le observó con asombro primero, con alegría después, viniendo por esta gradación á la realidad. Y estirando brazos y piernas en largo desperezo, dijo claramente: «¡Oh, tú!... señor... bien... Muchas gracias... Yo bueno... ¿y en casa?»

Díjole el caballero que era un hecho la liberación de su hijo, y que se levantara y fuera al hospital para sacarle; mas tan torpe de entendederas se hallaba el desdichado señor, que no se hizo cargo de la feliz nueva, ó por demasiado feliz no le daba crédito. «No habrá paz, no volveremos á ver paz... —decía.—Moriremos todos... El amigo nos engaña, y el enemigo se disfraza de amigo para vendernos. Tú, *marotista*, ¿qué nos traes? La libertad de cultos, y el que cada uno piense lo que quiera, haciendo mangas y capirotes del dogma sacratísimo. Esto no lo podemos admitir los creyentes. Mi amigo, llame usted á otra puerta... Con libertad de la conciencia no queremos paz... ¿Qué paz ni qué porquería? Es una paz pringada... No, no. Lo primero es el dogma, después los fueros, y luego, arréglense los reyes y príncipes como gusten para ver quién calienta el Trono... ¿Cuál es mi Soberano? Dios... Dios

mi *Pretendiente* y mi *absoluto*... Esto digo.»

Y volviéndose del otro lado, cogió nueva postura para seguir durmiendo: su quebranto de huesos era enorme, su sueño atrasado de muchos días. No viendo la posibilidad de hacer comprender al desdichado bilbaíno lo perentorio del caso ni la solución tan fácilmente conseguida, decidió abandonarle á su descanso y proceder por sí mismo. Antes de dar paso alguno hubo de consultar con Echaide, el cual le aconsejó que no diese la cara en asuntos de presos liberados, ni presentase por sí mismo la orden del General. Convinieron en que Urrea desempeñaría muy bien la diligencia, y así se dispuso, personándose el guipuzcoano en el hospital, donde ninguna dificultad encontró; y al caer de la tarde, entre dos luces, viéronle entrar en el parador, trayendo á Zoilo del brazo, tan extenuado que daba dolor verle, lívido el rostro, la cabeza liada en un sucio pañuelo; flojo de piernas, trémulo de palabra; los labios de color sanguinolento; el pelo caído en algunas partes de su cráneo como si le arrancaran ó se arrancara mechones; un brazo inválido, con magulladuras lastimosas; y en tan mísero estado de ropa, que las enjutas carnes se le veían por distintas claraboyas de la chaqueta y del pantalón.

Metiéronle en un cuarto alto que les proporcionó el posadero, y allí le rodearon Echaide y D. Fernando, á quien al punto y sin vacilar reconoció, diciéndole: «No se me despinta, no, el caballero, aunque se ponga

en esa facha... Y no he de meterme en averiguar por qué viste como viste, que eso es cosa suya y no mía...

—¿Tienes hambre, Zoilo?

—Estoy como cuando salí de la cárcel de Miranda, desganado de rabia, y enfermo de mala suerte. Ya me creí difunto, y cuando me sacó este buen hombre creí que me llevaban á enterrar.

—Dinos una cosa. ¿Cómo te dejaste coger prisionero? ¿No te valió en aquel caso tu querer fuerte?

—Es la primera vez que me ha fallado... Pero algún día había de ser... Tanto va el cántaro...

—Eso te decía yo, y no querías creerme. No hay que fiar tanto de la suerte y del arrojo... Aprenderás ahora, y vivirás dentro de la razón... ¿No me preguntas por tu familia?»

Fijó Zoilo una mirada estúpida en D. Fernando, y tan sólo dijo: «¡Mi familia!... ¡Qué lejos se han quedado! ¿Cuántos años hace que no sé de ellos ni ellos de mí?... ¿Se han muerto?

—Hombre, no: todos viven y están buenos. Sosiégate, descansa, y no te descuides en tomar alimento. ¿Qué quieres?

—Agua... No, no: vino.

—Aquí lo tienes. Entona ese cuerpo.

—¿Y mi padre vive también?

—Como tú y como yo.

—¿Mi mujer...?»

Al decirlo se le llenaron de lágrimas los

ojos, y se dió un fuerte puñetazo en la rodilla, cual si quisiera rompérsela.

—Tu mujer... tan famosa... esperándote... Recuerda los meses que han pasado desde que no te ha visto.

—Ya no se acordará de mí...

—¿Tú qué sabes? Dime otra cosa: ¿se te ha pasado la borrachera de la gloria militar?

—Sí, señor... Estuve loco... De tanto querer cosas grandes, parece que se me ha gastado el alma, y en estos días ¿sabe usted lo que quería? morirme.

—¿Y esperabas ver á tu mujer en el cielo?

—En el cielo, sí; ¿pues dónde había de verla si yo me moría...? Digo la verdad, señor: no me cabe en la cabeza que mi mujer esté en la tierra.

—Pues en la tierra está. Procura reponerte, y la verás pronto, y de ella no te separarás en lo que te reste de vida.»

Rompió de nuevo en llanto, y Calpena, para curarle la aflicción, que parecía un achaque hereditario, le administró comida, un par de huevos, un pedazo de carne. No recibió con repugnancia la medicina el bruto de *Lucku*, y á la media hora de este tratamiento ya era otro. La locuacidad se despertó en él, y cuando su amigo le hablaba de Aura, el contento daba rosados tintes á su rostro demacrado, luz á sus ojos. Queriendo activar la reparación psicológica, ya que la física iba por buen camino, llevóle D. Fernando á otros asuntos muy apartados del familiar y doméstico que tan hondamen-

te le conmovía. Pedido informe de las operaciones de Zurbano en el tiempo que no se habían visto, refirió Zoilo, no sin trabajo, en cláusulas entrecortadas, la campaña laboriosa en los montes de Bedaya, la arriesgada correría por Treviño y valle de Cuartango, la defensa gloriosa de Subijana, la acción indecisa, sangrienta cual ninguna, de Avechuco, en la que tuvo la desgracia de caer prisionero; agregó sus desdichas en el largo *vía crucis* hasta Estella, donde le tuvieron trabajando más de un mes en las fortificaciones de Santo Domingo, con hambre y palos, hasta que, acometido de unas terribles calenturas, se vió luengos días entre la vida y la muerte. Concluído su relato, comió con más gana, y le mandaron acostarse. En los aposentos de abajo continuaba D. Sabino en su reparador sueño, empalmando una noche con otra.

En tanto, preparaban los arrieros su salida, señalada para el día siguiente; al amanecer subió D. Fernando al cuarto de Zoilo, y hallándole despierto, bastante aliviado de su postración, y con los espíritus en buena conformidad, no quiso dilatar el darle conocimiento de lo que creía más interesante. «Hola, *Zoiluchu*, parece que vamos bien. Con un par de días en tu casa, al lado de tu mujer, te pondrás como un roble. En tu familia, te lo aseguro, encontrarás una novedad, una estupenda novedad.

—¿Mala ó buena? No me encoja el corazón más de lo que lo tengo.

—Hombre, no: si quiero ensanchártelo. Necesitas ahora querer más de lo que querías, amar más de lo que amabas.

—¿Más? Imposible. Si mi mujer está buena y no me recibe con despego, soy feliz.

—Está totalmente buena, curada para siempre con una medicina que le ha dado Dios. ¿No caes en ello, bárbaro? ¿A qué pones esa cara estúpida?... ¿No se te ha ocurrido que en los diez y seis meses que has faltado de tu casa, ya por tus borracheras de gloria, ya por el castigo que Dios ha dado á tu orgullo; no se te ha ocurrido, pedazo de alcornoque, que en tan largo tiempo podían ocurrir novedades en tu familia?

—Sí, señor... pensaba yo... lo vengo pensando desde que estábamos frente á Peñacerrada.

—¿Qué?

—Que mi mujer...

—Sí, hombre; tienes un hijo... Has vivido diez y seis meses soñando, y en tanto tu mujer, buena parroquiana de la naturaleza y de la realidad, ha sabido cumplir sus deberes de esposa. En Durango la tienes hecha una madraza...

—¡D. Fernando!—exclamó Zoilo cerrando los puños.—No gaste conmigo esas bromas... ¡Mire que...!

—¡Broma que tú seas padre! ¿Pues para qué te has casado, animal?

—Para eso.

—Justamente, para eso.

—Pues allí tienes, en Durango, á tu cara

mitad loca con su hijo, digo, loca no, cuerda, enteramente cuerda y bien curada de sus arrechuchos, y esperándote, esperándote, hombre, para que seas feliz con ella y con el crío...

—¡D. Fernando, mire que...!

—La edad del chiquillo no la sé seguramente; sólo me consta que es rollizo, guapote, y como tú, querencioso de vivir. ¿Qué? ¿No lo crees? Pues en Estella está tu padre, que no me dejará mentir. ¿Tampoco crees que está aquí tu padre? ¿Y si te le presento antes de diez minutos? Aguárdame.»

Salió D. Fernando, dejándole en tal confusión, que no sabía el hombre si tirarse al suelo, ó coger el techo con las manos. No tardó en volver el caballero con D. Sabino, al cual agarraba por un brazo para tirar de él, ayudándole á vencer los empinados peldaños. Al entrar en el cuarto, el viejo Arratia decía: «¿Cómo cinco meses? Siete meses y seis días, si usted no manda otra cosa, pues nació mi nieto el 13 de Julio, día de San Anacleto, papa, y de San Salutario, mártir.»

El encuentro de hijo y padre fué tan solemne y patético como si cada cual viese al otro resucitado. Se abrazaron, y D. Sabino inundó á Zoilo con el raudal de su llanto salido de madre. Al hijo le faltó poco para perder el conocimiento, de la fuerza de la emoción, y viendo confirmada la noticia de su paternidad y de la mental reparación de Aurora, entregóse á una alegría delirante y como fantástica: primero se colgó de una vi-

ga del techo, al cual alcanzaba puesto de pie en la cama; hizo allí varias suertes acrobáticas de singular mérito, y después se lanzó á gran distancia, andando un trecho con las manos, las patas en el aire.

«Nada tengo que hacer aquí—dijo D. Fernando,—y me voy. Pueden descansar hijo y padre en este mesón el tiempo que les convenga.

—¡Descansar!—exclamó D. Sabino aleteando con los brazos, como si le contagiara el frenesí gimnástico de su hijo.—Nos iremos á escape, si el *marotismo*, que es ahora el amo, nos proporciona un salvoconducto.»

Recibiendo de manos de Calpena el pasaporte en toda regla, hijo y padre se abrazaron de nuevo. D. Sabino, que creía en los milagros pasados, pero no en los presentes, amplió su fe milagrera, declarando prodigiosas y sobrehumanas las felicidades que llovían sobre él. Mayor fué su asombro, que hubo de traducirse en religioso entusiasmo, cuando el posadero le notificó que podía disponer de un mulo y un borrico, sin ningún estipendio, con la sola obligación de entregarlos en Durango en el punto que se les designaba. Dinero para el viaje también les fué suministrado, lo que les vino de perillas; pues Zoilo no tenía blanca, y la bolsa de D. Sabino había venido á una flaqueza casi equivalente al vacío. Prorrumpió el vizcaíno en exclamaciones bíblicas con solemne acento, que fué de gran edificación en la

posada. «Señor, no hay lengua que entone tus alabanzas... Tu mano desciende á nuestro muladar, y henos aquí vestidos de luz... En tu misericordia con estos tristes, veo la señal de que envías la paz al mundo. Glorifiquemos á Jehová paternal, á Jehová pacífico... ¡Hosanna!... ¡Bendita sea tu paz, Señor, que ha de venir sin libertad de cultos ni libertad de la imprenta!... ¡hosanna!»

En la exaltación de su júbilo, llegó á creer Sabino que el misterioso arriero bienhechor no era persona de este mundo, sino un ángel tiznado, un ordinario celestial que traía encargos del cielo para repartir entre los mortales, preparando el reinado de la paz. Aparte hizo D. Fernando á Zoilo advertencias muy oportunas, dictadas por un prudente recelo. «Chico, no hagas la tontería de decir á tu padre quién soy.

—Comprendido... No debe saberlo... ¿De modo que el Sr. D. Fernando se ha muerto?

—O se ha casado, que es lo mismo.

—Bien, hombre, bien... Deme usted otro abrazo... ¡Qué gusto! ¿Y cuántos hijos tiene ya?

—¡Hombre, todavía...!

—Es verdad... Todavía es pronto. Pero tendrá muchos... como yo.

—Sí... muchísimos. Procura tú largar uno cada año... Vaya, adiós. Yo tengo prisa.»

Y al partir, dejándoles en disposición de hacer lo propio, sintió la tristeza que acompaña al acto de enterrar un muerto querido. Sobre una parte principalísima de su exis-

tencia ponía la losa con epitafio harto breve: *Aquí yace*... Las letras borrosas, ilegibles, que decían y no decían un nombre, parecían sepultar más lo sepultado, y ponerlo más hondo, y hacerlo más muerto.

XXX

Sin tropiezo ni accidente alguno llegaron los cuatro asendereados hombres á Logroño, y la primera diligencia de Echaide fué dar aviso al General para saber si era su gusto recibir al embajador en la Fombera ó en otra parte. La contestación fué que el caballero podía despintarse ya, soltar el disfraz, presentándose en el palacio de la plazuela de San Agustín lo más pronto posible. Toda una tarde y parte de la mañana siguiente empleó D. Fernando en la tarea de volver de aquel estado rústico al de persona fina, pues tan dura era la costra de su figurada barbarie, que para romperla y rasparla fueron menester muchas aguas y restregones muy fuertes. Por fin, restaurado el hombre, entró muy satisfecho en la casa de sus nobles amigos. Después de una corta espera en el billar, tuvo el gozo de ofrecer sus respetos á Doña Jacinta, que le encontró muy negro, quemado del sol y de los aires fríos; pero con aspecto de salud y robustez. Dióle las cartas de su madre que allí le aguardaban,

y comprometiéndole para la comida de aquel día, se retiró para que leyera. Así lo hizo, primero repasando los plieguecillos con avidez, luego despacio y enterándose de todo. El caballero se sentía dichoso, y no se contentaba con echar á volar el pensamiento hacia Medina de Pomar: quería irse todo entero y descansar de tantas fatigas junto á la persona que más amaba en el mundo.

Hasta la hora de comer no vió á Espartero, que aquel día tuvo tarea larga en su despacho. Le saludó muy afectuoso, presentándole después al jefe político interino de Logroño, D. Joaquín Berrueta, á quien debía el General su conocimiento con el arriero Echaide. Probablemente aquel señor estaría en el secreto; pero no hablaron sílaba de tal asunto. Los convidados, á más de Berrueta y de Fernando, eran Pepe Concha y D. Leopoldo O'Donnell. Nunca estuvo D. Baldomero tan impaciente porque la comida acabase pronto: saltaba en su asiento; miraba con inquietud el traer y llevar de platos. Por fin, escaldándose vivo con el café, que tomó muy caliente, se levantó y dijo: «¡Qué calor hace aquí! Venga usted, D. Fernando.» En el próximo billar, donde se cruzaron con el criado que traía el braserillo para encender los cigarros, dieron lumbre á los suyos, y por una escalerilla de piedra que en dicha pieza existía, bajaron al jardín, como de treinta varas en cuadro, poblado de corpulentos árboles con una fuente en el centro. Paseándose en la parte más asoleada, dió

cuenta Calpena de su segunda entrevista con Maroto, y ello fué motivó para que el de Luchana montara en cólera y dijese: «Toda esa componenda de reyes y príncipes es una farsa. Lo mismo le importan á él las ventajas que pueda obtener la familia de D. Carlos que la carabina de Ambrosio... Lo que quiere es confundirme, acabarme la paciencia... Pero ya, ya verá quién es Baldomero Espartero.»

Pedida venia por D. Fernando para exponer el juicio que había formado de la situación psicológica del caudillo faccioso en el momento de la entrevista, trazó la figura moral é intelectual completa, tal y como él la había visto. La cara de Espartero revelaba su conformidad con el retrato, en que veía una obra maestra de observación penetrante. «Es usted—le dijo cariñoso,—un gran conocedor del corazón humano, y podía dedicarse á escribir Historia. Me trae usted un Maroto vivo con el pensamiento pintado en la cara. Es cierto, sí... ese es el hombre. Se ha ensoberbecido con el golpe de Estella; pretende ahora tener un chiripón á mi costa, y si lo consiguiera podría dictar á su gusto la paz, esa paz con fueros de un lado, y de otro la caterva de Príncipes consortes y de Reinas viudas... Dejémosle en esa ilusión, para que el trastazo que le voy á dar le coja en el Limbo... ¡Pobre Maroto!... En fin, vámonos arriba. Esta noche venga usted á cenar, y seguiremos charlando.»

De lo que hablaron en la cena, pudo cole-

gir D. Fernando que el ejército del Norte se ponía en marcha. Dadas las órdenes aquella noche, oyóse de madrugada el trompeteo de la caballería. Los jefes que mandaban tropas acantonadas en los pueblos á lo largo del Ebro, entre Logroño y Miranda, salieron también. Hablando con Espartero, Calpena se aventuró á decirle: «Mi General, por la dirección de las tropas, el trastazo será en el ala izquierda y líneas de Balmaseda, plan felicísimo para mí si me permite acompañarle.

—No le permito, sino que le mando venir conmigo. Falta la mejor parte de la misión, caballero D. Fernando, la más delicada y difícil. En premio de sus buenos servicios, le llevo á ver á su madre. No crea usted que la sorprenderá... Ya lo sabe... ya le espera. Tienen las mujeres una policía y un espionaje que vale un mundo. Si quiere usted adelantarse, váyase con Ribero, que llegará antes que yo.»

Gozoso replicó el caballero que á pesar de su vivísimo afán de llegar pronto, prefería seguir al Cuartel General. Despidióse de Doña Jacinta y de Vicentita con vivos afectos, así como de todas las personas con quienes había hecho amistad en la casa. Sentía un inmenso regocijo, y se creyó compensado de tantos afanes y sufrimientos con las alegrías de aquella marcha en dirección de sus amores. Medina de Pomar, Villarcayo, se le presentaban luminosos, como estrellas refulgentes marcando la meta de su destino, y

hacia la derecha del sendero distinguía también un resplandor lejano sobre las lomas de la Rioja alavesa. Alguna luz brillaba constante, inextinguible, del lado de La Guardia.

No habían llegado aún á Fuenmayor, cuando topó con su amigo Ibero, que de la brigada de Zurbano había pasado á la división de Alcalá, con adelanto considerable en su carrera, pues era ya primer comandante con grado de teniente coronel, y mandaba el segundo batallón de Luchana.

En cuanto se vieron, concertaron el ir juntos en las marchas. Ibero se manifestó á Don Fernando muy orgulloso de sus éxitos recientes, y al compás de los adelantos de jerarquía iba creciendo su entusiasmo por la Libertad y el Progreso, ideales hermosos, que exigían el sacrificio de cuanto existe en el hombre, menos el honor. Tan penetrado se hallaba el valiente Ibero de estas ideas, que no vaciló en confiar á su amigo la repugnancia de que terminara la guerra por tratos y componendas con los facciosos, reconociéndoles grados, é igualándoles con los que habían derramado su sangre por Isabel. Esto era inconveniente, indecoroso, inmoral. Con el absolutismo no cabían arreglos; hacer concesiones al *retroceso* era reconocerle como un Estado. Transigir con él era una declaración de impotencia. No, no mil veces: los soldados de la Libertad debían perecer antes que terminar la campaña por otro medio que el hierro y el fuego. Si se quería establecer una paz durable, era forzoso des-

cuajar el carlismo, y abrasar toda semilla, para que en ningún tiempo ni ocasión pudiera germinar de nuevo. Con los elementos que á la sazón poseía la Libertad, debía emprenderse la extinción completa, radical, de aquel bando execrable que pretendía implantar el despotismo asiático, la superstición y la barbarie. «Que en todo el siglo y en los siglos que sigan no se oiga hablar más de Pretendientes, ni de clérigos salteadores, ni de fanatismo, ni de estas antiguallas odiosas. Como así no se acabe, como sólo nos contentemos con cortar al monstruo una de sus cabezas, y luego le demos de comer por las bocas que le queden, no conseguiremos nada, y la Libertad morirá con vilipendio, amigo mío. Esto pienso, esto aseguro, y mientras viva pensaré lo propio, á fe de Santiago Ibero.»

No dejaron de producir efecto en el ánimo y en la inteligencia de D. Fernando las razones de su amigo. Pero se apresuró á rebatirlas con suavidad, haciéndole ver que el carlismo era una fuerza social, difícil de destruir. La fatalidad había traído á esta pobre Nación á un dualismo que sería manantial inagotable de desdichas por larguísimo tiempo. La idea absolutista, la intransigencia religiosa hallábanse tan hondamente incrustadas en los cerebros y en los corazones de una gran parte de los hijos de España, que era ceguedad creer que podrían ser extirpadas *de un tirón*. Dios había sido poco benigno con España, poniéndola en ma-

nos del mayor monstruo de la historia, Fernando VII, que sobre ser déspota sin talento, no supo establecer con firme base la sucesión á la Corona. La herencia de este hombre funesto había de ser insufrible carga para la Nación; su testamento ponía los pelos de punta. Dejaba á su país un semillero de guerras, discordancias irreductibles entre los españoles, un Estado siempre débil, una Monarquía fundada en la conveniencia antes que en el amor de los pueblos, una religión formulista, una paz armada, métodos de Gobierno con carácter provisional, como si nunca se supieran las necesidades que había de traer el día de mañana. ¿Era conveniente la transacción, aun siendo mala cosa? Sí, porque con ella, si España no mejoraba, al menos viviría, y los pueblos rehusan la muerte aún más que las personas. Si no fueron éstas las razones que á las de su amigo opuso Calpena, debieron de ser muy parecidas. Una y otra vez, en el curso de la marcha, hablaron del mismo asunto, abominando el uno de los arreglos, y defendiéndolos el otro como el médico que aplica los calmantes en un incurable mal.

A los cuatro días de la salida de Logroño, llegaban á las tierras altas de Burgos, y Calpena, con permiso del General, se dirigió á Medina, donde tuvo la inefable dicha de abrazar á su madre y á los Maltranas, que en aquella villa y en el palacio de la Condesa habían buscado refugio. Todo habría sido venturas para el caballero sin la

pena de ver á la niña mayor atacada de la pícara dolencia pulmonar constitutiva en los hijos de Valvanera, y á uno de los pequeños enflaquecido y transparentado como si la tierra le reclamase. Para colmo de infortunio, el insigne D. Beltrán, perdido de la vista, había caído en gran tristeza y abatimiento, que agriaba su carácter y le despojaba de las amenidades que embellecían su trato. No se conformaba el buen aristócrata con aquel bajón impuesto por su naturaleza ya gastada y caduca; protestaba, quería suplir las fuerzas corporales con energías de concepto y alardes de temeridad, y D. Fernando agotaba su ingenio para producir en él una dulce componenda entre la esperanza y la resignación. En cambio, encontró á D. Pedro bastante fuerte, sin nuevas amenazas de la dolencia que le postró en Vitoria, muy bien adaptado á la cómoda existencia de capellán palatino. La Condesa gozaba, según dijo, de una salud perfecta, como nunca la disfrutó, y se animaba grandemente viendo su casa tan bien poblada de amigos cariñosos. Todo lo regía y gobernaba con actividad casera, cuidando de que sus numerosos huéspedes estuviesen contentos y los enfermos atendidos como en su propia casa. Con ella se franqueó el hijo en secretas conversaciones, refiriéndole sus embajadas, y comentando los dos el probable giro de aquel negocio, según lo que resultara de la campaña emprendida. El último esfuerzo de Marte traería la paz, dando este nombre á un armisti-

cio de algunos años ó lustros. Los que vivieran mucho verían extrañas cosas. Y como ante todo, ansiaba ver D. Fernando la grande empresa de Espartero y su gente ante las líneas de Ramales, una vez consagrados tres días á las más puras satisfacciones de su espíritu, abandonó las ociosas alegrías junto á su madre, para meterse en el fiero trajín de la guerra.

XXXI

Cerca de Agüera encontró D. Fernando al coronel inglés Wilde, á quien había conocido en Logroño. Comisionado por el Gobierno de su país para estudiar la guerra, habíala seguido en todos sus accidentes desde Peñacerrada, compartiendo las fatigas y aun los peligros de nuestros soldados. Era persona muy simpática, instruída, de finísimo trato, y habiéndose propuesto con tenacidad sajona dominar la lengua de Castilla, andaba ya muy cerca de conseguirlo sin perder su nativo acento. Con él iba un capitán de la misma nación, que no había podido vencer aún, por el corto tiempo que llevaba en España, las dificultades elementales de nuestro idioma, y lo destrozaba graciosamente sin miedo al disparate, ávido de aprender, como se aprenden todas las cosas: errando. Ingleses y españoles celebraban la ocasión que les

unía, y se concertaron para presenciar juntos las peripecias de la *campaña de Occidente*, como decía Wilde. Formando un cuerpecillo militar de siete hombres (con el criado de Calpena y los ordenanzas que el General había puesto al servicio de los extranjeros), se colaron en el teatro de la guerra, y su primer paso fué aproximarse á D. Leopoldo O'Donnell, que había sucedido á Van-Halen en el cargo de Jefe de Estado Mayor. Causaba espanto ver las posiciones ocupadas por los carlistas en los montes que rodean á Ramales y Guardamino; imposible parecía que de tales alturas pudiera ser desalojado un enemigo intrépido, que con tiempo supo plantarse allí, al amparo de rocas ingentes. Allí el arte militar semejaba al instinto guerrero de las bestias feroces. Hablando los ingleses con O'Donnell, que por la pinta y la serenidad flemática parecía más inglés que ellos, dijéronle: «¿Pero están ustedes seguros de poder ganar esos picachos, si en ellos los lobos tendrán que mirar dónde ponen la pata?

—No estamos seguros de llegar arriba, coronel—replicó D. Leopoldo con la sonrisita que ponía en sus labios, así para los dichos triviales como para los que precedían á los grandes hechos;—pero subiremos hasta donde humanamente se pueda. Mis soldados no miden los caminos con la vista, sino con los pies, y no se hacen cargo de los peligros sino después de estar en ellos.

—Los que hemos visto la subida de Ban-

deras—indicó D. Fernando,—estamos curados de asombro.

—Lloverán piedras seguramente—quiso decir el capitán inglés mezclando de un modo pintoresco las hablas española y británica.
—La ventaja del enemigo es que no necesita gastar pólvora ni proyectiles.

—Eso lo veremos—dijo D. Leopoldo.—Señores, con Dios. No puedo entretenerme.

—General, á sus órdenes. ¡Gloria á Dios en las alturas!

—Y paz en la tierra, *etcétera*... ¿La paz dónde está?

—Donde menos se piensa... aquí.»

Siguieron faldeando el cerro, y á cada paso encontraban fuerzas acantonadas. Se había dispuesto que la división del General Castañeda con las tropas de O'Donnell, disputara á los carlistas las alturas del Moro y el Mazo, empresa que parecía fabulosa. Toda la tarde de aquel día la empleó la partidilla hispano-inglesa en enterarse de las posiciones del ejército constitucional: Ribero, con la Guardia, hallábase en la loma de Ubal, en observación de Maroto, que ocupaba el valle de Carranza. A Espartero no pudieron verle; pero se aproximaron á sus avanzadas en el camino de Ramales á la Nestosa. Pasaron la noche en la falda de Ubal, entre oficiales del 3.° de la Guardia, y al amanecer del día siguiente, 27 de Abril, salieron en la dirección que se les indicó como más conveniente para encontrar á O'Donnell; pero no lograron su propósito, pues el que Wilde lla-

maba *el gran irlandés* habíase remontado en la vertiente de la peña del Moro hasta una altura en que era muy difícil alcanzarle ya. El tiroteo que desde las ocho empezó por diferentes puntos obligóles á buscar algún abrigo: procuraron guarecerse de las balas, ya que no podían hacerlo de la lluvia de piedras. En una y otra eminencia, el Moro y el Mazo, el vigoroso ataque subiendo era un prodigio de agilidad y serena bravura. La roca erizada de picos, ofreciendo á cada paso accidentes difíciles de franquear, cortaduras, grietas, cresterías inabordables, centuplicaba las fuerzas absolutistas y disminuía las liberales. Pero lo inverosímil se hizo verdadero poco después del mediodía. Cástor Andéchaga y Simón de la Torre no supieron sacar partido de sus admirables posiciones, y se las dejaron quitar, cumpliendo con una resistencia formal de dos horas. ¿Qué fué? ¿Cansancio, escepticismo, deseos de acelerar el desenlace que preveían y deseaban? Aun admitida esta causa del desfallecimiento de los facciosos, siempre era grande el mérito de los soldados de Isabel, que treparon por aquella escalera de piedras cortantes, con un precipicio en cada peldaño.

Faltaba un hueso muy duro que roer, pues los demonios de la facción habían fortificado una cueva que dominaba el camino entre la Nestosa y Ramales. Una pieza de á cuatro, que disparaban con metralla, era el monstruo de aquella caverna, apostado en su boca.

Allí no escapaban hombres ni ratas. Alentado D. Baldomero por la toma de las alturas del Moro y el Mazo, decidió apoderarse de la cueva, y embocando hacia ella ocho piezas de artillería, que fueron como otros tantos perros que atacaron al monstruo, y soltándole además lo más granado de la tercera división, hizo polvo al guardián formidable. Día bien aprovechado fué aquél: Espartero debió marcarlo con piedra blanca, pues entre sol y sol, peleándose con las montañas más que con los hombres, disputó y obtuvo los baluartes que convertían en gigantes á sus poseedores. Con esto les hizo pigmeos, y él adquiría una talla que le igualó á la que había sido enemiga y era ya su aliada, la Naturaleza.

No pudieron los ingleses, con su agregado español, presenciar el ataque á la cueva, porque cuando llegaron al Cuartel General ya estaba todo concluído; pero lo oyeron relatar á Echagüe, capitán de Guías del General, y á un oficial de artillería, Osma, ambos partícipes de la gloria de aquella jornada. Al anochecer acompañaron á los vencedores á la cima de Ubal, donde Espartero mandó construir un reducto, cuyos trabajos se emprendieron sin dilación, alardeando todos de incansable actividad. Favoreciales una noche espléndida, que en aquellas alturas, dominando valles y montes, era de una majestad y belleza incomparables. En amenas pláticas la pasó D. Fernando con sus amigos Echagüe y Dulce, pronosticando

glorias y venturas, brillantes acciones de guerra, precursoras de una dichosa paz. Al día siguiente bajó con los ingleses á Bolaiz, visitaron la famosa cueva, hicieron alto en todos los puntos donde encontraban oficiales conocidos, aquí Gándara, allí Linaje y Urbina. En Los Valles ofrecieron sus respetos al General en Jefe, á quien hallaron contento, en estado de excelente salud, disponiéndose á embestir y ganar los fuertes de Ramales y Guardamino, con lo cual *les aventaría* (era su expresión habitual), obligándole á replegarse á las guaridas de Vizcaya y Guipúzcoa.

A su amigo Ibero le encontró Calpena un tanto melancólico por no haber entrado en fuego en los combates del 27. Era de los que cuando no pelean, viendo pelear á sus compañeros, se juzgan ofendidos y hasta cierto punto despojados de lo que les pertenece. Hablando de esto y de las próximas luchas, las conversaciones venían á parar en cálculos diversos sobre lo que haría Maroto con sus veinticuatro batallones apostados en el valle de Carranza. ¿Aceptaría el reto de su grande enemigo? En la previsión de que se presentase por Gibaja, reforzó Espartero el extremo de su ala izquierda, tomando posiciones y fortificándolas bajo el fuego de las guerrillas enemigas.

En los primeros días de Marzo rompieron fuego las baterías contra Ramales, y avanzaron los batallones. No fué todo á pedir de boca, que algunos cuerpos retrocedieron,

aunque sin desorden, y lo que se ganaba en una hora en otra se perdía. Pero á media tarde, los defensores del fuerte, viendose amenazados por diferentes puntos y desmontada la artillería, se retiraron precipitadamente á Guardamino, situación más áspera, más defendida de la Naturaleza, y allí se encastillaron con la seguridad de que el hueso era de los que no podían roer los liberales sin dejarse en ellos los dientes. Ya se vería esto.

En efecto: no era blando el hueso, y dos días estuvo Espartero bregando con él sin obtener grandes ventajas. Pero el día 11, cargado ya el hombre de perder soldados, y movido de su valor impaciente, que no admitía largas dilaciones para satisfacer su anhelo, dispuso un ataque simultáneo contra todos los puntos en que presentaba el enemigo mayor resistencia, y con sus intrépidos Guías, el 2.º de Luchana y la escolta, dió una de esas cargas que hacen memoria en los fastos militares. El mismo peligro corría D. Baldomero que el último de sus soldados, pues el avance fué á la desfilada, bajo el fuego mortífero de los fuertes y de las trincheras abiertas por los carlistas en montes altísimos, que en algunos pasos ofrecían una verticalidad aterradora. Electrizados por la presencia y la actitud arrogante del caudillo, los soldados avanzaban husmeando la victoria, gozándola antes de obtenerla. Algunos caían, es verdad; pero los más andaban bien derechos. En lo mejor

de la marcha, vió Espartero que una compañía bajaba en retirada; pero con unas cuantas voces, que si en otra ocasión podían ser innobles, en aquélla eran la más gallarda de las imprecaciones poéticas, les obligó á *volver caras*. Adelante todo el mundo, sin miedo á la muerte; que allí no había que pensar en cosas tristes, sino en la grande alegría de arrojar al enemigo al otro lado de los montes, á la corriente del Cadagua... Adelante, pues, y vengan balas. Llegaron á un punto en que la desigualdad del terreno no permitía funcionar á la caballería. Los individuos de la escolta pidieron permiso para desmontarse y acometer á pie los parapetos desde donde los facciosos les abrasaban á tiros. Fué concedido el permiso, que Espartero no negaba nunca para los actos de temeridad loca. Los jinetes sin caballos no pudieron tomar á la primera embestida los parapetos; pero su ejemplo enardeció á los menos decididos, su locura se comunicó á los más sensatos, y á la segunda embestida, los carlistas abandonaron la indomable almena natural en que peleaban. En tanto, Linaje les daba un fuerte achuchón por la parte de Gibaja, y viéndose amenazados por el flanco, se retiraron de todo el monte, quedando Guardamino entregado á su propia fuerza. Mas era por naturaleza tan robusto, que á la intimación de Espartero para que se rindiese, contestó con un no redondo y procaz.

Era ya cuestión de tiempo y paciencia.

el someter á tan fiero gigante, emplazando en las alturas toda la artillería de que Espartero podía disponer, y haciendo polvo con cañoneo constante la armadura de roca que el coloso vestía. Incansables, comenzaron por la noche la operación de subir las piezas; pero al amanecer del 12, hallándose el general en una ermita desmantelada donde pasó la noche, sin otro alimento que un pedazo de pan y un chorizo que llevaba en sus pistoleras, por cama la dura peña, por descanso la impaciencia ansiosa, recibió un parlamentario de Maroto con las condiciones para rendir el fuerte. Proponía que la brava guarnición de Guardamino, prisionera de guerra, fuese canjeada por igual número de liberales que los carlistas tenían en sus depósitos. Invocaba Maroto la humanidad, y por humanidad accedió D. Baldomero á lo que su rival le pedía. Todo el día duró el ir y venir de parlamentarios desde Carranza á la ermita, porque el Gobernador del fuerte no quiso rendirse sin que su General se lo ordenase directamente; pero al fin ello se arregló, y las comunicaciones mediadas entre ambos caudillos fueron afectuosas por todo extremo. Entregóse, pues, Guardamino con su artillería, municiones, pertrechos y víveres. Los rendidos fueron inmediatamente enviados al cuartel de Maroto, que no tardó en pagar la carne facciosa con igual peso y medida de carne liberal. Alardearon uno y otro de hidalguía y generosidad. La victoria de Espartero fué de las más grandes que ob-

tuvo en su gloriosa vida. En la elocuente orden del día que dió á las tropas les dijo: «El enemigo no quiso aceptar vuestro reto para una batalla general. Encastillado en sus formidables posiciones, allí quería que se estrellase vuestro arrojo. Allí os conduje. Allí vencimos. Allí completamos su ignominia.»

XXXII

La brillante hazaña de Espartero sobre Guardamino fué presenciada por los caballeros de la trinca anglo-española. Marcharon en la retaguardia de la escolta, de tal modo fascinados, que no advirtieron el peligro hasta que no se hallaron en la imposibilidad de evitarlo. Tuvieron la suerte de salir ilesos, con excepción de Urrea, que recibió un balazo en el muslo, sin que le tocara el hueso. Perdió alguna sangre, continuó á caballo, y al fin de la jornada le curó veterinariamente un práctico del escuadrón. Hasta el dia 13 no tuvo Calpena noticias de Ibero, que había sabido hartarse del manjar de su gusto: peligro, temeridad, gloria. Entre él con los de Luchana, y Echagüe con los Guías, habían tomado los parapetos que decidieron la victoria... El hombre no cabía en su pellejo. No quería grados, no buscaba recompensas. Bastábale el gozo de haber empujado á la Libertad hacia las altas cimas donde debía tener su asiento, de

haber arrojado hacia los valles cenagosos al *monstruo del obscurantismo*.

Maroto se internó en Vizcaya; Espartero, fijando en Ramales su Cuartel General, dió descanso á sus tropas antes de emprender la ocupación del país vasco-navarro, contando con el desaliento del enemigo y con la descomposición y ruina de su antes poderosa unidad. Pasado el temporal de agua que en lo restante de Abril y principios de Mayo entorpeció los movimientos, avanzó el ejército cristiano hacia Orduña, que fué ocupada sin disparar un tiro. Con pretexto de tratar de un nuevo canje de prisioneros, envió el de Luchana á su rival un parlamentario, al cual acompañaban el coronel Wilde, encargado por su Gobierno de hacer cumplir el convenio Elliot, y dos ó tres personas más, afectas al servicio del militar extranjero. Recibióles Maroto un tanto displicente. Expuso el parlamentario, Brigadier Campillo, lo referente al canje; el inglés hizo presente su propósito de trasladarse á Tolosa para someter al *elevado criterio* del Rey los deseos del Gabinete británico, inspirados en sentimientos de humanidad y justicia; disuadióles Maroto de esta idea, brindándose á dar cumplimiento por sí mismo al convenio Elliot, pues poder y autoridad tenía para ello; y una vez retirados de su presencia los mensajeros con sus respectivos secretarios, mandó recadito al caballero español que en calidad de intérprete al coronel Wilde acompañaba. Encerrándose con él á media noche

en la destartalada estancia del caserón donde tenía su alojamiento, solos, sin más luz que la del candil que alumbraba un cuadro negro de las ánimas del Purgatorio, hablaron lo que á renglón seguido con la posible fidelidad se reproduce:

«He leído la carta de Espartero que usted me trajo—dijo Maroto, paseándose, las manos en los bolsillos,—y empiezo por decirle que no me parece bien el abandono del disfraz, ¡porra!... aunque me sea muy grato verle á usted en su porte de caballero distinguido y llamarle por su verdadero nombre... Pero no es prudente, no. Estamos, estoy rodeado de espías infames... Tome usted asiento.

—No tema usted por mí, General—dijo Calpena, siguiendo á Maroto en su paseo:—yo sabré guardarme... y vamos al asunto.

—Pues al asunto. Veo que su jefe de usted está tan bien enterado como yo de las intrigas de los apostólicos contra mí.

—Europa entera conoce la rabia vengativa y el furor venenoso de ese bando que, aun después de vencido, se revuelve contra el hombre fuerte que le apartó del Rey...

—Todos los que D. Carlos desterró por exigencia mía... naturalmente, tuve que cuadrarme... plantear la cuestión en el terreno de la dignidad: O ellos ó yo, ¡porra!... pues todos aquéllos que eran la perdición y el descrédito de la Causa, en la frontera trabajan contra mí, con mil enredos y calumnias... Lo que yo digo: no necesitan volver á

ganar el corazón del Rey, porque lo tienen bien ganado. Carlos V les ama y á mí me detesta. Eso lo sé, lo he visto muy claro. S. M. cedió á mi exigencia, porque no tenía corazón para resistirme. Yo apelaba á su dignidad, á su conveniencia, y á falta de éstas, encontré su miedo... Pero el miedo aplaza, no resuelve. Estamos lo mismo: el Rey no se apea ni se apeará del burro de su intransigencia apostólica y absolutista... ¿Y sabe usted que ese danzante de Arias Teijeiro, en vez de largarse á Francia como el Rey le ordenó, se fué al Maestrazgo? Allá le tiene usted reconciliado con Cala, á quien acusó de venal, y partiendo un piñón con Cabrera. Entre todos arman grandes tramoyas contra mí. Nada conseguirán mientras yo tenga junto al Rey á mi gran aliado, el miedo; pero el dia en que S. M. se recobre del susto que le dí, y apoyado se vea por los *brutos*, que así califican á la fidelidad, perderé mi mando, y creo que la vida con él...

—La situación de usted, mi General, es harto difícil. Las circunstancias, los hechos, con su lógica incontrastable, imponen á todos la paz...

—La paz... Venga pronto, si ha de ser honrosa, como yo puedo admitirla y proponerla... Sentémonos, señor mío... Y ahora que me acuerdo. Felicite usted en mi nombre á Espartero por el nuevo título que le ha concedido su Reina: *Duque de la Victoria*... Es hermoso, y hasta cierto punto me lo debe á mí. No debe olvidar que le aban-

doné voluntariamente las posiciones de Ramales y Guardamino, por evitar el derramamiento de sangre...

—Me permitirá usted, mi General, que no exprese ninguna opinión sobre los hechos militares del pasado mes... Y no es porque no los conozca; que observé al ejército en todos sus movimientos, y seguí al Duque en su prodigiosa marcha sobre Guardamino.

—El fuerte hubiera resistido mucho tiempo. Se rindió porque yo se lo ordené.

—Cierto; pero...

—Pero... No discutamos. Sólo digo que el título de Duque de la Victoria, en gran parte me lo debe á mí D. Baldomero, ¡porra!... Reconozco que es un militar valiente y un hombre honrado, que desea el bien de su patria... Yo también, ¡porra! yo, sin llamarme Duque, quiero la felicidad de España.»

Nervioso y exaltado, Maroto se levantó á poco de sentarse, diciendo con fuertes voces:

«Y me hará el favor de advertir á su Jefe que no me mande parlamentario militar, so color de canje de prisioneros. Esto me compromete, ¡porra! No tardan mis enemigos en llevar el soplo á Tolosa... que si andamos en arreglos, que si vendo al Rey... No, no quiero parlamentarios. Siempre que llega uno, tengo que dar á mi ejército una orden del día echando sapos y culebras... ¡porra!... para disimular el mal efecto... Y vamos al asunto.

—La ingratitud del Rey es tan manifiesta,

lo mismo que su tenacidad en sostener el retroceso y la barbarie, que no insistirá usted, así lo creo, en las condiciones que me manifestó en Estella, referentes á la familia Real.

—No, no insisto en ello; renuncio á mi propósito del enlace de los hijos; renuncio á conservar á D. Carlos las preeminencias de Rey padre... Que se vaya al extranjero, con título y calidad de Infante aburrido y de Pretendiente chasqueado, á comerse la pensioncilla que se le dará para que viva con decoro... No merece otra cosa; no ha nacido para más; aún saca más de lo que le corresponde por su menguada inteligencia...

—Espartero contaba con esta rectificación de las antiguas ideas de usted, y una vez de acuerdo en cosa tan importante, espera que la conformidad en los demás puntos no se hará esperar.

—Poco á poco—dijo el carlista, súbitamente acometido de una gran agitación.—Si cedo en lo de las personas Reales, no puedo ceder en los principios, pues no pretenderá Espartero que yo le entregue todo, la fuerza y las ideas... Eso no sería transigir: sería por mi parte una debilidad vergonzosa... ¿Qué quiere ese hombre? ¿Dejarme á mí un papel ridículo, y conservar él la gloria de la pacificación? Dígame usted: ¿qué papel hago yo, entregando mi ejército al masonismo y á la impiedad revolucionaria? Eso no puede ser, y no será... Antes moriremos todos... Asegure usted á su General

que no suscribiré nunca una paz que no vaya fundada en un régimen político mucho más restringido que el existente.

—Pues el General Espartero—declaró Calpena con solemnidad,—pone por condición primera que se ha de conservar el régimen político existente, la Constitución del 37, con todas sus consecuencias... ¿Le parece á usted justo que después de la sangre derramada por la libertad, ofendamos la memoria de los hombres heróicos que por ella han perecido? ¿Qué quiere usted? ¿que el representante de las ideas liberales, acepte y patrocine el absolutismo? Eso no será transacción. Será entregar nuestra bandera al enemigo vencido para que la pisotee.

—Pues quédese cada cual con su bandera, y perezcamos todos—gritó D. Rafael, no ya agitado, sino furibundo.—Sepa Espartero que trata con un General que manda fuerza considerable, no con un monigote sin decoro ni vergüenza. Corra la sangre; no haya humanidad ni compasión. Lo que no se hace por un Rey inepto, lo haremos por la defensa de los grandes principios.

—Veo, señor mío, que obedeciendo á un destino fatal, será usted el instrumento del Obispo de León, de Arias Teijeiro y del clérigo Echevarria. Usted les detesta, y al propio tiempo les ampara. Ellos pregonan la cabeza de Maroto, ignorando que al matarle, matarían á su mejor amigo.

—No, no defiendo yo el absolutismo—gritó Maroto fuera de sí, con fuertes voces,

—ni las ideas de esa canalla. Defiendo un régimen templado, en que el Rey gobierne inspirándose en las necesidades positivas de los pueblos; un régimen sin tiranía del soberano ni alborotos de los súbditos, con la unidad católica bien garantizada, y los clérigos levantiscos bien sujetos; un régimen en que puedan hacerse oir los hombres ilustrados y callen los ignorantes y díscolos; un régimen de justicia, de gobierno paternal, con el consejo de un escogido número de personas graves que ilustren al Rey y enfrenen á la plebe.. Eso quiero, eso propongo, y sin eso no habrá paz, no puede haberla, porque... denme todo lo que quieran, mi destitución, mi muerte; pero no pidan á Rafael Maroto que firme una paz á gusto de los masones y comuneros. Eso no puede ser... Yo le suplico á usted que no me contradiga, ¡porra!

—Bueno, mi General... Realmente, yo no contradigo á usted: no hago más que exponer las que creo ideas y propósitos de la persona en cuyo nombre hablo. Siento infinito volver allá con la triste obligación de comunicar el fracaso definitivo de las negociaciones.

—Pues comuníquelo usted... No hay paz, no puede haberla—dijo Maroto desplomándose en la silla, por una cesación súbita de aquel frenesí nervioso.—¿Qué me importa? Si todo se hunde y se lo lleva el diablo, no es por culpa mía. Es culpa del señor Duque *nuevo*, que quiere arreglar todo á su gusto,

para su sola gloria y provecho, dejándonos á los demás como trapos...

—No es eso: perdone usted...

—Es eso... y no me contradiga. Como trapos... ¡Bonito papel quiere asignarme!... ¡Y él, ¡porra! el héroe, el pacificador, el niño bonito, el niño mimado!... Pretende el mangoneo universal, y ser el amo, y traernos á todos cogidos de la nariz... ¡Ay!»

Este ¡ay! fué una exclamación dolorosa, como punzada en el corazón, el lamento de una naturaleza profundamente herida. «¡Ay! —repitió oprimiéndose el costado.—Puede usted creerme: deseo una muerte repentina que ponga fin á mis sufrimientos. No era esto lo que yo presentía, lo que yo soñaba al venir al carlismo. No era esto, no, lo que me impulsó al abandono de las posiciones de Ramales. Pensé yo que Espartero me comprendería, que sería generoso... Pero su egoísmo está bien manifiesto: quiere una paz que sea para él un triunfo, y un oprobio para mí... Lo peor es que... Siéntese usted: aún tenemos algo que hablar.»

Con acento quejumbroso, de hombre enfermo, de un alma sumida en acerba pena, prosiguió así: «Y á pesar de todo, créame usted, deseo la paz... sí señor, la deseo como soldado y como español... porque yo amo á mi patria... Bien sabe Dios que el absolutismo mío no es el régimen absurdo y tenebroso que predican los clérigos de Oñate. Espartero me conoce... No quiera hacer de mí un monigote... Si en ello se empeña, no

habrá paz, y España se acabará... Más quiero verla muerta que en brazos del masonismo y de la revolución.

—Espartero—dijo Calpena compadecido del General carlista, por el lastimoso estado á que le habían traído sus errores,—no pretende humillar á usted, ni apropiarse la gloria de este bien tan grande: la gloria será de los dos, para los dos la inmensa gratitud de España.

—Así debiera ser...—murmuró el carlista con emoción, que afeminó por un instante su voz varonil y guerrera.—Nadie me gana en el amor á este terruño donde hemos nacido... En mi larga vida militar y política no he tenido otro móvil que el bien de los españoles... Pero los buenos deseos son una cosa, y los buenos caminos otra... Cuestión de suerte, amigo mío; cuestión de acertar ó no en los primeros pasos... ¡Oh, pues si yo lograra que España dijese: «á Maroto debo la paz!...» Pero no me caerá esa breva, ¡porra! La fatalidad dice que no... que no... la fatalidad me ha tomado entre ojos...»

En la pausa que siguió á estas palabras, D. Fernando vió al General agobiado en el sillón, los codos en las rodillas, el rostro en las palmas de las manos, y respetó su dolor guardando silencio. Después sacó D. Rafael del bolsillo del capote un pañuelo grandísimo, y se sonó con estrépito. Tenía los ojos encendidos y húmedos.

«Mi General—le dijo Calpena, aprovechando con delicadeza la emoción que observaba,

—me detendré aquí todo el tiempo que sea menester, si de la espera resulta que puedo llevar una proposición de concordia. Piense usted en ello un día, dos; considere su situación, la ansiedad del país, el deseo de todos los partidos...

—¡Pero si estoy ya loco de tanto pensarlo!... No, no pienso más. Ya es cuestión de decidirse, de escoger la primera carta que salga.»

Suspirando, volvió á su inquieto pasear por la estancia. De pronto se paró ante Calpena, diciéndole: «Puesto que no tiene usted prisa de volver á Orduña, ayúdeme á buscar una solución decorosa para mí. Verá usted lo que se me ocurre... Tenga paciencia, y hablaremos algo más.»

XXXIII

Dirigióse á la cómoda en que estaba el candilón, el cual, dicho sea por respeto á la puntualidad histórica, había dejado extinguir una de sus dos mechas, manteniendo encendida la otra por puro compromiso, al parecer, pues bien se le conocían las ganas de dormirse en la obscuridad. D. Fernando miró al General, que revolvía papeles en el cajón primero de la cómoda, y tras él veía también mal alumbradas por la luz dormilona las pobrecitas ánimas del Purgatorio, sus cuerpos desnudos entre llamas rojizas. ¡Con qué gusto las habría sacado de aquel

martirio, extrayendo al propio tiempo al pobre General, que en las llamas de su ansiedad é irresolución ardía!

«Verá usted—dijo D. Rafael, hallando lo que buscaba, y volviendo el rostro hacia el mensajero de su rival:—aquí tengo una carta interesantísima. No haré con usted misterio de su contenido ni de la persona que la firma: es un amigo íntimo de Simón de La Torre y mío. En ella se me propone una entrevista con el Comcdoro Lord John Hay, el cual tiene instrucciones de su Gobierno para proponer á Espartero y á mí fórmulas de paz.

—Debo decir á usted que á mi jefe no le gusta que los extranjeros medien en esto asunto. Notaría usted que el coronel Wilde no pronunció una palabra de condiciones de arreglo. También debo decirle, General, que á Espartero no le supo bien que usted cambiara comunicaciones con el Mariscal Soult sobre este negocio. Es muy delicada la intervención extranjera, así en la guerra como en la paz, porque casi siempre los poderosos que nos prestan servicio tan eminente, lo cobran después con una pesada ingerencia política y diplomática.

—Es verdad; pero yo no puedo negar al Comodoro la entrevista que me propone. Sólo que no sé dónde ni cómo celebrarla. Bien podría servirme de pretexto la orden que á León ha dado Espartero de quemar las mieses de Navarra. Esto es una violación del tratado de Elliot.

—¿Ha contestado usted á La Torre que acepta la entrevista?

—No, porque de nadie me fío ya. No me determino á enviar una carta de tanta gravedad por mano de carlista: la traición y el espionaje tienden aquí sus redes que es un primor.

—¿Y no hay un hombre leal que establezca la comunicación verbalmente?

—No le hay, ó al menos yo no le veo junto á mí,—replicó Maroto con la desconfianza pintada en su inquieto mirar.

—Permítame usted que le diga, mi General, que en el recelo y suspicacia que me manifiesta veo una enfermedad del ánimo, efecto de su singularísima situación entre la guerra apostólica y la paz nacional; veo el delirio persecutorio, que usted logrará vencer, mirando con más serenidad cosas y personas.

—Puede que tenga usted razón... Déjeme seguir: Simón de la Torre y yo estamos de acuerdo; el amigo que nos comunica es un joven bilbaino muy simpático, que ha servido con Córdova y con Espartero...

—¡Oh, qué luz, mi General!... ¿Es acaso Pedro Pascual Uhagón?

—¿Amigo de usted, por ventura?

—Sí señor... Yo sabía que andaba por aquí; me constaba su amistad con Simón de la Torre... En fin, ¿quiere usted que yo me vea con Uhagón?... ¿Dónde está?

—Muy cerca de aquí: en Amurrio.

—Pues allá me voy. ¿Debo decirle que es-

tá usted dispuesto á celebrar la entrevista con el Comodoro?

—Justo; ¿pero dónde nos encontramos, Señor?... ¿Debemos reunirnos por casualidad, ó por reclamo del inglés, para tratar de la cuestión de las mieses incendiadas?

—Deje usted á mi cuidado el determinar la entrevista de una manera lógica, en forma que le ponga á usted á cubierto de toda sospecha.

—Si así lo hiciera, me prestaría un servicio inmenso en las actuales circunstancias...

—¿Con que en Amurrio? Cuente usted con que mañana comemos juntos Pedro Pascual y yo; cuente con que un día de éstos se verá usted sorprendido por Lord John, y obligado aparentemente á conferenciar con él... Y cuente con que las proposiciones del inglés diferirán poco de las de Espartero...

—Pero la sanción de una potencia extranjera, amigo mío, es alivio grande de la responsabilidad...

—Convenido. Luego veremos el grado de desinterés de la gestión inglesa... En fin, mi General, viva la paz, *aunque viva con su Pepita*...

—Eso, eso—dijo Maroto, riendo por primera vez en la conferencia de aquella lúgubre noche,—*que viva con su Pepita*. Y ahora...

—Sí: debo retirarme.

—Que no se le olvide felicitar á Espartero por su ducado.

—Lo agradecerá mucho.

—Sí, sí: los dichosos agradecen los plácemes de los tristes—dijo D. Rafael sin ocultar su pena inmensa.—Con que, buenas noches. No tengo vino superior con que obsequiarle.

—Ya beberemos pronto á la salud de España pacificada. No me detengo. Querrá usted dormir: yo también.

—Yo no duermo.

—Descansar, por lo menos.

—Tampoco.

—Ya vendrán para todos el descanso y la tranquilidad.

—Dios lo quiera.

—¡Animo, sinceridad, patriotismo! Adiós, mi General.

—Adiós. Le deseo lo que yo no he tenido nunca: buena suerte.

—La tendremos... ¿Qué hace falta? El corazón siempre por delante.

—¡Ay!... Eso se dice, eso se intenta... pero no siempre el corazón se pone donde quiere, donde debe... Adiós.»

Salió Calpena de la triste casona; palpando paredes se encaminó á su alojamiento, y lo primero que hizo fué dar órdenes para partir de madrugada. El coronel Wilde y el Brigadier Campillo dormían profundamente; procuró hacer lo propio, y al romper el día trotaban los seis desandando el camino que habían traído. Las diez serían cuando las avanzadas del ejército liberal les indicaban la proximidad de Amurrio. Dijo D. Fernando á sus compañeros que si no querían esperar-

le en aquel pueblo, donde una diligencia importante le detendría, siguieran á Orduña. Divididas las voluntades, el Brigadier determinó encaminarse sin demora al Cuartel Real, y Wilde se quedó, pues no había para él compañía más grata que la del caballero español. No vaciló éste en ponerle en autos del asunto que motivaba su detención en Amurrio: uno y otro, cada cual en su esfera, trabajaban por la paz, y solían comunicarse una parte de sus secretos. La primera diligencia fué tomar lenguas del paradero de Uhagón, también del inglés amigo, y sin grandes molestias dieron con él en la casa de Zárate, donde estaba en gran parola, *inter pocula*, con Ibero y otros oficiales, entreteniendo los ocios con historias picantes y libaciones de chacolí. En el mismo hospedaje se metieron Calpena y Wilde, formando alegre compañía, y al poco tiempo de sociedad, ya se habían trazado los conspiradores de la paz el plan más acertado para llevar adelante las vistas entre el Comodoro y el General de D. Carlos. Por desgracia, Lord John se hallaba por aquellos días en Bayona; Pedro Pascual tenía que trasladarse á Bilbao, buscar embarcación que le llevase á Francia, y volver luego con el Comodoro. Convinieron en que Wilde le acompañaría en la expedición marítima, mientras á Orduña pasaba D. Fernando para dar cuenta al General. Algunos días retuvo el Duque de la Victoria á su amigo, no sólo porque descansase, sino por creer que en el estado de las ne-

gociaciones convenía dar largas á Maroto, para que su turbado ánimo, con la tremenda crisis del carlismo, viniese á mayor decaimiento y desorden más grande. La primera comisión que D. Baldomero dió á su fiel servidor después de aquel descanso fué llevar á Maroto las cartas de los emigrados apostólicos, que interceptadas por el Gobierno fueron impresas en la *Gaceta de Madrid*. Por ellas se veía que el partido intransigente, á quien el Rey con fingida corrección había separado de su gracia, se mantenía con éste en inteligencia clandestina. Por miedo á Maroto, había decretado D. Carlos el destierro de los clérigos Echevarría y Lárraga, de Marco del Pont y Arias Teijeiro; pero no tardaron éstos en ponerse de nuevo al habla con su señor, tendiéndose desde la frontera á la Corte un hilo de conspiración que no fué el paso menos interesante de aquella tragicomedia.

Volvió, pues, D. Fernando al Cuartel de Maroto, acompañado de Ibero en calidad de parlamentario militar para un nuevo canje, y halló muy desconcertado del entendimiento al General sin ventura, variando de opiniones y actitudes á cada instante, pasando bruscamente del ardiente furor al desmayo mujeril. Ya tenía conocimiento, cuando el mensajero le mostró la *Gaceta*, de los tratos que sostenían los emigrados con el Rey absoluto, y á este propósito le hizo Calpena, con seguro conocimiento de la humanidad, estas profundas observaciones: «Vea usted,

mi General, cómo se reproducen en la historia los mismos efectos cuando las causas no varían, y cómo se repiten los hechos cuando las personas no cambian. En D. Carlos tiene usted la imagen viva de su hermano Fernando VII: son los mismos perros con el mismo Toisón de Oro al cuello, y perdóneseme la comparación. Diferentes parecían uno y otro hermano, y son el mismo sujeto repetido en el tiempo, desmintiendo á la muerte. Si discrepan en cualidades secundarias, en lo principal son idénticos, y proceden de igual manera. La situación en que el estadillo carlista se encuentra, es la misma del Estado español en aquellos famosos años del 20 al 23. La pesadumbre y la barbarie del absolutismo han traído una revolución, y esa revolución, esa protesta contra el régimen tiránico y clerical, Maroto á pesar suyo la representa. Por una serie de circunstancias, la fuerza ha venido á estar en manos de usted. El Rey no supo serlo absolutista, no sabe serlo tampoco liberal, y doy este nombre al partido *marotista* ó *de transacción*, para establecer un término relativo que facilite mi argumento. Liberal es usted, aunque no quiera confesarlo; liberales son Simón de la Torre, Zaratiegui y aun el mismo Elío, por extraño que parezca. Digamos que han admitido un átomo de la idea liberal: en ese átomo está todo lo substancial del principio. Pues bien: D. Carlos ha venido á ser prisionero de usted; tiembla de miedo viéndose sometido á la fuerza que odia; aparenta ceder;

aun dice *marchemos y yo el primero*... Por intimación de usted, separa de su lado á su camarilla; destierra muy contra su voluntad á los que cree sostenedores de su soberanía absoluta; pero continúa entendiéndose con ellos, dándoles ánimos para que conspiren, adquieran fuerza y vengan á libertarle. ¿Duda usted esto? ¿Cree la pintura recargada y violenta? Su silencio y su mirada me dicen que no. Pero si aún duda, pronto ha de ver cuán fundado es este juicio mío. ¿Recuerda usted la sublevación de los voluntarios realistas? ¿Recuerda las partidas levantadas por clérigos y frailes salteadores? Pues pronto hemos de verlas reproducidas. El bando apostólico, apoderándose de los soldados que usted manda, levantará la bandera del absolutismo neto y rabioso contra la transacción que este ejército representa. Harán creer á los pueblos que usted secuestra al Rey, que tiene embargado su Real ánimo... Y por fin, y esto es lo más triste, esa bandería furibunda vencerá por lógica ley al partido de la moderación, y Maroto será tratado, no como un hombre que mira por el bien de su patria, no como un General que sirve intereses superiores á los de una persona, sino como un vulgar ambicioso, y le impondrán pena infamante. Por muy extraño que parezca, será usted en su papel político y en su fin desastroso muy semejante al infortunado Riego. Le llevarán á la horca en un serón arrastrado por un burro... y...

—Cállese usted...—dijo Maroto apretando

los puños y despidiendo lumbre por los ojos,—que si algo hay de verdad en el paralelo que hace, no puedo admitir mi semejanza con Riego.

—Ya lo veremos.

—Yo sabré morir con dignidad.

—No lo dudo. Pero es lástima que usted muera, pudiendo vivir con honor y hasta con gloria, facilitando la obra de la paz.»

Poco más hablaron; Maroto se volvió muy taciturno, sumergiéndose en sus melancolías. Luchaba fieramente ¡infeliz hombre! con el turbio, revuelto oleaje de su destino, más embravecido cuanto más en él pataleaba.

XXXIV

Fué un hecho, al fin, á fines de Julio, en Miravalles, la entrevista de Maroto con Lord John Hay. No se halló presente Calpena; pero por su amigo Uhagón supo después que no habían llegado á un acuerdo. Quizás Maroto, harto ya de guerra, y deseando ponerle fin á todo trance para salvar su honor militar y su vida, habría dado asentimiento á las condiciones presentadas por el inglés, muy semejantes á las de Espartero; mas no podía por sí solo cerrar trato sin el asenso de los demás jefes, encariñados con la paz, pero más exigentes en punto á condiciones. Necesitaba tomarse tiempo para traer las demás voluntades al punto de cansancio y de-

sesperación en que ya estaba la suya, y propuso á Espartero, por conducto del Comodoro, la suspensión de hostilidades. De la respuesta del Duque de la Victoria á esta martingala de su rival sí fué testigo D. Fernando, el cual vió con gusto que el criterio del Duque no difería del suyo. Nada de armisticio. Maroto, juzgándose impotente ya para presentar batalla, no quería más que ganar tiempo, esperando del acaso una solución menos terrible para él que la que anunciaba la realidad. Volvió, pues, el inglés al Cuartel carlista, en Arrancudiaga, y expresó á Maroto la negativa de Espartero, y su propósito de reanudar sin demora las operaciones. He aquí la razón de la marcha del ejército liberal desde Amurrio á Vitoria por el desfiladero de Altuve. Ocasión tuvo el carlista, en aquel paso peligroso, de contener á su rival y aun de batirlo; mas no quiso ó no supo aprovecharla. Sólo algunas guerrillas molestaron á Espartero en Altuve; y cuando entraba en Vitoria, casi sin disparar un tiro, los facciosos abandonaron el puente fortificado de Arroyabe, corriéndose hacia las líneas atrincheradas de Arlabán y Villarreal.

Decidido siempre y con sus ideas bien claras, como turbias eran las del otro, atacó Espartero resueltamente, no dándole tiempo á prepararse. Maroto aceptó aquel combate, como el suicida que ve en la segura muerte la única solución del conflicto que le agobia. La proclama que dió á su ejército era el lenguaje de la impotencia y el or-

gullo, y estos sentimientos se comunicaron á la tropa carlista, que en aquella jornada, como en otras muchas, desplegó un valor heróico, una grandiosa entereza. Porfiado cual ninguno fué el combate: de una parte y otra se desarrolló toda la fuerza espiritual y física que siempre fué don de soldados españoles en las grandes apreturas de la guerra. Perecieron aquí y allá valientes en gran número. Venció al fin el que tenía razón: Espartero fué dueño de Villarreal. De las alturas de Arlabán desaparecieron los carlistas como una nube empujada por el viento, y escabulléndose por las tristes hoces de Aránzazu, caían sobre Oñate y los valles guipuzcoanos, cuna y sepulcro de la Causa.

Antes de la gloriosa ocupación de Villarreal por Espartero, supo éste que en el campo enemigo, por la banda de Navarra, ocurrían sucesos graves, que confirmando la rápida gangrena del cuerpo lacerado del absolutismo, venían á favorecer los planes de pacificación. Algunas compañías de los batallones 5.° y 12.° de Navarra se sublevaron en Irurzun al grito de *Viva el Rey, mueran los traidores, abajo Maroto*. Era la enfermedad histórica de la Nación, la protesta armada, manifestándose en la Monarquía absoluta de Oñate como en el régimen constitucional de Madrid. La ineptitud y doblez de los hijos de Carlos IV, tan semejantes en su soberbia como en su incapacidad para el gobierno, eran quizás la causa determinante de aquella dolencia que con el tiempo había

de corromper la sangre nacional. El Rey tenía una cara para los transaccionistas y otra para los apostólicos. Creyérase que Fernando y Carlos eran èl mismo hombre. Pues bien: los sublevados de Irurzun encamináronse á Vera, soliviantando á los pueblos del tránsito; diéronse allí la mano con los emigrados, que dejaron de serlo, pasando la frontera. El Obispo Abarca, Gómez Pardo, el cabecilla ó General D. Basilio, y el famoso canónigo y confesor Echevarría, constituyéronse en autoridad revolucionaria, en nombre de Carlos V. Era como una sombra de la Regencia de Urgell. ¡Tristes amaneramientos de la Historia!

Lo primerito que se les ocurrió á los sediciosos, demostrando en ello buen tino, fué nombrar su Comandante General; y aunque entre ellos estaba D. Basilio, hombre de guerra, recayó la elección en el Canónigo, quien de confesor de S. M. pasó á Jefe de Estado Mayor de la Generalísima. Empuñó el hombre su bastón, y pasada revista á las tropas con una felicísima mezcolanza de unción y marcialidad, largó su correspondiente proclama, poniendo á Maroto á los pies de los caballos, y procurando levantar el decaído espíritu de aquellos pueblos infelices, honrados, inocentes, que habían hecho por la realeza de Carlos Isidro el sacrificio de su sangre y su hacienda. Pero los pueblos, la verdad sea dicha, no respondieron con el calor que se esperaba á la invocación del clérigo metido á Macabeo. La fe

en un Rey que no sabía gobernar ni combatir se debilitaba rápidamente. Paces querían ya, aunque no se les hablara tanto de religión, que bien segura veían por todas partes... porque, verdaderamente, si tan *partidario* de D. Carlos era Dios, ¿á qué consentía los avances de Espartero y los palizones que éste venía dando á los caballeros del Altar y el Trono?

Y no se paraba en barras el Conde-Duque, seguro ya de ganar la partida. Desde Villarreal de Alava, avanzó hacia el fuerte de Urquiola, donde fué muy débil la resistencia. Sabedor de que su rival ocupaba á Durango con fuerzas considerables, allá corrió dispuesto á batirle; pero Maroto, ya en el grado último de turbación y azoramiento, le abandonó la villa, marchándose á Elorrio. Hizo, pues, Espartero entrada triunfal en Durango, y la animación y el orgullo de sus tropas, vencedoras sin disparar un tiro, contrastaban con el desmayo y tristeza de los batallones guipuzcoanos.

No estará de más decir que no fué para el Sr. de Calpena motivo de gozo la entrada en Durango. Temía que el encuentro de los Arratias le produjese una situación penosa, y que los recuerdos apagados se avivasen con la presencia de personas que no quería ver más en lo que le restara de vida. Por fortuna suya, en el retraimiento que se impuso, encarcelándose y entreteniendo sus ocios con lecturas, le descubrió el sabueso de más fino olfato que por aquellos

reinos andaba: el sagacísimo D. Eustaquio de la Pertusa, que una mañana se le apareció como por escotillón, sirviéndole el chocolate, según testimonio del propio D. Fernando en sus Memorias escritas y no publicadas. Adivinando el motivo de la encerrona de su noble amigo, el astuto conspirador se apresuró á tranquilizarle refiriéndole que todos los Arratias de ambos sexos habían levantado el vuelo hacia Bilbao, en cuanto se agregaron á la familia Zoilo y su padre. ¡Memorable día de abrazos y besos, reconciliaciones y extremos de cariño! Felices parecían todos al emprender la marcha hacia sus lares, y tan embobada con la criatura iba la juvenil pareja, que era lógico esperar se cumplieran los deseos de Doña Prudencia, la cual no se contentaba con menos de una criatura por año. La fecundidad de la guapa moza garantizaría su dicha y la paz del matrimonio. Para D. Fernando fueron estas rereferencias como si la sepulcral losa, que en el cementerio de su corazón guardaba sus primeros amores, se levantase y se volviera á cerrar. Trató de asegurarla bien, soldándola ó claveteándola con buenas razones, y trazó sobre ella con escoplo más firme las tres fúnebres letras R. I. P.

Luego entró D. Eustaquio en informaciones muy interesantes de la trapatiesta apostólica. Por un lado, D. Carlos no quería indisponerse con Maroto, á quien creía capaz de un regicidio; por otro, alentaba á los que en rigor de ley eran rebeldes. Para negros y

blancos tenía una palabra benévola. Él lo había visto, él, D. Eustaquio de la Pertusa; nadie se lo contaba. Desde Lesaca mandó D. Carlos un recadito secreto al Canónigo General, y éste, bien disfrazado, fué á verle, y toda una media noche pasaron conferenciando. Suponía *el Epístola* que el objeto del conciliábulo no era otro que ver el modo y ocasión de armar una ratonera en que coger descuidado á Maroto, y hacer con él luego el mayor y más ruidoso escarmiento de traidores. Al propio tiempo, Zaratiegui, encargado por Maroto de sofocar la insurrección de los batallones navarros, se situaba en Etulaín, decidido á liarse con ellos. Y el General Elío, que también quería paces, mandaba al campo insurrecto á un frailazo llamado Guillermo, marotista por excepción, para que arengase á los navarros y les trajese á la disciplina, todo ello invocando siempre el Altar y el Trono, que ya casi no tenían forma, de tanto como los manoseaban, de tanta saliva como ponían en ellos los labios de los oradores. Pero el buen fraile no sacó de sus prediques más fruto que una ronquera penosa y el desaliento con que volvió y dijo á Elío que fuera él á convencerles. En tanto, ¿qué hacía D. Carlos? Inalterable en su doblez medrosa, largaba otra proclamita, diciendo horrores de los rebeldes, llamándoles *puñado de extraviados*, y amenazándoles con destruir por sí mismo aquel germen de *cobarde* y *vil traición*. En las cartas que se cruzaron entre Maroto y

el canónigo Echevarría, éste le llamaba con todo desenfado *traidor* y *asesino*.

Informado el Duque de estos hechos, mandó á Calpena que fuese al Cuartel General de Maroto y allí se instalara, valiéndose de cualquier arbitrio, con objeto de vigilar sus actos é influir en sus resoluciones, pues del estado de trastorno en que se hallaba, todo podía temerse. Al propio tiempo llevaba el encargo de anunciarle la proposición de entrevista, que muy pronto se haría oficialmente por conducto de un parlamentario. Si no la aceptaba, se le atacaría con esfuerzo combinado en toda la línea, obligándole á una capitulación en que no le sería fácil obtener las ventajas que él y sus compañeros obtendrían del convenio proyectado.

Con estas instrucciones partió D. Fernando á Salinas acompañado de Urrea y de Pertusa, que se agregó muy contento á la embajada, estimando que su concurso había de ser eficaz para el caballero, por su gran metimiento y sus amistosas relaciones en el campo marotista. Poco antes de que los tres llegaran á Salinas, había salido Maroto para Mondragón; siguiéronle, agregándose á la retaguardia sin ningún cuidado, pues *el Epístola* era en aquel ejército como de casa, y el día próximo alcanzaron al General no lejos de Vergara, por donde pasaron sin detenerse. Iba Maroto decidido á refrenar en Lesaca la insurrección apostólica, y á colgar de un alcornoque al canónigo Echevarría, enracimado con otros clérigos y bárba-

ros caciques. Pero al llegar á Villarreal se encontró D. Rafael con una novedad que hubo de causarle tanta sorpresa como disgusto. Entraba su vanguardia en el pueblo por el lado de Anzuola, y por el de Zumárraga comparecía la guardia de honor de Don Carlos. Detrás venía la brigada del Cuartel Real, con el propio Rey, procedente de Villafranca. A regañadientes, y con el cuerpo lleno de bilis, Maroto no tuvo más remedio que afrontar la presencia de su señor, y se llegó con su Estado Mayor á recibirle, creyendo que allí permanecería. Pero D. Carlos no hizo más que una parada momentánea, sin apearse del caballo; y al recibir los homenajes de su General, pálidos ambos como difuntos, recelando el uno del otro, le dijo: «Sígueme: voy á Anzuola...» Automáticamente, sin darse cuenta de lo que hacía, se agregó á la escolta, y siguieron Rey y vasallo silenciosos hasta cerca de Descarga. Allí paró un instante D. Carlos, y llamando á su lado á Maroto, repitió: «Sígueme hasta Anzuola. Tenemos que hablar.» Maroto, que había dejado en Villarreal su escolta y ayudantes, presintió que se le quería llevar á una encerrona. Se vió fusilado ejecutiva y cruelmente, en el estilo sencillísimo que él empleara con Guergué, y evocando su entereza contestó al hijo de Carlos IV: «Señor, los cuerpos están formados y tengo que darles una orden muy precisa.» Y sin añadir otras razones, ni aguardar las que el Rey pudiera darle, volvió grupas, caminito de

Villarreal. De lejos, alzando la voz, queriendo ser enérgico, y sin dejar de ser tímido, el Pretendiente le dijo: «Cuidado... que te espero en Anzuola.» Con un movimiento de cabeza respondió Maroto que sí, y se alejó al trote, difiriendo la entrevista para la vuelta, que sería *la del humo.*

XXXV

Hasta el día siguiente muy temprano no pudo ver D. Fernando al General, porque se encerró en su alojamiento con órdenes de no dar paso á nadie. ¿Qué hacía? ¿qué pensaba? Le atormentaba el cruel dilema de obedecer á su señor ó volverle la espalda para siempre. Antes de ser recibido, supo Calpena que había pasado la noche en cama con alta calentura, privado á ratos de conocimiento. Al entrar el caballero en la alcoba de Maroto, tardó un instante en conocerle: tan desfigurado estaba por los sufrimientos. Además, acababa de afeitarse quitándose el bigote. Su cara parecía otra, por efecto de esta mutilación, del color cárdeno de sus ojeras, de las arrugas que surcaban su piel amarilla, del desordenado cabello. Había envejecido diez años, perdiendo su gallardía militar. Al ver á D. Fernando, le dijo: «Hola, *Inquisivi*... ¿Otra vez por acá?

—Sí, mi General: otra vez aquí con la esperanza de ser á usted útil, y de servir, no á mi partido, sino á mi patria.»

Abordando el asunto, notó Fernando un grave desorden en las facultades del caudillo, que tan pronto expresaba sus anhelos de paz, como su repugnancia del dictado de traidor que en el Cuartel Real se le aplicaba. La proposición de entrevista le puso en un estado de inquietud epiléptica. Llevándose las manos á la cabeza, con voces roncas, destempladas, replicó: «No puede ser... Me comprometen... ¡El Rey...! Soy General de Carlos V, soberano legítimo... ¿Usted qué opina? ¿Debo ir á la entrevista?... ¿Acaso irá Simón de la Torre?

—Creo que sí, —dijo Calpena, juzgando de gran efecto la afirmativa.

—Pues que sea suya la responsabilidad. ¿Y asistirán también los ingleses? ¡Malditos ingleses!... Yo no, yo no puedo ir... Lo consultaré con D. Carlos. A nadie conviene más la transacción que á nuestro pobre Rey, ese bendito, ese bendito... Pero no, no: antes tengo que colgar de un alcornoque al Canónigo... Sin eso, no hacemos nada... Y de otro alcornoque á D. Basilio, y empalar al malvado Teijeiro...»

No había manera de sacarle de este círculo de ideas. Descompuesto y contradiciéndose á cada instante, ordenó que se preparara su escolta, reforzada con la mejor caballería de su ejército, y sin tomar ningún alimento, montó á caballo y se fué al Cuartel Real. Regresó al anochecer; en Villarreal se aseguraba que Maroto había presentado su dimisión al Rey; que éste, poco menos

que llorando, le había dicho: «¿Con que ahora me vas á abandonar?...» Algo enternecido también, D. Rafael se deshizo en demostraciones de lealtad, manifestándose dispuesto á sacrificarse por la Causa... Esto se decía, y sobre ello endilgaron comentos mil D. Fernando y Pertusa, con los oficiales que les hacían coro en la cantinela de la paz. Convenían todos en que no era fácil entender á D. Rafael Maroto, monstruoso enigma en que se reunían todas las complejidades psicológicas. Decía *el Epístola* con sutil ingenio: «Esta mañana, despues de una horrible noche de insomnio y fiebre, el General debió de saltar del lecho con una idea salvadora... así me lo figuro yo, y así tiene que ser... Pues saltando del lecho cogió la navaja de afeitar... Por un momento pensó en degollarse, la mejor solución de sus horribles dudas... Después pensó otra cosa quizás más práctica... escapar á la calladita, vestido de cura... Por esto se quitó el bigote. No tiene otra explicación.»

No pareció mal á los amigos presentes la versión del *Epístola*, y convinieron con Calpena en que todos, Rey, General y Canónigo, habían perdido el juicio. El carlismo había venido á ser un campo de orates. Al día siguiente dió un súbito cambiazo la voluntad indecisa del desdichado caudillo, y en vez de dirigirse á Lesaca, según lo convenido con el Rey, se encaminó á Elgueta. No bien entraron en este pueblo, supo D. Fernando la llegada de su amigo Zabala,

ya Brigadier, que con el carácter de parlamentario venía de parte del Duque de la Victoria. Negóse Maroto á recibirle; trabajó Calpena por lo contrario, empleando más de una hora en argüirle con cuantos resortes lógicos creía propios del caso, y al fin accedió el General gruñendo: «Pues sea, y acabemos de una vez, ¡porra!...» El día 25, á las seis de la mañana, se reunían en la venta de Abadiano, entre Durango y Elorrio, D. Baldomero Espartero con el Brigadier Linaje y el coronel inglés Wilde, representando la idea constitucional, y por la idea absolutista D. Rafael Maroto y el General Urbistondo, jefe de los batallones castellanos. La magna cuestión de los Fueros trajo el desacuerdo de los conferenciantes, porque los carlistas pedían que se reconociese el régimen foral en toda su pureza, y Espartero no quería comprometerse á tanto, dejando el grave asunto á la resolución de las Cortes. Manifestóse Linaje contrario á los Fueros, sosteniendo que el fanatismo había sido el único móvil del levantamiento carlista; cruzáronse agrias contestaciones entre Linaje y Urbistondo, y entre el jefe de los castellanos y Maroto, pues éste, al llevar á su compañero á la conferencia, le había manifestado que, en las negociaciones preliminares, ambas partes estaban conformes en el reconocimiento incondicional de los Fueros. Nególo Espartero, atribuyendo la idea de su rival á mala inteligencia. Al cabo de tanto discutir, se separaron en desacuerdo. No había

paz, no podía España disfrutar de este inmenso bien.

Cuando se retiraban, cada cual por su lado, llegó D. Simón de la Torre, que fué en seguimiento de Espartero, y alcanzándole cerca de Durango, se declaró dispuesto, con los ocho batallones de su mando, á transigir resueltamente sin regatear ninguna condición. En tanto, volvió Maroto á Guipúzcoa dando tumbos, que no de otra manera puede expresarse la inseguridad de sus movimientos, reflejo de la horrible lucha de su espíritu, y en la villa de Elgueta se encontró nueva sorpresa y emociones tan vivas, que ellas bastarían á quitarle el seso si alguno en aquella ocasión le quedara. De improviso se presentó el Rey con su escolta en el Cuartel General, y antes de que Maroto pudiese tomar resolución alguna, mandó formar los catorce batallones para pasarles revista y arengarles. Así se acordó en una junta celebrada por Carlos V el día anterior, al tener conocimiento de la entrevista de Abadiano. Había llegado el instante en que el Rey lo era de hecho, y como tal procedería con soberana entereza y celeridad. Pronto vería el mundo si merecía la corona. Revistar á las tropas que formaban el núcleo de su ejército; presentarse á ellas, no sólo como Rey, sino como Generalísimo, asumiendo el mando directo; destituir en el acto al desleal caudillo, y aplicarle sin consideración sumariamente la pena que le correspondía, era un acto propio de Monarca guerrero. Si el programa se

cumplía, ¡qué hermosa solución de los enmarañados problemas pendientes, qué gallarda manera de cortar el nudo que en vano con su estira y afloja había querido desatar!

Ante el aparato que en torno al Soberano se desplegaba, Maroto, se vió perdido, se sintió fusilado... De su cráneo á su olfato descendía el olor de pólvora. Para mayor solemnidad del acto, presentábase el Rey de gran uniforme, con todas sus cruces, bandas y collares, radiante de inepta vanidad, y le acompañaban su hijo Carlitos, Príncipe de Asturias; el Infante D. Sebastián y los Generales Eguía, Valdespina, Villarreal y Negri... Formaron las tropas. La expectación era para algunos como si esperaran el fin del mundo... Rompió al fin el Rey en una perorata que llevaba bien aprendida; pero su voz no vibraba, no sabía llegar á los oídos lejanos, no era instrumento para conmover y entusiasmar á las muchedumbres. Se observaban en su rostro y en su actitud los inútiles esfuerzos para ponerse en la situación que el grave caso exigía, para desempeñar airosa y noblemente el papel de Rey, para imitar la marcial fiereza, la grandiosa altivez de los más célebres capitanes en circunstancias como las de aquel momento. Oyeron los más próximos algunos conceptos en que el hijo de Carlos IV evocaba las sombras de César y Aníbal; algo dijo luego de lcs cántabros indomables, de Roma, señora del mundo... No dejó de causar sorpresa que omitiese la rutinaria invocación á la Gene-

ralísima, Nuestra Señora de los Dolores. No estaba sin duda la Causa absolutista para tafetanes... Por fin, viendo el buen señor que no producía el efecto que se proponía, y conociendo que ni su acento ni su ademán respondían á la majestad que intentaba poner en ellos, se comió la mejor parte del preparado sermón, y fué derecho en busca del efecto final. «Hijos míos—exclamó ahuecando la voz todo lo que pudo,—¿me reconocéis por vuestro Rey?» La contestación fué un «¡Sí, sí... viva el Rey!» que corrió, extinguiéndose en las filas lejanas. «¿Y estáis dispuestos —añadió,—á seguirme á todas partes, á derramar vuestra sangre en defensa de mi Causa y de la Religión?»

Silencio en las filas. No se oyó ni un murmullo ni un aliento. El General Eguía, alzándose sobre los estribos, y poniéndose rojo del esfuerzo con que gritaba, dió varios vivas que fueron contestados friamente. De las segundas filas vino primero un rumor tímido, después exclamaciones más claras, por fin estas voces: «¡Viva la paz, viva nuestro General, viva Maroto!

—Voluntarios—gritó entonces D. Carlos, y en ocasión tan crítica la dignidad brilló en su rostro... Al fin descendía de cien Reyes! —Voluntarios, donde está vuestro Rey, no hay General alguno... Os repito: ¿queréis seguirme?»

Silencio sepulcral. El Brigadier Iturbe, jefe de los guipuzcoanos, acudió á remediar con un pérfido expediente la desairada, an-

gustiosa situación del Monarca. «Señor—le dijo,—es que no entienden el castellano.» Y D. Carlos, tragando saliva, le ordenó que hiciera la pregunta en vascuence. Pero Iturbe, que era de los más comprometidos en la política marotista, formuló la pregunta con una alteración grave: *¿Paquia naidezute, mutillac?* (¿Queréis la paz, muchachos?) Y con gran estruendo respondió toda la tropa: *¡Bai jauna!* (Sí, señor.)

Debió D. Carlos sacar su espada y atravesar con ella al Brigadier guipuzcoano, castigando en el acto la grosera, irreverente burla. Volvió la cara lívida, y vió tras sí á Maroto, que de su mortal zozobra se recobraba viendo convertido en sainete el acto iniciado con trágica grandeza. D. Carlos, incapaz de arranque varonil, tuvo dignidad. Dijo á los de su escolta: «estamos vendidos;» y sin más discursos, ni pronunciar ligera recriminación, volvió grupas y picó espuelas, saliendo al galope por el camino de Villafranca, con la reata de Príncipes y Generales, y la menguada escolta. Corrieron, corrieron sin respiro, temerosos de que los sicarios de Maroto fueran en su seguimiento.

XXXVI

Testarudo como él solo, D. Carlos no se daba ni en tales extremidades por vencido, y apenas llegó á Villafranca, jadeante, llamó á Consejo á sus adictos, los Generales que

le acompañaron en la fracasada escena de Elgueta, el Padre Cirilo de Alameda, el Barón de Juras Reales, Erro y Ramírez de la Piscina, algunos de los cuales aún se llamaban Ministros. Opinaron casi unánimemente que S. M. debía situarse en punto cercano á la frontera, para poner á salvo su sagrada persona en el desecho temporal que la Causa corría. Trabajillo le costaba al buen señor determinarse á partir arrojando en las puertas de Francia su corona, y acariciaba el ensueño de reunir algunos batallones navarros y alaveses que le llevaran en procesión al Maestrazgo, donde aún tenía un ejército y un General incorrupto y valiente: Cabrera. Estimaron todos peligrosa la marcha al Centro; pero le dejaban consolarse con esta ilusión. Aferrado á su realeza, D. Carlos enderezó nueva proclama á sus míseras tropas, en la cual les hablaba *de la traición más infame que habían visto los nacidos*, y concluía llamándoles *héroes*, y dando vivas á la sacra Religión. ¡Bueno estaba el país para estos suspirillos!

En tanto, Maroto, después del triunfo de Elgueta, caía en gran postración, atormentado por su conciencia, y procurando en vano salir limpio y airoso de la charca en que se había metido. Calpena y Uhagón que acudieron á su lado el 26, un día después de la famosa revista, se maravillaron de verle en un grado increíble de turbación y apocamiento. Poco le faltaba para llorar; sus conceptos habían quedado reducidos á una ex-

clamación maniaca; no decía más que: «No soy traidor... Maroto no pasará á la Historia con un dictado infamante... Convencido estoy de que el absolutismo es imposible... pero no cedo, no cedo, si no me dan los fueros íntegros, la gloria de este país. Maroto no es traidor. Maroto es un hombre honrado, un buen español... ¡Ay del que lo ponga en duda!»

Toda la tarde y parte de la noche permanecieron á su lado los dos amigos, arguyéndole con habilidad, sin lastimar su amor propio, antes bien fundando en éste todo el trabajo sugestivo con que querían llevarle á la aceptación incondicional del Convenio. ¿Qué otra solución podía soñar? ¿Qué esperaba, qué temía? Retiráronse en la creencia de que le dejaban convencido, pues esperanzas de ello daban sus expresiones conciliadoras; pero D. Fernando, que ya conocía su indecisión y el confuso laberinto á que había llegado su voluntad, no las tenía todas consigo... Repetida por la mañana la visita, le encontraron escribiendo una carta. Despidióles el General con acritud. La carta que escribía era la famosa retractación dirigida á D. Carlos, en la cual le decía: *Nunca es más grande un Monarca que cuando perdona las faltas de sus vasallos... D. Eustaquio Laso presentará á Vuestra Majestad los sentimientos de mi corazón para que se digne dirigirme las órdenes que fuesen de su agrado.*

Ignoraban Calpena y su amigo esta humillación increíble; mas del trastorno de Ma-

roto tuvieron prueba clara cuando se llegó á ellos un ayudante con el recado conminatorio de que si los caballeros y el llamado *Epístola* no se largaban pronto del Cuartel General, se les mandaría fusilar. No eran cobardes: no perdieron la serenidad con esta brutal amenaza; mas la prudencia les aconsejaba ponerse en salvo, y á ello se disponían, cuando llegó D. Simón de la Torre, que informado de los desvaríos de Maroto, les tranquilizó con respecto á sus vidas. Conferenciaron los dos jefes, y por la noche salieron con sus fuerzas reunidas en dirección de Azpeitia. Los tres paisanos ignoraban á qué razón militar ó política obedecía tal movimiento, y no se ocuparon más que de seguir á las tropas, acogidos á la caballerosidad é hidalguía del simpático La Torre. En Azpeitia se les dijo que Espartero avanzaba triunfalmente por el interior de Guipúzcoa; que había entrado en Vergara, donde le acogieron con ardientes demostraciones en favor suyo y de la paz. De Vergara pasó á Oñate, y la vieja Corte le recibió con palmas. Dirigióse Maroto á Villarreal, donde como llovido se le presentó el Conde de Negri con una orden del Rey para que le entregase el mando. Al recibir D. Carlos la carta palinodia, habíala estimado como la mayor prueba de traición y perfidia. Los de la camarilla vieron en aquel paso un ardid diabólico para aproximarse al vencido Monarca, apoderarse de su persona, y entregarla en trofeo á los constitucionales para un sacrificio que

fuera digno epílogo de guerra tan sangrienta. Rompió el Soberano la carta del vasallo infiel, y mandó á Negri á desposeerle del mando, determinación ridícula en situación tan extremada. Como era natural, tanto Maroto como La Torre acogieron al Conde de Negri con escarnio de su persona y de quien tal comisión le daba. Salió de estampía el buen Conde, que al volver al lado de su triste Rey, le dió con la respuesta de los què fueron sus Generales franco pasaporte para Francia.

Ante la irresistible presión de este suceso, Maroto confió decididamente, al parecer, á sus compañeros La Torre y Urbistondo la misión de llevar á Oñate su conformidad con el Convenio, tal como se le había presentado en Abadiano. *¡Alleluia!* La paz era un hecho. Al despedirse para tan grato mensaje, Don Simón reconcilió á sus amigos con el jefe, que sin acordarse ya de que había pensado fusilarles, les convidó á comer muy afectuoso. Durante el día, observáronle más sereno y en vías de recobrar su equilibrio; mas por la noche advirtieron de nuevo en él cierta intranquilidad, y una insistencia monomaniaca en hablar de fueros *netos*, intangibles. Temerosos de un nuevo cambiazo del veleidoso General, trataron de explorar su pensamiento. «Por mi parte—les dijo,—á todo estoy dispuesto, y cuando me traigan de Oñate el Convenio cuyas bases he admitido, lo firmaré... Pero dudo que algunos cuerpos de mi ejército, principalmente los guipuzcoa-

nos, lo acepten... De modo que no hemos hecho nada, y la guerra continuará.» A esto arguyó Calpena que antes de proceder á la solemne ratificación de lo tratado, debía el General conferenciar con los jefes y oficiales, uno por uno, y darles cuenta de las condiciones de paz á que todos debían someterse.

«Háganlo ustedes,—dijo Maroto, revelando en su tono y en su actitud una indolencia que llenó de asombro á los dos amigos.

—Pero, General—le contestaron,—¿qué autoridad tenemos nosotros para convencer á las tropas vizcaínas y guipuzcoanas de que, ante el bien inmenso de la paz, deben contentarse con la fórmula vaga del reconocimiento de Fueros?

—No es tan vaga. Se estipula que Espartero propondrá á las Cortes...

—Pero eso, sea poco, sea mucho, es lo que el Duque les concede, y deben saberlo. Usted, su Jefe, que ha de firmar por todos el pacto, está en el caso de instruirles...

—Mi cansancio es tal, amigos míos, que ya no sé cómo valerme, ni halla mi pensamiento voces con que producirse... Hay momentos en que me creo sin vida...

—Pero el trabajo restante, para llegar á un fin glorioso, es breve y fácil, mi General.

—Fácil no, ¡porra!»

¡Cualquiera le convencía! Llegaron de Oñate los comisionados La Torre y Urbistondo con Zabala y Linaje, portadores del Convenio, que Maroto firmó sin ninguna di-

ficultad. Al propio tiempo traían la comisión de proponerle que al día siguiente, 30 de Agosto, se reunirían en Vergara los dos ejércitos, con sus caudillos á la cabeza, para dar forma solemne á la grande obra de la reconciliación. A todo asintió D. Rafael, que aliviado parecía de un peso abrumador.

Uhagón y Calpena pasaron el día recorriendo los cuerpos, en que tenían no pocos amigos, y hablando con unos y otros campechanamente. Si en todos reconocían la satisfacción y júbilo por ver terminada la odiosa discordia, causóles no poca inquietud el observar que los soldados y oficialidad carlistas descansaban en el engaño de que el pacto reconocía los Fueros en toda su integridad, y que así se declaraba de una manera explícita. Maroto les tenía en esta persuasión, pues nada en contrario les había dicho desde la ineficaz entrevista de Abadiano. Era, pues, indudable que surgirían en el momento que se creía final nuevas complicaciones, quizás un gravísimo conflicto, por la indolencia del General, por su falta de carácter y de resolución para presentar los hechos como realmente eran. ¡Torpeza insigne, abandono de autoridad!

Sobresaltado, temeroso de ver perdido en un instante el improbo trabajo de tantos meses, creyó D. Fernando que debía prevenir á Espartero de lo que ocurría, evitándole un triste desengaño al llegar á Vergara, donde contaba con la presencia y conformidad del ejército carlista. Pensado y hecho: de ma-

drugada montó á caballo, y seguido de Urrea y Pertusa se fué al encuentro de su General, á quien halló á media hora de Vergara. No daba crédito D. Baldomero á la triste realidad que le comunicó su amigo, y ante la insistencia de éste, más de un cuarto de hora estuvo echando ternos, y maldiciendo la hora en que entabló negociaciones con hombre tan inseguro y tornadizo. En efecto: poco antes de entrar el Duque en Vergara, llegó Maroto, sin más compañía que la del General La Torre y algunos oficiales de su Estado Mayor. ¿Y los veintiún batallones y los tres escuadrones que debían figurar como convenidos, dónde estaban? Sin pérdida de tiempo avistóse Espartero con su antagonista, el cual hubo de contestar á la anterior pregunta, con turbado acento, que las tropas se negaban al cumplimiento de lo pactado mientras no se reconociesen los Fueros provincianos en toda su integridad. Según esto, Maroto declaraba á su ejército en rebeldía, y se presentaba él solo, *con cuatro gatos;* y él solo reconocía los derechos de Isabel, dejando en el aire la obra de la paz, y á las tropas apartadas de toda reconciliación.

«A este hombre hay que dejarle—dijo D. Baldomero, luego que Maroto, afectado de gran postración, se retiró á descansar.—Imposible hacer carrera de él... ¡Qué hombre, Santo Dios! Verdad que su situación y los contratiempos que ha sufrido son para trastornar la cabeza más firme.» En esto, La Torre se apresuró á manifestar á Espartero

con gallardo arranque que él se comprometía, en el término de veinticuatro horas, á convencer á los vizcaínos ó morir en la demanda. No descansó Maroto, pues su conciencia y sus embrollados pensamientos no se lo permitían, y llamando á Calpena, como se llama á un confesor en la última hora, le dijo: «Hágame el favor de comunicar al coronel Wilde, que no creyéndome seguro al lado de Espartero por haber venido aquí sin tropas, me acojo al pabellón inglés.» A esto respondió el caballero que no necesitaba añadir á sus errores la mengua de ampararse á una nación extranjera; bien seguro estaba en el Cuartel General del Duque de la Victoria, toda vez que reconocía la legalidad por éste representada. En tanto, los bravos generales carlistas La Torre, Urbistondo y el Brigadier Iturbe, con riesgo de sus vidas, tratarían de reducir á las tropas á la aceptación de lo tratado, después de darles conocimiento del art. 1.° del Convenio...

«¿Y cómo queda redactado al fin? — dijo Maroto vivamente.—Ya no me acuerdo.

—Poco más ó menos dice: *Artículo* 1.° *El General Espartero recomendará con interés al Gobierno el cumplimiento de su oferta de comprometerse formalmente á proponer á las Cortes la concesión ó modificación de los fueros.*

—¿Y las Cortes...? Claro, las Cortes... Me parece bien... Buenos tontos serán esos pobres muchachos, si no aceptan, si no fían resueltamente en la promesa del Duque, de cuya caballerosidad nadie puede dudar...

Por mi parte, no escatimaré ningún sacrificio. Hágame el favor de llamar á mi ayudante, D. Enrique O'Donnell, para dictarle algunas órdenes. Aún soy General en Jefe de mi ejército, del ejército Real, desde hoy incorporado al de la Nación.»

XXXVII

Mientras La Torre trabajaba por reducir á los vizcaínos, Urbistondo hacía lo mismo con los castellanos. No tuvo igual fortuna Iturbe con los de Guipúzcoa, que enterados de la vaga promesa consignada en el artículo 1.°, se negaron á suscribir el Convenio, gritando *¡traición, traición!;* y declarados en franca rebeldía, manifestáronse dispuestos á unirse con D. Carlos. Al fin pudo Iturbe contenerles en Descarga. Urbistondo situó fuerzas castellanas en la carretera, con objeto de observar á los guipuzcoanos, y corrió en busca de Maroto para que saliese al frente de ellos y con su autoridad les redujera. Era la noche del 30, y D. Rafael, que estaba en cama, dolorido, incapaz para toda acción, dijo á Urbistondo que se entendiese con Espartero. Así lo hizo. Se convino en no contar para nada con D. Rafael, que se había echado en el surco, como hombre históricamente concluído, y no hubo más remedio que intentar la pacificación de los guipuzcoanos,

comprometiendo entre ellos la vida, catequizando uno por uno á jefes y oficiales, sin reparar en la clase de argumentación con tal de llegar al fin deseado. En esto se empleó toda la noche del 30; al fin, el 31 de madrugada desfilaban hacia Vergara los batallones reacios, precedidos de cuerpos castellanos, para que la moral de éstos fuese para todos ejemplo provechoso, y así, con más maña que fuerza, empleando sin cesar la palabra convincente, cariñosa, paternal, que igualaba al jefe con el soldado, fueron aproximándose al redil.

Era éste un extenso campo á la salida de la villa, entre el río Deva y el camino de Plasencia. Allí formó muy de mañana el ejército de Espartero, y ante él fué desfilando la división castellana, con su jefe el General Urbistondo. Maroto, que parecía resucitado, á juzgar por la repentina transformación de su continente, que recobró su gallardía, así como el rostro la expresión confiada y el color sano, ocupó su puesto; al punto apareció con su brillante Estado Mayor el Duque de la Victoria, y recorridas las líneas, cautivando á todos con su marcial apostura y la serenidad y contento que en su rostro se reflejaban, mandó á sus soldados armar bayonetas; igual orden dió Maroto á los suyos. Espartero, con aquella voz incomparable que poseía la virtud de encender en los corazones la bravura, el amor, el entusiasmo y un noble espíritu de disciplina, pronunció una corta arenga perfectamente oída

de un lado á otro de la formación, y terminó ccn estas memorables palabras: *Abrazaos, hijos míos, como yo abrazo al General de los que fueron contrarios nuestros.* Juntáronse los dos caballos; los dos jinetes, inclinando el cuerpo uno contra otro, se enlazaron en cordial apretón de brazos. Maroto no fué de los dos el menos expresivo en la efusión de aquella concordia sublime. En las filas, de punta á punta, resonó un alarido, que parecía explosión de llanto. No eran palabras ya, sinó un lamento, el ¡ay! del hijo pródigo al ser recibido en el paterno hogar, el ¡ay! de los hermanos que se encuentran y reconocen, después de larga ausencia. Era un despertar á la vida, á la razón. La guerra parecía un sueño, una estúpida pesadilla.

Se había dispuesto que las divisiones vizcaína y guipuzcoana entrasen en el campo del convenio después de comenzado el acto, para que la solemnidad de éste y su ternura influyesen en el ánimo de los reacios, y el efecto correspondió á lo que Espartero y Urbistondo con tanta habilidad y conocimiento del humano corazón habían dispuesto. Las tropas guiadas por La Torre como las conducidas por Iturbe, se vieron envueltas en la inmensa atmósfera de fraternidad que ya se había formado. Los corazones respondieron con unánime sentimiento. No podía ser de otro modo. La idea de unidad, de nacional grandeza, de moral parentesco entre todas las razas de la Península, ganó súbitamente los entendimientos de castellanos y

cúskaros, y ya no hubo allí más que abrazos, lágrimas de emoción, gritos de alegría, aclamaciones á Espartero, á la Constitución, á Isabel II, á Maroto, á la Religión y á la Libertad juntamente, que también estas dos matronas se dieron de pechugones en aquel solemne día.

XXXVIII

En los mismos 30 y 31 de Agosto, D. Carlos continuaba emitiendo proclamas desde Andoaín y desde Lecumberri, en las cuales hablaba *del rebelde Espartero* como de un enemigo insignificante; echaba la culpa de sus desgracias á la intriga, á las malas artes de los pérfidos; delataba *planes maquiavélicos* de los dos Generales *compañeros en las revoluciones de América;* atribuía la defección de Maroto al *oro que había recibido de los constitucionales*, y por fin, hacía postrer llamamiento á sus fieles súbditos para que se acogieran á *su paternal benevolencia*, ofreciendo olvido de lo pasado si volvían á la defensa del Trono y la Religión. A los leales les llamaba *la más preciosa joya de su corona.* ¡Y con estas retóricas sermonarias, con este lamentar de pastores, pretendía el pobre hombre congregar de nuevo su disperso rebaño! La desbandada se inició al tener conocimiento del abrazo de los Generales, que fué ternísima reconciliación de los dos ejércitos. El *sál-*

vese el que pueda resonó en los valles, que había ensordecido el estruendo guerrero de seis años de lucha fratricida. Cada cual pensó en salvar lo que poseía, y en último caso la pelleja, que es *la más preciosa joya* de cada mortal. Los restos de los sublevados de Irurzun y Vera, de aquel flamante ejército apostólico y neto, que, levantando bandera por la integridad de los derechos de Carlos, puso á su frente al canónigo Echevarría, se desbordó en la más horrible desmoralización, convirtiéndose los valientes navarros en vulgares ladrones y desalmados homicidas. So color de castigar traidores, acosaban á los infelices *ojalateros*, que iban buscando su salvación por los caminos de Francia, y les arrebataban cuanto tenían. El pillaje y el asesinato, la persecución de hombres y el atropello de infelices mujeres, fueron la campaña postrera de aquellos degenerados vestigios de un grande ejército. El mismo Echevarría estuvo á punto de perecer á manos de sus soldados ebrios; D. Basilio y Guibelalde, puestos en capilla, escaparon de milagro. Menos dichoso el General González Moreno, de lúgubre memoria, el *verdugo de Málaga*, caudillo inepto en Mendigorría, hombre de quien puede decirse que fué una de las más negras fatalidades del bando carlista, pereció cerca de Urdax, de un modo desastroso y vil, digno término de una ruin vida. Dieron en creer los foragidos que iban llenas de dinero las cajas que el General llevaba en su presurosa fuga, y *como á un cerdo* (así

lo cuenta un testigo presencial) le mataron en medio de las calles.

La que aún se llamaba Corte, el fracasado Rey y los fieles que le seguían, continuaban en Elizondo sin saber dónde meterse ni por qué resquicios escurrir el bulto. Incansable, corrió allá Espartero; D. Carlos oyó el galopar de su caballo, y acercóse más á la frontera. Allí quemó el absolutismo su postrer cartucho. El batallón cántabro, último en la fidelidad, primero en el valor, defendió con estóica bravura las posiciones de Urdax contra las fuerzas triplicadas que allí mandó el Duque de la Victoria. Batiéndose con desesperación, mártires de la fe del deber, los cántabros pudieron decir á su expugnador: *morituri te salutant*. Una columna de cazadores y una sección de tiradores de la Princesa, mandados por Zabala, dominaron el terreno, dando por terminada la acción, y con ella la guerra del Norte. Antes de que sonaran los últimos tiros, montaron á caballo el Rey, la Reina y demás personas de la familia y servidumbre, y á todo correr emprendian la fuga sin parar hasta Francia. Había entrado Carlos seis años antes por el mismo boquete de la frontera, siendo recibido por Zumalacarregui; se retiraba escoltado por algunos números de su guardia, solo, triste, más abatido que desengañado, sin ninguna gloria personal. La corona de la dignidad con que supo sobrellevar su destierro, fué la única que poseyó en su vida.

D. Fernando Calpena y D. Santiago Ibero, testigos de la última refriega con los valientes cántabros, admiraron el tesón de éstos y les colmaron de alabanzas. De regreso al Cuartel General de Elizondo, expresaron los dos amigos su alegría por la terminación feliz de tan dura, enconada campaña, y cada cual dijo lo que le sugería su conocimiento de hombres y cosas.

«Hemos acabado una guerra—declaró Ibero con melancolía,—y yo me felicito de este descanso que pronto disfrutaremos. Un descanso, por corto que resulte, siempre es de agradecer. Pero le diré á mi amigo con franqueza que no creo en la paz... Soy ateo de esta religión que ahora fanatiza á mis compatriotas... No creo, no creo...

—Yo tampoco. La grande obra de nuestro General es una tregua que debemos alargar todo lo que podamos. Las treguas son necesarias. Así nos prepararemos para dar al problema, en otro día, solución más segura y radical.

—Yo estoy triste... no sé por qué... Lo diré sin rebozo... Me gustaba el delirio, la barbarie, la guerra, en fin.

—Es realmente un estado muy vital, y además interesante y pintoresco.

—Si vivimos, no envejeceremos en la paz.

—Seremos siempre jóvenes, es decir, guerreros.

—El Convenio, el abrazo, no son más que la fórmula del cansancio.

—Del descanso, querrá usted decir.

—Eso. Se nos permite echar una siesta en día caluroso, el día del siglo.

—Durmamos un poquito.

—Y descansemos, que buena falta nos hace.

En la opinión del carlismo, quedó Maroto como el prototipo de la traición y la perfidia. No era justo. Á sus defectos, con ser grandes, toca menos responsabilidad que á su destino cruel, y á la disparidad entre su carácter y el personal absolutista, entre sus ideas y la causa que defendió. El brazo eclesiástico, firme apoyo de la facción (descoyuntado en Vergara, recompuesto después), no perdonó á Maroto su cooperación en la obra de la paz, como se verá por este hecho rigurosamente histórico. Recompensado por el Gobierno de Isabel con un alto cargo militar, residió D. Rafael algún tiempo en España. Su hija Margarita, joven de acrisoladas virtudes, que no se descuidaba en sus prácticas religiosas, fué á confesar una mañana, una tarde (no importa la hora), en una iglesia que no hace al caso. Cumplió serena y contrita, declarando sus pecados, que no debían de ser graves, y cuando terminaba, le preguntó el sacerdote su nombre. La pobre niña, tímida y pura, ¿qué había de hacer? Se lo dijo... Lo mismo fué oirlo el cura

que de un bote se levantó iracundo, y con destempladas voces la despidió, negándose á darle la absolución. Atribulada, llorosa, salió la penitente de la iglesia y no paró hasta su casa. ¿Se pone en duda este hecho? Pues de él puede dar testimonio Doña Margarita Maroto, viuda de Borgoño, anciana respetabilísima, que aún vive. Reside en Valparaíso.

FIN DE VERGARA

Santander-Madrid, Octubre-Noviembre de 1899.

TRADUCCIONES DE «DOÑA PERFECTA»

En inglés:

1.ª *Doña Perfecta,* á tale of modern Spain. Traducción D. P. N. London, Samuel Tinsley, 1886.

2.ª *Idem.* Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1883.

3.ª *Idem.* New-York, 1884.

En francés:

1.ª *Doña Perfecta.* Traducido por L. Lugol. París, Giraud, 1885.

2.ª *Idem* id. id. París, Hachette.

En alemán.—*Doña Perfecta.* Dos tomos, traducción de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.

En sueco.—*Doña Perfecta.* Traducido por K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglunuds Förlag.

En holandés.—*Doña Perfecta.* Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

En dinamarqués.—*Fru Perfecta.* Traducción de Gigas. Copenhague, Priors, 1895.



B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

TERCERA SERIE

MONTES DE OCA

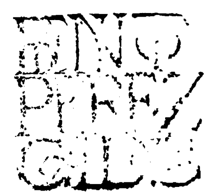
Décimo millar.



MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
Hortaleza, 132
1900

EPISODIOS NACIONALES

MONTES DE OCA



2

B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

TERCERA SERIE 8

MONTES DE OCA

Décimo millar.



MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
Hortaleza, 132
1900

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

MONTES DE OCA

I

En los cuarenta andaba el siglo cuando se inauguró (calle de la Abada, número *tantos*) el comedor ó comedero público de Perote y Lopresti, con el rótulo de *Fonda Española*. No digamos, extremando el elogio, que fué el primer establecimiento *montado* en Madrid según el moderno estilo francés; mas no le disputemos la gloria de haber intentado antes que ningún otro realizar lo de *utile dulci*, anunciándose con el programa de la bondad unida á la baratura, y cumpliendo puntualmente, mientras pudo, su compromiso. La exótica palabra *restaurant* no era todavía vocablo corriente en bocas españolas: se decía *fonda* y *comer de fonda*, y *fondas* eran los alojamientos con manutención y asistencia, así como los refectorios

sin pupilaje. Es forzoso reconocer que si nuestros antiguos bodegones y hosterías conservaban la tradición del comer castizo, bien sazonado y substancioso, los italianos, maestros en ésta como en otras artes, introdujeron las buenas formas de servicio y un poco de aseo, ó sus apariencias hipócritas, que hasta cierto punto suplen el aseo mismo. No fué tampoco reforma baladí el sustituir la lista verbal, recitada por el mozo, con la lista escrita, que encabezaban los *ordubres*, estrambótica versión del término *hors d'œuvre*. Lo que principalmente constituye el mérito de los italianos es la introducción del precio fijo, la regla económica de servir buen número de platos por el módico estipendio de doce reales, pues con tal sistema adaptaban su industria á la pobreza nacional, y establecían relaciones seguras con un público casi totalmente compuesto de empleados y militares de mezquino sueldo, de calaveras sin peculio, ó de familias que empezaban á gustar la vanidad de comer fuera de casa en días señalados ó conmemorativos.

Para dar á cada uno lo que le corresponde con imparcial criterio histórico, conviene indicar que no fueron Perote y Lopresti verdaderos innovadores en materia y formas de comer, sino más bien los que divulgaron aquel

arte precioso en la vida de los pueblos. Ya Genieys había dado á conocer las *croquetas*, los asados un poquito crudos, las chuletas á la *papillote* y otras cosillas; pero Lopresti popularizó estos manjares poniéndolos al alcance de los bolsillos flacos, acreditando su saber, así como la equidad paternal de sus precios. Al propio tiempo superaba á Genieys en los arroces á la valenciana y milanesa, así como en el bacalao en salsa roja; era maestro en el cordero con guisantes, en el besugo á la madrileña, en la pepitoria, en los macarrones á la italiana, y principalmente en los guisotes de pescado y mariscos á estilo provenzal ó genovés. En el renglón de vinos, el poco pelo de la clientela limitaba el consumo á los tintos de Arganda ó Valdepeñas para pasto, y un Jerez familiar y baratito para los libertinos domingueros, y para los que iban de jolgorio, con mujerío ó sin él, á horas avanzadas de la noche. En estas francachelas de un carácter confianzudo y pobretón, no se conocía el *champagne*. El agua, de que algunos parroquianos hacían considerable gasto, se anunciaba como de la Fuente del Berro; mas era de la Academia ó de la Escalinata. En el servicio de vinajeras introdujeron los italianos cristalería fina en armaduras elegantes, y presentaban los mondadientes en

gallitos y monigotes de porcelana. Inferior era el lujo en la mantelería y lienzos de mesa, de dudosa blancura los más días del año.

Por todo ello tuvo la *Fonda Española* un éxito tan rápido como lisonjero, y el público invadió desde los primeros días el modesto y lóbrego local de la calle de la Abada, recinto que aún conservaba olor y trazas de logia masónica, piso bajo con dos rejas á la calle y entrada por el portal. Era éste ancho, con zócalo de azulejos negros y blancos como tablero de ajedrez, bien alumbrado á prima noche por un farolón de dos mecheros, obscuro á última hora y expuesto á tropezones, que á veces eran graves, sin contar el desagradable *quién vive* de las humedades mingitorias. Adoptaron los dueños, porque no podía ser de otro modo si habían de tonificar el establecimiento, el horario francés, dando la comida fuerte por la noche, con supresión de cocido. Al mediodía, servían almuerzos de seis y ocho reales, con huevos fritos y uno ó dos platos, y el invariable postre de pasas y almendras con añadidura de un bollito de tahona, régimen que las casas de huéspedes han perpetuado como una institución hasta nuestros días, y será preciso un golpe de revolución para destruirlo.

Fué uno de los primeros fundadores de la

clientela el benemérito D. José del Milagro, que, aunque cesante en todo el tiempo que vivieron los dos Gabinetes moderados presididos por D. Evaristo Pérez de Castro, habíase agenciado algunos modos de vivir, honradísimos, y podía permitirse almuerzos de seis reales, y comiditas de ocho. Como tributo á una firme amistad antigua, los italianos le concedían rebajas discretas y abríanle créditos de una y de dos semanas, confiando en que el agraciado guardaría reserva sobre este privilegio para no desmoralizar á la parroquia. Debe advertirse aquí, para evitar juicios temerarios acerca de aquel digno sujeto, que estaba viudo desde el 38; que una de sus hijas, notable arpista, se había casado con un bajo italiano de la compañía de la Cruz, la otra con un subteniente de la Guardia Real, y que los chicos menores vivían en Illescas con su tía Doña Tránsito Campaba, pues, el buen hombre por sus respetos, y ganándose la pitanza con traducciones de leyendas históricas ó de historias poéticas, y con tareas de contabilidad, vivía suelto, libre, en solitaria y á veces triste independencia, viendo venir las cartas políticas, esperando la ruína del llamado *Moderantismo* y el triunfo del *Progreso*, que debía llevarle á la holgura y descanso de la Administración. En cuantito

llegara el *Progreso*, y agarraran la sartén sus ilustres prohombres, nadie podía disputarle á Milagro su placita de diez y ocho mil, digno premio del fervor consecuente, acendrado, incorruptible con que había defendido siempre las libertades públicas.

Correspondía Milagro á la generosidad de los italianos corriendo la voz de la excelencia y baratura del establecimiento, y á los pocos días ya eran feligreses D. Víctor Ibraim, castrense del 2.º de la Guardia, y uno de los hermanos Fonsagrada, teniente del 4.º, con otros individuos de que se dará conocimiento. El más calificado entre éstos era un D. Bruno Carrasco y Armas, manchego de buena sombra, de insaciable apetito y de mucha correa en el discurso, que llevaba cuatro años en Madrid gestionando la resolución de un embrolladísimo expediente de Pósitos; hombre que pasaba por rico y que lo acreditaba convidando espléndidamente á los amigos cuando las esperanzas del pronto arreglo de su negocio le ponían de buen temple. Siempre que almorzaban juntos Milagro, Ibraim y Carrasco, se establecía entre los tres una feliz comunidad de criterio para juzgar las cosas públicas. Unánimes convenían en el aborrecimiento del régimen imperante, persuadidos de que la viuda de Fernando VII

era la mayor calamidad arrojada por Dios sobre las pobres Españas.

A todos excedía Milagro en la firmeza de su convicción y en el ardor con que últimamente la manifestaba. Aquel hombre sin ventura, á quien hicieron escéptico las turbaciones políticas; aquella víctima, aquel mártir que había sufrido con admirable resignación los desastres que al individuo y á la familia ocasiona todo cambio de gobierno, llegó á comprender que la neutralidad y la falta de convicciones son la mayor de las desventajas en el orden social, y que por tal camino, por lo mismo que es el más derecho, no se va á ninguna parte. Sus dolorosas cesantías, sus hambres y escaseces, demostráronle la necesidad de poseer un temperamento vivo, ya sea real, ya figurado, para no quedarse á la cola en el movimiento general. El manso, el prudente, el descreído que se planta y espera, es arrollado por la multitud que avanza ciega y ardorosa. Sentó plaza, pues, el buen Milagro, curado al fin de su insana neutralidad, en las falanjes del *Progreso*, y se puso en las filas de vanguardia, enarbolando, si no la bandera, el primer trapo de colorines que encontró á mano.

Una noche de Julio convidó el manchego sin tasa, agregando Jerez y licores, no cierta-

mente porque tuviera buenas noticias de su asunto, sino porque las tenía detestables, y la desesperación le indujo á echar la casa por la ventana, difiriendo sus esperanzas y colocándolas en el día no lejano del triunfo de los *libres*. En la boca y en el corazón de los amigos reverdecieron las tales esperanzas con el contento que dan el buen comer y un beber abundante á costa de generoso anfitrión. Al segundo plato el gozo era inefable, á los postres vocinglero. Los roncos acentos de Ibraim y su ceceo bárbaro llenaban la sala expresando las ideas más audaces, con escándalo de algunas orejas timoratas. De pronto se levantó un vejete que con tres individuos comía en una mesa lejana, y llegándose á la del manchego, insinuó una protesta en tono humorístico un tanto destemplado. Véase la muestra: «Oí patadas y dije: «caballería tenemos.» Señores, se les saluda. ¿Qué hablan ustedes ahí de Reinas y Ministerios, ni qué entienden de esto los caballeros del margen?... Y usted, señor de Milagro, no se agazape ni vuelva la cabeza, que ya le he conocido, y sus facciones, aunque hace un siglo que no nos vemos, no se me despintan. No vale, no, hablar mal de los moderados, después de haber comido con ellos á mandíbula batiente. ¿Pues qué quería usted, alma de Dios? ¿Que le

tuvieran colocado toda la vida, y encima... le nombraran canónigo? ¿No han de comer los demás? ¡A fe que hay pocos padres de familia entre los moderados, con seis, siete y hasta doce criaturas!... Hoy les toca el pesebre á los morenos, mañana á los blancos... Si usted quería pan perpetuo, ¿por qué no aprendió un oficio, como lo aprendí yo, que á los catorce años ya me ganaba un cocido trabajando en la orfebrería con mi amigo Leandro Moratín? ¡Ja, ja, pues no me sale usted ahora con pocos humos!... ¿Qué espera mi hombre del *Progreso*? Tonto, más que tonto: pida limosna antes que limpiarle las botas á Linaje, y no se fíe de Espartero, que repartirá todos los *piensos*, digamos destinos, entre los animales manchegos, ó sea los vecinos de Granátula. Esto lo veo yo... ¡ja, ja... y el que no lo vea es porque tiene ojos en la cara, no en el entendimiento... ja, ja!

—No le había conocido, Sr. D. Carlos Maturana—dijo Milagro adoptando el tono zumbón, después de pintar en su rostro, en sucesivas expresiones, la sorpresa, el enojo y la hilaridad.—Con esas barbas que se ha dejado, da usted el pego á sus buenos amigos.

—No me disfrazo para conspirar, como usted, ni uso bigote de moco para adular al Duque.

—No adulo... los pelos de mi cara siempre significaron *libertad.*

—Antes iba usted afeitado.

—Ya no, para no parecerme á los curas.

—Cuéntele eso á su compañero, el castrense que me oye.

—Este no es obscurantista.

—Ya; es retinto.»

D. Víctor Ibraim echó mano á una botella. Acudió D. Bruno á contener la ira del capellán, y apaciguándole con un gesto y cuatro voces de lo más crudo, volvióse risueño hacia el diamantista y le ofreció una copa de Jerez, acompañada la oferta de estas campechanas expresiones:

«Si me ha llamado usted animal, y recojo la alusión como hijo de Granátula, aunque no pariente de D. Baldomero, yo le llamo á usted zopenco, y con estos insultos terribles no hacemos más que pasar el rato... porque aquí venimos á pasar el rato, no á pelearnos por una Reina ni por un General. Beba usted, y luego nos diremos cuatro cuchufletas, si tiene humor de jarana. Estos amigos son pacíficos... yo no he venido á Madrid á pedir un puesto en el pesebre, sino á que me hagan justicia.

—¡Justicia!—repitió Maturana empinando. —A eso vienen todos, y luego... En fin, seño-

res, perdonen mi desenfado. Hablaba como hablamos hoy todos los españoles, como un loco. No hagan caso: sin quererlo, dice uno mil desatinos. ¡Feliz España si fuera la tierra de los mudos! Sr. Ibraim, si le llamé á usted retinto fué por pasar el rato. Seamos amigos.

—*Siéntese el buen Aguilera.*

—¿Qué hay de noticias?

—Nunca sé nada que sea de oposición... Sólo sé que nuestra excelsa Reina sigue su viaje triunfal por Cataluña, y que no faltará quien le acuse las cuarenta al caballero de Granátula.»

II

Entablaron luego coloquio amistoso: si la acción del Jerez lo encendía más de la cuenta, no tardaba en enfriarlo D. Bruno arrojando en las ascuas su buen sentido, su pasta conciliadora y un lenguaje hábil para contentar á todos. Según Maturana, por el comunicado de Mas de las Matas, que más bien era manifiesto, Espartero merecía la destitución, y Linaje cuatro tiros. Cierto que no había un Gobierno bastante fuerte para ponerle el cascabel al gato... Un hombre existía con hígados bastan-

tes para arrancar el bastón de manos del Duque; un hombre, sí, de grande ánimo y convicciones profundas: D. Manuel Montes de Oca; ¿pero qué podía un solo individuo, por animoso que fuera, entre tantos que creían resolver las cuestiones con discursos, con arreglitos y dimes y diretes? ¡La conciliación! ¡Buena conciliación nos diera Dios! La soberbia de Espartero no cabía dentro de las leyes, y era forzoso resquebrajarlas para hacerle hueco.

Con no poca dificultad, tartamudeando y corrigiéndose á cada instante, expresó el castrense andaluz opiniones enteramente contrarias á las del diamantista. D. Manuel Montes de Oca no era más que un barbilindo que no servía para nada. Sus habilidades consistían en componer versitos clásicos de la escuela del Sr. Reinoso, y pronunciar discursos acaramelados imitando á Martínez de la Rosa. Todos sus actos como político y como escritor eran los de un Quijote chico que había tomado á María Cristina por Dulcinea, y al moderantismo por ley de la andante caballería. Esto lo dijo Ibraim con formas premiosas y groseras, que traducimos al lenguaje usual para no afear con ellas estas páginas.

Con palabra más fácil, aunque algo entorpecida por el Jerez, hizo Milagro el panegírico de

Espartero llamándole libertador, pacificador y *apóstol de todos los adelantos.* ¿No había concluído la guerra, ó estaba á punto de concluirla? ¿No le debía España el completo exterminio de las *hordas de la reacción?* Pues suyo era el país, suyas las leyes, suya la autoridad y todo aquello que llamamos *cosa pública.* Desde que el mundo es mundo, desde Moisés á Bruto, desde Guillermo Tell á Cromwell, y desde Bonaparte á Espartero, el que ha tenido la fuerza y la razón ha tenido *la cosa pública* en el bolsillo. ¿Para qué nos servía esa Reina, viuda de Fernando VII, casada ogaño con un Muñoz, dama graciosa y bonita, cuya linda mano movía el *timón de la nave* como si éste fuera el abanico? ¡Cuánto mejor gobernaría Espartero, hombre de buen puño! El trono de Isabel necesitaba un protector macho, y España un Regente bien bragado y de muchísimos riñones. Que viniera pronto y colocara en sus puestos á los *funcionarios probos*, destituídos por la infame *moderación.* Viniera, sí, antes hoy que mañana, á traernos la justicia, eliminando de las oficinas á los pancistas, intrigantes y gorrones, y dando la merecida redención á los pobres mártires de la política.

Acogía Maturana con cascada risilla senil las manifestaciones egoístas de su amigo, y el buen

manchego, tomando muy en serio su papel conciliador, discurría una componenda que sería felicísima si fuese práctica. ¡Lástima grande que Doña Cristina hubiera incurrido en la flaqueza de emparentar secretamente con Muñoz; lástima grande también que Espartero se hubiera precipitado á desposarse con Doña Jacinta Sicilia! Si uno y otro estuvieran solteros en aquel crítico momento de la historia patria, con una simple boda se realizaría la felicidad de la nación, afirmando la paz para siempre y repartiendo entre las dos familias ó bandos los puestos administrativos. Casado el *Progreso* con la Corona, se casaban y refundían todos los derechos, y comían todas las bocas y se acababan todas las hambres; el contento general traería la general justicia, y la hartura sería el fundamento de la felicidad; no habría ya pronunciamientos, ni logias ni cadalsos, y daría gusto ver cómo marchaban fácilmente los asuntos, cómo prosperaba el trabajo, cómo hallaban su acomodo los pobres, y los acomodados la riqueza, y los ricos la opulencia; daría gusto ver despachados en un periquete los expedientes de arbitrios, los expedientes de Pósitos, los Pósitos, ¡Señor! que eran la tela de araña en que se enredaban y perecían, como pobres moscas, los hombres más honrados de la nación.

Soltó la risa con mayor estrépito D. Carlos Maturana, y levantándose se volvió á la mesa de donde había venido. Su reir picante, recorriendo la sala, era como si al andar se soltarán rodando por el suelo las cuentas de un rosario. Un tanto corrido, dirigía Milagro hacia la distante mesa los cristales de sus gafas; mas como era tan cegato, ni aun con los vidrios podía distinguir á los dos comensales del diamantista, á quienes éste comunicaba su risa burlona.

«Dígame, Ibraim—preguntó al capellán:—¿conoce usted á esos tipos que comen ó han comido con D. Carlos?

—El que ahora se burla de nosotros—replicó D. Víctor,—no es para mí cara desconocida. Le he visto mil veces; me han dicho su nombre; pero en este momento no puedo traerlo á mi memoria. El muy sinvergonzonazo se ríe en nuestras barbas mirándonos con un ojo solo, porque es tuerto.

—Ya, ya le conozco—dijo el manchego:—es ese poeta... demonches... autor de una comedia que la llaman *Moríos y veréislo.*

—¿Poeta, tuerto... *Muérete y verás?*—exclamó el buen Milagro dando un palmetazo en la mesa.—Bretón de los Herreros.»

Presuroso y también tocado de risa, corrió á

la mesa del rincón más distante, y acogido por el poeta con un apretón de manos, oyó estas palabras de cordial benevolencia:

«También aquí disputamos, también nuestra mesa es un campillo de Agramante, ó Cortes en miniatura, con izquierda y derecha, oposición y mayoría. Maturana y yo somos el orden establecido, *vulgo* Ministerio, y este señor...»

En un paréntesis hizo el poeta la presentación de su amigo, un joven alto, moreno, de rostro varonil y hermoso, que denunciaba la profesión de las armas, disimulada por el traje civil: «Mi amigo, casi paisano y casi pariente, D. Santiago Ibero, teniente coronel de los Ejércitos Nacionales, propuesto ya para coronel... Fabulosa carrera, pero bien ganada; que éste no es de los de farsa.

—¡Vivan los héroes—vociferó Milagro,—que nos han librado al fin de esa plaga indecente de la facción! ¡Ibero!... un nombre que no falla. Llamándose así no hay más remedio, señor mío, que ser español valiente y liberal.

—Lo que decía—continuó Bretón.—D. Carlos y yo somos en esta mesa el pobre Gobierno, y Santiago *los señores de enfrente.* Figúrese usted si estará forrado de liberalismo el niño éste, que ha sido y es el brazo derecho de Zurbano. Un cuerpo cubierto de heridas y una ca-

beza llena de viento. Ya me lo dirá, ya me lo dirá cuando los años le amansen el genio, y cuando vea... porque todo es cuestión de ver pasar cosas y personas, reinados y gobiernos, tiranías y revoluciones. ¿Qué edad tienes, Santiago? ¿Treinta y dos? Ya me contarás tu *progresismo* cuando rebases de los cuarenta, si es que yo puedo alcanzar el tiempo de tus desengaños, pues la vida que llevamos los españoles no es para llegar á viejos. Sólo los que se pasan el día y la noche politiqueando, como este Milagro, realizan el de vivir mucho, porque con todos comen, y en todas las salsas mojan su mendruguito.

—Pido la palabra. El pelo que ha echado un servidor de ustedes—replicó el aludido,—bien á la vista está, y los frutos de mis intrigas pueden calcularse por la opulencia en que vivo... Bromas á un lado, el Sr. de Ibero nos dirá si podemos dar la guerra por concluída, ó si aún nos queda en Cataluña y Aragón algún rabo faccioso que desollar.

—Atrasado está de noticias el amigo Milagro—dijo Maturana, echándole familiarmente mano al cuello.—¿No sabe la noticia de esta tarde, la retirada de Cabrera después de la paliza que le ha dado León en Berga? Ya no hay guerra, señores; ya no hay más que política, lo

que á mí me parece un grave mal, pues España es un enfermo que no puede vivir sino á fuerza de sangrías... No reirse. La política sola paréceme más mortífera que la política con guerra. La una corrompe, la otra purga... En fin, lós que vivan lo verán.

—Se acabó la facción... ¡Viva Espartero!

—No cantemos victoria tan pronto—indicó Bretón guiñando el ojo con malicia,—que en este bendito suelo, el último tiro de una guerra civil es el primero de otra. Ya nos estamos preparando para un pronunciamiento; que nuestras tropas, ¡vive Dios! no es bien que estén ociosas. ¿Verdad, Santiago, que os pronunciaréis?»

Contestó Ibero gravemente que en el ejército del Norte y del Centro nadie pensaba en insurrecciones, á menos que la libertad peligrara. «Ya pareció aquello—manifestó el autor de *Marcela*, acompañando su dicho con toquecillos de tambor sobre la mesa.—Siempre que queréis sublevaros nos habláis de los peligros que corre la señora Libertad, á la cual yo comparo con la monja pudibunda que preguntó cuándo tocaban á violar. Eso decís ahora vosotros, pillos, demagogos, jacobinos; eso decís: «¡Que violan!» Y os equivocáis, porque nadie ha pensado ni piensa en atropellar la virtud de vuestra diosa.

Aquí no viola nadie más que vosotros, los liberales, que cada día os fumáis una ley más ó menos virgen.

—D. Manuel—dijo Milagro, vivamente interesado en la cosa pública,—déjese de bromitas y vamos al grano. Sr. de Ibero, si no hace mucho que ha venido usted del Maestrazgo, sabrá qué opiniones privan en el ejército, si seguiremos con la regencia una ó la estableceremos trina...

—Yo no sé nada de eso—replicó el militar.—Allá no pensamos más que en perseguir al enemigo.

—Que nos cuente sus hazañas—propuso el diamantista,—pues más debe interesarnos un poquito de historia, por breve que sea, que todos los chismes masónicos.

—No tengo hazañas que contar—afirmó Ibero, sacando la petaca y ofreciendo puros, que todos aceptaron, menos Bretón.—Mis proezas no han sido más que el cumplimiento de un deber sagrado, sin ninguna función heróica ni cosa que lo valga. Estuve en las acciones de Segura y Castellote, ambas muy reñidas. Me encontré en el sitio de Morella y en los combates que hubimos de dar para posesionarnos de parte del país circundante; pero no presencié la rendición de la plaza ni la fuga de los carlis-

tas, porque tuve que venir á Madrid con una comisión del servicio...

—Comisión de que no nos dirá una palabra, ni nosotros hemos de fastidiarle con preguntas—apuntó Maturana.—Ya sabremos del pronunciamiento cuando oigamos el primer berrido.»

En este punto de la conversación, y mientras Ibero denegaba festivamente, riendo y gesticulando, llegó el mozo con la botella de Jerez, brindándoles *de parte de los señores de la otra mesa.* Un gesto campechano del diamantista y un llamamiento jovial de Milagro produjeron la reunión de los dos grupos; mas no cabiendo todos en una mesa, parte de Milagro y la totalidad del corpacho de Ibraim, ocupaban la inmediata. Una rápida presentación hecha por D. José, cantando los nombres, unió á los seis individuos en accidental intimidad. El rumboso D. Bruno, que ni á tiros quería soltar el lucido papel de anfitrión, mandó traer más vino y puros de á dos reales; rechazó Bretón el exceso de bebida, protestando de su templanza, ya que hacerlo no podía de la de los demás; festejaron Maturana y Milagro la esplendidez del conterráneo de D. Quijote, abalanzó su ávida manaza Ibraim hacia los puros, y todos parecían dispuestos á prolongar

la placentera reunión hasta hora muy avanzada. Y cuando por la retirada lenta de los parroquianos íbanse quedando solos los seis puntos de la improvisada tertulia, gozosos de poder alborotar un poquito si el cuerpo y los espíritus así lo pedían, dejábase ver Lopresti con mandil y gorro blanco, saludando risueño á los señores con su atiplada mujeril voz. Era en él costumbre salir, terminado el trabajo, á recrearse oyendo las observaciones que sus feligreses le hicieran sobre los platos del día, ó las alabanzas de su maestría culinaria. Acercóse tímidamente dando las buenas noches, y Milagro, con el sombrero echado atrás, la mirada fulgurante y el labio trémulo, llegóse á él y le ofreció una copa, diciéndole: «Inclito Cayetano, brinda por la libertad, por la regencia *trinitaria*, por el Duque nuestro padre, que á todos nos sacará del Purgatorio... *Amén.*»

En tanto, interrogado por Carrasco, amplió Maturana las noticias recientes: la Reina, después de ser recibida en Lérida por Espartero con todos los honores de rúbrica, continuaba su viaje á Barcelona. Trabóse en seguida acalorada discusión de principios, llevando la voz D. Santiago Ibero y D. Carlos Maturana por las ideas liberal y moderada respectivamente. «Yo no entiendo de política—dijo el militar con since-

ridad y convicción;—no sé lo que son partidos, ni para qué existen las logias; pero declaro que creo en la libertad y la tengo por cosa excelente. Antes de haber leído lo mucho y bueno que sobre la libertad han escrito hombres muy sabios, sentía yo en mi alma la fe de esta idea, y con entusiasmo la adoraba. Antes que en mi entendimiento, estuvo en mi corazón el deseo de que los pueblos fuesen libres. Amo á mi patria tanto como á mi familia y á mí mismo: quiero para ella los bienes del progreso. Alguno me hablará de los males que ocasiona: yo los reconozco; pero los males son chicos y pasan, los bienes son grandes y quedan. Creo que con libertad, igual para todos, tendremos ilustración, dignidad, riqueza; sin libertad caeremos en la ignorancia, en la pobreza y en la ignominia. Si esto es un disparate, no pierdan el tiempo en demostrármelo, pues no hay razones que destruyan mi idea. Más que convicción clara es esto fe ciega. Yo no discurro: creo. Yo siento; no razono. Así soy, y así pido á Dios que me conserve.»

Murmullo de entusiasmo, en el cual el vocerrón de Ibraim y la voz femenina de Lopresti formaban las notas extremas, acogió las palabras del militar, que á fuer de sencillas y leales casi eran elocuentes. Bretón se levantó,

y abrazando á su amigo le dijo: «Te admiro, Santiago... y te compadezco. Adiós, hijo mío. Señores, divertirse. Mi mujer me riñe si entro tarde.»

Maturana reservaba en lo profundo del pensamiento sus opiniones: antes del discursillo de Ibero había reclinado su cabeza, haciendo almohada con los brazos en el respaldo de la silla, y se quedó dormidito, como una criatura á quien padres viciosos obligan á trasnochar.

III

Pasaron días. De nuevo aparecen en la *Española* comiendo juntos Carrasco y Milagro, y en una mesa próxima Ibero con un señor desconocido. Una y otra vez los parroquianos fundadores se aproximaron con llaneza cordial al caballero alavés, movidos de una simpatía misteriosa. Dígase, para encontrar la explicación de tal sentimiento, que movía sus corazones la confianza en las ideas que Ibero expresaba. El fatigado pretendiente y el viejo cesante buscaban los rayos de un sol que desde el momento de la aurora, y aun antes de ella, ya calentaba un poquito. Maturana fué alguna vez con su

sobrino, y gracias á éste supo mantenerse en una templanza que le quitaba todo su mérito de personaje cómico *per accidens*. Era, en el estado ordinario, un señor apreciabilísimo, de una sensatez ejemplar y desabrida. A Bretón no se le vió más por allí. Ibraim fué una noche con Fonsagrada, al cual se juntaron luego dos sujetos de los llamados del bronce, acompañados de una bulliciosa trinca de mozas alegres... Corrieron más días. El calor arreciaba; Madrid era un páramo ardiente sin agua, sin alegría, sin placeres, ambiente apropiado á la desesperación y á la locura; el Ministerio Pérez de Castro había sufrido nueva metamorfosis, echándose por tercera vez tapas y medias suelas; en el quita y pon de Ministros, sólo permanecía inmutable D. Lorenzo Arrazola, el conciliador sempiterno; tenebrosa confusión reinaba en la cosa pública, y todo anunciaba sucesos inauditos.

Una noche de aquel Agosto triste de Madrid, de aquel bochornoso mes casi siempre precursor de tempestades en nuestro calendario histórico, comió Ibero en la *Española* con un capitán de la Guardia, y hallábanse ya rematando el postre de pasas y almendras, cuando se presentaron Milagro y el manchego, ya bien comidos al parecer, pues el uno traía puro en

la boca y el otro palillo, y llegándose á la mesa con aire misterioso, dieron á entender á medias palabras que tenían que tratar con el alavés de un asunto grave y delicadísimo. Para dar mayor solemnidad á su mensaje, Carrasco propuso á Ibero que se dejase llevar al rincón opuesto de la sala, vacío de gente, donde podrían secretear á su gusto. No creyendo bastante reservado aquel sitio, hubiérale llevado Milagro á la cocina, ó á lugares más recónditos. Impaciente Ibero, y tomando á broma los aspavientos de sus amigos, que parecían padrinos de duelo ó conspiradores de profesión, les incitó á explicarse pronto y con menos arrumacos.

«Calma, señor mío, que ya le enteraremos con todo el sigilo que el caso requiere.

—En este ángulo, hablando bajito y con disimulo, como si tratáramos, verbigracia, de una cuestión *faldamentaria*, estaremos bien seguros. El hecho es que...

—Yo, yo...—dijo D. Bruno reclamando la primacía.

—El caso es que...

—Déjeme á mí, querido Milagro. Vamos por partes. No nos hagamos un lío. Recordará el señor de Ibero que hace días le habló de mi sobrino, Modesto Gallo...

—Sí, sí; grande amigo mío.

—Como usted, teniente coronel del Ejército.

—Subtenientes nos conocimos, y desde capitanes hemos peleado juntos, haciendo vida común, compartiendo las penas y alegrías de la guerra, los peligros de siempre, las glorias de algún día.

—Pues bien—dijo Carrasco con una solemnidad que casi era terrorífica:—Modesto ha llegado.

—¿Aquí? ¿Dónde está? Quiero verle,—exclamó Santiago con no menos sorpresa que alegría.

—Poco á poco—indicó Milagro, queriendo llevar el espinoso asunto con la pausa que su extrema gravedad requería.—Ha llegado ayer. Le hemos visto esta noche.

—Y al tiempo de saludarnos nos ha preguntado si sabíamos de usted, y dónde podríamos encontrarle.

—Yo también quiero verle, ¡caramba! ¿Dónde está?

—Calma; no perdamos la serenidad.

—Necesita hablar con usted esta noche... ¡ojo!... esta noche.

—Vamos allá.

—Quieto... No se entere la gente. ¿Ve usted? Ya nos miran.

—Esto es ridículo. Parecemos conspiradores.

—Chitón...

—Prudencia, amigo mío.

—En fin, ¿dónde veré á Modesto? ¿Para en casa de usted ó en alguna posada?

—No sabemos dónde mora. Vino á mi casa con la urgencia de que le buscáramos á usted esta noche... sin falta.

—Tiene usted que verse con él inmediatamente,—susurró Milagro en voz tan baja que apenas se le oía.

—¿Pero si no sabemos dónde está, ¡Cristo! cómo he de verle?

—Silencio. Usted le encontrará sólo con dirigirse sigilosamente y sin comunicarse con nadie á donde yo le indique.

—¡Pues acabe usted de explicarme, ajo!...»

Adoptando las formas de disimulo más exquisitas, el manchego sacó de su bolsillo un papel, un cartón, la mitad de una tarjeta, y presentándola á su amigo con delicadas afectaciones de naturalidad, le dijo: «Con esto se encaminará el Sr. D. Santiago al sitio propuesto por mi sobrino. Yo le diré la calle, número de la casa y piso... y no hay que perder tiempo, señor mío; despáchese usted... pague la comida, despídase de su amigo, sin darle á conocer este negocio, y vámonos á la calle. Aquí no me atrevo á decirle lo que aún ignora.»

Obedeció Ibero, y una vez los tres en la calle obscura, desembuchó Carrasco lo que del misterioso mensaje aún quedaba en su cuerpo. La casa en que el teniente coronel Gallo citaba á su amigo era un piso segundo en el número 13 del Postigo de San Martín.

«¿Y qué tengo yo que hacer allí?—dijo Santiago perplejo y de mal talante.—Esto me huele á tapujo masónico... Yo no soy masón, para que ustedes lo sepan.

—Ni yo,—iba á decir D. Bruno; pero Milagro se apresuró á cortarle la palabra con manifestaciones que, si no revelaban escuetamente las fórmulas rituales del masonismo, eran de la casta más próxima.

—Tampoco nosotros; pero *blasonamos* de liberales, queremos la felicidad de la patria, y contribuímos en nuestra esfera humilde al triunfo de los buenos.

—Nada, Sr. de Ibero—declaró con austeridad Carrasco:—cuando mi sobrino le llama á usted á ese punto, es porque se le necesita, es porque... se le estima útil, indispensable como quien dice. No se trata de un cualquiera: se trata de un bizarro jefe, cuya autoridad puede ser de gran peso... en fin, yo no sé... hablo por corazonadas, pues Modesto nada me ha dicho...

—Como si lo dijera—añadió el cesante.—

Podrá ser que si usted no acude á la cita, los acontecimientos sigan un curso... es un suponer... un curso torcido, distinto del que anhelamos todos. Poco tiene que andar el Sr. Ibero, pues el Postigo de San Martín lo tenemos aquí propiamente... á dos pasos... Le llevaremos hasta el mismo portal del 13. Conozco la casa, que es la más antigua de la calle, y en ella estuvo la panadería de los frailes allá en los tiempos ominosos.»

Ibero se dejó llevar. Si el cariño de su compañero le avivaba el paso, se lo contenía el temor de lo desconocido y la sospecha de que le llevaban á una encerrona para envolverle en alguna maraña política. Recordaba el carácter de Gallo, un chico excelente, intrépido militar, amigo intachable; pero de cascos muy ligeros, así en cuestiones de mujerío como en las que atañen á la vida pública. De una impresionabilidad excesiva, se remontaba fácilmente de los afectos á las pasiones; su fácil palabra y su asimilación más fácil todavía, fomentaban en él los entusiasmos bruscos, el ardor sectario; no sabía querer sin violencia, ni profesar opiniones sin llevarlas hasta el delirio. Tal era Modesto Gallo, á quien Ibero reconocía en aquella forma novelesca de darle cita con media tarjeta, con el sigilo teatral del mensaje con-

fiado á dos amigos. Por último, á los temores del alavés se sobrepuso la curiosidad, y cuando se aproximaba con sus conductores al Postigo de San Martín, ya se le hacían largos los minutos para llegar á la solución del enigma.

«¿Será prudente que nos veamos á la salida? —preguntó el honrado manchego, vacilando entre el miedo y la curiosidad.

—¡Sabe Dios—indicó Milagro alardeando de discreción,—si el Sr. de Ibero podrá contarnos...! No, no: resoluciones tan graves no se comunican ni al cuello de la camisa. Vámonos; no está bien que rondemos la calle.

—¡Oh! no... ¡Podrían creer que nosotros...! Vámonos de aquí,—dijo Carrasco sintiendo frío.

Era el temor de la persecución policiaca, que por primera vez en su vida contristaba su ánimo; y no era sólo temor, sino repugnancia y algo que ofendía su dignidad. ¡Verse él, español pacífico y acomodado, padre de familia, señor de ganados y tierras; verse, pensaba, en trotes de persecución, traído y llevado por guindillas inmundos! No: el papel de víctima política, fuera por ésta ó la otra causa, no cuadraba, no, á su hidalga condición. Amaba la libertad, más que por propio conocimiento, por lo que de tal señora había oído decir y contar; pero no sentía ganas de martirio por ninguna

religión política; sólo un gran ideal le movía: el satisfactorio despacho de un triste expediente de Pósitos.

Al despedir al militar, quiso Milagro arrancarle la promesa de que acudiría luego al Café del Siglo; mas no consiguió sino una vaga respuesta condicional sobre este punto. Retiráronse viéndole perderse en el lóbrego zaguán, y avanzando silenciosos hacia la plazuela de las Descalzas, Milagro imaginaba trastornos inminentes, á la medida de su loco deseo, y Carrasco sentía, en medio del sofocante calor estacional, ráfagas de frío, el sobresalto de la conciencia, que le afeaba sus concomitancias con gente intrigante y revoltosa. Las sombras de la noche aumentaban su recelo, y agarrándose al brazo de su amigo, aceleró el paso para llegar pronto á la Puerta del Sol, que ya en aquellos tiempos era lo menos obscuro y solitario del viejo Madrid. Para mayor intranquilidad del buen compatriota de Sancho Panza, creyó ver desusado movimiento en la Puerta del Sol, y grupos más compactos que de ordinario frente al Principal. Quiso D. José aproximarse y meter sus narices en el gentío; pero el manchego le llevó á empujones diciéndole: «Amigo mío, no olvidemos que somos ciudadanos pacíficos, honrados... quiero decir

que no nos metemos en quitar y poner ministros. Allá se las hayan... Adelante: allí, junto al reverbero, parece que leen *La España* ó *El Guirigay* maldito. ¿Habrá noticias? Ya nos lo dirán en el café. ¿Tendremos libertad? Que la traigan con mil pares; pero nosotros no nos metamos, D. José, no nos metamos... Somos gente de orden.»

Subió el buen Santiago al segundo piso de la misteriosa casa; llamó tirando de un sucio cordón; le atisbaron por un ventanillo reforzado con cruz de hierro, y franqueada al fin la puerta, vióse ante un hombre escueto que lo mismo podía parecer torero de invierno que sacristán de las cuatro estaciones, el cual, previo examen de la media tarjeta, le introdujo y encerró en una estancia con las paredes cubiertas de imágenes, estampas piadosas y objetos de devoción. Oyendo el intenso murmullo de pláticas muy vivas en próximos aposentos, entretuvo el corto plantón contemplando á la luz de un quinqué pestífero las estampas milagrosas y un retrato de Gregorio XVI con el ropaje bordado en mostacilla, y de pronto se vió sorprendido por su amigote Gallo, que le abrazó con toda la rudeza cariñosa que gastar solía.

«*Chiquio*—dijo Ibero,—explícame pronto esto. ¿Qué me quieres?

—Ya te lo diré... aguarda un poco,—replicó Gallo sintiéndose cohibido, premioso en su sinceridad.

—Siento voces. ¿Qué gente es esa? ¿En dónde estoy?

—Entre amigos... Llamado por mí, no debes temer cosa mala. Esta noche conocerás á un hombre... ¡qué hombre, Santiago! Es el más noble, el más digno, el más caballero... ¡con un talento, chico, con una penetración y conocimiento de las personas, de las cosas...!

—¿Quién es? ¿No puedo saber su nombre antes de verle?

—Ya lo sabrás, sí... ahora lo sabrás—repuso el otro algo turbado.—Pero empecemos por decirnos tú y yo algunas palabras, pocas... tirémonos, si es necesario, cuatro mordiscos... Somos amigos; debemos confiarnos el uno al otro el estado de nuestros corazones en punto á... Más claro, confesémonos tú y yo lo que pensamos de esta quisicosa que llaman *la situación*.

—Lo que yo pienso ya lo sabes,—afirmó Ibero con severidad.

—No se piensa lo mismo en campaña que en Madrid. Allá pensamos en batirnos, en defender la vida; aquí en buscar la verdad, en defender los principios...

—¡Metafísico estás!... Menos retórica y más

franqueza, Modesto. ¿Somos ó no somos amigos?

—Amigos hasta morir. Siéntate un momento. Hablemos como hermanos.»

Arrogante y garboso era el tal, y muy bien le caía el nombre de Gallo. Menos que mediana era su estatura; pero no había otro mejor plantado ni que mejor retratara en su continente la bravura indómita y en ciertas ocasiones provocativa. Su encrespado cabello parecía una cresta; sus ojos despedían el fuego de Marte; usaba bigote espeso, largo y caído, imitando el personal estilo de su adorado jefe, Don Diego León. Su voz vibraba en las disputas como clarín guerrero, y acompañábala con gesticulaciones de una energía despótica. Argumentaba cerrando el puño y solidificándolo como una maza de hierro. Empuñaba el argumento como una lanza.

IV

«Tú has venido aquí—dijo Gallo,—como uno de los hombres de confianza del General en Jefe, para preparar...

—No hemos preparado nada; no hacemos más que sostener... La misión del ejército es

apoyar á la opinión pública y oponerse á los que quieren ir contra ella.

—¡Inocente! Hablas como *El Correo Nacional.*

—Hablo como hombre de verdad y como soldado de honor.

—No lo dudo, *chiquio.* Pero niego que seas tú el único que interprete lo que llamamos la opinión. No constando en ninguna parte de una manera clara lo que la Nación siente y desea, todos usamos el derecho de ser sus intérpretes; y yo, que también tengo mi criterio y aunque bruto, ¡ajo! sé formar juicio de las cosas, sostengo que el país no quiere la preponderancia de D. Baldomero, ni ve con buenos ojos que se pretenda rebajar la dignidad de doña María Cristina, tratándola como á una mala patrona.

—Veo, querido Gallo—dijo Ibero levantándose,—que no estamos ya juntos frente á un enemigo común: estamos el uno frente al otro, cada cual en su terreno. Somos dos amigos... enemigos. Apenas sofocada una guerra civil, inventamos otra para nuestro uso particular.

—De los capitanes afortunados nacen los grandes ambiciosos, digo yo. Ahí tienes la peor calamidad de las guerras, que nunca son tan malas y desastrosas como cuando concluyen.

—En suma, querido amigo, creo que ya hemos hablado bastante. Confieso mi error. Yo creí que todos los Generales formados á la sombra de Espartero apoyaban la Causa liberal en contra de la camarilla moderada.

—Algunos hay para quienes no existe más Causa que la de la Reina, cuyo nombre está escrito en nuestras banderas y en nuestros corazones... corazones muy brutos, ¡ajo! pero muy leales.

—Háblame con franqueza. ¿Es León el único que resueltamente está contra Espartero?

—No: hay más. Pasa revista en tu memoria á la plana mayor de nuestro ejército. Fíjate en lo más brillante, en lo más ilustre, en lo más inteligente. Entre esos, elige lo mejor de lo mejor. Resultará que todo lo bueno está contra el ídolo.

—¡Ay, amigo mío!—dijo Ibero con profunda tristeza.—Convéncete de que has dado un golpe en vago llamándome, y déjame salir de aquí. Estoy violento, y de seguro te estorbo.»

Hizo ademán de retirarse, y el otro le retuvo estrechándole afectuosamente las manos. En el mismo instante oyéronse voces y ruido de pasos. Alguien entraba ó salía.

«Aguárdate—indicó Gallo, bajando la voz,

—deja que salgan esos. Aún tenemos algo que hablar...

—La reunión concluye—dijo Ibero, poniendo atención á los ruidos de voces y pasos que indicaban la salida cautelosa de un número de personas difícil de apreciar por el oído.—Tienes razón: algo falta que decir. Lo que ha pasado esta noche entre nosotros, y lo que no ha pasado, todo, todo, quedará en el mayor secreto.

—Naturalmente. He contado con Santiago Ibero ¡re-Dios! que es contar con la decencia misma, con la caballerosidad.

—¿Puedo ya tomar la puerta, *chiquio?*

—No. Abuso de tu amistad reteniéndote un poquito más. Has formado mala idea de mí, y quiero rehabilitarme en tu concepto. No quiero que quedes bajo la mala impresión de la tosquedad con que yo expreso mis ideas: quiero que éstas lleguen á tí por boca mejor que la mía, por la persona de que antes te hablé... No: no te dejo ir sin que le veas. Dame ese gusto, hombre... no te hagas el interesante. Ya no hay en esto compromiso alguno, ni aquí se trata de conspiración, ¡ajo! ni de narices. Somos dos amigos que oyen la palabra hermosa de un tercer amigo, y así le llamo porque sé que te cautivará. No tengas ningún recelo, ¡contro! Repito que no hay en ello compromiso...

—Por agradable que sea hablar con hombres tan eminentes, yo creo que debo retirarme.

—Aguarda un momento. Pues nada tenemos que hacer aquí, ni se ha de resolver cosa alguna, quizás salgamos juntos los tres. Aguarda te digo, no más que dos minutos.»

Sin dar tiempo á que Ibero hiciese nuevas observaciones, salió Gallo, y á los pocos instantes volvió acompañado de un sujeto, á quien presentó en forma solemne: «D. Manuel Montes de Oca, ex-Ministro de la Corona.»

La primera impresión de Ibero fué de disgusto, como de quien se ve objeto de una emboscada. Permanecieron los tres un instante mudos, esperando cada cual que uno de los otros dos dijese la primera palabra. En este breve lapso de tiempo, el enojo de Ibero se dulcificó ante la fisonomía grave, dulce y melancólica del joven gaditano, á quien conocía por su nombre, un poco altisonante, y por su fama de caballerosidad. Habíasele imaginado viejo, adusto y con cara de pocos amigos; y viendo su juventud, su hermosura, su expresión soñadora y romántica, sus azules ojos, que antes revelaban las tristezas del poeta que las energías del sectario, reconoció que nuestra existencia no es más que un tejido de errores, y que gran parte del tiempo que vivimos lo empleamos en

la necesaria rectificación de juicios y creencias.

«No sé cómo pedir á usted perdón—dijo Montes de Oca á punto que los tres se sentaban,—por haberle traído á una reunión, cuyo objeto, momentos antes de llegar usted, dábamos ya por fracasado. Ha sido usted muy oportuno en llegar tarde, y así no hay para nadie ni sombra de compromiso. Con media palabra me ha dicho Gallo que no habríamos podido contar con usted. Más vale así, ya que nada hemos hecho ni podremos hacer por ahora. Ello es muy triste; pero de una realidad que á todos se impone.

—Llegando tarde es menos violenta para mí la negativa que yo habría dado á los que, por lo visto, se reunían para defender una causa perdida.

—Por el momento quizás—dijo Gallo.—Luego veremos.

—En política—afirmó Montes de Oca acentuando su expresión de tristeza,—el momento presente es lo que más importa. Al intentar dar una batalla nos hemos encontrado sin fuerzas, y lo que es peor, sin terreno. Usted, Sr. de Ibero, piensa que somos locos, y en ello tiene mucha razón... Pero no: el único loco soy yo, y las personas á quienes he querido hacer partícipes de mi delirio han tenido el buen acuerdo

de dejarme solo. Respetando las ideas de usted, y en la esperanza de que usted, como hombre leal, respetará las mías, yo me permito emplazarle para dentro de un año, de dos... Entonces veremos dónde está la sinrazón y dónde la cordura.

—Las convicciones arraigadas, señor mío, aunque sean erróneas, merecen siempre respeto. Reconociendo que el proceder de usted en este asunto es obra de una alucinación, celebro infinito que mis compañeros no hayan querido ó no se hayan atrevido á secundarle.

—El tiempo hará lo que yo no he podido hacer. Quizás es conveniente que el mal madure y crezca, para destruirlo más pronto y desarraigarlo. En los momentos críticos de la vida de los pueblos, no es fácil saber dónde está la alucinación y dónde la claridad del juicio. Alucinan los triunfos repentinos, no la desgracia; la usurpación puede ser un delirio; el derecho no lo es. Y en cuanto á la nobleza de los móviles, yo le invito á usted á que haga un paralelo, una comparación entre los que defienden la fuerza material y los que patrocinamos la espiritual. Dígame usted qué cree más digno y noble: si alentar el poder ciego de las armas, ó apoyar la ley representada en lo más augusto, que es la Monarquía; en lo más hermoso,

que es la mujer; en lo más sagrado, que es la infancia.

—Sr. de Montes de Oca, usted es elocuente; yo, pobre soldado, no sé más que sentir. Siento las ideas... no sé si digo un disparate. En mi corazón, en mi cabeza dura, las junto con el honor, con el deber militar, con la idolatría de mis jefes, bajo cuyas órdenes he derramado mi sangre; las junto también con el amor de mi querida patria, de la libertad, á quien adoro sin saber por qué... y con todas estas cosas hago un solo sentimiento, que es mi vida. Así soy, y así me encontrará usted siempre. Conmigo no podrá usted ganar batallas, y yo haré cuanto pueda para que las pierda.

—Dejemos para lo futuro las lecciones que podamos recibir el uno del otro—dijo Montes de Oca.—Por hoy, ya que entre los dos no resulte amistad, separémonos como caballeros que somos. Me reconozco vencido antes de combatir. No abusen ustedes de su poder antes de ser vencedores. Declaro que si yo tuviera fuerza material, impediría la usurpación que se prepara. Entre los defensores de ella hay muchos que la creen odiosa, brutal; pero no se atreven á combatirla. Yo me atreveré, por poco que me secunden, y espero que mi ejemplo traerá prosélitos á esta santa causa. Prepárese

usted, y los que como usted piensan, á las audacias de un enemigo terrible: ese soy yo, se lo advierto desde ahora para que sean implacables conmigo, como yo lo seré con ustedes. De seguro verán en mí una actitud quijotesca, una pasión que por querer remontarse á lo heróico, resulta ridícula. No me importa: está en mi naturaleza el acometer las empresas grandes que casi parecen imposibles, y no porque lo sean me acobardan á mí... En la expresión de su cara, oyéndome, veo que mis arrogancias no le asustan ni le enfadan.

—En efecto—replicó Ibero:—me agrada su tesón y lo admiro.

—No, no puede considerarse perdida—afirmó Gallo con cierta brutalidad de gesto y de palabra,—una causa que tales leones cría.»

Levantóse Montes de Oca, y después de dar algunos pasos por la estancia, detúvose ante los militares y les dijo: «Lo que ahora tememos algunos, lo que ustedes preparan, lo que unos amigos de Espartero niegan con hipocresía y otros anuncian con insolencia, será un hecho dentro de veinte, treinta ó más dias... qué sé yo cuándo. ¿Y este atentado se consumará sin que en el ejército español, donde hay tantos hombres de honor, se desenvaine una sola espada para impedirlo...? Usted lo cree

así... yo no, yo no puedo creerlo... Si lo creyera, maldeciría á mi patria...»

Honda impresión hicieron en el alavés estas palabras, á las que no pudo contestar sino con otras torpes y balbucientes. Era un rudo soldado incapaz de filosofar sobre cosas públicas, un monomaniaco del patriotismo, que no entendía bien las razones contrarias á la breve fórmula de su demencia. Ello no impidió que sintiera misteriosa simpatía por el gaditano, viendo en él un desdichado caballero que se prendaba de los imposibles y á pelear se disponía, solo y triste, por una idea rancia y sin lucimiento... ideas de capa y espada, cosas de la *edad media*, ó de cualquiera edad donde no había progreso.

La despedida fué breve. Ibero le estrechó la mano, sintiendo, y así lo dijo, no ser su amigo. El otro se fué delante, dejando tras sí un suspiro, y hasta que no le sintieron en el tramo más bajo de la escalera, no se determinaron los militares á salir, para dejar entre ellos y el paisano un largo espacio de calle. Descendieron silenciosos, lentamente, y en la calle no vieron más que media docena de vecinos que huyendo del calor de las habitaciones hacían su tertulia en las aceras, mientras los chicos jugaban en el arroyo. De los portales y cuartos bajos salía un olor de humanidad comprimida

que destapa sus madrigueras para no ahogarse.

«Estáis locos,—fué lo único que Ibero dijo á su amigo, aproximándose á las Descalzas.

—Es verdad—replicó el otro, sacando con dificultad las palabras del cuerpo.—Locura es pelear uno contra veinte. Que triunfen, y sólo con el hecho de triunfar, nos ponen en la proporción de veinte contra uno... ¿Qué es lo que ahora pasa? Que no hay oposición. Pero en España la oposición se forma en cuatro días después del éxito. Nace como la mala hierba, y crece como la espuma. Verás, verás... Yo lo he dicho: para poder apedrear bien á un ídolo hay que ponerlo arriba... Arriba, y bien alto, para que no se pierda ni una china, ¡ajo! Dí que estamos locos. Los locos son ellos, y tú, Santiago, tú...

V

Al día siguiente de este suceso recibió Ibero orden de partir para Valencia, conduciendo cuatro compañías de *Borbón* y dos de *San Fernando.* Las únicas personas que de política le hablaron el día de su partida fueron los inseparables Milagro y D. Bruno, sin que ninguno de los dos obtuviera de él ninguna referencia

de la misteriosa reunión del Postigo de San Martín. Medroso, turbado por la visión continua de graves disturbios, el manchego se mostraba pesimista, con más ganas de volver al terruño que de continuar en Madrid su inútil *via-crucis* de oficina en oficina. En cambio, D. José soñaba despierto con una revolución pacífica y absolutamente limpia de sangre, que nos trajera la justicia y el reinado de la honradez; jarana filosófica, ante la cual habrían de prosternarse todos, reconociéndola buena, eficaz y definitiva, como principio de una era de perdurable ventura. «Este país se gobierna con una hebra de seda, señores—decía con tenaz convencimiento, que parecía fe religiosa.—Y lo que es una revolución pacífica, que resuelva de una vez todas las cuestiones, no ha de faltarnos. Yo, yo me comprometo á ello sólo con que me dejen tres días de *Gaceta*. Nada, nada: es cosa sencillísima... Tres días de *Gaceta* me bastan, y si me apuran, dos... Soy sastre viejo; conozco el paño. Pero, Señor, ¿no es principio de los principios la voluntad nacional? Pues teniendo ésta bien manifiesta, basta con un *cúmplase*. Que se cumpla, y todo el mundo boca abajo. Y no me salgan los moderados con la tecla de que la santísima voluntad de los españoles no es clara como el agua. España clama libertad con jus-

ticia, y honradez en todas las esferas, y al pedirlo señala con el dedo bien tieso quién puede darnos el bien que no gozamos. ¿Lo quieren más claro? Pues para claridades, ahí tienen lo que ocurrió al paso de la Reina por Zaragoza. El pueblo aclamó con mayor estruendo á la señora Duquesa de la Victoria que á la propia Doña María Cristina. ¿Y eso? Pues á cada instante vemos demostraciones no menos elocuentes de la voluntad de la Nación... Yo gobernante, ustedes gobernantes, ¿qué haríamos? Decir *cúmplase*... y cumplir... Ya ven á qué sencilla fórmula se reduce todo mi sistema. ¡Cumplir, cumplimiento! Y no más trapisondas, no más discusiones, no más derramamiento de sangre... Declaro que no soy partidario de la violencia, ni de los tumultos, ni de que se haga uso de las armas... No se ofenda usted, querido Ibero, si le digo que á todos los militares, en tiempo de paz, les mandaría yo á sus casas, quedándome sólo con una corta fuerza para contener á los malhechores... ¿Para qué necesitamos tanta tropa una vez que todo quede establecido en regla? Para nada. Más bien servirán ustedes de estorbo que de ayuda... Y luego, un gasto fabuloso, inútil, mi querido D. Santiago. Yo emplearía las tres cuartas partes del presupuesto de guerra en fomentar la riqueza pública, y por cada

fusil que suprimiera, plantaría un árbol, y en vez de regimientos, pondría Sociedades de Amigos del País, y los cuarteles se convertirían en Universidades, y las banderas servirían para adornar las imágenes en nuestros templos... en fin, poca fuerza y mucha ilustración. Que me dejen la *Gaceta*, y verán qué pronto...»

Hubiera seguido desarrollando con fácil vena sus proyectos, producto inagotable de su reciente desvarío político, si el buen Ibero, que comunmente se interesaba poco en la aplicación de los principios, por serle más grata la contemplación mental de los mismos en abstracto, no acelerase la despedida. Deseáronle los dos amigos, y otros que á la sazón llegaron, un viaje feliz, y partió á la cabeza de las seis compañías. Era un anochecer caluroso. Para no fatigar inútilmente á sus soldados, Ibero dispuso aumentar las jornadas nocturnas, abreviando las caminatas durante el día. No podría imaginarse peor tiempo de viaje, siquier éste fuese de tropa, que en toda ocasión debe y sabe ir á donde la llevan. Los caminos eran polvo, el aire fuego; del sol diríase que arrojaba la luz á torrentes y con ella el polvo, y del suelo, que ensuciaba y resplandecía. Y al través de aquel territorio arábigo, seco y ardiente, que media entre las puertas de Madrid y las riberas del Ja-

rama, los soldados iban locos de alegría; el calor y la sequedad eran su elemento; ni el peligro ni el temor de guerra podían inquietarles; no aguardaban ni perseguían á un enemigo fiero; no les faltaban alimentos, ni agua, ni obsequios de vino; era su viaje un paseo triunfal por pueblos feos tras de los cuales vendrían pueblos bonitos, y en todos ellos encontraban muchachas de distintos pelajes á quienes embromar. El contento de la tropa, soltando chispas á lo largo del árido camino, iba prendiendo fuego y levantando llamas de alegría: para los pueblos era una dicha el paso de la tropa, y ésta no deseaba sino que España fuese del tamaño de todo el mundo para que la marcha no tuviese fin. ¿Qué más podía desear el soldado sino que le pasearan por el mapa, viviendo y gozando sin funciones de guerra? Vida más deliciosa no podrían soñar los pobres hijos del terruño español, destinados poco antes á matarse despiadadamente. Hermosa era la paz, y grande entre los más grandes el que la había traído...

En medio de la infantil alegría de su tropa, Ibero iba triste, agobiado por el calor. Recorría largas distancias sin hablar con los compañeros que le rodeaban más que lo necesario para los actos del servicio. Como D. Quijote

en sus horas de melancolía soñolienta, dejaba tomar al caballo el paso que quisiese, y contemplaba las vagas líneas del horizonte, ó las nubes, si por acaso las había en el cielo, ó las ondas de polvo que el viento llevaba consigo, arreándolas como á una recua de fantasmas. No se crea que el militar adormecía su entendimiento en un éxtasis de cosas políticas, discurriendo si tendríamos mayor ó menor grado de libertad. Esto le interesaba, le había interesado en los tiempos de la campaña activa; mas desde los meses que precedieron al abrazo de Vergara, Ibero había sufrido la brusca invasión de una enfermedad del espíritu muy propia de sus años viriles, la cual por venir algo tardía entró con más fuerza, cogiéndole de un extremo á otro todo el campo de la naturaleza física y moral, sin que quedase parte alguna que no estuviese afectada por tan grave dolencia. Que ésta era el amor, fácilmente se comprende; un amor como los que se estilaban en aquella época: abrasador, exclusivo, con tendencias lloronas y funerarias, sabores de amargura y relámpagos de lirismo.

La historia era de las más comunes. Apenas conocía Santiago el amor más que por inclinaciones ó caprichos insubstanciales, cuando se prendó de una señorita de La Guardia, á quien

había conocido en la niñez y en la juventud florida de ella, sin que jamás se le ocurriera que viniese á ser la dama de sus pensamientos. Ello fué repentino, obra de un par de tardes apacibles; se inició en una fiesta popular; siguió desarrollándose en un paseo junto á la iglesia, después en un refresco que dió el cura párroco al señorío principal de la villa; y para determinar el incendio de la grande alma de Ibero, no hubo más combustible que unas palabritas de simpatía disimulada con donosas burlas; después otras de él que debieron ser de lo más atrevido dentro del comedimiento social, y luego... un par de cartas muy respetuosas con las indispensables fórmulas de rendimiento y ternura. Obtuvieron éstas una cortés acogida, que ya significaba mucho en la condición de la niña, y á tal demostración siguieron bromas delicadas que encerraban veras muy dulces; en sucesivas entrevistas se marcó el gusto que recibía la señorita de verse amada por un joven tan gallardo como Ibero y de tan honrosos adelantos en la carrera militar; mas no queriendo entregar su alma sin la preparación y trámites que pide la decencia, echó por delante risueñas esperanzas, con las cuales el hombre se tuvo por amante dichoso. Pero ¡ay! en cuanto le alejó de La Guardia la dura obligación militar, ya

no fué vida su vida, sino un martirio continuado, pues lo mismo le atormentaban sus alegrías delirantes que sus lúgubres tristezas. Un correo amoroso, enviado y recibido de tarde en tarde, sostenía su pasión en el punto de mayor ardimiento. Cartas recibió en Miranda, en Morella, en Madrid, y cartas expidió desde aquéllos y otros puntos. No queriendo dudar, dudaba; la niña, fuese por estudio, fuese porque así lo dictaba la realidad, á lo mejor salía proponiendo ruptura. ¿En qué se fundaba? En razones de familia muy atendibles que no podían exponerse por cartas; en repentinas veleidades de vocación religiosa, que despertaban en Ibero furiosos celos de Jesucristo... Ello es que el hombre no vivía, y sus inquietudes subían de punto con la idea mortificante de no ser grato á la familia, que si le apreciaba como á un joven de mérito, de honrada progenie y buen acomodo, quizás no le creía digno de poseer un bien tan grande como la niña de Castro-Amézaga, noble por los cuatro costados y poseedora de un rico patrimonio. En el aburrimiento y soledad de aquel viaje á Valencia, sus temores y tristezas se resumían en el propósito de dirigir una expresiva carta al Sr. de Navarridas no bien llegara al término de su caminata. Urgía despejar la terrible incógnita. Pensando en ello,

ocupada la mente noche y día por la linda imagen de su dama, iba el hombre tragando leguas, bebiendo polvo, espaciando la vista por las llanuras abrasadoras ó distrayéndola en los cerros piníferos; cumpliendo como una máquina sus deberes militares, sin más gusto que el de tolerar á los soldados todos los esparcimientos que no fueran escandalosa violación de la disciplina.

Nada ocurría en el cansado viaje que alterara la desazón tediosa del alma de Ibero. ¡Si al menos hubiera guerra, enemigos que combatir, ocasiones de exponer la vida y de ganar nuevos laureles! ¡Acabarse la guerra cuando él se hallaba casi á las puertas del generalato! La faja hubiera sido un título ante el cual los Navarridas no podrían mostrarse inflexibles... Pero ya no había que pensar en nuevas campañas, pues Espartero había asegurado la paz por mucho tiempo. ¡Qué cosas trae la vida, Señor! ¡El, Santiago Ibero, que había peleado sin ambición, movido tan sólo del ardiente amor de la libertad, y del gusto de afianzarla con las armas, apenas terminada la lucha sentía en su alma el gusanillo, la avidez de más altos títulos y empleos para deslumbrar con ellos á una noble familia! Y no era él hombre para despreciar la paz, ni haría cosa alguna que con-

tribuyese á renovar los pasados horrores. Su conciencia antes que todo. Si no le daban la niña de Castro, no podría vivir. La muerte sería la solución, un morir no menos glorioso que el de los campos de batalla, pues lo mismo daba caer á los pies de Cupido que á los pies de Marte, que tan diós era Juan como Pedro.

Por efecto del calor y del cansancio que le quitaban el apetito, al pasar las Cabrillas iba el hombre tan espiritado, que el caballo, si en ello pensara, habría podido darse cuenta de una notable disminución en el peso de su jinete y señor. Ya en el llano de Valencia, donde los soldados se entregaban á locas alegrías, convidados de la dulzura del clima y de las abundancias de aquella tierra, Ibero se sintió invadido por tristezas más crueles, que se le agarraron al hígado, al corazón, y luego despedían negros vapores hacia la cabeza. Marchando en las serenas noches, se complacía en ver espectros, que surgían á uno y otro lado del camino, y pausadamente se alejaban ante el regimiento, mirando hacia atrás con fúnebres ojos. No eran, no, las nubes de polvo que levantaba el viento, eran ilusorios ó verdaderos fantasmas, seres de otro mundo, que venían á penar en éste y en el propio lugar donde fueron despojados de su carnal vestidura; eran las

sombras de los infelices españoles brutalmente fusilados en los mataderos de Utiel, Chiva y Burjasot. De un suelo harto de sangre se evaporaban los trágicos horrores de la guerra para turbar los días serenos y las noches plácidas de la paz. Fuese porque estas imaginaciones le trastornaran, fuese porque al pasar bruscamente del achicharradero de la meseta central á las humedades ribereñas contrajera algo de paludismo, ello es que entró en Valencia con escalofríos y sed insana. El físico le recomendó descanso y pócimas; mas no hizo caso, atendiendo sólo, antes que á su salud, á buscar en el correo, ó en la Capitanía General, las cartitas de La Guardia. Contaba con ellas como con la salida y puesta del sol á la hora marcada por los almanaques. Pero los divinos papeles ¡ay! ó no habían llegado, ó andaban perdidos en los laberintos de la ciudad, quizás en manos de personas extrañas que los profanaban leyéndolos. ¡Qué abominación! Horrenda catástrofe era que se perdiesen, y crimen nefando que los violara la curiosidad. Lo primero merecía una revolución, lo segundo un cruel castigo... fusilar sin piedad á todo español que desflorase una carta.

VI

La enfermedad de Ibero no fué grave ni larga, y aun habría durado menos si llegaran las deseadas epístolas. En cambio de esta soledad del corazón, veíase mentalmente asaltado de continuas impresiones, pues los amigos le llevaban todo el fárrago de noticias que diariamente llegaban de Barcelona y de Madrid. El capitán D. Jacinto Araoz, que amaba á su superior como á un hermano, le ponía en autos de las graves ocurrencias, refiriéndolas con el calor que todo español pone en las cosas del procomún, principalmente cuando no le afectan ni mucho ni poco. En Barcelona, *archivo de la cortesía* según Cervantes, arca del liberalismo según los modernos, había estallado un motín. Decían los enemigos de Espartero que la trifulca era obra de Linaje. ¿Qué querían los revoltosos? Pedían, á juzgar por sus gritos, cosas muy buenas. ¡El Duque, la Constitución, nuevo Gobierno! La Reina y el General no se habían entendido en la formación del Ministerio ni en el programa de éste, pues de un lado tiraban á que la nueva ley de Ayuntamientos,

violación de un principio constitucional, fuese sancionada, y de otro á que no lo fuera. D. Baldomero se atufaba y anunciaba la dimisión de todos sus cargos; la Reina no sabía de qué lado volverse, pues los hombres civiles de valía no eran la fruta más abundante en el país. Todos resultaban enanos, medrosos, obedientes á la espada ó bastón de quien había sabido mantener el uso exclusivo de estos emblemas de autoridad... El motín fué escandaloso, repugnante: ni los amotinados sabían hacer revoluciones, ni las autoridades el arte y modo de contenerlas. Ocurrieron desmanes vergonzosos, actos de estúpida crueldad; moderados y liberales se injuriaban ó se agredían en medio de las calles. Ante los balcones de la residencia del Duque vociferaban los unos, y ante el carruaje de la Reina los otros hacían demostraciones ridículas. Hubo no pocas víctimas, algunas gloriosas; rasgos personales de caballeresca audacia, que contrastaban con el salvajismo de la soez multitud. Terminó al fin la jarana con prisiones y bandos, y el indispensable cambio de personas en los primeros cargos militar y civil.

Por variar, el mismo 18 de Julio estallaba en Madrid otro motín, y los pobres ministros no sabían á qué santo encomendarse. Todo lo arreglaban dimitiendo; con delicadezas y re-

milgos querían gobernar un país revuelto y desquiciado. Felizmente, la Milicia de Madrid supo cumplir, y todo se redujo á los himnos y vociferaciones de costumbre en calles y plazuelas, á los atropellos de gente pacífica por gente desalmada. Libertad pedían los revoltosos, y en nombre de este ideal acometían á las mujeres que llevaban galgas, ó á los hombres que por su traza elegante ¡oh contradicción! parecían enemigos del *progreso*. La tropa permaneció fiel á la disciplina; los ministros, pasado el peligro, acordaron que se cantara un solemne *Te Deum* para celebrar la paz. ¡Bonita paz nos daba Dios!.. Lo más grave de todo, según el bueno de Araoz, era que Inglaterra y Francia, las dos potencias más poderosas y camorristas del mundo, tomaban partido en nuestras discordias, declarándose los ingleses por la libertad y Luis Felipe por la *moderación*. «Era lo que nos faltaba—decía el ingenioso capitán:—que las naciones extranjeras vinieran á enzarzarnos más de lo que estamos. ¡Vaya una paz que hemos traído, chico! Ya voy viendo que la mejor de las paces es la guerra, y que nunca están los españoles tan sosegados y contentos como cuando les encharcamos con sangre el suelo que pisan. Preparémonos para otra campaña, querido Santiago, la cual no veo clara todavía, pues

no sé quiénes serán *ellos* ni quiénes seremos *nosotros;* pero entre media España y la otra media andará el juego. A prepararse, digo, que aquí la paz es imposible, y si me apuran, desastrosa, porque el español ha nacido eminentemente peleón, y cuando no sale guerra natural, la inventa, digo que se distrae y *da gusto al dedo* con las guerras artificiales.»

Poco interés ponía Ibero en estas cosas, pues para él guerra y paz, progreso y obscurantismo, se borraban en su mente ante el inmenso problema de que llegara ó no la deseada carta. Corrieron días, y al anuncio de que la Reina saldría de Barcelona para Valencia, comenzaron atropelladamente los preparativos para la recepción. Llegó Su Majestad por mar, en un vapor mercante, y desde que fué avistado por el vigía, acudieron las tropas á formar en el Grao. Agregado á la sazón Ibero al Estado Mayor, debía escoltar á la Reina hasta su alojamiento, que era el suntuoso palacio de Cervellón. Desde muy temprano se agolpaba la multitud en el puerto. Desembarcó la Gobernadora, y las primeras aclamaciones con que fué recibida al poner el pie en tierra no revelaron un delirante entusiasmo popular. Ibero la vió en el momento en que al coche subía, oído el breve saludo de las autoridades, y que-

dó encantado de la gentil presencia de Cristina y de la incomparable gracia de su rostro. El mirar dulce, las lindas facciones, los hoyuelos que al sonreir se le hacían á uno y otro lado de la boca, le fascinaron. No había visto jamás mujer tan bonita, con excepción de una, de una sola, que por soberanía de amor no podía tener semejante. Y lo más extraño fué que entre aquélla, la suya, y María Cristina encontraba misterioso parecido. No eran iguales el color del cabello ni el corte de la frente; pero la boca y singularmente los hoyuelos decían: «aquí estamos todos.» Con tal semejanza y la impresión que hizo en él la Reina, cuya imagen llevó estampada en la mente mientras duró el trayecto del Grao al centro de la ciudad, tuvieron gran alivio las melancolías del buen alavés; casi estaba contento; veía rosados y luminosos los horizontes de la vida, que horas antes se le presentaban negros, y se sentía menos desconfiado y pesimista.

En el tránsito de las Personas Reales, las manifestaciones del pueblo resonaron débiles y frías. Habría querido Ibero más calor, más entusiasmo, que bien lo merecían los peregrinos hoyuelos y la seductora expresión de aquella sonrisa. ¿Qué importaba la insana preferencia de la Gobernadora por los moderados, si encan-

taba al mundo con su gracia hechicera...? Nuevamente vió el alavés á Su Majestad al parar el coche para recibir á las muchachas que le ofrecieron ramos, y mayor fué entonces su admiración de tanta belleza, y más vivo el sentimiento plácido que invadía su alma, algo como confianza en lo futuro y retoños de esperanza. Un cuarto hora después de la entrada de la Reina en Palacio, y hallándose Santiago en el cuerpo de guardia, se le acercó presuroso su asistente, y con voces de alegría confianzuda le dijo: «Mi teniente coronel, ¡dos cartas, dos! Ahora mismo llegaron por el correo... Ahí las tiene. Y que no abultan poco.»

Cogió las cartas Santiago, quedándose un rato como si no viviera en este mundo, y las guardó en el pecho para leerlas en la primera ocasión. Como una taravilla continuó charlando con sus compañeros, á quienes no pudo ocultar la alegría que inundaba su alma. Todas las cosas tomaron risueño color á sus ojos: la oficialidad era más diligente en el servicio; los soldados ganaban en marcialidad y compostura; los generales estaban ya de acuerdo para dar patriótica solución á las graves cuestiones; los políticos de clase civil deponían su ambición y sacrificaban al interés público todo interés personal. ¡Y la Reina!.. ¡oh! ¡la Reina!.. Al re-

tirarse á su alojamiento, metiéndose la mano en el pecho para acariciar lo que pronto había de leer, se decía: «Esa mujer divina es quien os ha traído, adoradas cartas... Me parece poco llamarla Reina: es un ángel, una diosa...»

Las cartas no decían nada y lo decían todo. Traían las mismas dulzuras de otras, y las propias esperanzas. No fijaban el porvenir de un modo concreto, y esquivaban la cuestión capital; referían con gracia encantadora mil cosas de familia, y en medio de estas intimidades dejaban entrever el obstáculo que era la mayor tristeza del valiente militar. Luego expresaban el gozo de que hubiese terminado la guerra, y entonaban un himno á la paz. De la paz resultaría mucho bien, así á los grandes como á los pequeños. No bien las hubo leído Santiago, le asaltó el formidable tumulto de ideas para la respuesta; había tanto que decir, que difícilmente podría decirlo todo.

Días después, habiendo tomado el mando de *Borbón (17 de línea)*, entró de guardia, y Su Majestad le convidó á comer. En su vida se había visto en trances de tanta etiqueta. El honor de la invitación le vanagloriaba, y el miedo de hacer un papel desairado le afligía; mas se tranquilizó pensando que para salir del paso bastábale su buena educación castiza, sus

hábitos de caballero y militar. No necesitaba, pues, experiencias cortesanas, pues al soldado de temple no se le había de exigir un conocimiento prolijo de la vida social. Durante la comida, y en la breve recepción que la siguió, Su Majestad estuvo con todos amabilísima, y á cada cual supo decir un concepto grato. Distinguió á Ibero, consagrándole algunas palabritas más de lo que acostumbraba, y ellas fueron tales que el agraciado no pudo olvidarlas en mucho tiempo.

«Sr. de Ibero—se dignó decir la Reina,—se cuenta por ahí que anda usted terriblemente enamorado. Aunque me consta lo que usted vale, temo que una pasión tan fuerte le distraiga del servicio...

—¡Señora!...—murmuró Ibero en el colmo de la turbación, trémulo como un niño, viendo de cerca los lindísimos hoyuelos que daban infinita gracia á la boca de Su Majestad.—Señora... yo... digo que el servicio de mi patria y de mi Reina es antes que todo.

—Si lo sé... Mientras más enamorados, más caballeros y mejores servidores de estas pobrecitas Reinas. Y qué, ¿no se piensa ya en casorio? No descuidarse, Sr. de Ibero. Ya, ya sé... me lo ha dicho Jacinta... Una huérfana, mayorazga. Son dos hermanas.

—Las dos de muchísimo mérito.

—Todo se arreglará. Cree Jacinta que todo irá por buen camino...

—La señora Duquesa de la Victoria—dijo Ibero, arrancándose con una audacia de pretendiente,—podría interesar en mi favor á la familia de... á los señores de...»

Bruscamente cambió de asunto Su Majestad, como herida de un recuerdo vago que anhelaba precisar.

«Me parece—dijo;—no estoy bien segura... paréceme que en la lista de ascensos á coronel que me han presentado ayer está el nombre de Ibero.

—Bien puede ser, señora—replicó el militar:—sé que el señor Duque me había propuesto.

—¡Coronel!... lo habrá usted ganado bien.

—Deberé mi ascenso, más que á méritos míos, á la munificencia de Vuestra Majestad.

—Subir un escalón más en la milicia es cosa muy buena para los enamorados que desean casarse, pues cuanto más suben más fácilmente ven á sus novias.»

Oyó esto Ibero como un rumor lejano, pues atraían y fijaban toda su atención los hoyuelos jugando en derredor de la regia boca. Distrájose Cristina recibiendo el saludo del General D. Leopoldo O'Donnell y del regidor D. José

Félix Monge, que entraron en aquel momento; cambió con ellos algunas palabras; volvió luego junto á Ibero, ó más bien pasó frente á él, y por despedida le dijo: «Señor teniente coronel, ¿á quién quiere usted que hable: al Ministro de la Guerra ó á Jacinta?

—A los dos, señora,» replicó Ibero con una espontaneidad que al poco rato turbó gravemente su conciencia.

Al retirarse no tenía consuelo, y furioso consigo mismo se echaba en cara la grosería de aquella respuesta. «¡Qué gaznápiro me hizo Dios!—se decía.—Debí contestar de una manera fina, con gracia y modestia, no á lo bruto... ¡En qué estaba yo pensando! Dí una respuesta egoísta, ambiciosa... una respuesta *moderada.*»

VII

Viviendo en sus soledades, sin dejar de atender con mecánica regularidad á su militar obligación, nada le importaban á Ibero los acontecimientos políticos, y las noticias del motín de 1.° de Septiembre en Madrid le afectaron muy poco. El *movimiento* no fué iniciado por la

plebe ni por los militares. El Ayuntamiento rompió plaza, declarando su propósito de no cumplir la Ley Municipal, y poniéndose en frente del Estado. Era una nueva forma de revolución, á lo pacífico, como la preconizaba el buen Milagro, y ello debía de estar bien guisado, porque la Milicia se apiñó resueltamente al lado de los ediles, y el ejército fraternizó con el pueblo. Con este modo de señalar, claro es que no había de correr sangre, ni había para qué.

Llegaban á Valencia las noticias abultadas y con cierto cáriz poético. ¡Qué orden tan admirable! Verdaderamente no había pueblo más digno de la libertad que el español. Así se engrandecían las naciones. Los extranjeros se admiraban de nuestra cordura, de nuestra cívica virilidad. Se repetían las frases ardientes de González Brabo, pronunciadas en el Ayuntamiento, las proclamas de San Miguel á la Milicia, y los dichos catonianos de éste y el otro individuo, que entonces empezaban á figurar en la historia. Naturalmente, se formó una Junta, que asumió todos los poderes, y su primer cuidado fué dirigir una respetuosa exposición á la Reina. Todo se hacía con respeto: con respeto se convirtió un Municipio en Estado, y la fuerza pública se ponía á las órdenes de un Alcalde, con muchísimo respeto. Oyendo contar á su

amigo Araoz estas novedades, Ibero lo encontraba todo muy natural; pero no pudo menos de reir al enterarse de que en la flamante lista de secretarios de la Junta de Madrid figuraba el claro nombre de José del Milagro.

Dígase entre paréntesis que la ley de Ayuntamientos, causa de toda la trapisonda, no era más que una triquiñuela legal de los moderados para reducir á su mínima expresión la fuerza popular en los comicios, y matar de raíz las aspiraciones progresistas. Revelaron en ello, si no la *suprema inteligencia* de que blasonaban, una trastienda frailuna de que sus contrarios carecían. Los caballeros del Progreso, aferrados á la política sentimental, todo lo resolvían con himnos, abrazos y banderolas; los otros iban un poco más al bulto.

Cundió por toda España el ejemplo de Madrid, y el Pronunciamiento no tardó en ser nacional. Vencida por un superior juego, la Reina no tenía ya más que una carta, y la jugó sin vacilar: Espartero fué Presidente del Consejo de Ministros... Vió en ello Ibero la solución más natural y conveniente, pues el Duque y la Reina, las dos personas más altas de la Nación, encontrarían la forma y manera de hacer felices á los españoles, dándoles leyes justas y gobernando con prudencia y eficacia.

Siempre había sido Ibero un gran inocente, y bajo la influencia soñadora y narcotizante de su refinado amor, lo era mucho más. Pensaba como un niño, y en la paz los tonos rudos de su fiereza militar se avenían singularmente con el carácter incoloro y anodino de sus ideas. Por aquellos días recibió su nombramiento de coronel, y fué á dar las gracias á la Reina, que le recibió muy afable, sin repetir las delicadas bromas acerca del noviazgo. Sin duda la señora no se acordaba ya de tal cosa: su semblante revelaba insomnios y tristeza. La gravedad de la situación política la reconoció Ibero claramente en los hoyuelos, que aparecían algo desvanecidos y con pocas ganas de broma. Salió de la regia estancia compadeciendo á Su Majestad, y deseoso de que el Pronunciamiento le trajese días gloriosos, cosa en verdad menos fácil de lo que parecía.

Recibió el coronel con su honroso grado el mando del *Príncipe*, y en la toma de posesión y en los trabajos de revista de material, documentación, caja y demás, se le pasaron algunos días. Consagróse después á un rudo trabajo epistolar, mandando para La Guardia en plieguecillos de papel toda su alma y tiernísimos memoriales, y mientras escribía con destreza febril, apenas se enteró de que el recibimiento

hecho en Madrid al Duque fué un delirio, de que la Junta revolucionaria, como quien no dice nada, se permitía pedir á la Reina que diese un manifiesto *reprobando los consejos de los traidores que la rodeaban; que separase de su lado á todos los funcionarios palatinos y personas notables que habían concurrido á engañarla*, etc. Poco después, no fueron tan sentimentales los acuerdos de la Junta, pues se arrancó á proponer al Duque la reforma de la Regencia, con arreglo á los buenos principios. La Reina era excelente persona, según la Junta, y *estaba animada de las mejores intenciones; pero en su inexperiencia encontraban un campo fácil de explotar los que aspiran á perdernos*. Para no cansar (el documento es largo y mal escrito), querían los junteros *asociar á la augusta persona otras que participaran con ella de carga tan pesada... y merecieran la estimación y confianza nacional.*

En esto, formaba el Duque su Ministerio, lo que no le fué difícil, dueño como era de la fuerza y de la opinión, y con sus ministros en el bolsillo, tomó el camino de Valencia, á donde llegó el 8 de Octubre, harto de ovaciones, siendo la más solemne y estrepitosa la que en la ciudad del Turia dispuso y efectuó la gran mayoría del vecindario, el Ejército y Milicia. A la Cruz Cubierta salieron á esperarle gene-

rales y jefes, el Ayuntamiento, y gentío inmenso de todas las clases sociales. Locos de entusiasmo, los chicos de Milicia y pueblo desengancharon los caballos de la carretela y tiraron de ella tan guapamente hasta el interior de la ciudad, en medio del estruendo de las aclamaciones patrióticas, que semejaba á los fragores de la Naturaleza. Comparsas y músicas unían su clamor á la delirante voz del *Progreso*. De balcones, ventanas y azoteas llovían flores, coronas, dulces, confites, versos del inspirado Arolas. Al llegar el pacificador á su alojamiento en casa del Marqués de Mascarell, cantaron un himno los coristas del teatro, digno remate de función tan lucida y grandiosa... No ha existido en España popularidad semejante, tanto más hermosa cuanto eran más efectivos los méritos que la justificaban. ¡Qué caminito para fundar algo grande y duradero! Ya se irá viendo, á medida que vaya clareándose el balance histórico, lo que España debió á Espartero, y lo que Espartero quedó á deber á España. Esta pobre vieja siempre sale perdiendo en todas las cuentas.

«Eso de que la Regencia sea doble—dijo Ibero en aquellos días, imponiendo su opinión á la oficialidad, mientras tomaban café en el cuarto de banderas,—me parece una inspira-

ción del cielo. Los dos partidos, las dos ideas se juntan y gobiernan y transigen como un matrimonio, que no se puede disolver. Si esto no cuaja, señores, será porque aquí ya no hay patriotismo.»

Opinaron todos como él, y pusieron en el cuerno de la luna lo que llamaban la co-Regencia, invención de la Junta municipal y constituyente de Madrid. Mientras de esto platicaban los militares, haciendo de paso sátiras muy acerbas de los personajes moderados que componían la camarilla de la Reina, ésta escuchaba en su cámara la lectura del programa ministerial, en el cual, entre vanas retóricas, se soltaba esta idea: *Pero lo que más generalmente se desea es que Vuestra Majestad se acompañe de hombres prácticos en la ciencia de gobierno*... Luego remachaban con este otro parrafito: *Es opinión tan generalizada, que hasta en los pueblos más pequeños y que menos parece se ocupan de las cosas públicas, existe; y es tal la exigencia respecto á este punto, que la creemos irresistible, y un escollo contra el cual se estrellaría cualquier Gobierno que intentase contrarrestarla*. Oyó la Reina, y no dijo si le parecía bien ó mal el documento, discreción en verdad muy extraña, pues para saber lo que opinaba del programa se lo habían leído. Como para quitar á los con-

sejeros el mal efecto que había hecho su mutismo, requirió Cristina el Crucifijo y Evangelios para que los tales juraran, y con esto y el acto solemne de tomarles la prenda de sus conciencias, les tranquilizó, y ellos se tuvieron ya por ministros efectivos. Salieron de Palacio, y pasó un lapso de tiempo que por su importancia en aquella comedia hubo de merecer diversos cálculos acerca de su duración. Fué lo que podría llamarse un *rato histórico,* y su longitud la apreciaron unos en más, otros en menos. D. Joaquín María Ferrer lo fijaba en veinte minutos, D. Manuel Cortina en quince, y Gómez Becerra en media hora. Ello es que no había transcurrido después de la jura una larga existencia ministerial, cuando Espartero, que aún no había salido del palacio de Cervellón, fué llamado precipitadamente. Su instinto le anunció algo grave, y no se equivocaba el señor Duque, hombre de olfato seguro, pues al entrar en la regia estancia, la Gobernadora, nerviosa y demudada, retorciendo en sus lindas manos el pañuelo, le dijo sólo tres palabritas: «Espartero, yo abdico.»

¿Qué hablaron en el resto de la conferencia, que duró más de una hora? Claro es que Espartero empleó aquel tiempo en disuadir á Su Majestad de la resolución expresada. Debió de ar-

gumentar como ministro, como general y como caballero, y las varias razones salidas de sus labios no debieron de tener otro fin que la demostración del daño grande que al país ocasionaría la renuncia. En ningún archivo histórico consta ni puede constar aquel diálogo; pero la verosimilitud y el arte hipotético pueden reconstruirlo. Lo verdaderamente indescifrable es el pensamiento de uno y otro mientras hablaban; lo que dijeron no ofrece dificultad grande al historiador. Claro como el agua se ve que el Duque agotó todo su caudal lógico para quitarle de la cabeza á la bella Cristina la ventolera de abandonar su cargo, y que la Reina se obstinó en la renuncia, como quien ha tomado un acuerdo irrevocable, con su cuenta y razón. O anhelaba descanso, vida doméstica, goces más tranquilos que los del poder, despojado ya de todo encanto para ella, ó vislumbrando un porvenir de dificultades insuperables, hacía la jugada de endosar al vecino su parte de responsabilidad. Cualesquiera que fuesen los móviles, estrategia ó fatiga, ello es que la Soberana y el Soldado se separaron cada cual con su tema. No hubo acuerdo mas que en la conveniencia de que sólo el Gobierno supiese la grave resolución, y de que al día siguiente se celebrara Consejo para discutirla.

Pero ¡ay! el Gobierno no fué más afortunado que su Presidente: los pobres ministros, que se creían en situación muy desairada ante una Reina que, mientras tomaba juramento, tenía guardado el escrito de su renuncia en la gaveta de la mesa donde estaban el Crucifijo y los Evangelios, hablaron sin tasa para disuadirla. Todo inútil. «Yo me voy, yo me voy, y yo no puedo más.» Con esta misma tenacidad categórica rechazaba María Cristina todos los extremos del programa ministerial, negándose á suspender la ley de Ayuntamientos y á reconocer la legalidad de las Juntas, y abominando de la co-Regencia.

«¿Por qué Vuestra Majestad no nos dijo todo eso antes de hacernos jurar?

—Porque no podíamos prescindir del juramento, señores míos; porque era forzoso que hubiese un Ministerio en quien resignar el poder, para que la Nación no quedase sin gobierno.»

Ni con estas razones ni con otras que expuso la dama se dieron por convencidos, y acordaron dejar en suspenso la discusión, celebrando nuevo Consejo al siguiente día. En el intermedio preparóse Cristina de nuevas armas dialécticas, que fácilmente encontraba en el arsenal de su camarilla, y el Ministerio, tras una

fatigosa disputa en que la fuerza lógica de seis hombres de autoridad se estrellaba en la tenaz porfía de un sér débil (hecho en verdad muy humano, que ocurre constantemente en el orden privado), se declaró vencido... Espartero y los suyos hubieron de aceptar la situación creada por la renuncia; mas no se puede determinar, á estas distancias cronológicas, si al acto de aceptar el hecho acompañó tristeza ó alegría de los corazones. La actitud de Cristina tomaba toda su fuerza de la propia debilidad mujeril y del respeto y exquisitas consideraciones con que era forzoso tratarla. Había pronunciado con toda la majestad del mundo un *ahí queda eso*, y ya podían venir á predicarle abogados, generales y hacendistas. Si éstos querían hacer un poco de historia con elementos más ó menos políticos y literarios, ella sabía componerla con un mohín tan enérgico como gracioso, con un rasgueo de abanico, y un estira y afloja de los expresivos hoyuelos.

No tardó en hacerse público el estupendo caso, y cada cual lo comentó como quiso, prevaleciendo el criterio de que Doña María Cristina daba muestras de gran patriotismo, quitándose de en medio para que viniesen otros *á labrar* la felicidad de la patria. Entre tantas opiniones, el historiador debe preferir las que rompían

los vulgares moldes del juicio de los más, revelando en su propia extravagancia un cierto poder de adivinación. A la tertulia del cuerpo de guardia de Palacio asistía diariamente un señor de edad madura, á quien llamaban *Don Nicolás*, no se sabe por qué, pues no era éste su verdadero nombre. Gustaba de andar entre militares, sabía revolver la historia de su época y apuntar sobre cosas y personas juicios muy donosos. Valenciano neto, poseía la perspicacia levantina, el decir sentencioso, y un sentido de la realidad que los ribereños del Mediterráneo deben á la frecuencia con que les visita el espíritu de Maquiavelo.

D. Nicolas expresó una opinión que fué motivo de risa y chacota entre los circunstantes, bebedores de café y copas, fumadores de tagarninas. «Pues la razón de todo esto—dijo,—es el odio que la señora ha tomado á Espartero. Le aborrece; no puede matarle con su autoridad, y le mata con su dimisión. La cosa es bien clara. ¿Cuál es para Cristina la mejor manera de hundir al Duque y de inutilizarle para siempre? Un hombre, un Rey, le arrancaría de las manos el bastón de generalísimo. Una mujer posee otros medios de venganza y castigo más eficaces... ¿Qué es ello? Pues ponerle en la situación de que la patriotería le haga Regente.

Cátate Regente por virtud y gracia de los patriotas, cátate perdido. Esto es juego muy fino, señores, la quinta esencia del saber político y humano. Para poseer esta ciencia sutil hay que ser de la otra banda, haber nacido al pie del Vesubio ó del Etna. Acá somos más llanotes y atacamos al enemigo por lo derecho... ¿Qué, se ríen? Le da la Regencia; él la toma; y ella, sentadita á la otra orilla, le ve patalear y hundirse...»

Rieron, porque si el juicio era tan disparatado que *no merecía los honores de la refutación*, en él resplandecían la originalidad y el ingenio. Por toda Valencia cundía, entre carcajadas, con el estribillo de *Cosas de D. Nicolás*.

VIII

Ya en el trance de dar forma legal á la renuncia, el Gobierno se aplicó á endilgar del mejor modo posible la página histórica, para que los venideros tiempos no tuvieran nada que decir en punto á formalidades, y allí hubo de lucir todo su talento el que luego adquirió fama imperecedera, D. Manuel Cortina, hombre muy

fuerte en jurisprudencias y en el conocimiento de la humanidad. Resultaba dificilísimo fundamentar la renuncia de la Gobernadora, que en 16 de Septiembre había dicho en un decreto famoso que *satisfaría las necesidades de los pueblos*. ¿Con qué razones se justificaba la ligereza de negar en Octubre lo que un mes antes había ofrecido conceder? Aquí del ingenio político, aquí de las elasticidades del pensamiento y de la palabra, para concertar un sí con un no y fundar encima el catafalco de la renuncia. Si por su entendimiento descollaba Cortina, no valía menos por la rectitud de su conciencia; y no hallando razones públicas con que motivar ante la posteridad el paso de la Reina, creyó que debía buscarlas en el orden privado. Demostró en ello más inclinación á resolver todo conflicto con resortes humanos que con artificios forenses, y rebosando de sinceridad y buena fe, propuso á la Reina que por cimiento de la dimisión se pusiera el hecho firme, bajo el punto de vista legal, de su casamiento morganático.

Debe decirse que si lo del casamiento no era más que un rumor, la naturaleza maligna del caso le daba tanto crédito, que ya en 1840 poquísimas personas lo negaban. Ultimamente, la desavenencia ruidosa entre Cristina y su her-

mana contribuyó á difundir el secreto, pues Doña Carlota, refugiada en París, no halló mejor modo de distraer los ocios de su proscripción que refiriendo con pormenores de verdad todo el idilio palatino y morganático. Se cuenta que Su Alteza patrocinó un libelo que sobre la regia historia escribieron plumas venales en la capital de Francia, el cual no pudo ver la luz pública porque nuestro Embajador, Marqués de Miraflores, se cuidó de recoger toda la edición y destruirla, no sin que se escaparan algunos, muy poquitos, ejemplares.

Bueno, Señor. El sabio, el íntegro Cortina, que creía verdad lo del casamiento, y sin duda no lo tenía por delito, sí por impedimento para ejercer la Regencia, se atrevió á ser sincero con Su Majestad. Mas la viuda de Fernando VII no juzgó que había llegado aún la oportunidad de hacer público aquel suceso, ó entendía que su figura histórica se achicaba enormemente si aparecía prefiriendo la actitud amorosa á la política, y sin mostrar sorpresa ni indignación denegó el caso. Ya no tuvo más remedio D. Manuel que devanarse los sesos para construir el castillete retórico que debía ser una página más de esa historia falsificada que elaboran diariamente los Gobiernos con ideas muertas y palabrería de mazacote, histo-

ria indigesta, destinada al olvido. Otra cosa será cuando no haya tanta distancia entre la psicología de Reyes ó gobernantes y los moldes de la *Gaceta:* entonces tendremos la real historia escrita al día. Pero es muy dudoso que este tiempo llegue; resignémonos á una vida de ficciones, y á recoger los granitos de verdad que á duras penas extrae la observación del fárrago indigerible de la literatura oficial.

Aplicáronse los señores ministros á resolver diversos problemas secundarios, nacidos de la renuncia, tales como la cuestión de tutela, la disolución de Cortes, etc., y no se cayó el firmamento, ni subió el vino, ni vieron los españoles la menor alteración en su vida bonachona. Comía el que tenía qué, y todos hablaban cuanto querían de lo humano y lo divino, derrochando su aptitud crítica, que era y sigue siendo la virtud ó el vicio del siglo.

Santiago Ibero, cuyas tristezas se exacerbaron cruelmente en los días de la renuncia, por los motivos que él mismo dirá, se fué una mañana, la del 10 según los informes más autorizados, á la residencia del Duque su ilustre jefe, y solicitó audiencia de la señora Duquesa, que aquel día no prestaba servicio en Palacio al lado de la Reina. Tras corta antesala se dignó la señora recibirle, y no manifestó en

aquella ocasión crítica toda la afabilidad que en su bello rostro hallaban comunmente los que tenían la dicha de tratarla: sin duda la inquietaba la próxima partida de la Reina, y anticipándose mentalmente á volver aquella hoja histórica, veía quizás obscuras y garrapateadas las páginas siguientes.

«¿Qué traes por aquí, Santiago?»

Se sentó indolente, señalándole el asiento próximo. Como Ibero, indeciso y turbado, permaneciese en triste mutismo, continuó la dama: «¿Qué te parece de esta renuncia? ¿Has visto cosa más inesperada y sin fundamento? ¿Qué opinas tú?

—¿Yo, señora? Nada, absolutamente nada —replicó el coronel con toda su alma.—No he tenido tiempo de pensar en ello, abrumado por... En fin, no quiero aburrir á usted con mis lamentaciones.

—Sí, hijo; no hagas el Jeremías, que no estamos para llorar. ¿Qué te pasa? dímelo de una vez.

—Vengo á suplicar á usted que interceda con el señor Duque para que me mande á Vitoria. Me ha dicho el ayudante del Sr. Linaje que el mismo día de la partida de la Reina saldrá *El Príncipe* para Madrid. Yo, que en tiempo de guerra jamás solicité cambio de destino,

en tiempo de paz, y viendo una absoluta incompatibilidad entre mis intereses particulares y el real servicio, estoy decidido á pedir la absoluta si no se me manda al Norte.

—¿Y por qué esa prisa de ir á Vitoria? ¿Qué se te ha perdido allí?

—Se me ha perdido, ó se me quiere perder, lo que para mí vale más que cuanto existe en el mundo. Perdone usted: debí empezar por ponerla en antecedentes, para que se haga cargo de las causas de mi desesperación. En la carta que recibí momentos antes de saber la renuncia de la Reina... parece que el demonio lo hace, señora: mis alegrías y mis penas coinciden con los sucesos políticos más graves... pues momentos antes recibí una carta... ya me esperaba yo este jicarazo, que se me había anunciado en cartas anteriores... Total, que la familia quiere que rompa á todo trance, porque se ha determinado que Gracia dé su mano al Marqués de Sariñán, á fin de unir las casas de Idiáquez y Castro-Amézaga.

—¡Dios nos asista!... ¿Pero es ella quien te lo propone?

—Ella, movida, según dice, de la obediencia, del respeto á los superiores... Bien quisiera protestar de tal tiranía; pero se halla sin fuerzas para la rebelión: su voluntad, no muy

fuerte, se halla cohibida por la de su hermana, que es, como usted sabe, la que piensa y obra por las dos. A usted sorprenderá, como me ha sorprendido á mí, que Demetria, la gran Demetria, sacrifique la felicidad de su querida hermana por el marquesado de Sariñán.

—Santiago Ibero, tú no estás en tus cabales, y la pequeñuela de Castro juega con tu corazón, sin duda para ponerlo á prueba. Eres un niño; el amor te tiene tan ciego, que no ves toda la picardía de ese angelito juguetón de quien te has enamorado.

—Quizás habría pensado como usted si con la carta de Gracia no hubiera recibido otra de Navarridas en que me canta la misma tonadilla... que renuncie, que no insista; que la familia determina otra cosa por razones muy respetables... y todo ello en un tono seco y autoritario que me ha puesto, como usted ve, fuera de quicio, y con ganas de adoptar los medios revolucionarios. No me resigno, señora; no me estimo en tan poco como Navarridas quiere tasarme. Quiero que el señor párroco de La Guardia me diga esas cosas en mi cara; que Demetria también me las diga... que no me lo cuenten por cartas... que me suelten el tiro á boca de jarro si se atreven á ello... Decidido estoy á todo: si el jefe no accede á lo que le pido,

me iré de paisano. ¿Qué vale ya mi carrera militar, ni para qué la quiero?

—Pero, tonto, si pides la absoluta, bien podría ser que te hicieran menos caso. Pongamos que convenzo á Baldomero y te da el mando de un regimiento de los que están en el Norte: *Farnesio, Cuenca*, no sé... Vas, llegas...

—Y me persono en La Guardia, y pido explicaciones, y propongo á Gracia la rebeldía, la evasión, la fuga... Cerco la casa, la incendio; arrebato á Gracia, la robo, hago el trovador: no me arredran los lances de comedia... Y si no pudiera conseguir lo que intento, porque la familia, el enemigo, se me anticipara con precauciones y defensas, el volcán de mi alma reventaría por el cráter de la venganza... Ya lo ve usted: sin quererlo me vuelvo poeta... y hago versos... en prosa... sin que ello me resulte ridículo... Pues sí: ¡venganza, justicia!... Cintruénigo me la pagará... Pegaré fuego al palacio de Idiáquez, arrasaré la villa, no dejaré piedra sobre piedra... ¿Para qué estamos los militares más que para castigar la maldad, para meter á todo el mundo en cintura?»

Rompió en franca risa la señora Duquesa, y le dijo: «Pues, hijo, medrados estamos con tus ideas... No se os han dado las armas, no, para que con ellas atropelléis á la gente pacífica, ni

para esas venganzas de teatro. ¡Pues estaría bueno!... Santiago, si sigues diciendo esos disparates, creeré que eres capaz de hacerlos; y Baldomero, que se interesa por tí más que tú mismo, te mandará á un castillo hasta que te pase la calentura. Ten formalidad, y yo te prometo interceder para que te dejen ir á ver á la niña, y puedas echar un párrafo con María Tirgo... Vamos, hombre, que no serán las cosas tan negras como tú las pintas... Es que con la paz, los valientes os volvéis otros, digo yo, y todo el furor de guerra que teníais en el cuerpo os sale en forma de tonterías, y os ponéis babosos, y qué sé yo...

—¡La guerra!—exclamó Ibero dando un gran suspiro.—Los días más penosos de la campaña, aquéllos en que me ví en mayores peligros, en que sufrí más hambres, fueron, ¡ay! los más felices de mi vida... Ya no volverán.

—Ni falta que nos hace. ¿Pues qué, siempre hemos de estar peleando para dar gusto á estos señoritos alocados?

—No digo que siempre estemos en guerra... digo que aquello para mí era mejor, que me gustaba más.

—Buen provecho te haga. No, no: España quiere ahora paz, y una paz larguísima, para

que prospere todo, hijo, y seamos un pueblo ilustrado y rico.

—Así lo he pensado yo; pero no me sale la cuenta, señora.»

Algo más quería decir; pero le interrumpió la entrada de Espartero. Levantóse Santiago con marcial presteza al sentir el ruido de la mampara, y dando media vuelta se encontró ante la cara cetrina del pacificador, que aquel día no revelaba un temple muy favorable á las conversaciones ociosas.

«¿Qué quiere Santiago?—preguntó casi sin mirarle.

—Quiere que le mandes á Vitoria—dijo la Duquesa entre seria y festiva, poniendo toda su bondad generosa al servicio de una causa de amor harto simpática.—Y realmente tiene que hacer allí. Es una iniquidad que le quiten su novia y la casen por fuerza con otro, á estilo de comedión pasado de moda. Los Navarridas dan un bofetón al Ejército español, y esto no debe consentirse.

—¿A Vitoria...?—repitió Espartero, que engolfado en otros asuntos y pensamientos no se hizo cargo de lo que oía.—¡Válgame Dios, qué jaqueca nos está dando esa buena señora! Hoy hemos salido locos... ¿Pero no comemos, Jacinta? No es que yo tenga ganas; pero hay que

comer, no sólo para vivir, sino para salir pronto de esa obligación de la comida, y ocuparse uno en lo que ha de hacer por las tardes... Ahora me acuerdo: tenemos que esperar á Cortina, á quien he convidado... Me parece que ya está ahí: ese es de los puntuales. Santiago, te quedarás á comer con nosotros... No hay excusa: yo lo mando. ¿Con que á Vitoria? Por ahora no puede ser. Ibero irá siempre á donde yo le necesite, y yo le necesito á mi lado... en Madrid.»

IX

La repetición de este concepto, al siguiente día, quitó á Ibero toda esperanza de que el General accediese por el momento á trasladarle al Norte; y para colmo de desdicha, siempre que de esto se le hablaba, respondía Espartero con mayor severidad y firmeza tomando á broma lo de la licencia absoluta, que calificó de chiquillada indigna de un hombre serio. No tuvo al fin Santiago más remedio que resignarse, ayudándole en su conformidad la bonísima Doña Jacinta, que le prometió escribir á La Guardia para informarse de la intriga ó cábala

matrimonial que hacía de un bravo coronel de ejército un desairado personaje de comedia sentimental. En los días que precedieron á la partida de la Reina, se distrajo con las precauciones que hubieron de ser tomadas para impedir que se turbara el orden, pues corrían voces de que la caterva reaccionaria produciría un motín en el momento de salir Su Majestad de la misa en la Virgen de los Desamparados para dirigirse al muelle. El plan era precipitarse al coche, cortar los tirantes, y haciendo de borriquitos los señores y pueblo, llevarse á la Real persona con rápida tracción á Palacio. Así desbarataban caballerescamente todo el plan de embarque, dando por nulo y sin ningún valor el acto de la *llamada* renuncia.

Bueno será indicar el extrañísimo estado psicológico de Ibero con respecto á la Reina, para que á nadie sorprenda que se alegraba de verla partir, aun conservando hacia ella una simpatía dulce, y compadeciéndola por la pena de separarse de sus hijas. El amor, que desatado con violencia desequilibra las facultades y centuplica la sensibilidad y la fantasía á expensas de la razón, probó de un modo excepcional todo su poder en el valiente Ibero, llevándole al delirio, y haciéndole ver en la Naturaleza y en la Sociedad fenómenos y relaciones propias de la

edad primitiva. No llegó ciertamente á un estado de locura como el de Cardenio; pero sí á creer y sentir como hijo de las selvas, de las espeluncas ó de cualquier otro sitio donde no había civilización, ni ciencia, ni pacto social, sino rebaños de hombres soñadores y pacíficos ante los sublimes espectáculos del cielo y de la tierra. El bravo coronel veía signos de celestial escritura en las dispersas estrellas y constelaciones, ó figuras humanas que recorrían con pausada solemnidad la inmensa bóveda; animaba con su naturalismo creador los objetos terrestres, atribuyendo á los árboles, á las peñas, á las sombras de los edificios, y aun á las cosas más innobles, figura, existencia y personalidad, y separando todas estas visiones en las dos categorías de benéficas y maléficas. Un poste, á veces, le miraba con saña; un ventanucho le sonreía; una caja de cigarros le decía: «cuidado Ibero» con fraternal interés; una banderola ondeando al viento le gritaba: «tonto, ¿por qué vives?» Aprendió mil supersticiones sin que nadie se las enseñara, y mil formas de *jettatura*. Reconociendo él mismo la ridiculez de aquel trastorno, actuaba sobre sí con la voluntad, y trataba de quitarse tales tonterías de la cabeza, diciéndose al fin: «¡Qué bien te vendría, Santiago, que estallase otra guerra,

para que los cuidados y peligros te limpiaran el entendimiento de esta mugre!»

Cuando llegó Doña María Cristina, la peregrina casualidad de que en un mismo día y hora apareciesen la Reina y la carta que le hizo tan feliz, fué parte á que Santiago creyera su destino amoroso asociado á la persona de la Soberana. Los hoyuelos del divino rostro de Cristina eran la cifra ó representación de la divinidad misteriosa que preside al amor, y ellos le infundían esperanza, le señalaban un camino, le recomendaban la perseverancia y la fidelidad, anunciándole nuevas dichas cada vez que en público se mostraban. Pero de pronto el influjo benéfico de la regia persona trocóse en maléfico influjo. Con la renuncia de la Regente en el mundo político, grande y ruidoso trastorno, coincidieron en el individual mundo del enamorado, las tristísimas nuevas venidas de La Guardia en las cartas de Gracia y Navarridas. No fué preciso más para que la Reina se trocase de ángel en demonio, entendiendo por esto un sér muy bello, pero de muy malas intenciones, que provoca desastres y ruínas sólo con una mirada. Otras mil ocasiones de probar la sombra maligna de la viuda de Fernando VII se le presentaron, pues observó más de una vez que siempre que la veía, le pasaba algo desagrada-

ble. En fin: convertida la Reina en el genio adverso del buen militar, en la fase negra de su destino, ¿qué había de desear sino que se marchara? Y para desbaratar su poder maléfico, convenía que saliese por donde había venido: por la inmensidad del mar. Mares y cielos traen y llevan las fuerzas invisibles del mal y del bien.

Conjurado por el Gobierno y las autoridades el peligro de aquel tremendo complot para no dejar salir á la Reina, se preparó todo para la mañana del 17 de Octubre. Ibero y otros jefes recorrían desde el amanecer la carrera, disponiendo la distribución de fuerzas del Ejército y la Milicia, desde la Puerta del Mar hasta el Grao, y reforzando los puntos débiles como si se tratara de tomar posiciones para una batalla. Cuando se aproximaba la hora, vió pasar, camino del puerto, á todos los personajes que eran figuras de primero y segundo orden en el mundo oficial, luciendo sus uniformes con bandas y cruces. A las seis de la mañana, ya el corto muelle del Grao se hallaba tan obstruído por la muchedumbre de funcionarios, como en tiempos modernos por las cajas de naranjas en días de embarque. Militares había en gran número, y magistrados y clérigos, y á unos y otros hubo de señalarles Ibero los puestos con-

venidos para que pudiesen ver á Su Majestad y saludarla sin confusión. Allí estaban, representando al Ejército y la Marina, el Mariscal de campo Borso di Carminati, el Subinspector de Artillería D. Casimiro Valdés, el Comandante de Ingenieros D. Juan de Quiroga, el Comandante del Tercio Naval D. José de Julián. Por el clero, iban el Chantre de la Catedral Don Miguel Soler, el Magistral D. Vicente Llopis, el Penitenciario D. Juan Broto y multitud de curas párrocos, señalados algunos por concomitancias *cabreristas*. De la justicia eran dignos representantes D. Vicente Fuster, Regente de la Audiencia, y el Fiscal D. Andrés Ruiz Morquecho, amigo y conmilitón de Ibero. Empleados de categoría formaban la masa obscura, sin casacas ni relumbrones, figurando entre ellos el Administrador de Loterías, el de Aduanas, el comisionado de Amortización, y tras éstos los síndicos del Ayuntamiento y el *Administrador interino de ramos decimales*, que no era otro que aquel *D. Nicolás*, filósofo de la historia y profesor de maquiavelismo.

Antes de las seis llegó la Reina en coche de cuatro caballos; había recorrido el trayecto desde la casa de Cervellón sin que saliesen las *turbas moderadas* á desenganchar para ponerse á tirar del coche. Todo resultaba fácil y corriente

en la realidad, y la Gobernadora dimisionaria salía del Reino sin producir más entorpecimiento que una partida de naranjas. Tras ella, en otros coches, llegaron los individuos que la opinión señalaba como figuras culminantes de la camarilla: el Duque de Alagón, Capitán de Guardias de la Real persona; el Conde de Santa Coloma, Mayordomo mayor; el Marqués de Malpica, Caballerizo, y algunos otros, cuya celebridad iguala á su insignificancia. Y seguían Doña Jacinta y otras damas de la Reina llorando: algunas partían con Su Majestad, otras se separarían de ella para siempre por disposición de los hados políticos. Los Generales Seoane y Espartero formaron á un lado y otro de Su Majestad para conducirla á la falúa. La despedida fué tiernísima. María Cristina tan pronto se llevaba el pañuelo á los ojos, como saludaba á la multitud agitándolo, sin poder decir más palabra que *adiós*, *adiós*... Vióla Ibero embarcarse y partir sin apartar los ojos de tierra y del gentío que vitoreaba. Los hoyuelos, si para todo el mundo eran la afabilidad y el cariño, para él fueron la expresión de una ironía diabólica.

Ibase al fin bendita de Dios; su ausencia daba al enamorado militar esperanzas de un cámbio feliz de su sino. Era el ocaso de una

constelación adversa, que no volvería, no, á traspasar la línea del horizonte. Vió Ibero á la Reina subir la escalera del barco y agitar en lo más alto de ella su pañuelo mirando á tierra. El vapor, que humeaba ya, presuroso de salir, levó anclas y empezó á dar paletadas, no tardando en tomar carrera fuera del puerto y en emprender su marcha ceñido á la costa. El Mediterráneo, tranquilo aquel día, se puso de azul intenso para recibir y transportar á la *ninfa de Parténope.* Debió de recapitular la Reina en su mente, mirando las costas españolas de que se alejaba, los diez años de su vida en nuestra tierra. ¡Qué cosas pensaría, qué cosas debió de decirse!... Recordaría también su salida de Nápoles en 1829, cuando vino á casarse con el Rey odioso y feo, y cotejando aquella salida con la de Valencia, diez años después, quizás pensó que su vida transcurría entre volcanes: allá el Vesubio, aquí la Guerra Civil, y tras ésta la inmensa pira del *Progreso,* que no esperaba más que una mecha encendida para arder por los cuatro costados... A tiempo se iba, después de haber desempeñado un glorioso papel político. Si enemigos crió, de amigos y sectarios entusiastas dejaba también buena empolladura. Hijos no le faltaban; que la Naturaleza habíala hecho bien prolífica, y si

dos tiernas criaturas quedaban aquí, otras hallaría en Francia, sin contar lo que viniera después. Más satisfecha como mujer que como Reina, se consolaba de sus desgracias políticas considerando la dificultad del cargo. Pero, en conjunto, no le había sido adversa la fortuna, y recapitulando al son de las paletadas del vapor, le salía más crecida la cuenta de los bienes que la de los males.

No tardó en perderse el vapor *Mercurio* mar afuera, y á las diez de la mañana, los *moderados* doloridos que desde el Miquelete ó en altos miradores seguían con catalejos el curso de la nave por la azul inmensidad, no descubrían ya más que un tiznón sobre el horizonte. Por allí iba... ¡Qué dolor! ¿Volvería?...

X

Antes de terminar Octubre, ya estaba Ibero de nuevo en Madrid, hastiado del viaje de regreso, igual al de ida en aburrimiento y monotonía, sin más diferencia que la producida por el estado atmosférico, pues si le achicharraron en verano los calores, en otoño las pertinaces lluvias le mojaron y refrescaron más de

lo que quisiera. Fué casi todo el camino en la custodia y acompañamiento del General Espartero, viéndose obligado á presenciar unas cuarenta ovaciones en pocos días. Habríale gustado dar convoy á la Reina y á su hermanita; pero casi todo el camino fueron una ó dos jornadas por delante, con su lucido acompañamiento de damas, caballerizos, escolta y numerosísima servidumbre. Sólo en la subida de las Cabrillas las vió y fué junto al regio coche un buen trecho. Por cierto que iban las dos niñas muy monas, picoteando con las damas que ocupaban la delantera, y dirigiendo á cada instante su voluble atención con juguetona risa hacia toda novedad de cosas ó personas que hallaban en el camino. Por cierto que se fijaron en el Coronel, y aun le hicieron un poquito de burla, porque habiéndose interpuesto unos gitanos que bajaban el puerto con media docena de jumentos, se desorganizó un tanto la marcha de coches y jinetes. Ibero trató de restablecer el orden, arreó latigazos á los borricos, y la gitanería defendió su derecho al camino con graciosos denuestos. Tal incidente fué muy del agrado de las niñas, y la incomodidad de Ibero, no proporcionada quizás al motivo del lance, les hizo mucha gracia.

Desde aquel día las niñas se adelantaron y

no las vió más. Iba el Coronel en compañía de personas fastidiosas, de funcionarios sin ninguna amenidad, que no hablaban más que de política, como si nada existiese en la Naturaleza digno de atención. El 28 llegaron á Madrid, siendo recibido el Gobierno Provisional ó Ministerio-Regencia, que de ambos modos se le llamaba, con todas las músicas disponibles y con las aclamaciones de ritual. El mismo día de llegada se confirió á Ibero el mando de *Saboya* (6.° de línea), acuartelado en el Pósito, y la primera ocupación del Coronel fué arreglar su instalación personal no lejos del cuartel y de la Inspección de Milicias, donde fué á morar el Duque con su familia. El 30 tenía ya su acomodo en una casa de la calle del Turco, agregándose á una familia riojana en calidad de huésped, pues firme en su tenaz idea de marchar al Norte á la primera ocasión que se presentase, no quiso poner casa ni embarazar su libertad. El continuo trajín militar, la dignidad de su mando, y más que nada las noticias consoladoras que recibió de La Guardia, aplazando el conflicto y reverdeciendo esperanzas, le aliviaron grandemente de su mal, y su mente se despejó de aquellos delirios supersticiosos que le habían atormentado en Valencia. Alguna vez le sobrecogían temores hondos, sin otro motivo

que presenciar la caída de una cafetera, ó escuchar la desafinada voz de un ciego que pregonaba el *Huracán*. Pero se dominaba, consiguiendo llevar á sus nervios la disciplina, á su razón la luminosa fuerza.

Reanudando sus amistades de otros días, encontró á Bretón amable y gracioso, á pesar de las tristezas de su cesantía. Por ley que parecía obra de la Naturaleza, tal era su regularidad, el nuevo régimen le había separado del comedero de la Biblioteca, para poner en él á persona más conforme con las ideas dominantes; frecuentaba Ibero su trato y el de su familia, gozoso de la paz de aquella casa, donde moraban la honradez, la modestia y todas las gracias castizas en verso y prosa. De muy distinto género y estilo era la amistad de González Brabo, el periodista impetuoso del *Guirigay*, el que se puso á la vanguardia del motín de Septiembre, penetrando á la cabeza de los primeros grupos en el Ayuntamiento. El triunfo del pueblo había hecho de Luis González un energúmeno: en vez de aplacarse con el acabamiento de la tiranía moderada, se inflamaba más en ardor patriotero y en ansias de libertad. Se decía que, contrariado porque no le habían metido en la Junta, quería llevar las cosas á los extremos de la licencia y la anarquía, ayu-

dado de su amigo Nocedal, tipo del perfecto miliciano, el primerito en el servicio como en las asonadas. Más desinteresado que éstos, movido de su loco idealismo, como poeta, y de un sentimiento popular sano y hermoso, Espronceda escribía con un rayo, pidiendo, no ya la libertad, sino la República. No se paraba en barras; no sabía contenerse retorciéndose y achicándose dentro de los moldes circunstanciales, ni quería mantenerse en el terreno común á moderados y progresistas. Su ardiente imaginación, su temple audaz, familiarizado con el libre vuelo del pensamiento, le lanzaba á las grandes empresas, y las acometía presagiando la inutilidad de sus esfuerzos. Pero ¿qué le importaba si satisfacía su ideal y se recreaba con los fantasmas creados por sí mismo? No tardó Santiago en afirmar la amistad que en el verano había contraído con Espronceda, afinándola y robusteciéndola con recíprocas confidencias. Bien conocía el alavés que las ideas de su amigo eran irrealizables, ideas poéticas y de otro mundo, ¡pero qué hermosas! Arrancaban del pasado y nos conducían á un porvenir risueño; se fundaban en lo más hermoso de nuestra alma, y pertenecían al propio tiempo al ensueño y á la razón. Contradiciéndole, movido de los respetos inherentes á su posición

militar, el Coronel gustaba de oirle, y le incitaba á desbocarse por los espacios donde jamás penetró el pensamiento de los hombres comunes. Era Espronceda el vate político, y bajo su influjo la religión liberal de Ibero se iba convirtiendo en un culto secreto de dioses lejanos.

Muy distinta era la amistad que reanudó con el buen Milagro, pues en éste no veía más que un pobre maniaco inofensivo, de éstos que lo sacrifican todo al ansia de vivir y á las complejas necesidades de que se ven cercados. Infatigable en su propósito de no quedarse atrás en la procesión social, D. José había logrado meterse en la Secretaría provisional de la Junta, y tales servicios prestó allí desplegando todo su saber burocrático, que á la llegada del Ministerio-Regencia halló fácil medio de colarse en Gobernación con *veinte mil,* y á los pocos días se le indicaba para un puesto de jefe político en provincia de tercer orden. Transformado de ropa y cara le encontró Ibero, pues se había rapado completamente al uso antiguo, quitándose el bigote de moco que le sirviera de emblema revolucionario, y se había provisto de la ropa indispensable para un funcionario de su fuste, que pronto tomaría el mando de una provincia. Sorprendió á Ibero el aire de dignidad y mesura que en sus ademanes ponía el

buen Milagro, y las ideas sensatas que derramaba de su boca.

«Vea usted, Sr. D. Santiago—le dijo la segunda vez que fué á visitarle en su oficina,—cómo se ha realizado lo que yo presagié con buen ojo. Ya tenemos el gobierno del pueblo por el pueblo; ya no hay tiranías palaciegas ni camarillas indecentes; ya no hay más que legalidad, justicia, y libertad perfectamente hermanada con el orden. Ahora procuramos que el gobierno de la Nación entre en su cauce natural, cesando en sus funciones la Junta de Madrid, después de cumplida su misión salvadora. Cierto que algunas juntas de provincias no quieren disolverse; pero la razón á todas se impondrá... ¡Qué cordura la de nuestro pueblo! ¡Qué energía en la acción, qué prudencia en el triunfo! Aquí vienen todos los días en la prensa de Inglaterra y Francia demostraciones de lo que nos admiran los extranjeros. Pasar del despotismo á la libertad sin derramamiento de sangre es gran cosa, ¿verdad? Ahora se verá lo que es España y qué reformas, qué progreso, qué adelantos... No dirá usted que se duermen los ministros, pues cada día larga la *Gaceta* un decreto reformista que da gusto... Así, así se gobierna. Luego tendremos el gran problema de la Regencia, que resolverán las Cortes le-

galmente elegidas. ¡Y qué Cortes!... las más liberales, puede usted decirlo, que se han visto desde que tenemos régimen. ¿Será la Regencia una ó trina? Eso lo dirán los doctores políticos. Luego, con un *cúmplase*, queda todo concluído... Aquí me tiene usted sacrificándome por la patria, pues el Ministro me retiene hasta media noche... Como hay tanta gente nueva, no saben por dónde andan. Luego la taifa moderada dejó esto en el mayor desorden: no venían aquí más que á fumar cigarrillos y á hablar mal de Espartero... Y á propósito: ¿qué tal está el Duque? Dijeron ayer que se había metido en cama molestado por un ligero ataque de retención de orina. Yo sé lo que es eso, y empleo la zaragatona, uso interno y externo. Recomiéndeselo usted, que le ve todos los días... Que se cuide, que se cuide, pues él es la columna en que descansa todo este gran edificio de la libertad...»

Hablaron luego del amigo D. Bruno Carrasco, con quien conservaba Milagro relaciones muy cariñosas. La circunstancia de tener amistad antigua y aun algo de parentesco por afinidad con el Sr. Gamboa, Ministro de Hacienda, fué para D. Bruno como la venida del Espíritu Santo, pues á más de prometerle resolver á su gusto el expediente de Pósitos, el gobierno

deseaba utilizar sus servicios en la administración, nombrándole para una plaza de consejero de Hacienda ó cosa tal. Había llegado el reinado de los buenos, el predominio absoluto de la honradez. A la sazón estaba Carrasco en su pueblo, ocupado en la faena de levantar la casa para venirse á vivir á Madrid con toda la familia, apretándole á ello el vivo afán de aplicar su inteligencia y su respetabilidad á la cosa pública. «Eso, eso es lo que nos hace falta, señor mío—decía Milagro con enfática suficiencia,—y eso es lo que yo sin cesar predico. Que vengan á Madrid los hombres pudientes á dar tono á la política, para que ésta no sea patrimonio de cuatro danzantes... Si me promete usted la reserva, amigo Ibero, le confiaré un proyecto que *acariciamos* Carrasco y un servidor de usted. Aún no sé qué ínsula me darán; pero se trabaja para que ésta sea Ciudad Real. Si allá me mandan, tenga usted por cierto que Bruno sale diputado... vaya si sale. Allí tiene arraigo, bastante propiedad, numerosos amigos y deudos... y á mí, *á mí que las vendo*, ja, ja... No le digo á usted más.»

Anuncióle también D. José que viéndose mejorado notablemente de recursos pecuniarios y de posición social, había traído á su lado á los niños pequeños y á las hijas mayores, la esposa

del bajo y la del subteniente Piquero, separada de su marido por la mala vida que éste le daba. Contento de la restauración de su hogar, había tomado un pisito en la calle de las Infantas, modesto asilo que se permitía ofrecer al Sr. de Ibero, por si gustaba de honrar á la familia con su presencia, en los ratos de ocio. Allí no encontraría lujo ni etiquetas; pero sí cordialidad, franqueza y alegría. Las muchachas eran muy instruiditas para lo que aquí se acostumbra; aficionadas á la música y á la literatura, y en el poco tiempo que llevaban de su nueva instalación en Madrid, comenzaban á formarse un núcleo de excelentes relaciones.

Agradeciendo mucho la oferta de casa, prometió el Coronel no privarse de la honra y agrado de tal sociedad. Milagro, al despedirle, se condolió de que no fuese la dicha completa en su familia, pues si su hija mayor y los chiquillos no le daban ningún motivo de tristeza, érale muy penosa la situación de su hija menor, esposa de un perdido, y separada de él: ni casada, ni soltera, ni viuda... ¡Qué dolor! Gracias que la niña era un ángel, la misma virtud. D. José padecía lo indecible viéndola en aquel divorcio de hecho, criatura perdida para los grandes fines sociales, destinada á vivir como una monja en el hogar paterno. Véanse aquí

las consecuencias de un mal matrimonio, contraído precipitadamente, por ventolera irresistible de la muchacha y audacias del mozalbete. En fin, ya no tenía remedio. «Mis hijas—agregó D. José,—son dos obras maestras, aunque me esté mal el decirlo, notables por su talento y por todo lo tocante á la exterioridad, belleza, donaire, *etcétera*. María Luisa, que era una notabilidad en el arpa, ha descuidado el instrumento desde que se casó; pero la obligaremos á estudiar un poco para que usted la oiga. Su esposo, Romano Cavallieri, es uno de los primeros bajos del mundo, y en Madrid no hay otro que ponga más alta la buena escuela italiana, así en ópera como en funerales. Mi hija segunda, Rafaela, fué siempre tan suave por la figura, los modales, las aficiones, y al propio tiempo tan melosa y atractiva en su manera de hablar, que unas vecinas nuestras dieron en llamarla *Perita en dulce*, y en casa casi siempre le dábamos ese nombre. Después de su infeliz matrimonio nada ha perdido de su dulzura y delicadeza: al contrario, parece que la conformidad con su desgracia la hace más tierna y cariñosa... En fin, amigo, no se ría usted de mis debilidades paternas... Nada quiero decirle á usted de los chicos pequeños, que han hecho en Illescas unos exámenes brillantísimos. ¡Si viera

usted las planas que me ha traído el mayorcito! Creo que serán hombres de provecho, buenos ciudadanos, buenos *progresistas*... Quedamos en que usted nos honrará...»

Con una afirmación cordial se despidió el Coronel, que desde el Ministerio se fué á casa de Espronceda, y después á casa de Olózaga, y de allí á ver á Pacheco, á quien había conocido en Valencia, y luego al café, donde encontró á varios militares amigos. Así mataba el tedio con sucesivas y amenas visitas, y si no lo mataba lo hería gravemente.

XI

¿Se disolvían las juntas? ¿Sería disuelto el Senado? ¿Era cierto que el Infante D. Francisco salía con la gaita de reclamar la Regencia? ¿Qué tal el Manifiesto de la Reina Cristina, tronando contra la situación que había creado con su renuncia? Vamos, que el Ministerio-Regencia no se mordió la lengua en la refutación de aquel documento. ¿Qué había del *conflicto eclesiástico*? ¿Nos quedábamos sin Nuncio, absolutamente incomunicados con la Corte y curia romanas? ¿Qué se decía de casamiento de prín-

cipes y princesas brasileñas con infantes é infantas españolas? Y á la Reinita, ¿con quién la casaban?... De todas estas cosas y de otras menudencias políticas y sociales que en aquellos días (ya entrado Noviembre) fatigaban la opinión, habló y oyó hablar Ibero en sus primeras visitas á la modesta casa de Milagro. Fué allí por añadir un recurso más á los que empleaba para combatir su aburrimiento, y en verdad que no le pesó, pues la familia era muy agradable, las niñas muy despiertas, el bajo muy complaciente, y en la tertulia nocturna, alrededor de la camilla, no faltaban señoras dicharacheras ni aun *hombres políticos* que decían cosas muy atinadas sobre los problemas del día. Los chiquillos pequeños eran el único desconcierto de la grata armonía doméstica, porque no brillaban por su buena educación, ni sabían hacerse agradables en la edad que precede al último estirón de la infancia. Eran pegajosos, entrometidos, preguntones y cargantísimos. Pero, en fin, á esta pejiguera servía de compensación la discreta amabilidad, la risueña juventud de María Luisa y Rafaela.

Ya llevaba Ibero algunos días de conocimiento y no podía conseguir que María Luisa tocase el arpa. Se excusaba pretextando rigidez de dedos por el abandono de la ejecución

en largos meses; y en tanto, como el instrumento padecía también de la dilatada inacción, el bajo, que era hombre para todo en cosas musicales, se pasaba las horas componiéndolo y echándole nuevas cuerdas. María Luisa no había dado aún nietos al buen Milagro; á los siete meses de casada, un mal parto malogró las esperanzas paternales, que de nuevo reverdecían en el invierno de 1840; y como se hallaba ya de cinco meses, á D. José no le gustaba que se la instara demasiado á lucir sus habilidades de arpista, no fuera que con el ajetreo de pies y manos y con las sofoquinas que suele producir la inspiración, cuando es de ley, se malograse el fruto. El pobre Cavallieri era un hombre excelente, conocedor de sus deberes como presunto padre de familia. A pesar de hallarse sin contrata, pues por no lanzarse á viajes costosos había rechazado las que le propusieron de los regios teatros de San Petersburgo, Londres y Nápoles, sabía traer dinero á casa, sacando un jornal de todas las solemnidades religiosas y de los funerales de primera. Además daba lecciones de canto, y también componía su poco de música, ora un invitatorio, motete ó tanda de villancicos, ora alguna canción con letra de Espronceda para acompañamiento de guitarra. En casa era de una se-

ráfica mansedumbre: respetuosísimo con su suegro, obediente á su mujer, sin exigencias en las comidas, dispuesto á todo, aun á cosas tan contrarias al arte de Rosini como el planchar vuelillos y el peinar á las señoras.

La casa era modestísima, los muebles viejos y descabalados, simbólica expresión de la vida procelosa de Milagro y de las cesantías, traslados á provincias y demás accidentes de la vida del funcionario público en esta desordenada tierra. Notó Ibero los apuros que había cuando los visitantes vespertinos ó nocturnos excedían del número de sillas, contando para los *grandes llenos* con las de la cocina. Mas no por estas escaseces de mobiliario, ni por otras faltas que á cada paso se ponían de manifiesto, perdían aquellos benditos el gusto de la vida social, y cada vez querían atraer y recibir á más personas, sin reparar que fueran de mejor pelo y de clase superior á la suya. No les era difícil sostener la casa con el sueldo de Don José y las ganancias no deslucidas de Cavallieri: la experiencia de Milagro y sus dotes de gobierno impusieron desde el primer día el sistema salvador de gastar menos de lo que ingresara, y por nada del mundo se alteraba este método, al que debían la tranquilidad, un comer apropiado á las necesidades, y una vida,

en fin, decorosa, aunque humilde. Los chicos no iban rotos á la escuela, ni D. José á la oficina con facha indigna de su posición; para todo había, y aun se juntaba duro á duro el presupuesto de sastrería que había de dotar á Milagro de todas las prendas indispensables á un jefe político.

La menor de las hermanas, la que, según el dicho de su padre, no era viuda, ni casada, ni soltera, Rafaela, en fin, por mote familiar vigente aún, la *Perita en dulce,* daba quince y raya á todos en lo hacendosa y hormiga para su atavío particular. Otra que mejor y con más gusto se arreglara los cuatro pingos que poseía, y los lazos, cintas y moños, no ha existido en Madrid. ¿Qué arte secreto era el suyo para vestirse y emperifollarse, y qué hacía para parecer tan bien con su trajecillo pobre y con cualquier trapo de bien combinados colorines que se pusiera? Verdad que ayudaban al mágico efecto su rostro bonito y la perfecta conformación de su talle; pero algo más había, y era un instinto, una adivinación, y el conocimiento genial de todas las modas y sus cambios, sin sobar figurines ni andar entre modistas. Descollaba Rafaela entre sus iguales como la rosa entre mastranzos; su superioridad consistía quizás en que nunca delató con la afectación su prurito

de elegancia, en que su sencillo atavío no revelaba el estudio previo y paciente para obtener tan feliz resultado. Era su rostro finísimo y algo picaresco, de un estilo (si estilo hay en las formaciones de la Naturaleza) que bien podría llamarse Pompadour, pintiparado para el traje de pastoras de abanico, con empolvado pelo, corpiño estrecho y espléndidas faldas recogidas. El pelo èra rubio, la tez de una blancura porcelanesca, los ojos obscuros, reveladores de amor, de ensueño, á veces de inteligente malicia.

No se creía D. Santiago infiel á su compromiso de amor porque la *Perita en dulce* le gustase. Le gustaba, sí; pasaba ratos muy entretenidos á su lado; pero todo el goce que recibía en ello era superficial y no le llegaba al corazón. Le divertían los conceptos extravagantes que expresaba Rafaela sobre cualquier tema de los usuales de la vida, y reconocía en ella una inteligencia no común. «¿No les parece á ustedes—dijo la *Perita* una noche, no hallándose presente su padre,—que esto de la libertad es una paparrucha? La libertad, como el retroceso, ¿qué son sino los motes ó letreros que se ponen éstos ó los otros señores para mangonear? ¡Ay, Virgen del Rosario, que no me oiga mi padre!... Me mataría.»

Oído aquel disparate gracioso, le soltó Ibero un discursillo enalteciendo las ventajas que obtienen los pueblos del régimen que felizmente disfrutábamos, y no fueron risas y chacota las de ella para zaherir tán manoseadas retóricas. «¿Con que libertad? ¿Y para qué sirve esa libertad? Para escribir en los papeles mil disparates, para insultar á los ministros y no dejarles gobernar; libertad para los que alborotan, y entre tanto el pobre, pobre se queda, y los ricos se hacen más ricos, y nosotras las mujeres seguimos esclavas. Dígame usted qué libertad es ésta que á mí me tiene prisionera de una equivocación. Mi marido es un mal hombre, y no soy yo quien lo dice: es el juez, es su propia familia, es todo el mundo. ¿Pues por qué no había yo de poder descasarme y volver á la soltería?

—Por mí—dijo Ibero,—que vuelva usted. No me opongo.

—Poco sacamos de que usted no se oponga.

—Las Cortes, el Rey, el Papa, el Concilio de Trento, tienen que poner mano en eso para reformarlo.

—Pues ya verá usted cómo no lo reforman... Tanto hablar de libertad, y no nos traen el divorcio. Que mi padre no me oiga decir la herejía de que no tendremos una buena Constitución

hasta que no traigan las reglas de descasar..... y otras cosas, Señor, otras cosas que por ahora me callo, para que usted, Sr. de Ibero, que es tan remilgado y para poco, no se nos escandalice. En fin, vengan libertad y pobreza, que me parece á mí que andan unidas... Yo, si ustedes no se asustan y me prometen no contárselo á papá, diré que, á mi modo de ver, en tiempo del moderantismo y de la camarilla había más dinero.

—¡Qué cosas tienes, mujer!—dijo María Luisa, que no por contradecir á su hermana, dejaba de gozar oyéndola.—¿Más dinero entonces? ¿Dónde?

—En casa no; á eso no me refiero. En Madrid, quiero decir.

—No va descaminada Rafaelita—indicó una señora mayor, esposa de un compañero de oficina de Milagro, muy rolliza de carnes, y de ideas harto enjuta, pues no hablaba más que de novenas y modas, ó del eterno sisar de las criadas.—Ello es que en todos los comercios se quejan. Es lo que dice Gerardo: que aquí los ricos no tienen patriotismo.

—Lo que yo sé—declaró el músico Cavallieri,—es que sólo en los tiempos moderados se ha sostenido aquí una buena compañía de ópera. Cuando yo salí en la *Serva Padrona*, ¿se

acuerdan? y cuando hice el *Don Magnífico* de la *Cenerentola*, era en lo más crudo de los tiempos ominosos, mandando el Sr. Cea Bermúdez.

—Hoy me ha dicho Doña Rosaura, la de la tienda de encajes—afirmó Rafaela,—que desde que han venido los *libres* no venden ni la mitad. Y en casa de Bárcena, hay días en que no entran en el cajón arriba de catorce reales. ¡Ya ven... una casa como aquélla...!

—El dinero—observó María Luisa,—como dice papá, no se pierde: lo que hace es ocultarse.

—Pero ya le haremos salir, ¿verdad, Sr. Don Gerardo?—dijo Ibero dirigiéndose á un sujeto acartonado, esposo de la no há mucho citada señora rolliza.—En Gobernación, según oí, preparan sin fin de decretos para desarrollar la riqueza pública.

—Así es—replicó D. Gerardo, hombre comedido, discreto, que se oía cuando hablaba, y no hablaba más que lo preciso; funcionario excelente, de procedencia masónica de los *Tres años*, que no había llorado largas cesantías, y usaba en invierno y verano levita muy larga y sombrero de copa de desmedida elevación.—Ya ve el país que el Sr. de Cortina no se duerme. Hombres como D. Manuel son los que han de regenerarnos. Prepara reformas en todos los

ramos, en minas, en policía, en caminos vecinales, y sobre todo, en Instrucción pública, que es el *barómetro*, ya lo saben ustedes, *el barómetro de la civilización de los pueblos*. Con esto, y el buen gobierno de la Hacienda y las economías, la riqueza pública y privada tomará gran desarrollo. Un buen Gobierno trae la confianza, y la confianza trae la riqueza, el curso de los capitales, la circulación del numerario...

—Esas son tonadillas, D. Gerardo —dijo Rafaelita burlándose con gracia del rígido funcionario,—tonadillas que nos cantan todos mientras tienen la sartén por el mango. Pero como al fin resulta que lo que es buen Gobierno aquí no lo hay nunca, tampoco tenemos confianza, y todo se queda en música: música de himnos, música de discursos, y en tanto el dinero no parece... que es á lo que vamos.

—No hagan caso de mi hermana—dijo María Luisa,—que ha tomado ahora este tema del dinero por pasar el rato y matar el fastidio. Rafaela varía de gustos á cada triquitraque; no es como yo, que siempre soy la misma.

—Cuando eran ustedes solteras—observó la señora rolliza,—pasábamos ratos muy divertidos oyéndolas recitar versos.

—Sí... y los aprendíamos de memoria, y parecíamos cómicas; en casa no nos podían su-

frir. Naturalmente, con la edad cambian los gustos. El tiempo pasa, y una se va formalizando. Vienen las necesidades, y ante la cara dura de las necesidades ya no está una de humor de poesías. Pero á mí me gustan siempre.

—A mí no—dijo Rafaela.—Hace algún tiempo les he tomado una tirria tremenda. Ellas tienen la culpa de muchas desgracias. Los poetas son los que traen los malos casamientos, la falta de verdadera libertad y la pobreza... y lo digo... y lo pruébo.»

Celebraron todos con risas estos donaires de la *Perita en dulce*, y el Sr. D. Gerardo se permitió defender la poesía, que adoraba por haberla cultivado sin fruto en su mocedad.

«Hace cuatro noches—dijo,—tuvo María Luisa la bondad de recitar unos versos divinos... Yo me entusiasmé de tal modo, que se me saltaron las lágrimas. El Sr. de Ibero no estaba presente aquella noche, y como yo deseo que oiga lo que oímos, y que goce lo que gozamos, solicito de la simpática señora de Cavallieri que nos repita la función.»

¡Ay, Dios mío! ¡Qué melindres los de la señora de Cavallieri! No se acordaba... Tenía un poquito de ronquera... ¡Qué compromiso! No sabía recitar sino en familia, ó entre amigos muy íntimos... Le daba vergüenza.

Las súplicas de Ibero, á las que unió tímidamente su autoridad Cavallieri, no vencieron la modestia de la dama. Intervino Rafaela diciendo: «Lo que recitaste fué *La gloria y el orgullo* de Pepe Zorrilla. Yo lo sabía también; pero se me ha olvidado. Si lo recordara, verías qué pronto despachaba yo. No me acuerdo más que de aquel pasaje:

De un dios hechura, como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana...

Con tal estímulo se arrancó por fin María Luisa, y recitó la composición entera con tono y énfasis de teatro, exagerando un tanto la expresión del rostro para comunicar vida y color á cada concepto y á cada palabra. Oyéronla con religioso pasmo los presentes, fijos en el rostro bonito de la declamadora, y á medida que avanzaba, graduando la sensibilidad y el entusiasmo, se iban quedando sin aliento. Cuando llegó al pasaje culminante en que dice el poeta:

Gloria, madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüeños,

D. Gerardo tuvo que llevarse el pañuelo á los

ojos, y el buen Ibero, fácil á la emoción, hacía visajes, pestañeaba, componía su rostro para que no vieran llorar á un soldado rudo, ni flaquear una entereza forjada en las batallas.

XII

«No es propio de una dama—dijo Ibero á Rafaelita, otra noche, en grupo apartado de la piña de tertuliantes,—mostrarse tan *materialista*, tan aficionada al dinero, que, según todos los filósofos, es cosa despreciable.

—Como no he leído á ningún filósofo, no sé lo que dicen, D. Santiago, ni creo que me haga falta saberlo. Todo eso de los filósofos estará escrito en latín. Cualquier día lo leo yo... En cuanto al dinero, si es cosa tan mala, yo tiraré á la calle el poquito que tengo, si los demás hacen lo mismo... Pues vería usted lo que pasaba. El dinero que los ricos tirasen lo cogerían los pobres, y volveríamos á estar lo mismo: unos con mucho, otros con nada.

—Pero usted... vamos á ver, ¿por qué se nos ha hecho tan ambiciosa? La ambición es pecado de hombres, como la modestia es la virtud de las mujeres.

—¿Que por qué soy ambiciosa? Pues porque no soy tonta ni ciega. ¡Ay! ¿no lo entiende? ¡Qué torpe se hace usted cuando le conviene!

—Tiene usted talento.

—Puede. Si Dios me lo ha dado, ¿qué quieren que haga con él?

—Naturalmente, emplearlo.

—Es usted hermosa.

—No digo que no.

—Y no se resigna á una vida obscura.

—Dígame usted: ¿para qué nos ha dado Dios la vida?

—Para amarle y servirle, según el Catecismo.

—Con perdón del Catecismo, Dios nos ha dado la vida para que vivamos... No nos la ha dado para que nos muramos.

—Y naturalmente, usted no quiere morirse...

—Si Dios me manda una enfermedad y la muerte con ella, ¿qué remedio tengo más que conformarme?... pero lo que es de fastidio no quiero morirme.

—Ni yo tampoco: por eso vengo aquí, y viéndola á usted y gozando de su conversación, y admirando sus gracias, no sé lo que es hastío.

—Vamos, que viene usted á pasar un rato en mi compañía. Yo se lo agradezco. Algo es algo.

No soy tan desgraciada como parece. Pero... verá usted lo que va á pasar. El mejor día se cansa usted, ó encuentra mejor entretenimiento en otra parte, con personas de más viso, de la clase que á usted le corresponde, y adiós D. Santiago. El pájaro voló de esta casa, huyendo de la pobreza.

—Se equivoca usted, amiga mía. Soy muy constante, y si no tuviera esa virtud, los méritos de usted me la darían.

—Fíjese usted en lo que dice.

—Sé lo que digo. No sabe usted lo que vale, Rafaela, ni la atracción que ejerce.

—Mire, D. Santiago, que eso que me dice es muy grave, y que podría yo tomarlo por declaración... volcánica.

—¿Y qué?

—Que si usted se empeñara en declararse, yo tendría que decirle que soy casada.

—¿Y qué más?

—¿Le parece poco? También podría darme la ventolera de admitirle... con la condición de ser ¡ay! sumamente platónico.

—A eso iba, á que seamos... ¡terriblemente platónicos!

—Hable usted bajito. Mire que estamos llamando la atención. Mi hermana me mira.»

En esto entró D. José con la cara muy lar-

ga, afectando seriedad y mordiéndose los labios para contener la risa. Era la cara de las buenas noticias, que sus hijas conocían muy bien, y en cuanto le vieron se lanzaron hacia él, cogiéndole cada una por un brazo. «¿Qué hay, papá? ¿Eres ya jefe político?

—¿Jefe político? ¡Qué cosas tenéis! ¿De dónde habéis sacado el disparate de que vuestro pobre padre fuese mandarín de una provincia?»

Con estas denegaciones festivas preparaba siempre el buen hombre sus anuncios de felicidades. D. Gerardo se abalanzó á estrecharle la mano, diciéndole: «No martirices á tus hijas, Pepe, y dales pronto el alegrón... Ya lo supe esta mañana; pero no he querido decir nada por no quitarte el gusto de las albricias.

—Mil enhorabuenas á usted, mi queridísimo D. José—le dijo Ibero abrazándole con efusión,—y otras tantas á D. Manuel Cortina por un nombramiento que le honra. ¡Viva el Gobierno! Así se regeneran las naciones, así, llevando la probidad y la inteligencia á los puestos de peligro...

—Y recompensando á los buenos liberales.

—A los probados, á los consecuentes.

—¿Y qué provincia al fin?

—La que yo quería. ¡Pues hemos bregado poco por ella, en gracia de Dios!—dijo D. José

paseándose por la salita, como si padeciese un delirio de actividad.—Querían mandarme á Lérida. Se han convencido de que para mejor servicio de la situación y de la libertad debo ir á la Mancha. Ciudad Real es mi ínsula, y los compatriotas de Sancho mis súbditos. Buena gente, según me han dicho; país sano; excelente carne de cabra, y á veces de carnero... Su capital goza fama de sucia y villanesca; pero la mejoraremos, introduciendo los adelantos. Los moderados han tenido al país aquél en un abandono lamentable... ¡Ya se ve!... son gente que no gobierna, que no instruye á los pueblos, que no les inculca la civilización...

—No te olvides, Pepe—díjole D. Gerardo con una gravedad administrativa que fué la admiración de todos,—de llevar allá la Memoria y estudios de los Pozos artesianos...

—¡Vaya si los llevaré!... con planos y presupuesto.

—Como allí entren por ese adelanto, á la vuelta de un par de lustros todo el páramo manchego será un verjel magnífico.

—Y la cosa es sencillísima... Figurémonos un tubo... varios tubos que se van hincando en la tierra... hasta llegar á la capa húmeda... y una vez en ella, frrrrr... sale el agua con un chorro que da gusto. Me ocuparé de eso, procu-

raré hacer un ensayo á poco de mi llegada, para lo cual me llevaré tubos en cantidad suficiente... Allí tenemos un ingeniero muy listo, que ha estado en Francia... Tengo tiempo de prepararme aquí para la implantación del *artesianismo,* porque no puedo irme antes de diez ó doce días. Sobre que no me ha concluído el sastre los trapitos de gobernar, Carrasco quiere que le espere aquí, para celebrar con él y con el Ministro, quizás con Espartero, un par de conferencias. ¿Conviene ó no conviene que al Parlamento, que ha de elegir la Regencia, vengan hombres de probado amor al *progresismo,* hombres de arraigo, hombres de circunstancias...? Pues no tengo más que decir. Bruno estará en Madrid dentro de pocos días, pues en su última carta me dice que activaba la venta de sus cosechas de vino y pan, que ya tenía ultimados los arrendamientos de sus propiedades, y se ocupaba en el levantamiento de casa y transporte de toda la familia.»

Tratóse luego de si D. José llevaría consigo á los hijos menores, ó á su hija Rafaela, para que en las soledades de la ínsula le cuidase; pero esta idea fué pronto desechada por la resistencia ingeniosa que la *Perita en dulce* opuso al proyecto paternal. Erale forzoso permanecer en Madrid, á la mira de los incidentes del plei-

to que había de entablar reclamando alimentos. No se reiría de ella, no, el bribón de su marido. En cuanto á los muchachos, mejor seguirían sus estudios en Madrid que en la Mancha, y el papá, sin la incumbencia de cuidarles y vigilar su educación, podría dedicarse en cuerpo y alma al gobierno político y á la grande innovación de los pozos. Apoyó María Luisa el sesudo dictamen de su hermana, sosteniendo que el gasto sería menor permaneciendo en Madrid toda la familia y D. José solito en su Barataria, donde viviría como un príncipe, casi de balde, pues había que contar con regalos de comestibles y con el servicio de ordenanzas. Del mismo parecer fué D. Gerardo, que por triste experiencia conocía los dispendios y molestias de cargar con familia cuando se iba destinado á provincias, y en apoyo de su aserto expresó la contingencia de que, efectuadas las elecciones, fuese trasladado D. José á un *mando* de primera clase. Por gusto de hacer coro, Ibero sostuvo la misma opinión.

Toda la noche, hasta la avanzada hora en que terminó la tertulia, estuvo el buen Milagro dándose un tono fenomenal, ora llevando á gloriosa regeneración los graves asuntos nacionales, ora los manchegos. Las esperanzas optimistas, los risueños programas afluían de

su boca como un fresco manantial inagotable, que fecundando toda la tierra, la poblaba de venturas. Las extensas plantaciones de arbolado darían á la Mancha frescura y sombra, y la desecación de las lagunas de Ruidera aumentaría en muchos miles de fanegas los terrenos laborables. Con una administración proba y activa y unos cuantos *toques de Gaceta*, el país de D. Quijote sería un edén, y vendrían en tropel á establecerse en él los extranjeros, cargados de capitales; y el día en que Inglaterra y Francia probaran el Valdepeñas, adiós Burdeos y toda la porquería de vinos de la Gironda. Retiradas las visitas, reiterando los plácemes, entregóse la familia al descanso, y se adormecieron grandes y chicos en rosados ensueños de gloria. No podía María Luisa apartar de su mente los versos

No baste á mi placer la inmensa copa
Del báquico festín, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa
Sin las llaves de espléndido tesoro,

y dormida los recitaba con la misma entonación de teatro y el propio juego de ojos y boca. Rafaela no concilió fácilmente el sueño, rehaciendo en su mente los últimos coloquios con Santiago, el cual le agradaba en extremo por

su condición blanda, dentro de la superficial fiereza militar; por su corazón sano y potente, sin picardía; por su poco mundo y el candor honrado con que juzgaba de cosas y personas.

En la tarde que siguió á los sucesos referidos, Rafaela cogió por su cuenta al Coronel, y sin cuidarse de la presencia de su hermana que cosía la ropa de los niños, le trasteó con gran maestría.

«¡Qué lástima, amigo Ibero, que se haya concluído la guerra!

—¿Y qué razón hay, señora *Perita*, para que usted no se crea dichosa en la paz que disfrutamos?

—Porque si tuviéramos guerra todavía, usted, tan valiente y pundonoroso, sería muy pronto general.

—Más quiero la paz que cien fajas; puede usted creérmelo.

—Pues yo no pienso lo mismo. Porque usted se pusiera dos entorchados, por lo menos, vería yo con gusto una tremolina muy gorda.

—Agradezco el buen deseo por lo que á mí se refiere; pero tengo que decir que es usted muy inhumana.

—Diga usted lo que quiera; pero yo pienso que con las guerras, aunque sean civiles, las naciones crían callo y se hacen más fuertes...

Y qué sé yo... me parece á mí que las peleas encarnizadas ilustran, quiero decir que despabilan á la gente. En fin, si es disparate que lo sea. Lo que usted no me negará es que con las guerras se aumenta el dinero.

—¡Anda, morena! Si la guerra, señora mía, es la paralización, la ruína del comercio, de la industria...

—Ya pareció el estribillo... A mí no me venga usted con estribillos, D. Santiago, si no quiere que le tenga por tonto. ¡Paralización! ¡Vaya una música! Bien á la vista está que concluída la guerra salen por ahí hombres riquísimos que antes eran pobres. ¿Usted no ha oído hablar de uno que hace años, no sé cuántos años, iba vendiendo paja con una reata de tres mulas? Pues ahí le tiene usted hecho un caballero millonario, que de algo le ha valido el suministrar á los ejércitos tanta paja y cebada. ¿Y qué me dice de los maragatos que antes venían aquí con sus cargas de trigo de Castilla, y después, llevando víveres al ejército, ó haciendo que los llevaban, se han forrado de dinero? Mi padre conoció á uno que vendía por las calles piezas de lienzo, y ahora revuelve con pala los montones de onzas. En pocos años de guerra ha salido de pobre. Pues eso quiere decir que con la guerra hay más hombres ricos que antes, y que éstos, si mucho

tienen, mucho han de gastar... ó lo gastarán sus hijos, sus mujeres... sabe Dios quién se encargará de dar aire al dinero.

—En todo eso que se cuenta, crea usted que hay mucho de leyenda ó fábula.

—Pues mi padre, hombre que lo entiende, nos decía: «hay más de cuatro que desean la continuación de la campaña, porque con ella se están cubriendo el riñón.»

—Esos pesimismos de D. José eran el desahogo natural de las tristezas de la cesantía. Vea usted como ahora no lo dice.

—Bueno: ya veremos quién tiene razón, si usted, que es un ángel, ó yo, que aunque me esté mal el decirlo, soy más lista que usted, y no se ofenda. No ha de pasar mucho tiempo sin que vea usted construir en Madrid casas magníficas... me lo ha dicho quien lo sabe... casas como no se han conocido aquí nunca, con portales al modo de palacio, y comodidades por dentro y decorado muy bonito. ¿Y usted no sabe que á esta fecha están llegando de París todos los días modistas que traen la última novedad, y además una caterva de perfumistas, camiseros, estufistas? ¿Pues esos á qué vienen sino al olor del dinero que ahora saldrá? ¿Cree usted que vienen por la libertad? ¡Ay qué simple!

—Es el resultado de los adelantos, Rafaela.

—¿Y usted no ha oído decir que van á poner en Madrid una cosa que se llama *el gas*, para alumbrar toditas las calles?

—Sí, sí; y también se habla de caminos de hierro para ir de aquí á Aranjuez en dos ó tres horas. Pero eso no es porque hayamos tenido guerra civil.

—Es porque ahora hay ricos y antes no los había —prosiguió la *Perita* con gracia,— es porque nos hemos despabilado con la sacudida de las guerras. Pues otra: ¿y qué me cuenta de los ricos nuevos que van á salir, de todos esos que están comprando por un pedazo de pan las tierras y casas que fueron de frailes? ¿Y los que afanaron, como dice papá, el papel de Deuda que tenían las monjas? Vamos, que habrá cada millonario que meta miedo, y eso, eso es lo que conviene. La grandeza tiene cada día menos dinero, así lo cuenta D. Gerardo, que entiende de estas cosas. Pero ya le oyó usted anoche: ahora va á salir otra grandeza nueva, la de los que vendieron paja y después compraron dehesas de frailes; la de los que daban de comer á las tropas, y luego establecerán *los adelantos*, haciendo caminos nuevos y poniendo máquinas para todo... qué sé yo, cosas muy buenas. El cuento es que haya dinero y que corra.

—Vamos, que es usted una *materialista* tremenda,—dijo Ibero, que á medida que la *Perita* se metalizaba la veía más graciosa y dulce. Sus atractivos no despertaban en él un afecto puro, sino más bien curiosidad ardiente, como un deseo de conocer á fondo aquel carácter extraño, y de ver hasta dónde llegaba el vuelo de sus ideas atrevidas.

—Me han hecho materialista mis desgracias —replicó Rafaela mirando un trazado ideal que con el dedo hacía en el tapete de la mesa, —y la necesidad en que me veo de abrirme sola los caminos de la vida... También me hace materialista el que no me siento yo... ¿cómo decirlo?... de madera de pobre... cosa rara, ¿verdad? pues en la pobreza nos hemos criado. La pobreza es cosa muy mala, y hay que huir de ella sin faltar á la decencia.

—Ahora comprendo por qué le son simpáticas las guerras y desea que se repitan.

—¿Por qué?

—Porque en una nueva guerra podría perecer Piquero, víctima de su arrojo. Usted se quedaría libre y en disposición de arreglarse mejor con otro.

—¿Con otro marido? Falta que lo encontrara como yo me lo merezco.

—Yo sé de algunos que se determinarían...

corriendo el riesgo de que usted les volviera locos.

—Veo que me está tomando miedo por esto del materialismo. Yo lo conozco en que ya no me hace declaraciones.

—¿Es que quiere que las repita? Ya me he cansado de hacerlas inútilmente.

—Porque usted, por otro lado, es también de un materialismo que da miedo. No es fácil que nos entendamos.

—Porque usted me pide como medida previa que la divorcie, y yo lo haré con mucho gusto el día en que me nombren Papa.

—Lo que hay es que usted quiere que *toquen á divorciar*, como mandaría tocar fagina.

—Diga usted de una vez que no soy su salvador, su libertador, y así habremos acabado.

—No digo eso, y bien podría decir todo lo contrario... ¿Ve usted? ya está lleno de fatuidad, porque esto que he dicho, casi sin pensarlo, lo toma el Sr. D. Santiago á declaración.

—Claro; como que lo es.

—Silencio: viene mi hermana.

—Y me temo que venga también Cavallieri á cantarnos el aria que acaba de componer.

—Para que se convenza usted de que aquí no podemos hablar.

—Imposible que hablemos aquí con libertad; ya lo he dicho.

—Yo he sido quien primero lo dijo.

—Y yo quien propuse que buscáramos otro sitio donde...

—Si no fuera usted tan pillo, desde luego.

—Basta de melindres. ¿Mañana...?

—¿Dónde?

—Un paseito y nada más.

—¿A qué hora?... ¡Chitón!... Luego veremos.»

XIII

Cómo pasó Ibero por suave pendiente desde las alturas del amoroso ideal caballeresco á una liviandad caprichosa y pasajera, lo comprenderá quien considere su soledad triste, su juventud misma vigorosa y la fuerza de los hábitos militares en tiempo de paz, y á veces de guerra. Emprendió, pues, la fácil aventura, manteniendo en su espíritu con secreto culto la fe del amor verdadero, sin que le costase muy grande esfuerzo establecer la distinción, el deslinde de campos, conforme á las ideas vigentes en nuestra edad y á la imperfecta

educación moral y religiosa del hombre del siglo. Trazada la raya entre lo accidental y lo permanente, entre la superfluidad de unos días y el deber de siempre, se divirtió el hombre todo lo que pudo, con no poca ventaja de su espíritu y de sus nervios, porque en verdad se hallaba necesitado de esparcimiento y también de variedad en su monotona existencia de caballero soñador. No se tome por giro retórico esto de la fidelidad que á su ideal señora conservaba, y adviertan los que le critiquen que se pasaba la vida sin verla más que en figuración de la mente. Cualquiera sale indemne de semejante prueba.

Lo más gracioso del caso fué que con los deslices del señor Coronel coincidieron las buenas noticias de La Guardia, y ello hubo de producirle alguna inquietud de conciencia, no mucha, y bastante confusión en los pensamientos, porque era en verdad cosa muy peregrina que el destino le recompensara sus traicioncillas con esperanzas en lo que más amaba. No por este contrasentido se despertaron sus hábitos mentales de superstición, ni aquella manía de ver en todos los objetos signos de felicidad ó ventura. Por el contrario, la distracción, el contento que recibía de aquella forma de vida, siquier no fuese un contento integral, pleno y

comprensivo de todo el sér, le aliviaron de sus murrias, haciéndole olvidar las aberraciones que sufrió en Valencia, donde á punto estuvo de practicar la quiromancia y otras artes diabólicas. *Similia similibus:* un diablo bonito le había sacado del cuerpo los feos diablos; al propio tiempo se divertía, se recreaba, como quien espacía su ánimo admirando las hermosuras de la Naturaleza, y además aprendía, pues seguramente aquellos fugaces amores eran muy instructivos, ¿quién podía dudarlo? El carácter de Rafaela, que iba observando día por día, viéndolo manifestarse en mil accidentes y ocasiones, le producía la satisfacción del que adquiere conocimientos, del que descubre mundos, aunque sean áridos; del que viaja y ve panoramas bellos, lugares donde no ha de vivir, pero que contempla y examina para poder describirlos.

¡Y que no tenía poco que estudiar la dichosa *Perita en dulce!* Si al descubrirla en la casa paterna la tuvo el militar por una pizpireta de mucho cuidado, luego, en el trato íntimo, pensó que se había quedado corto en la opinión que formara de sus hechiceras malicias. Si al principio se dejó coger en el sentimentalismo que con supremo arte tendía Rafaela como una suave y fina red, para cazar á los tiernos de

corazón, pronto supo escabullirse rompiendo las mallas. Cualidades extraordinarias desplegaba la hija de Milagro en la seducción; era en ella un don nativo, y así como conocía, sin que nadie se las enseñara, las artes del adorno y de la elegancia, sabía emplear mil sutilezas para establecer su dominio. La dulzura, los alardes de puntillosa estimación de sí misma, el llanto, la risa, la seriedad ó el abandono, los admirables métodos de disimulo que empleaba para revestir de decencia su liviandad, y evitar el escándalo, todo era de una admirable falsificación psicológica, imitando sabiamente la verdad. Pero en nada se revelaba su inspirado histrionismo como en los superiores artificios para inspirar lástima, haciendo una pintura muy patética de su situación social, ni casada ni viuda, queriendo ser buena y no pudiendo conseguirlo, incapacitada por ley de su naturaleza para ser vulgar. Habíala hecho Díos para un fin, y si á él no se dirigía, era porque el mismo Dios le cortaba los caminos, como arrepentido de su obra.

Con todas estas artimañas estuvo á dos dedos del peligro el valiente Ibero, y por espacio de una semana se vió el hombre aturdido, sintiendo que algo profundo, negro y aterrador, como una sima sin fondo, ante sus ojos se

abría. Tuvo la suerte ó la entereza de contar los pasos que le faltaban para llegar al borde, y se propuso atajar vigorosamente su carrera, valiéndole de mucho para conseguirlo la serenidad con que fijó el pensamiento en la ideal señora de La Guardia, pidiéndole con mental invocación que en aquel trance le socorriese.

Dígase ahora, para componer el buen orden de los sucesos, que Milagro no había podido detener su viaje á la ínsula manchega tanto como quería: apremiado por el señor Ministro para ponerse en camino, partió antes de que D. Bruno Carrasco abandonase el terruño. Allá conferenciaron días y noches cuanto les dió la gana y exigía el grave negocio de la elección; y dejando el manchego bien preparados los trastos caciquiles, y arreglado lo tocante á sus haciendas en los pueblos de Peralvillo y Torralba de Calatrava, cargó con toda la familia y se vino á Madrid, pensando en la falta que haría en la Corte su presencia para deshacer tantos agravios entre pueblo y Monarquía, y resolver tanto litigio hispánico, ultramarino y europeo.

Cuando el manchego y su gente llegaron á Madrid, medio derrengados todos del traqueteo de la infame galera, ya habían pasado muchos días, lo menos veinte, del enredillo de Ibero con la hija del jefe político; mas tan sutil era

el arte de Rafaela para rendir el debido homenaje al formalismo de una sociedad dominada por la etiqueta religiosa y moral, que los allegados á la familia no tenían de aquel lío conocimiento. Siempre encontraban á la *Perita* en casa, por las noches, con rarísimas excepciones, tan simpática, graciosa y elegantita con cuatro pingos muy bien puestos, haciendo la víctima interesante y encantando á todos con su sencillez y modestia. Los amigos de Ibero sí que lo sabían; pero estaban en esfera tan distante de la casa y relaciones de Milagro, que la opinión respecto á Rafaela no había podido variar todavía. En el ámbito de Madrid, que es lugar grande, pero lugar al fin, corrían ya malignas especies; mas la murmuración andaba todavía muy desorientada, y como toda ruindad de pensamiento tiende aquí á envilecerse más y más revistiéndose de ruindad política, los comentaristas, que veían á Rafaela vestida de seda, dijeron: «¡Cómo le luce la jefatura política á ese buey cansino de Milagro!.. ¡Y decían que era ciego! Pues si llega á ver el hombre, ¡pobre Mancha! Se trae para su casa hasta la langosta.» Quedaba el recurso de menospreciar estas malicias con la muletilla: «Cosas de los moderados.»

Una vez lanzado á la irregularidad, fácil-

mente recayó Ibero en otros vicios muy propios de la vida militar, y de los ocios de la guarnición en tiempo de paz. Por distraerse dejábase llevar de la corriente licenciosa de sus compañeros y amigos. En la calle de la Aduana tenían una timba, exclusivamente para militares, algo como casino ó *cuartón*, que había sido logia en tiempos no lejanos, y en el callejón de Sevilla había otro *asilo* de esta clase para pasar las noches, no menos corrupto, pero más divertido: el local era más bonito y casi lujoso, y en él no reinaba sólo el naipe, sino la galantería, si este nombre puede darse al trato de mozas guapas: no puede negarse que la disipación era allí más amena. A uno y otro sitio concurría Santiago, y anegaba en el azar su hastíó, con tan mala sombra que al poco tiempo tuvo necesidad de pedir dinero á su familia para salir de compromisos. Por dicha suya, era su carácter de los que, poseyendo lo que hoy llamaríamos *freno automático*, saben contenerse en el filo de la perdición, y esta entereza, que le había salvado en el caso de Rafaelita, le salvó asimismo en los desórdenes del juego.

Ya que se ha nombrado á *la Milagro* (así solían nombrarla ya), sépase que Ibero no se habría desprendido tan pronto de sus redes si á

ello no le ayudara un amigo, llamado Manuel Catalá, comandante de caballería con grado de teniente coronel, valenciano, de buena presencia, muy corrido en lances amorosos. En aquella ocasión las cosas vinieron rodadas del modo más feliz para D. Santiago, pues Catalá quiso jugar una mala partida á su compañero, quitándole su hembra; hizo á ésta la corte ganoso de alcanzar una victoria; aprovechó el otro la ocasión con seguro instinto, haciendo una retirada hábil, y Catalá se encontró dueño del campo creyendo deber tan fácil triunfo á sus propios méritos. Gozoso de su liberación, hizo Ibero el papel de sentirse herido en su amor propio; mas este fingimiento no fué de larga dura, pues no tardó el valenciano en comprender que había sido estratégica la sustitución. Por su desgracia fué cogido muy estrechamente en la red y ya no tenía escape: el arte sentimental de Rafaela hizo su efecto, y el comandante se prendó de ella con pasión tan viva y ardiente, que allí fenecieron sus vanaglorias de conquistador y empezaron sus martirios de conquistado.

La nube de rivalidad entre Ibero y Catalá se disipó bien pronto, pues el uno supo sostener su papel con dignidad y el otro no hizo alarde de vencedor; volvieron á ser amigos; no dejó de

serlo Santiago de Rafaela, y siempre que la veía en su casa ó en la calle le hablaba en tonos de protección fraternal, recomendándole aplicara enérgicos emolientes á la llaga lastimosa de su materialismo. Entre el defecto capital de Rafaela y la pasión cada día más loca de Catalá, hubo de entablarse colosal lucha, y ésta trajo conflictos graves, estallidos de ira, dolor intenso, riñas y reconciliaciones en que uno y otro ponía el fuego de sus almas. A tal extremo llegó la desesperación de Catalá algunos días, que hubo de recurrir á Ibero solicitando su amistosa mediación: «Chico—le dijo, echando lumbre por los ojos, balbuciente y trémulo, —soy hombre perdido: ni puedo consentirle sus infamias, ni puedo dejar de quererla. ¡Ya ves, yo, tan corrido, tan dueño de mí en otros lances de mujeres! Pues aquí me tienes loco, niño, imbécil; no sé qué soy. Creo lo que nunca hubiera creído, que se dan y se toman filtros ó venenos para enloquecer. Yo no me conozco. Antes de dos días haré lo único que cabe para poner fin á esta situación: la mato y me mato. He comprado dos pistolas muy seguras y las tengo bien cargadas... Porque no me quiere la mato á ella; porque la adoro me mato yo.»

Esto dijo en la calle con frase entrecortada, sin añadir explicaciones que permitieran á San-

tiago formar juicio exacto de los motivos de la inminente tragedia; pero luego, solos en el cuarto de banderas del cuartel del Conde-Duque, dió suelta el lastimado amante á sus agravios, refiriendo al Coronel cosas que le afligieron y abrumaron en extremo, pues si no amaba á Rafaela, no gustaba de verla tan despeñada por la pendiente del mal.

XIV

Sin pérdida de tiempo trató Ibero de ver á Rafaela en su casa, decidido á hablarle severamente; pero encontróse con un obstáculo formidable, porque habiendo llegado aquel día D. Bruno con todo su rebaño, las hijas de Milagro se consagraban con alma y vida á la instalación de la familia manchega. Se les había tomado el principal de la misma casa; mas como no estaba aún pertrechado de camas, se les daba vivienda provisional y comida en la casa de Milagro, para lo cual no hubo más remedio que poner colchones en el suelo y arreglarse todos como Dios quisiera. La casa era una Babel, y los chicos manchegos y matritenses, enredando juntos, producían un estruendo insoportable.

Atendían Rafaela y María Luisa, multiplicándose, al menester de preparar comistraje para tantas bocas, y las viajeras, hijas y señora de Carrasco, descoyuntadas y muertas de fatiga, dormitaban en sofás y sillones, mientras Don Bruno y Cavallieri se ocupaban en clavar escarpias en las paredes del nuevo domicilio, y en abrir baúles y colgar perchas. Vió Santiago que no era ocasión para lo que se proponía, y se fué, no sin anunciar á Rafaela que se preparase para una buena reprimenda.

A primera hora de la noche se fué Ibero á pasar un rato en casa de D. Antonio González, con quien había contraído amistad recientemente, por Seoane. ¡Cuánto mejor aquella sociedad que los garitos en que se había dejado su dinero y su decoro! Diríase que en las moradas de cierto tono á que por entonces concurría, restauraba su personalidad, medio deshecha en la borrascosa vida del vicio. El único inconveniente de los salones era que en ellos se hablaba demasiado de política, hasta el punto de producir mareo y confusión en los que como él tenían ideas fijas, que apenas admitían controversia. Pero esta dificultad se obviaba dejándose llevar de la corriente general, y no haciendo gala de un radicalismo chocante en las opiniones. En casa de González jugaba sus

tresillos con Sartorius y con la señora de Seoane, ó con Beltrán de Lis y el brigadier Latre; de allí solía irse al café Nuevo, donde encontraba á Espronceda, á veces á González Brabo y á los Escosuras. De la primera tertulia sacaba la impresión de que todo iba como una seda: vendrían unas Cortes elegidas con libertad, representación genuina del *Progreso*, que era la voluntad del país; se elegiría la Regencia, una ó trina, y entraríamos en un período de bienandanzas y prosperidad. De la segunda reunión, ahumada por los cigarros, sacaba impresiones contrarias: íbamos á un cataclismo si no venía pronto el gobierno del pueblo por el pueblo, la verdadera igualdad, la supresión de monigotes y de ficciones ridículas. ¿Qué saldría del cataclismo? Pues la regeneración grande y sólida, un Estado potente, costumbres europeas y una civilización de nueva planta. Retirábase Ibero á dormir, procurando conciliar en su mente unas opiniones con otras, éstas y aquellas esperanzas, y en su tarea de imposible conciliación, dando vueltas al endiablado problema, concluía por anegar sus ideas en el sueño.

Volvió á casa de Milagro á la hora del siguiente día que le pareció más oportuna; pero Rafaela estaba ausente, pues había tenido que ir de compras con la señora de Carrasco para

proveer á lo más apremiante en cosas de vestimenta. María Luisa también revoloteaba por tiendas de telas y comestibles. Ya se iba el hombre, huyendo de las arias mortíferas de Cavallieri, cuando le cogió por su cuenta el Sr. de Carrasco, que no quería soltarle á dos tirones, y le invitó á comer, para que probara los chorizos, hechos en casa, que había traído de su pueblo, cosa excelente sobre toda ponderación, y las perdices escabechadas y el mostillo.

¿Qué había de hacer Ibero más que quedarse, cediendo á los agasajos y carantoñas del buen Carrasco? Su aquiescencia le deparó el gusto de conocer á la noble familia, transportada como una tribu desde las soledades manchegas al bullicio de la Corte. Doña Leandra Quijada, esposa de D. Bruno, era una señora flaca, más que vieja envejecida, muy descuidada de su persona, llena de arrugas la faz, los ojos lacrimosos, áspero el cabello entrecano y partido en *bandós* aplastados sobre la frente y sienes. Estaba la pobre mujer atontada, en una estupefacción triste, como quien no se da cuenta de lo que pasa ni entiende lo que oye. El ruido, *la mucha gente que iba por las calles*, el paso continuo de coches, la altura de las casas, los gritos de los vendedores, todo cuanto veía y escuchaba, le había infundido más te-

rror que asombro. Su anhelo era huir de este barullo, volviéndose al sosiego de donde había venido; pero la timidez no le permitía manifestar su tristeza y miedo más que con suspiros. Su vestido, totalmente negro, de lana, y el pañuelo del mismo color anudado bajo la barba, dábanle aspecto lúgubre. Hablaba poco, respondía con urbanidad concisa á cuanto Ibero le preguntaba del viaje y de sus primeras impresiones en Madrid, y cuando nada le decían tomaba una actitud meditabunda, cogiéndose la barba y fijando los ojos en el suelo.

Nacida en Peralvillo, casada con D. Bruno en Torralba de Calatrava, de donde no había salido más que una vez para visitar á sus primas en la ciudad de Almagro; hecha desde muy niña á la vida de propietaria rica, á los espectáculos de la Naturaleza y á las faenas de la labranza; formado su carácter en una sociedad de cáriz feudal, en la cual se pasaban los años viendo pocas y siempre las mismas caras; acostumbrados sus ojos á la horizontalidad expansiva de su tierra, su oído al silencio campestre, su vida á las casonas grandísimas, no podía menos de sentir, traspasados ya los cincuenta, el brusco salto de aquel medio á otro tan distinto. La casa en que había venido á parar le pareció un gallinero, un palomar, algo

peor y más estrecho aún; las personas que aquí veía le hicieron efecto de estar locas ó borrachas. Hablaban para ella tan á prisa, que comunmente no entendía palotada. Ni era el lenguaje de Madrid como el de allá. En su tierra se hablaba más fuerte y con tono más reposado, y las palabras sonaban con más pompa. Las primeras comidas que probó le supieron á broza desabrida, insubstancial. ¡Qué chocolate! ¡Y el caldo qué insípido! El pan no alimentaba ni tenía gusto. Se aterró cuando le dijeron lo que en Madrid costaban dos palominos, un cabrito, ó una docena de huevos. Sin duda en Madrid no vivían más que ricachones. Y toda aquella gente que veía por las calles, ¿qué gente era, en qué se ocupaba, á dónde iba?

Compadecido Ibero de la buena señora, y deplorando lo violento del trasplante, procuró consolarla con la esperanza de un próximo cambio de hábitos y gustos. «Verá usted—le dijo,—qué pronto se hace á esta vida, y cómo acaba por encontrarla mejor, más cómoda y placentera que la de Torralba de Calatrava. Madrid es un pueblo en el cual se aclimatan fácilmente los españoles de todas castas y terruños. Comprendo que le costaría un gran esfuerzo arrancarse de su concha... La cosa es dura, lo veo; sé lo que es una casa donde han

vivido tres ó cuatro generaciones de nuestra sangre, una cocina que huele á las carnes ahumadas de un siglo, de dos... sé lo que es una tierra propia, un árbol que ya era grande cuando nacimos, un burro que nos mira diciendo: «yo también soy de la familia...»

Doña Leandra echó media docena de suspiros, y sin abandonar su actitud de melancólica resignación, dijo: «Sí que me dolió el arrancarme, señor; pero Bruno lo quiso, y yo... La verdad, al principio no me entraba en el pensamiento la idea de venir. Yo quería meterla, y ella... no entraba. Pero Bruno decía que nos desterráramos, porque así nos convenía, y por dar carrera á los hijos, y yo... todo lo que Bruno quiera se hace, cueste lo que cueste...»

Calló, y sus ojos húmedos volvieron á mirar al suelo.

Componíase la familia de Carrasco de los mismos elementos que la de D. José: dos hijas mayores y dos chicos pequeños, entre los ocho y los doce años. Solteras eran las muchachas, de la misma edad, próximamente, que María Luisa y Rafaela, pero de tipo, casta y educación muy diferentes. Ambas eran negruchas, desgarbadas, desapacibles. A la primera ojeada que Ibero echó sobre ellas las diputó por feas; observándolas mejor y aseándolas mentalmen-

te; suponiéndolas despojadas de los horrorosos vestidos de pueblo y trajeadas á estilo de Madrid, vió que eran susceptibles de una mejora radical en su cáriz y facha. *En principio*, no pertenecían al odioso reino de la fealdad; pero mucho había que desbrozar en ellas para obtener dos mujeres bonitas.

A la mayor, bautizada Leandra, por su madre, la llamaba su padre *Lea*, para evitar el inconveniente de la igualdad de nombre en dos personas de la familia. Eufrasia era la segunda, y los chicos Bruno y Mateo. No fué tan penoso como el de la madre el trasplante de las dos señoritas, por razón de la edad, por la ilusión de ver Madrid y de afinarse y embellecerse. Con todo, á su llegada no podían vencer el azoramiento y confusión, que era la conciencia de su inferioridad. Hablaban muy poco, temerosas de decir algún disparate, ó de pronunciar algún término que pareciese ridículo á la gente de Madrid. Apenas echaron la primera ojeada por las calles, comprendieron que venían hechas unos adefesios, y que ningún pingo de los que habían traído de su lugar les servía para lucirse en la coronada villa. Miraban á María Luisa y á Rafaela con arrobamiento, asombradas del lindo talle de la segunda, del aire garboso de la primera, á pesar de su embarazo de cinco

meses; admiraban su ropa, su aire de soltura y elegancia, los andares, el habla fácil y descarada con airosas cadencias, la gracia del reir, y la movilidad de expresión en sus bellas facciones. Las pobrecitas Eufrasia y Lea habían recibido la mejor educación posible en las soledades manchegas. Un preceptor muy hábil les había enseñado á escribir con letra española de casta de archivo, redonda, y ponían una carta con bastante primor. Sus lecturas habían sido escasas; sus labores, la costura casera y puntilla de Almagro. De conocimientos generales andaban medianas, porque el preceptor no daba de sí más que la aritmética elemental, una geografía y una gramática primitivas. Avergonzadas reconocían las dos muchachas su rusticidad, al llegar á Madrid, comparándose con María Luisa y Rafaela, que, por lo que hablaban y las cosas lindísimas que decían en su conversación, debían de ser unas sabias de tomo y lomo.

Traían á Madrid las hijas de Carrasco las virtudes castizas en grado eminente: la fe religiosa, el sentimiento del honor y la dignidad, el culto de la opinión y el respetuoso amor á los padres, á quienes daban el tratamiento de *su merced*, conforme á la tradicional costumbre manchega. En los pequeñuelos, la adaptación

fué repentina, pues apenas se juntaron con los chicos de Milagro, hiciéronse todos unos; se asimilaban cuanto en sus amiguitos hallaron de novedad en habla y modos, y no querían más que estar siempre en la calle viendo cosas, y saltando y brincando con libertad y alegría.

Cuando Rafaela y María Luisa se encontraban solas, hacían apreciaciones reservadas de la familia Carrasco, que conviene consignar. «Es buena gente—decía la *Perita en dulce;*—corazones muy sanos, con toda la honradez que da la vida de pueblo; pero trabajo les ha de costar desasnarse. La pobre Doña Leandra me parece que ha venido tarde para rasparse la corteza. De Lea y Eufrasia no digo lo mismo, y como son mozas, aprenderán pronto la civilización. ¡Mira que vienen salvajes las pobres! ¡Qué cuerpos, qué talles y qué manera de vestirse! Si bien se las mira, mal formadas no son; pero con aquellos justillos y aquellas faldas son verdaderos espantajos. También te digo que no tienen un pelo de tontas: anoche hablé largo rato con Eufrasia, y si vieras cómo se suelta... Estas paletas lo que tienen es mucha hipocresía.

—Ya verás cómo se transforman en poco tiempo—dijo María Luisa.—Son mujeres, y eso basta. El problema es que aprendan á lavarse, que no hay costumbre más difícil de quitar que

la del desaseo. Luego vendrá el vestirse bien. Lea no ha cesado de hacerme preguntas: quien nos hace los vestidos; lo que cuesta una buena modista; cómo se estilan ahora los cuerpos. Yo, que no me paro en barras y me intereso por ellas, ¡pobrecillas! le dije: «Mira, Lea: lo primero es que tires á la basura todos los pingos del pueblo, los cuales dan el quién vive con el olor ovejuno.» ¿No has reparado que traen también pegado á la ropa un tufo de cominos, de anís ó no sé qué?... En fin, dinero no les falta. Doña Leandra no se desprende de un pellejo, á modo de vejiga, que parece lleno de onzas. Querrán vestirse, y hemos de procurar presentarlas como personas ricas de provincias, que vienen á Madrid á ocupar una posición, y quizás á figurar más de lo que ahora parece.

—Ha dicho D. Gerardo que D. Bruno es de madera de ministros... ¡Mira que si nos le hicieran ministro!...

—Eso me parece mucho. Pero de que viene diputado no tengas duda, que allí está papá, lanza en ristre, para sacarle por encima de todo. Y una vez diputado, sabe Dios lo que le harán.

—Eufrasia y Lea tienen de su padre una idea que ya ya... Creen... así me lo ha dicho Lea, que Espartero y D. Bruno se pasean del brazo, y que Cortina le consulta todo lo que ha-

ce. Así se contaba en Torralba de Calatrava y en Peralvillo.

—No me parece disparatado que á D. Bruno le den la poltrona—dijo María Luisa con segura dialéctica.—Mira lo que son otros, de dónde han salido, y compara. Cierto que no sabe lo que papá. Papá sí que es de madera de ministros. Yo siempre lo he dicho... Pero su cortedad de genio le pierde, y á nosotros más, y siempre estaremos lo mismo, pobres, olvidadas, viendo

caminar lentos
Los turbios días y las lentas horas.

XV

Ven á mis manos, ven, arpa sonora.
Baja á mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del querub emana.

Esto recitaba María Luisa una tarde, atizando el fogón para poner á calentar unas planchas, cuando sintió entrar á Ibero en el comedor, donde estaba Cavallieri copiando música. Presurosa salió á recibir al Coronel, que en aquella casa merecía de continuo extremadas

consideraciones, y con oficiosa y dulce voz, antes que la del bajo acabase de saludar al visitante, le dijo: «Santiago, por Dios, aguárdela usted, que no puede tardar: ha salido con Doña Leandra á comprar loza.»

Con pretexto de trasladar á sitio más decoroso la visita, fuese con Ibero á la sala, donde acabó los conceptos que expresar no quería delante de Cavallieri. «No pase lo de ayer y anteayer, ¡por Dios!... Usted no tuvo paciencia para esperarla, y así se nos va el tiempo, y se escapan los días sin que Rafaela oiga las verdades que usted tiene que decirle. Crea usted que está muy echada á perder. Si usted no la sujeta, no sé, no sé, amigo Ibero, á dónde va á parar mi hermana. Anoche también entró en casa á las doce dadas... Ya no sé qué decir á los amigos, ni cómo explicar estas ausencias... Luego no pasa día sin que lleguen aquí unos recados estrambóticos, traídos por mujeres de mala traza... ¡Ay, Santiago, estoy afligidísima!... ¡Pues si llegara mi padre y viera estas cosas! Usted, usted es quien puede traerla á la razón, y ya que no á la virtud, á la decencia, Señor, al buen parecer, al recato... Yo le digo: «Mujer, ten cuidado, piensa en tu familia, piensa en el nombre sin tacha de nuestro padre, que ahora, por hallarse en alta posición,

es *el foco* de las miradas de amigos y enemigos.» Responde que sí, que tendrá cuidado, y ya ve usted el cuidado que tiene. Yo, que la conozco, estaba contenta cuando ví que se entendía con usted, guardando las debidas reservas. «Del mal el menos,» dije. Cuando se da con personas nobles y decentes, queda el consuelo de que no habrá escándalos... Pero viene el rompimiento, que sentí, me lo puede creer, como si se nos cayera la casa encima, y mi hermana se disloca, y una tarde nos arma ese bruto de Catalá una gritería en el portal, y una mañana se planta en casa el otro, el *Don Frenético*, que así le llamo yo, y con pretexto de encargar música de bajo, le cuenta á mi marido mil historias que parten el corazón... Nada, nada, sea usted cariñoso y al mismo tiempo terrible: que ella vea su amistad, y que coja miedo, mucho miedo. Yo sé que á usted le respeta más que á nadie, Santiago; que le estima... y es natural que así sea. Duro en ella; pegue usted fuerte...

—A duro no me gana nadie, amiga mía; yo pegaré... Tengo una mano como la maza de Fraga...

—Chitón, que ahí está... Es ella la que entra. Yo me escabullo por la alcoba...»

Dos minutos después, Ibero y Rafaela, solos

en la sala, producían una escena que, sin ser histórica, merece ser puntualmente relatada. ¿Y por qué no había de ser histórica, siendo verdad? No hay acontecimiento privado en el cual no encontremos, buscándolo bien, una fibia, un cabo que tenga enlace más ó menos remoto con las cosas que llamamos públicas. No hay suceso histórico que interese profundamente si no aparece en él un hilo que vaya á parar á la vida afectiva.

«Al fin—dijo Ibero,—te cojo á tiro, y ahora no te me escapas. Buena la has hecho, y contento tienes al pobre Catalá. No creí nunca que tu ambición te enloqueciera hasta ese punto... Ya sé lo que vas á decirme: que yo, por haber contribuído á corromperte, no tengo derecho á predicarte ahora la moral. Pero no tienes razón, Rafaela: yo te cogí dañada y bien dañada, y traté de que anduvieras todo lo derecha que podías con el daño que tienes. No habrás olvidado cuánto bregué contigo. El día de nuestra separación te dije que... ¿no lo recuerdas?

—Que te dabas de baja como amante, y de alta como inspector mío... así dijiste... pues pensabas vigilarme, no permitir que yo descarrilara...

—Así me lo propuse, pensando en el pobre

D. José. Si yo fuera un egoísta, habría dado media vuelta, diciendo como aquel Rey: «después de mí el diluvio.» Pero no puedo hacer esto; no soy tan malo; y aunque rabies, me constituyo en tu fiscal, en tu juez, y si es menester, en tu verdugo, por mucho que me duela. Con que tú verás, Rafaela. Ya me conoces: soy un pelma terrible.

—Pega todo lo que quieras. He venido al mundo para víctima, y víctima seré siempre, hoy de un marido villano, mañana de otros que no lo son y quieren gobernarme como si lo fueran.

—No debías tener queja de Catalá, Rafaela. Arréglate pacíficamente con él, porque es un hombre de corazón muy bueno. Sabiendo manejarle, harías de él lo que quisieras: Como todos los vehementes, en el fondo es un niño; como todos los que gritan mucho, en el fondo es la misma docilidad. Pero le has irritado, has cogido una tea encendida, y con ella le has chamuscado el corazón. ¡Los celos! ¡qué cosa tan mala! El que debía ser cordero se te hace tigre.

—Estoy divertida, como hay Dios—dijo Rafaela, sacudiéndose con gracia los golpes que recibía,—con estos protectores que me salen ahora. Yo les pregunto qué es lo que me dan,

sepámoslo, á cambio de esta esclavitud en que quieren tenerme. ¿Me han desçasado, para que yo pueda volver á casarme y tener una posición decente? ¿Me han hecho más persona de lo quo yo era? ¿Qué pretenden, que yo les guarde fidelidad y me sacrifique por ellos, sin que de ellos reciba nada de lo que me falta: dignidad, nombre, posición?

—Nosotros no podíamos descasarte. ¿Somos por ventura el Papa? En eso de las posiciones, tú no has pensado bien lo que dices, porque... posición totalmente honrada no puedes tenerla sino resignándote á estar metida entre cuatro paredes haciendo la viuda inconsolable. Al declararte independiente, podías aspirar á lo mejor dentro de las posiciones falsas, á un bien relativo, á una moral de circunstancias. Pues todo eso lo habrías tenido con Catalá, que se ha enamorado de tí como un trovador... Por lo que me ha dicho el pobre, casi llorando, habría llegado hasta la bondad inaudita de casarse contigo, en caso de que enviudaras... Ya ves si esto es bondad, si esto es amor, y amor de los que gastan la venda más espesa.

—¡Casarse conmigo! Si tan largo me lo fías... Mi marido goza de buena salud, según me cuentan; es de familia de vividores, pues su abuelo tiene ochenta y seis años y lee sin ga-

fas, y da paseos de dos leguas; familia de Matusalenes... ¡Vaya un consuelo!

—Confiésame con sinceridad—dijo Ibero un tanto confuso, sin saber en qué terreno ponerse,—que ni á mí ni á Catalá nos has querido con verdadero amor. Confiésamelo; ten franqueza y alma grande para declarar que fué mentira todo lo que á mí y á Manuel nos dijiste...

—Si te empeñas en ello—replicó la *Perita en dulce*, gustosa de mostrar la grandeza de alma que su amigo le recomendaba,—te daré una prueba de rectitud declarando que ni tú ni Manuel han sabido interesar mi corazón. ¿Quieres más franqueza? Pues por mí no queda, Santiago. Sabrás que á uno y otro no los he mirado más que como escalones...

—¡Como escalones...!—repitió Ibero aturdido del golpe, pues la arrogancia calmosa y un tanto cínica de Rafaelita le desconcertó.—No te servíamos más que de peldaños para subir hasta D. Federico Nieto, á quien tu hermana llama *Don Frenético*. Bien. Vale más que te expliques con claridad para saber qué clase de armas debo emplear contigo.

—Y es ridículo, Santiago—prosiguió más altanera y fría Rafaela,—que tú me pidas amor, cuando no me tomabas más que por pasatiempo: me alquilabas, Santiago, no me

hacías tuya. ¿Me explico bien? No podía ser de otro modo, porque el amor verdadero se lo guardabas á la señorita de La Guardia con quien estás en relaciones honradas, y con quien quieres casarte... Hace poco lo he sabido, como sé también que están verdes. Nada me dijiste de estos amores tuyos, tan finos, ¡ay! Y tomándome por *mujer-simón* para una carrera, ó unas horas, pretendías que yo te amase, que me pusiera flaca y ojerosa y lánguida por tí. ¡Pero qué tonto eres, qué cosas tiene mi maestro!

—Si no recuerdo mal—dijo Ibero más desconcertado por la certeza lógica de la que fué su amante,—te manifesté que tenía un compromiso antiguo, serio... Pero Catalá no se encontraba en ese caso: Catalá no estaba ni está ligado á otra mujer por una cadena espiritual, y tenía, por tanto, derecho á tu amor.

—El amor no es cosa que se reclama por derecho. Se inspira sabiéndolo inspirar, se siente cuando se siente; pero no pueden venir alcaldes y alguaciles á decirle á una: «pague usted el amor que debe.» Manuel Catalá será todo lo bueno que tú quieras; pero su carácter violento y sus celos furibundos no son para enamorar á nadie... Luego, hijo mío, si quieres que te lo diga todo, yo... vamos, soy algo ambiciosa...

—El *materialismo* es tu locura y será tu

perdición. ¿Qué entiendes por bienes de la vida? ¿Das este nombre á lo que puede adquirirse con dinero?

—Dime una cosa, Santiago: ¿por qué te has batido tú, por qué has pasado tantas fatigas y trabajos en la guerra? ¿Lo has hecho por quedarte siempre de soldado raso? ¿No soñabas tú con ascensos, con ser lo que eres, más aún, brigadier, general? Claro; ahora que has ascendido dirás que no, que lo hacías todo por la gloria, ¡angelito!

—¿Y qué tiene que ver la carrera militar con esa carrera tuya, despeñadero del vicio? ¿A dónde vas tú? ¿Qué quieres? ¿Riquezas, posición? Aquí no hay eso para las mujeres que se salen del camino derecho. Somos, gracias á Dios, un pueblo muy morigerado, un pueblo virtuoso...

—No era mala virtud la que me predicabas tú cuando...

—No te burles...—gritó Ibero, que enrojecía del calor de la discusión.—Lo que yo afirmo, y no puedes desmentirme, es que aquí no hay posiciones ni riquezas para las mujeres que descarrilan. En Francia sí lo hay; pero esa es una moda que no ha de venir.

—Yo no traigo modas, Santiago, las traéis vosotros, los que hacéis las guerras, los que

hacéis las revoluciones, los que perseguidos emigráis y luego venís diciéndonos que aquí somos salvajes, que no hacemos más que rezar, y que España está infestada de clérigos; tú lo has dicho, tú... y que las mujeres apenas sabemos leer y escribir, y no tenemos el aquel de las extranjeras, ni la coquetería extranjera, ni la finura extranjera... Con que yo no traigo modas, ¿sabes?

—Ni yo. Lo que haré contigo—dijo Ibero, sospechando que Rafaela manifestaba tan sólo la parte menos interesante de su sér, que en su alma había un doble fondo, en el cual no era facil penetrar,—lo que yo haré contigo es cortarte los vuelos, no dejarte correr con la velocidad que quieres tomar.

—¿Y qué harás para cortarme los vuelos?—dijo Rafaela con altanería desdeñosa,—¿amarrarme á Catalá?

—Amarrarte, no: convencerte de que debes ser benigna para él, de que debes limitarte á su amistad, sin buscar otras.

—¿Y si no me dejo convencer?

—En ese caso, emplearé otros medios, pues por el estado en que se encuentra el pobre Manuel preveo una tragedia, y no quiero tragedias en tí ni en tu casa. No lo hago sólo por tí, lo hago principalmente por tu padre.»

Y encrespándose y tomando bríos, como quien siente muy sólido el terreno que pisa, se levantó, y con arrogante ademán continuó el vapuleo: «Que no te escapas, Rafaela, que no tienes salida. Tú á que has de ser mala, y yo á que no. Tú á caminar torcida, y yo á cogerte y á llevarte derechita. ¿No quieres de grado? Pues á la fuerza. Soy muy bruto: tú lo has dicho, y ahora vas á verlo...

—Veamos, pues—dijo la infortunada fingiéndose asustadica.—Lo primero que me manda mi sátrapa es que haga buenas migas con Manuel.

—Que le guardes fidelidad, que seas suya y sólo suya... Después... no, no, antes ó al mismo tiempo, que despidas, quitándole toda esperanza, á ese D. Federico Nieto... Eso has de hacerlo prontito, Rafaela, porque si no, yo, yo me encargo de romperle el espinazo al *Don Frenético*, para que no te trastorne más. Si hay *materialismo* de por medio, y lo habrá, porque ese caballero es rico, no me importa. El y su dinero van rodando... Créelo como te lo digo... Con que ya ves cómo las gasto. Me he propuesto que seas buena, y lo serás, vaya si lo serás. Y para que te convenzas de la energía, de la honradez de mi resolución, te diré que me constituyo en tu hermano. Con el esposo perdido, el padre au-

sente, ¿qué sería de la pobrecita Rafaela si ahora no tuviese el amparo de un hermanote muy bruto, muy leal, muy honrado?... ¡Ay! honrado no fuí, ahora lo soy, y derecha has de andar, mal que te pese, porque yo, con la voz de tu padre y la mía juntas, te digo: «¡Rafaela, cuidado; Rafaela, que soy tu hermano, y como tal te dirijo, te castigo, y si es preciso... te mato!»

—¡Matarme!—exclamó la *Perita en dulce* abstrayéndose, balanceando su pensamiento en vaguedades recónditas, lejanas.—Puede que esa fuera la mejor corrección.

—Lo dicho... Ya me conoces. No gasto palabras ociosas.

—Desde hoy, ten en cuenta que te vigilo, que no darás un paso sin que yo lo sepa... Por mucho que te recates, por grande que sea tu habilidad para escabullirte, no te librarás de mi vigilancia... Mucho ojo, señora Doña Rafaela del Milagro.

—¡Vaya por Dios!... ¡Qué hermanito tan fiero! ¿Y me libraré de la tragedia queriendo á Catalá?

—Queriendo á Catalá, que bien lo merece el pobre; á él solo, solo... Adiós... Ya es hora de comer. Hasta mañana.»

Salió dejándola más meditabunda que asus-

tada, y en el pasillo se encontró á María Luisa, que había oído lo más substancial de la conferencia, agazapadita tras la vidriera de la alcoba, y no quiso dejarle partir sin expresarle su entusiasmo y gratitud por la buena obra. No estimando discreto el hablar del caso donde Rafaela pudiese oirla, se contentó con besar las manos del valiente y generoso amigo de la casa.

XVI

Obediente quizás á estímulos de su conciencia, ó á otros móviles que por el momento nadie conocía, volvió Rafaela á la vida regular, entendiendo por ésta el no excederse demasiado en los desatinos, no dar motivo á los desplantes furiosos de Catalá y suspender las salidas nocturnas.

No pudo gozar todo lo que quisiera el buen Catalá de la dichosa enmienda de su ídolo, porque á consecuencia de los pasados berrinches cayó gravemente enfermo de un ataque á la cabeza, y por poco toma el portante para el otro mundo. Con algo de espontaneidad por su parte, y con no poca docilidad á los mandatos de Ibero, Rafaelita se portó muy bien en aque-

lla ocasión, visitando diariamente á su amigo enfermo, asistiéndole con exquisitos cuidados y consolándole con su presencia. En cuanto al *Don Frenético,* no fué posible espantarle tan pronto como se quisiera. El enamorado petimetre limitábase á obsequiar á su ídolo, no ya con ramos de flores, que no eran admitidos, sino con novelas, mostrando una preferencia de buen gusto por las pocas de Balzac que en aquellos tiempos se habían traducido al castellano. Rafaela no sabía francés; pero *Don Frenético,* galómano furibundo, como recriado en París, había querido iniciar á su amada en el conocimiento y en la admiración del gran pintor de las pasiones, miserias y vanidades humanas. Un día y otro dejó en la casa *Ursula Mirouet, Honorina, El lirio en el valle, La piel de zapa.* Leía María Luisa, tardando algún tiempo en tomar gusto á una literatura en todo diferente de la poesía caballeresca de acá; y después tocaba el turno á Rafaela, que comprendía y apreciaba los profundos análisis de aquel soberano ingenio mejor que su hermana. «Esto es muy filosófico—decía María Luisa,—y no va con nosotras...»

A los entretenimientos que retenían en el hogar á las dos hermanas, se unió bien pronto la faena de ayudar á las de Carrasco en la magna

obra de vestirse á la moderna para presentarse en público como les correspondía. Largos días y semanas largas se emplearon en esto, primero con la elección de modelos y de telas, después con las tareas prolijas del corte y costura. La primera lección que dieron las de Milagro á sus amigas fué la de prescindir de modistas, trayéndose á casa buenas costureras que bajo su dirección trabajasen. María Luisa era maestra en el corte, y Rafaela no tenía rival para el ajuste, combinación de colores, conforme al modelo vigente de la elegancia, ni para la adaptación de cada forma al tipo, talle, estatura y corte de cara de la persona que había que vestir. Poseía el don especialísimo de ver el efecto, y en todo lo que trazaba ponía un sello personal de gracia y tono. Instalado el taller en la casa de Carrasco, allá se pasaban todo el día cortando y cosiendo, con ayuda de buenas oficialas, y no duró menos de un mes la campaña. En las probaturas que se hicieron para cada pieza, resultaban las chicas manchegas completamente transformadas; eran otras, y Doña Leandra creía soñar viendo á sus niñas tan elegantes. Ante el espejo, Eufrasia y Lea reventaban de satisfacción observando que las caras se les ponían más bonitas sin necesidad de afeites, y los cuerpos más esbeltos y airosos por la

virtud de aquellos corsés, que parecían obra de magia.

A cada una de las señoritas de Carrasco se le hicieron dos vestidos de calle, y uno para teatro y sociedad. Para los primeros eligió Rafaela las telas llamadas *bareges* y *popelines*, entonces muy en boga, y resultaron lindísimos, claro el uno, obscurito el otro. En los faralaes dispuso la directora una gran sobriedad; hubo fuerte discusión entre ella y su hermana, y al fin, en la primera prueba, todas le dieron la razón, rindiéndose á su maestría. Los cuerpos ó jubones con el cuello alto, ostentando una imitación de camisa con chorreras, fueron el éxito más brillante de las Milagros. No se verían en Madrid cuerpos tan bonitos. Pero en lo que extremaron su ciencia fué en los vestidos de sociedad, verdaderas obras de arte por la interpretación fiel de la moda, dejando algo á la invención y *fantasía* personal. Eran de lo que llamaban *Pekin glacé*, con rayas arrasadas de colores pálidos y guarnecidos de encajes, canesús de batista bordada con hilo de Escocia, y cuellito fruncido *á la Lucrecia*. ¡Vamos, que el día que los estrenaran darían golpe!

Para Doña Leandra se confeccionaron dos vestimentas, una de calle y otra para teatro, entrambas muy apropiadas á la seriedad y mo-

destia de señora tan respetable. Echaron en el primero no pocas varas de muselina de la India, de color llamado *de escarabajo,* y en el segundo tafetán negro de Italia, que adornaron con plegado de cintas *á la vieille*, todo muy rico, muy bien compuesto, sin extremar el adorno, porque así lo recomendaba de continuo Doña Leandra, que no quería desmentir su nativa sencillez, y hacía un verdadero sacrificio en ponerse aquellos ringorrangos. En las pruebas no disimulaba su mal humor, repitiendo que tales magnificencias no eran para ella; que no se acostumbraría jamás á ir por la calle vestida de señorona, y que ya se sofocaba pensando que la gente se mofaría de su facha. ¡Qué dolor, qué Madrid éste! En los trapos que ella había de lucir, violenta, forzada, vistiéndose de máscara por dar gusto á la familia, se había empleado el valor de seis cochinos, y todo el trapío y galas de las hijas suponían una piara entera, ¡Señor! la más lucida de Peralvillo de Calatrava.

Rematado hasta en sus últimos perfiles el grandioso aparato de los trapitos, lanzáronse todas á la calle, rivalizando en elegancia, pues las Milagros no querían dar su brazo á torcer, y endilgaron sus más lindos trajes y perifollos. Hubo días espléndidos de sol en aquel invierno,

lo que á todas vino muy bien para lucirse: iban al Prado y al Retiro, sin descuidar las visitas de presentación, y al propio tiempo las madrileñas mostraban á las novatas todas las curiosidades de Madrid, no olvidando llevarlas, como había recomendado expresamente desde Ciudad Real el buen D. José, á ver la Historia Natural y Caballerizas. No sólo se iban soltando con este ajetreo social Lea y Eufrasia, adquiriendo modales y la desenvoltura madrileña, sino que en sus cuerpos y rostros se determinó radical mudanza; el encogimiento desapareció al primer revuelo, y nadie diría que habían venido de la dehesa, cogidas con lazo. Desprendiéronse pronto del pelo, por virtud del poder asimilitativo de la mujer y de las lecciones vivas que continuamente recibían de las chicas de Milagro. El éxito coronó la aplicación de las discípulas, así como la dirección de las maestras, pues á las pocas tardes de andar por el Prado y Retiro, ya llevaban tras sí las manchegas una reata de novios, señoritos elegantes que las miraban y las seguían haciendo mil cucamonas.

Doña Leandra, pasados los primeros días, se resistió á los largos paseos, no sólo por cansancio, sino porque la mareaba el gentío, y aumentaban su murria el barullo y regocijo de las tardes de Madrid. Prefería quedarse en casa,

adormecida en triste éxtasis, indelebles memorias del abandonado terruño, ó bien rezando rosarios y pidiendo á Dios que se realizaran las esperanzas que trajo á Madrid toda la familia, pastoreada por Bruno. Ya le daba en la nariz á la buena señora olor de reveses, porque habiendo salido del Ministerio de Hacienda el señor de Gamboa se rompían los asideros de Carrasco en aquella casa; el expediente de Pósitos no acababa de resolverse, y lo de la diputación no se veía claro, á pesar de los lisonjeros vaticinios que mandaba en todas sus cartas el seráfico D. José.

Siempre que el servicio se lo permitía, acompañaba Ibero á las señoras y señoritas en su paseo, pues con Bruno no había que contar: se pasaba la vida en los ministerios y en tertulias políticas de café y redacciones. Algunos amigos de Santiago, paisanos y militares, se agregaban á la feliz cuadrilla, y la charla sabrosa y galante no tenía término. Entre ellos se señaló un teniente coronel, que hacía continuo derroche de finezas sin decidirse por las solteras ni por la casadita, como si fuera su plan tocar todas las teclas á ver cuál le sonaba mejor. Era de cuerpo pequeño, de carácter francote y comunicativo, cetrino de color, escaso de bigote y barba, el habla durísima, gorda,

catalana. Una tarde que iban las manchegas y sus amigas con Ibero por la calle de Alcalá, le encontraron en la *esquina de la calle del Turco;* paróse Santiago al reconocerle, se abrazaron, y al instante hizo la presentación: «Mi amigo muy querido Juan Prim.»

Siguieron todos hacia el Retiro. Prim, que vestía de paisano, contó á Ibero rápidamente sus tribulaciones militares y políticas, y luego pegó la hebra con las damas, que le oían con singular agrado, maravilladas de su simpática franqueza, de sus atrevimientos gallardos, que se acomodaban, como al vaso el líquido, á la ruda lengua catalana. Hallándose María Luisa un poco pesada, próxima ya á meses mayores, solía ir á retaguardia con Ibero y D. Gervasio. En una de éstas, interrogado el Coronel por su amiga, refirió que el tal Prim era un bravo militar que había empezado su carrera de *pesetero* en la guerra de Cataluña, adelantando rápidamente por su valor sereno y su militar instinto en la dirección de tropas. Chico despejadísimo, llegaría á donde llegan pocos; y si por entonces parecía fuera de juego y no tenía mando, no era por falta de méritos, sino por significarse en política más de lo prudente, con ideas harto exaltadas.

«Pues abren ustedes mucho ojo para vigi-

lar á este pájaro—dijo D. Gervasio parándose para acentuar mejor el tono profético.—Yo podría sostener que las ideas del teniente coronel Prim más que exaltadas son jacobinas: me consta que no hace muchas noches pronunció en casa de Pacheco palabras que le valdrían una temporada de castillo si el Duque las supiera. Hay en este mozo algo que contradice las costumbres que observamos diariamente en todo joven que politiquea. Fijémonos bien en esta circunstancia: su amigo de usted profesa ideas que casi, casi tocan en el republicanismo, y no obstante, se junta con retrógrados, y sus principales amigotes son lo más granado de la *moderación*. Le verá usted siempre con Carriquiri, con Salamanca, con Sartorius, y creo que con Fernandito, el hermano del General Córdova. ¿No le sorprende á usted esta contradicción entre las ideas políticas y los gustos sociales?

—Le diré á usted, amigo D. Gervasio—replicó Ibero:—antes que ese contraste, veo yo otro más fundamental en ese bravo chico, y es que siendo de origen muy humilde, no le gusta tratarse más que con aristócratas. Ya ve usted qué bien viste: no hay otro que lleve mejor la ropa, ni quien le iguale en el refinamiento de los gustos; su rumbo, su esplendidez nos harían creer que es noble de nacimiento; sus ideas di-

cen que es hijo de la plebe. Yo le quiero y le admiro.

—Pues á mí me da mala espina... Mi opinión es que se vigile á estos plebeyos que andan demasiado elegantes, y á estos *peseteros* que adquieren costumbres de próceres.

—La contradicción yo no la temo, y hasta la creo natural, D. Gervasio. Todo hombre es una carrera, una vida que viene de un punto y á otro se dirige... Si el hombre no se aleja del punto de partida, ¿en dónde está el progreso, nuestro *Progreso*, que tanto amamos y por el cual hemos dado terribles batallas? En Prim ve usted las ideas avanzadas de origen plebeyo y las aficiones aristocráticas: las primeras son los principios, las segundas son los fines.»

Creyera ó no D. Gervasio paradógica y vana la explicación de Ibero, ello es que no añadió más que lo siguiente: «Estamos perdidos si no se vigila á los exaltados que andan entre obscurantistas. Lo dice un hombre de larga y dolorosa experiencia de las cosas públicas. Si yo tuviera, como usted, mi querido amigo, acceso diario en la casa del señor Duque, le saludaría siempre con estas palabras sibilíticas: *Palo al Jacobinismo, palo al Retroceso.*»

Procuró Ibero quitar importancia á estos vaticinios del funcionario que se pasa la vida tem-

blando por su nómina, y siguieron. A la semana siguiente, agregado también Prim al convoy, halló ocasión de quedarse atrás con su amigo, y le dijo:

«Sé que vas á la parte en los favores de la viudita, y...

—¿Qué viudita? ¿Rafaela?... es casada.

—¡Ah! sí... la casada solitaria, de quien me han contado... ¿Qué? ¿Seré indiscreto?

—Sigue, hombre, sigue.

—Es monísima, y sabe como ninguna hacerse la candorosa. Diríamos que no rompe un plato. ¿Pero es verdad que tú...?

—Sí, hombre, sí. Sigue, ¡ajo!

—Pues me alegro de tu franqueza, porque así puede la mía serte de algún provecho. Al amigo la verdad... Esa... te engaña.

—Sí, hombre, sí. Acaba pronto. ¿Quién...?

—Vas á saberlo. Ayer salíamos de almorzar en casa de Carriquiri, Narciso Ametller, Luis Sartorius y yo... Al volver la esquina de la calle de las Huertas, vimos á tu amiga salir de un coche con Federiquito Nieto, y entrar... ¿sabes ya dónde?

—Basta; no sigas: esta noche la mato.

—Hombre, no es para tanto.

—¿Qué sabes tú?

—Siento...

—No sientas nada... te digo que la mato... Y á ese *Don Frenético*, le pisotearé en medio de la calle, en cuanto le encuentre. Ella me había prometido... No, no fué á mí... no soy yo. Cállate, déjame. Yo sé lo que tengo que hacer.

—Pues Ametller me contó algo más...

—No sigas: estamos llamando la atención. Ya ves: se paran todos esperándonos.

—Creerán que conspiramos. Y si quieres, por mí no ha de quedar. Conspiremos, Ibero.

—¿Ves? Se ríen de nosotros.

—Se reirán de tí...

—Cállate ya... ¿En dónde nos veremos mañana para poder hablar?

—En ninguna parte, porque yo me voy á Tarragona, donde espero salir diputado.

—Bien, hombre, bien... Para tí es el mundo. ¿Y votarás la Regencia una ó trina?

—Creo que con un solo Regente basta y sobra. De lo malo, poco.»

Uniéronse al grupo, y el paseo tuvo su desarrollo natural sin incidente alguno. En torno de las damas revolotearon los pretendientes, derrochando su gárrula estolidez amorosa. Ibero, metido en sí, no cesaba de pensar: «¡Pobre Catalá! Bien le decía yo á María Luisa que estas saliditas de mañana no tenían explicación, y

ella me porfiaba que sí... que iba á la cordonería, al tinte... Enredos... María Luisa tapa. Pues aquí estoy yo para destapar á la tapada y á la tapadera.»

XVII

No tuvo Ibero reposo hasta que vió llegar la mejor coyuntura para interrogar á Rafaela. La increpó con severidad, afeándole su hipocresía y falta de juicio, y ella, negando al principio, balbuciendo luego una tímida confesión, sin descubrir el doble fondo, echó por fin un raudal de lágrimas sobre la disputa. El rígido censor, apiadado, no quiso añadir un martirio más á los que á la pecadora infligía su conciencia, y calló, mandándole que se sosegara. Aquella misma tarde habló á solas con María Luisa, de cuya boca oyó conceptos que cayeron como lluvia glacial sobre su corazón. No esperaba, ciertamente, aquella filosofía de comodín que era al propio tiempo censura y tolerancia de los deslices de Rafaela, ni el desdén con que apreciaba la intervención caballeresca de él en asunto tan grave como el honor de la familia.

«No podemos hacer carrera de ella—decía

María Luisa.—Y lo que siento, amigo Ibero, es que usted se dé tan malos ratos para no conseguir nada... Hablando con franqueza, yo no creo que Rafaela sea un monstruo, ni mucho menos... Los actos de las mujeres no deben juzgarse sin mirar un poco á las circunstancias, y las de mi hermana ya sabe usted cuáles son. Hay que verlo todo, amigo mío, y no ser demasiado severo. Francamente, yo me pongo en el caso de Rafaela... El tal Catalá no es hombre de tantísimo mérito que merezca sacrificios extremados. Si se tratara de usted, ya sería otra cosa...»

Aterrado más que sorprendido, Ibero no supo qué contestar.

«Yo comprendo—prosiguió María Luisa,—que si usted no hubiera rifado con ella, haría muy bien en ponerle el grillete... Tal como están las cosas, no podrá usted enderezar á mi hermana todo lo que deseamos, y de veras lo siento yo; no podrá enderezarla, digo, porque usted la enseñó á torcerse... No es esto censura, líbreme Dios... ojalá durara... es decirle á usted que no se aflija porque sus sermones sean de tan poco efecto...

—Tiene usted razón, María Luisa—dijo Ibero, cayendo de un nido, de las nubes, de más alto aún:—soy un necio, el mayor mentecato

de la orden de diablos predicadores. Usted me abre los ojos... No es sólo Rafaela la que está dañada en esta casa.»

Las señales del grave daño estaban á la vista, pues rodeaban á María Luisa muestrarios de telas, piezas riquísimas de *barege coliana*, de muselina de la India, de tafetán de Italia, y cachemiras, crespones y *popelines* de dobles reflejos. Tantos y tan lucidos trapos se veían allí, que el gabinete parecía un taller de modas de los más elegantes. Ya había notado Ibero que la transformación indumentaria de las manchegas fué para las Milagros como súbito envenenamiento: la elegancia de sus amigas les inoculó el virus del lujo, y éste prendió al instante con aterradora intensidad. La primera envenenada fué Rafaela, que no tardó en comunicar á su hermana el pegajoso mal. Bien pronto invadieron la casa figurines y piezas de tela, mil arrumacos elegantes de seda y encaje, modelos de los abrigos llamados *twines* y *kasadawekas*, que se adornaban con pieles riquísimas, y Rafaela frecuentaba la famosa casa de Madame Petibon, depósito de todas las monerías parisienses de última novedad.

«Aunque tarde—dijo Ibero melancólico, tirando á la indulgencia que un hombre debe á la flaqueza mujeril,—caigo en la realidad, y

veo la ridiculez de mis pretensiones puritanas. ¿Me permite usted, María Luisa, que le hable con la libertad á que tiene derecho un amigo que se despide? Pues si usted no se me enfada, le diré que el dinero enviado por Don José para gastos de ropa (y conozco la cantidad porque ha pasado por mi mano), no basta ni con mucho para ese aluvión de trapos...

—No hay que asustarse, amigo Ibero... Mucho de esto se devuelve; lo hemos traído sólo para verlo...

—Déjeme seguir. Si ustedes pensaban que debían estirar los pies á mayor largo que el de las sábanas, ¿por qué no me pidieron á mí el dinero necesario, como mil veces le he dicho á Rafaela?... No se enfadará usted tampoco si, como leal amigo de D. José, le digo que es un grandísimo peligro esa ostentación... vamos, ese insulto á la medianía de un jefe político que blasona de honrado, y que lo es... lo es.

—Papá nos autoriza para vestirnos decentemente, contando con lo que nos mandará luego. No quiere que hagamos mal papel al lado de las manchegas. Además, diré á usted que á Cavallieri han venido á buscarle para que cante los meses que quedan de temporada en la Cruz; un contrato ventajosísimo, amigo Don Santiago. El público no está contento de Reguer, y

Becerra se ha puesto ronco. Tendrá usted á mi marido de primer bajo, con obligación de cantar *Chiara di Rosemberg*, *Marino Faliero, Il Conte Ory*, del gran Rossini, y la ópera que ha escrito nuestro celebrado Saldoni, *Cleonice, Regina di Siria.*

—Lo celebro infinito. Iré á dar mi aplauso al amigo Cavallieri, y á admirarlas á ustedes en su palco de la Cruz. No se ofenda por lo que he dicho, ni aquí hay nada que censurar, como no sea mi conducta: me daría de bofetadas... tal rabia me tengo, puede usted creerlo... por meterme yo en donde no me llaman. Todo lo que dije de querer ser su hermano, y de guiarlas y protegerlas, como tal, contra los infinitos riesgos de este Madrid diabólico, no es más que un quijotismo que, ya lo ve usted, viene á parar en lo que para siempre el meterse á pelear con aspas de molino. Aquí me tiene usted caído y con los huesos quebrantados; pero aprovecho la lección, vaya si la aprovecho, ¡canastos! No volveré, no, á romper lanzas por el honor de nadie, ni á enderezar mujeres que quieren torcerse. Hermoso me parecía lo de ser hermano de estas pobrecitas, y ello me servía como de un buen descargo de mi conciencia; pero ya veo que el oficio de hermano postizo tiene sus quiebras, y... dimito el cargo.

—Siempre será usted un buen amigo nuestro, por más que no quiera—dijo María Luisa, un poco asustada de verle con tal impresión de tristeza y desaliento.—Diríjanos y aconséjenos todo lo que guste, que bien sabe Dios cuánto hemos de agradecérselo. Lo único que le pido es que no sea demasiado regañón con nosotras, vamos, que no nos grite ni ponga los ojos fieros, porque me asusto... crea que me asusto... y como entro ya en meses mayores, cualquier sobresalto repentino podría... ya sabe...

—Esté usted tranquila, que por culpa mía no ha de fracasar la criatura. Le deseo un felicísimo alumbramiento, y á Cavallieri ovaciones sin fin. Con que... á ver si acaban ustedes todo el traperío, para que se pongan bien guapas, y tiemble Madrid.

—¡Burlón, mala persona!

—Adiós, amiga mía. Adiós.»

Se fué, no ya triste, sino consternado, pues era hombre á quien afectaban hondamente las rupturas ó interrupciones de amistad, de cualquier orden que fuesen. Aquel mismo día visitó al pobre Catalá, y le halló tan tranquilo, tan confiado, que habría sido, no sólo impertinente, sino criminal, turbar su almo reposo. Por todo ello, se confirmaba en su propósito de abandonar definitivamente la redención de pe-

cadores, obra que á Dios pertenecía, no á los hombres, y menos aún á los que se hallan distantes de la perfección. «Hagamos todo el bien que podamos—se decía;—pero dejando siempre á un lado los trastos de redimir.»

En los siguientes días, atraída su alma solitaria con nueva fuerza desde La Guardia, fué á ver á Doña Jacinta y después al Duque, con la pretensión de que, si no le trasladaban al Norte, como era su deseo, se le diera al menos una licencia de un mes, de dos semanas. Don Baldomero, meditabundo, mas como nunca benévolo, le dijo: «Ten paciencia, Santiago. Ahora no puede ser. En cuanto se reúnan las Cortes y éstas elijan la Regencia, podrás ir á donde quieras.»

Por algo que dejó escapar la suma discreción de Espartero, por lo que poco antes le había dicho la Duquesa, y por lo que oyó después en la Secretaría, entendió Ibero que el Gobierno olfateaba conspiraciones. Síntomas de displicencia apuntaban en ciertos círculos, resto nefando de las antiguas logias; cuchicheos misteriosos sonaban en los cuarteles. El *retroceso*, abrazando con sentimental quijotismo la causa de Cristina, y declarándola víctima inocente de una intriga brutal, se apiñaba para adquirir una fuerza de que carecía. Los modera-

dos elegantes y ricachones usaban del resorte social de las suntuosas comidas para producir la agrupación lenta de adeptos, para definir y caldear las ideas que, por el pronto, sólo se expresaban en forma de chistes y agudezas contra el Duque, su familia y adláteres. Figuras importantes del Ejército iban marcando su actitud *paladinesca* en favor de la ilustre proscripta, que recibía corte de descontentos en su residencia de la Malmaison, comprada á los herederos de Josefina. No era sólo Belascoain el que cerdeaba. Manuel de la Concha tenía muy arrugado el entrecejo, y su hermano Pepe, amigo de Espartero y á punto de emparentar con él, no podía vencer la sugestiva atracción de su hermano; de Juanito Pezuela nada podía asegurarse; O'Donnell era declarado cristino; mas su fría cara irlandesa no revelaba sus intenciones. Seguros eran Seoane, que mandaba en Valencia; Van-Halen, en Cataluña; Ribero, en Navarra. En cuanto á la Milicia Nacional, se creía en su fidelidad como en Dios, viéndola cada día más firme en su liberalismo chillón, ardoroso, pintoresco.

Dos días después de la visita á Espartero hizo otra á Linaje, que le retuvo más de una hora, encareciéndole la necesidad de vigilar con cien ojos y de aplicar el oído á las conver-

saciones de la oficialidad, siquiera fuesen de las más íntimas. Se habían emprendido trabajos en algunos cuerpos por el sistema llamado del *triángulo*, y no eran pocos los jefes y oficiales que andaban en estos enredos. Urgía conocerles y desenmascararles antes que las cosas fuesen á mayores. Por lo demás, no se temía nada serio, y la popularidad y buen crédito del Duque garantizaban una paz durable... Con todo se mostró conforme Ibero, y prometiendo ser un Argos de buen oído, y no perdonar medio alguno, por duro que fuese, para imponer castigo á los que se salieran de la estricta disciplina, se despidió del famoso secretario del Duque, creyéndole atormentado por pesadillas horrendas, á no ser que inventara las conspiraciones para dar á sus servicios un valor que fuera del terreno policiaco no podían tener.

Recibió en aquellos días Ibero una carta de Navarridas muy grata y consoladora. ¡Cuánto habría dado el hombre por poder llegarse allá y recrear sus ojos en la contemplación del dulce objeto de su amor fino, y hablar con Gracia, con la sin par Demetria y con Navarridas de proyectos felices cuya realización no debía de estar lejana! Pero ¡ay! vana ilusión, sueño de esclavo era pensar en esto. Viéndose tan sin libertad privada por servir á la pública, fué

acometido de un tedio sombrío, con desvío de la sociedad y repugnancia del trato de gentes; se pasaba en su casa largas horas leyendo novelas, sin distinguir de géneros y estilos, devorándolas todas con igual atención; y en medio de aquel fárrago pasaron también las de Balzac que semanas antes le había dado María Luisa, y procedían de la mano dadivosa de *Don Frenético*. Volvieron á despuntar en su mente los delirios supersticiosos que le habían trastornado en Valencia, y por las noches cuálquier sombrajo en la habitación obscura ó en la calle tomaba forma de animado sér para significarle sucesos terroríficos. Una mañana fué á coger su bastón del sitio donde comunmente lo ponía, y el bastón cayó al suelo, y al bajarse para recogerlo movió con el hombro un colgadero portátil de ropa, que vino á desplomarse sobre la mesa. En ésta había un plato (del servicio de chocolate), que al golpe se rompió por la mitad, mostrando en uno de los pedazos rotos el perfil perfectísimo de una cara burlona, la cual cobró vida y voz en el instante de la rotura, y así le dijo: «Teme á los traidores.»

XVIII

A los traidores ya les temía y execraba, sin necesidad de que el maligno ente se lo advirtiera. Lo que hacía falta era descubrirles y saber por dónde andában, para meterles mano y hacer en ellos un cruel escarmiento. Coincidieron estas travesuras de la imaginación con un soplo que en aquellos días le dió el Mayor del segundo batallón de su regimiento, D. Gabriel O'Daly. Mandaba la primera compañía del mismo un capitán llamado Vallabriga, tildado de inquieto y sospechoso. Según O'Daly, hombre de carácter muy serio y de bien probada veracidad, Vallabriga andaba en malos pasos y en peores trotes. No era difícil comprobar que había leído proclamas clandestinas á varios sargentos de su compañía; se supo que frecuentaba una reunión nocturna de *jovellanistas* en una de las calles jorobadas y tortuosas que caen detrás de Buenavista, no lejos de las Salesas, conciliábulo á que concurrían otros militares de distintos cuerpos. Con éstos nada tenía que ver D. Santiago; pero como descubriera y evidenciara al traidor de su regi-

miento, sorprendiéndole *con el puñal levantado sobre el corazón de la patria,* no se contentaría con menos que con atravesarle de una estocada sin más dimes ni diretes, ni sumaria ni consejo de guerra. Nunca le había gustado el tal Vallabriga, que componía versos de moros y cristianos, blasonaba de ideas estrambóticas, y solía concurrir á las tertulias de café peor reputadas. Hizo propósito de seguirle la pista y de echarle la zarpa, sin dar cuenta á nadie de su cacería, ni valerse de persona alguna militar ni civil.

Pero estaba de Dios que en aquellos días su alterada mente no tuviera reposo, porque tras una impresión desagradable venía otra de un orden distinto, y el hombre no ganaba para disgustos. Hallábase una tarde en el cuarto de banderas, durante el acto de pasar lista, tocando la música en el patio, cuando entró Catalá demudado y trémulo, y con balbuciente voz le dijo: «La mato, Santiago, la mato, la degüello... Ahora no la salva ni el *Sursum corda.*»

A las preguntas de Ibero no respondía sino con expresiones desconcertadas y delirantes, acariciando una pistola que llevaba en el bolsillo interior de la levita. «¿Sabes tú dónde podré encontrarla?... Porque en su casa no está... ¡Cuatro noches pasadas fuera! Es un demonio,

es la mentira, la traición. De hoy no pasa que le meta una bala en el cráneo... No me mato yo... yo no...»

Y diciéndolo salió disparado sin oir las exhortaciones de su amigo, que á la moderación le incitaba. No se sentía Ibero con ganas de tomar en la cuita del comandante un papel activo: bastaba con tenerle lástima y con desear que las cosas se arreglaran por buenas, sin catástrofe. Desde que renunció al desairado papel de paladín de la honra Milagrera, sus comunicaciones con las graciosas hermanas eran casi nulas. Supo que María Luisa había dado á luz con toda felicidad un niño que se parecía mucho á Cavallieri, y se enteró de que á éste le habían dado una grita fenomenal en la Cruz, cantando *Le Prigioni d'Edimburgo*, de Ricci, con la Mazarelli, la Lombía y Ojeda, y que á consecuencia de este desastre enmudeció en los teatros la espléndida voz de bajo para tronar de nuevo en los responsos y funerales. De Rafaela no supo más sino que la habían visto sola, por la calle de Alcalá abajo, luciendo un *twine* de todo lujo, guarnecido de pieles, y que en el teatro del Circo había llamado la atención en un palco, con elegantísimo vestido, en compañía de las manchegas. Las relaciones de Ibero con Catalá no eran ya muy íntimas. Como el pobre comandan-

te no acababa de restablecerse del mal de su desconcertada cabeza, Santiago influyó para que se le retirase del servicio activo, y á sus instancias le colocó Linaje en la Secretaría del Montepío Militar.

La tarde en que se presentó Catalá en el cuarto de Banderas de *Saboya* con aquel rapto de ira, no pudo Santiago ir en su seguimiento para impedir una barbarie, porque había recibido invitación para comer con los señores Duques, y el meterse á componedor habría comprometido su puntualidad. Por la noche, en el café de Pombo, supo que no había ocurrido tragedia clásica ni romántica, porque los compañeros de oficina de Catalá habían recogido á éste, llevándosele á su casa y quitándole las pistolas y todo instrumento que pudiera ocasionar muerte. Mas no pudiendo permanecer de guardia indefinidamente en su alcoba, temían la repetición del acceso de furia, el cual no era un fenómeno morboso, sino arrechucho normal producido por discordias terribles con su amada infiel.

A los tres días de esto, el 19 de Marzo, se abrieron las Cortes, y ya no se hablaba en Madrid más que de la elección de Regencia, y de si ésta sería una, trina ó cuaternaria. Muchos amigos tenía Ibero en el Parlamento que ha-

bía de resolver cuestión tan peliaguda. Triunfaron Prim y Olózaga; elegidos fueron también González Brabo, Ametller y Posada Herrera. En cambio, el pobrecito D. Bruno Carrasco había sufrido una derrota ignominiosa, á pesar de *tener el padre alcalde;* y el bonísimo D. José del Milagro, á quien el fracaso produjo terribles amarguras, fué acusado por los amigos de no entender la mécánica electoral, de haber conducido á las urnas el rebaño votante con el modo y pasos de la más candorosa legalidad y de una corrección infantil. Por no parecerse á los moderados, había dejado indefensa la candidatura del amigo, y él quedaba como un modelo de la probidad más imbécil. Tal era el criterio de la llamada razón política, enteramente reñido *et nunc et semper* con toda idea moral.

Ya se aproximaba la elección de Regente, cuando Ibero, libre de todo compromiso social y militar, escogió una destemplada noche de Marzo para lanzarse al ojeo de aquel indigno Vallabriga, que era el oprobio de la brillante oficialidad de *Saboya*. Un dato de la policía, transmitido por O'Daly, le dió á conocer que la junta secreta de jacobinos y moderados (¡nefando amasijo!), á que concurría el pérfido capitán, se había trasladado á una de las calles próximas á la Plazuela de Afligidos, entre el

cuartel de Guardias y la Cara de Dios. Allá se fué el hombre, en traje de paisano y trazas de cesante, bien embozado en su pañosa, y con un sombrero del año 23 que completaba el disfraz de un modo perfecto. Calles arriba, calles abajo, midió todo el barrio durante dos lentas horas, sin descubrir rastro ni sombra de lo que perseguía; y cansado ya de su inútil acecho, se retiraba por la calle del Limón, cuando vió salir de un portal tenebroso á una mujer, cuyos andares y figura le revelaron persona conocida, sin poder discernir quién era, pues iba bien entapujada con manto negro y cuidadosa de no dejarse ver la cara. El corazón, más que los ojos, fué quien le dijo á Ibero: «O yo veo visiones, ó ésta es Rafaela.» La siguió á distancia. Avivaba ella el pasito como si hubiera notado la persecución; al llegar á lo alto de la calle torció á la izquierda por un solar vacío, y tomó la calle de Amaniel; acortó Ibero la distancia, y observando mejor á la luz de los reverberos, se confirmó más en su sospecha. Entró luego la tapada en la calle de San Hermenegildo, lóbrega, solitaria, de aspecto mísero, y el galán tras ella. La macilenta luz de los escasos faroles apenas permitió al ojeador distinguir el bulto, que no ya de prisa, sino á la carrera, por la calle avanzaba. De pronto se filtró en un

portal. Reconoció Santiago la casa donde había desaparecido la mujer, y observó que no era de mal aspecto; la mejor de la calle sin duda. Una luz pitañosa, semejante á la mirada de un ojo enfermo, brillaba en lo más hondo del portal larguísimo y angosto.

Hasta aquí la aventura era por demás insípida, pues aun suponiendo que la hembra escurridiza fuese Rafaela, ¿qué interés podían tener ya para Ibero los pasos rectos ó torcidos de la que fué su amante? Pensó retirarse, y una fuerza íntima, nacida de su suspicacia y de su curiosidad juntamente, le retuvo. «Me da el corazón—se dijo,—que aún he visto poco, y que debo quedarme aquí para ver más.»

Aunque comunmente no era hombre para largos plantones, determinó hacer aquella noche pruebas de paciencia, y buscando el sitio más adecuado para garita, dió con un cerrado portal, que parecía un nicho, en uno de los trozos más obscuros de la calle, en la acera opuesta á la de la casa misteriosa, y á una distancia tal de ésta, que no era difícil observar quién entraba y salía. Porque en la tal casa había de ocurrir algo extraordinario; á Ibero se lo dijo la singular fisonomía que resultaba de la disposición de sus huecos; se lo dijo la ordenada fila de las tres repisas de balcones, la combi-

nación de pintura roja imitando ladrillo, y de pintura blanca imitando piedra; dijóselo también una ventana figurada, y, por último, se lo confirmó un letrero pendiente entre las dos rejas del piso bajo. Pudo leer el primer renglón, *Imprenta*, y el *de* que había más abajo; pero el nombre expresado en la tercera línea no era legible, ni hacía falta por el momento.

No habían pasado quince minutos de plantón, cuando Ibero vió salir á dos hombres, embozados en luengas capas. Tiraron hacia la calle de San Bernardo. Parecían señores. Diez minutos después salió uno solo, enfundado en un gabán con alzacuello altísimo. Aquél sí era señor efectivo. Le vió Ibero pasar cerca, porque tiró hacia la calle de Amaniel. No pudo ver su cara; no le conocía por el cuerpo y andadura. De pronto, el tal sujeto retrocedió como azorado, vaciló un instante, y al fin salió por pies, hacia la calle Ancha con no poca prisa. Antes de perderle de vista, vió salir á otro, y luego á dos... «¿Pero qué jubileo es éste? Aquí hay una guarida de conspiradores —pensó, dejando caer el embozo.—Vamos, no aguanto más. Me pondré en la misma puerta, y si sale *mi traidor*, el *Judas de Saboya*, no le dejaré hueso sano...» Con paso resuelto avanzó hacia la casa, y al aproximarse al portal, casi estuvo á punto de

chocar con dos bultos que salían... un hombre y una mujer. Esta era Rafaela: la vió cara á cara; no podía dudar de lo que veía. Y como en aquel súbito encuentro, obra de un instante, aplicara toda su atención á la hembra, no pudo distinguir bien la persona del hombre, que al verse sorprendido se embozó hasta la nariz. No obstante, en rápida visión, que Ibero pudo comparar á la fugaz claridad del relámpago, se le manifestó un semblante hermoso, un bigote rubio... nada más. Quedó en su retina la vaga impresión de un rostro conocido; mas ni en aquel instante ni en los que sucedieron al encuentro, pudo discernir quién era.

Avanzó la pareja por la calle adelante, hacia la de San Bernardo, y á distancia les siguió Ibero. Iban hombre y mujer muy pegaditos, hablando en intimidad confianzuda. Al pie de la mole churrigueresca de Montserrat se pararon un rato; el desconocido parecía reñir amorosamente á Rafaela. Siguieron, y en otra parada comprendió Santiago lo que podría llamarse el sentido escénico de aquel coloquio. Sin oir nada, pues la distancia no lo permitía, pudo, con la sola observación de la pantomima de ambos, comprender que el galán la incitaba á que se separaran. No convenía, por éstas ó las otras razones, que fuesen juntos. Ella se obstinaba

en acompañarle; él en que no. Hubo sin duda transacción entre las opuestas voluntades, porque siguieron hasta el Noviciado. En una nueva paradita, reparó Ibero que la Milagro lloraba, llevándose el pañuelo á los ojos, y que el caballero le apretaba las manos. Pareció indicarle que se retirara por la calle de los Reyes al punto que debía de ser su residencia eventual. Ella se resistía; cedió al fin ante exhortaciones ó mandatos impuestos con voluntad firme... La despedida fué tierna, penosa, lenta: se apartaban y volvían á reunirse, siendo ella la que tras él corría, como desconsolada de verle partir... Esto fué obra de un minuto, quizás de dos, y por fin el hombre arrancó presuroso calle abajo, y la sombra de ella se desvaneció en la travesía más próxima.

Dudó un instante Ibero... ¿Á cuál de los dos seguiría? El primer impulso fué dar caza á Rafaela; pero de pronto una sospecha vivísima le indujo á la determinación contraria: seguir al hombre. Creyó haber encontrado en sus recuerdos la clave del enigma de aquel rostro, visto en un relámpago, y quería comprobarlo con nueva observación. El hombre iba de prisa por la acera del Noviciado, Ibero por la opuesta, avivando el paso con intento de tomarle la vuelta y mirarle de frente. Pero cuando ya el

desconocido iba cerca del Rosario, vió pasar un simón: lo tomó precipitadamente y metióse en él, dando al cochero la orden desde dentro. Santiago, que se aproximó cuando el caballero cerraba con violencia la portezuela, no pudo ver lo que deseaba. Fué luego en seguimiento de Rafaela; mas ya era tarde. Ni aun pudo determinar la casa de que la vió salir, en la mísera y tenebrosa calle del Limón.

XIX

Al día siguiente visitaron los corchetes la casa de la calle de San Hermenegildo, en cuyo piso bajo estaba la imprenta de Minutria; mas no se encontró nada que transcendiese á conspiración. En el principal había un colegio de niñas, y los vecinos del sotabanco eran vendedores ambulantes, un cochero y dos limpiabotas. En la imprenta se había tirado *El Eco de Comercio,* después *El Huracán*, y á la sazón se imprimían dos papeles, cuyo ministerialismo no podía ponerse en duda; el dueño de ella era miliciano nacional, considerado en el cuerpo como de intachable adhesión al Duque.

Pensó Ibero, como síntesis de sus cavilacio-

nes de aquella noche y del siguiente día, que no cuadraban al decoro de su posición militar las correrías y acechos de polizonte, desfigurando su persona; y creyendo haber descubierto un rastro de criminales *liberticidas*, se propuso seguirlo, mas no con tapujo, sino á cara descubierta, de uniforme y á plena luz. Comenzó por la tarde sus indagaciones en la calle que fué principio de su aventura, y tan propicia le fué la suerte, que á primera hora de la noche ya conocía el escondrijo de Rafaela, el cual resultó ser la vivienda de una planchadora llamada Encarnación, nodriza que fué del chiquillo mayor de Milagro. Comió el Coronel á la francesa, con unos amigos, en el próximo cuartel de Guardias, y á punto de las ocho se personó en la casa, presumiendo, como en efecto sucedió, que al preguntar por la extraviada la negarían. «¿Cómo se entiende? Sé que vive aquí; sé también que está en casa—dijo en tono que no admitía réplica,—y si se obstinan en negarla, ya veré yo la manera de despabilar á los que ocultan la verdad.» Diciéndolo, empujaba suavemente á la mujer que abrió la puerta, y sin reparo alguno se colaba por un pasillo, á cuyo extremo compareció un hombre corpulento, en mangas de camisa, al modo de tapón para cerrar el paso. Antes que el tal formulase

una protesta, le echó mano al cuello D. Santiago, diciéndole: «Que salga pronto Rafaela, ¡ajo!; y renuncien á ocultarla si no quieren ir á la cárcel todos los inquilinos, empezando por usted y concluyendo por el gato.»

El gato apareció detrás del dueño, mirando receloso al intruso; dos chicos tiznados salieron detrás del gato, haciendo pucheros; se persignaba la mujer, rezongaba el hombre, escupiendo palabras descorteses; y en esto se abrió una puerta vidriera al opuesto extremo del largo pasillo, y la turbada voz de Rafaela dijo claramente: «Sí, sí, Santiago, aquí estoy. Puedes pasar.

—¡A mí con estas bromas de negarte! Ya comprenderás que vengo como amigo, y que no te causaré ningún daño...»

Entrando en la sala con esta breve insinuación, y posesionándose de la primera silla que se le vino á mano, invitó á la Milagro á sentarse. Alumbraba la estancia un quinqué bastante avaro de claridad, con pantalla de cartón, puesto sobre una cómoda, y en todos los muebles se veían prendas de vestir, esparcidas con desorden, ropa blanca recién planchada, zapatos y ligas. Rafaela, envuelta en un mantón, despeinada, los pies metidos en pantuflas turquescas de tafilete amarillo bordado de plata, se

acomodó en un sillón frente á Ibero, mediando entre los dos un brasero sin lumbre. Parecía enferma ó profundamente atribulada, y en su bello rostro, que nunca fué romántico, se advertían las transparencias opalinas y el nácar violáceo de las penas hondas y del llorar frecuente.

«Qué te pasa, mujer?—dijo Ibero compadecido de veras.—¿Se te ha muerto alguna persona querida? Es la primera vez que veo en tí un dolor vivo, y esto, dejando á un lado nuestra discordia, no puede serme indiferente. Acaba de suspirar y cuéntame...

—Soy muy desgraciada—fué lo único que respondió.—Si con esto no te basta, peor para tí, pues poco más podré decirte.

—No creas que voy á mortificarte con interrogaciones, aunque el caso de anoche las justificaría—dijo Ibero.—Pero algo tendrás que decirme... No; no te asustes antes de tiempo.»

En aquel punto, juzgó Santiago que sería muy estratégico no atacar de frente la cuestión que bien podría llamarse política. Para obtener claro informe acerca de los visitantes de la casa misteriosa, convenía figurar que esto no interesaba, desviando las indagaciones hacia otro objeto, y suponiendo en este objeto convencional un interés que no existía. Embistió,

pues, por el lado de las liviandades y de los desvaríos amorosos, hablando de Catalá, de su estado de furor, y de los accidentes graves que podrían sobrevenir si Rafaela no ponía fin á sus locuras.

«¿Pero no habíamos quedado—dijo ella,—en que ya no éramos hermanos, y en que no te importaba lo que yo hiciese ó dejara de hacer? Son cosas mías, Santiago, cosas malas si quieres, pero mías, y lo que es mío no es de los demás.

—Perfectamente; pero las cosas tuyas afectan á otras personas, á muchas personas, Rafaela... ¡Quién sabe si también á mí!

—¿A tí?

—Tus *cosas*, como dices, van tomando tal carácter de gravedad, que será difícil ya que tu padre deje de tener conocimiento de ellas. Tu hermana misma, á quien yo ví tan dañada como lo estás tú, y que ha contribuído á lanzarte por el mal camino, ya se asusta de su complicidad... Hasta los pequeños, Rafaela, hasta tus hermanitos sienten ó adivinan que hay en tí algo que no es honroso para la familia, y van aprendiendo á pronunciar tu nombre con miedo, con vergüenza. ¿Esto no te dice nada?

—Eso me dice algo, me dice mucho, Santiago—contestó Rafaela, la voz cortada por la

emoción;—y si te aseguro que ahora me encuentro verdaderamente arrepentida, oirás una verdad como un templo... y no la creerás. Pues tienes que creerla, tienès que creerla.

—¡Si supieras, amiga mía—dijo Santiago dando un gran suspiro,—cuánto me gusta creer en el arrepentimiento de las personas que han hecho algún mal! Pero en este caso, para que yo vea clara tu enmienda, es preciso que conozca el estado de tu ánimo, tus pensamientos todos y los motivos de tu pena. Que la cosa es grave lo veo en el desorden de tu vida, en tu cara demudada, en tu llanto, en este encierro, en ese acento tuyo tan distinto de lo común en tí, que parece otra la que habla. Para que tu carácter se me presente cambiado, lo ocurrido en tí debe de haber sido, más que un suceso, una revolución. Cuéntame esa revolución, y sólo el contármela te aliviará de tu pena.»

Le oía Rafaela sin mirarle, inclinado el rostro sobre el pecho.

«Apostaría yo—dijo Ibero después de una pausa en que se cansó de esperar respuesta,—á que el origen de tus desgracias no es otro que el infame *materialismo*. ¿Dices que no? ¿Por qué niegas con la cabeza? ¿Te has quedado muda?

—No es la ambición, Santiago; te digo que no es la ambición.

—En los días en que yo pude enterarme de lo que hacías, te ví menospreciando la medianía decorosa por buscar la amistad de personas que no tenían otros atractivos que su dinero.

—Una vez en el mal camino—dijo Rafaela con una sequedad que contrastaba con su pena, —me parecía una simpleza perderme sin gracia... Para pobreza ya tenía la de la honradez... ¡Perdición pobre...! es como ahogarse en un mar hediondo.

—La pobreza y las privaciones son cosa mala, es cierto... Pero podías haberte limitado á una situación media...

—Me entró la locura de las cosas grandes, y no podía contenerme. Quizás no comprendan esto los hombres que pueden satisfacer sus vanidades de mil modos, con los títulos, con los galones, con la gloria, qué sé yo. Nosotras no tenemos más que un medio de satisfacer el orgullo... Por eso yo decía: «Ya que no tengo nada de lo bueno, Señor, tenga de lo malo lo más bonito.»

—Y tu hermana, que al principio te contuvo, viéndote después por el camino de las conquistas lucrativas, te jaleaba para que siguieras.

—María Luisa es más ambiciosa que yo, y

también más cobarde. Tiene, para mantenerse honrada, motivos que yo no tengo: es casada de hecho y madre de un niño. Para ella ha sido muy cómodo que yo peque. De este modo resalta más su virtud, y como nos queremos y siempre hemos partido lo que teníamos, no sale mal librada... sin pecar por supuesto.»

El terrible juicio que en pocas y secas palabras hizo la dolorida de las relaciones morales entre las dos hermanas, causó al Coronel verdadero terror. Quedóse un largo rato absorto, contemplando aquel cuadro siniestro en que la virtud y la maldad comían en el mismo plato.

«De todo lo que me cuentas—dijo saliendo al fin de su meditación,—resulta que tu hermana y tú no tenéis idea ninguna de la verdadera decencia; resulta también que tú, Rafaela, eres una preciosa muñeca que habla y ríe por mecanismos naturales; pero que no piensa ni siente; no conoces la fe, ni el amor, ni ningún sentimiento grande. Si algún mérito hay en tí es la sinceridad; pero esta virtud no compensa, no, la falta de tantas otras. El día que nos separamos me dijiste que eras incapaz de amar, que...

—Que no comprendía el amor, ya me acuerdo. ¿Y á eso llamas sinceridad? Nunca he di-

cho una mentira tan atroz. Como nos despedíamos, y no te había engañado nunca, quise echar sobre tí de una vez el engaño mayor del mundo, para que te fueras con todos los sacramentos, bien engañadito, sin entenderme ni tanto así, sin conocer á la mujer que habías tenido, sin poseer de ella lo que más vale, que es el corazón... En esto que te digo ahora sí hay sinceridad, y lo aseguro, aunque te duela.

—Si crees que esa franqueza tuya, tardía, me mortifica, estás muy equivocada, Rafaela—dijo Santiago haciéndose el valiente.—Más te quiero sincera y leal que engañosa... por más que me lastime un poco el no haberte conocido cuando debí conocerte, y el descubrirte ahora, cuando la verdad de tu mentira, como dijo el otro, no debiera importarme...»

Siguió á esto un largo silencio. Las aficiones policiacas contraídas en una noche habían despertado en Ibero curiosidades impertinentes; no pudo contener su avidez de examinar los objetos que le rodeaban, y dirigiéndose á la cómoda miró dos ó tres libros, un retrato de señora colgado de la pared y un papel á medio escribir, que resultó apunte de ropa, hecho por mano para él desconocida. Ni esto, ni los grabados de periódico, adheridos con obleas á la pared blanca, eran materia sospechosa en la

que pudiera encontrarse relación con los preparativos de un pronunciamiento militar.

«Lo que me has contado me hace el efecto de ver entrar la luz en un cuarto obscuro. El cuarto obscuro eres tú, y el que á ciegas estuvo en él, dándose trompicones contra las paredes, era yo... Enciendes tú la luz, y ahora te veo. Me alegro de conocerte. Resulta que la que yo tuve por muñeca, linda figura rellena de serrín, es mujer, con todo su relleno interior de sentimientos elevados... Tienes corazón... ¡vaya! me alegro... Sabes lo que es amor, eres capaz de amar... digo que me alegro y te felicito. Ya veo claro que tu desgracia viene de... de eso, del amor. Y ahora, completa tu confesión, declarándome... porque aquí encaja la cuestión magna, Rafaela: *¿quién es él?*... ¿Te cuesta confesarlo? Pues yo te ayudaré, yo digo: «la que para mí y para todo el mundo ha sido muñeca, mujer ha sido para uno solo, y este *uno* es el caballero de anoche.»

XX

«Para el caballero de anoche... ¿Acierto? Respóndeme.

—Es verdad lo que dices. No puedo negártelo.

—Pues ahora... has de decirme quién es.

—Te cuento el milagro, el santo no.

—¿No me darás siquiera alguna explicación para que pueda yo formar juicio...? ¿Es pasión antigua?

—Sí.

—¿Anterior á tu casamiento?

—No: después...

—¿Y es el único amor de tu vida?... el único verdadero y desinteresado, quiero decir.

—El único...

—¿Por qué lo tenías tan oculto? ¿Cómo llegó á tanto tu disimulo de esa pasión, que te formaste un carácter artificial para desorientar á cuantos te conocíamos?

—Lo guardaba porque era verdadero, porque era lo único bueno que yo conocía... Lo tenía bien guardadito en mi sagrario, sin que nadie lo viera, y á solas lo adoraba.»

Daba Rafaela estas respuestas sin mirar á su confesor, inclinada hacia adelante, con las manos ante la boca, soltando las palabras por entre los dedos, como si éstos fuesen la reja del confesionario.

«Muy bien—dijo Ibero, abrasado de curiosidad.—No me conformo, amiga querida, con que cuentes el milagro sin nombrar el santo. Necesito conocer á éste; dime pronto su nombre.

—Eso sí que no puede ser.

—No hay excusa. Si no me dices el nombre, la confesión no vale.

—La confesión vale sin el nombre. Ningún confesor pregunta nombres, Santiago.

—Pues yo los pregunto, porque no soy un confesor como otro cualquiera; soy un amigo.

—Los buenos amigos deben ser discretos.

—Dímelo, por Dios... te lo suplico.

—Imposible... no insistas.

—Pues necesito saberlo—dijo Ibero alzando la voz.—Es conveniente que lo sepa. Rafaela, no me obligues á tratarte con dureza.

—Con amenazas conseguirás lo mismo que sin ellas, pues aunque yo viera la muerte sobre mí, y aunque de contestar yo á tu pregunta dependiera mi vida, respondería lo que has oído ya. No puedo decirte más.»

Tenacidad tan formidable reveló la pobre

mujer en esta declaración, que Ibero retrocedió dolorido y algo colérico. No esperaba tal entereza; y como á terco no le ganaba nadie, hizo mental juramento de no salir de allí sin domar la fierecilla. No habiéndole resultado eficaz la investigación directa, acordó emplear la parabólica, con rodeos y hábiles artificios de palabra. «Ya que no me digas el nombre, dame al menos alguna referencia de tus relaciones con ese sujeto, para que yo conozca la extensión de tu desgracia y pueda aconsejarte los mejores remedios. Quedamos en que le conociste después de casada... ¿Fué antes de separarte de tu marido?

—Antes.

—Corriente... Le conociste y te agradó... Sin duda es persona de superiores atractivos... aunque también se dan casos de que las mujeres se vuelvan locas por hombres vulgares y sin ninguna gracia... Bueno: quedamos en que le quisiste ciegamente. ¿Tuvo tu hermana noticia de esta pasión?

—Sospechas, indicios... siempre sin saber quién era la persona.

—Es, sin duda, persona de posición más alta que la tuya. Esto se ve claramente y no puedes negarlo.

—No lo niego... Es mucho más alta.

—Bien. En tus amoríos, de fijo hubo interrupciones, ausencias.... A pesar de esto ¿era tu pasión durable, contínua?

—Para mí como eterna, como lo que no puede tener cambio ni fin... Para él... Pero muchas cosas quieres saber.

—«Para él no» ibas á decir... Vamos, que le veías un día, otro día... pasaban semanas, meses quizá sin verle... ¿Puedes decirme si esto era antes ó después del primer Ministerio Pérez de Castro?

—No me hables á mí de ministerios. ¿Qué entiendo yo de política?

—Es para precisar fechas... Otra cosa: ¿ese hombre tan amado por tí te daba esperanzas de que tú llegarás junto á él á una posición más regular, á una posición en que no tuvieras que avergonzarte de quererle?...

—Nunca me dió esas esperanzas.

—Luego eras para él un pasatiempo, un juguete para días, para horas quizás, menos, mucho menos de lo que has sido para nosotros...

—No sé...—murmuró Rafaela, los ojos húmedos, mirando al techo.

—Ahora, compagíname esa pasión que has pintado como sublime, con la otra pasión tuya del lujo. Yo, la verdad, no acierto á juntar en un solo corazón, en un solo carácter, dos que-

rencias tan distintas, la una tan ideal y por lo fino, la otra tan baja.

—¿No entiendes eso?—dijo Rafaela mirándole como compadecida de su ignorancia en punto á pasiones.—Pues yo gustaba del lujo, y me lo procuré por todos los medios que se me venían á la mano. No pudiendo subir á las alturas por la escalera natural, dejaba que los diablillos me subieran volando. Yo quería subir... Más fácil me era verle... á él... arriba que abajo, y arriba podría de algún modo atraerle, abajo no.

—Otra pregunta se me ocurre, y es delicada. Vas á darme la mejor prueba de amistad, contestándola lealmente. Dime: en el tiempo mío, en mi corto reinado, ¿veías y tratabas á ese hombre?

—No: te juro que no. No estaba en Madrid.

—¿En dónde estaba?

—Eso no te importa. Si hubiera estado aquí, ya ves si soy leal, te habría...

—Me habrías engañado... dilo claro.

—Quizás no. Habría tenido el valor de decirte: «Santiago, no te quiero, no puedo ser tuya.»

—Bien. En tiempo de Catalá y de *Don Frenético* has tenido frecuentes entrevistas con tu ídolo. Eso no lo negarás... Bueno. Lleguemos

á lo que podríamos llamar historia contemporánea, calentita... En estos días, deseando retenerle, te determinaste á salir de tu casa para gozar de alguna libertad. ¿Puedes decirme si le veías siempre en la calle de San Hermenegildo?

—Allí nunca... Fué una casualidad que nos vieras salir de aquella casa.

—Ya, ya comprendo. Vuestro nido era éste, éste el asilo de amor. Pero anoche supiste, no sé cómo... eso ya me lo dirás algún día... supiste que los que se reunían en aquella casa corrían peligro de ser descubiertos, y te faltó tiempo para llevar á tu amante el aviso de que se pusiera en salvo.

—No... no... eso no es cierto—replicó Rafaela desconcertada:—fué porque tenía que hablarle...

—¿Á qué iba tu hombre á esa casa?

—Yo no lo sé... ni me importaba... Nos veíamos allí...

—Has dicho antes que allí no eran las citas de amor. Te contradices. Si en todo lo anterior has dicho la verdad, ahora no la dices: te lo conozco en la cara. Fuiste á dar el aviso, la voz de alarma... Por eso, á poco de entrar tú, salieron los mochuelos, uno á uno, ó en parejas... ¡y que no llevaban el paso poco vivo! ¿Ves

cómo sé la verdad, aunque tú quieres ocultarla?

—No sabes la verdad: la supones, la inventas para desorientarme. Ya no contesto á más preguntas. He confesado lo que debía confesar: lo demás no te importa.

—Ya verás si me importa—dijo Ibero lanzándose al método capcioso para buscar la luz. —Tampoco querrás revelarme los nombres de los que estaban reunidos con tu ídolo. Yo los sé.... Aquel alto, que salió con otro de regular estatura, era D. Leopoldo O'Donnell...

—¡Pero si O'Donnell está de cuartel en Pamplona!

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Lo sé... no sé cómo.

—¿Niegas que uno de los que salieron era O'Donnell?

—Yo no niego ni afirmo; no sé.

—¿Niegas que el que salió solo, después de la pareja, era D. Manuel de la Concha?

—¡Yo qué sé de Conchas ni conchos! Déjame en paz...

—¿Y me negarás también que entre los conjurados estaba un capitán indigno, llamado Vallabriga, pequeño, lívido, bilioso?... Claro, todo lo niegas... no has visto nada... Esta niña inocente pasa junto á los volcanes sin enterarse...

—*Estás loco*... yo no entiendo una palabra de eso—dijo Rafaela temblando de frío.—Me harás un gran favor dando por concluída mi confesión. No puedo más.

—Mucho siento mortificarte, Rafaela; pero la confesión no está concluída. Vuelvo á mi tema. Fáltame la clave de todo... el nombre.

—He dicho que no.

—¡El nombre!.. Es necesario que yo lo sepa,—dijo Iberó golpeando el suelo con el pie.

—Si hasta el día del Juicio final estás preguntándomelo, por los siglos de los siglos te responderé yo que no lo sé, que no me da la gana de decírtelo.»

La obstinación de Rafaela, absolutamente inexpugnable al parecer, produjo en Santiago un arrebato de ira. Nunca la creyó capaz de guardar un secreto, imitando á los héroes, defensores de plaza sitiada. Nuevas intimaciones del Coronel dieron el mismo resultado. Ni había podido escalar por sorpresa los muros, ni abrir brecha en ellos con furiosa embestida.

«¡Mira que conmigo no se juega; mira que estoy decidido á no salir de aquí sin tu respuesta!

—Estate todo lo que gustes.

—Pues aquí me planto—dijo sentándose.—No lo tomes á broma. Primero te cansarás tú que yo.

—Cansada estoy de oirte, puedes creerlo; pero no por eso me rendirás. El callar es fácil... Yo callo y tú alborotas.

—Te digo que conmigo no juegas,—gritó Ibero poniéndose en pie con súbito movimiento, y conminándola con reiteradas expresiones de amenaza, airado, descompuesto, brutal.

—No te vale tu fiereza,—dijo la Milagro con dignidad flemática, envolviéndose en su manto, como un romano en su toga.—¿Qué es lo peor que podrías hacerme? ¿Matarme? Pues á ello, Santiago. Aquí me tienes. No chistaré. ¿Crees que muerta he de decirte lo que viva me callo? ¿O piensas que amenazándome con puñal ó pistola has de hacerme hablar no queriendo yo? Pruébalo. ¿Traes pistolas?

—No juegues, te digo.

—Espero el tiro en completa tranquilidad. Apúntame á la sien... aquí. Ya ves. No me muevo... ¿O es que no traes arma de fuego? Pues ahí tienes la espada. ¿De qué te sirve ese chisme, si con él no me atraviesas el corazón, en castigo de que no quiero responderte? Haz la prueba, hombre... Ya ves... soy más valiente que tú.»

La actitud de la Milagro, que sentía ó afectaba una rigidez de voluntad y un estoicismo á toda prueba, desconcertó á Ibero, sin apla-

car su ira, antes bien, encendiéndola más. En un tris estuvo que las amenazas verbales se trocaran en bárbaras obras; pero el hombre supo echarse todo el freno, que tal era su principal virtud, y espaciando su cólera con pasos de tigre por la estancia, vinieron á resolverse sus furores en una brutalidad pueril. Cogió una silla, y de un solo golpe contra el suelo la hizo pedazos. Las astillas saltaron. El trozo de respaldo que le quedó en la mano voló á estrellarse contra la pared.

«¡Qué culpa tendría la pobre silla!—exclamó Rafaela.

—Alguna tuvo... En ella se sentaría ese hombre,» dijo Ibero casi sin aliento, poniendo en su voz un matiz de humorismo lúgubre.

Siguió una pausa larguísima: en el espacio de ella sonó un reloj en la vecindad; después otro más lejano. ¿Qué hora era? Ninguno de los dos lo sabía; ninguno se cuidaba de apreciar la marcha del tiempo. Pero debía de ser muy tarde, porque el velón parecía próximo al total consumo de su aceite. Ibero se sentó al fin, diciendo, ya con voz más reposada: «Quedamos en que de aquí no me muevo hasta que hables. Mestizo de las razas de Aragón y Alava, soy más terco que la terquedad.»

Se acomodó en un sillón, poniendo delante

una silla para estirar las piernas. Y ella, entapujándose más y cerrando los ojos: «Eres dueño de estarte aquí todo el tiempo que quieras: así se verá quién es más terco. Nos dormiremos, tú con tu curiosidad, yo con mi angustia.»

Transcurrió otro largo espacio de tiempo, en cuya longitud bostezante sonaron los relojes, dando un número de campanadas que ninguno de los dos se cuidó de contar. De improviso, y como si continuara una tranquila conversación suspendida por la pereza, Ibero preguntó á su amiga:

«¿Y ese hombre es casado? ¿Tampoco esto querrás decírmelo?

—Es soltero; pero como tú, vive prendado de una señora ideal, de una Dulcinea; á esa mujer, más que verdadera para él, soñada, consagra su alma toda... Le pasa lo que á tí, que la dama está muy alta, y no podrá, no podrá llegar á ella...

—La altura de la mía no es tanta... ¿Por qué no he de llegar?

—Pues él no llegará, no llegará.

—¡Enamorado de otra!—dijo Santiago compasivo y triste.—Y á tí que tanto le quieres, que sólo por él tienes alma y corazón; á tí, Rafaela, que para él vives, te trata como á una

mujer á quien se encuentra en la calle, y en la calle se deja... ¿No es esto?

—Eso, ó poco menos es.

—¡Dime su nombre, y te juro...! Vamos... no me conoces, no sabes de lo que es capaz Santiago Ibero... te juro que le persigo, le cazo, y te le traigo amarradito de pies y manos. Voy viendo que es un miserable ese hombre... Merece una lección dura.

—Pero no podrás tú dársela ni hay para qué. Mi destino es el sufrimiento, la muerte, y nadie me salva... Todo por querer á un hombre... Naturalmente, ha visto en mí una mujer extraviada... ¿Y cómo podría yo convencerle de que tal vez no lo sería si él me quisiera?

—Esas cosas no caben dentro del convencimiento. Lo que tú dices, es el sino... Tu desgracia no tiene remedio. Pídele á Dios que te dé el olvido.

—Lo pido; pero ya verás cómo no me lo da. Le querré siempre, y ahora más, ahora más.

—Explícame una cosa. ¿Anoche, disputábais sobre si os separaríais ó no?

—Cierto: él decía que no era conveniente que nos viéramos más; yo que no puedo vivir sin verle. Las razones que él daba no puedo decírtelas. Fué una lucha tremenda... y en medio de la calle... El no quería más que alejar-

se... alejarse... y yo correr tras él, trincarle fuerte y no soltarle más. Por fin, hizo lo que quería. Yo me vine aquí desolada, el corazón partido en no sé cuántos pedazos. Pasé una noche horrible, y esta mañana ¡ay de mí! recibí una carta suya...

—En que te daba la despedida...

—¡Para la eternidad!...—dijo Rafaela, rompiendo en un llanto desgarrador.—Se despedía... ya no nos veremos más... Su esfera y mi esfera son tan distintas, que no caben más aproximaciones... Así lo escribía... Me recomendaba la calma, la formalidad, y buscar en otro amor más ajustado á mi esfera... la... no sé qué... Me mató con esa carta... ¡y adiós para siempre! ¡Qué ingrato!

—¡Qué infame, dirás, qué monstruo de egoísmo!... Rafaela, dame la carta.

—La he roto,—respondió la infeliz, anegada en llanto.

—Se podrá leer recogiendo los pedazos.

—Los he quemado.

—¿Las cenizas...?»

XXI

El amarguísimo llorar de Rafaela, inútilmente combatido por las palabras consoladoras del buen Ibero, vino á parar en una congoja ó espasmo con imponente anarquía de nervios, gritos de dolor, convulsiones, tentativas de arrancarse mechones de su espléndida cabellera. El Coronel y los dueños de la casa se confundieron en el auxilio de la dolorida, prodigándole cuantos cuidados eran del caso; pero entre tantos médicos que aplicaban, ya remedios comunes, ya las exhortaciones cariñosas, sólo el tiempo obtuvo resultado feliz. Al rayar el día, desgastada la energía nerviosa de la pobre mujer, acostáronla, y pena y trastorno entraron en la natural sedación. «Ahora te duermes—le dijo Ibero al despedirse,—y mañana, más tranquilos tú y yo, te diré lo que pienso. No te asustes: ya no te haré preguntas. Nada quiero saber; me doy por vencido, y levanto resueltamente el sitio que te puse... Trataré de volverte á la vida regular. Veremos si aplaco á Manuel, y una vez reducido á la conformidad, lo que no creo difícil si tú me ayudas

un poquito, te llevaré á tu casa... Adiós, hija, que duermas.»

Se fué el hombre, rendido del largo asedio, no satisfecho de sí mismo, pues habría sido más caballeroso que desde las primeras declaraciones de ella respetase su silencio. Aún no sabía si Rafaela, después de la incompleta confesión, se había empequeñecido ó agrandado á sus ojos. Sintió un estupor extraño ante la imagen de ella, que apartar no podía de su mente: era Rafaela otra persona; la *Perita en dulce* perdíase en las brumas del pasado, como el recuerdo de personas muertas; en su lugar otra mujer aparecía.

Los quehaceres de aquella semana no distraían á Ibero de su cavilación tenaz. Rafaela era otra; Rafaela no era tal y como él la había visto, víctima de una equivocación, de un error de los sentidos y del entendimiento. ¿Valía más ó valía menos después de manifiesta en su genuino sér? A la resolución de este acertijo consagraba el Coronel sus horas, y si fatigado del mental devaneo lo arrojaba de su mente, pronto se le introducía en la bóveda cerebral con sutileza de ladrones, agregándose á otras ideas de muy distinta calidad, á ideas políticas, á ideas del servicio militar. Véase por qué no puso sus cinco sentidos, como parecía natural, en

la elección de Regente, suceso memorable que debía despertar en él entusiasmo vivísimo por haber prevalecido la Regencia única, recayendo el voto parlamentario en el salvador y pacificador de las Españas, D. Baldomero Espartero. El día en que acudió á felicitarle con la oficialidad de su regimiento, encontró Santiago al señor Duque menos satisfecho de lo que creía, sin duda porque abrumaba su conciencia el peso de la responsabilidad que la Nación había echado sobre sus hombros. No encontró tampoco en Doña Jacinta ninguna señal de vanagloria, y oyó de sus labios esta frase donosa: «¡Ay, Santiago, más quiero reinar en la Fombera, en medio de un pueblo de patos y gallinas, que *regentar* en España. Este corral no es para nosotros.»

Cuando esto pasaba, ya el Coronel había dado nuevo testimonio de su inaudita bondad á las desdichadas hijas de Milagro, pues no sólo consiguió arrancar de la mente de Catalá, con un trasteo ingenioso, las ideas trágicas que hacían temer mayores escándalos, sino que condujo á Rafaela á su casa y la devolvió al cariño de sus hermana y hermanitos, inventando todas las historias necesarias para cohonestar la ausencia. Fuera que su sino adverso no se hartaba de perseguirla, fuera que el Se-

ñor quisiera imponerle el castigo que merecían sus culpas, ello es que la pobre mujer no pudo gozar de la tranquilidad que su casa, tràs las pasadas tormentas, le ofrecía, porque á los pocos días de entrar en ella, cayó con una insidiosa enfermedad que hubo de agravarse inesperadamente, degenerando en tabardillo. Altísima fiebre, delirio, pérdida de toda energía fueron los síntomas predominantes, y pasaban días y semanas con alternativas de mejoría y retroceso, sin que á la postre pudieran la familia y el médico esperar una solución que no fuese la irremediable. Ibero no dejaba pasar día sin ir á informarse, y en los de peligro acudía dos y hasta tres veces, traspasado de compasión cuando las noticias eran tristes, y alegrándose si observaba en las caras de Cavallieri ó de María Luisa señales de esperanza. En ningún caso pretendía verla, temeroso de que su presencia despertara en la paciente recuerdos desagradables. María Luisa le contaba todo: el número de cucharaditas de medicina que había tomado, las tazas de caldo, las personas por quienes preguntaba.

Se administraron á Rafaela los Santos Sacramentos en primeros de Mayo, siendo la confesión larga y compungida, y en el acto del Viático edificó á todos por su piedad. A la semana

siguiente, sobrevino un estado que calificaron de mejoría por la desaparición de la fiebre; pero su debilidad era tan extremada, que se le trastornó el sentido. «Anoche y esta mañana—dijo María Luisa al Coronel, que ni un solo día desmintió su puntualidad,—nos ha dado una sesión de política. ¡Cómo tiene la cabeza la pobre! Dice que vamos á tener otra revolución; que se sublevarán las tropas para quitar á Espartero la Regencia que ha robado, y dársela otra vez á *la patrona de los moderados, Doña María Muñoz*... ¡Qué risa! Lo cuenta todo como si lo viera. Dice que O'Donnell y otros militares que andan por París lo están fraguando, y que muchos que aquí pasan por fieles, están metidos en el ajo.»

Ninguna observación hizo Ibero sobre estos delirios, y á los pocos días, cuando se decidió á penetrar en la alcoba, apenas cambió con Rafaela las expresiones comunes en visitas á enfermo. Grande era la demacración de la joven, tristísima la máscara que el estrago morboso había puesto en su dulce fisonomía. Los ojos se comían toda la cara, según la expresión de María Luisa. Nunca había visto Ibero retrato más vivo de la Magdalena, por su expresión de espiritualidad y de sentimiento intensísimo. El cabello espléndido aumentaba la semejanza;

sólo faltaban una calavera y una cruz tosca, para que fuese perfecta. Después de recomendarle que se alimentara poquito á poco, para recobrar la salud y el vigor, salió el hombre de la visita más triste que había entrado, y la imagen de la convaleciente ejerció una tenaz persecución sobre su espíritu. Llegó en aquellos días á sentirse contagiado del enflaquecimiento de su amiga: también él se contaba los huesos; también era mucho espíritu y escasa materia, y tomaba el cáriz de un escuálido penitente del yermo; también perdía el apetito, y sentía un ardentísimo amor de la meditación y la soledad.

Entre las innumerables cosas raras que le pasaron al Coronel Ibero en la primavera y verano del 41, se mencionarán algunas que no parecen indignas de la historia. Apenas se dió cuenta de que había disminuído el interés ansioso que comunmente le inspiraban las noticias y correspondencia de La Guardia. Fué, en verdad, estupendo que faltasen un mes las cartas sin que él lo advirtiese ni de ello se inquietara; y cuando el correo las trajo, no se alegró todo lo que debía leyéndolas, ni saboreó con la fruición de otras veces su lisonjero contenido. Otro singular caso de los que le turbaron entonces fué que una tarde, casi una noche, pues

anochecía, vió en la Puerta del Sol á un caballero que le recordó al misterioso acompañante de Rafaela en la calle de San Hermenegildo. ¿Era ó no era? Su primera impresión fué la de una perfecta conformidad del rostro de aquel sujeto con la imagen que en rápido instante vió la noche de marras. Después dudó... Salía del Principal el señor aquél con tres personas, una de las cuales era conocida como de las más afectas á la situación; los otros dos pasaban por moderados rabiosos. Vióles Ibero perderse entre el gentío, y se retiró tratando de cotejar en su mente facciones con facciones: las del sujeto que acababa de ver y las de otro personaje de historia que conoció en cierta casa donde por sorpresa le metieron una noche amigos oficiosos. No le fué difícil establecer la concordancia entre el sujeto que á la sazón veía y el del Postigo de San Martín; mas la de éste con *el caballero de Rafaela*, no le salía. Tan pronto le parecía el uno más alto, tan pronto más bajo el otro, y el aire, color y andares no eran los mismos. No hubieran quizás embargado su ánimo estos cotejos en otras circunstancias; pero en aquéllas no podía librarse, por extraña rutina de su mente, de consagrarles más atención de la que sin duda merecían.

La persona con quien más intimó en aquel

tiempo fué su paisano Bretón, que desde el tropiezo de *la Ponchada*, pieza infeliz en que ridiculizó á la Milicia, venía corriendo un temporal duro, agravado por la cesantía. El infeliz poeta, desamparado de la administración, no tuvo mas remedio que tirar de pluma, y su fecundidad fué en aquel año progresista más prodigiosa que nunca. En el Liceo y en el Príncipe estrenó varias obras con vario éxito, ocultando á veces su nombre, temeroso de los milicianos, que, por atreverse con todo, también faltaban al respeto á las musas. Ibero tomaba la causa de Bretón como própia, llevando al teatro en las noches de estreno una imponente *alabarda*, compuesta de los amigos de *Saboya* y de toda la gente decidida que podía reunir. Pero así como el más tranquilo refugio de Bretón fué por entonces el Liceo, mansión neutral, apacible templo de la poesía y las artes, también Ibero buscó en aquel oasis la frescura y descanso que su alma necesitaba. Allí se encontraba una noche, oyendo recitación de versos, cantorrio de cavatinas y salmodia de discursos, cuando fué á buscarle con prisa el ayudante de su regimiento de parte del Brigadier Linaje. «Creo, mi Coronel—le dijo al salir,—qué nos mandan á Vitoria.»

No tardó en confirmar el secretario del Re-

gente la disposición que á satisfacer venía, después de tanto tiempo, los deseos del caballero alavés. Al fin los hados benignos, y en su nombre el señor Duque de la Victoria, levantaban el destierro de un corazón amante para que corriese al lado de su ídolo, poniendo fin á una separación que era la mayor crueldad de los tiempos pretéritos y futuros. Pero como en aquel período de la vida de Ibero venían á producirse todos los sucesos con un contrasentido que era burla de la lógica y juguete de la razón, resultó que la noticia de su traslado, en vez de inundar de resplandores el alma del Coronel, condensó sobre ella nubes, dudas, tristezas... No sabía lo que era aquello, porque si su voluntad, por el movimiento adquirido, persistía en querer lanzarse al Norte, al propio tiempo el alma toda se le inmovilizaba en una inercia estúpida, contra la cual poco podían voluntad, antiguos deseos y compromisos.

Como era forzosa la obediencia, no había que pensar ni en discutir la orden. De labios de Linaje oyó confirmada la disposición; mas no era Vitoria el punto de su destino, sino Pamplona, á las órdenes del Capitán General Ribero: probablemente se le daría un mando en la brigada de su antiguo jefe y maestro, Zurbano. Esto le desconcertó, pues había presumido que al fren-

te de *Saboya* iría. No, no: *Saboya* quedaba en Madrid, y él iba sin mando, con otros dos jefes, Seisdedos y Clavería, criados también á los pechos de D. Martín. «Se conoce—pensó Ibero,—que del Norte vienen soplos de frío, y hay que templar aquel ejército con soldados de los que echan lumbre. Púes, Señor, al Norte, á la guerra. Olor de sangre me da en la nariz. Venga bendita de Dios, si ha de ser para bien mío y de la libertad.»

Habiéndole marcado un plazo improrrogable para la salida, no se despidió más que de los que habían sido sus subalternos, de los amigos Bretón y Espronceda, y de la familia de Milagro, á la cual consagró todo el tiempo de que en su último día de Madrid pudo disponer. María Luisa lloraba su partida como la mayor desgracia que sobre la casa podía recaer, y Cavallieri no hacía más que suspirar con grave diapasón de bajo profundo. Rafaela, ya levantada, mas sin poder moverse de un sillón y recobrándose muy lentamente de su debilidad, sostuvo con él un corto diálogo en que le aconsejó precaverse contra las balas. Cuando al Norte se le mandaba con tanta prisa, era que teníamos guerra en puerta. Que ésta sería implacable, cruelísima, sanguinaria, ella lo sabía por seguros indicios, por sueños terroríficos y pesadillas

espantosas que aquellas noches la atormentaban. Llevado de una secreta inclinación á pensar y sentir como Rafaela, apoyó Ibero los vaticinios lúgubres de su amiga. También él había tenido sueños horribles, y veía los ríos del Norte enrojecidos por española sangre. Si Dios así lo permitía y quizás lo ordenaba, ¿qué remedio había más que cumplir la soberana voluntad? Diéronse las manos, apretándoselas fuertemente durante un tiempo, que no se sabe cuánto tiempo sería, y Rafaela le miró de un modo singular, con piedad y dulzura inefables, ó al menos, él así lo veía. Tal impresión le hizo aquel mirar, que creyó llevarse los ojos de ella dentro de los suyos... Y pronto hubo de ver que ni cuando él dormía, dormían los ojos intrusos... siempre alerta, siempre cebándose en un mirar continuo, eterno.

XXII

Como se le señaló la ruta de Soria y Alfaro, no había que contar por el momento con una escapadita á La Guardia. Divertido habría sido para Ibero el viaje si el hombre se encontrara en mejor disposición de ánimo, porque sus

compañeros Clavería y Seisdedos eran los caracteres más abonados para la vida de bromas y regocijo: de un viaje molesto y con mil peripecias fastidiosas hacían un divertido Carnaval. La caminata por pueblos alcarreños y sorianos fué una continuada serie de escenas cómicas, incluyendo en este género, no sólo los encuentros felices, los galanteos, y comilonas, sino también los peligros, retrasos, vuelcos y fatigas. Pasaron el Ebro por Alfaro, y ansiosos del descanso que sus molidos cuerpos necesitaban, siguieron hasta la nobilísima ciudad de Olite, asentada en un llano fértil. En la corta guarnición encontraron no pocos amigos, entre ellos Baldomero Galán, Gobernador militar de la plaza, que se tuvo por dichoso de obsequiar al Coronel Ibero aposentándole en su casa, donde tanto él como su digna esposa, Doña Salomé *de* Ulibarri, se desvivieron por hacerle grata la existencia en el tiempo que durara su descanso. Regalada era allí la vida por la abundancia y variedad de comestibles de la tierra, y por el esmero y arte que en el condimento de almuerzos, comidas y cenas ponía la señora de Galán, la cual, entre paréntesis, era una mujer guapísima, de ojos negros, deslumbrantes, de aire desenvuelto y franco, el habla graciosa con golpes de baturrismo.

Muy bien lo pasó D. Santiago en tal compañía. Llevóle Galán á visitar las hermosas ruínas del castillo, predilecta morada de los Reyes de Navarra en siglos remotos, y estando el Coronel con su patrón y amigo embebecido en la admiración de los soberbios baluartes corroídos por el tiempo, de los gallardos torreones festoneados por lozanas hierbas que en las grietas crecían, vió salir por entre los muros del despedazado monumento á un hombre, cuyo rostro le causó singularísima impresión de estupor y miedo. Era rostro conocido; no se le despintaba. Mirándole atentamente, advirtió su condición de caballero, que el traje no desmentía; tras él, saltando también por entre los sillares arrumbados, iba otro sujeto, que saludó cortesmente á Galán al paso. Apenas les vió desaparecer entre las ruínas, pidió Ibero informes acerca de ellos á su comilitón, y éste le satisfizo con lo que sabía: «El que me ha saludado es D. Francisco Tiemblo, vecino de Olite, persona, según dicen, de mucha sabiduría en achaque de historias, el que aquí más entiende de lo que fueron y significan estas piedras antiguas. De memoria le refiere á usted todos los letreros, y le explica las figuras que vemos en las iglesias de San Pedro y Santa María y en el convento de Claustrales, madriguera frailuna que

fué. El señor que va con él es de Madrid, según creo, y aficionado también á estas quisicosas de la caballería andante. Por lo que le oí no hace muchas tardes, paseándonos aquí con varias personas del pueblo, pienso que es poeta, de éstos que lo tienen por oficio, pues á cada triquitraque soltaba un verso y se pasmaba delante de las ruínas, que visita de día y de noche. No le conozco, ni D. Francisco me ha dicho su nombre, ó porque no lo sabe ó porque no quiere decirlo.

—Y ese señor arqueólogo ¿qué opiniones tiene? ¿Es liberal?

—¡Anda, anda... si es más moderado que Judas!»

No hablaron más del asunto, y se fueron á comer. Ibero pasó una tarde tristísima, negándose á toda distracción y á los pasatiempos de billar, damas ó ajedrez que Galán le propuso. Creyendo la patrona que le había hecho daño la copiosa comida, preparábale infusiones de diferentes hierbas, que el Coronel no quiso tomar. Pasó la noche luchando con el insomnio, perseguido por la imagen de Rafaela, que no le dejaba vivir, le mordía el pensamiento (así como suena), y armaba un terrible desconcierto revolucionario en su desquiciada voluntad. Procuraba desecharla; pero ella, la pertinaz imagen

de Magdálena penitente y cabelluda, hacía que se iba, y tornaba más luminosa, más bella. Lo peor del caso era que á ratos gozaba tanto en contemplarla, que no cambiara aquel goce por ningún otro del mundo. Hacía propósito de imponerse el correctivo de huir de la Milagro para siempre, de no volver á estar donde ella viviese; pero dudaba que pudiera cumplirlo. Grande era la atracción del abismo: ¿se arrojaría en él, ó emplearía el tiempo mirándolo desde la boca, para que con la continuada vista de la hondura se le pasaran las ganas de arrojarse?

Dispuso la partida hacia Pamplona para la mañanita del tercer día, y la noche precedente, después de cenar, le dijo Galán con misterio: «Ha venido á verme el amigo Tiemblo con la incumbencia de que el señor aquél de las ruínas, el poeta, desea hablar un ratito con usted, mi Coronel. Me pregunta si debe venir aquí, ó si prefiere usted ir á su casa, que es la posada de Fadrique, la mejor del pueblo. Me temo que éste trae la mala idea de leerle á usted versos, pues yo sé que á otros los ha leído, y en verdad que no han quedado satisfechos, por ser muy melancólico lo que el tal discurre. Para mí que está algo tocado. ¿Qué contesto?

—Que iré á su posada mañana temprano,— replicó Ibero con propósito de hacer lo que de-

cía; mas al amanecer, después de otra noche de cruelísimo desvelo, sintió desgana horrible dé acudir á la cita. El personaje incógnito, fuera ó no quien sospechaba, le infundía miedo, un terror instintivo, primario, y no porque de él temiese ningún daño material: temía que su presencia, su habla, despertasen un tumulto de pasiones, quizás sentimientos contrarios, el odio, la admiración, el cariño, la envidia...

No, no, no. Mejor era que partiese sin verle. ¿A santo de qué venía tal entrevista? No mil veces: él se largaba por su camino, y quisiera Dios que en ningún punto se encontrara con el caballero hermoso y triste. Firme en su propósito, partió con sus compañeros, y el otro, que desde muy temprano le esperaba, saliendo al balcón de su aposento siempre que sentía pasos en la angosta calle, se descorazonó cuando ya muy avanzada la mañana le dijeron que el señor Coronel Ibero, con los comandantes Seisdedos y Clavería, llevaba una hora de camino en dirección de Tafalla.

«Nos ha dado un buen quiebro—dijo al melancólico, sin ánimo de consolarle por aquel contratiempo, un individuo que desde la tarde anterior le acompañaba y al nombre de Gallo respondía.—No lo esperaba de un chico tan atento... Por supuesto, como nada habíamos

de sacar, más que nosotros pierde él, perdiendo su opinión de persona fina. Y pues este pueblo ruín ha dado ya de sí todo lo que podía dar, vámonos con viento fresco á Estella, de donde bajaremos á Viana, para seguir luego á La Guardia...

—Vámonos—repitió el otro suspirando, sin poder desechar el enojo del desaire sufrido,—y en otra parte seremos más afortunados, aunque voy viendo que no se encuentran caballeros á la vuelta de cada esquina. El siglo los va descastando, y llegará día en que no se halle uno para un remedio. Vámonos.»

En un cochecillo derrengado partieron antes de mediodía hacia Tafalla, y sin entrar en esta ciudad siguieron á Estella por Larraga y Oteiza, con calor sofocante, respirando un aire seco y polvoroso. A media tarde comenzó á cubrirse el cielo de nubes pardas, que avanzaban del Oeste, y con ellas de la misma parte venía un mugido sordo, intercadente, como si por minutos se desgajaran los montes lejanos y rodando cayeran sobre la llanura. No era floja tempestad la que se echaba encima. Para zafarse de ella, apalearon los viajeros al infeliz caballejo que tiraba del coche; mas no obtuvieron la velocidad que deseaban. Descargó la primera nube antes que llegasen á Oteiza. El iracundo

viento quería revolver los cielos con la tierra, y durante un rato el polvo y la lluvia se enzarzaron en terrible combate, como furiosos perros que ruedan mordiéndose. Los giros del polvo querían enganchar la nube, y ésta flagelaba el suelo con un azote de agua en toda la extensión que abrazaba la vista. El polvo sucumbía hecho fango, y retemblaba el suelo al golpe del inmensísimo caer de gotas primero, de granizo después. Los campos trocáronse un instante en lagunas; retemblaba el caserío de las aldeas como si quisiera deshacerse, y los relámpagos envolvían instantáneamente en lívida claridad la catarata gigantesca. Grandiosa música de esta batalla era el continuo retumbar de los truenos, que clamaban repitiendo por todo el cielo sus propias voces ó conminaciones terroríficas, y cada palabra que soltaban era llevada por los vientos del llano al monte y del monte al llano. Como al propio tiempo caía el sol en el horizonte, y la luz se recogía tras él temerosa, iban quedando obscuros cielo y tierra, y la tempestad se volvía negra, más imponente, más espantable. En la confusión de ella se perdieron, como la hoja seca en medio del torbellino, los cuitados viajeros que á media mañana habían salido de Olite en un mezquino carricoche. Se les vió luchar contra los elemen-

tos desencadenados, avanzar por en medio de la espesa lluvia y del desatado viento, queriendo achicarse y escabullirse; pero tal navegación era imposible, y en la revuelta inmensidad desaparecieron bien pronto el carro y caballo y caballeros.

Para encontrar nuevamente á los que aquel día desafiaron á la irritada Naturaleza, hay que dejar pasar días, meses, y no habrá que rebuscar media España para dar con ellos, pues reaparecen á cara descubierta y á plena luz en la por tantos títulos ilustre ciudad de Vitoria, cabeza del territorio alavés. Alava, con Navarra, Guipúzcoa y Vizcaya, es la tierra que podríamos llamar del martirio español, el fúnebre anfiteatro de sus luchas de fieras, y el redondel en que se han despedazado los gladiadores, por el gusto de las peleas y la embriaguez de la sangre. Allí las cañas han sido siempre espadas, los corazones hornos de coraje, la fraternidad emulación, y las vidas muertes. Allí las generaciones han jugado á la guerra civil, movidas de ideales vanos, y se han desgarrado las carnes y se han partido los huesos, no menos ilusos que los niños jugando á la tropa con gorros de papel y bayonetas de junco. Pues allí, en una de las cabeceras del territorio eúskaro, que los liberales no entregaron jamás á la facción,

aparece el melancólico galán de la causa de María Cristina, levantando bandera negra contra el Regente, á quien declara usurpador, y haciendo tabla rasa de toda ley y estado posteriores á la renuncia de la Gobernadora en Octubre del año anterior. Ya tenemos en campaña otra guerra fratricida, en nombre de principios más ó menos claros, invocando el sagrado lema de la defensa de la débil mujer contra el varón fuerte, de los derechos de la sangre contra los artificios de la soberanía nacional.

D. Manuel Montes de Oca, el más ardiente paladín de la Regencia de Cristina, el que la proclamó condensando en una idea política el sentimiento poético y la caballeresca devoción de su alma soñadora, noble en su delirio, grande en su loco intento, al propio tiempo insensato y sublime, gigantesco y pueril, aparece en Vitoria al frente de un artificio de Gobierno, con poderes reales ó figurados del soberano ausente. Sin pararse en barras, contando con la insurrección de generales en Zaragoza y Pamplona, sostenido en Vitoria por la guarnición que se subleva al mando del Comandante General Piquero, entra en funciones como Presidente de la Junta Suprema de Gobierno, *mientras llegaba Doña María Cristina*, con una resonante proclama en que dice:

La Nación no reconoce, vosotros (á los nobles vascongados y navarros se dirigía) *no podéis reconocer como válida y legítima la renuncia del Gobierno de la Monarquía hecha por Su Majestad en Valencia, porque fué, y así lo ha declarado Su Majestad, un acto insolente de fuerza...*

Doña María Cristina es la única Regente y Gobernadora del Reino; la única tutora de las ilustres huérfanas llamadas á regir los destinos de esta Nación tan rica de gloria como escasa de ventura. Esta es la bandera de los leales; esa bandera se levanta hoy en todos los ámbitos de la Monarquía española... Los generales más ilustres, los militares valientes, los que ganaron en campos de batalla honrosas cicatrices, los que nunca faltaron á la fidelidad ni nunca cometieron el crimen de perjurio, siguen esa bandera magnífica y radiante que conduce á la victoria. Ella es el símbolo de nuestra santa Religión y de nuestra católica Monarquía... Con ella triunfaremos nosotros como triunfaron nuestros padres.

XXIII

Armado de nuevo el sangriento juego nacional, los desgarrados pendones, un tanto sucios ya del largo uso sin la renovación conveniente, se vieron otra vez en alto añadiendo á sus lemas el de la sacratísima Religión. Para mayor gloria de ésta, se levantaban en armas cuatro caballeros, hijos de la política los unos, del ejército los otros, y por dar mayor fuerza á su audaz aventura, agregaban á su bandera el programita de restablecimiento de fueros, cebo magnífico para llevarse consigo á toda la población eúskara, pisoteando el Convenio de Vergara. Bien, bien. ¡Qué delicioso país, y qué historia tan divertida la que aquella edad á las plumas de las venideras ofrecía! Toda ella podría escribirse con el mismo cuajarón de sangre por tinta, y con la misma astilla de las rotas lanzas. El drama comenzaba á perder su interés, por la repetición de los mismos lances y escenas. Las tiradas de prosa poética, y el amaneramiento trágico ya no hacían temblar á nadie; el abuso de las aventuras heróicas llevaba rápidamente al país á una degeneración

epiléptica, y lo que antes creíamos sacrificio por los ideales, no era más que instinto de suicidio y monomanía de la muerte.

Los primeros días de alzamiento fueron risueños, días de esperanzas y de ciego optimismo. Vista la insurrección desde Vitoria, que parecía ser su centro y atalaya, la idea sediciosa prendía en todo el territorio vasco-navarro como el incendio en la seca mies. A la voz de Montes de Oca, que lanzaba á los pueblos endechas rimbombantes, responde Bilbao, sublevándose también con su Diputación al frente, y parte de la Milicia Nacional. Montes de Oca tira de pluma y devuelve á la invicta villa en un decreto el Derecho de Bandera y otros privilegios abolidos; en Miranda toma partido por Cristina el Provincial de Burgos, que á Vitoria se dirige para dar su apoyo al movimiento; Portugalete y Orduña se pronuncian también; el cura de Dallo y el escribano Muñagorri reúnen al instante sus partidas y se lanzan por collados y montes á matar liberales. En tanto daba mayor vuelo á la insurrección el General D. Leopoldo O'Donnell, que había ganado el regimiento de Extremadura y un escuadrón de caballería, y con ellos proclamó la bandera de Cristina y Fueros en la ciudadela de Pamplona. En Zaragoza, Borso di Carminati echaba mano al se-

gundo regimiento de la Guardia Real, y salía con él para llevárselo á O'Donnell. Toda esta fuerza, con el batallón y los escuadrones que Piquero había sublevado en Vitoria, eran una base admirable de insurrección. Ya vendrían luego más pronunciamientos de tropas donde menos se pensara, que bien se había trabajado en la seducción de jefes. Todo era empezar: los primeros que se lanzaron daban la mejor prueba de iniciativa heróica, de que luego tomarían ejemplo los reacios y pudibundos. Pero las más risueñas esperanzas de los aventureros de Vitoria estaban en Madrid, donde levantarían la propia bandera media docena de adalides militares, los más ilustres de nuestro ejército, la flor de los héroes de la última guerra. En cada correo creían recibir el notición de que la Regencia elegida por las Cortes era un cadáver, y de que sobre él se alzaba ya la soberanía incuestionable de la Reina Gobernadora, devuelta al amor de España.

En su residencia oficial de la Diputación trabajaba D. Manuel Montes de Oca sin dar paz á su mente ni á la pluma, despachando los asuntos varios que en aquel embrión de Gobierno pendían de su autoridad como vicario indiscutible de Doña María Cristina, y desempeñaba su papel con tal fe y ardor, que era lás-

tima no fueran aplicados á más práctico objeto. De noche, cuando hallaba algún espacio para dar reposo á su fatigado espíritu, solía pasearse solo ó con un par de amigos fieles por la soledad del Campillo, núcleo de la antigua ciudad, ó recorría las calles concéntricas que lo cercan; y en verdad que no podía espaciar sus ilusiones por sitios más apropiados al carácter feudal y poético de ellas. Los monumentales caserones habitados por el silencio, las calles que en rueda circundaban el primitivo recinto, encorvándose unas sobre otras, y enlazando su término con el punto de partida, reproducían al exterior el giro poético de la imaginación del paladín que amaba el pasado, y lo llevaba de continuo en el pensamiento, en una ú otra forma, siempre volteando sobre sí mismo. La colegiata, majestuosa en el barroquismo de su robusta torre; los palacios del Cordón, de Alava y de Bendaña, que hablaban con sus rostros de piedra el lenguaje medieval, le acariciaban los pensamientos y se los hacían más luminosos. ¿Por qué no habíamos de ser lo que fuimos, nación de santos y de héroes? ¿Por qué no habíamos de restablecer las grandezas de la sangre y de la inspiración, del militar coraje y de las virtudes sublimes? Al par que esto, deseaba la ilustración, la libertad con medida, la

práctica de todas las virtudes domésticas y públicas, y el culto de las artes y las letras. La grosería le enfadaba; la irrupción de las muchedumbres ignorantes, que imponer querían su fuerza, su garrulería y suciedad, le sacaba de quicio, y por encima de todo poder ponía el histórico, que en el caso de autos recibía mayor realce del consorcio feliz de la soberanía con la belleza y de la majestad con la gracia.

Era, en suma, D. Manuel Montes de Oca representación viva de la *poesía política,* arte que ha tenido existencia lozana en esta tierra de caballeros, mayormente en la época primera de nuestra renovación política y social. Desde que se introdujo la novedad de que todos los ciudadanos metieran su cucharada en la cosa pública, empezaron á manifestarse los varios elementos que componían la raza; y si vinieron al gobierno los hombres de temperamento peleón y los militares de fortuna; si entraron los abogados y tratadistas con todos los enredos de su saber forense y su prurito de reglamentación, no podían faltar los trovadores, que se traían un ideal de la ciencia gubernativa derivado, más que de la realidad, de los manantiales literarios. Más de cuatro poetas ó trovadores hemos tenido en la vida pública de este siglo de probaturas; que ellos son fruta espléndida, abun-

dantísima, de uno de los seculares árboles del terruño español, y gran daño han producido anegando las ideas en la onda sentimental que derramaron sobre algunas generaciones. El pobrecito Montes de Oca, por ser de los primeros y haberle tocado la desdicha de venir con su lira en una época tumultuosa y candente, fué víctima del error gravísimo de querer dar solución á los problemas de gobierno por la pura emoción; pagó con su vida su desconocimiento de la realidad; merece una piedad profunda, porque era espejo de caballeros y el más convencido y leal de los poetas políticos. Otros que vinieron después, han perecido ahogados en su propia inspiración.

No transcurrieron muchos días de Octubre sin que las ilusiones de los revolucionarios de Vitoria (en nombre de la Reina Cristina y por su expresa delegación) comenzaran á marchitarse. Por el lado de Zaragoza y Pamplona no iban las cosas muy á gusto del Presidente del gobiernillo provisional, porque la tropa que sacó Borso di Carminati, vivamente perseguida por el General Ayerbe, no quiso pasar de Borja, capitularon los oficiales, algunos soldados volvieron á la disciplina y otros se dispersaron, quedándose solo el infeliz caudillo italiano, que pronto había de ser cogido y fusilado. En las

Provincias Vascongadas no contaba la insurrección con éxitos notorios, porque desde San Sebastián avanzó Alcalá, aventando á toda la chusma de Muñagorri y del cura de Dallo; y si bien Urbistondo y los miqueletes bilbaínos adelantaban algo en el interior de Vizcaya, se veían amenazados por Iturbe y Simón de la Torre, que permanecieron fieles á Espartero. En tanto Zurbano, con los Provinciales de Laredo y Logroño, se posesionaba de Miranda, preparándose á invadir la Llanada. El incansable guerrillero supo aprovechar la torpe división que los insurrectos habían dado á sus fuerzas, y avanzó resueltamente, ocupando el puente de Armiñón; al paso encontró á siete miñones que llevaban despachos de la Diputación rebelde, y les fusiló sin piedad, dispuesto á hacer lo mismo con Piquero y con todo jefe insurrecto que encontrase, cualquiera que fuese su categoría.

La noticia de estas atrocidades, fruto natural de la guerra, tal como aquí comunmente se hacía, llegó á Vitoria juntamente con la mala nueva del fusilamiento de Borso en Zaragoza, y un desaliento tristísimo se apoderó de los que habían abrazado la causa sentimental. Pero el esforzado corazón de Montes de Oca no se abatió con aquellos reveses, ni amenguaron su confianza en el triunfo definitivo. De alguna

parte había de venir el remedio, por ser divina la causa que defendían, como pleito del derecho contra la usurpación, y, en cierto modo, de lo bello y delicado contra los avances de la grosería y del prosaísmo.

No tardó el gobernante sedicioso en verse poseído del delirio medieval, á que le llevaba su numen político informado en el Romancero, y se metió en el peligroso callejón de las represalias, de que difícilmente se sale: la muerte de los miñones le indujo al error de poner á precio la cabeza de Zurbano. Creyó, sin duda, que no faltarían en su mesnada hombres con la ferocidad suficiente para cortar aquella cabeza y llevársela, con lo cual creía fácilmente decapitado el cuerpo soez de la bestia patriotera y repugnante que arrancado había su diadema á la más hermosa de las reinas de fábula. Suelen tener sus quiebras estos dramáticos arranques, y entonces se vió más que nunca la inseguridad del procedimiento, pues Zurbano no parecía dispuesto á dejarse degollar: al contrario, marchaba por la Llanada resuelto á cercenar todas las cabezas que pudiese, y hacer con ellas espantoso adorno de los caminos.

En esto, el General Aleson ocupaba los desfiladeros de Pancorbo, y Rodil, con numerosa

hueste, partía de Burgos para perseguir á O'Donnell y desbaratarle si salía de la ciudadela de Pamplona. Iban tomando cada día peor cáriz las cosas del naciente reino cristino, tan mal fundado en los cerebros de unos cuantos calaveras del ejército y la política: de pronto supieron el fracaso de la intentona de Madrid, el combate en la escalera de Palacio, y la fuga de los audaces caudillos, que en plena Corte habían concebido el proyecto, más propio de gigantes que de hombres, de secuestrar á la Reina y llevársela á Vitoria, sede provisional de su autoridad. Todo ello era absurdo, propio de un partido de orates, y así salió... Mas no se crea que el desengaño traído por estas noticias se comunicó al espíritu alucinado de Montes de Oca, ni que desmayó su temeridad, no: de su cabeza, en que bullía la leyenda; de su corazón, inflamado en sentimientos de monarquismo romántico, brotaron nuevas energías; y cuando los hombres prácticos, sabiendo la ocupación de la Puebla por D. Martín, mostraron el gravísimo peligro de continuar en Vitoria, se obstinó en permanecer en ella, organizando una defensa que por lo brava y tenaz emulara las de Zaragoza y Gerona. Tal era su pensamiento, cuando la insensata empresa de restauración estaba perdida, y los más ardien-

tes auxiliares de ella no pensaban más que en la fuga ó en el escondite, aguardando á que pasara el nublado para procurarse una saludable reconciliación con el Regente. Pero Montes de Oca no cejaba. Abrazado había la causa de *la Señora*, y enarbolado su bandera con un ardor semejante al de los Cruzados que iban á combatir por el sepulcro de Cristo; otros procedían por egoísmo y despecho; él por una fe generosa, y por la devoción, que otro nombre no puede dársele, de la Reina que era su ídolo. No daba entrada al miedo en su corazón, ni cuartel á los arbitrios de la cobardía, ni á componendas ó transacciones. Era hombre macizo, homogéneo, sin las complejidades que la vida moderna exige á todos los que en ella buscan algo de provecho. ¡Lástima de primera materia, tan sólida y pura, en un siglo que no suele emplear para sus grandes obras lo puramente elemental, en un siglo de combinaciones y de alquimias cada día más complicadas! Toda la caballería del bravo Montes de Oca, toda su exaltación de gobernante poético, tenían por ideal sostén la soñada, más que real persona de una Reina, cuya capacidad para dirigir á la Nación no había sabido manifestarse claramente. El, no obstante, adoraba en ella, creyéndola adornada de atributos intelectuales y morales no

menos efectivos que los de su seductora belleza. Valía más el Quijote que la dama, y era ella menos ideal de lo que la suponía el ofuscado caballero. Si en la imaginación de éste ahechaba perlas, á la vista de todo el mundo ahechaba trigo candeal superior la buena de Aldonza Lorenzo.

XXIV

Semejante á los héroes de un cuento infantil, se obstinaba Montes de Oca, falto de todo recurso y amenazado de una deserción total de su gente, en defenderse dentro de Vitoria, sacrificando la vida de esta ciudad al orgullo de una causa que no debía interesar grandemente á los hijos de Álava. Ya que la victoria se presentaba difícil por el momento, quería el caballero un poco de leyenda, y si Dios disponía que él y sus fieles pereciesen ante un enemigo superior, se enorgullecía pensando concluir á la numantina. Pero las nubes que ennegrecían el horizonte eran cada vez más temerosas, y aunque el hombre continuaba insensible al miedo, confiado siempre en los auxilios imagi-

narios que había de recibir de nuevas sublevaciones, por fin le determinó al abandono de la plaza un hecho que hubo de abatirle los ánimos más que el aluvión de tropas enemigas y la merma creciente de las suyas. Fué que los generales que iban contra Vitoria agregaron á la orden del día un papel enviado de Madrid, dando cuenta de la comunicación de nuestro Embajador en París, D. Salustiano de Olózaga, el cual venía con el cuento de que *la propia cosechera*, Doña María Cristina, le había dicho *mutatis mutandis:* «¡Pero si yo no sé nada de esa insurrección, ni tengo nada que ver con esos locos! No sólo soy extraña al movimiento, sino que lo repruebo terminantemente.» El efecto que esto hizo en el valeroso paladín ya puede suponerse: no creía que el cuento del diplomático fuese verdad; teníalo por una de tantas mentiras diplomáticas, empleadas como resorte político; no le cabía en la cabeza que habiendo Cristina puesto en manos de los sublevados armas y bandera, renegase de sí misma y de su causa cuando la conceptuaba perdida, y llamase locos á los que por ella daban su sangre y su honor. Esto no podía ser: tales villanías, cosa corriente en el carácter falaz de Fernando VII, no cabían en la nobilísima condición de la Reina, toda rectitud, lealtad y entereza, según

Montes de Oca. Sobre esto no tenía duda el exaltado caballero, y la ideal Soberana no desmerecía en su pensamiento por las malicias de Olózaga. Lo que agobió su ánimo valeroso fué que aquellas mentiras entraron fácilmente en los cerebros de todos los que le rodeaban; que el vecindario de Vitoria les dió fácil crédito, y las aceptó hasta con gozo, viendo en ellas el mejor pretexto para dar término rápido á la insurrección, y librarse de los desastres y apreturas de un sitio. Ya no podía Montes de Oca sostener la moral de la plaza, ni menos el entusiasmo, harto ficticio y ocasional, por la que fué Gobernadora; cayó de golpe desde la cumbre de la poesía política á una realidad miserable. Llegaba el momento de huir, exponiéndose á una muerte ignominiosa, la del pirata ó bandido. Salió, pues, de la plaza, acompañado de Piquero y de los militares y paisanos comprometidos, sin más tropas que los miñones y algunas compañías de Borbón. Muy distante ¡ay! se hallaba de la ocasión en que puso á precio la cabeza de Zurbano; nadie pensaba en traérsela, y en cambio, Rodil pregonaba la de Montes de Oca, ofreciendo por ella *diez mil duros*... Vamos, no era mal precio, dado el escaso valor que ordinariamente tenían en el mercado de nuestras guerras civiles las cabezas huma-

nas, aun siendo de las mejor provistas de sólidos tornillos.

La salida fué tristísima, nocturna, sigilosa. Antes de que amaneciera, en la rápida marcha por el puerto de Arlabán hacia Vergara, desertaron las compañías de Borbón, y se fueron á Miranda para presentarse al General de Espartero. Celebraban consejo los fugitivos para determinar el camino que debían seguir. No pocos oficiales comprometidos señalaron como la mejor dirección de escape la de la costa Cantábrica; sabían de un barco preparado en Lequeitio para recoger á los que quisieran fiar su salvación al mar. Montes de Oca, aunque marino, prefirió seguir por tierra la derrota de la frontera; despidiéronse allí no pocos amigos y compañeros de locura, entre ellos el comandante Gallo y otros que andando el tiempo fueron generales, y se encaminaron hacia la costa; Montes de Oca, acompañado tan sólo de Piquero, de los señores alaveses Marqués de Alameda, Ciorroga y Egaña, y de ocho miñones, siguió adelante. En Mondragón despidieron á los miñones, pues para nada necesitaban ya la fuerza militar, y cuanto menor fuese el número de los fugitivos más fácilmente podían deslizarse por montes y cañadas hasta ganar el boquete de Urdax. Pero los miñones no qui-

sieron separarse de los desdichados restos del Gobierno cristino, cuya suerte debían correr todos los que en tan necia desventura se habían metido. En Vergara se alojó la caravana en las casas exteriores de la villa, no lejos del histórico lugar donde se habían abrazado Espartero y Maroto; cada cual se arregló como pudo en humildes aposentos ó mechinales, y á media noche el sueño dió algún descanso al asendereado cabecilla de la insurrección y á los que aún le seguían, más comprometidos ya por la amistad que por la política.

Media noche sería cuando turbaba el silencio de aquella parada lúgubre el cuchicheo de los ocho miñones, alojados en una cuadra, donde moraban también una mula y una pareja de vacas. Los pobres chicos, desvelados por la inquietud, se condolían de su perra suerte. ¿Quién demonios les había metido en aquel fregado, ni qué iban ellos ganando con que *la Cristina* le birlara la Regencia á Espartero? En verdad que habían sido unos grandes idiotas, apartándose de la ley que ligaba sus vidas y su honor militar al Gobierno establecido. ¿Quién les metía en el ajo de quitar y poner Regentes? ¿Quién les hizo instrumento de la ambición de unos cuantos caballeros de Madrid, y de media docena de militares que querían empleos y cinta-

jos?... ¡Y que no era flojo el riesgo que corrían los pobrecitos miñones! Desde Vergara á la frontera ¿quién les aseguraba que no toparían con un destacamento de tropas leales? En un abrir y cerrar de ojos serían despachados para el otro mundo, y aun podría suceder que los señores que les habían arrastrado al delito alcanzasen misericordia; para los hijos del pueblo, no habría más que rigor y cuatro tiros... Aun suponiendo que pudiesen escapar, ¿qué vida les esperaba en Francia? ¿Por ventura se encargaría de mantenerles *la Reina esa*, por quien se habían jugado la vida? ¡Ay, ay! el pobre siempre pagaba el pato en estas tremolinas; para el pobre, en la derrota ó en el triunfo, no había más que desprecios y mal pago... ¡Qué mundo éste! Valía más ser animal que español.

Estas ideas rumiaban, esto se decían, y en verdad que no habría sido vituperable su razonamiento si de él no saliese, como de la fermentación el gusano maligno, un ruín propósito. A dos de ellos se les ocurrió en el curso de la conversación; pero no se atrevieron á manifestarlo. Un tercero, que era sin duda el más arriscado, se lanzó á exponer la terrible idea, y la primera impresión que en los demás produjo fué de miedo; un miedo más vivo que el de

la propia muerte. Eran hijos de familias honradas, y desde niños habían visto en sus hogares la norma de todas las virtudes, el temor de la infamia y el aborrecimiento de la traición. Callaron un rato, y la perversa idea hizo nido en el cerebro de cada uno de ellos, empollando diversas ideas que corroboraban la idea madre. El mismo iniciador de ésta la explanó hábilmente, revistiéndola de aparato lógico; achicó los inconvenientes morales, agrandó las ventajas. En primer lugar, salvaban sus vidas, y esto de mirar por las vidas era cosa buena, pues para que el hombre se defendiese de la muerte, le había dado Dios la inteligencia. En segundo lugar, se ponían en buena disposición con los que mandaban: Dios había dicho que debe darse al César lo que es del César. A más de esto, ¿quién dudaba que Espartero era el más valiente entre los españoles? Zurbano no le iba en zaga en el valor; sólo que se pasaba de bruto, hablaba mal, y tenía la mano muy dura. Pero pues era el hombre que más podía en aquellas tierras, hijo también del pueblo, debían favorecer sus ideas y ponerse á su lado para todo. Por último, triunfantes ó vencidos, su sino era quedarse tan miñones como antes, con la triste paga, el rancho mísero y la condición de soldados rasos. Buenos tontos serían

si no sacaban algún provecho de la trapisonda en que se habían metido. Cierto que alguien saldría diciendo si eran tales ó cuales... pero ellos no *habían dado el grito;* éllos no habían levantado la bandera de Cristina, ni entendían de estas cosas. Zurbano había ofrecido diez mil duros por la cabeza de Montes de Oca: deber de ellos, que la tenían en la mano, era entregar aquella cabeza, la verdaderamente culpable, la que *había dado el grito*. Y no dijeran que era una lástima entregar al pobre D. Manuel, indefenso, para que en él se cebara el furor de los vencedores. Por fas ó por nefas, la vida de D. Manuel era ya cosa perdida. En su persecución iban ya varias columnas, y pronto le cazarían como á una liebre. Podría suceder que entregándole ellos, se compadeciera Zurbano del infeliz señor, y que el gran Espartero le perdonase, con lo cual quedaban todos contentos, Montes de Oca con vida, y ellos, los pobrecitos miñones, con sus diez mil duros en el bolsillo, á mil doscientos cincuenta duros por barba.

El que pronunció el discursillo que extractado se copia, había empezado á estudiar para cura en Vitoria, sirviendo luego de amanuense á un escribano de la Puebla de Arganzón, y en sus diferentes tareas escolares se le había pe-

gado el arte del sofista. Cedieron prontamente algunos de los compañeros; para reducir á los otros fué necesario que el orador emplease lo mejorcito de su arsenal dialéctico, y al fin convinieron todos en consumar sin demora la execrable acción. La obscura noche les estimulaba... el silencio les envalentonó para un hecho que exigía sin duda más arrojo que el desplegado en los combates. El coloquio vascuence en que desarrollaron su plan y los procedimientos más seguros para ponerlo en ejecución, duró apenas un cuarto de hora; y bajaban tanto la voz que apenas se oían, temerosos de que la mula y las vacas, únicos testigos de la terrible conferencia, la entendiesen y renegasen de tal villanía, como honrados animales.

XXV

El modo y forma de hacer efectivo su pensamiento fué para los miñones sencillísimo. Lo propuso uno que en su niñez desplegaba felices disposiciones para robar fruta en las huertas, y alguna que otra gallina en los corrales. Salieron los ocho á un cercado frontero á las dos casas en que se alojaban los paladines de

la Reina, y con fuertes voces empezaron á gritar: «¡Zurbano, Zurbano!...» El efecto de este toque de diana fué inmediato y decisivo. Los caballeros durmientes saltaron despavoridos de sus lechos, y á medio vestir lanzáronse fuera por los primeros huecos que abiertos encontraron: Egaña saltó por una ventana, y á Piquero se le vió surgir por un boquete angosto que daba al campo en la parte posterior del edificio. Poner el pie en tierra y apretar á correr en busca de la espesura del monte más cercano, fué todo uno. Los otros dos, tomando la salida por la puerta con más tranquilidad, no tardaron en desaparecer. Como en los incendios y naufragios, cada cual se afanaba por salvar su propia pelleja sin cuidarse de la del vecino. Dos miñones pusiéronse de guardia en la escalerilla estrecha que á la estancia ocupada por el jefe conducía, con objeto de apresarle cuando saliese, y viendo que tardaba, presumieron que se había escondido en los desvanes. Los inquilinos de la casa, un hombre y dos mujeres, que á poco de sonar las primeras voces de alarma abandonaron también sus madrigueras y vieron la veloz huída de los cuatro señores, aseguraban que el quinto de ellos no había salido. Viéronse precisados los traidores á subir en su busca, creyendo que, ó se había muerto del susto, ó que por

escrúpulo de conciencia quería expiar sus culpas bajo el poder del temido Zurbano.

A las primeras luces del alba subieron dos miñones, el de los discursos y otro que blasonaba de arrojado, al aposento mísero donde reposaba en un pobre camastro el jefe de la insurrección, y le hallaron profundamente dormido. Su tranquilo sueño era la expresión de su ciega confianza en los ocho corazones alaveses á quienes había entregado su vida. Por un instante creyéronle muerto: tales eran el reposo y palidez de sus nobles facciones. Uno de ellos le llamó: «D. Manuel, Sr. D. Manuel...». No despertaba. Imposible parecía que con la batahola y vocerío que armaron los guardianes, durmiese con sueño de ángel aquel hombre que reunía en su espíritu la fiebre poética y el bélico ardor. Fué preciso sacudirle de un brazo para que despertase. Abrió al fin los ojos, y miró largo rato á los dos chicarrones, sin darse cuenta de lo que ocurría. «¿Es hora de salir? —dijo.—Vamos al momento. ¿Se ha levantado Piquero?»

El más desenvuelto de los dos traidores quiso expresar el verdadero sentido de la situación, y no halló la frase propia. «Es usted preso—dijo el otro, cortando por lo sano;—los demás señores han huído; usted no puede, Don

Manuel, y ahora se viene con nosotros á Vitoria.»

Empezaba el infeliz hombre á comprender la situación; pero aún no la veía en toda su trágica realidad, ni le entraba fácilmente en la cabeza la idea de que los honrados hijos de Alava le apresaban para venderle por los diez mil duros que ofrecía Rodil. Se incorporó vivamente; miró en torno suyo. No tenía armas; nunca creyó que podía necesitarlas. «¡Y vosotros—dijo,—me prendéis y me lleváis á Vitoria...! Pero no lo haréis movidos del premio que dan por mí. No valgo yo tanto, amigos.

—Sr. D. Manuel—dijo el valiente, ya repuesto de su turbación,—no nos enredemos en palabras que no vienen al caso. Vístase pronto, que tenemos prisa.

—Está bien—replicó Montes de Oca, pasando brevemente de la ira á la resignación, por la virtud de su grande alma.—Me vestiré al instante. Habría sido mejor que no viniéramos acá. Mi deseo, yo lo sabéis, era no salir de Vitoria y esperar allí á los vencedores. Entregándome yo, los diez mil duros habrían sido para mí, aunque... ¡sabe Dios la cuenta que me harían!... Bueno, hijos: pues tenéis prisa, ahora mismo nos vamos. Dejad que me lave un poco: es costumbre mía, que vosotros sin duda

no tenéis. Amanece yá; saldremos con la fresca, y marcharemos tan rápidamente como queráis.»

Partieron á escape: á los miñones se les hacían siglos las horas que faltaban para cobrar el importe de la res que vendían. Para recorrer la tiradita desde Vergara á Vitoria en el menor tiempo posible, echaron por los atajos y desfiladeros más apartados de toda población, temerosos sin duda de que algún destacamento de tropas les quitase la gloria de su hazaña y el precio de su botín. Dieron á D. Manuel un caballejo, y tanta era la prisa, que no cuidaron de llevar víveres, ni fácilmente podrían adquirirlos en las soledades por donde caminaban. Tiraron hacia Legazpi, y de allí á los altos de Aránzazu, royendo mendrugos de pan el que los tenía. En uno de los breves descansos que hicieron, más por dar alivio á la caballería que al desdichado jinete, manifestaron á éste que, hallándose preso y á disposición de las autoridades, maldita falta le hacía el dinero que aún conservaba en sus bolsillos para los gastos de la insurrección primero, de la fuga después. Dió Montes de Oca una prueba de buen gusto y de austera dignidad evitando toda discusión sobre el infame despojo, y entrególes, sin el honor de una protesta ni de un comentario, la

culebrina en que llevaba unas cuantas onzas, que no llegaban á diez, y alguna plata menuda. Y hecho esto, arrearon de nuevo.

Hablaban los miñones entre sí el idioma vascuence, del cual el infeliz preso no entendía palabra, resultándole de esto un tormento mayor: el sentirse más aislado, más lejos de su patria. Entre ésta y el poeta se interponían un suelo desconocido, una gavilla de bandoleros y una jerga que nada decía á su entendimiento ni á su corazón. En el fatigoso paso por veredas y trochas, mortificado del hambre y la sed, sin otro sentimiento inmediato que el desprecio que le inspiraban sus guardianes, sufrió el desdichado caballero indecibles angustias. No había para él más consuelo que aislarse, con esfuerzo de su viva imaginación, procurando no ver fuera de sí más que la Naturaleza, y dentro las hermosuras de su grande espíritu, así en el orden moral como en el estético. Las bellezas del paisaje y del cielo, las ideas propias, que iba sacando del magín con cariño de avaro, para en ellas recrearse y volver á esconderlas cuidadosamente, permitiéronle, si no el completo olvido de su desgracia, alguna distracción ó alivio pasajero. Mas las exigencias físicas del hambre y la sed le volvían á la realidad de su martirio; otra vez era el hombre

vendido, la bestia llevada al matadero por cuatro carniceros infames, y la ininteligible cancamurria vasca otra vez le cortaba el cerebro como una sierra.

La molestísima andadura del jaco, apaleado sin cesar por los miñones, magullaba los huesos del pobre jinete. Habría preferido caer al suelo y que en él le fusilaran sin compasión; pero su vida valía diez mil duros, y no podía esperar de los mercaderes una muerte gratuita. Estas ideas lleváronle á mayor resignación y á conformidad más profundamente cristiana con su fiero destino. El sentimiento caballeresco y la ilusión del sacrificio pudieron tanto en su alma, que no le fué difícil llegar á la tranquilidad ascética que permite soportar un intenso padecer, y aun alegrarse de los martirios. Instantes hubo en que se creyó dichoso de ser tan infeliz, y el goce amargo de los sufrimientos refrescaba su alma, y la erguía, y la vigorizaba para mayores resistencias. Hermoso era el dolor, bellas las angustias que preceden á la muerte. Contra nadie tenía queja. Y no creía ciertamente que la persona por quien en tal suplicio se veía un hombre de bien, fuera indigna de semejante holocausto, no. Todos los males presentes y otros peores que vinieran los sufría gustoso por la Reina, por una divinidad que no habría sido

bastante divina si no creara mártires, si ante su triunfal carro no cayeran aplastadas cien y cien víctimas. Bien sabía la Reina lo que sus fieles padecían por ella, y bien empleado estaba que los caballeros penaran y murieran, para que sobre tantos dolores y sacrificios se alzara la gloriosa *redención monárquica.*

¡Y los malditos alaveses arreando sin descanso, como diablos solicitados de la querencia del infierno! «Basta, hombres, basta, que ya llegaremos —les dijo Montes de Oca, compadecido del caballejo más que de sí mismo.—Por mí no me importa; pero vosotros tampoco vais á ninguna fiesta. Tened lástima del pobre animal, que no puede ya con su alma.» Vino la noche, y con ella redoblaron los palos sobre la cabalgadura... No corrían: volaban. En un día anduvieron *diez y siete leguas*, imposible jornada cuando se va en seguimiento del bien, ó á realizar una noble acción. Sólo el mal hace á los hombres tan ligeros. A las nueve de la noche llegaban á las proximidades de Vitoria, donde pararon, mandando aviso por dos de ellos al General Aleson, con las nuevas de la valiosa presa que traían. Tropas llegaron al instante y se hicieron cargo del reo, llevándole con no poco aparato de fuerza á la Casa Consistorial, que entonces estaba en San Francisco, donde tam-

bién había cuartel. A la luz de tristes faroles entró el jefe de la insurrección en el aposento que le destinaron, y lo primero que con él se hizo fué registrarle para ver si tenía documentos de algún valor. En efecto: descuidado como buen poeta, conservaba en sus bolsillos dos papeles que había escrito antes de la salida de Vitoria, y que se olvidó de destruir. El uno era una carta dirigida á O'Donnell en que amargamente se quejaba del abandono en que se le tenía. «Ni un fusil, ni un real, ni una comunicación he podido conseguir á pesar de mis esfuerzos... Si hubiera tenido armas, á esta hora contaría la Causa de la Reina con un ejército de 20.000 hombres... Si se pierde esta coyuntura, la Causa de nuestra Reina se hundió para siempre...» El otro era un oficio en que se leía: «*Gobierno Provisional*... Excelentísimo Sr.: Este infame pueblo nos ha vendido, y su Ayuntamiento ha oficiado á Zurbano diciéndole no harán resistencia y me entregarán... Se hace, pues, indispensable abandonarlo, y lo verificamos esta noche...» Aquí se ve cuán galanas cuentas hacen los revolucionarios, cuya imaginación fácilmente traduce en realidad los deseos locos. ¡Fusiles, dineros! ¿Pero de dónde los había de sacar O'Donnell? Para él los hubiera querido. El que no sabe allegar estos in-

gredientes antes de izar la bandera, que no se meta en tales andanzas.

Después de bien registrado, entraron á verle el General Aleson y el jefe político, que, según se cuenta, no estuvo cortés ni generoso con la víctima. Tras estos llegó el Coronel D. Santiago Ibero, encargado de cumplir el sanguinario bando de Rodil, lo que en realidad no exigía larga tramitación. Bastaba con identificar la persona para proceder al corte de cabeza, con lo cual quedaba fuera de combate la hidra revolucionaria. Luego declaró el reo con voz entera su nombre, el pueblo de su nacimiento (Medinasidonia), su estado (soltero), su edad (treinta y siete años menos dos meses). Otras cosas dijo que no fueron más que una nueva página de poesía política.

Al quedarse solo con Ibero, Montes de Oca le dijo afectuoso: «No es la primera vez que nos vemos.

—En el castillo de Olite...

—Y alguna vez antes.

—Alguna vez, sí señor—replicó Ibero saciando sus miradas en el rostro del infeliz reo. —No una sola vez, si es fiel mi memoria... Perdone usted que le mire y le remire... Deseaba mucho verle; pero no, válgame Dios, en esta tristísima situación.

XXVI

—Si á usted no le parece mal—dijo Montes de Oca, sin aliento casi, estirando sus miembros doloridos,—descansaré. No tiene usted idea de cómo me han traído esos perros, de Vergara á Vitoria. Creí que me quedaba en el camino, y no habría sido malo para mí.

—He mandado que le pongan á usted una buena cama, y podrá descansar. También se le traerá la cena. Yo siento mucho que usted no hubiera sido más cauto en su fuga. Debió usted salir de aquí en la noche del 17, en la diligencia que le prepararon sus amigos.

—Qué quiere usted... No tengo, no he tenido nunca el instinto de la fuga. Me siento amarrado al puesto en que me coloca mi deber. No quería Piquero que yo partiese sin él, ni quería yo dejarle aquí. Juntos nos lanzamos á esta calaverada, juntos debíamos salvarnos ó perecer. No me pasó nunca por la cabeza que los miñones fueran mi Judas.

—Egaña y Ciorroga ¿por qué no impidieron este oprobio que los miñones han arrojado

sobre la raza alavesa? Si aquí mandara yo, crea usted que después de darles el dinero les mandaría hacer testamento, y les fusilaría sin escrúpulo de conciencia.

—¡Ah! esto no puede ser,» replicó el reo, que de improviso apartó su mente de aquel asunto, más atento á la cama que entraron los asistentes, y á designar el sitio donde debían ponerla.

Dió sus órdenes con serenidad, cual si se hallara en las ocasiones ordinarias de la vida, y volviendo la espalda al Coronel, ayudó á colocar los cojos bancos sobre que se ponían las desunidas tablas, para sostener los colchones.

«Agradeceré mucho—dijo cuando los asistentes traían sábanas y abrigo,—que me den lo necesario para asearme un poco: agua, cepillo, peines. Nada me molesta como la suciedad, y este viaje ha sido funesto bajo el punto de vista de la pulcritud... Mire usted qué manos... Mi pelo es un bardal...»

Dió órdenes Ibero de que se le trajesen los avíos de tocador de que se pudiese disponer, y agua abundante.

«Es triste cosa—dijo Montes de Oca quitándose el gabán y la levita, y preparándose á un breve lavatorio,—que siendo yo fanático por la limpieza, me vea en tal suciedad. No se

asuste usted ni me riña si le digo que mi intento ha sido lavar al país... Y ahora resulta que no se deja... como los niños mal criados que no tienen más gusto que revolcarse en el fango de los caminos... Y yo, tan aficionado al aseo general, ahora me veo en la porquería particular más repugnante, sin otro consuelo que unos cuantos buches de agua para darme un refregón en cara y manos... Pero, en fin, pronto no me hará falta el agua para estar bien limpio.»

Terminada la frase con un gran suspiro, empezó sus abluciones, que la corta medida del agua había de limitar más de lo que él quisiera. Salió D. Santiago á prevenir la cena, ordenando que fuera lo mejor posible, y al volver junto al preso, le encontró refregándose el rostro con la toalla.

«Pues sí—dijo Montes de Oca expresando lo que había pensado durante el lavatorio,—la noche de marras, ¿se acuerda usted? cuando nos conocimos en una casa... el nombre de la calle se me ha ido de la memoria... Pues yo le emplacé á usted...

—Y yo anuncié á usted y á Gallo que esto era una locura y...

—Justamente. Cada cual dijo lo que sentía. Este desastre, que tengo por accidental, no

modifica mis ideas sobre lo fundamental. Hoy hemos sido vencidos; somos la primera fila de combatientes, que tropieza y cae. Pero detrás vienen otros y otros... No lo dude usted: triunfarán la verdad y la justicia. No puede ser de otrá manera. Confirmo, pues, mi pronóstico.

—Y yo el mío... Pero no es ocasión de empeñarnos en discusiones ni en alabarnos de profetas. Los grandes cambios de la vida general vienen cuando ellos quieren, y no está en nuestra mano traerlos fuera de tiempo. ¿No piensa usted lo mismo?

—No, señor—dijo Montes de Oca, peinando con fruición su espléndida cabellera,—y dispénseme que le contradiga. Es deber del hombre impulsar los acontecimientos buenos, los que realizan la justicia y el bien, porque si nos abandonamos, si la apatía nos vence... el mal se hará dueño del mundo.

—Cierto; pero no confundamos los acontecimientos buenos, como usted dice, con los que parecen tales por la forma engañosa que les da nuestro deseo... ó si se quiere, nuestro fanatismo.

—¡Fanatismo! Sí, á eso vamos á parar. El mío tiene por objeto de su culto las cosas eternas. Vea usted por qué no estoy tan afligido y

agobiado como corresponde á mi situación, según el criterio vulgar.

—Muy bien, señor mío. Pero yo sé que no pensaban mucho en las cosas eternas otros que se lanzaron á esta insensatez,—afirmó Ibero, que antes de concluir la frase, cayó en la cuenta de su inoportunidad.

—Quítense ustedes el éxito, y hablaremos de lo que es insensato y de lo que no lo es—dijo Montes de Oca, ya peinado, sentándose frente al Coronel, rodillas con rodillas.—Por de pronto, este pobre vencido y condenado sostiene ahora que vale más, mucho más, hacer locuras por la justicia y la verdad, que hacer cosas muy sensatas y muy correctas por la usurpación y por la mentira. Yo he cumplido con mi deber; mi conciencia no hace ahora distinciones entre la demencia y la cordura: no ve más que lo justo y lo injusto. Con lo justo estuve y estoy, con todo lo que vemos de la parte de Dios. Soy religioso: la muerte no causa terror á los hombres de acendrada fe. ¿Qué tiene usted que decir?

—Nada, nada más sino que admiro su entereza, y que me causa vivo dolor ver que hombres de tal temple... En fin, señor mío, hablemos de otra cosa, porque al paso que vamos resultará que tendrá usted que consolarme á mí y darme

ánimos, cuando lo que procede... Ea, ya está aquí la cena. ¿Tiene usted apetito?

—Regular—dijo el reo preparándose á caer sobre el primer plato.—Antes de lavarme sentía gran debilidad... Realmente necesito alimentarme para que no se apoderen de mí las ideas tristes... No le invito á usted á que me acompañe, porque habrá cenado á hora más conveniente. Los condenados á muerte tenemos unas horas absurdas para nuestras comidas.»

Empezó con médiano apetito, y según avanzaba iba recibiendo más gusto de la cena. Mientras ésta duró, oyéronse mugidos del viento: las persianas del único balcón de la pieza se movían con lastimero chirrido, y en los buhardillones sonaban porrazos, como de algún batiente abierto que era juguete de las impetuosas ráfagas del aire.

«Viento del Oeste,—dijo D. Manuel con absoluta serenidad, sin dejar de comer.—Esta tarde, cuando bajábamos por las Peñas de Zaraya, soplaba el Sur sofocante. El cáriz del cielo me dijo que antes de media noche rolaría el viento al tercer cuadrante.

—Y tras este ventarrón tendremos agua.

—Si se agarra al Sudoeste, tal vez; pero por la intermitencia de las rachas, paréceme que

rola al Noroeste... Vendrá el agua... pero más tarde... No seré yo el que se moje.

—¡Quién sabe...!

—Que no, digo. Le apuesto á usted todo lo que quiera á que no me mojo...»

Le vió Ibero soltar el tenedor y quedarse inmóvil, fija la vaga mirada en el mantel. Quiso decirle algo, y aun pronunció algunas palabras de vulgar consuelo; pero pronto enmudeció. Le constaba que no había esperanza: era por tanto crueldad llevar al ánimo del reo una vana ilusión, que al desvanecerse haría más acerbo su suplicio. No se le ocurrió más que la simplicidad de invitarle á dormir, buscando en el sueño la reparación de fuerzas. ¿Y para qué las necesitaba?... Más inquieto por su descanso que por su vida, el reo formuló una pregunta:

—Dígame: ¿querrán que esta noche amplíe mi declaración?

—Mañana quizás. No piense usted ahora más que en descansar.

—¿De modo que por esta noche no vienen á molestarme? Magnífico... Pues si usted me lo permite, me acostaré ahora mismo.

—Y dormirá. El cansancio es un excelente narcótico.

—Yo tengo un sueño fácil. Dormía profundamente cuando los miñones tramaban venderme.

—¿Y este furioso viento que hace ruidos tan extraños no le impedirá dormir?

—¡Quiá! ¡No me despertó la traición, y cree usted que me despierta el aire! Ya conozco yo al viento: somos amigos. No es malo el viento, no; por lo menos, traidor no es. Mejor estaría yo ahora en medio de la mar que aquí. A un temporal duro del Oeste se le capea; á una mar gruesa se la domina poniéndole la proa; ¿pero contra estas infamias de los hombres qué podemos?

—¿Y por qué dejó usted la vida del mar por las ignominias de la política?

—¡Ah! no puedo contestarle tan fácilmente... Mucho hablaríamos usted y yo si tuviéramos tiempo; pero ya verá usted como no lo tenemos... Llevarán las cosas muy á prisa, y más vale así.

—Sí: más vale... Pero no se detenga usted si quiere acostarse, ni le importe que yo esté presente.

—Gracias. Pues es usted tan amable que me permite el descanso, me acostaré.»

Y diciéndolo, iba dejando sobre dos sillas próximas las prendas que se quitaba. Ibero, que desde la llegada y entrega del prisionero se sentía devorado por intensísima curiosidad, anhelando aclarar un punto obscuro de sus

breves conexiones con el interesante cuanto infeliz caballero, creyó que la ocasión era propicia para permitirse apelar á su confianza. «Sr. de Montes de Oca—le dijo cuando el reo acababa de meterse en la cama,—quisiera que me sacase usted de una duda... Hemos recordado esta noche la entrevista que tuvimos Gallo, usted y yo...

—La tengo tan presente como si hubiera sido ayer.

—Y yo... Pero no es eso. Yo estoy en que nos vimos después en otra parte.

—¿Después... cuándo, dónde?—preguntó el condenado mirándole un rato con gran fijeza.

—Si no sabe usted cuándo y dónde, es que no recuerda, ó que en efecto no me vió... ó que no le conviene decirlo...

—Desde la entrevista con Gallo, no volví á ver á usted hasta que nos encontramos en el castillo de Olite.

—Perdone usted,—dijo Santiago notando disgusto en la fisonomía del preso;—cometo quizás una inconveniencia interrogándole... Quitar á su descanso algunos minutos es verdadero crimen. Me retiraré para que usted duerma.

—Gracias. Pues mire usted, aunque parezca mentira, tengo sueño.

—¿Y dormirá?

—Creo que sí. Cuando navegaba, dormía sosegadamente en las noches de temporal duro, siempre que no estaba de guardia, se entiende. Ahora, no sé... En fin, pásese usted por aquí dentro de un rato y lo verá.»

XXVII

Retiróse Ibero en un estado de agitación vivísima, pues la persona y circunstancias del reo, su figura, su palabra, su no afectada filosofía, le trastornaban profundamente. Diera él por salvarle la vida parte de la suya; mas no estaban las cosas para esperar clemencia, ni había posibilidad de que por caminos indirectos é ilegales se desviase de la muerte la desgraciada vida de D. Manuel Montes de Oca. Fué á visitar al General Aleson para darle cuenta de las medidas tomadas para la seguridad del prisionero, de la resignación y estoicismo de éste, y acordaron el plan de servicio para el siguiente día, que habría de ser en Vitoria día de luto. Tímidamente apuntó Ibero la idea de perdón; mas ni aun le dejó tiempo el General de expresarla por entero, y le mostró la orden de

Rodil, disponiendo la inmediata ejecución del preso... ¡y hasta fijaba la hora, como suele fijarse la de una fiesta! Llena el alma de amargura volvió Santiago al Ayuntamiento y á las habitaciones habilitadas para prisión y capilla. En ésta los soldados de guardia dormitaban en un banco, y dos ordenanzas, asistidos por empleados del Ayuntamiento, preparaban la mesa en que se había de poner el altar: los candeleros y el Cristo estaban aún en el suelo, junto con una Dolorosa, arrimadita á la pared. Encargó el Coronel á su gente que despachase pronto la faena, evitando cuidadosamente todo ruido, para no despertar al pobre reo. Como objetaran los tales que no podían colocar el cuadro de la Virgen sin clavar alguna escarpia, les ordenó el jefe que toda operación ruidosa se aplazase hasta la mañana.

Entró luego de puntillas en el dormitorio, alumbrado por un velón delante del cual se había puesto un grueso libro de canto, haciendo de pantalla, y vió al reo profundamente dormido. El suave ritmo de su respiracion indicaba un sueño dulce, y éste era la forma visible de una conciencia tranquila, de un cerebro despejado de cavilaciones. Parecióle mentira al Coronel lo que veía, y admiró al mártir dormido más que le había admirado despierto. Cautelosamente

abandonó la alcoba, despidió á los que armaban el altar, pues tiempo había de ponerlo todo muy bonito á la mañana siguiente, y se quedó solo con la guardia. Poco después entró el oficial que la mandaba; acordaron entre los dos que los soldados estarían mejor en la estancia próxima, guardando la puerta por el exterior; y pues la alcoba del preso ofrecía completa seguridad, por no tener otra puerta que la de comunicación con la capilla, no era preciso poner gente en ésta. El patio á que daba el balcón de la alcoba estaba perfectamente custodiado, y ni en sueños se podía temer una evasión. Además, el preso era un santo, un verdadero santo, que con su propia mansedumbre, con su resignación cristiana y filosófica se guardaba. Poco después de este breve diálogo, Ibero estaba solo en la capilla, alumbrada por dos cirios del altar, que encendió por sí mismo, pues no gustaba de la obscuridad. Se paseó de un ángulo á otro; pero asustado del ruido de sus pasos se sentó en un sillón de cuero, traído expresamente para que lo ocupase el cura en el momento de la confesión.

«Yo, que no estoy en capilla—se dijo,—no podría dormir ni un minuto en esta noche de ansiedad y amargura; y ese hombre... Pero no he visto otro como él, ni creo que exista en el

mundo. Señor, ¿de qué materia y de qué espíritu le has hecho?... ¿Esa serenidad es convencimiento de que ha luchado y muere por una causa justa? Convencimiento es, aunque erróneo, que es como decir obcecación.. Hombres así quiero para toda causa que yo defienda. Buen ejemplo nos da, bueno. No lo olvidaré, por si algún día me toca la china....» Divagó un instante el pensamiento del Coronel, siempre alrededor del mismo sujeto y asunto, y vino á parar en la idea dominante: «Voy creyendo que no es *el caballero de Rafaela*... Avivo mi memoria, y la semejanza de éste con el que ví en aquel instante breve, no es, en efecto, de esas semejanzas que alejan toda duda. Aquél era más alto, y como guapo, qué sé yo... Éste tiene quizás más expresión, más dulzura en el rostro... ¿En qué me fundaba yo para creer que aquél y éste fuesen uno mismo? Era presunción mía... un no sé qué... el dato de ser hombre superior, de alta posición, según Rafaela me dijo; el dato de que allí estaban tramando esta revolución... No es delicado, no; no es humano que le haga yo preguntas sobre los sitios en que conspiraba.» Al pensar esto, sintiéndose ya con amagos de somnolencia, oyó violentísimas sacudidas del viento y los bramidos lastimeros que daba al pasar rascándose contra las pare-

des del vetusto edificio. En la techumbre sonaba también un traqueteo metálico, como si un tubo de chimenea, tronchado por el huracán y sujeto aún á su base por una tira de latón, quisiera desprenderse y volar. Entre estos desapacibles ruidos, creyó sentir también algo como un suspirar vago, como articulación de tenues sílabas... Sin duda Montes de Oca hablaba dormido, agobiado quizás por una pesadilla. Asomóse pausadamente Ibero á la puerta de la alcoba, y distinguió en la penumbra el rostro del durmiente en la propia disposición en que antes lo viera, brazos y manos en la misma postura.

Instalado de nuevo el Coronel en su sillón de cuero, que, dicho sea de paso, no carecía de comodidad, estiró las piernas sobre una silla próxima, diciéndose: «Parece que el sueño de ese hombre bendito, de ese caballero sin mancilla, me contagia... No creí que podría yo pegar mis ojos esta noche... Pero no, no es esto sueño: es modorra, el gotear lento de mi tristeza... Ahora cesa el viento... gracias á Dios. Se le oye distante, no como si él se alejara, sino como si le enterraran á uno... A ese hombre hermoso, honrado y bueno, víctima de un fanatismo como otro cualquiera; vencido en la plenitud de la fuerza y de la vida, le enterraremos ma-

ñana, no porque él se muera, que bien sano está, sino porque le matamos. Y mis soldados, por orden mía, serán los que le hagan fuego... Esto es horrible... Mentira parece que se duerma uno pensando estas cosas... Pero no es dormir: es sentir en hondo, y pensar en negro... No me duermo, no.»

Y diciendo que no se dormía, quedóse en ese estado intermedio y confuso que es un soñar en vela, ó un insomnio con descanso. Razonaba su propio soñar de esta manera: «La prueba de que no duermo es que oigo los mujidos del viento, y veo todo lo que hay en la capilla: las velas de cera, la Dolorosa, que todavía está en el suelo... Yo dispuse que se dejara para después la operación de colgarla en su sitio, y convine con Rafaela en que ella clavaría la escarpia... Debe de ser la hora convenida, porque aquí entra Rafaela Milagro con el martillo... Se acerca á la alcoba, observa, ve que duerme D. Manuel, y no quiere despertarle... Aún es pronto, mujer—dijo Santiago á su amiga, que en forma corpórea, dormido ó despierto, pues esto no estaba bien claro, ante sí veía.—Luego colgaremos tú y yo la santa imagen, que, entre paréntesis, se parece mucho á tí.»

Desapareció Rafaela sin que Ibero pudiese advertir por dónde, y durante un lapso de tiem-

po de inapreciable dura, perdió el Coronel toda sensación de la realidad. Sonaron de nuevo las voces del viento en forma y tonalidad muy singulares. Por las rendijas de las cerradas maderas se colaban los filos del aire, y tanto se oprimían, que el sonido se aguzaba y era más lastimero y terrorífico. A ratos entraban palabras delgadas y larguísimas, que decían cosas... conceptos de estructura semejante á la de una espada. Rafaela volvió á presentarse, con el cabello suelto y una calavera en la mano, y llegándose á Ibero le dió un golpe en el pecho, diciéndole: «Eres un cobarde, un vil, si permites que le maten...

—¿Pero qué puedo hacer yo, mujer?...

—Es facilísimo. Yo le despertaré. Mientras se viste, tú mandas que se retire toda la tropa que hay en el patio. El y yo nos descolgaremos por el balcón. Tengo dos llaves para poder salir al otro patio y á la calle.

—¿Y yo... pero yo...?

—¡Tú!... Harás lo que me has dicho: ó pegarte un tiro, ó dar la cara como encubridor de la fuga, sacrificando tu honor militar. Escoge lo que te parezca mejor.

—Necesito un día para pensarlo. Déjame ahora.»

El chillar horrísono de las palabras que se

introducían por las junturas taladraba los oídos del buen Coronel. Llevóse ambas manos á las orejas para cortar el paso de las voces fieras, insultantes, provocativas que querían penetrar en su cerebro... Vió á Rafaela pasar velozmente de una parte á otra de la estancia y meterse en el dormitorio del reo. Hizo un movimiento para detenerla...

XXVIII

Vió D. Santiago al oficial de guardia, que ante él se inclinaba, repitiendo una pregunta que acababa de formular sin obtener contestación. Tuvo el Coronel la palabra en la boca para decirle: «Esa mujer que ha entrado aquí, ¿dónde está?» Pero no tardó en comprender la incongruencia de este concepto, y sólo dijo: «¿Qué hay?

—Mi Coronel, ya es de día. Creo que el preso ha despertado. Los señores capellanes están á sus órdenes. ¿Les mando que entren? ¿Se acabará el arreglo de la capilla?

—Es muy temprano aún. Retírese usted, y los capellanes que aguarden hasta que se les avise... Yo no dormía. Es que me duele horri-

blemente la cabeza. Este maldito viento...»

Nuevamente solo, sintió toser á Montes de Oca, y allá se fué casi de un salto. El reo había despertado, conservando la misma postura del sueño, y recibió á su amigo con una sonrisa cariñosa y un cortés saludo. «¿Se ha descansado?—fué lo único que dijo Ibero, que recayendo en su incertidumbre, registró con inquieto mirar toda la estancia.

—Es de día—dijo Montes de Oca.—¡Qué pronto viene!

—Aún puede usted descansar un poco; yo se lo permito.

—Lo agradezco. Aunque no dormiré más, me quedaré un ratito en la cama... Créame usted: están mis pobres huesos como si me los hubieran roto. No puedo moverme. Deme usted un cigarro.»

El Coronel le alargó su petaca; cogió de la misma un cigarro para sí, y encendiéndolo en la lámpara, dió lumbre al reo. Cuidóse luego de apagar la luz y de abrir las maderas para que entrase la claridad del día. Iluminado por ella, el rostro del reo salía de la noche y del sueño con marcada expresión de santidad, y cuando se incorporó con la dificultad premiosa de sus huesos doloridos, Ibero le halló más demacrado que la noche anterior, y notó en su

semblante mayor dulzura y serenidad. Pero debía de ser ilusión, efecto quizás de la débil luz matutina, porque no podía una sola noche determinar cambio tan brusco, habiendo cenado y dormido el hombre como en días normales. «Esta es la mía—se dijo Ibero sentándose junto al lecho, y viendo cómo se confundía el humo de los dos cigarros.—No encontraré mejor ocasión para salir de dudas. Haré mi pregunta con la mayor delicadeza: ¿Conoce á una tal Rafaela Milagro, viuda...? ¿Salió con ella de una casa, *etcétera?*... «No había encontrado aún la fórmula más discreta para empezar, cuando Montes de Oca se le anticipó planteando la conversación á su gusto.

«Las ocasiones críticas de nuestra existencia—dijo,—son las más propicias para avivar en nosotros el recuerdo de cosas pasadas, á veces muy remotas, representándonos los sucesos lejanos tan vivos como si fueran de ayer; y lo más particular es que comunmente reproducimos, en estos casos críticos, escenas, pasajes y actos que no tienen nada que ver con nuestra situación presente. Le contaré á usted un prodigio de mi memoria, si no le molesta oirme.

—De ningún modo... ¿Ha tenido usted sueños, reproducción fingida de lo que fué real...?

—Algo soñé; pero fué después, hallándome

despierto, poco antes de que usted entrara, cuando ví repetirse en mi mente un suceso de mi vida pasada... con tal viveza, amigo mío, que llegué á creer que no vivía en este tiempo, sino en aquél, y que no pasaba lo que ahora pasa, sino aquello... ¡Cosa más rara!... Óigalo usted. Ello fué el año 29: yo tenía entonces veinticinco años, ¡dichosa edad! y era alférez de navío... No crea usted, había navegado mucho: en la fragata *Temis*, en la *Sabina*, en la *María Isabel*, en la corbeta *Zafiro*. Ya me conocían los mares... Pues, como digo, hallábame én Cádiz, cuando encalló en aquellas playas un barco de piratas, y reducidos á prisión todos sus tripulantes, resultó la más execrable patulea de bandidos que se pudiera imaginar. Sus declaraciones espantaban: incendios de buques, asesinatos de navegantes, robos inauditos, violaciones de mujeres, cuantas atrocidades ideó el infierno... El capitán, que era un francés de buena presencia y modos elegantes, lo refería todo con la mayor indiferencia, contando también las horribles crueldades que hubo de emplear para imponerse á la vil chusma que con él servía. Nombráronme á mí su defensor... y figúrese usted mi compromiso. Era el francés muy simpático, y en la cárcel, cargado de grillos, cautivaba á todo el mundo por su lenguaje fino y

discreto, y la resignación con que esperaba su sentencia. A mí también me cautivó: aires tenía de gran señor, conocimientos de historia y literatura, palabra muy amena y un don de simpatía irresistible. Naturalmente, movido de esa misma simpatía y de la compasión, quise salvarle; pero vea usted aquí lo más peregrino del caso. Verdier, que así se llamaba, no quería por ningún caso dejarse salvar. «D. Manuel—me decía,—no se empeñe usted en lo imposible. Mis delitos sólo alcanzarán perdón en el Cielo: ningún tribunal del mundo puede ni debe absolverme.» Firme en su resolución, que sostenía con una tenacidad admirable, todos los esfuerzos que yo hacía para disculpar sus crímenes los destruía el francés declarando más horrores, y presentando ante el tribunal nuevos cuadros de maldad sanguinaria. Aquel hombre, créalo usted, me ponía en gran confusión. ¿Cómo negar su grandeza, no inferior á sus crimenes? «D. Manuel—repetía,—es inútil cuanto usted haga para salvarme. No quiero, no quiero. Emplee su talento en defender á otros, que también están manchados de sangre, pero no tanto como yo, y además son padres de familia, tienen hijos. Yo no tengo á nadie. No tengo más que á mi conciencia, que me manda morir.

—¡Qué hombre! Amaba el castigo.

—Se enamoró de la muerte; la muerte era su ilusión, como lo había sido antes el crimen. En fin, que me convencí de la imposibilidad de salvarle la vida, y me apliqué á conseguir para otros la conmutación de pena. Verdier subió al patíbulo, demostrando un arrepentimiento sincero, una dignidad caballeresca y una efusión cristiana que fué el pasmo de todos... Y ahora voy al fin de mi cuento. Esta madrugada, un rato en sueños, y después tan despierto como estoy ahora, ví al pirata entrar por esa puerta. No tengo duda de que hablamos y de que me dijo: «D. Manuel, que se le quite de la cabeza el redimirme. Ya me redimo yo.» Y todas las escenas, todos los incidentes de la causa, cuanto hice y ví en aquellos días, se me ha reproducido con claridad maravillosa.

—En verdad que es inaudito... Yo también... yo también he visto personas y sucesos pasados, no tan remotos como los que usted cuenta... He visto...

—Y fíjese en otra particularidad: ninguna relación tiene el caso del pirata con este caso mío. ¿Por qué mi memoria eligió caprichosamente aquel suceso de mi vida para reproducírmelo ahora con tanta claridad...? ¡Pobre Verdier...! Materia de bandido, que fermentada en

la desgracia, se volvió espíritu de caballero cristiano...»

Callaron ambos, pensando cada cual en cosas íntimas, y no se determinaba Ibero á formular la interrogación consabida. No es delicado mortificar á los reos de muerte con preguntas que sólo interesan al interpelante, y es caritativo dejarles la iniciativa de la conversación en la angustiosa espera de la capilla. Cortó la pausa el oficial de guardia, dando al Coronel aviso de que el General le llamaba. Inmutóse Montes de Oca con la repentina entrada del oficial, y se preparó á salir del lecho, murmurando: «Será tarde... y yo aquí con esta calma... Fuera pereza.»

Ibero salió, aplicando con más empeño su mente á la solución del acertijo, y aunque ningún dato nuevo justificaba su repentina inclinación al término afirmativo, no cesaba de decirse: «¡Es, es... vaya si es!...» Llamábale Aleson para designar de común acuerdo *la hora y el sitio*.

XXIX

Cuando volvió á la capilla, que los ordenanzas habían arreglado en lo que se persigna un cura loco, poniendo en su lugar cada sagrado

objeto, y la Dolorosa y el Cristo, encontró á Montes de Oca en el momento solemnísimo de oir su sentencia de muerte. Habíase vestido y acicalado con todo el esmero posible en la pobreza de su cárcel, y en su rostro grave y triste no se advertía ni temor ni arrogancia. Contaba ya con la muerte, y aceptábala sin creer que la merecía, como el coronamiento más digno de su desastre revolucionario. Vivir vencido con vilipendio no era muy airoso, y la noble causa que había defendido se sublimaba con la sangre de los que intentaron ser sus héroes. A la pregunta de si ampliar quería su declaración de la noche anterior, respondió que se confirmaba en ella. Se había sublevado contra el Gobierno, induciendo á paisanos y tropa á la rebelión, porque en conciencia creía que era su deber desobedecer á Espartero. Para él toda autoridad que no fuese la de la Reina Doña María Cristina, era ilegal y usurpadora. Declaróse miembro del Gobierno Provisional, que proclamaba la Regencia legítima, y como tal expidió decretos y efectuó diferentes actos gubernativos. ¿Quiénes eran sus cómplices? Todos los corazones leales. Su honor no le permitía decir más.

Dicho esto, y elegido para su confesor el cura de San Pedro, entre los dos que le presentaron,

dejáronle solo con el sacerdote. Y el buen Ibero se alejó diciendo para sí: «Es... es: ya no tengo duda. ¿Porque lo afirmo? No lo sé... No puedo separar en mi pensamiento la imagen de él y la imagen de ella, y me cuesta trabajo convencerme de que no fué real lo que anoche ví... Y yo pregunto: ¿se acordará de ella? Quizás no. Fué un amor pasajero, aventura que se repetía en las buenas ocasiones. Él no la amó nunca... ¡Qué misterios! Ella insensata; él sensato en amores, loco en política. Se asemejan más de lo que parece. Una Reina le hace á él mártir, y él ha martirizado á una pobre mujer humilde, la cual me transmite á mí su martirio. Y véome aquí siendo el último mártir. Él muere, moriremos todos uno tras otro... ¡Qué cadena de dolores y muertes!... No doy un paso sin creer que encuentro á la pobre Rafaela pidiéndome la vida de este hombre. Anoche quizás habría sido posible, dejándole escapar por la ventana, y arrojando también por ella mi honor militar y mi nombre sin tacha. Más vale así. Muera el que debe morir ahora, el que ha faltado á la ley política y á la ley de amor. Después seguirán cayendo las otras víctimas, y yo la última, la que en sí acumulará el dolor y el martirio de todas.»

Fué á su alojamiento, con idea de mudarse

de ropa. Encerrado en la estancia, ni grande ni lujosa, más bien destartalada y obscura, sufrió un acceso de aflicción intensísima, que se tradujo en sacudidas convulsas y en gritos de dolor. Arrojóse en el lecho, de cara contra las almohadas, y clavándose los dedos en el cráneo, no se calmaron sus ansias terribles hasta que no hubo echado en lágrimas parte del dolor que el alma le obstruía... «Yo no puedo salvarle—pensaba.—Ni debo, ni quiero. Cumpla su destino. Será dichoso. El no hace más que morir; los demás padecemos.» Y al reponerse de tan fiero trastorno, entendiendo que no era ocasión de arrebatos sentimentales, se echó en cara su flaqueza de ánimo. Si sus compañeros y subordinados, en el tremendo acto que ya estaba próximo, le veían tan afligido, con señales de haber llorado, creerían que el valiente Ibero había caído en ridículas afeminaciones. Compuso su fisonomía lo mejor que pudo. La inspección de policía que hizo en su persona fué muy rápida, y partió al cumplimiento de sus deberes. Era la primera vez, en su vida militar, la primera vez que temblaba. Ya conocía el miedo, y éste le perseguía haciéndole el coco en formas pueriles. Al menor ruido se estremecía; cualquièr sombrajo le asustaba. Al ver los fusiles de sus soldados,

la idea de que dispararan le causaba terror.

Procurando sobreponerse á esta ridícula mujeril flaqueza, volvió el Coronel á la capilla y encontró á Montes de Oca ya confesado. El General Aleson había entrado á visitarle. Agradeciéndole su cortesía y caridad, pidió el reo se le permitiese dar vivas á Isabel II, á la Reina Cristina y á los Fueros. En delicada forma, excitándole á renunciar á estas demostraciones inoportunas, negó su permiso el General. No debía pensar más que en Dios, apartando en absoluto su espíritu de toda idea política. Asimismo quiso el mártir que se le consintiera mandar el fuego, y con tal afán lo pedía, que hubo de acceder Aleson, recordando que había no pocos ejemplos de esta tolerancia en la rica historia del fusilamiento nacional. Pero al propio tiempo que la autoridad militar asentía, protestaba la eclesiástica: el sacerdote declaró con grave acento que el dar la víctima las voces de mando en acto de tal naturaleza, era contrario á los principios religiosos. La muerte en esta forma consumada era un suicidio, y por ningún caso la autorizaba.

Ausente el General, después de reiterar al preso sus sentimientos de piedad y cariño, se reanudó la cuestión, pues Montes de Oca insistía en mandar el fuego, y el cura, inflexible,

llevando su negativa á los extremos de la intolerancia, declaró que se retiraría si el reo no se conformaba con que diese las órdenes el oficial encargado de esta triste función. El debate fué empeñadísimo: tomó Ibero partido en él por Montes de Oca, y en apoyo del sacerdote acudieron otros dos clérigos, que hicieron gala de su saber teológico. Por fin, el mismo Coronel, viendo que se prolongaba demasiado la contienda, propuso á su amigo esta forma de transacción: «En vez de dar las voces de mando, usted dirá: *Granaderos, la religión me prohibe el mandaros hacerme fuego: el caballero oficial cumplirá este deber*. Y para satisfacción de usted, no mandará el oficial; mandaré yo, que es como si usted mismo mandara con su voluntad, no con su palabra.» Parecióle al condenado muy aceptable esta proposición, y los clérigos, aunque entre sí rezongaban, no dijeron nada en contra.

XXX

La hora se acercaba. Trajeron un breve almuerzo que D. Manuel había pedido, y de él comió muy poco, sin apetito, bebiendo algo de vino y bastante café. Sentado frente á él, Ibero

le contemplaba silencioso, sin atreverse á pronunciar palabra: tal era el respeto que aquel inmenso infortunio, soportado con tanta grandeza de alma, le infundía. En el rostro del reo se hacía visible, desde el amanecer, una lenta transfiguración. Parecía de purísima cera, la frente más blanca que todo lo demás, de una blancura ideal. A ratos, mientras comía, fijaba D. Manuel sus ojos azules en los negros de Ibero. Era el cielo mirando á la tierra.

La expresión inefable, dulce y amorosa de aquellos ojos removía toda el alma del Coronel, y tan pronto le devolvía su valor perdido como se lo quitaba por entero. En una de aquellas miradas, Ibero pensó que el reo quería decirle algo. Sí, sí: llegaba el momento de expresar la última idea de este mundo y pronunciar la palabra última de los idiomas terrestres. Habló nuevamente Montes de Oca con el sacerdote, apartados junto al altar, y luego acercóse á Santiago y le dijo: «Amigo mío, le veo á usted demasiado afligido y como temeroso...

—He tenido miedo—replicó el alavés abrazándole con efusión;—podía mi compasión más que mi entereza. Pero la presencia de usted me restablece en mi carácter, en mi valentía natural. Para no perderla en lo que queda, me hago

cargo de que los dos vamos á morir juntos, sin duda porque merecemos el mismo fin. Con esta idea, la grandeza de usted se me comunica. Ya no tiemblo. Yo, ejecutor, soy tan bravo como el reo.

—¿Es hora ya?

—Sí... Un momento más. ¿No tiene usted algo que encargarme?... ¿No tiene algo que decirme? Aunque ha dejado escritas sus disposiciones, puede haber persona ó suceso que se hayan extraviado en su memoria... persona ó suceso que no merezcan olvido...»

Montes de Oca, sin perder un momento su serenidad ni el tono claro de su voz, le abrazó dos veces, diciendo sucesivamente: «Este abrazo por usted, señal de un afecto que es mi mayor consuelo, después de la idea de Dios, en la hora de mi muerte... Este otro... ya ve usted que también es apretado... este otro para que usted lo transmita á las personas que me han querido.

—¿A las... á quién?

—A toda persona de quien usted sepa que me ha querido mucho... Vámonos. El tambor nos llama.»

Salió sin sombrero. En el patio que daba á la calle de San Francisco esperaba una carretela. A ella subió el reo, con el capellán á un

lado y el Coronel enfrente. Muy bien cumplida por el cochero la orden de acelerar el paso, pronto llegaron á la Florida. Poca gente había en las calles y á la entrada del paseo. El honrado pueblo de Vitoria hizo al mártir los honores de un respetuoso duelo, alejándose del teatro de su martirio. Las personas que acudieron á verle pasar, le compadecieron silenciosas. Algunas le miraron llorando. Durante el trayecto fúnebre, Montes de Oca habló algo con el capellán, menos con el Coronel; el sol hería de frente su rostro, y con su mano bien firme, no afectada ni de ligero temblor defendía sus ojos de la viva luz.

La parte de ciudad que recorrió dejaba en su alma impresión de soledad, de silencio, de olvido. Creyó que muriendo él, moría también Vitoria, la que había sido capital del efímero reino de Cristina. En Cristina pensaba el mártir cuando bajó del coche en el lugar donde formaba el cuadro, y al ver á los soldados del regimiento que llevaba el nombre de la augusta Princesa, de la diosa, del ídolo, de la Dulcinea más soñada que real, sintió por primera vez el frío de la muerte, y una congoja que hubo de sofocar con titánico esfuerzo para que no se le conociera en el rostro...

Pusiéronle en el sitio donde debía morir; le

abrazaron nuevamente con efusión el capellán y el Coronel. Las cláusulas del Credo gemían en los labios temblorosos. Santiago no pudo cumplir su promesa de mandar el fuego: su valor, rehecho con ayuda de Dios, á tanto no llegaba. Dos palabras dijo al oficial, mientras el bravo Montes de Oca, con acento firme y sonora voz, dirigía la breve alocución á los granaderos y daba los vivas á Isabel y á Cristina. El Credo seguía lento, premioso... la bendita oración era como un sér vivo que no quería dejarse rezar. Sonó la descarga, y herido en el vientre, el reo permaneció en pie, las manos en los bolsillos del gabán, presentando el pecho á los fusiles. Dió un paso hacia la izquierda; la segunda descarga le hirió en el pecho; se tambaleó, cayendo por fin. Pero continuaba vivo. Ibero se acercó: los azules ojos del mártir le miraron, y sus dos manos señalaron las sienes. Ojos y manos le decían: «Tirarme aquí, y acabemos.» Un soldado le remató.

Sólo falta decir, por ahora, que D. Santiago Ibero no se apartó del muerto hasta que le puso con sus propias manos en la fosa, abrigándole con la tierra y señalándole con una cruz. Quédese para otra ocasión lo restante del cuento de este noble militar, el luto que guardó á su amigo, las resoluciones que tomó, insti-

gado por la dulce y trágica memoria del mártir, los falsos caminos por donde le llevaron sus desdichados pensamientos, y los desmayos y caídas que en ellos sufrió hasta encontrar por aviso de Dios la vía verdadera.

FIN DE MONTES DE OCA

Madrid, Marzo-Abril de 1900.

